

*Los Príncipes Azules
No Existen... ¿O sí?*

Antía Liras



*Los Príncipes Azules
No Existen... ¿O si?*

Antía Giras



Los príncipes azules no existen... ¿o sí?

Resumen

Alexia Montero es una chica española que por culpa de su ex novio decide marcharse de su país para empezar una nueva vida en ciudad de México, donde por los azares de la fortuna, empieza a trabajar como asistente personal para Martín Ledesma. Su relación no empieza con buen pie y tampoco transcurre de forma normal. Alexia tiene el corazón roto y su autoestima por los suelos, y aunque intenta luchar contra ello no puede evitar sentirse totalmente atraída por su jefe, el cual no se lo pone nada fácil. Pero se ha jurado que no volverá a cometer el mismo error otra vez.

Martín Ledesma, ¿qué os puedo decir de él?. Es el actor de moda en México. Es extraordinariamente guapo, famoso, rico y todas las mujeres suspiran por él, y se pelean por estar entre sus brazos. Tiene un carácter fuerte, dominante y celoso, que no le va a hacer la vida sencilla a Alexia, a quien tuvo que contratar pese a no estar de acuerdo. Además su asistente tiene una molesta manía y es que no hace más que mordisquearse el labio inferior, y es algo que lo desconcentra mucho. Pese a la pobre opinión que tiene de ésta, como por ejemplo que tiene un pésimo gusto para vestir, no le queda más remedio que trabajar junto a ella. Y con el tiempo acaba sintiéndose fuertemente atraído por su empleada, aunque luchará contra ello con todas sus fuerzas.

¿Podrán estas dos personas luchar contra sus miedos, sus complejos y sobre todo sus sentimientos para poder estar juntos?. Descúbrelo en esta divertida y conmovedora historia.

Queda PROHIBIDO, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico o electrónico. Esta es una obra registrada bajo el Código: Derechos Registrados #1407041377167

Capítulo 1

Alexia llegaba tarde a su entrevista de trabajo, tendría que haberse levantado antes pero justo ese día su despertador había decidido quedarse sin pilas. Llevaba pocos meses en México D.F y no conocía la ciudad, por lo que tenía que levantarse horas antes para tomar el metro y los autobuses correctos y no equivocarse de líneas, que era lo que por desgracia le ocurría siempre. México era una jungla de asfalto, dura, fría, insensible... muchas veces durante el día Alexia se preguntaba que hacía allí tan lejos de su familia y de sus amigos. Tenía la sensación de que si le daba la mínima oportunidad, esa ciudad se la tragaría sin mirar atrás, como otra hormiga más que había sido aplastada sin que nadie se diera cuenta.

¡No!— se dijo por enésima vez.—*Soy una luchadora y no volveré a casa con el rabo entre las piernas.*

Miró su reloj.

¡Oh Dios mío no voy a llegar!

Y quitándose los zapatos echó a correr con ellos en la mano por la calle. La gente se volvía para mirarla, la verdad es que era todo un espectáculo verla correr con su mejor traje, un maletín de ejecutiva y los zapatos colgando de sus manos.

¡Que les den!— pensó.

Cuando llegó a la dirección correcta, antes de entrar en el edificio se volvió a poner los zapatos de tacón, se arregló el traje y revisó su maquillaje en un espejo que tenía en un pequeño neceser dentro del maletín. Se aplicó más gloss en los labios y dando un fuerte suspiro entró en el inmueble dirigiéndose hacia el mostrador de recepción.

—¡Buenos días!—dijo mostrando su mejor sonrisa.— Tengo una cita con la señorita Ana Savater.

—¡Buenos días!. ¿Sería tan amable de decirme su nombre?— le preguntó la recepcionista.

—Alexia Montero.

—Un momento por favor.— la mujer levantó el teléfono de la centralita y marcó una extensión.

—Señorita Savater, está aquí la señorita Montero, tiene una cita con usted.— después de un segundo a la recepcionista se le congeló la sonrisa—...si, lo sé...—observó su reloj y miró a Alexia.

Ésta hizo lo mismo y se dio cuenta de que llegaba media hora tarde.

¡Oh Dios!. ¡Por favor, por favor!— rezó.

—Muy bien...—se escuchaban los gritos a través del teléfono.— ahora la hago pasar.

La recepcionista la miró con compasión y levantándose de su asiento le dijo.

— Señorita Montero acompáñeme si es tan amable, la señorita Savater le atenderá ahora mismo.

Alexia la siguió hasta un despacho, la mujer tocó brevemente con los nudillos y abrió la puerta haciéndola pasar.

El despacho no era muy espacioso, estaba pintado de gris y con una pequeña mesa gris atestada de papeles. Un ficus en una esquina medio muerto pidiendo a gritos un poco de abono y agua, una librería llena de carpetas grises, y detrás de la mesa... ¿adivina qué?, una mujer igual de gris con cara de pocos amigos que la observaba por encima de sus gafas.

—Siéntese por favor señorita Montero.— le indicó muy seria mientras la miraba de arriba abajo.

— Gracias.— contestó esbozando una leve sonrisa de disculpa.

—Siento decirle señorita Montero...— comenzó a decir mientras la miraba directamente— que el

puesto ya está ocupado. Como podrá apreciar esta es una empresa seria de contratación de personal externo, y no podemos permitirnos esperar a que alguien no llegue a tiempo a su cita. Sus cualidades eran excelentes para este puesto de trabajo, pero tuve que tomar una decisión y ofrecerle el cargo a otra persona. Para la labor de secretaria de dirección la puntualidad es indispensable, y siento decirle que usted ha fallado estrepitosamente en ese punto.

—Yo...— empezó a decir con la cara desencajada.

Había albergado muchas esperanzas para este puesto, el cual era perfecto para ella, no podía permitirse perderlo, el dinero se le estaba acabando y necesitaba un empleo urgentemente.

—Por supuesto con su currículum,—la interrumpió mirándola con ironía.— estoy segura de que encontrará otro trabajo enseguida.

¡Pero no aquí!—le faltó decir.

—Señorita Savater siento enormemente haber llegado tarde, sé que no hay excusas pero si de algo sirve le aseguro que intenté llegar a tiempo. Soy nueva en esta ciudad y todavía no conozco muy bien las calles y...

—No hace falta que me diga nada más.— la interrumpió.—Ya le he dicho que por desgracia le he dado el puesto a otra persona.

—¿Y otro trabajo que me pueda ofrecer?—le preguntó desesperada.—De cualquier cosa, de ayudante, camarera, repartidora... Realmente estoy desesperada.—le rogó con un graznido.

La boca la tenía seca y el miedo le subía por la garganta atenazándola.

—Yo...no sé...

—Escuche, sé que no le he dado la mejor impresión pero usted ha visto mi currículum, puede llamar y pedir todas las referencias que quiera.

—Por supuesto que ya lo he hecho.— le indicó con suficiencia.

—Bien, pues entonces sabrá que mis referencias son inmejorables.

—Así es.—tuvo que reconocer.

—Le pido que me de otra oportunidad.— le suplicó mirándola a los ojos.— Le juro que esta vez no le fallaré.

La mujer se quedó observándola detenidamente sopesando la decisión, y agarró la carpeta donde estaba el currículum para volver a echarle un vistazo. Alexia nerviosa se retorció las manos, realmente no sabía lo que iba a hacer si no la ayudaba, tendría que volver a su país y era una idea que no le hacía ni pizca de gracia. Aunque tenía muchas ganas de ver a su familia se le encogía el corazón solo de pensar que...

¡No!, ahora no es el momento. ¡Céntrate!

Volvió a fijar su atención en la mujer de gris, que en esos momentos sin saberlo tenía su futuro en sus manos.

—Bueno quizás pueda ofrecerle algo, no es tan bueno como el puesto anterior pero está sobradamente cualificada para él.

—Lo que sea, no me importa.

—Tengo que hacerle un par de preguntas antes.

—Por supuesto.

—¿Es usted aficionada a las telenovelas?.

¿Qué?

Alexia se la quedó mirando con cara de estupefacción.

¿Tiene que estar de broma?—pensó.— O eso o se había vuelto loca. Bueno también podría ser una pregunta trampa pero, ¿una pregunta trampa para qué?.

Realmente no entendía nada, carraspeó para aclararse la garganta y le dijo.

—Discúlpeme señorita Savater, pero no entiendo muy bien la pregunta.

Ésta la miró preguntándose si es que era tonta, y quitándose las gafas se pellizcó el puente de la nariz durante unos segundos. Dejó las gafas sobre la mesa y le habló con suficiencia.

—Le informo señorita Montero por si no lo sabe, que México es uno de los países donde más telenovelas se graban y producen.— le explicó.

Dando a entender que esa información era de sobras conocida en el mundo entero y que no entendía como ella no podía saberlo.

—Se podría decir que es casi parte de nuestra cultura, y los mexicanos son ávidos consumidores de este tipo de entretenimiento televisivo. Los actores y actrices de estas telenovelas son muy queridos y admirados, casi tanto como las estrellas de Hollywood en Estados Unidos. Y dicho esto, la pregunta es bien sencilla.— se tomó una pausa y le volvió a preguntar.—¿Es usted aficionada o seguidora de las telenovelas, señorita Montero?.

¡Mierda!.

Se le cayó el alma a los pies, sabía tanto de telenovelas, actores o actrices como de la carrera espacial rusa.

¡Madre mía, qué mala suerte!.

—Bueno... la verdad es que no lo soy mucho, pero alguna que otra he visto.— le confesó.

—¿Ah sí, y cual fue?.— le preguntó.

—Yo... eh... era una niña y...tengo que admitir que ha sido la única que he visto entera y es bastante antigua, aunque eso sí me encantó, me engancho desde el primer capítulo y...

—Y si le gustó tanto no tendrá inconveniente en decirme cual fue, ¿verdad?.— la interrumpió agotando ya su paciencia.

—No, claro que no.

Alexia no era capaz de mirarla, en cuanto le dijera el título ya podía despedirse del empleo. La mujer gris, con su trabajo gris, y estaba segura que con su patética vida gris, la pondría de patitas en la calle con una sonrisa en su cara gris.

¡Bueno pues ya está, tendré que volver a España y cuanto antes lo asuma mejor!.

—Corazón Salvaje.— dijo por fin.

—Pues sí que es antigua.— señaló mirándola directamente a los ojos.—¿Conoce usted a Fernando Colunga?.

—No.

—¿Le suena David Zepeda?.

—No, lo siento

—¿José Ron?.

—Tampoco.—contestó azorada.—pero si conozco a... ¿Eduardo Palomo?, se llama así el actor de Corazón Salvaje, ¿no?.—por lo menos sabía el nombre de uno.

—Sí, se llamaba así, falleció hace unos cuantos años.

—¡Oh!, lo siento...yo... no lo sabía.— balbuceó queriéndose morir.

La cara de la mujer era una máscara sin ninguna emoción, por tanto Alexia esbozó una leve sonrisa de pesar y alargando la mano a modo de despedida se levantó de su asiento. Pero su entrevistadora

se quedó mirando la mano suspendida en el aire y regresó a su rostro con cara de sorpresa.

—¿Tiene que marcharse a algún lugar señorita Montero?.

—No, claro que no.— le contestó retirando la mano.—Pero supongo que no soy la persona adecuada para el trabajo, como ya le dije anteriormente no soy de aquí y...

—¡Haga el favor de sentarse!.— le ladró, su paciencia llegando al límite.

Inspiró aire y lo aguantó durante unos segundos hasta que lo expulsó lentamente intentando calmarse.

—Le ruego señorita Montero que no dé por supuesto nada,— volvió a hablar.— sobre todo cuando no sabe ni el puesto ni las condiciones que le voy a ofrecer.

—Lo...lo siento.—contestó mortificada.

—Bien...—hizo una pausa.— mi cliente está buscando un asistente personal. Es un importantísimo actor en este país, pero quiere a alguien que sea profano en este mundo. Exige una persona responsable, leal, honesta y discreta...muy discreta.—recalcó mirándola directamente.

Ella afirmó con la cabeza, pero no se atrevió a decir nada no fuera a ser que volviera a meter la pata.

—Usted sería su asistente personal. Sus tareas irían desde atender el teléfono, llevar su agenda, concertar citas, acompañarlo al rodaje cuando esté grabando una telenovela, o una película, o a una sesión de fotos, viajar con él por si tiene que ir a algún evento, o a entrevistas, llevarle un café, ir a la tintorería o cualquier demanda que él solicite. Tendrá que estar disponible para él las 24 horas del día. Por supuesto usted descansará cuando él descansa o crea conveniente darle el día libre.

¿La esclavitud seguía vigente en este país y no se había enterado?.—se preguntó sorprendida.—

¿Esta mujer estaba hablando en serio?.

— A cambio usted vivirá en su casa,—prosiguió.— teniendo derecho a habitación y comida. Y por supuesto el sueldo que percibirá será muy generoso, no será tan alto como el de secretaria de dirección pero es lo que le puedo ofrecer en este momento.

A continuación escribió una cifra en un papel y se lo pasó.

—¡Vaya, sí que es generoso!.— exclamó sorprendida.

—Y bien, ¿estaría interesada en el trabajo?.

Las condiciones no eran las mejores del mundo, pensó Alexia, para ser sincera dejaban mucho que desear, pero necesitaba el trabajo, lo necesitaba urgentemente y el sueldo era muy bueno. Además, la opción de no tener que pagar alojamiento y comida era de lo más conveniente para ella ya que el salario sería íntegro.

—Acepto.— dijo.— ¿Cuándo tendría que empezar?.

—Bien... primero tengo que hablar con mi cliente, y en cuanto tenga toda la información me pondré en contacto con usted, ¿de acuerdo?.

—Me parece perfecto. Estaré esperando su llamada entonces.

—Bueno señorita Montero.— dijo la mujer gris poniéndose de pie y estirando la mano a modo de despedida.— Espero no haberme equivocado confiando en usted para este trabajo.

—Le aseguro que no. Y quiero volver a darle las gracias por esta oportunidad.—le contestó mientras ella también se ponía de pie y le estrechaba la mano.

La mujer gris la acompañó a la puerta y se despidió de ella, indicándole que en breve se pondría en contacto para informarla y firmar el contrato de confidencialidad.

Alexia salió de la oficina con una gran sonrisa en la cara y camino de la puerta saludó a la chica de recepción, devolviéndole ella el saludo con una sonrisa también. Cuando salió a la calle respiró hondo, y por primera vez en mucho tiempo sintió como si el gran peso que llevaba encima se

aligerara un poco.

Capítulo 2

El taxi dejó a Alexia delante de una casa en una de las zonas más caras y exclusivas de México. Estaba ubicada dentro de una urbanización, con una garita de seguridad en la entrada donde un hombre le pidió sus datos, y le preguntó a qué casa iba para poder dejarla pasar después de confirmar que todo fuera correcto.

Tenía un muro de por lo menos tres metros de altura rodeado de setos, lo suficientemente altos como para no poder ver nada desde la calle. Alexia llamó al telefonillo, y a los dos segundos le contestó un hombre llamado Pedro, quien por lo visto era el guarda de seguridad.

La dejó pasar y la acompañó hasta la puerta de la entrada. Desde fuera la casa o más bien la mansión, era enorme, de estilo moderno con un gran jardín impecablemente cortado y cuidado con grandes árboles dando sombra, y debajo de uno de ellos una elegante mesa con grandes y mullidas sillas a juego, que invitaba a sentarse para tomar un refresco en un día de calor, o desayunar al aire libre en verano.

Había varios caminos hechos con piedras pulidas, uno que llevaba a la entrada, otro que llevaba a la mesa en el jardín, y otro que llevaba a la parte de atrás del edificio.

Cando accedió al interior, lo primero que observó fue una enorme y preciosa escalera que se bifurcaba en dos, dando acceso a las habitaciones en el segundo piso.

No le dio tiempo a poder indagar mejor ya que Pedro la instó a que le siguiera. Caminando detrás de él lo que pudo observar fue que las estancias eran de líneas limpias y diáfanas, en colores tierra muy suave que iban desde el color arena, gris perla y blanco roto. Los muebles eran de un estilo moderno y funcional, con accesorios como lámparas, cuadros, o jarrones de colores fuertes para romper y contrastar con los tonos tan suaves de las paredes. La casa estaba decorada exquisitamente y resultaba muy acogedora.

El hombre se paró delante de una puerta y golpeó con los nudillos esperando a que le dieran permiso para pasar, y cuando eso ocurrió le dijo que entrara detrás de él.

Los dos accedieron, quedando Alexia detrás como el guarda le había pedido, y pudo observar que la habitación era un estudio acogedor y funcional como el resto de la casa. Tenía varias estanterías con libros y premios, varios sillones individuales delante de la mesa de despacho, y un sillón de piel modelo Chester al lado del ventanal que daba al jardín. Detrás de la mesa escribiendo en su ordenador, estaba sentado en un elegante sillón el que supuso sería su jefe.

—Un momento Pedro.—dijo éste mientras terminaba de escribir en el portátil.

Alexia tuvo un breve instante para poder estudiar con detenimiento al hombre que estaba detrás del escritorio, cosa que no había podido hacer al entrar en el lugar, por estar detrás del empleado y...se quedó sin aliento.

¡¡Oh Dios mío... es el hombre más guapo que he visto en mi vida!!

Guapo era quedarse corto, era... hermoso. Todo lo hermoso que puede ser un hombre sin parecer femenino.

Tenía el pelo del color de la miel, con reflejos más claros que destellaban cuando le daba la luz del sol. Lo tenía algo largo de una forma que enmarcaba su rostro, lo suficiente para no hacerlo parecer desaliñado pero si para que aparentase ser más joven. Su mandíbula cuadrada junto con una barba de dos días perfectamente cuidada y recortada, daba dureza a su cara que era suavizada por unos labios

llenos y sensuales, haciendo que ese bello rostro dejase de ser femenino para ser totalmente masculino.

Cuando el hombre acabó de escribir en su portátil y levantó la mirada para fijarla en ella, a Alexia se le paró el corazón.

Tenía unos ojos que eran un dulce pecado, de un color verde manzana que no había visto en su vida, con algunas motas en amarillo y ocre. De repente esbozó una sonrisa formándose unos hoyuelos en la comisura de su boca, que hicieron que se le descolgara la mandíbula.

¡¡Por Dios, ¿este hombre de donde había salido?!!

—Supongo que usted es mi nueva asistente personal, ¿no?.

Ella todavía estaba en estado de shock, no podía dejar de pensar en esa sonrisa. Era sexy, muy...muy sexy.

—¿Señorita...me escucha?

—¿Perdón...decía algo?—le contestó, cerrando la boca de golpe cuando se dio cuenta de que le estaba hablando.

Esperaba que no se hubiera dado cuenta de que se le había quedado mirando embobada como una quinceañera.

—Le decía, que supongo que usted es la nueva asistente personal. Mi nombre es Martín Ledesma y le doy la bienvenida a mi casa.—aclaró mientras se levantaba de la silla y extendía la mano para saludarla.

—Si... por...por supuesto.—tartamudeó.— Mi nombre es Alexia Montero y es un... placer poder tener la oportunidad de trabajar para usted.—le contestó ruborizándose violentamente, y dándose cuenta de que nada más llegar estaba haciendo el ridículo más espantoso.

Se acercó para estrecharle la mano que le estaba ofreciendo y cuando se tocaron... una extraña corriente la recorrió, desde la punta de los dedos subiendo por el brazo hasta detrás de la nuca erizándole el vello de la piel. Soltó bruscamente su mano mientras se le escapaba un pequeño jadeo. Su corazón empezó a latir violentamente y se quedó observando sus dedos, como si de repente tuvieran vida propia. Cuando levantó la mirada se dio cuenta de que él también estaba observando su propia mano con el entrecejo fruncido, intentando comprender que había sido aquello. Al parecer no sólo lo había sentido ella.

—Eh...Pedro haz el favor de llamar a Verónica y decirle que la señorita Montero ya está aquí.—ordenó a su guarda de seguridad mientras se volvía a sentar.

—Sí señor, ahora mismo la aviso. ¿Desea algo más?—preguntó éste.

—No gracias, eso es todo.

El empleado estaba a punto de salir de la habitación cuando fue interrumpido por Martín.

—Espera un momento.—y dirigiéndose a ella le comentó.—Disculpe mi mala educación, ¿desea usted tomar algo, un refresco, un café, un zumo...?.

—Un poco de agua si es tan amable.

La verdad es que tenía la garganta reseca de los nervios que estaba pasando.

—Muy bien, Pedro si no te importa trae un poco de agua para la señorita Montero.

El guarda asintió con la cabeza y salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad. Martín le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento, y tuvo ese breve espacio de tiempo para estudiarla un poco.

El actor observó que no era una mujer muy alta, debía de medir sobre un metro sesenta o sesenta y

cinco como mucho, en comparación con el metro noventa que medía él.

Tenía el pelo castaño ondulado con un corte que no la favorecía especialmente, su cara no era fea propiamente dicha, pero no había nada especial que pudiera destacarse en ella. Sus ojos eran de un color castaño nada fuera de lo normal, su nariz recta y un poco respingona y... Bueno ahora que se estaba fijando un poco más, tenía una boca muy bonita, con los labios llenos y rosados, aunque se estaba mordisqueando un poco el labio inferior, algo que le hizo fruncir el ceño pues le pareció un gesto feo.

No podría decir si iba maquillada, si ese era el caso era muy ligero y nada favorecedor.

La ropa que llevaba era un traje de pantalón y chaqueta de color gris plata muy funcional, con una blusa negra, que no hacía nada por disimular que le sobaban unos cuantos kilos, a juego con unos zapatos del mismo color. En definitiva una mujer normal como tantas otras sin nada digno de mención.

Bueno ahora que lo pensaba, cada vez su boca le parecía más...bonita.

Pero lo único que a él le interesaba es que fuera eficiente en su trabajo y se adaptara bien a su ritmo de vida.

—Bien.—empezó a decir.— Supongo que la señorita Savater le explicó en que consistirían sus funciones, ¿cierto?.

Alexia asintió con la cabeza.

—También le recalcaría lo importante que es para mí la discreción y la lealtad, y por supuesto la honestidad de las personas que trabajan conmigo.

—Por supuesto. Y puedo asegurarle señor Ledesma que no tendrá ninguna queja al respecto, puede confiar en mí.—le aseguró.

—Eso espero. De todas formas la confianza se gana y de momento señorita Montero usted no tiene la mía.

Se quedó sorprendida por el tono duro en el que le habló y él se dio cuenta.

—No me interprete mal, no es nada personal en contra suyo. Amo mi profesión, es lo único que sé hacer y que llena mi vida, aparte de mi hijo por supuesto. El problema es que el mundo en el que yo me muevo hay mucha gente interesada y sin escrúpulos, que sólo se guían por el beneficio propio sin importar a quien pisan y hacen daño por el camino. Y me ha costado mucho llegar a donde estoy y tener lo que tengo, para que llegue alguien y lo eche todo a perder por un poco de dinero o unos minutos de fama.

—Lo entiendo.

—Así que me cuesta confiar en la gente hasta que me demuestran que son honestos y leales hacia mí. Me duele enormemente que Verónica me abandone pero, ha encontrado al hombre de su vida y éste no está dispuesto a compartirla conmigo.

Y en ese momento sonaron unos golpes en la puerta del despacho, que se abrió a continuación dejando pasar a una mujer que Alexia supuso que era la mencionada Verónica.

—¡Ah!... Vero querida, quiero presentarte a tu sustituta la señorita Alexia Montero.

La mujer se acercó con una gran sonrisa ofreciéndole el vaso de agua que había pedido, ella se levantó y agradecida le devolvió la sonrisa procediendo a beber ya que estaba sedienta.

—Encantada de conocerla, espero que este tipejo no haya sido muy duro con usted, le encanta asustar a las nuevas empleadas. Recuerdo lo mal que se lo hizo pasar a Justina los primeros días aquí.— comentó mientras le dirigía una mirada acusadora.— La pobre pegaba un bote cada vez que la

llamaba.

Alexia se atragantó con el agua y limpiándose con la mano rápidamente dejó el vaso encima de la mesa.

—¡Verónica!—masculló Martín entre dientes advirtiéndola de que se estaba pasando.

—Pero en el fondo es un pedazo de pan.—continuó ésta sin hacerle ningún caso.—Eso sí, su vida a partir de ahora va a ser un auténtico infierno.

—¿Perdón?—preguntó Alexia estupefacta.

—¡Oh querida! ¡No me mire así!—le contestó la mujer, acercándose y enganchando su brazo con el de ella mientras le dirigía una mirada divertida a su jefe, que estaba echando literalmente chispas por los ojos.—Nuestro querido jefe, porque por desgracia seguirá siendo mi jefe durante dos largas... largas semanas—suspiró de forma dramática— hasta que le enseñe todo lo que tiene que saber— aclaró guiñándole un ojo— es un negrero que no dudará ni un segundo en explotarla todo lo que pueda.

—Bueno, no creo que...—empezó a decir Alexia mordiéndose el labio.

Cada vez estaba más nerviosa.

—¡Oh créalo señorita Montero!—la interrumpió Martín esbozando ahora una leve sonrisa depredadora, y mirando fijamente a la mujer que tenía enganchada al brazo.—Verónica está en lo cierto. ¿Soy trabajador?.. sí, ¿exigente?... también.. y muy perfeccionista, ¿acaso eso es malo?— preguntó.

Alexia no sabía que era lo que estaba pasando allí pero la situación era muy incómoda, no entendía como una empleada podía ser tan irrespetuosa. Los dos estaban furiosos y ella era una invitada en esa pequeña reunión que no sabía dónde meterse.

—¡No, claro que no!—contestó—Siempre y cuando no te metas en mi vida y no intentes acapararlo todo. ¿Creías que no me iba a enterar?.

—¡Vaya, veo que ha tardado poco en irte con el cuento!.

Verónica se apartó de Alexia y se acercó a él apoyando las manos en la mesa.

—¿Qué esperabas?. ¿Acaso no hizo lo que tú le pediste?—le increpó, y ahora era ella la que echaba chispas por los ojos.— Me llamó diciéndome que quizás lo mejor sería aplazar la boda un poco más pues estaba preocupado por ti. ¡No me gusta que lo manipules!—le gritó.

—¡Eso no es cierto!—se intentó defender él enfadado y levantándose de la silla.

—¿Ah no?, ¿y tú como lo llamarías entonces?.

—Una conversación de hombres. Fuimos a tomar unas cervezas y...

—¡No voy a aplazar mi boda otra vez por ti!—le advirtió cada vez más enfadada.

—Sólo le dije que unos días más, ¿es tanto pedir después de todos estos años que hemos trabajado juntos?—preguntó bajando la voz y con un extraño brillo en los ojos.

Alexia se quedó sorprendida cuando la mujer rodeó la mesa y se acercó para abrazarlo y darle un beso en la mejilla.

—Yo también te voy a echar de menos Martín.—le confesó casi en un susurro.— Eres mi mejor amigo y te quiero mucho pero...por favor hazte ya a la idea de que me voy a ir.

Él también la abrazó y suspirando apoyó su barbilla en la coronilla de ella, estaba claro que estos dos eran amigos además de jefe y empleada. Si antes Alexia estaba incomoda por la discusión que estaban teniendo, ahora estaba más incómoda si cabe, ya que estaba siendo partícipe de un momento íntimo entre dos amigos y se sentía totalmente fuera de lugar

—Lo sé...lo sé, pero no puedo evitarlo. ¿Estoy siendo muy egoísta verdad?—le pregunto mirándola con ojos de cordero.

Aprovechó ese momento para carraspear y obtener la atención de los dos.

—Quizás lo mejor sea que les deje hablar a solas y vuelva en otro momento.

La mujer fue la primera en hablar separándose de Martín y acercándose a ella para volver a enganchar su brazo.

—Lo siento mucho Alexia, ¿te puedo llamar Alexia verdad?.

—Si, por supuesto.

—Siento que hayas tenido que presenciar este momento tan desagradable, pero enseguida te darás cuenta de que Martín es un hombre algo... difícil de tratar. ¡No me entiendas mal!—dijo cuándo su jefe soltó un bufido y se cruzó de brazos.—Yo lo quiero mucho.—aclaró mirando al hombre que puso los ojos en blanco.— Es un hombre encantador, leal, honesto, pero... está acostumbrado a salirse siempre con la suya y cuando no lo consigue se vuelve insoportable.

—Bueno ahora que ya has acabado de ponerme en evidencia delante de extraños,—apuntó él volviéndose a sentar en el sillón delante de su portátil.—creo que ya es hora de que le enseñes a la señorita Montero la casa, le presentes a los demás empleados y le indiques cuales serán a partir de ahora sus funciones.

—¡Claro *patrón*, lo que usted mande!—le contestó con sorna.

Las dos se dirigían hacia la puerta para salir, con mucho alivio por parte de Alexia, cuando fueron interrumpidas por su jefe.

—Y señorita Montero...

—¿Si?—contestó ésta volviéndose.

—Espero que no le haga caso a nada de lo que le diga respecto a mí,—sugirió moviendo la mano de forma despectiva hacia la otra mujer— esta...esta *desubicada*.

Verónica le enseñó el resto de la casa, y le informó que en la planta alta estaban las habitaciones de Martín, de su hijo y la de los invitados. En la planta baja había un salón de estar, al que le había echado un breve vistazo antes cuando había ido detrás de Pedro. Era muy acogedor igual que el resto de la casa, lo que más le gustaba era la chimenea de gas que era la pieza central de la habitación. Al lado estaba el comedor con una enorme mesa de madera maciza, un baño para invitados, el despacho y la cocina.

Cuando llegaron a esta última, estaban sentadas dos mujeres en una mesa tomando un café. Verónica se las presentó como Justina, la chica que limpiaba y mantenía el orden y Soledad la cocinera, aunque también ayudaba a su compañera en algunas tareas menores.

—Encantada de conocerlos.—dijo Alexia nerviosa, ya que quería caerles bien pues vivirían bajo el mismo techo.

—Igualmente.—dijeron las dos a la vez

—Y después está Pedro,—continuó explicando Verónica— que es el guarda de seguridad y hace a veces de chofer, pero a él ya lo conoces. Es el único que no vive aquí, cuando llegan las diez de la noche se va a casa con sus hijos y su mujer.

Alexia asintió con la cabeza.

—¿Quieres tomar un café?—le preguntó la cocinera.

—Sí, gracias, eres muy amable.

—¿No eres de aquí verdad?—le preguntó Justina, mientras se sentaban a la mesa y la otra mujer le servía el café.

—No, no soy de aquí. Soy española.

—¿De qué parte de España?—le preguntó Soledad— es que tengo familia allí.

—De Galicia, una ciudad llamada Vigo.

—¡Ah, no!... mi familia es de Sevilla.

—Yo tengo unos amigos que son sevillanos...

—¿De veras...?.

Alexia estaba más tranquila ya que las dos chicas enseguida le cayeron muy bien. Siguieron hablando y conociéndose un rato más, hasta que Verónica le dijo que lo mejor sería que le enseñara su cuarto y empezara a acomodar sus cosas.

Las estancias de los empleados estaban justo debajo de la mansión. En la cocina había tres puertas; una era la entrada, en el lateral izquierdo había otra que era la que daba al jardín, dónde estaba la piscina climatizada y una parrilla donde hacer asados. Y en el lateral derecho, estaba la otra puerta que era por donde se accedía a las escaleras que bajaban a los dormitorios de los empleados.

Las habitaciones eran espaciosas y cómodas, tenían un baño con duchas para compartir, y en el espacio común de paso entre ellas, había una pequeña sala de estar donde había dos sofás grandes con una mesa de centro, y una televisión encima de un aparador.

Aunque estaban debajo de la casa eran muy luminosas y no daban la sensación de claustrofobia.

—Te dejo que te pongas cómoda, Pedro seguramente te ha traído las maletas así que... ¿qué te parece si nos vemos dentro de una hora?— le preguntó Verónica.

—¡Genial!, me parece muy bien.

—¡Perfecto!, pues en la salita de estar en una hora.—a continuación la mujer se dio la vuelta y salió, dejándola sola en su habitación.

Se sentó en la cama y con un suspiro se tiró de espaldas en ella fijando la vista en el techo. Pensó en todo lo que había pasado desde que había llegado a la casa, e inconscientemente se volvió a morder el labio nerviosa cuando se acordó de su jefe.

¡Era tan... tan guapo!

Capítulo 3

Alexia estaba sentada en una de las sillas de la mesa de desayuno del jardín y era de noche ya. Ese día habían terminado tarde de trabajar y estaba cansada, pero había tomado la costumbre de antes de irse a dormir estar un ratito en el jardín, como decía Sole era su "rinconcito".

Le gustaba estar allí, le relajaban los ruidos de los pájaros posados en los árboles, los grillos del jardín, y las ranas que debía de tener algún vecino cercano en alguna charca.

Le proporcionaba un ratito de soledad, y le daba tiempo de pensar en todas las cosas que habían ocurrido en el día.

Habían pasado ya dos semanas desde que había llegado a esa casa, y fueron una auténtica locura para ella. Verónica estuvo a su lado en todo momento, y dio gracias a Dios, porque no sabía cómo habría sobrevivido todo ese tiempo si no fuera por ella. Si Alexia había creído que su trabajo en España, como secretaria de dirección de una importante empresa de exportación e importación había sido duro y estresante, a estas alturas estaba totalmente convencida de su error. Trabajar con Martín Ledesma era peor...mucho peor.

Sus herramientas de trabajo consistían en un portátil y una Tablet de última generación, y tres teléfonos móviles para intercambiarse entre ellos cuando se les acababa la batería.

En esas dos semanas tuvo llamadas de importantes productores de televisión, de radio, y de teatro, así como llamadas de periodistas, empresas de publicidad y de algún director de cine. Le enviaban por email borradores de guiones, entrevistas, eventos e inauguraciones de locales en los que solicitaban que Martín asistiese para dar publicidad.

Verónica le explicó qué periodistas o programas de televisión eran "vetados" por su jefe, por ser amarillistas o no ser honestos y haber publicado una noticia que no era cierta, sólo porque vendía más que la verdad. Le enseñó a ser amable con ellos y como desviar las preguntas que le hacían por teléfono, para que afirmase o desmintiese algún romance que él estaba teniendo con la actriz, cantante o modelo de turno.

En esos momentos, el actor estaba grabando una telenovela en horario de máxima audiencia que estaba siendo todo un éxito, y Alexia lo acompañaba todos los días al *foro* de grabación, como allí lo llamaban. El trabajo de ella aparte de todo lo anterior, era estar pendiente de si él necesitaba algo, y entre grabaciones, ensayos y descansos consultarle para cuadrar la agenda y decidir a qué reuniones o eventos iría, que entrevistas concedería... etc.

Había días en que sus jornadas de trabajo eran maratonianas y podían durar hasta doce o catorce horas, y otros días en los que sólo tenían que ir a trabajar unas pocas horas por la mañana o por la tarde, dependiendo de las escenas de grabación que tuviesen programadas. Pero esas horas libres tanto Verónica como ella las aprovechaban para seguir trabajando, ya que tenía mucha información que asimilar, por lo que muchas veces se iba para cama sin cenar, exhausta y con el único deseo de poder dormir y descansar.

Durante esas dos semanas entendió lo que le quiso decir su compañera, cuando le advirtió de que a partir de ese momento su vida sería un infierno, pero lo peor de todo es que a ella... le gustaba.

Conoció a un montón de gente de lo más diversa, desde altos directivos, actores, directores, presentadores y productores, hasta ayudantes de cámara, maquilladoras, peluqueras, regidores, ayudantes de vestuario y de sonido, etc.

Ningún día era igual al anterior, ni eran monótonos y soporíferos como el crear balances trimestrales, informes o actas de reuniones, que había tenido que realizar en su trabajo anterior. Le encantaba ver todo el entresijo que se creaba detrás de una producción o de una sesión de fotos, como se preparaban los actores para salir a escena, y todo lo que ocurría alrededor. ¡Era apasionante!

Pero hoy era el último día de Vero y Alexia se preguntaba si estaba preparada para llevar toda esa responsabilidad ella sola.

Tenía miedo.

Sí, miedo de no estar suficientemente preparada. Miedo de cometer algún error. Todo era demasiado nuevo para ella, las costumbres, la forma de ser de los mexicanos... tenía miedo de no estar a la altura. Tenía miedo de ÉL.

A pesar de todas las horas que habían trabajado juntos, Martín aunque educado, siempre había sido frío y distante con ella. Cuando Alexia estaba cerca no podía evitarlo se ponía muy nerviosa pues la intimidaba, y él muchas veces no tenía la suficiente paciencia para tranquilizarla y darle la confianza que ella necesitaba. Sabía que no quería que Verónica se fuera, se lo había oído decir varias veces y había intentado convencerla de ello, y eso hacía que a ella le surgieran más inseguridades. Entendía que no era nada personal, pero no por eso era más fácil de llevar. Y aunque su compañera le había repetido que era normal la ansiedad que sentía, le aseguró que en cuanto controlara todo sería mucho más sencillo.

Tenía miedo de fallarle, de meter la pata y que la echara con cajas destempladas. Tenía miedo no solo de fallarle a él, sino lo más importante, de fallarse a sí misma.

—¿Alex?—la llamó Verónica.

Ésta se sobresaltó, estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no la oyó llegar.

—Lo siento, no quería asustarte.

—Tranquila, estaba algo distraída.—la disculpó sonriendo, mientras ella se sentaba en una silla a su lado.

—He venido para despedirme.

Se hizo un silencio entre las dos. Alexia había estado temiendo ese momento todo el día.

—Vero, antes de nada quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Sinceramente no sé cómo habría podido...— no pudo seguir.

Se le hizo un nudo en la garganta y se le empañaron los ojos, y giró la cabeza para que no la viera llorar.

La mujer se acercó a ella y agarró su mano.

—Sé lo que estás sintiendo en estos momentos porque a mí me pasó exactamente lo mismo. Cuando hace tres años empecé a trabajar para Martín, los primeros días estaba aterrorizada, estuve a punto de irme y abandonar todo unas cuantas veces.

—¡Fíjate que casualidad!, estaba pensando en hacer exactamente lo mismo.— le confesó mientras se mordía el labio nerviosamente.

Verónica se echó a reír, pero paró en seco cuando vio la cara de preocupación de Alexia.

—¡No, no, no!. ¡Ni se te ocurra!.

—¡No estoy preparada Vero!. Voy a meter la pata hasta el fondo, ¡estoy segura!. Además a Martín no le caigo bien, es más estoy totalmente convencida de que me odia.

—Eso no es cierto.

—¿Qué no es cierto?—se rio amargamente soltando su mano y pasándola por el pelo.—

Prácticamente no me habla, sólo se dirige a mí cuando es estrictamente necesario. Le he oído más de una vez pedirte, ¡no! rogarte que no te fueras. Dime ¿qué quieres que piense?.

—Escucha, sé que Martín a veces es difícil. Es terco y muy cabezota pero te aseguro que cuando lo conozcas mejor vas a cambiar de opinión, solo que le cuestan los cambios... y él... bueno... no lleva bien que lo abandonen.

—¿Qué lo abandonen?—inquirió extrañada, mirándola directamente a los ojos.—¿De qué estamos hablando Vero?, Martín no es ningún perrito abandonado.

—Lo sé...— declaró ésta mirando al suelo.— lo que pasa es que es algo difícil de explicar y a mí no me corresponde hacerlo.

Alexia le hizo un gesto de interrogación con los ojos indicándole que no la estaba entendiendo, pero se dio cuenta de que no le iba a contar nada más.

— Lo que pienso,—continuó.—es que es demasiado controlador y yo no creo estar preparada para volver a pasar por lo mismo.

—¿A qué te refieres?.

No contestó. ¿Cómo explicarle por el infierno por el que había pasado antes de venir aquí?. Aún le dolía pensar en ello.

Sacudiendo la cabeza en un intento por espantar los fantasmas del pasado, se levantó de la silla y se abrazó el cuerpo. Miró al cielo y exhaló aire intentando que su voz no temblara por la tristeza y el dolor.

—No importa. Lo único que sé es que esto no va a salir bien.

Su compañera también se incorporó y tocó con la mano su brazo en un intento por tranquilizarla.

—Escúchame, hace poco que te conozco pero te he visto trabajar y te puedo asegurar que estás totalmente preparada para ello. Te has integrado perfectamente con todo el equipo de la telenovela, y he visto como manejabas a tu antojo a los periodistas mas incordiantes, como has tratado con directivos déspotas y arrogantes y como les has pateado el culo a todos ellos, pero eso si... siempre con tu mejor sonrisa.

Alexia no pudo evitar sonreír.

—Es más, si te soy del todo honesta he pensado que menos mal que me voy de este negocio, sino tú serias una rival muy fuerte.

—No digas tonterías, tengo mucho que aprender todavía.

—Es cierto, pero te tienes que dar la oportunidad para hacerlo y si abandonas nada más empezar no podrás saberlo. He visto pasión en ti y eso no lo tiene todo el mundo.

—Tengo que admitir, que a pesar de toda la locura y de los nervios de estas dos semanas me lo he pasado increíble.

—Lo sé.

—Pero Martín...

—Martín es un hombre de carne y hueso Alex...—la interrumpió.— y no muerde. Hasta ahora lo que ha estado haciendo era para molestarme a mí, para hacerme sentir culpable por irme.

—Eso es muy egoísta.

—Ahora no lo entiendes pero con el tiempo lo harás. Es todo fachada y hay poca gente que ha conseguido atravesarla, pero cuando lo haces...cuando te deja entrar, te conviertes en su familia y eso es algo muy importante para él. Tienes que aprender a manejarlo y la única manera es que no te dejes intimidar.

—No se...

— De todas formas, yo estaré ahí siempre que me necesites.—la interrumpió.— Sólo tienes que llamarme si tienes alguna duda o no sabes cómo resolver una situación. Y si Martín se pone insoportable, vendré y le daré tal tirón de orejas que se sentirá aliviado de que ya no trabaje para él. No pudo evitar soltar una carcajada al ver la cara de malévola que puso su compañera, haciendo el gesto de la mafia cortando el cuello, y la abrazó.

—Gracias.

—No tienes que dármelas.—dijo ésta devolviéndole el abrazo.— ¿No sabes el peso que me quitas de encima?.

—¿Por qué?.

—Porque ahora sé que queda en buenas manos.

Y apartándola un instante le dijo mortalmente seria mientras la miraba directamente a los ojos.

— Pero también te advierto que si le traicionas o le haces daño de alguna manera, te las tendrás que ver conmigo y no te lo recomiendo.

Supo que lo que estaba diciendo era verdad. Verónica era una leona entre tanto tiburón y defendería a su familia por encima de todo, y por mucho que despotricase y se quejara de él, lo quería muchísimo. Y eso era suficiente para que si tenía que enseñar las uñas lo hiciera golpeando más fuerte que nadie.

—¿Sabes?... en este momento lo envidio mucho.

—¿Por qué?.

—Por tenerte como amiga.

—Bueno corazón eso tiene fácil solución.— le dijo mientras se enganchaba a su brazo y volvían caminando para la casa.

—¿Ah sí?.

—¡Claro!. Solo tienes que invitarme a una buena tortilla española o una paella y seré tu amiga para siempre.

Alexia no pudo evitar reírse.

—Eso está hecho.

Capítulo 4

Al día siguiente Alexia se levantó temprano. No había podido dormir mucho esa noche, estaba demasiado inquieta, y cansada de dar vueltas en la cama decidió subir a la cocina para tomarse un café. Cuando Soledad apareció por la puerta se asustó al no esperar verla allí tan temprano.

—¡Dios mío!— exclamó con una mano apretando el pecho.— ¿Quieres matarme de un susto?.

—¡Buenos días a ti también!—respondió dando un sorbo a su café.

—¿Qué haces levantada tan temprano y a oscuras?— le preguntó Sole mientras encendía la luz y se ponía el delantal.

—No podía dormir.

—¿Por qué?.

—Nada, cosas del trabajo. ¿Y tú?, ¿qué haces levantada a estas horas?.

—Tengo que hacer compra en el mercado. Quiero hacerle unos *tamales* a Lucas que sé que le encantan, pero antes quería pasar por la casa de mi abuela para ver que tal está.—le contestó mientras se servía un café para ella.

—¿Lucas?.

—Sí, el hijo del *patrón*. ¿Llega mañana no?—le inquirió mientras se sentaba en la mesa con ella y probaba el café que se había servido.

—Si...si es verdad, ya no me acordaba.—le contestó Alexia, que con tantas cosas en la cabeza se le había olvidado.— Tenemos que recogerlo mañana por la tarde en el aeropuerto.

—¡Tengo unas ganas de verlo!.

—¿Te llevas bien con él?—le preguntó intrigada, volviendo a tomar un sorbo de su taza para no mirar directamente a su compañera.

No quería que se diera cuenta de que tenía mucha curiosidad.

—Sí, es un niño encantador, nos trae a todos locos.

—¿Cuánto tiempo suele quedarse?.

—No te entiendo.—manifestó la cocinera frunciendo el ceño en un gesto de extrañeza.

—Bueno...me refiero que cuando viene de visita a México para estar con su padre, ¿cuánto tiempo se suele quedar?.

—¡Ah...no!—se rio la mujer.— Lucas vive aquí, en esta casa con nosotros.

—Yo...no lo sabía. Pensé que como venía de Venezuela que vivía allí con su madre.

—No, nada de eso. ¿Con su madre...?— su compañera se rio solo de pensarlo.— Esa mujer tiene el mismo instinto maternal que una tarántula.

—¿Por qué lo dices?— le preguntó sorprendida.

La mujer giró la cabeza hacia la puerta de la cocina por si venía alguien y podía escucharlas, y se quedó observando a Alexia sopesando si podía confiar en ella o no.

—Tranquila, tengo firmado un contrato de confidencialidad, nada de lo que me digas saldrá de aquí.

— le explicó dándose cuenta de sus dudas.

Sole sonrió, por lo visto eso era suficiente para despejar su indecisión y acercándose a ella le susurró.

—Pues porque al poco de tener a Lucas esa mujer se fue y no quiso saber nada del niño. Es más, estoy segura de que en el tiempo que ha estado allá, se lo ha pasado con los abuelos y a la madre no

la habrá ni visto.

—¡No puede ser!

Alexia estaba horrorizada. ¿Qué madre podía hacer eso?. Le parecía inconcebible semejante actitud. Ella no tenía hijos, pero tenía dos sobrinos que amaba con locura y solo pensar que les pudiera pasar algo se le encogía el corazón, imagínate lo que sentiría por un hijo propio.

—Por lo que contó el crío las últimas veces que ha ido, a la madre la ha visto un día o dos como mucho y el resto del tiempo estuvo con sus abuelos.

—¿Y Martín lo sabe?—preguntó Alexia atónita.

—Sí. La primera vez que el niño viajó a Venezuela a ver a su madre lo llevó el *patrón*, y cuando se dio cuenta de que ella no tenía ningún interés en verlo, se lo quiso traer inmediatamente para México, pero los abuelos le suplicaron que por favor les dejara ver a su nieto.— le explicó.

—¡Dios mío!—exclamó Alexia.

—Al principio el *patrón* estaba reacio, —prosiguió Sole—pero al final accedió a que los abuelos pasaran la tarde con el niño, pero con la condición de que tenía que estar él presente. Por lo visto estuvieron pendientes de él en todo momento y no dejaban de darle besos y arrumacos, y antes de irse le pidieron que no se lo llevara, que les dejara estar con el niño unos pocos días más. Al parecer ellos no estaban de acuerdo con la actitud de su hija, y Lucas era su nieto y por lo tanto tenían todo el derecho a estar con él como abuelos suyos que eran.

—Y Martín accedió.— supuso ella.

—Al principio no.

—¿Qué?—exclamó atónita.—¡Pero si son sus abuelos!

—Sí, pero entiende que para el *patrón* solo eran dos extraños y él no estaba dispuesto a dejar a su hijo solo con ellos.

—No entiendo.— musitó confusa.—¿Martín no conocía a sus suegros?.

—No, ni él ni la madre de Lucas se llegaron a casar. El caso, —siguió sin explicarle más —es que antes de traerse al niño para casa, los abuelos amenazaron al *patrón* diciéndole que ellos tenían derecho a ver a su nieto y él no podía impedirselo. Y que si lo hacía, no les quedaría más remedio que ir a los juzgados. Así que el *patrón* les dijo que si realmente tenían interés en conocer a Lucas, tendrían que desplazarse ellos a México, ya que su hijo era demasiado pequeño para viajar solo, y que solamente podrían verlo estando él presente.

En ese momento la cocinera agarró las tazas del café que ya habían terminado y los llevó al fregadero. Después de servir dos vasos de zumo de piña volvió a sentarse en la mesa y le siguió contando.

—Los abuelos aceptaron las condiciones y viajaban cada vez que podían. Y con el tiempo el *patrón* accedió a llevarlo él mismo a su país, para que el niño pudiera verlos más a menudo. Aceptó que ellos no tenían la culpa de lo que su hija hacía y que sentían verdadera adoración por su nieto. Éste es el primer año que lo ha dejado con sus abuelos en Venezuela unas semanas sin estar él presente.

—¡Pobre niño!— murmuró Alexia.

Sole le iba a decir algo pero en ese momento entró Justina y dejaron la conversación. Después de charlar un rato más las tres, Alexia se excusó diciendo que ya le era tarde y tenía que darse una ducha antes de salir a trabajar.

Mientras se preparaba, no dejó de darle vueltas a lo que le había dicho su compañera en la cocina. ¿Cómo podía ser que una madre hiciera algo así?. ¿Qué clase de mujer tenía que ser para que

después de llevar a un hijo en su seno, se deshiciere de él como si fuera basura?. Tener un hijo era lo más hermoso que te podía dar la vida, el amor más puro y verdadero que podía existir.

¡Un hijo!—pensó. ¡Un hijo de Martín sería lo más maravilloso del mundo!

En ese momento se dio cuenta de lo que había pensado, y se recriminó mentalmente por soñar con algo que evidentemente nunca le iba a suceder en la vida. Por hacerse ilusiones cuando claramente ese hombre ni se paraba a verla, para él como mujer era igual a... nada.

Alexia pensó en las mujeres que se le acercaban todos los días, modelos, actrices, presentadoras de televisión... jóvenes impresionantes que se peleaban por obtener su atención. Y cuando alguna lo lograba y quedaba con ella para cenar o la invitaba a algún evento, Alexia pensaba que tenían muy poquita dignidad por ir detrás de un hombre de esa manera tan obvia. Sólo les faltaba tener un cartel pegado en su frente que dijera "*Vale para lo que quieras*".

Y aunque no quisiera reconocerlo en el fondo se moría de la envidia.

—¡Eres una tonta!— se dijo en voz alta — tendría que volver a nacer con un cuerpo de infarto y una cara preciosa, para tan siquiera tener la oportunidad de que se dirigiera a mí. ¡Eso o gastarme una fortuna en cirugía estética!

Antes de salir por la puerta de su habitación se volvió a mirar en el espejo, solo para confirmar que no se había producido un milagro, y que seguía teniendo la misma cara y el mismo cuerpo de siempre.

—¡Lastima todavía sigo siendo la misma!— observó mientras salía corriendo de la habitación para encontrarse con él en la puerta principal de la casa, lista para salir a trabajar.

Cuando Martín bajó las escaleras Alexia ya le estaba esperando y frunció el ceño inconscientemente. A pesar de estas semanas trabajando con ella todavía no se acostumbraba a su presencia, había algo en ella que lo incomodaba y no sabía que era, cosa que le fastidiaba todavía más.

No podía decir nada malo sobre ella, bueno si ignorabas su pésimo gusto al vestir y esa maldita manía de morderse el labio inferior, por lo demás tanto su trabajo como su comportamiento habían sido impecables. Tenía muchas cosas que pulir, pero la verdad es que se había quedado impresionado. Para no haber trabajado nunca en el medio se desenvolvía muy bien, y lo hacía mucho mejor que otros que llevaban años haciéndolo. Era extremadamente educada con todo el mundo, daba igual que fuera un importante productor de teatro o que fuera el chico de los recados, tenía una paciencia infinita y al final casi siempre conseguía lo que quería. Había observado que cuando llegaban al foro donde grababan la telenovela todo el mundo la saludaba, y ella les correspondía siempre con una sonrisa, se la notaba relajada y a gusto con todos... menos con él.

Cuando estaban juntos había una tensión que no sabía explicar. Cierto era que él no se lo había puesto demasiado fácil tampoco, había estado con ella frío y distante a propósito, incluso a veces algo déspota, pero lo había hecho con la esperanza de que se fuera y así tener la excusa perfecta para que Verónica no le dejara.

Aunque en el fondo sabía que estaba siendo egoísta tanto con Verónica como con ella, que no se lo merecía, no podía evitarlo. Se había auto convencido de que lo mejor era no volver a mantener lazos sentimentales con las personas que trabajaban para él, ya que al final siempre se iban.

Pero la tensión no era sólo de incomodidad, había algo más, algo que Martín no podía definir. Lo

único que sabía era que cuando estaban juntos era demasiado consciente de su persona, y era una sensación que no le gustaba.

—¿Pedro tiene preparado el coche?— le preguntó, mientras se acababa de poner la americana.

—Sí. Ya está afuera dispuesto, cuando quiera nos podemos ir.— le contestó mientras apagaba la Tablet que había estado usando y la guardaba en el maletín.

Salieron por la puerta y efectivamente el guarda estaba al lado del vehículo que estaba aparcado justo delante, listo para llevarlos.

—Hoy llevo yo el coche Pedro, me apetece conducir.— le explicó mientras le cogía las llaves de la mano.

—Muy bien *patrón*, como usted diga. ¿Quiere que haga algo en especial?— le preguntó el hombre.

—No. Lo de siempre, controla que todo esté bien y si Sole o Justina necesitan algo.

—Sí señor. ¿Qué pasen un buen día?.

—Gracias.— le contestó subiéndose al coche.

—Gracias Pedro, igualmente— le contestó Alexia, y el guarda le respondió asintiendo con la cabeza. Martín arrancó el coche y salieron a la carretera. Se produjo un silencio incómodo. Era la primera vez que estaban los dos solos, menos aquel breve periodo de espacio en el despacho que tuvieron el día que ella llegó a su casa. Siempre había habido alguien cerca, por lo general Verónica o los compañeros en el foro.

Alexia tragó saliva y se puso a buscar el móvil y los cascos manos libres en el maletín, a modo de excusa para que no notara lo nerviosa que estaba, mientras se mordía el labio inconscientemente.

Martín la miró de reojo.

—¿Estas bien?—le preguntó y apretó los dientes.

Era lo único que se le había ocurrido para romper ése incomodo momento y se enfadó consigo mismo. No entendía porque demonios no podía mantener una conversación normal con ella. Con las demás mujeres era algo que hacía tan natural como el respirar, pero con ella le costaba.

—Si...perfectamente.—le contestó mientras intentaba conectar el manos libres al teléfono.

Pero le temblaban tanto las manos que le estaba costando, los cables se habían liado y no era capaz de desenrollarlos.

El volvió a mirarla de reojo y observó cómo se peleaba con el teléfono y los cables de los cascos.

—¿Estas segura?.

Ella se dio cuenta de que la había visto y decidió ser sincera.

—Quizás estoy un poco nerviosa.—le confesó.

—¿Por qué?.

—Bueno...hoy es el primer día que no está Verónica y tengo miedo a meter la pata.

—Tranquila, —le comentó mientras se incorporaba al tráfico infernal de la ciudad de México.— lo vas a hacer muy bien.

Alexia lo miró extrañada, era la primera vez que le decía algo meramente agradable.

—Bueno...eso espero.

—De todas formas si tienes algún tipo de duda ven a hablar conmigo antes.

—¡Oh!...claro.—balbuceó.

¡Vaya!.

Estaba tan asombrada que se quedó observándole con la boca abierta y su mente se dispersó.

¡Estaba tan guapo el condenado!.

Hoy llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa azul con rayas blancas que se le adhería al cuerpo perfectamente, a juego con una americana azul marino. Y se quedó mirando los tres botones de la camisa que estaban abiertos, dejando entrever un poco de la piel del pecho, deseando poder rozarla con las yemas de sus dedos. Cuando él se volvió hacia ella, giró la cabeza rápidamente hacia la ventanilla simulando que observaba a los coches que pasaban por su lado.

—¿Qué tenemos hoy en la agenda?—le preguntó Martín.

—Ejem...— carraspeó volviendo a la realidad.— Hoy solo tenemos grabación en el foro por la mañana y por la tarde.

—¿Hablaste con la revista *Desires & Lies*?

—Si. Están dispuestos a cambiar la fecha de la sesión de fotos para el sábado 22 de Marzo, pero siguen queriendo que vaya a Nueva York, en eso son inflexibles. Así que les dije que primero tendría que consultarlo con usted.

—Está bien, no te preocupes.— le contestó.— Y Alexia... no hace falta que me hables con tanta formalidad puedes tutearme.

—¡Oh!, de acuerdo, lo intentaré—le dijo sonriéndole sin poder evitarlo.

¡Vaya!. Parece que el día después de todo, no sería tan malo.—pensó la asistente.

—¿Puedo preguntarle...? Perdón. — se corrigió — ¿Puedo preguntarte por qué no quieres ir a Nueva York?. Tiene que ser una ciudad preciosa.

Él giró el volante del coche para rodear una rotonda.

—¿Nunca has ido?—le preguntó mientras se incorporaba a una nueva calle.

—No.

—Pues aunque la ciudad me encanta, en esta época no me apetece ir porque no me gusta el frío. Y te puedo asegurar que en invierno en Nueva York hace un frío de mil demonios, seguramente en estos momentos estará totalmente nevado.—le explicó.

A ella que no estaba acostumbrada a la nieve, le pareció que sería fantástico poder visitarla estando nevada. No le importaría nada pasar algo de frío si con ello pudiera estar en esa mágica ciudad.

—Pues a mí no me molestaría en absoluto, tiene que ser increíble poder patinar en sitios tan emblemáticos como Central Park. Me encantaría hacerlo.—le confesó soñadoramente.

—Esa es una idea muy romántica, seguro que la has sacado de un montón de películas cursis americanas.— le insinuó esbozando una sonrisa.

Al hacerlo se le marcaron los hoyuelos y Alexia no pudo evitar fijarse en su boca.

—Puede ser.— murmuró mortificada y desvió la mirada hacia delante. —¿Y... que les contesto cuando les llame entonces?.

—Diles que si.—le respondió suspirando, mientras se paraban en un semáforo.

—Umm... ¿Y yo... tengo que ir?—le preguntó inquieta mientras se mordía el labio.

¡Por favor di que sí!... ¡Di que sí!—rezó.

—Si, por supuesto.—le comunicó extrañado por la pregunta.—Pensé que te había quedado claro que en los viajes de trabajo tendrías que acompañarme, y por lo que he notado este viaje te hace especial ilusión.

—Sí, lo sé. Pero...bueno... como coincide en un fin de semana, no sabía si... preferirías ir acompañado por... umm... por otra persona.— declaró mirando hacia el frente y fijando su mirada en la gente que cruzaba el paso de cebra.

Se sentía tan incómoda haciendo esa clase de preguntas que sin poder evitarlo se había ruborizado, y

no quería que él se diera cuenta, aunque su curiosidad era más fuerte que la vergüenza. Por otro lado Alexia se excusaba diciéndose a sí misma que era su trabajo saber ese tipo de cosas.

Martín giró la cabeza para mirarla y se quedó observando cómo se mordía el labio inferior, cada vez esos labios le parecían más bonitos, casi podría decir que le parecían hasta sexys. Eran carnosos pero no excesivamente grandes, y tenían un tono rosado más fuerte de lo que normalmente estaba acostumbrado a ver. Parecía que los llevaba pintados, pero para su sorpresa eran su tono natural, y lo sabía porque con tanto mordisqueo el gloss que se solía aplicar había desaparecido hacía tiempo.

Un coche tocó el claxon haciéndole volver a la realidad y arrancó el vehículo cruzando el semáforo que ahora estaba en verde.

—Cuando vaya a ir acompañado por otra persona ten la seguridad de que te lo haré saber.—le contestó de forma brusca, enfadado consigo mismo por andar pensando en los sexys labios de su asistente personal.

Ella lo miró de reojo confusa por el tono rudo con el que le había contestado, y supuso que le había parecido mal la pregunta que le había hecho.

—Está bien.— le habló dolida por el cambio de humor, y porque hubiera aparecido de nuevo el ambiente tenso entre los dos.

En ese momento recibió una llamada de teléfono y aliviada se dio prisa para contestarla. Esa llamada la tuvo ocupada el resto del camino hasta llegar al foro de grabación, y dio gracias a Dios por ello.

Cuando llegaron, Martín se fue directamente a hablar con el director para saber que escenas tendrían que grabar ese día, y después se dirigieron a peluquería para que lo peinaran y lo maquillaran. Mientras lo preparaban, Alexia habló con María y Eva que eran dos de las chicas que trabajan allí.

Después de que ambas le dieran ánimos, por el primer día de trabajo que estaría sola y asegurarle que lo haría genial, estuvieron charlando sobre cosas intrascendentes. Cuando acabaron, se fueron a vestuario para que se probara la ropa que se pondría en las siguientes grabaciones, y vestirse con la que le tocaba ese día.

Mientras, el actor observó cómo Alexia hablaba y se reía con algo que le decía el ayudante de vestuario, que ni sabía cómo se llamaba. Advirtió que cuando le susurraba algo que no quería que los demás escucharan, se acercaba a él y le tocaba el brazo, y se sintió algo molesto por la familiaridad que tenía con ese hombre.

Cuando acabaron estaba impaciente por salir de allí y se fueron al set de grabación. Debido a ello, rápidamente buscó de nuevo al director y junto con el técnico de sonido, el de iluminación y los guionistas empezaron a discutir como harían las tomas de grabación. Primero las ensayarían, para que el sonido y la luz estuvieran perfectos y después las grabarían.

Entre toma y toma había muchos tiempos muertos, que los aprovechaba para ponerse al día con sus correos y llamadas personales a través de su móvil. También hablaba con Alexia, si ésta tenía algo importante que decirle o preguntarle, y cuando ya nada de eso lo tenía ocupado charlaba con los compañeros de reparto con los que se llevaba bien.

Por lo general Martín no solía tener problemas con los demás actores con los que acostumbraba trabajar, pero siempre había algún que otro que tenía el ego muy subido e iba de divo o diva generando problemas con sus caprichos y rabieta, por lo que solía ser cortés pero distante con ellos. Había pasado gran parte de la mañana y mientras hablaba con Roberto Garrido, uno de los actores secundarios con los que ya había trabajado anteriormente y tenía una cierta amistad, busco con la mirada a Alexia. Ésta estaba hablando por teléfono alejada de los técnicos para no molestar en una

esquina del set, buscando algo de privacidad pero lo suficientemente cerca para acudir si él la necesitaba. Cuando acabó de hablar y sus miradas se encontraron la llamó para que le trajera una botella de agua. Y cuando volvía con la bebida en una mano, e intentando guardar en el maletín la Tablet con la otra, sin querer tropezó con un cable de una cámara de grabación que estaba cerca de Martín trastabillando, y a punto estuvo de caer de bruces si no fuera porque él la sujetó a tiempo evitando la caída con su propio cuerpo.

El actor volvió a sentir el mismo extraño hormigueo que notó la primera vez que la vio cuando le estrechó la mano, y cuando Alexia recuperó la estabilidad la soltó bruscamente como si su contacto lo quemara.

—¿Estas bien?— le preguntó Roberto, agarrándola del codo pues Martín se había quedado sin habla.

—Si...si...estoy bien.—le contestó mientras le ofrecía a su jefe la botella de agua que había pedido. Éste la agarró con cuidado de no tocarla, casi como si fuera un arma nuclear a punto de estallar. Alexia estaba avergonzada, pues había estado a punto de caerse delante de todo el mundo y sobre todo delante de él, menos mal que al final no había pasado nada. Bueno nada, nada... tampoco. Si no contábamos con la sacudida que sintió por todo su cuerpo cuando el actor la agarró evitando que se cayera, todavía podía sentir la presión de sus manos donde la había tocado, y volviéndose hacia él le dijo.

—Gracias por cogerme, he...he sido muy torpe, lo siento.— se disculpó mientras se recomponía la ropa.

Martín se quedó blanco cuando ella habló y la gente que estaba más cerca y la había oído también se calló.

—¿Qué has dicho?— le preguntó con los labios apretados.

Alexia detuvo lo que estaba haciendo y levantó la cabeza para verlo a la cara, al darse cuenta por el tono de su voz de que estaba molesto, y se giró para mirar a Roberto al notar que se estaba aguantando las ganas de reírse. Miraba a uno y al otro alternativamente sin entender que estaba pasando.

—Eh...¿Qué he sido... muy torpe?.

—No, lo otro.—masculló mientras sus ojos echaban chispas.

—¿Gracias por ...cogerme?— le respondió confundida.

En ese momento Roberto rompió a reír sin poder aguantarse más las ganas, igual que la gente que estaba alrededor y que la había oído, aunque éstos lo hacían más disimuladamente. Martín abrió la boca para decirle algo pero la volvió a cerrar furioso, y se fue dejándola sola con Roberto. Y ésta se giró hacia el hombre que se estaba riendo con cara de total asombro, porque no entendía nada de lo que estaba pasando.

—¿Que he dicho?—preguntó desconcertada.

A Roberto le volvió a dar otro ataque de hilaridad.

—Lo siento....—le dijo éste inspirando y expirando aire para tranquilizarse y dejar de reír.

—Pues a mí no me hace ni pizca de gracia.—le contestó irritada, por ser el motivo de mofa sin saber por qué.

Roberto volvió a desternillarse sin poder evitarlo y Alexia enfadada se dio la vuelta dispuesta a irse, pero el actor la agarró del brazo para detenerla.

—Lo siento, de verdad.—se disculpó mientras se secaba las lágrimas.— Han sido más las caras que

habéis puesto los dos, que lo que en realidad dijiste.

—¿Y me puedes decir que es lo que dije para que sea tan gracioso?—preguntó molesta poniendo los brazos en jarras.

—Bueno...verás...—empezó a explicarle.— la palabra "coger" aquí en México no significa lo mismo que de donde tu vienes. Por cierto, ¿de dónde eres?—le preguntó.

—Soy española.

—¡Claro eso lo explica todo!

—¿Y qué significa la palabra "coger" aquí?—le preguntó confundida.

Roberto se acercó a ella y le susurró al oído.

—Mantener relaciones sexuales.

—¡¿Qué?!— exclamó horrorizada.—Estas de broma, ¿verdad?.

—No, lo siento.—negó con la cabeza

—¡Oh ...Dios mío!—susurró totalmente mortificada.

Alexia se quería morir. Miró a su alrededor con la sensación de que todo el mundo la estaría observando y riéndose de ella, y disculpándose de forma precipitada dejó a Roberto solo mientras ella corría para escaparse de allí. Cuando llegó a los baños entró dentro de uno de los habitáculos y se encerró dentro, su corazón iba a mil por hora.

¡Dios mío qué vergüenza!

No podría volver a mirar a la cara a Martín, con razón se había enfadado tanto, al final había metido la pata y bien metida, como tanto había temido la noche anterior.

Después de flagelarse durante unos minutos, decidió que no podía seguir escondiéndose y tenía que salir para dar la cara. Haciendo acopio de valor salió de los baños y buscó a su jefe, y después de un buen rato lo encontró en un set cercano que simulaba el salón de una casa descansando en un sofá.

Martín no sabía cuánto tiempo llevaba sentado allí, quería estar solo y había sido el mejor lugar que había encontrado para poder hacerlo.

Cuando llegó estaba furioso.

Al principio creía que estaba enfadado con Alexia por haberlo puesto en esa situación tan incómoda, y hacerle ser el hazmerreír de todo el mundo. Estaba seguro que lo que había sucedido, correría por todo el foro como la pólvora para ser la anécdota graciosa del día, y tendría que aguantar a más de uno mofándose de él. Pero después de pensar en lo que había ocurrido y siendo totalmente honesto, reconoció que no estaba furioso con ella sino consigo mismo. Entendió que su empleada en el momento que pronunció la palabra *coger* al ser de otro país no supiera lo que significaba allí en México, y que lo había dicho de la forma más inocente.

Lo que realmente le molestó habían sido todas las imágenes que habían pasado por su mente en cuanto ella la dijo. Se imaginó a él mismo mordisqueando esos labios, besándolos, succionándolos, bebiendo de ellos, introduciendo su lengua en su boca y enroscándola con la de ella...

¡Maldita sea!, ¿en qué demonios estaba pensando?— se recriminó mentalmente.— ¡Es mi asistente personal, por Dios!

Y lo peor de todo era que ni tan siquiera le gustaba. Como mujer no era su tipo en absoluto, él estaba acostumbrado a otra clase de mujeres. Jóvenes hermosas y sensuales que no tenían ningún miedo en

mostrar su cuerpo y sus encantos, algo que su asistente no hacía pues se escondía debajo de esas ropas que no la favorecían en absoluto.

Y lo más importante de todo es que él en todos estos años nunca...nunca, había mantenido ningún tipo de relación sentimental con ninguna de sus empleadas. Es más había despedido a más de una por insinuársele descaradamente. Y lo peor era que Alexia no había hecho nada para tentarlo... para incitar que su imaginación se desbocara de esa manera.

Estaba frustrado y enojado consigo mismo, y arrepentido de la actitud infantil con la que había actuado, saliendo furioso del set y dejándola sola con Roberto. Seguramente estaría confusa por su actitud al no entender que era lo que había sucedido.

En ese momento sintió su presencia como siempre le ocurría cuando ella estaba cerca, y era algo que tampoco se podía explicar y que lo confundía. Observó cómo se acercaba despacio, con cautela, retorciéndose las manos y mordiéndose el labio inferior. Él desvió la mirada y pasó sus manos por el pelo de forma impaciente.

—Martín...yo...—empezó a decir Alexia— venía a... a disculparme. Siento mucho lo que ha pasado antes, yo no...

—No.—la interrumpió.— El que se tiene que disculpar aquí soy yo.— reconoció levantándose del sofá.

El actor se volvió a pasar las manos por el pelo de forma nerviosa.

—Lo siento Alexia.— se disculpó mirándola a los ojos.— Sé que no actué correctamente. Entiendo que lo que dijiste para ti no significa lo mismo que para los demás que estábamos allí, no debí de darle importancia, ya que no la tiene pues es una tontería. No sé qué me pasó.

—De todas formas yo debería de haberlo sabido.— le dijo apenada.— Si esto hubiera sucedido delante de un importante directivo, hubiera sido muy bochornoso y lamentable. Lo siento mucho.

—No, discúlpame tú a mí de verdad, y no le des mayor importancia. Vamos a hacer una cosa.— le sugirió sonriendo.—Lo mejor es olvidar lo que ha pasado, ¿de acuerdo?.

Ella asintió aliviada y le devolvió la sonrisa.

—Bien, pues volvamos al trabajo ya seguramente me estarán buscando.—le explicó mientras se dirigía al set de grabación.

Alexia lo siguió aunque estaba totalmente desconcertada. En el baño mientras pensaba angustiada cual sería la mejor manera de disculparse con él, se había imaginado infinidad de escenarios, pero ninguno había acabado como éste. En su imaginación se había visto con las maletas saliendo de su casa de forma precipitada, nunca hubiera pensado que Martín acabaría disculpándose con ella. Con gran alivio hizo lo que él le había sugerido y volvió a retomar sus obligaciones, y aunque pudo observar alguna que otra sonrisa cómplice, se dio cuenta de que él tenía razón, al poco tiempo la gente ya no se acordaba de lo que había pasado. Todo había acabado como una simple anécdota.

Llegó la hora del almuerzo y después de escoger la comida del catering y apoyarla en su bandeja, se encaminó como siempre al rincón del comedor donde se sentaba como todos los días a comer con Eva y María, las chicas de peluquería y maquillaje y con Mauro, el ayudante de vestuario.

Aunque se llevaba bien con todo el mundo con ellos tenía un feeling especial. Desde el primer día cuando Verónica se los había presentado, la habían tratado como a una más haciéndola sentir cómoda y a gusto en su compañía.

—Alexia cariño, tengo que hablar contigo muy seriamente.—le dijo Mauro en cuanto se sentó a la mesa.

—Me estas asustando, ¿ha pasado algo malo?—le preguntó preocupada.

—¿Algo malo?...no...—le dijo mientras con el dedo índice hacia círculos señalando su cuerpo— ... algo catastrófico.

Se miró la camisa y el pantalón que llevaba pensando que tendría alguna mancha o un roto producido durante el tropezón de antes. Cuando se cercioró de que todo estaba en perfecto orden, levantó la cabeza para mirar de forma interrogativa a Mauro, dando a entender que no sabía de lo que le estaba hablando.

—¿A qué te refieres?—le preguntó.

—Alex, cariño...te lo digo con toda la buena intención y espero que no te ofendas, pero tu ropa es... horrible.

—¿Perdona?.

—Lo siento querida, pero alguien tenía que decírtelo. Lo que sueles llevar puesto no te sienta bien. Ella desvió la mirada hacía María y Eva buscando un poco de apoyo femenino. Aunque Mauro era el ayudante de vestuario y le encantara la moda ya que era su medio de vida, creía que estaba siendo algo exagerado sobre su estilo de vestir, pero las dos mujeres agacharon la cabeza en cuanto ella las miró.

—A mi ropa no le pasa nada, no seas exagerado.—le contestó no queriendo darle más importancia.

—No estoy siendo exagerado cielo. Es demasiado oscura para este clima, está algo desfasada, te hace parecer mayor y como has adelgazado unos cuantos kilos te queda demasiado grande.

—Estoy totalmente de acuerdo.—le contestó Roberto Garrido, el actor que había sido testigo de su anterior metedura de pata mientras se sentaba a la mesa con ellos.

Al principio se sorprendió de verlo allí, al igual que las chicas y Mauro, pero después se enfadó.

¿Quién era él para opinar sobre su ropa?. Que lo hiciera Mauro aunque le dolía, podía entenderlo ya que lo consideraba su amigo, pero él no la conocía lo suficiente como para opinar al respecto. Alexia nunca le había dado demasiada importancia a la ropa y sinceramente no creía que su vestuario estuviera tan mal.

—¿Y a ti quien te ha dado vela en este entierro?—le preguntó enojada.

¡No estaba teniendo un buen día, no señor!.

—Sólo estoy constatando algo que es evidente.—le explicó sonriendo.

—Pues si no me equivoco nadie ha pedido tu opinión.—le soltó mientras le miraba agarrar el tenedor y llevárselo a la boca.

—Bueno...—le contestó después de tragarse el bocado de comida— esta te la regalo, pero la siguiente te la cobro.—se burló, guiñándole un ojo.

Alexia se quedó con la boca abierta al igual que sus amigos, aunque por diferentes motivos, y agarrando su cubierto se dispuso a comer ella también.

¡Ja!, no iba a permitir que se riera de nuevo de ella.

—Pues fíjate que no los necesito, y menos de alguien tan grosero que se ha reído en mi propia cara por un mal entendido.—le recriminó mientras le señalaba con su tenedor.

—¡Touché!—le dijo Roberto todavía con la sonrisa en la boca.—Y es algo que vengo a subsanar pidiéndote mis más humildes disculpas.

—No te creo. Si realmente tus disculpas fueran sinceras no tendrías esa estúpida sonrisita en la cara.

—Vuestra amiga es un poquito rencorosa, ¿no?—preguntó dirigiéndose a sus amigos.

Éstos estaban estupefactos siendo testigos de la pelea entre ellos dos.

—¿Qué mal entendido?—inquirió Mauro, todavía asombrado de que uno de los actores estuviera sentado con ellos en la misma mesa.

—¡Oh...nada importante!. Aquí nuestra querida... perdona, ¿cuál es tu nombre?—preguntó dirigiéndose a ella.

—Alexia.—le contestó María, cuando fue evidente que ésta no tenía intención de contestarle.

¡Traidora!—pensó mentalmente acusándola con los ojos.

—Pues nuestra querida amiga...Alexia.—continuó haciendo hincapié en su nombre.— Le dio las gracias a su jefe por tener relaciones sexuales con ella y lo hizo delante de todo el mundo.

—¿Qué?!—exclamaron todos a la vez.

Alexia se atragantó con la lechuga que estaba comiendo de su ensalada.

—¡Eso no es cierto!.¡Cof...cof!— dijo entre tosidos.

—Si es cierto, yo estaba allí.— explicó muy serio mientras se reclinaba en la silla para darle golpecitos en la espalda.

—¡Diles la verdad!.¡Cof...!— le exigió, mientras intentaba coger aire para no ahogarse y se apartaba para que no la siguiera golpeando en la espalda.

—Bueno, quizás esas no fueran las palabras exactas.—explicó mientras doblaba los dedos índices y corazón de las dos manos haciendo el gesto de entre comillas.— Lo que le dijo fue, “*Gracias por cogerme*”.

Tanto Mauro como las chicas se empezaron a reír.

—¿Qué?!—estalló Alexia.— Tropecé con un cable y estuve a punto de caerme de bruces, si no fuera porque él me cogi...me agarró,—rectificó en el último momento.— me hubiera hecho daño.

Los cuatro volvieron a reírse otra vez. Y después de unos momentos Alexia tuvo que reconocer que la situación había sido muy cómica si lo veías desde fuera. Así que aunque intentó hacerse la digna, acabó riéndose también de la absurda escena que había ocurrido entre ella y su jefe.

Roberto les escenificó a los demás las caras que habían puesto tanto ella como Martín, y éstos entre risas no podían más que sentir pena por la situación que había vivido.

Después de pasar el momento jocosos el actor volvió a pedirle disculpas por haberse reído de ella otra vez, y Alexia ya no estaba enfadada así que le dijo que no se preocupara que todo estaba bien.

—Pero lo que no te perdono es que te hayas metido con mi manera de vestir.— le dijo dolida.

—Tienes razón, lo siento.

—¡Ah no, eso sí que no!.—saltó Mauro.

—Mauro, déjalo estar.—le dijo Eva intentándolo parar.

—Querida, —empezó a decirle bajando la voz.— quizás las formas no fueran las mejores. Lo siento por la parte que me toca, pero sí que no voy a parar hasta que te vengas conmigo y te lleve de compras.—declaró mientras la miraba con cariño.

—¿Tan mal se me ve?.

Era cierto que había adelgazado un poco, después de todo el trabajo que había tenido y los nervios que había sufrido esas últimas semanas le habían pasado factura. Y era verdad que la ropa le quedaba un poquito floja, pero no pensaba que fuera para tanto.

—Un poquito.—le contestó guiñándole un ojo.

—A mí me encantaría ir con vosotros.—se apuntó María, dando palmaditas con las manos como si fuera una niña pequeña cuando recibe un regalo.

— Y a mí.— se apuntó Eva, no queriéndose perder la fiesta.— Es más...podemos quedar todos y

pasarnos el día de *shopping*.

De repente se dio cuenta de que también estaba Roberto.

—Tú también puedes venir si quieres, es más sería un honor.

Él se rio y les agradeció la oferta, pero les dijo que si iba en cuanto la gente lo reconociera no podrían dar un solo paso.

—¡Eh!, que todavía no he dicho que iba a ir.—les informó, simulando que se lo estaba pensando.

No pudo evitar reírse cuando vio la cara que puso Mauro poniendo los ojos en blanco. Tenía algo de dinero, no mucho, pero algo le quedaba, y pronto cobraría así que decidió que era un buen momento para renovar su minúsculo fondo de armario.

—Está bien iré.—les dijo a sus amigos rindiéndose.— Pero todavía no sé cuándo voy a tener un hueco libre. Tengo que consultar la agenda de mi jefe, ya sabéis su agenda es mi agenda.— comentó irónicamente, mientras miraba hacía donde normalmente se sentaba Martín a comer.

Sus miradas se encontraron ya que él también la estaba observando. Su ceño estaba fruncido, mientras Marta Salgado una de las actrices de reparto que tenía un papel minúsculo le estaba hablando, y algo le debía de estar diciendo que no le estaba gustando. Esa mujer llevaba detrás de Martín desde que Alexia había empezado a trabajar para él, coqueteaba con el actor descaradamente y aunque éste nunca la había rechazado abiertamente tampoco le había dado pie a nada, simplemente se dejaba querer.

—Por eso no te preocupes, podemos ir a Plaza Universidad y a Centro Coyoacan que abren los domingos.—le informó Mauro devolviéndola a la conversación.

—Vale, pues en cuanto pueda os llamo y quedamos todos.

—¡Perfecto!.—exclamó María volviendo a dar palmaditas como una niña.

—Creo que le hace más ilusión a ella que a mí.— apuntó Alexia riéndose.

Acabaron de comer y cada uno siguió haciendo su trabajo. La tarde transcurrió sin ningún incidente más, y Roberto cuando no tenía que grabar y estaba esperando su turno, para no aburrirse se acercaba a ella y charlaban un ratito. El resto del tiempo lo dedicó en atender las llamadas, correos y demás tareas de las que se tenía que ocupar. Habló con su jefe un par de veces para hacerle unas consultas y poco más, y aun así se alegró cuando terminaron en el foro y volvieron a casa.

Durante el camino tanto el actor como ella prácticamente no hablaron. Y cuando aparcaron el coche y se bajaron de él, aliviados de que se hubiera terminado el trayecto, cada uno se dirigió a su propia habitación.

Después de darse una larga ducha Alexia subió a la cocina para cenar algo. Se alegró de ver tanto a Sole como a Justina y les contó el malentendido que había tenido con Martín, pero esta vez ya de forma graciosa. Las chicas al principio se habían apenado por ella pero después acabaron riéndose de la situación.

Como todos los días antes de irse para cama salió al jardín, y estuvo un rato sentada en la silla con las piernas encogidas y pegadas al pecho. Intentó relajarse con los sonidos de los animales, pensando en todo lo que le había sucedido ese día, y no pudo evitar sonreír al pensar en el momento en que Roberto se sentó en la mesa y les contó a sus amigos lo que le había pasado, y las caras que éstos habían puesto mientras se lo contaba.

Alexia agotada después de no haber dormido casi nada la noche anterior decidió que ya era hora de acostarse, y mientras caminaba por el jardín y se dirigía hacia la cocina no pudo evitar levantar la vista hacía la habitación de su jefe, pensando que ya estaría acostado o viendo la televisión.

Lo que ella no se imaginaba, es que él la había estado observando todo el tiempo en las sombras de su despacho, a oscuras.

Capítulo 5

Al día siguiente se levantaron temprano como siempre para ir a trabajar. Ese día Pedro era el que conducía el coche para llevarlos al foro de grabación, e iban los dos en el asiento de atrás cada uno en una esquina del vehículo lo más alejados posible. Durante el trayecto Alexia y Martín hablaron exclusivamente de trabajo, y cuando llegaron al set siguieron la rutina de siempre, primero hablar con el director de escena, después peluquería, vestuario y de nuevo concretar con el director, con los técnicos de sonido y los guionistas.

Esa mañana estaba siendo tranquila para ella pues no había recibido casi llamadas, y aunque tenía algunos correos que contestar y actualizar la agenda con los nuevos eventos a los que asistiría su jefe, había decidido que lo haría por la tarde ya que la tendría libre, pues Martín había solicitado librar para poder ir a buscar a su hijo al aeropuerto.

Así que con la Tablet en una mano, en la otra el teléfono móvil y con el manos libre encajado en su oído, se pasó gran parte de la mañana en el set de grabación lo más cerca posible, observando como trabajaban los actores y grababan las escenas.

Puso los ojos en blanco por enésima vez al ver como Marta Salgado, la guapa actriz de reparto que ayer se había sentado al lado de Martín a la hora del almuerzo, seguía coqueteando con él de forma descarada en un descanso de la grabación. Las miradas lascivas hacia su jefe, las risas exageradas cada vez que él le decía algo, y subirse el escote del top que lucía ese día cada dos por tres para que él se fijara en sus senos operados, no hacía más que decir a voz en grito que estaba disponible y muy interesada en él. Y lo peor de todo era que el actor le seguía el juego.

No solo tenía su total atención, sino que le dedicaba esa sonrisa que hacía derretirse a cualquier mujer que tuviese un poco de sangre en el cuerpo, y de vez en cuando se acercaba a su oído para susurrarle algo que hacía que ella le sonriera de forma sensual.

—Parece ser que esos dos se lo están pasando muy bien, ¿no?.

—¡Roberto!.— exclamó llevándose la mano a la boca, acto reflejo del susto que le había dado.—
¿De quién hablas?.—le preguntó disimulando.

—¿No es evidente?, de tu jefe y Marta Salgado.— le contestó señalando con la cabeza en la dirección donde ellos estaban.

—No me había fijado.—mintió, volviéndolos a observar pero esta vez de reojo.

—¿Ah, no?.

—No. Además, no seas chismoso solo están hablando.—le reprendió, intentando quitarle importancia para que no se diera cuenta de que ella sí los había estado espiando.

—Ya. Pues si una mujer me mirara o me hablara a mí de esa manera, estaría reservando habitación en un hotel ahora mismo.— manifestó mirándola intensamente a los ojos.

Alexia desvió la vista incomoda.

—¿Acaso estas celoso?.—indagó a propósito para fastidiarlo y que dejara de observarla de esa manera.

—¿Celoso?...¿yo?.—le preguntó asombrándose por la pregunta.

—Si... tú.

—¡Por favor!, ¿por quién me tomas?.— exclamó muy serio haciéndose el ofendido.—Hay cientos de mujeres como ella peleándose por colgarse de mi cuello.—le expuso arrogantemente después de

guiñarle un ojo.

Alexia no pudo evitar reírse y simuló buscar a todas esas mujeres girando la cabeza a un lado y a otro.

—Sí, ya veo la cola inmensa que hay de ellas peleándose por tus atenciones.—se burló.

—No lo entiendes, lo que pasa es que estoy buscando a la mujer perfecta.

—¡Espera no me lo digas!. Como tienes tantas entre las que escoger se te hace difícil decidirte, ¿no?.

—A lo mejor ya la he encontrado.—le dijo muy serio acercándose a ella.

—¡Venga ya, no me hagas reír!.—exclamó mientras soltaba una carcajada.

Y se tapó la boca avergonzada cuando se dio cuenta de que todo el mundo la estaba observando.

¡Menos mal que no estaban grabando en ese momento!.

—Y dime, ¿quién es entonces la afortunada?.—le preguntó Alexia bajando la voz.

—Y si te digo que podrías ser tú.—le contestó clavándole la mirada.

Siguiéndole la broma le hizo una seña con el dedo para que se acercara y le susurró al oído.

—Te advierto que yo no soy como Marta Salgado, hace falta algo más que una cara bonita para que me cuelgue de tu cuello.

—¡Oh Alexia... me acabas de romper el corazón!.—exclamó el hombre llevando su mano al pecho de forma dramática.

—Estoy segura de que no tendrás ningún problema en recuperarte, y que cualquiera de esas mujeres que están haciendo cola te ayudaran encantadas.

—¡Que mala eres conmigo!. ¿No te doy ni un poquito de pena?.— le preguntó mientras hacía un puchero con la boca.

—Ni un poquito.—le contestó riendo.

—¿Interrumpo la fiesta?.— preguntó Martín acercándose por detrás.

Alexia dio un respingo. Se giró y se encontró a su jefe con una sonrisa en la cara, pero los ojos más fríos que había visto en su vida.

—No...claro...que no.—le contestó tartamudeando.

—Hay amigo...— empezó a quejarse Roberto pasándole un brazo por los hombros.— esta mujer acaba de hacerme pedazos.

—¿Ah sí?.—preguntó alzando una ceja.

—Roberto, no creo...— empezó a decir ella.

—¿Te puedes creer que le he dicho que era la mujer perfecta para mí y me ha rechazado?.—la interrumpió éste.

—Ya veo.—contestó su jefe taladrándola con la mirada.

—Solo estábamos bromeando.—le explicó intentando excusarse.

—¿Nos perdonas un momento Roberto?, tengo que hablar con MÍ asistente personal.—le señaló, agarrándola a continuación del brazo y llevándola fuera del set de grabación dejando a su compañero solo.

Ahora Martín ya no tenía la sonrisa en su rostro. Estaba mortalmente serio.

—Escúchame Alexia y escúchame bien. Trabajas para mí y te pago para que me atiendas.—la amonestó.— Llevo un buen rato intentando llamarte pero tú estabas demasiado ocupada... coqueteando.

—¡Eso no es cierto!.—exclamó ofendida.

—¿Ah no?. ¿Acaso no es lo que acaba de decir Roberto?.—le preguntó enfadado.

Su boca apretada en una fina línea.

—Lo que ha dicho está sacado de contexto, yo no estaba coqueteando con él solo estábamos bromeando.— señaló mordiéndose el labio.

—¡Me da igual lo que estuvierais haciendo!.— le contestó, levantando la voz y echando chispas por los ojos sin poder apartarlos de su boca.— Pero a partir de ahora si no estás ocupada contestando llamadas o enviando e-mails, te quiero cerca de mí en todo momento, ¿de acuerdo?.

Alexia no entendía porque estaba tan enfadado, a su modo de ver no había hecho nada malo y tampoco lo había tenido tan desatendido como él decía. Estaba exagerando y había tomado lo que le había dicho Roberto como excusa para echárselo en cara.

—¿Me has entendido?.— volvió a repetirle, ya que ella no le había contestado.

—Perfectamente.—le contestó levantando la barbilla.

—Bien. Pues ahora que ya está todo claro haz el favor de traerme dos cafés.—le ordenó mientras se giraba para volver dentro del set de grabación.

—¿Dos cafés?.— preguntó extrañada.

—Exacto. Uno para mí y otro para Marta.

—¿Para eso era para lo que estabas intentando llamarme antes?.

—Si.—le confirmó. Y girándose nuevamente hacia ella levantó una ceja al oír el tono de reproche y le preguntó.—¿Hay algún problema?.

—No.

Y se dio la vuelta para dirigirse hacia la cafetería, dejándolo allí plantado y mirando como ella se alejaba.

¡Esto es el colmo!.—pensó irritada.—Pero ¿quién se cree que soy?... ¡¿su esclava?!.

Llegó a la cafetería y le pidió a la camarera que estaba detrás de la barra dos cafés.

¿Y por eso me monta semejante pollo?.— se dijo mientras seguía rumiando lo que había pasado y enfadándose cada vez más.

Al cabo de unos minutos la camarera se los sirvió en dos vasos con tapa, y recorrió de nuevo el camino hacia el set para llevarle los malditos cafés.

¡Ojalá se atraganten!.

Cuando llegó junto a ellos, Alexia se imaginó simulando que tropezaba y les tiraba el líquido ardiendo encima a los dos a modo de venganza. Pero decidió que lo mejor era no tentar demasiado a la suerte, por hoy ya había tenido suficiente.

—Gracias.—le dijo él cuando le ofreció su vaso.

Ella le respondió con una mueca y se acercó a la actriz para ofrecerle el otro.

—¡Oh Martín, gracias, eres un cielo!.—le agradeció, ignorándola por completo y plantándole un beso en la mejilla al actor.—Me moría por un café.

¡Qué demonios!.

Alexia se quedó estupefacta. Esa actriz de pacotilla le había hecho un desplante delante de su jefe, y había sido una acción muy fea y fuera de lugar en su opinión. Y además le había dolido. Sabía que en comparación con la *arpía rubia* no tenía nada que hacer. Ella era mucho más alta, más guapa y más interesante que Alexia. Sólo con levantar un dedo tendría la atención del cualquier hombre que ella deseara, pero no por eso podía ningunearla de esa manera. Se sintió pequeña e insignificante, y de repente esbozó una lenta sonrisa, quizás después de todo no había tenido suficiente y podía tentar hoy a la suerte un poco más. Por lo general Alexia solía dejarle su espacio vital a su jefe, tanto por él

como por ella misma. Procuraba estar lo suficientemente cerca como para acudir pronto si él la necesitaba, pero lo suficientemente apartada para que él pudiera tener su propia privacidad.

¡Muy bien!, ¿no quería tenerme cerca?—pensó.— ¡Pues me va a tener tan cerca como un grano en el culo!.

—Ejem...¿interrumpo?—preguntó con ironía mientras se interponía entre los dos.

Él se dio cuenta de lo que había hecho y enarcó una ceja que ella ignoró por completo.

—Quería informarte que el contrato con Desires & Lies está cerrado y ya he reservado habitación para mí en el hotel Reef Yucatán.

—¿Reservaste en el hotel Reef Yucatán por...?—preguntó confundido.

—Porqué es el hotel donde te ha reservado la productora los cuatro días que nos vamos a Telchac a grabar exteriores dentro de dos semanas, ¿recuerdas?.

—Es verdad, se me había olvidado por completo.

—Yo tengo muchas ganas de ir.—interrumpió esta vez Marta.— Estar cerca del mar, dar paseos románticos por la orilla, bañarme desnuda a la luz de la luna.—le sonrió la mujer prometiéndole con la mirada que si él quería podía ser el espectador de excepción.— Tú, ¿no?—le preguntó acercándose otra vez.

Alexia se atragantó y empezó a toser de forma escandalosa. ¡No daba crédito!

¿Cómo se puede ser tan...tan...descarada?— por llamarla finamente.

—¿Estás bien?— le preguntó su jefe con una extraña sonrisa en la cara.

—Sí...sí, estoy bien.—le contestó ruborizada por lo que había dicho la *arpía rubia*, que estaba fulminándola con los ojos para que los dejara solos.

Martín dirigió su mirada nuevamente hacia la rubia y ésta encantada con tener de nuevo su atención se mojó los labios de forma sensual.

—La verdad es que ahora yo también tengo muchas ganas de ir a Telchac.—le respondió él con esa sonrisa que hacía temblar las piernas de Alexia.

—Por cierto...—los interrumpió nuevamente en cuanto se recuperó del ataque de tos.— han llamado del programa Hoy de Univisión para una entrevista, quieren hablar contigo sobre tu trabajo en la telenovela.

—¿Para cuándo sería?—preguntó su jefe suspirando por la interrupción.

—El lunes que viene por la mañana. Si quieres puedes asistir ya que tienes grabaciones en el foro solo por la tarde.

—Está bien, diles que sí.—le contestó regresando su atención de nuevo en Marta.

La actriz entendió lo que Alexia estaba intentando hacer y decidió desplegar todas sus armas de seducción. Martín le interesaba y mucho además, y no iba a dejar que la estúpida de su asistente le fastidiara el plan. Ahora que después de tanto tiempo detrás de él le estaba haciendo caso, no iba a dejar pasar la oportunidad.

—Y dime Martín, ¿cuándo me vas a invitar a cenar?—le preguntó haciendo pucheritos y acercándose a él, para simular que le enderezaba la camisa mientras rozaba sus senos contra su pecho.— Me prometiste que lo harías pero todavía sigo esperando

—Perdona de nuevo....—se disculpó Alexia, interponiéndose de nuevo entre ellos y sin darle la oportunidad a éste de que le contestara.

—Alexia...—empezó a recriminarle él.

Pero en esos momentos se acercó el regidor a su jefe para llamarlo a grabar otra vez.

—Tú y yo hablaremos más tarde.—la amenazó, dejándola sola con la *arpía rubia* para seguir al regidor y volver al trabajo.

La mujer se volvió hacia ella echa una furia.

—¿Se puede saber que estás haciendo?— le preguntó enfadada.

—¿Yo?, nada.—le contestó haciéndose la inocente.—¿No sé a qué te refieres?.

—Sabes perfectamente a que me refiero, no te hagas la tonta.

—¿Quién se hace la tonta?—preguntó Roberto, que apareció en ese momento junto con la actriz principal de la telenovela Esther Vargas.

—Aquí, tu amiguita.—le contestó la actriz.

—Aquí mi *amiguita* como tú la llamas de tonta no tiene un pelo.—la defendió él.— Seguro que es un malentendido, a las rubias de bote como tú a veces el tinte os hace mala reacción.

—¿Perdona?— exclamó ofendida.

—¡Pero claro que estás perdonada querida Marta!. Seguro que Alexia no te lo ha tenido en cuenta, ¿no es cierto *amiguita*?—le preguntó guiñándole un ojo.

Ésta se había quedado con la boca abierta estupefacta por lo que estaba haciendo Roberto, y reaccionando un poco tarde asintió con la cabeza cuando se dio cuenta de que estaban esperando su respuesta.

Marta, roja de la rabia y de la humillación de la que estaba siendo objeto y sin saber que replicar, se dio media vuelta y se fue enfadada.

Esther Vargas tampoco daba crédito a lo que había pasado.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?—le recriminó la actriz.—En todo el tiempo que te conozco nunca habías sido así de grosero con nadie.

—¡Arg... es que no la soporto!. Lo siento, yo no soy así pero no puedo con este tipo de mujeres.

—¿Y de qué tipo de mujer es Marta?—le preguntó su compañera.

—Es una arpía trepadora, que no le importa lo que tenga que hacer o a quien tenga que pisar para conseguir lo que quiere.

Alexia estaba dividida en dos. Sabía que lo que había hecho no era lo correcto, ante todo estaba trabajando y le debía un respecto tanto a su jefe como a sus compañeros de trabajo. No debería de haber reaccionado de esa manera tan infantil pues no era propio de ella, y en su cabeza había una vocecita que no paraba de decirle que había reaccionado así por celos, algo que ella rechazó tajantemente.

Era cierto que Martín le atraía mucho, no podía negar que era muy guapo ya que era evidente, pero ante todo era su jefe y eso era algo que ella no iba a olvidar nunca. Sobre todo después de lo que había pasado en España. No volvería a cometer el mismo error.

Pero por otro lado le estaba muy agradecida a Roberto por haberla defendido, y seguía pensando exactamente lo mismo, que Marta Salgado era una arpía. Pero en cuanto Martín se enterara de lo que había sucedido iba a tener problemas y esta vez con razón.

—Roberto yo te agradezco lo que has hecho, de verdad, pero ella también tenía razón, no actué correctamente.—le confesó.

—¿A qué te refieres?—le preguntó Esther.

Alexia procedió a explicarles lo que había sucedido. La manera en que Marta la había despreciado ignorándola cuando le llevó el café, y la forma absurda en que ella había reaccionado intentado devolverle la ofensa con la misma moneda.

—Actué impulsivamente y es algo que nunca debió ocurrir.

—Alexia por favor no la disculpes, lo que ella te hizo no estuvo bien.—le replicó Roberto.

—No la estoy disculpando, solo constato lo que es evidente. Lo que yo hice tampoco estuvo bien y lo reconozco.—le rebatió.— Sobre todo porque Marta es una actriz de reparto y yo solo soy una asistente personal.

—Eso no tiene nada que ver.

—Sí...si tiene que ver. Si ella quisiera podría ir a quejarse a Lucía o a Julio...—que eran los productores ejecutivos de la telenovela.— y crearle un problema a Martín. Y eso es lo último que yo quiero.

—En eso tiene razón.— señaló Esther.

—¿Y tú de que parte estás?—le preguntó Roberto a la actriz, empezando a enfadarse porque sabía que lo que Alexia decía era cierto. Y volviéndose hacia ella le dijo—Si tienes algún problema con los productores o con Martín por culpa de Marta Salgado, me lo dices y yo hablo con ellos.

—¡De eso ni hablar!—exclamó ella alarmada.—Ni se te ocurra decirle nada a nadie. No quiero que nadie se meta en problemas por mi culpa, yo hablaré con Marta y le pediré disculpas.

—De eso nada, no tienes por qué rebajarte.—replicó el hombre cada vez más enfadado.

—Roberto, ¡prométeme que no vas a decir nada!—le rogó Alexia tocándole el hombro.

El actor no contestó y empezó a pasearse de un lado a otro negando con la cabeza.

—¡Prométemelo!—le exigió.

—¡Está bien!. Pero si me entero de que ella ha ido de mala fe, me va a escuchar.

Alexia miró a Esther haciéndole la misma pregunta muda con los ojos y ésta asintió con la cabeza.

La asistente se acercó a Roberto y le dedicó una sonrisa.

—Gracias, por ser mi caballero de brillante armadura.

Él la miró y por sus ojos cruzó algo que Alexia no supo descifrar.

La actriz que había estado escuchando y observando atentamente esbozó una sonrisa.

Con todo lo golfo y calavera que había sido Roberto, por fin había conocido a una mujer que le interesaba realmente. Estaba segura que si se lo preguntaba, él lo negaría, pero lo conocía lo suficiente como para saber que Alexia le importaba. Ahora la pregunta era, ¿y a ella?, ¿le interesaba Roberto?. ¿O sería la primera mujer que le daría a probar de su propia medicina?. Esas respuestas no se las perdería Esther por nada del mundo, por lo que los seguiría muy de cerca a los dos. Además la asistente le caía bien.

—Pensándolo mejor Roberto,—les interrumpió ésta— a mí tampoco me cae muy bien esa mujer. Y tienes razón, a las rubias de bote a veces les da reacción el tinte y no piensan con claridad.

Él y Alexia se quedaron callados no sabiendo qué decir, porque ella era rubia de bote también.

—¡No me miréis así, yo soy rubia natural!—les aclaró, rompiendo a continuación a reír los tres a la vez.

Estuvieron hablando durante un buen rato hasta que les tocaba actuar a alguno de los dos, y se les fue uniendo otros actores, entre ellos Martín, que iban y venían dependiendo si tenían que grabar alguna toma. Rieron y bromearon entre ellos y Alexia nunca había estado tan relajada teniendo al lado a su jefe, quizás tuviera suerte y la amenaza anterior de que tendrían que hablar se le hubiera olvidado.

Marta no se había acercado, estaba en una esquina lanzándole miradas asesinas y ella intentó ignorarla todo lo que pudo.

Llegó la hora del almuerzo y se dirigió como siempre al rincón donde ya estaban sus amigos

esperándola, pero se quedó sorprendida cuando se dio cuenta de que también se sentaban en la misma mesa, además de Roberto que ya lo había hecho el día anterior, Esther y dos actores más. Aunque llevaba poco tiempo trabajando allí, a Alexia le había quedado claro que los actores y directivos de la telenovela no se juntaban con los demás trabajadores. El primero que lo había hecho había sido Roberto, por eso Mauro y las chicas se habían sorprendido cuando el día anterior se había sentado a la mesa con ellos, pero tendrían que verse la cara en estos momentos, era impagable. No daban crédito y se hincharon como globos, cuando se dieron cuenta de que los demás trabajadores los miraban con envidia, y no pudo evitar sonreír.

Martín se sentó en su lugar habitual y Marta no dudó en aprovechar que había un sitio libre a su lado para ocuparlo.

—Has estado increíble en la última escena querido.—le dijo delante de todos.

—Gracias.—le contestó éste, algo molesto por el término cariñoso que estaba usando delante de los demás.

—No seas modesto, es de todos bien sabido que eres un excelente actor, y a título personal eres un referente para mí del que me gustaría aprender... TODO.—le explicó dándole a la última palabra un significado sexual.

Éste se quedó mudo por la sorpresa durante un momento. Los demás comensales les echaban miradas furtivas, simulando unas sonrisitas los hombres y recriminando la actitud de ella las mujeres.

—Te agradezco tus palabras Marta, pero estoy seguro de que todos los que estamos aquí pensamos que todavía tenemos mucho que aprender. Yo por lo menos lo hago de cada uno de mis compañeros. Esta es una profesión en la que estamos en constante aprendizaje o por lo menos ese es mi caso.—expresó algo avergonzado por su comportamiento.

—¡Por supuesto!.—le contestó Marta cuando se dio cuenta de que había metido la pata.

Ya que había dado a entender que de todos allí, del único que se merecía aprender algo era de Martín, dejando a los demás actores como mediocres.

—Creo que no me he explicado correctamente. Por supuesto que todos los que están aquí son excelentes actores, pero lo que quería decir es que a ti te admiro especialmente.— manifestó, casi susurrándole y acercándose a él para que pudiera admirar su escote.

El actor se dio cuenta de las intenciones de ella, y como hombre que era no pudo dejar pasar la oportunidad de admirar sus pechos. Y la actriz cuando se dio cuenta de que ya tenía toda su atención dirigida donde quería, se acercó más a él para conseguir lo que se había propuesto.

—Por cierto,—le susurró para que solo la oyera él— tienes que hablar con tu asistente personal y ponerla en su sitio.

El actor levanto la vista y clavándole la mirada en sus ojos le preguntó.

—¿Y eso por qué?.

—Por el comportamiento que ha tenido antes, por supuesto. No hacía más que interrumpirnos y lo hacía a propósito, solo para molestar.—se quejó haciendo pucheros con la boca.

Él tenía claro que el comportamiento de Alexia no había sido el adecuado, pero si era honesto consigo mismo no podía recriminárselo, aunque la hubiera amenazado anteriormente con hacerlo. Su actuación había sido fruto del desprecio con el que la había tratado Marta, y realmente le había

resultado graciosa la manera en la que ella había intentado vengarse. Todo lo contrario a la mala intención con la que estaba actuando la actriz, haciéndolo por la espalda e intentando manipularlo.

—Si no recuerdo mal la que empezó fuiste tú. Si no la hubieras ignorado y agradecido el detalle de que te hubiera traído el café, seguramente Alexia no se hubiera ofendido.—le recriminó.

Marta se quedó callada por un momento ya que sabía que él tenía razón. Estaba acostumbrada a manipular a los hombres a su antojo, pero estaba claro que con Martín esa táctica no le estaba resultando.

—¿Eso hice?!. ¡Te juro que no me di ni cuenta!.—le mintió descaradamente, poniendo cara de inocencia y rezando para que él la creyera.

Martín levantó una ceja y esbozó una sonrisa torcida, dejando claro que no se había tragado la mentira en ningún momento.

—De todas formas querida, soy yo el que decide cuándo y por qué tengo que llamarle la atención a mis empleados.—le aclaró de forma intencionada.

—¿Por supuesto!. Y te pido disculpas si en algún momento la he podido ofender, aunque te aseguro que ha sido sin ninguna mala intención.—recló Marta.

—Me alegra de que te des cuenta de tus errores y seas capaz de pedir perdón por ello. Y espero que lo hagas pero no a mí, sino a la persona que has ofendido, que en este caso es mi asistente personal. Marta estaba furiosa. No solo la había ofendido Roberto cuando defendió a esa estúpida mujer, sino que ahora tenía que pedirle disculpas y tragarse todo el veneno que tenía guardado para ella si quería quedar bien delante de Martín. Hoy nada le estaba saliendo como ella quería, y esa mujer se las iba a pagar, de eso estaba segura.

—Eso dalo por hecho, no estaré tranquila hasta que no lo aclare con ella.—mintió.

El actor asintió con la cabeza aprobando su actitud y se dispuso a empezar a comer, siguiendo la charla que estaban teniendo el productor Julio Menéndez con Fernando Ríos, el actor antagonista de la telenovela.

Capítulo 6

Terminaron de comer y Alexia se despidió de sus compañeros, no sin antes quedar con Mauro y las chicas para ir de compras el domingo. Se reunió con Martín que estaba hablando con varios de los actores principales y el productor Julio Menéndez, el cual les estaba invitando a comer al día siguiente en su casa a una barbacoa.

Por supuesto Marta aceptó enseguida y aunque éste no estaba muy convencido de ir, ya que tenía ganas de pasar el día con su hijo que llegaba hoy de viaje, no desistió hasta que consiguió convencerlo de que fuera.

Se habían despedido de todos y estaban a punto de salir, cuando la rubia aprovechó ése momento para acercarse a ellos.

—¡Alexia!—la llamó la actriz—...no me gustaría que te marcharas sin hablar un momento contigo.

Ella sabía que ese instante tenía que llegar, la *arpía rubia* no iba a dejar pasar la ocasión de ponerla en evidencia delante de su jefe. Tendría que aguantar el chaparrón y aunque le saliera una úlcera se tragaría la bilis y le pediría disculpas, por desgracia no le quedaba otra.

—He estado hablando con Martín sobre lo que ha sucedido antes en el set.—empezó a decirle.— Y parece que él tiene la sensación de que te pude ofender cuando no te agradecí convenientemente que me hubieras traído el café.

Alexia sorprendida por lo que estaba diciendo no sabía muy bien a qué atenerse, giró la cabeza para mirar a su jefe que estaba detrás de la mujer, y las estaba observando con una expresión inescrutable en el rostro.

—Me gustaría pedirte disculpas, si en algún momento he dicho o hecho algo que te haya podido parecer mal.—continuó intentando parecer pesarosa.

En ese momento ella se percató de dos cosas importantes; La primera, era que Marta Salgado no era muy buena actriz. Aunque lo estaba intentando estaba claro que no podía disimular el odio que sentía por ella, y en esos momentos sus ojos le decían lo mucho que la despreciaba. Y la segunda, que era una mujer muy inteligente. La actuación que estaba realizando era única y exclusivamente para su jefe, y estaba intentando quedar bien y ganar puntos delante de él disculpándose con ella.

—Marta yo...—empezó a decir.

—No me gustaría que pensaras que soy una desagradecida.—la interrumpió.— Te juro que si te ofendí en algún momento nunca fue mi intención. ¡Me gustaría que fuéramos amigas Alexia!

—¿Amigas?—preguntó totalmente desconcertada.—¿Tú y yo?—dijo sin poder dar crédito a tanta falsedad.

Miró al actor que había fruncido el ceño en el momento en el que había oído su tono escéptico.

—Si.—afirmó la mujer con un brillo extraño en la mirada.

En esos momentos la asistente se sintió como la mosca que ha caído en la tela de la araña, y estaba siendo dirigida sutilmente hacía donde ella quería.

— Con ello podría demostrarte que lo que sucedió fue un error y que en ningún momento actué de mala fe.

Si Alexia decía lo que pensaba y era fiel a sí misma, quedaría como una mujer soberbia y prepotente que no había sido capaz de aceptar unas disculpas. Y si no lo hacía y le seguía la corriente a Marta, entraría en su mezquino juego para quedar bien delante de su jefe y engañarlo, dejando que creyera

que todo estaba bien. Se mordió el labio inferior y no pudo evitar mirar nuevamente hacia él. Aunque no le gustaba en absoluto lo que iba hacer, la *arpía rubia* no le había dejado otra opción si no quería tener problemas con Martín.

¡Muy bien, pues si quería jugar ella también podía hacerlo!. Aunque estaba claro que la actriz le llevaba mucha ventaja.

—¡Por favor Marta, no hay nada que perdonar!. Estoy segura de que tienes muchas cosas en la cabeza...

Como por ejemplo llevarte a Martín a la cama.— pensó.

— ...y que ha sido un despiste sin importancia. No te preocupes más.—le aclaró con una gran sonrisa.

—Me alegro de que pienses así. Sabía que nos entenderíamos perfectamente.—mintió descaradamente.

Y a continuación le dio un abrazo que no pudo rechazar.

Miró a su jefe para saber si la pantomima que había realizado se la había creído, y parecía que si lo había hecho ya que la expresión de su cara era más relajada, aunque había un brillo extraño en su mirada. Alexia se zafó como pudo de las garras de la actriz y esbozó una leve mueca que en vano intentó parecerse a una sonrisa.

—Si nos disculpas, se nos hace tarde.—se excusó deseando salir de allí.— Pedro me mandó un mensaje para decirme que ya nos está esperando para llevarnos al aeropuerto.—le informó al actor.

Él asintió con la cabeza y se aproximó a Marta para despedirse nuevamente de ella con un beso en la mejilla, y murmurarle algo al oído que Alexia no pudo escuchar, pero que hizo que la *arpía rubia* esbozase una amplia sonrisa y que sus ojos brillaran de satisfacción. A ella se le revolvió el estómago, y cuando ya estaban por irse de nuevo no pudo reprimir un impulso y le dijo a la mujer.

—¡Ah!... Marta, el domingo unos amigos míos y yo vamos a pasar el día juntos, te lo comento por si quieres venir...ya sabes por lo de ser amigas y eso.

—¡Eh!...¿Este domingo?—preguntó sorprendida por la propuesta.

Y cuando se lo confirmó, su cara demostró desesperación por encontrar una buena excusa para no ir, pues quedaba claro que ella no tenía ninguna intención de juntarse con semejante chusma. Estaba intentando escalar alto en la esfera social, atrapar a un hombre rico y famoso y si pudiera ser guapo y joven como Martín mejor, pues quería ser algo en la vida. Ya que la belleza no iba a durarle mucho más y tenía que sacarle el mejor partido que pudiera. Al principio, creía que con su hermosura y su talento para la interpretación conseguiría todo lo que ella había soñado siempre, dinero, lujos, comodidades, prestigio y poder, pero al poco de empezar su *carrera artística* le habían dejado bien claro que el talento no la acompañaba, y que si la llamaban era porque su atractivo quedaba bien en pantalla. Y por supuesto por el agradecimiento de algún productor o directivo casado, con el cual se había acostado y que le conseguían pequeños papeles en alguna telenovela. Por lo que había tenido que cambiar sus prioridades, y estaba dispuesta a luchar por ello haciendo lo que hiciera falta.

—Yo...te agradezco la invitación pero... este domingo me va a ser imposible. Lo siento.—le mintió.

—¡Vaya es una pena!—le sonrió, sin sentirse en ningún momento culpable por el embuste que le había soltado.—Pero no te preocupes quedamos otro día, ¿si te parece bien?.

—Claro, otro día.

Alexia se giró y se encaminó hacia su jefe con una amplia sonrisa en la cara, y sin poder evitarlo Martín soltó una enorme carcajada. Las dos mujeres expresaron total perplejidad, pero él las ignoró

y se dirigió hacia la salida en busca de su chofer.

El actor había sido testigo de excepción de la increíble farsa que había presenciado, pues conocía mucho mejor a las mujeres como Marta de lo que ella se creía. Llevaba demasiado tiempo en ese mundillo para diferenciar a las mujeres trepadoras y ambiciosas como ella, y había intuido desde el primer momento como había intentado manipularlo, haciéndole creer que era una mujer con nobles sentimientos que estaba verdaderamente arrepentida por haber ofendido a su asistente. Pero era una pésima actriz. Y se lo demostró en el momento en el que se hizo la sorprendida cuando él le reclamó por haber sido prepotente con Alexia, después de que ella le hubiera sugerido unos segundos antes de que tenía que ponerla en su sitio. No había hecho falta verle el rostro para saber que sus disculpas con su empleada eran falsas.

Solo con observar la cara de su asistente, se dio cuenta de que todo lo que había salido de su boca no eran nada más que patrañas. En su rostro habían surgido toda una paleta de sentimientos y reacciones encontradas, incredulidad, desconfianza, disgusto, dudas, ironía, escepticismo... Aunque había quedado claro que Alexia tampoco era muy buena actriz, pero si lo bastante inteligente como para darse cuenta de las intenciones de la otra mujer. Por un momento creyó que no sería capaz de seguirle el juego, y fue el momento en el que por segunda vez lo miró con dudas en sus ojos. Él ya la conocía lo suficiente como para saber, que cuando se mordisqueaba el labio inferior era porque estaba nerviosa o preocupada.

No sabía de lo que se había sentido más orgulloso. Si del momento fugaz que tuvo Alexia de ser totalmente sincera y decirle a Marta en su propia cara todo lo que pensaba de ella, dejándole claro que su asistente no se parecía ni remotamente a la actriz secundaria, ya que sus sentimientos eran nobles y no se sentía cómoda con el engaño. O del momento en que se dio cuenta de que con personas como ella lo mejor era seguirles el juego, y saber cuándo actuar en el momento justo.

Por eso se alegró, cuando descubrió que tenía las suficientes agallas para enfrentarse a una adversaria que le llevaba mucha ventaja en el arte del engaño y la manipulación. Lo que si no se esperaba era el golpe final, cuando puso en evidencia a Marta invitándola a salir con ella y sus amigos sabiendo que ésta se negaría. Y el patético intento de la actriz de no quedar mal delante de él, por lo que no pudo evitar reírse al ver la cara de satisfacción de Alexia por haber ganado una pequeña batalla aunque no la guerra.

Todo eso lo iba pensando en el coche camino del aeropuerto.

Giro la cabeza para observar a Alexia que estaba jugueteando con el cable del manos libre, estaba tensa y lo más alejada posible de él. No era capaz de relajarse en su presencia y era algo que entendía perfectamente porque a él le pasaba lo mismo, quizás por eso se había molestado tanto cuando la descubrió riéndose con Roberto. Aunque el actor siempre le había caído bien y lo conocía ya desde hacía algunos años, últimamente le estaba empezando a tener algo de ojeriza. Era un buen tipo, pero le gustaban demasiado las mujeres y no quería que ella acabara herida enamorándose del hombre equivocado. Y había observado que se sentía cómoda en su compañía, por lo que no tardaría en sentir algo por el actor y que éste aprovecharía en su beneficio, destrozando el corazón de su asistente cuando se diera cuenta de que no era correspondida.

Aunque se recordó por enésima vez que era algo que no tenía que importarle, pues había decidido

que no se involucraría más con sus empleados, ¿no?.

Justo en ese momento llegaron al aeropuerto y salió veloz del coche para ir a encontrarse con su hijo. Le pidió a Alexia que lo acompañara y a Pedro que esperara en el coche para que no tuviera que aparcar más lejos.

Cuando llegaron a la puerta de desembarque estaba nervioso porque no sabía cómo encontraría a Lucas, había hablado con él todos los días, y todos los días le había preguntado si estaba bien o quería volverse a casa. Su hijo aunque pequeño tenía muy claro lo que deseaba, y en todo momento le confirmó que estaba bien y pasándolo en grande con sus abuelos maternos, así que no le quedó más remedio que seguir sufriendo en silencio por lo mucho que lo echaba de menos.

Esperaron algunos minutos más que se le hicieron eternos, hasta que vio aparecer a los padres de Vanesa, la madre de su hijo. Lucas iba en los brazos de su abuelo, buscándolo con la mirada por todas partes ansioso por encontrarlo, y a su lado iba su mujer. Martín hizo señas con los brazos para que su hijo lo ubicara, y cuando éste se percató empezó a retorcerse en el regazo de su abuelo para que lo soltara. Cuando lo dejó en el suelo echó a correr hacia él.

—¡Papi!... ¡Papito!.—le gritó el niño.

Martín se agachó y alzó a su hijo cubriéndolo de besos y abrazos. El actor iba con gafas de sol y una gorra para intentar pasar lo más desapercibido posible, ya que no quería que la gente le reconociera, porque si eso sucedía lo más probable era que necesitaran la ayuda de la seguridad del aeropuerto para poder salir de allí. Y cuando empezó a notar que la gente se paraba para observarlos, rápidamente les dijo a los abuelos de Lucas que lo siguieran y se encaminó a una sala VIP del aeropuerto, donde enseguida lo reconocieron y lo dejaron pasar.

—Alexia, te presento a los abuelos de Lucas, Jaime Duarte y su mujer Teresa Páez.—le dijo haciendo las presentaciones.—Alexia es mi asistente personal.—le explicó Martín a la pareja.

—Encantada de conocerlos.—los saludó mientras les ofrecía la mano para estrechársela.

—Igualmente.—le contestó Jaime.—¿Y Verónica?, ¿le ha pasado algo?—preguntó el hombre extrañado.

—No. Verónica está perfectamente, pero va a casarse en breve y ha dejado de trabajar para mí.—les explico Martín.

Para después girar la cabeza hacia el niño que tenía en brazos.

—Y este hombrecito que está aquí es mi hijo Lucas.—le presentó por fin.

Ella se acercó al niño y le hizo un saludo con la mano.

—Hola Lucas, por fin te conozco. Me han hablado mucho de ti, ¿sabes?.

El crío se acercó más a su padre mirándola de forma reticente, escondiendo al final la cara en el cuello de su progenitor.

—¿Tienes vergüenza hijo?—le preguntó Martín sonriendo.

—Papi... habla raro... como los abuelos.—declaró el niño.

Los mayores se echaron a reír.

—Tienes razón Lucas, hablo raro como tus abuelos porque no soy mexicana como tu papá y tú.—le aclaró Alexia.

—Ella nació en otro país, muy lejos de aquí.—le explicó su padre.

—Pero estoy intentando hablar... casi como vosotros.—le comentó, sin poder evitar ruborizarse al recordar el incidente léxico que había sufrido el día anterior.

Miró de reojo a su jefe que tenía una sonrisa cómplice en su cara.

¡Vaya, ahora le hace gracia!.— se dijo a punto de poner los ojos en blanco.— *Ayer no pensaba lo mismo. ¡Hombres!*

—Pero, ¿quieres que te cuente un secreto?— continuó hablándole.

Éste despegó la cara del cuello de su padre y asintió con la cabeza.

— Hay dos personas en casa que te han echado mucho de menos y están deseando que llegues para comerte a besos y...—le dijo poniendo énfasis en las siguientes palabras—... ¡tienen una sorpresa para ti!

—¿Qué sorpresa?—le preguntó el niño con curiosidad.

—¡Ah!, eso sí que no te lo puedo decir, o Sole y Tina me cortarán la lengua.—le explicó, tapándose a continuación la boca con las manos de forma exagerada y fingiendo que había metido la pata al decirle el nombre de las dos amigas.

—*¡Papito*, quiero ir a casa!—le exigió el niño con cara de expectación por saber lo que le esperaba.

—*¡Porfis...porfis!*

—¡Claro hijo, ahora te llevo!— y girándose hacia los abuelos del niño les preguntó.—¿Se van a quedar en México?, ¿quieren que les acerque a algún hotel?.

—No gracias, en dos horas volvemos a coger un avión para Caracas.—le agradeció la mujer.

—No hace falta que se vayan tan pronto, pueden quedarse unos días si quieren.

—Te lo agradecemos, pero yo no puedo faltar al trabajo.—le explicó el hombre. Y acercándose a Lucas, le dijo.— Pero nos veremos pronto campeón. ¿Me das un beso antes de marchar?.

Los abuelos se despidieron de su nieto entre besos, abrazos y lágrimas, y cuando el actor aún con su hijo en brazos, ya que no lo había soltado en ningún momento, se giró para salir de la sala VIP, Jaime Duarte lo detuvo diciéndole.

—Gracias Martín, por dejar pasar al niño unos días con nosotros. Ha significado mucho.—le confesó el hombre todavía emocionado.

Él asintió con la cabeza lacónicamente y se fue, dejando a los abuelos saludando con la mano a su nieto.

Alexia no pudo evitar emocionarse, y se estaba secando los ojos humedecidos de forma discreta cuando su jefe la sorprendió. Intentó disimular pero se ruborizó al ser pillada en un momento tan sensiblero.

Llegaron al coche y se subió en el asiento de adelante junto a Pedro, por tanto su jefe y Lucas se acomodaron en el asiento de atrás. El niño habló sin parar mientras le contaba a su padre todo lo que había hecho con sus abuelos. Martín no dejaba de sonreír escuchando atentamente todo lo que decía, y se convenció de que había hecho bien cuando había permitido viajar a su hijo para que pudiera estar con sus abuelos, y la familia que no había podido conocer antes, ya que cuando lo llevaba a Venezuela para que estuviera con ellos, siempre había sido en la habitación de un hotel y en su presencia.

Cuando creció un poco, como mucho habían ido a un parque cercano para que jugaran con su nieto, pero nunca habían estado en Caracas más de dos días. Ahora no se arrepentía de la decisión que había tomado, al ver como su hijo con los ojos brillantes le hablaba de todos los primos y tíos que había conocido.

Cuando llegaron a casa, Soledad y Justina, (o Sole y Tina como las llamaba Alexia), los estaban esperando en la entrada. Su hijo bajó del vehículo corriendo y se dejó abrazar y besar infinidad de veces por las dos mujeres, hasta que ya impaciente les preguntó que cual era la sorpresa que le tenían

preparada, y gritó de alegría cuando la cocinera le dijo que le habían preparado su comida preferida, unos deliciosos *Tamales*.

Martín y Lucas pasaron la tarde jugando y riendo mientras Alexia terminaba el trabajo que había dejado pendiente, y cuando más tarde cenaron el resto de *Tamales*, se dedicaron después a ver una película de superhéroes, hasta que el niño agotado se quedó dormido en el regazo de su padre. Éste lo acostó y arropó, y dándole un beso de buenas noches lo dejó dormido en su cama. Estaba exhausto. Y pensó que se estaba haciendo viejo, pues con treinta y tres años cada vez le costaba más seguirle el ritmo a su hijo.

Se dirigió a su habitación y antes de meterse en cama observó desde la ventana a su asistente sentada en el jardín. Era una costumbre que había adquirido desde que llegara a trabajar a esa casa, y ahora era una costumbre en él observarla desde su cuarto o desde el despacho. Sentía curiosidad por saber en qué estaría pensando sentada todas las noches en la semioscuridad, y en un impulso que no pudo resistir bajó al jardín. No tenía pensado acercarse, sólo quería observarla más de cerca, pero una necesidad imperiosa que no supo explicar le incitó a caminar hasta quedar parado detrás de ella. Y de repente notó como su empleada se tensaba y giraba la cabeza para encontrarse con su mirada.

Alexia notó su presencia cuando el vello de su cuerpo se le erizó. Por una parte era curioso y por otra parte aterrador ser tan consciente de otra persona. Era como si su cuerpo y su mente despertaran de un largo letargo cuando él aparecía. Todavía podía recordar con todo detalle los estremecimientos que había sentido cuando él había tocado o rozado su piel, sólo con su presencia hacía que ella se sintiera viva.

—Hola.—la saludó Martín de forma tímida, pues no estaba muy seguro de que fuera una buena idea.

—Hola.

—Espero no molestarte si me siento contigo.

—Claro que no.—Y señaló la silla de mimbre que tenía a su lado.—¡Como si estuvieras en tu casa!

—bromeó.

Estuvieron unos segundos en silencio, relajados y con la mirada perdida, hasta que él le preguntó.

—Desde que has llegado a esta casa, he observado como todas las noches te pasas a veces minutos a veces horas sentada en esa silla, y siempre me he preguntado en que estarías pensando.

—No sabía que me observabas.—señaló con una expresión de asombro en su rostro.

Martín se removió en la silla incómodo. No había querido revelar ese detalle y menos a ella, se le había escapado y se maldijo mentalmente por ello.

—Bueno, me resultaría imposible no hacerlo, ya que tanto desde mi habitación como desde el despacho las ventanas dan hacia el jardín y no he podido evitar fijarme.

—Entiendo.—le contestó, y girando la cabeza de un lado al otro del jardín le explicó.— En mi casa, en España, siempre he vivido en un piso, por lo que si quería ir a un jardín tenía que ir a los públicos que hay por la ciudad. Cuando me sentía triste o estresada me relajaba mucho el andar por la arena de la playa, pero aquí carezco de ella así que me gusta venir a este "rinconcito" como lo llama Sole. Me relaja el sonido de los animales, la paz y tranquilidad que me transmite el jardín, y ya que no tengo arena por la que pasear me conformo con este pedacito de Edén.—terminó, esbozando una triste sonrisa.

Martín cerró los ojos y escuchó el sonido de los grillos, el canto de algún cenzontle que estaba

posado en un árbol, y un poco más lejos el sonido de ranas que estarían en alguna charca cercana. Aspiró el aroma de la hierba recién mojada por los aspersores, y las fragancias de las Dalias y Buganvillas que había alrededor.

No pudo impedir que saliera la pregunta de sus labios, al recordar la sonrisa triste que había esbozado Alexia cuando había hablado de su casa en España.

—Echas de menos tu país, ¿verdad?.

Alexia suspiró.

—La verdad es que sí, pero solo en momentos puntuales.

Y sonrió cuando él levantó una ceja al no entenderla, y lo hizo con los ojos cerrados y la expresión más relajada que le había visto desde que lo conocía.

—Te explico. Me siento muy a gusto aquí, me encanta mi trabajo, el conocer gente nueva e interesante prácticamente todos los días, lo bien que me han acogido, la cultura y la gente mexicana, los amigos que he hecho...—y no pudo evitar que la voz le temblara al decir—...pero de vez en cuando en momentos concretos me acuerdo de mi familia, de mis amigos y no puedo evitar sentir *morriña*.

—¿*Morriña*?.

—Perdona es una palabra gallega. Significa nostalgia, añoranza.

No pudo evitar emocionarse y Martín abrió un ojo en el mismo instante en el que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Tuvo el impulso de atrapar con su dedo esa pequeña gota de agua salada, y el sentimiento de protección que rugió desde su pecho le asustó.

Se percató de que le enfurecía pensar en el solo hecho de que algo o alguien pudiera hacerle daño o hacerla llorar.

Ella se secó la lágrima con impaciencia cuando notó la humedad que le recorría por la cara, pues la irritaba demostrar debilidad delante de la gente.

—Siento haberte puesto triste.—declaró enojado consigo mismo.

—No lo sientas, es bueno emocionarse al recordar a la gente que quieres. Sería peor no tener a nadie a quien echar en falta, y no recordar los buenos momentos que has pasado con ellos, ¿no crees?.

—Cierto.

Después de unos minutos estando callado él le preguntó con curiosidad.

—¿A qué te referías con palabra gallega?.

Alexia pensó durante un breve momento como explicarle lo que quería decirle.

—Para que te hagas una idea, es como los estados que hay en México. Por ejemplo, la ciudad de Telchac a la que vamos a ir en dos semanas pertenece al estado de Yucatán. Pues yo nací en Vigo, que es una ciudad que pertenece a la comunidad Gallega.

—¿Y tenéis un idioma propio?.

—Sí, y es muy parecido al portugués.

—¿En serio?.—le preguntó sorprendido.

Y cuando ella asintió con la cabeza no pudo evitar volver a preguntarle.

—¿Entonces tú sabes hablar Portugués?.— y durante un segundo se quedó callado pues recordó algo que lo confundió.—En tu currículum no dice que sepas hablarlo.

Alexia no pudo evitar sonreír.

—Es que no sé. Que el gallego sea parecido no significa que sea igual que el portugués. Se diferencian en muchas palabras y sobre todo en la pronunciación.—le explicó.

—¡Vaya es una pena!.—exclamó poniendo una expresión de tristeza a propósito.

—¿Por qué?, ¿no sabía que fuera importante?.—le preguntó preocupada.

—Tenía la esperanza de que si conocía a una brasileña pudieras traducirme.—le explicó guiñándole un ojo.

—Creo que no me pagas lo suficiente como para que yo me preste a ello.—le contestó bufando.—
¡Pero...!, si alguna vez tienes que tratar de negocios con alguien que hable portugués, solo si lo hace despacito o me lo escribe podría tratar de traducírtelo

—¿Solo de negocios?.—le preguntó con una sonrisa perezosa en los labios.

Y chasqueó la lengua cuando ella le lanzó una mirada asesina dejando clara su postura.

Martín volvió a cerrar los ojos todavía con la sonrisa bailando en su rostro, he inspiró profundamente para volver a quedar en silencio. Por primera vez desde que la conocía estaba a gusto en su compañía, es más, llevaba mucho tiempo sin estar tan relajado al lado de una mujer. Ni con Verónica a la que quería como a una hermana había sentido la paz que estaba experimentando en ese momento, pues Vero podía llegar a ser muy crítica con él y solían discutir muy a menudo. Era verdad que era una cualidad que le encantaba de ella, ya que siempre había sido sincera con él y no le regalaba los oídos como lo hacían los demás, pero podía llegar a ser muy fastidiosa.

Ahora que lo pensaba detenidamente, había imaginado que la extrañaría enormemente cuando ya no trabajara para él, sin embargo y para su sorpresa no había pensado mucho en ella. Su mente había estado más ocupada en la pequeña mujer que tenía a su lado.

Alexia no pudo impedir que se le escapara un bostezo.

—Espero que no te esté aburriendo.—le comentó.

La expresión de ella cambió radicalmente del sopor al horror en milésimas de segundo.

—Yo no...lo siento...no era mi intención...— y enmudeció de repente cuando se percató de que Martín estaba sonriendo.

—Ja...ja...ja.—se rio irónicamente, y no pudo evitar sonreír ella también.

¡Dios que guapo era!. ¿Qué se sentiría al ser besada por esos labios?. ¿Cómo sabrían?. Y esos hoyuelos, lo que haría yo con esos...

—Sabes tienes razón me aburres soberanamente.—dijo mientras fingía otro bostezo.

Lo mejor era que se retirara ahora que estaba a tiempo, ya que sus pensamientos estaban tomando unos derroteros nada recomendables.

— Así que con tu permiso me voy a acostar.—le informó mientras se levantaba de la silla.

—Permiso concedido.—le contestó, mientras se repantigaba más en el asiento de mimbre poniéndose cómodo y volvía a cerrar los ojos.

Alexia lo observó, y no pudo o no quiso evitar pensar lo agradable que sería poder sentarse a su lado y recostar la cabeza en su pecho y escuchar el latido de su corazón. Sacudió la cabeza por estar soñando con fantasías que nunca se harían realidad, y haciéndose daño ella misma por anhelar algo que era imposible.

—Buenas noches Martín.— se despidió, con un extraño tono en su voz que hizo que él abriera los ojos.

—Buenas noches Alexia.—le contestó, sondeando la expresión de su cara e intentando descifrar el cambio de humor que había surgido en su asistente.

Ella esbozó una leve sonrisa sin poder evitar la inmensa tristeza que ahora estaba sintiendo.

Martín sin entender que había sucedido en ese breve lapso de tiempo que él había estado con los ojos

cerrados le devolvió una tenue mueca, que quiso ser una sonrisa pero que quedó en simplemente un conato, y observó cómo se marchaba dejándolo solo. Y de repente y sin saber explicar el por qué sintió un inmenso vacío en el pecho.

Capítulo 7

Al día siguiente Alexia se despertó algo tarde y cuando subió a desayunar se encontró con una Sole un poco estresada, pues iba de un lado para otro como una gallina sin cabeza. Cuando le preguntó qué era lo que pasaba, la cocinera le explicó que el padre de Tina estaba ingresado en el hospital por una intoxicación alimentaria. Martín le había dado permiso a su amiga para quedarse todo el día con su padre, ya que estaba en observación y estaba muy preocupada por su salud, y ella tenía mucho trabajo que hacer al encontrarse sola.

Tranquilizó a su compañera asegurándole que la ayudaría en todo lo que pudiera. La cocinera se lo agradeció en el alma, y ella le explicó que si antes no las había ayudado era por falta de tiempo, pero que ahora que tenía el trabajo con Martín más controlado podían contar con ella siempre que pudiera. Así la encontró el actor tiempo después cuando entró en la cocina, y se topó con su asistente cortando unas verduras para añadirlas a una olla. Llevaba un pequeño delantal y el pelo recogido en una coleta, aunque observó que varios mechones se le habían escapado y le caían sobre la cara. Cuando ella advirtió su presencia le regaló una sonrisa, que hizo que el corazón le diera un pequeño brinco en el pecho.

—¿Necesitas algo?—le preguntó, mientras se apartaba con la muñeca de la mano un mechón rebelde que le caía sobre la frente.

—Estaba buscando a Soledad.—le contestó, intentando contener el impulso de colocarle él mismo el cabello detrás de la oreja.

—Creo que está en el cuarto de la colada, pero, ¿si te puedo ayudar yo?.

—No, gracias, necesito hablar con ella.

—Muy bien.—le respondió, volviendo a la tarea que había estado realizando.

Martín se acercó por detrás para espiar lo que estaba cocinando, no podía identificarlo pero olía delicioso.

—¿Qué haces?—le preguntó cerca del oído.

Alexia se sobresaltó y se le escapó un pequeño grito.

—¡Dios!... ¡me has asustado!—exclamó la mujer, que se dio la vuelta para estar en frente de él.— Pensé que ya te habías ido.

—Pues todavía sigo aquí.—le contestó, mientras se le formaba una media sonrisa torcida y sus ojos brillaban con sorna.

—Estaba... estaba preparando un guiso de cerdo para Sole y Lucas.—le comentó, mientras sus ojos eran atraídos hacia su boca sin poder apartarlos de esa sonrisa traviesa, que hizo que su corazón empezara a latir con violencia— Y...y... para mí.

—¡Vaya!, es una pena que tenga que comer hoy fuera.— declaró mientras miraba el contenido de la olla.

—Si...una pena...—susurró ella.

Martín giró la cabeza al escuchar el extraño tono de sus palabras y se percató de que le estaba mirando fijamente la boca, y cuando ella alzó la mirada para encontrarse con la suya ya no pudo pensar en nada coherente.

De repente todo cambió. La atmósfera se volvió más densa y sus pupilas se dilataron cuando advirtió que estaban cerca... demasiado cerca.

Sus cuerpos casi rozándose hicieron que Alexia sintiera pequeños escalofríos que le recorrían la columna vertebral de arriba abajo, y durante un momento se olvidó de respirar. Y sin poder evitarlo se perdió en su mirada, en esos preciosos ojos verdes que en un instante dejaron de estar alegres para expresar algo más oscuro, más intenso, un anhelo que ella no supo descifrar. Se moría por tocarlo, por oler su piel, por sentir como la barba raspaba las yemas de sus dedos, y levantó la mano que quedó a medio camino hacia su rostro.

Él desvió la mirada hacia la boca de Alexia y lenta...muy lentamente se fue inclinando con el loco impulso de besarla. Durante una milésima de segundo, en lo único en lo que pudo pensar era en probar esos labios rojos, en sentirlos bajo los suyos, en deshacer la coleta y enterrar sus manos en su cabello, mientras mordisqueaba y lamía esa boca plena y apetecible.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que recuperó la cordura. Solo supo que un ruido lo distrajo lo suficiente como para percatarse de que había estado a punto de cometer una locura. Tuvo el tiempo justo para separarse de ella y que Soledad no los pillara a punto de besarse cuando entró por la puerta del servicio.

—¡Hola *patrón!*—le saludó la cocinera, ignorante de lo que casi había estado a punto de suceder un segundo antes.

—Hola, Soledad.—le contestó confuso, asintiendo con la cabeza todavía en estado de shock.

Alexia empezó a trajinar por la cocina intentando disimular, estaba tan nerviosa que no sabía que era lo que estaba haciendo e iba de un lado a otro sin ton ni son. Las manos le temblaban pero no era capaz de quedarse quieta, y Sole se dio cuenta de que algo raro estaba pasando, pero no supo descifrar que era.

—¿Necesita algo?—preguntó su empleada.

—Eh... ¡cierto!...si, si, por eso he venido aquí.—le contestó él de forma ambigua, mientras se pasaba la mano por el pelo nervioso.—Necesito que me facilites el teléfono de...

¡Mierda!, ¿cómo era que se llamaba?. ¡Piensa!... ¡Piensa!

—Pilar.—dijo al fin.

—¿Qué Pilar?.

—¿Qué Pilar?—volvió a preguntar el actor.

Parada en medio de la cocina la mujer inclinó un poco la cabeza mientras fruncía el ceño algo confusa.

—Sí, *patrón*, ¿por cuál Pilar me está preguntando?.

—Ah...si...esto... la canguro de reserva. La que llamo cuando Carmen no puede venir. Es que ayer me invitaron a comer...quiero decir... que ayer me invitaron para ir a comer hoy...—intentó explicarle de forma imprecisa.

—Ya.

—Bueno, el caso es que me olvidé de llamar a Carmen...ayer digo...para que hoy quedara con Lucas, y me acaba de decir que no puede ya que está cuidando de otro niño.—le aclaró, mientras empezó a pasearse de forma nerviosa

—Ajá.

—Y...por eso necesito el teléfono de Pilar, para llamarla y preguntarle si puede venir. ¡Hoy!—concluyó por fin.

¡¿Qué diablos acabo de decir?!.

—Claro.

Sole observó primero a Martín, al que no había visto tan raro como ahora en toda su vida, y después desvió la mirada hacia Alexia, que llevaba un buen rato levantando los botes de las especias y a continuación volviéndolos a colocar en el mismo lugar. Una sonrisita comenzó a formarse en su rostro.

—Necesito ese teléfono. ¡AHORA!.—le pidió, deseando salir de allí lo antes posible.

—Sí, *ahorita* se lo doy.—le contestó la mujer, mientras abría un cajón de la encimera y sacaba una agenda que le ofreció, donde tenía anotados todos los teléfonos.

Él salió casi corriendo de la cocina dejando a solas a las dos mujeres, y cuando llegó a su despacho se dejó caer en el sillón del escritorio, cerró los ojos y apoyó su cabeza en respaldo.

¿En qué demonios estabas pensando?!. ¡Por Dios!.

No podía creer lo que había estado a punto de hacer. Y lo más increíble de todo, era que si no hubiera sido por la interrupción de Sole estaba seguro, totalmente seguro de que la habría besado.

Y lo más grave si cabe era que todavía deseaba con todas sus fuerzas hacerlo.

¡No!...¡No!...¡No!...¡Eso no podía ocurrir!...¡Nunca!.

Intentó tranquilizarse, respiró profundamente varias veces con la esperanza de que su corazón dejara de bombear tan fuerte.

Llevaba tiempo sin estar con una mujer, algo más de una semana si no recordaba mal. Sí... ¡claro que era eso!, ¡tenía que ser eso!. Hoy estaría con Marta y estaba totalmente seguro de que no encontraría ningún problema. Llevaba tiempo insinuándosele, así que tomaría lo que con tantas ansias le ofrecía y mañana tendría la cabeza lo suficientemente fría como para enfrentarse a Alexia. Eso era lo que haría. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?.

¡Maldita sea!.

Alexia no era capaz de mirar a los ojos a Sole. Había retomado la tarea de seguir cortando las verduras que le faltaban y ésta a su vez no dejaba de observarla. La estaba poniendo nerviosa...muy nerviosa.

—¡Mierda!.— exclamó cuando se cortó el dedo con el cuchillo.

—¿Estás bien?.—le preguntó su compañera.

—Sí...si... estoy bien.—le contestó mientras lo sumergía debajo del agua del grifo.

—¿Tú sabes que le pasa al patrón?.—pregunto Sole, después de confirmar que era un corte sin importancia.

—¿Yo?.—graznó Alexia.

Carraspeó para quitarse el nudo que se le había formado en la garganta y prosiguió simulando ignorancia.

— ¡Nada!. Yo no sé nada, ¿por qué?.

—No sé, lo noté muy raro.—le respondió, haciendo grandes esfuerzos para esconder la gran sonrisa que pugnaba por salir.

La asistente seguía sin poder mirar a su amiga a la cara, y mientras tenía los ojos clavados en la sangre que corría por el desagüe.

¡Jesús!, ¿Qué he estado a punto de hacer?.

Le temblaban las manos y no salía de su asombro. Nunca...nunca le había pasado algo así, ni

remotamente parecido. Había perdido el control completamente. Una cosa era soñar inocentemente con él, deja volar la imaginación y fantasear con algo que no ocurriría jamás, pero otra totalmente distinta era dejar que sucediera lo que había estado a punto de pasar.

—¿Me estás escuchando?—le preguntó su compañera.

—¿Qué?.

—Te preguntaba, ¿si sabías por qué estaba tan nervioso?.

—Eh...no... la verdad es que no.—le mintió.

—¿Te encuentras bien?, estas muy pálida.

—¡No!. Es que estoy sangrando mucho, creo que lo mejor es que vaya al baño a cortar la hemorragia con un poco de alcohol y ponerme una tirita.—le explicó, a la vez que agarraba papel de cocina y se lo enroscaba en el dedo camino del baño.— ¡Por favor, atiende un momento la comida!. ¡Vengo ahora!.—le gritó, mientras salía disparada de la cocina y dejaba a Sole sonriendo de oreja a oreja.

Estando en el baño curándose la herida Alexia no dejaba de recriminarse mentalmente, ya que sentía mucha vergüenza de sí misma. ¡Había sido una estúpida!.

Se agarró al lavamanos fijando la vista en el espejo e intentó calmarse. ¡Estaba horrible!. Se deshizo la coleta y volvió a colocarse de nuevo el pelo. Cuando terminó, inspiró profundamente varias veces y decidió dos cosas; La primera, que tenía que volver a la cocina porque ya llevaba mucho tiempo escondida allí como la cobarde que era. Y la segunda, que haría como si no hubiera ocurrido nada. Porque no había ocurrido... ¡NADA!.

Cuando regresó con quién menos se esperaba encontrar era con Martín.

¡Mierda!... ¡Mierda!.

—No pasa nada Soledad, llamaré y les diré que no puedo asistir...—le estaba diciendo su jefe.

Su amiga se encontraba dándole vueltas a la comida en la olla con una cuchara de madera y cara de consternación, sin saber muy bien qué hacer con ella ya que no conocía la receta ni que paso seguir a continuación. Mientras, Martín caminaba impacientemente de un lado a otro con Lucas agarrado fuertemente a su pernera y colgando de ella, por tanto arrastraba las piernas con las que su padre tropezaba continuamente. La escena podría resultar muy graciosa si Alexia estuviese de humor.

—¡Lucas deja de jugar!, ahora no es un buen momento hijo.—le regañó él.

Pero siguió tirando de su pierna hasta que se percató de su presencia y se detuvo de golpe.

—Eh...Me ha contado Sole que te has cortado un dedo, ¿te encuentras bien?. —le preguntó preocupado.

Alexia asintió con la cabeza.

—Sí, estoy bien, no te preocupes.—le contestó, esbozando una leve sonrisa.

—Bien, pues... necesito el teléfono de Julio Menéndez. Tú lo tienes, ¿verdad?, es que no lo encuentro por ningún lado.

—Sí, claro, ahora te lo busco.

Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón y empezó a buscar en la memoria de la agenda.

—¿Ha pasado algo?—preguntó mientras deslizaba el dedo por la pantalla.

—Si. Bueno...he llamado a Pilar, la canguro suplente, y me ha dicho que no puede venir.—le explicó Martín mientras agarraba a Lucas en brazos.

—Parece ser que se acaba de casar.— comentó Sole, haciendo el gesto con la mano en su barriga de que estaba embarazada.— Y por lo visto su marido no la deja trabajar.

—¡Soledad, no seas cotilla!.—le regañó su jefe.

—Lo siento, *patrón*.—le contestó la cocinera sin arrepentirse en ningún momento.

Alexia levantó la mirada de la pantalla del móvil y la fijó en el actor.

—Si quieres puedo cuidar yo a Lucas.

Martín parpadeó varias veces desconcertado.

—¿Harías eso?—le preguntó sorprendido.

—Sí, claro.

El hombre miró a su hijo y luego a ella con los ojos entornados sopesando la decisión, y después negó con la cabeza.

—No, gracias. Es muy amable tu ofrecimiento pero será mejor que no.

Por un segundo los ojos de ella demostraron decepción, pero enseguida agachó la cabeza para seguir buscando el teléfono del productor.

—Muy bien, entiendo.—le dijo con una nota de pesar en sus palabras.

Él dio un paso adelante pero volvió a pararse en seco.

—No es que no me fie de ti.—le aclaró adivinando lo que había pasado por su mente.— Es que no es tu trabajo y no me parece razonable. Ya bastante estás haciendo ayudando a Soledad porque no está Justina. Además hoy es tu día libre. ¡No!, ¡no sería justo!.

—Si te lo propongo es porque no me importa.—le señaló. Y mirando a Lucas esbozó una alegre sonrisa.— A no ser que este grandullón no quiera quedarse conmigo.

Martín miró a su hijo que la observaba con vergüenza.

—¿Tú que dices, Lucas?. ¿Quieres quedarte con Alexia?

El niño empezó a negar con la cabeza escondiéndola después en el cuello de su padre.

—¡Vaya!, así que no quieres quedarte conmigo, ¿eh?. Entonces a partir de ahora en vez de grandullón tendré que llamarte...eh...¡Pitufo!.

—¿Pitufo?—preguntó el niño con curiosidad.

—Si.—le dijo muy serio. Había sido lo primero que se la había ocurrido.—¡Pitufo Miedoso!.

Lucas miró desconcertado a su padre.

—*Papito*, yo no soy miedoso.—se quejó con una vocecilla.

Y éste le guiñó un ojo antes de hablar con mucha seriedad.

—¡Claro que no, hijo!. Lo que pasa es que Alexia no sabe que tú no conoces a los Pitufos.

—¿Quiénes son los Pitufos?—le preguntó el crío con curiosidad a su padre.

—¡No puede ser!.— exclamó su asistente con cara de sorpresa.—¿ No conoces a Papá Pitufo?.

—No.—contestó negando con la cabeza.

—¿Ni a la Pitufina?—el niño volvió a negar.—¿Y a Gargamel tampoco?.

Alexia le guiñó un ojo y le dijo con una gran sonrisa.

—Bueno, ¿por qué no hacemos un trato?. Tú te quedas conmigo y te enseño todos los dibujos de los Pitufos que tengo en mi ordenador, y si no quieres que yo te siga cuidando te prometo que llamamos a papá para que venga corriendo. ¿Qué dices?.

Él observó atentamente a su padre que asintió con la cabeza y le dijo.

—Solo si tú quieres hijo.

Lucas cambió de opinión y dijo que sí, por lo que se fue caminando agarrado de la mano con Alexia a su habitación, a buscar el ordenador para enseñarle los dibujos que le había prometido. Martín se quedó parado observando como su hijo se iba con ella.

—Si pasa cualquier cosa yo le llamo *patrón*.—le prometió Soledad.—Váyase tranquilo.

Su jefe asintió con la cabeza y se fue.

La cocinera volvió a mirar dentro de la olla y puso los ojos en blanco, porque seguía sin saber que hacer a continuación.

—¡No, si hoy no comemos!.—protestó, para a continuación ir a buscar a Alexia.

Por fin había llegado a casa. Martín había pasado gran parte de la tarde en la residencia del productor disfrutando de una larga sobremesa, y hablando sobre todos los pormenores que surgen en la grabación de una telenovela. Estaban teniendo tanto éxito, que se planteaban seriamente el aumentar la emisión de capítulos. Era algo complicado, sobre todo por los compromisos que tenía cada actor con otros proyectos y contratos, y porque la continuación de la historia fuera congruente, no solo alargar por alargar.

Pero era muy satisfactorio saber que el público estaba respondiendo tan favorablemente gracias al gran trabajo que estaban realizando, y querían aprovechar ese tirón.

El actor había estado bastante distraído durante la tertulia y a cada rato revisaba el móvil por si tenía alguna llamada o mensaje. Tenía otras cosas en mente que no le dejaban concentrarse todo lo que debía, así que cuando ya no pudo más se despidió de todo el mundo dispuesto a regresar a casa.

Pero Marta al mismo tiempo que él decidió que también era hora de irse, y después de despedirse de todo el mundo y ya en el aparcamiento, le invitó a tomar una copa en su apartamento.

Martín aceptó, pensando en disfrutar de una agradable velada con una hermosa mujer.

Cuando llegaron a su casa, la actriz abrió una botella de vino y vertió el líquido de color rubí en dos copas, ofreciéndole una de ellas con una sugerente sonrisa. La mujer después de beber un sorbo, se acercó al actor y le susurró al oído que se iba a poner " *algo más cómoda* ".

Éste le devolvió la sonrisa aceptando la velada insinuación que le estaba ofreciendo, así que mientras hacía tiempo a que ella se cambiara de ropa, él se paseó por el apartamento dando pequeños sorbos de vino.

Después de un buen rato, Marta salió de su dormitorio con un sugerente picardías en color rojo, a juego con una finísima bata que no dejaba mucho a la imaginación. La mujer tuvo que carraspear varias veces para llamar la atención del actor, que estaba ensimismado observando las vistas desde la ventana del salón. Como no consiguió nada, se acercó a él por detrás tocándole en el hombro.

—¿Querido?.—murmuró para atraer su atención.

Martín regresó de sus pensamientos y recorrió con su mirada el increíble cuerpo de ella, admirando sus perfectos pechos operados, sus interminables piernas y sus vertiginosas curvas. Era muy hermosa y ella lo sabía. La actriz se acercó aún más a él de forma lenta y sensual, se mojó los labios con la punta de la lengua y abrió muy despacio la minúscula bata para poder acariciarse lentamente un pecho. Reparó en que él no se movía por lo que decidió tomar la iniciativa, y levantó sus brazos para cruzarlos detrás de su cuello y atraerlo hacia ella para poder besarlo.

Cuando Martín bajaba la cabeza para besarla advirtió que sus labios eran bonitos pero no eran naturales, y que tenían el tono pálido de unos labios normales, pero que no eran tan apetecibles como otros que tenía en mente en esos momentos.

¡Maldita sea!

La besó con dureza, con fuerza, exigiendo, luchando para quitarse de su cabeza el recuerdo de otra

boca que lo estaba volviendo loco. Acercó su cuerpo al suyo, presionando sus senos contra su pecho y dejó sus labios para seguir besando el cuello, la clavícula...

—¡Oh, si cariño!—exclamó Marta totalmente excitada, mientras le tiraba del pelo y se apretaba más a él.

De repente se puso tenso y dejó de besarla mientras recuperaba el aliento. Observó la expresión de la actriz, con la cabeza hacia atrás, la boca abierta y los ojos cerrados, y no pudo seguir.

Agarró sus manos y las apartó de su cabeza dejándolas caer a los costados del cuerpo de ella. Marta abrió los ojos al percatarse de que algo había cambiado, y se dio cuenta de que se había alejado mientras se pasaba las manos por el pelo de forma impaciente.

—¿Qué pasa amor?—le preguntó totalmente desconcertada.

El hombre dio un paso atrás, cuando se percató de que ella intentaba acercarse de nuevo con las manos extendidas para volver a tocarle.

—Lo siento Marta, pero no...yo no...—habló sin poder acabar la frase, por que ni él mismo sabía porque se había detenido.

De lo único que estaba seguro en ese momento era de que no había sido buena idea ir.

—¿Acaso no te excito?—le preguntó la rubia, mientras pasaba sus manos por sus pechos de los cuales se sentía muy orgullosa.

—Si...claro que sí. Lo que pasa es que estoy...estoy preocupado y no...no es un buen momento.

Ella volvió a acercarse a él intentando desabrocharle los botones de la camisa y acercar su boca para volver a besarlo.

—¡Oh cielo!, tú no te preocupes de nada y déjame todo a mí.—le susurró mientras intentaba meter su lengua en la boca de él.

Martín retrocedió de nuevo apartando las manos de ella de su cuerpo, y mientras ponía distancia entre los dos intentaba inventar una excusa para poder escapar de allí sin ofenderla.

—Lo siento Marta, de verdad. No es culpa tuya.—intentó excusarse mientras se abotonaba la camisa.

—Eres una mujer increíble, cualquier hombre estaría más que encantado de estar contigo pero... cuando salí de casa mi hijo no se encontraba muy bien y tengo miedo de que haya enfermado.—le mintió.

La actriz estaba asombrada. ¿Qué hombre podía estar pensando en si su hijo estaba enfermo o no teniéndola a ella delante?. ¡Era increíble!

—Puedes llamar a tu casa y preguntar si está bien para que te quedes calmado.—le comentó la mujer en un intento desesperado de retenerlo para que no se fuera.

Él se acercó a ella y dándole un beso en la frente le dijo.

—No estaré tranquilo hasta que no lo vea por mí mismo. Pero te prometo que seguimos con esto en otro momento, ¿de acuerdo?—la tranquilizó regalándole su sonrisa más arrebatadora.

—Está bien, si es lo que tú quieres.

—Gracias.

Y se fue de allí, dejando a la actriz totalmente desconcertada y sin poder creerse que la hubiera dejado así.

Capítulo 8

Cuando Martín entró por la puerta de casa se asustó. Escucho unos gritos que provenían del salón que parecían salidos del infierno. Se acercó corriendo pensando que estaba ocurriendo algo grave, y se detuvo en seco cuando se encontró con la escena más surrealista que había visto en mucho tiempo.

Su hijo estaba encima del sofá pegando botes con un micrófono en la mano, mientras Alexia estaba de rodillas en el suelo con otro micrófono delante del televisor, cantando, bueno mejor dicho, berreando los dos la canción del Rey León Hakuna Matata. Y mientras, Soledad bailaba al ritmo de la música por toda la habitación haciendo los coros.

Habían conectado la consola y tenían un juego de karaoke de canciones de Disney, con el cual su hijo había jugado solo una vez hacía mucho tiempo.

El actor se apoyó con el hombro en el marco de la puerta y no pudo evitar sonreír al ver semejante espectáculo. Su asistente realmente cantaban muy mal, desafinaba de tal manera que le dolían los oídos. Habían terminado la canción y estaban discutiendo cual poner a continuación totalmente enfrascados, cuando de pronto Alexia giró la cabeza y lo pilló espiándoles. Ella se ruborizó hasta la raíz del pelo y a Martín no le pareció nunca tan encantadora como en ese momento.

—¡Papi!...¡Papito!...¡Ya has llegado!—le gritó el niño, bajando del sofá y corriendo a abrazarlo cuando se percató de su presencia.

Alexia se levantó del suelo con una sonrisa vergonzosa, mientras su compañera se puso a recoger algunas cosas que habían caído al suelo intentando disimular.

—¡Hola hijo!—lo saludo agarrándolo en brazos.—¿Qué tal lo has pasado?

—¡Padrísimo papi!—exclamó de forma vehemente, y comenzó a contarle todo lo que habían hecho desde que se había ido.—Alex me enseñó los dibujos de los Pitufos y después jugamos a la pelota. ¡Y le metí muchos goles papi!

—¿En serio?—preguntó clavando los ojos en ella.

La asistente tuvo que desviar la mirada, ya que la forma en la que la observaba Martín la puso nerviosa. Cuando antes se dio cuenta de su presencia, se quiso morir por la vergüenza que sintió cuando se percató de que la había visto hacer el tonto con su hijo. Se había dejado llevar y la verdad era que se lo estaba pasando en grande. Lucas era un encanto de niño, y aunque en un principio era muy tímido, en cuanto te tomaba un poco de confianza se hacía fácil estar con él. No era un crío caprichoso y se entretenía con facilidad.

—Sí, *papito*.—afirmó Lucas, y bajando un poco la voz le confesó.—La verdad es que no es muy buena con el balón.

—¡Oye!—exclamó Alexia.

Martín echó la cabeza hacia atrás y no pudo evitar soltar una enorme carcajada, y ella cuando escuchó tanta hilaridad bufó ofendida entornando los ojos.

—Muy bien hijo, así me gusta, siempre se tiene que decir la verdad.—le felicitó por su sinceridad.

Y Lucas no pudo evitar hincharse de orgullo cuando oyó el cumplido de su padre.

—Ja,ja,ja.—rio ella de forma irónica.—Y tú...—le dijo al niño amenazándole.—...no vengas a pedirme más que juegue contigo a la pelota.

—No le hagas caso.—la contradujo su jefe.—...tiene muy mal perder. ¿Y qué más has hecho?—le preguntó a Lucas, que volvió a sonreír al tener de nuevo toda la atención de su padre puesta en él.

—Después llegó el abuelo y vimos la película de Superman, y ahora estábamos cantando con el karaoke que me regaló la tía Vero.

Martín frunció el ceño confundido.

—¿El abuelo?—.le preguntó a su hijo.

—¡Sí, papi!—.le contestó el niño bajándose de sus brazos.

Y se acercó al sillón que tenían justo delante donde había una persona sentada.

—El abuelo Miguel.—le explicó, tirando de la mano del hombre para que se levantara.

Martín no había podido ver al individuo antes porque el respaldo del sofá lo escondía de su vista.

—Ha estado tapándose los oídos todo el tiempo porque dice que Alex desafina mucho y que la cabeza le iba a estallar con tanto chillido.— se chivó su hijo riéndose.

Cuando éste se levantó y quedó de frente a él, el actor de inmediato se puso rígido. La sonrisa que había esbozado desde que había entrado en la habitación se quedó congelada en su rostro, y sus ojos dejaron de expresar hilaridad para tornarse fríos como el acero.

—Lucas, sube con Soledad a tu habitación, ya es hora de acostarse. —le ordenó muy serio, sin apartar los ojos del hombre que tenía de frente.

—¡Papi, no!. ¡Todavía es muy temprano!.—protestó el niño.

—No me desobedezcas hijo.— posó su mirada en el niño, he intentando sonreírle le prometió.— Ahora subo a arroparte y darte el beso de las buenas noches.

Lucas hizo un puchero, pero se dirigió hacia donde estaba Alexia y se despidió de ella dándole un beso de buenas noches. Ésta no entendía nada de lo que estaba pasando, pero enseguida se dio cuenta de que en el momento en que Martín había visto a su padre, el ambiente había dejado de ser alegre para tornarse sombrío, y no sabía qué había ocurrido para que sucediera tal cosa.

—Hasta mañana mi Pitufo, que descanses bien.—se despidió, mientras le devolvía el beso y le daba un abrazo.

El crío se acercó a su abuelo y se despidió de él también, y no pudo obviar el gesto de desagrado que surgió en el rostro de su jefe. Cuando el niño abandonó la habitación de la mano de Soledad, Martín se acercó hecho una furia a su padre.

—¿Qué demonios haces aquí?—.le preguntó con los dientes apretados.

—Hijo, no te pongas así.—le contestó el hombre, con las palmas de las manos levantadas intentando calmarlo.

—¡No me llames así!.—exclamó Martín, con el músculo de la mandíbula temblándole por el esfuerzo que hacía de no gritar.— ¡Te he hecho una pregunta!. ¿Qué haces aquí?.

—¡He venido a conocer a mi nieto!.

El actor rio sin ganas y Alexia observó que tenía los puños tan apretados que los nudillos estaban blancos.

—¡Vaya, esa sí que ha sido buena!. En casi cinco años no te has preocupado de su existencia y de repente ahora quieres conocer a mi hijo.—le reprochó.

Ella se había dado cuenta de que Lucas había estado muy tímido al principio con su abuelo, pero lo achacó a que se veían poco, no a que no lo conociera, y no le dio mayor importancia cuando comprobó que el niño al poco tiempo se comportaba de forma normal.

—Eso no es cierto.—se defendió el hombre con una extraña expresión en su rostro.

—¿Qué no es cierto?—.le preguntó sorprendido por su desfachatez. Y se pasó la mano por el pelo con impaciencia.—Dime entonces, ¿dónde has estado todos estos años?. Porque mi hijo a conocido a

su abuelo... ¡hoy!

—Sabes perfectamente que no me has dejado acercarme ni a él ni a ti antes.

—¡Tienes razón!—contestó Martín.—Y he tenido mis motivos para hacerlo. Pero si hubieras realmente querido conocerlo, si te hubiera interesado lo más mínimo, lo hubieras echo mucho antes.

—le recriminó clavándole los ojos directamente.— Por cierto, ¿quién te ha dejado entrar?.

—Eso no importa—le contestó su padre, y se movió alejándose de él como para reunir fuerzas.

—Sí, sí que importa.

—Fui yo.—explicó Alexia.

Su jefe se giró hacia ella con una expresión de dolor en sus ojos, como si lo hubiera traicionado o decepcionado de alguna manera.

—Contigo hablaré más tarde.—le dijo fríamente.

Alexia levantó la cabeza retándole con la mirada. No sabía que era lo que pasaba entre padre e hijo, pues estaba claro que no se llevaban bien, pero de lo que si estaba segura era de que ella no había hecho nada malo.

—No la tomes con ella.—la defendió Miguel.—Ella no sabía nada y me aproveché de ello.

Y mirándola a los ojos se disculpó.

—Lo siento Alexia, cuando te llamé y me invitaste a venir no pude desaprovechar la oportunidad que llevaba tiempo deseando.

Ella vio tanta sinceridad en sus palabras y tanta vergüenza en sus ojos por haberla engañado, que no pudo más que ofrecerle una leve sonrisa.

—No te preocupes, no pasa nada.

El actor estaba anonadado. No sabía que era lo que le dolía más, si la presencia de su padre en su casa después de tantos años, o la complicidad que había observado entre Alexia y él.

—¡Se acabó!—dijo tajantemente.

Y sin poder mirar a su padre a la cara, hizo un movimiento con la cabeza hacia la puerta.

—¡Quiero que te vayas...! ¡AHORA!

—¡Martín!—exclamó Alexia asombrada.

¿Cómo podía tratarlo así?. Por mucho que él hubiera hecho no tenía ningún derecho a tratarlo de esa manera. ¡Era su padre, por Dios!

—¡No pasa nada!—le dijo Miguel interponiéndose entre ellos dos.

Ya que éste se había girado hacia ella echando chispas por los ojos.

— Me voy a ir, no te preocupes.—le explicó a Alexia asintiendo con la cabeza.

—¡Estás tardando!—le contestó el actor.

La asistente pudo observar el dolor que cruzó por el rostro del hombre al oír a su hijo y se le partió el corazón. Pero Miguel se enderezó y carraspeó para aclararse la voz y se dio la vuelta para enfrentarse a Martín.

—Hay algo en lo que tienes razón, *hijo*. He tardado... demasiado. Pero eso es algo que estoy dispuesto a rectificar a partir de ahora.—Y clavando la mirada en él le aclaró.—*Hoy...* por fin he conocido a *mí*... nieto, y quiero seguir haciéndolo y tú no vas a poder hacer nada por evitarlo.

—En eso estás totalmente equivocado. Soy su padre y...

—¡Y yo su abuelo!—le interrumpió alzando la voz.— ¡Tengo derecho!

—Ese derecho lo perdiste hace muchos años.—le contestó retándole con la mirada.

El hombre se la sostuvo con orgullo, y con todo el aplomo que pudo conseguir le respondió.

—Pues te informo que he venido a recuperarlo.

Y con mucha dignidad se dirigió hacia la salida, y Alexia se fue detrás de él para acompañarlo, dejando al actor sorprendido por su respuesta.

Cuando llegaron a la puerta de entrada ella observó como el hombre extendía una mano temblorosa hacia el pomo, dejándola apoyada allí finalmente durante unos segundos, sin fuerzas para abrir la puerta. Cuando se percató de que estaba a su lado, soltó un largo suspiro de pesar.

—Lo siento mucho Alexia, yo no sabía que no estabas enterada de la situación entre mi hijo y yo. Debí de haberlo imaginado cuando me invitaste hoy a venir.

—No. No sabía nada.—le confirmó.

—Sinceramente pensé que cuando Verónica se fue te habría puesto al tanto, pero está visto que me he vuelto a equivocar.— habló mirándola apesadumbrado.

El hombre abrió la puerta para marcharse, pero en el último momento se giró hacia ella.

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo y mucho menos después de lo que acaba de suceder. Pero te suplico que me dejes seguir llamándote para saber de mi nieto y de mi... hijo.—le rogó.—¡Te juro...!. ¡Te prometo que él no se va a enterar!

Ella le tocó el brazo con su mano y esbozó una leve sonrisa de consuelo.

—No te preocupes Miguel, puedes seguir llamándome las veces que quieras.—lo tranquilizó.—No sé qué es lo que ha pasado entre los dos pero intentaré hablar con Martín. Tiene que entender que tú y él sois mayorcitos para tener vuestras disputas, pero Lucas es un niño que no tiene culpa de nada y tiene derecho a conocer a su abuelo.

El hombre la miró con tanto agradecimiento y alivio en los ojos que se le encogió el corazón. No pudo evitar emocionarse, y en ese momento se percató de que fuera lo que hubiera hecho o pasado entre padre e hijo Miguel estaba arrepentido.

—Gracias. Sé que tu intención es buena pero conozco a mi hijo y no le vas a hacer cambiar de opinión. Es más, te ruego que no le digas nada, no quiero que tengas más problemas por mi culpa.

—Bueno esa es una decisión que tengo que tomar yo.—le contestó con una sonrisa.—No por ese cabezota.— señaló con la cabeza en dirección al salón.— Ni por ti tampoco. Si lo hago, meterme en problemas digo... sería por Lucas.

Él la observó fijamente durante unos segundos con una extraña mirada, y al final le obsequió una sonrisa de agradecimiento, y moviendo la cabeza de un lado a otro le dijo:

—Me parece que tú también eres un rato terca.—y se acercó a ella para darle un beso de despedida.

— Hasta luego Alexia y gracias por todo.

Y salió por la puerta principal.

—Hasta luego Miguel.—se despidió sonriendo y cerró la puerta a sus espaldas.

Bueno, ahora tendría que volver al salón y enfrentarse con su jefe, pensó la asistente, dejando morir la sonrisa que tenía en su rostro. Y no pudo evitar morderse el labio inquieta, una cosa era decir que se iba a enfrentar a él y otra muy distinta el hacerlo.

Cuando llegó a la estancia él andaba de un lado a otro como un león enjaulado, pasándose las manos por el pelo como solía hacer cuando estaba nervioso o preocupado. Se detuvo en seco cuando la vio y con el dedo índice extendido le indico que se sentara.

—Prefiero quedarme de pie, gracias.—le contestó ella a la orden muda.

—¿Me estas retando?—le preguntó lanzando dagas con la mirada.

—No. Pero no quiero ponerme cómoda, por si me echas de tu casa igual que acabas de hacer con tu padre.

—¡No me juzgues Alexia!. ¡Tú no tienes ni idea!—le exigió alzando la voz.

—¡Tienes razón, no tengo ni idea!. Si me lo explicaras, quizás podría entender como un hijo puede tratar así a un padre.

Él se acercó a ella peligrosamente. Estaba furioso.

—A ti no tengo que darte ningún tipo de explicación.—masculló entre dientes.—Cosa que tú no puedes decir lo mismo. ¿Se puede saber por qué demonios invitas a desconocidos a MI casa cuando YO no estoy?.

Alexia tuvo que levantar la cabeza para mirarle directamente a los ojos y sostenerle la mirada, y Martín se sorprendió de su actitud desafiante.

—No invité a un desconocido, invité a tu padre, con el que llevo hablando todos los días desde hace semanas.

El actor retrocedió un paso desconcertado.

—¿Cómo?. ¿De qué estás hablando?.

—Desde que empecé a trabajar para ti, Miguel me ha estado llamando todos los días preguntándome por ti y por Lucas. La verdad es que me resultaba raro que no quisiera que te pasara al teléfono, pero nunca me atreví a preguntarle a él o a ti el motivo. Siempre me decía que no te dijera nada, que no quería molestarte.

Él empezó a negar con la cabeza, no podía creer lo que le estaba diciendo. Estaba realmente confundido, intentando comprender.

Hacía años que no lo veía y de repente se aparecía en su casa como si no hubiera pasado nada, amenazándole con que quería entrar en su vida para ejercer de abuelo. ¿A qué demonios estaba jugando?.

—Yo no sabía nada sobre vuestra... situación.—siguió explicándole.— Y cuando hoy me llamó y me preguntó nuevamente por ti y por tu hijo, me pareció buena idea decirle que si quería podía pasar la tarde con Lucas. Es su abuelo, en ningún momento dudé de que no fuera bien recibido en esta casa.

Martín se sentó en el sofá.

—¿Ese hombre ha estado hablando con Verónica?—le preguntó cabizbajo.

Comprendía que ella era desconocedora de la situación y no podía juzgar como traición su actitud, pero sí que no entendería que Verónica a la que consideraba como una hermana, hubiese estado hablando con su padre a sus espaldas.

—Sinceramente no lo sé.

Aunque tenía la fuerte sospecha de que así era, ya que Miguel había hablado con ella desde el primer día y no se había acercado a pedirle el teléfono, por lo que era obvio que tenía que habérselo facilitado alguien y lo más lógico era pensar que había sido Vero. Pero no quiso exponerle sus dudas y delatar a su amiga por si así fuera el caso.

Alexia también se sentó en el sofá a su lado y dejó escapar un suspiro al verlo tan abatido.

—Martín...—empezó a hablar de forma suave y conciliadora.—... yo no sé qué ha pasado entre vosotros dos, pero de algo estoy segura y es de que tu hijo no tiene culpa de los errores que cometen los mayores. No le niegues la oportunidad de conocer a su abuelo.

—Tú no lo entiendes Alexia, ese hombre me ha hecho demasiado daño, y no quiero que se acerque a mi hijo.—le respondió casi en un susurro.

El actor levantó la mirada y la posó en ella y se sorprendió a ver el dolor que reflejaban sus ojos. Era tanta la tristeza que desprendían que sintió como un pinchazo en el pecho. Comprendió que irónicamente a pesar de la furia y el enfado su jefe sufría, como también lo hacía su padre.

—Estoy segura de que tu padre está arrepentido y que quiere arreglar la situación entre vosotros dos. Dale la oportunidad de hacerlo.

Él se rio irónicamente y se levantó del sofá.

—¡Miguel arrepentido!. ¡No me hagas reír!.— exclamó con sarcasmo, acercándose al ventanal del salón desde donde podía observar el jardín.

—Todos cometemos errores, nadie es perfecto. Yo también me he enfadado con mi padre y no por eso...

Su jefe se giró furibundo y se acercó a ella. El músculo de la mandíbula le temblaba y sus labios eran una fina línea.

—No te atrevas a comparar un simple enfado con tu padre con lo que me ha hecho ese hombre.—la increpó interrumpiéndola.— No quiero tenerlo cerca, no quiero que forme parte de mi vida ni de la de mi hijo, y por supuesto no quiero que vuelvas a hablar más con él.

—Lo siento, pero no lo voy a hacer.

—¿Cómo has dicho?—le preguntó totalmente sorprendido.—Por supuesto que lo vas a hacer.—le exigió tajantemente.— Es más, a partir de ahora te prohíbo terminantemente que ese hombre entre en mi casa, y por supuesto que vuelva a acercarse otra vez a Lucas.

Alexia se levantó despacio del sofá. Se arregló la ropa lentamente en un intento de reunir el valor para poder enfrentarse a él, y levantó la cabeza para poder mirarlo directamente a los ojos.

—Si no quieres que tu padre entre en esta casa tendrás que ser *tú* quien se lo prohíba en persona. Y también tendrás que ser *tú*, quien le diga a tu hijo que no podrá volver a ver a su abuelo, y por supuesto, *tú* no eres nadie para prohibirme a mí hablar con quien yo quiera.—le contestó firmemente.

Él parpadeó varias veces mudo por el asombro. No entendía la actitud que estaba teniendo, y por supuesto tampoco entendía, ¿por qué defendía tanto a su padre? ¿Quién diablos se creía ella para hablarle así?.

—Escúchame y escúchame bien Alexia.—le dijo con los dientes apretados haciendo verdaderos esfuerzos por no gritarle.— Tú solo eres mi empleada y vas a hacer lo que yo te ordene. Y si no te gusta ya sabes lo que tienes que hacer.—le informó moviendo la cabeza en dirección a la puerta.

Y sin más salió del salón con paso firme, dejándola sola en el salón y dolida por sus palabras.

Martín intentó calmarse antes de subir a arropar a su hijo, lo consiguió a duras penas, pero pudo disimular lo suficiente delante de Lucas, para que él no sospechara que estaba enfadado. Pero cuando más tarde Sole lo buscó en el despacho para preguntarle si quería algo de cenar, no pudo evitar ladrarle que no tenía hambre.

No hacía más que darle vueltas a la discusión que había tenido con su asistente, y estaba furioso con ella por abogar por su padre y no estar de su lado. No entendía su actitud. Y lo que menos comprendía, era por qué le importaba tanto la decepción que vio en sus ojos. Le dolía que ella

defendiera a su padre de esa manera y sin embargo lo juzgara a él sin conocer la verdad. Pudo observar desde las ventanas de su despacho como Alexia se dirigía hacia las sillas del jardín, y recordó lo bien que se había sentido con ella la noche anterior en ese mismo lugar. No pudo evitar pensar en el beso que casi se dieron esa misma mañana, ni cuando ella se ofreció a cuidar de su hijo. Y no consiguió impedir que le naciera una sonrisa cuando se acordó de la forma en que la encontró, tirada en el suelo gritando a pleno pulmón con Lucas en el salón. Y reflexionó, que quizás había sido un poco duro y no pudo ni quiso eludir el impulso de ir a hablar con ella. Cuando llegó a su lado le preguntó si podía sentarse y ella le contestó con un encogimiento de hombros.

—Alexia yo...—empezó a hablar.—quería disculparme. Reconozco que tengo un temperamento fuerte y que a veces me cuesta reprimirme.—se excusó.— Pero no me gusta estar enfadado contigo. Ella lo miró con una extraña expresión en su rostro y trazó una trémula sonrisa.

—Quiero que entiendas que este...ejem... —carraspeó.—asunto de Miguel, a mí me hace daño. No puedes comparar un simple enfado con tu padre, seguramente por una tontería, con el problema que tengo con el mío.

Alexia desvió la mirada hacia el frente y Martín observó cómo le temblaba la barbilla.

—¿Sabes...?— empezó a decirle ella, y se detuvo mordiéndose el labio pero esta vez para evitar llorar.

Levantó la cabeza al cielo parpadeando varias veces, para que los ojos no se le llenaran de lágrimas. Y después de unos segundos volvió a hablar.

—Yo también quiero pedirte disculpas.—continuó, sin ser capaz de mirarlo a la cara.— Por meterme donde no me llaman. Y tienes razón, no puedo comparar el enfado que tuve con mi padre con el tuyo, no tienen nada que ver.

—Alexia...

—Por favor, déjame explicarte porque actué así.—le rogó, mirándole esta vez.

Su expresión era de tal angustia que Martín solo atinó a asentir. Cuando ella recuperó la atención de su jefe regresó su mirada al frente.

—Hace siete años tuve una fuerte discusión con mi padre.—continuó explicándole.— Y tienes razón, fue por una tontería. Tenía veintiún años y había conocido a un chico del que me había enamorado. Él no pudo evitar sentir una punzada en el estómago.

—Por la tontería de la edad desatendí mis estudios y mis notas sufrieron un bajón importante. Ese día mi padre se enteró y me prohibió salir aquella noche. Por supuesto yo me enfadé y le dije cosas que...—Alexia enmudeció por un momento y no pudo evitar que las lágrimas rodaran por su mejilla. —...le dije cosas de las cuales me arrepiento profundamente.

La mujer subió las piernas encima de la silla y se las agarró fuertemente, mientras se balanceaba mirando hacia el vacío.

—Horas más tarde recibí una llamada de la policía informándome que mis padres habían sufrido un accidente de coche. Tan egoístamente enfadada que estaba con el mundo por lo injusto que era conmigo, ni me había percatado de que ellos se habían marchado a hacer unos recados por la tarde, y que eran las diez de la noche y todavía no habían regresado.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano impacientemente, aunque ya no podía evitar que corrieran como ríos por sus mejillas, e inspiró profundamente.

—Mi mundo se vino abajo en un segundo, cuando me dijeron que el accidente había sido mortal y

que los dos habían... fallecido. De repente, en un solo instante, todo cambió. Me encontré sola, rota, indefensa y... y...me enfadé. Me enfadé mucho.

—Alexia, la culpa no fue tuya.—intentó consolarla Martín.

Su asistente se levantó de la silla no pudiendo estar por más tiempo quieta en un lugar.

—¡No lo entiendes!.—exclamó ella con una extraña sonrisa en la boca.— No me enfadé conmigo, me enfadé con él.—le explicó con tanta vergüenza que no pudo sostenerle la mirada.— Estaba furiosa con los dos. Con mi padre por haber salido con el coche y no haber evitado el accidente, y con mi madre por habérselo permitido.

Él también se levantó no sabiendo muy bien que hacer, como comportarse. Quería consolarla, abrazarla entre sus brazos, hasta que desapareciera el dolor por completo, pero no se atrevió.

Alexia intentó calmarse y deseó que toda la culpa que sentía la dejase respirar. Era importante para ella que Martín entendiera sus motivos, aunque el dolor volviera a atravesarla tan vivamente como hacía siete años.

—Me fui a vivir con mi hermana hasta que pude conseguir un trabajo y emanciparme. Trabaja de día y estudiaba de noche. Y lo más irónico,—dijo sonriendo sarcásticamente— fue que no volví a ver nunca más a ese chico. También lo culpé a él. La verdad es que culpé a todo el mundo menos a mí.

Se rodeó el torso con sus brazos intentando que desapareciera el frío que ahora sentía, y Martín dio un paso para acercarse a ella pero se detuvo.

—Durante muchos años no quise reconocer que la culpa no había sido de ellos. Estaba furiosa porque me habían dejado sola, me habían abandonado cuando más los necesitaba. Me era más fácil culparles, que enfrentarme al hecho de que ellos se habían llevado la peor parte y que había sido solo culpa mía. Que si yo hubiera sido mejor hija, si no hubiera sido tan egoísta... Si ese día no le hubiera dicho todas las barbaridades que le dije...mi padre no habría ido distraído y... no habrían sufrido el accidente.— no pudo evitar romperse por los remordimientos que la carcomían.

Él se puso rígido de repente. Y algo en el fondo de su mente pugno salir, quería luchar para llegar a la superficie pero se negó a dejar que brotara.

—Y, ¿sabes algo?.— le confesó cuando tuvo las suficientes fuerzas para seguir hablando y mirarlo a los ojos directamente.—¡Tienes razón!, yo no sé qué es lo que ha pasado entre tu padre y tú, lo ignoro por completo. Pero si te puedo decir algo...

Ahora era él el que no podía sostenerle la mirada. Sabía que lo que le iba a decir le dolería. Había tanto sufrimiento en esa mirada, tanto dolor, tanta verdad...

—Yo ahora...daría lo que fuera. Lo que fuera para poder...—Alexia no pudo evitar el sollozo que la atravesó —...hablar con ellos...volverlos a ver, aunque solo fuera una vez más. Decirles lo mucho que les quiero, que les echo tanto de menos que me duele, que me acuerdo de ellos todos los días de mi vida. Y aunque les he pedido perdón un millón de veces, ahora la que no...puede perdonarse soy...yo.

Alexia se acercó a su jefe que estaba parado sin poder moverse y vio el mismo sufrimiento que ella sentía en su rostro. Se secó los ojos que estaban abnegados de lágrimas y le tocó suavemente el brazo, y él se envaró más si se podía.

—Tú tienes la oportunidad de hacerlo Martín. Puedes sentarte con tu padre y hablar. Intentar solucionar vuestro...*problema*. Él ha dado el primer paso en acercarse a ti, no dejes que tu orgullo te impida hacer lo que es correcto, y si no puedes perdonarle no dejes que tu hijo crezca sin su abuelo. Todo el mundo tiene derecho a rectificar y puede ser que él no haya sido un buen padre, pero quizás

si pueda ser un buen abuelo.—le aconsejó.

Y como él no le respondió, decidió que ella había hecho lo que había podido. El dolor era tan intenso que estaba agotada emocionalmente. Había vuelto a revivir su peor pesadilla y de corazón esperaba que hubiera valido la pena.

—Buenas noches.—le dijo esperando una respuesta.

Algo que le indicara que su esfuerzo había tocado una fibra sensible en él, que le hubiera hecho recapacitar, y como eso no sucedió descorazonada decidió irse.

Si ella se hubiera dado la vuelta habría visto, como una lágrima surcaba por la mejilla de su jefe.

—*¡Maldita sea!*.—pensó éste.

Capítulo 9

Alexia se levantó temprano el domingo, no había podido dormir muy bien esa noche después de su *charla* con Martín, así que cansada de dar vueltas en la cama, se duchó y se preparó para quedar con Mauro y las chicas.

Hoy iban a ir de compras y aunque no le apetecía mucho, pensó que quizás sería lo mejor para distraerse, además tampoco deseaba encontrarse con su jefe, ese día necesitaba su propio espacio.

Cuando subió a la cocina a desayunar ya estaban sus compañeras allí y le preguntó a Tina por su padre, y ésta la tranquilizó comentándole que estaba mucho mejor y que en breve lo mandarían para casa. Soledad intentó interrogarla sobre lo que había pasado la noche anterior, y le contó rápidamente por encima, poniendo en antecedentes a Tina que se lo había perdido. Por supuesto, omitió la dolorosa confesión que tuvo lugar en el jardín y algún que otro detalle, tampoco es que ella supiera mucho más.

En el momento en el que la vinieron a recoger, Martín y Lucas todavía no se habían levantado, así que avisó a Sole que si surgía cualquier problema la llamaran al móvil.

Cuando se subió al coche de Mauro las chicas ya estaban dentro.

—¡Hola Cenicienta!. Somos tus hadas madrinas y venimos a recogerte en nuestra humilde carroza.—
la saludó su amigo.

—¡Hola!.—le respondió riéndose por la ingeniosa ocurrencia.

—¿Estás preparada para el largo día que te espera con nosotras?.—le preguntó Eva, mientras el coche se ponía en marcha.

—Supongo que sí.

—¡Me alegro!, porque te tenemos una sorpresa increíble.—le informó María emocionada.

—¡María!.—gritaron a la vez sus amigos.

—¡Ups!... ¡lo siento!.—se disculpó la peluquera, poniendo los mismos ojos que el gato con botas de Shrek.

—¿Qué sorpresa?.—preguntó Alexia curiosa.

—¡Será posible, no se puede tener un secreto contigo!.—le recriminó el modisto a su amiga mientras cambiaba de calle.

—¡Lo siento, se me escapó!.—intentó disculparse.

—¿Qué secreto?.—volvió a preguntar Alexia.

—¡No te vamos a contar nunca nada más!.—le reprendió Eva, lanzando dagas por los ojos y retorciendo el cuello hacia atrás, ya que tanto Alexia como María iban en la parte trasera del coche.

—¡Bueno, vale ya!. Os he pedido disculpas, ¿no?. ¿Qué queréis que me fustigue?. ¡Echadme a la hoguera, por bocazas!.—exclamó la mujer ofendida.

—Pero, ¿de qué estáis hablando?.—inquirió nuevamente la asistente.

—No es eso María, es que...

—¡EEEEHHHHHHHHH!.—gritó Alexia harta de que la ignoraran.— ¿De qué estáis hablando?. ¿Cuál es la sorpresa?.—preguntó de nuevo cuando todos se callaron.

—¡Alex cariño, es obvio que no te lo podemos decir!.—exclamó la peluquera asombrada por la pregunta.— ¡No ves que si no, ya no sería una sorpresa!.—le explicó, dando a entender que era la pregunta más tonta que había oído nunca.

Alexia parpadeó pasmada por la reacción de su amiga. Abrió la boca varias veces para contestarle, pero se quedó solo en un intento, ya que no fue capaz de hacerlo. Y tanto Eva como Mauro rompieron a reír al ver su cara de estupefacción.

—Ahora recuerdo porque la queremos tanto.— comentó su amigo entre risas.

Cuando llegaron al centro comercial, aunque no era tarde ya había mucha gente, y Mauro estaba disfrutando como un niño con juguetes nuevos, aunque bufaba sin parar disimulando. No dejaba de ir de un lado a otro, revolviendo entre las perchas y murmurando que toda la ropa que había era un asco.

—¡No puede ser posible!.—exclamó contrariado.—¡Toda la ropa es igual!. ¿Es que no tienen ni un poquito de imaginación?. ¡Ay si me dejaran a mí!, ¡diseñaría ropa que las dejaría a todas con la boca abierta y las bragas en el suelo!.

—¡Uff!, ¿te imaginas a Mauro triunfando como diseñador?.—le preguntó Eva a María irónicamente.

— Estarías tan inaguantable que no habría quien te tosiera.—le espetó la peluquera sacándole la lengua, cuando se percató de que Mauro le hacía muecas.

—Sí, tú riéte de mí. Ya me vendrás a rogar que te diseñe el traje de novia cuando te cases.—le contestó socarronamente.

—Buenoooo...¡eso es distinto!.—contestó ésta acercándose a él, que estaba enfrascado buscando ropa entre las perchas.— Tú sabes que yo te quiero un montón y que somos amigos desde hace mucho tiempo.—apostilló haciéndole la pelota y dándole un beso de reconciliación en la mejilla.

—Si...sí. Arrieritos somos y en el camino nos encontraremos.—señaló éste devolviéndoselo.

—¡Mauro mira este top!.—exclamó Eva unas veinte perchas más allá.

—¡Es divino!.—soltó el modisto, olvidando la conversación anterior y observando detalladamente la prenda con ojo crítico.

Se pasaron toda la mañana de una tienda a otra. Su amigo cargaba a las chicas con montones de ropa que llevaban al probador para que Alexia se la probara, y ésta tuvo que admitir que él sabía lo que se hacía. La ropa que le traían las chicas nunca la hubiera escogido para ella, pero cuando se la probaba no le quedaba más remedio que aceptar que le quedaba increíble. Fueron descartando algunas y comprando las mejores. Alexia había adelgazado bastante desde que había llegado a México, sobre todo porque no se acostumbraba a la comida tan picante, por lo que cuando comía fuera se alimentaba a base de ensaladas. Aun así tenía un poquito de barriguita, algo de cartucheras y algún que otro molesto michelín, pero nada que no se pudiera arreglar comprando una fajita como bien le aconsejó Mauro.

—Cariño, ¿te crees que las grandes estrellas no las utilizan?. La mayoría van enfundadas en fajas reductoras especiales, desde el pecho hasta por encima de la rodilla, son los secretos mejor guardados de todas las divinitys.—le explicó él.— Hay muy pocas que se puedan permitir usar un vestido ceñido sin nada por debajo. Después de gastarse un dineral en tratamientos de belleza, y pasar de vez en cuando por quirófano para hacerse una liposucción o la operación de turno, claro. Y solo salen ligeras de ropa si después hay una sesión completa de photoshop. La pena es que los mortales como tú y como yo no nos los podemos permitir, sino estaríamos igual o mejor que ellas.

Después de lo que a Alexia le parecieron las horas más largas de su vida pararon para comer, y definitivamente estaba agotada. Y cuando acabaron y decidieron de que ya era hora de retomar la tortura a la que la estaban sometiendo, las chicas tuvieron que agarrarla entre las dos tirando de los brazos de la asistente para sacarla del restaurante, ya que se negaba a seguir de shopping pues ahora

tocaba zapatos y complementos.

—¡Dios mío, ten piedad de mí!.—gritó después de entrar en la última zapatería.

Había perdido la cuenta de cuantos comercios había pisado.

Decidieron parar a media tarde, fundamentalmente porque el dinero que tenía se le había acabado. Menos mal que al trabajar con Martín disfrutaba de pensión completa, porque no tenía ni para un perrito caliente, pero sobre todo porque se había negado a dar un paso más. Si seguían así no llegaría a estrenar la ropa, ya que le daría un síncope antes.

Tanto ella como sus amigos iban cargados de bolsas de compra, y lo peor es que Alexia no entendía, ¿cómo con el ajustado presupuesto del que disponía, Mauro pudo estirarlo de esa manera?. Su amigo era un genio.

—¿Sabes?, podías dedicarte a trabajar como personal shopper. ¡Serías increíble!.—le comentó, mientras iban de camino a la salida del centro comercial.

—¡No, ni hablar!. Eso ya lo hace mi pareja y es un infierno. Una cosa es salir con una amiga de compras, y otra muy distinta tener que aguantar a unas viejas insoportables con dinero, o en su defecto, famosillas insoportables del tres al cuarto.

—Pues es una pena porque se te da genial.—le dijo con total sinceridad.

—Algún día Alex, seré un gran diseñador por el que se pelearan las mujeres más famosas e importantes de este país, para que las vista con mis increíbles diseños.—le comentó soñadoramente.

—De eso estoy totalmente segura.—afirmó Alexia de forma contundente, sacándole una sonrisa de gratitud a su amigo por la confianza depositada en él.— Y te aseguro que si yo puedo te ayudaré en lo que sea.

Y cuando acabó de decir esto se paró en seco, porque había visto el vestido más asombroso que se pudiera imaginar. Se acercó despacio al escaparate, imaginando un mundo perfecto donde ella se pudiera poner ese vestido y lucirlo de forma increíble.

Sus amigos la siguieron cuando se dieron cuenta de que se había desviado del camino hacia la salida, y también se acercaron atraídos como ella por una fuerza invisible con las bocas abiertas de admiración.

—¡Vaya!.—dijo Mauro, con los ojos abiertos como platos.

—¡Es precioso!.—exclamó María.

—¡Increíble!.—comento Eva, soltando un silbido de admiración.

Era un vestido en organza de seda natural de color morado, y tenía unas flores muy elegantes en color blanco bordadas por toda la tela. El escote era palabra de honor entallado al cuerpo, y el corte estilo sirena se ajustaba hasta encima de la rodilla de donde salían unos pliegues con volumen y un poco de cola. Terminaba con un sencillo cinturón de seda en blanco, con una flor del mismo color que hacía resaltar la cintura.

—¡Mierda!.—se quejó la asistente, llamando la atención de sus amigos que se giraron todos a la vez pensando que se había hecho daño.—¡¿Habéis visto que precio tiene?!.

Y mirando todos nuevamente pusieron la misma cara de desolación cuando vieron el precio.

—¡Me cago en...!.

—¡No *mames*...!.

—¡No lo podría pagar aunque trabajara toda mi vida!.—reconoció apesadumbrada.

Ya que soñadoramente se había imaginado vestida con él, y caminando agarrada del brazo de Martín por una alfombra roja en algún evento importante.

Y de repente a Mauro se le iluminó la cara, y no pudo evitar que se le formara una gran sonrisa de oreja a oreja.

—¡Quizás no tendrías que hacerlo!.—le dijo éste de forma enigmática.

Alexia giró la cabeza, para mirar si a su amigo le habían dado algún golpe en la cabeza que le hiciera decir tonterías sin que ella se hubiese enterado.

—No recuerdo que hubieras tomado alcohol en la comida.—le soltó.

—Y no lo he hecho.—le confirmó Mauro.

—Pues entonces peor me lo pones.—y girándose hacia María le preguntó mordazmente.—¿Ha sufrido recientemente algún episodio de locura transitoria, o algún tipo de delirio?. Digo, por si hay que llevarlo atado con una chaqueta al médico.—y volviendo a mirar a Mauro finalizó diciéndole.—Sin ningún tipo de acritud, ¡eh!. Lo digo por tu bien.

—¿Todas las españolas sois así de graciosillas?. —le preguntó él con sorna.

—No, yo rompí el molde. ¡Soy única e inigualable!.

—¡Ya!.—soltó de forma desdeñosa.— Ahora en serio, antes me dijiste que harías lo que fuera por ayudarme a ser un gran diseñador.

—No, te dije que te ayudaría en lo que pudiera.— puntualizó.

—Bueno, es lo mismo.

—No, no lo es.

—¡Da igual!.—le contestó su amigo impaciente.— El caso es que se me ocurre una idea para que puedas ayudarme.

—¿Y cuál sería?.—le preguntó Eva intrigada.

—Bueno la idea es que, seguramente tú tengas que acompañar a tu jefe a importantes eventos, fiestas, homenajes y ese tipo de cosas...

—Que yo sepa no.—le interrumpió ella.—Seguramente vaya acompañado por la actriz o modelo de turno con la que esté saliendo en ese momento.

—Si no recuerdo mal, creo que Vero le acompañó a más de un evento cuando trabajaba para él.—le informó María.

—Pues no sé...

—Seguramente lo hagas.—afirmó Mauro.—En todo caso si no te invita él lo hará otro, de eso estoy totalmente seguro.— aseveró de forma contundente, echando miradas de complicidad a sus amigas.

—¿A qué te refieres?.—preguntó Alexia, curiosa por tal afirmación.

—¡Oh nada, no te preocupes!.—le contestó, sin darle mayor importancia para que no le siguiera preguntando.—El caso es que seguramente irás a eventos importantes y te codearas con gente rica y poderosa. Y yo conozco una mujer que era amiga de mi madre cuando vivía que tiene una tienda de telas, y me tiene mucho cariño, por lo que me deja las telas a muy buen precio, incluso si son retales sueltos me los regala.

María empezó a dar palmitas y saltitos muy contenta, y a Eva le nació una sonrisa enorme al darse cuenta del plan que su amigo estaba urdiendo.

—¿A dónde quieres ir a parar?.—le preguntó Alexia, sin tener claro lo que quería decir.

—Quiero hacer un trato contigo.—le dijo muy serio.— Cuando tengas un evento, una reunión muy importante, gala, fiesta, etc. Lucirás un modelo de ropa que yo haya diseñado. No tendrás que pagar nada, solo tendrás que hacer a cambio publicidad de mí y de mi creación. A las mujeres que te pregunten sobre el modelo que lleses esa noche les dirás que yo lo diseñé, ¿qué me dices?.

—No sé....— contestó, simulando que se lo estaba pensando.—Me estás pidiendo que me vista como una modelo luciendo ropa impresionante... Porqué supongo que será impresionante, ¿no?.

—Eso dalo por sentado.—le contestó su amigo, ansioso porque le dijera que aceptaba.

—Y claro, eso tiene que ser cuando vaya a unas súper-fiestas, mega-pijas y extremadamente aburridas, y tenga que conocer, a... ¿cómo fue que dijiste?... ¡Ah sí!, famosillas insoportables de tres al cuarto.—siguió mofándose Alexia.

—Bueno si, pero...

—Y por supuesto, de todo este marketing gratuito que yo haré desinteresadamente sin ningún ánimo de lucro, yo no sacaré ningún tipo de beneficio, ¿no?.—preguntó entornando los ojos.

—Bueno...al principio no, pero...

—¡Claro que sí, tonto!.—le dijo al fin, no pudiendo seguir haciendo sufrir más a su amigo.—¡Será un placer!.

—¿De verdad?!.— exclamó maravillado.

—De verdad de la buena.—le contestó ésta asintiendo con la cabeza.

—¡Es *padrísimo*!.—gritó Mauro en medio del centro comercial, riendo y abrazando a Alexia mientras daba vueltas con ella, y todo el mundo se paraba para mirarlos.—¡Gracias!...¡Gracias!.

Las chicas se unieron a la celebración. Y cuando acabaron de girar como peonzas y después de recuperarse, ya que Alexia se había mareado un poco, ésta tuvo que advertirle.

—Solo hay un problema.

—¿Cuál?.

—Que dudo mucho que yo vaya a asistir a ninguna de esas fiestas.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Y salieron del centro comercial rumbo al parking donde habían aparcado el coche. Alexia pensaba que la llevarían directamente a casa, ya que estaba agotada, pero se llevó una decepción, cuando sus amigos le dijeron que ahora tendría la sorpresa que casi había revelado anteriormente María.

Así que la llevaron al apartamento de la peluquera y le explicaron que le harían un completo.

—¿Cómo?.—preguntó, ya que la frase le había sonado un poco mal.

—Vamos a hacerte un cambio de look total.—le explicó María.—Yo voy a hacerte el corte de pelo que más te favorezca a tus rasgos faciales. Te haré unos reflejos para que destaque tu color natural, y te enseñaré como tratar el cabello y las diferentes formas de peinarlo.

— Y yo te voy a enseñar como maquillarte, para que resalten esos preciosos ojos que tienes y esa increíble boca. Te enseñaré los diferentes tipos de maquillaje, el de mañana, el de tarde-noche y el de fiesta, y como ocultar las imperfecciones.—le indicó Eva.

—Y yo te tomaré las medidas exactas para empezar a diseñarte los modelos más alucinantes que hayas visto en tu vida.—terminó Mauro.— Y entre la ropa que has comprado y los truquitos de belleza que te vamos a enseñar, vas a estar increíble.

—¡Hey, hey, hey!. Esperad un momento.— intervino Alexia, abrumada por tanta información dada así de golpe y sin anestesia.— Chicos, yo os agradezco todo lo que queréis hacer por mí pero...os informo que los milagros no existen. Como dice el refrán, aunque la mona se vista de seda mona se queda.

María se acercó a ella y le dijo mirándola muy seriamente.

—¡Ay cielo, cuanto tienes que aprender!.

Y dicho esto, sus amigos hicieron con Alexia lo que les dio la gana.

Cuando horas después acabaron con ella y se pudo ver por primera vez en un espejo, después de la transformación ya que antes se lo habían prohibido expresamente, se quedó sin palabras. La imagen que le devolvía el espejo no podía ser real.

Alexia estaba anonadada, la mujer que tenía delante tenía que ser otra persona. Era literalmente imposible, que esa mujer elegante y sofisticada pudiera ser ella misma.

María y Eva habían hecho un trabajo increíble. El nuevo corte de pelo por encima de los hombros, le enmarcaba su rostro haciendo que fuera más fino y alargado, y las suaves ondas que caían alrededor le suavizaban la expresión, y armonizaban perfectamente con su cara.

El maquillaje aunque sutil, porque Alexia había sido muy tajante en ese aspecto ya que no le gustaba ir excesivamente maquillada, era perfecto. Estaba impecablemente aplicado, en la medida justa y sin excesos, y era muy simple, con sombras muy suaves y naturales. Pero el efecto del eyeliner alargando sus ojos y haciéndolos más almendrados, en conjunción con la máscara de pestañas que los hacían parecer más grandes, y el colorete resaltando sus pómulos, hacían que su rostro dejara de ser normal a convertirlo en hermoso. Y el toque final era su boca, a la que ella nunca le había prestado especial atención. Habían perfilado sus labios llenos y carnosos, y con una barra de labios de color marrón muy sutil y el gloss final, hacían que su boca resultara fresca y jugosa.

Y por último se había cambiado de ropa, y aunque solo se había vestido con unos vaqueros azules, que le sentaban de maravilla, una camiseta básica blanca, una cazadora de piel y unos botines negros, la hacían sentir como una estrella de cine.

No podía parar de girarse delante del espejo asombrada por lo que veía, y miraba de hito en hito a sus amigos con cara de total asombro, mientras éstos la observaban con unas radiantes sonrisas en sus caras.

—¡Dios mío, esto es increíble!.—exclamó cuando pudo recuperar el habla.—¡No...no puedo ser yo!. Mauro se acercó a ella y le dijo muy suavemente, casi susurrándole al oído.

—Sí cielo, esta eres tú. Alguien dijo una vez... " Qué no hay mujeres feas, si no mujeres que no se saben sacar partido ".

—¡Gracias!.—les agradeció llorando emocionada.

Y abrazó a su amigo, llamando a continuación a las chicas con la mano para que se unieran al abrazo colectivo, las cuales se reunieron con ellos también llorando conmovidas.

No podía creer la suerte que había tenido, de poder haber encontrado en otro país a miles de kilómetros de distancia de su hogar, a personas que valían la pena y a las que consideraba ya, no solo sus amigos sino su familia.

Era afortunada por haber conocido a María, Eva, Mauro, Soledad, Justina, Vero, incluso a Roberto, que la habían recibido en un país extraño para ella con los brazos abiertos. La habían aceptado y acogido sin ningún tipo de prejuicios, y la cuidaban y se preocupaban por ella sin pedir nada a cambio. Solo con la generosidad de corazón, de la que algunas personas presume pero que muy pocas poseen.

—¡Al final sí que vais a ser mis hadas madrinas!.—afirmó Alexia.

Y los tres se echaron a reír.

Capítulo 10

Martín agarró la cazadora de cuero y salió a toda prisa de su habitación, pues se había retrasado un poco por culpa de su hijo, que se había hecho el remolón esa mañana para ir al colegio.

El día antes había bajado tarde a desayunar porque no había dormido mucho la noche anterior, después de la *charla* que había mantenido con Alexia. Se había pasado gran parte de la noche digiriendo lo que ella le había confesado y luchando contra sus propios demonios. Removiéndose en su interior muchos sentimientos y recuerdos que él cuidadosamente había escondido, y que pensaba que ya estaban enterrados y olvidados, pero que descubrió con amargura que no era así. De tal manera que después de meditar mucho llegó finalmente a tomar una importante decisión, que esperaba con toda su alma fuera la correcta. Y pudo por fin dormir algo, hasta que se presentó su hijo a despertarlo a base de gritos y saltos en su cama. Adoraba ser despertado de esa manera por Lucas, ya que a continuación él se podía vengar atrapándolo y dándole un millón de besos, entre cosquilla y cosquilla mientras se retorció muerto de risa.

Cuando estaba en la mesa del jardín desayunando con su hijo le preguntó a Soledad por Alexia, y ésta le informó que había salido temprano a pasar el día fuera. Martín sintió un pequeño pellizco en el estómago de decepción por no poder verla, y sobre todo por no saber con quién estaría en ese momento. No es que estuviera celoso, no era eso, simplemente se preocupaba por ella. Así que había decidido pasar el día con Lucas para estar distraído, y sobre todo porque nada lo hacía más dichoso que ver a su hijo feliz. Aunque tenía que admitir que la había echado mucho de menos todo el día.

Cuando el actor bajaba por las escaleras a toda prisa colocándose la chaqueta a la vez, observó de soslayo a una mujer al pie de la escalera, e hizo un gesto de desagrado por no ser informado de que tenía una visita, pues ahora no disponía de un minuto para atenderla, ya que llegaba con el tiempo justo para la entrevista. Y justo cuando se disponía a despacharla de forma amable, la mujer que estaba esperando en la entrada de su casa levantó la cabeza posando su mirada en él, impactándolo de tal manera que no apoyó bien el pie, con el consecuente resbalón que casi lo hace rodar escaleras abajo, y que pudo salvar in extremis al agarrarse al pasamanos. Pero que no logró evitar que rebotara su culo varias veces en los escalones, quedando desparramado cuan largo era al final de la escalera de madera.

Alexia cuando vio el accidente corrió hacia él preocupada por si se había hecho daño, y observó que éste la miraba con una cara de total asombro, como si en vez de verla a ella estuviera mirando la presencia de un fantasma, o de un monstruo con tres cabezas y esputando baba verde.

—¿Te encuentras bien? ¿Te has lastimado?—le pregunto preocupada.

A Martín las palabras se le quedaron atascadas en la garganta, no daba crédito a lo que estaba viendo, delante de él estaba la mujer más sexy que había visto en su vida. Y había visto y estado con unas cuantas.

Alexia se había cortado el pelo y maquillado de tal manera, que en ese momento era lo más parecido a un ángel que él había contemplado jamás. Pero a la vez iba enfundada en un conjunto de chaqueta y falda negra entubada hasta la rodilla, con un corte impecable que le sentaba como un guante, con una camisa entallada y unos zapatos de tacón con plataforma. Y todo eso en conjunto, le hacían parecer la típica secretaria sexy que sale en las revistas masculinas, echas para satisfacer los instintos y fantasías más primitivas de los hombres, aunque por supuesto ella no tenía nada de típica, ni como

mujer ni como secretaria. Es más, si hubiese sido otra clase de fémica ahora estaría encantada de haber provocado semejante reacción en él, sin embargo estaba genuinamente preocupada porque se hubiera hecho daño, sin darle la más mínima importancia a su aspecto. Mejor dicho, sin ser realmente consciente de lo hermosa que estaba y del impacto que provocaba. Las mujeres tenían la idea equivocada de que para ser sexy se debía llevar la menor cantidad de ropa posible, dejando a la vista la máxima cantidad de piel o en su defecto una ropa muy provocativa. Nada más lejos de la realidad, ya que algunas más que sexys parecían vulgares. Tenemos como ejemplo a Marilyn Monroe, que iba tapada hasta casi los tobillos y sin embargo era considerada la mujer más sexy de todos los tiempos. Era algo inexplicable que se tenía o no se tenía, y Alexia lo tenía, ¡vaya si lo tenía!. Lo que no comprendía era como él no lo había visto antes.

¡Dios, esta mujer es un pecado!

Y de repente advirtió con pesar que estaba espatarrado al final de la escalera con cara de embobado, observándola, no, para ser más detallados devorándola con los ojos. Se sintió como un patán que no era capaz de reprimir sus instintos más básicos y se avergonzó de su patética actitud.

—Estoy bien.—le respondió intentando levantarse.

—¿Seguro?.

—Sí, por supuesto. Tengo que decirle a Justina que sea más cuidadosa con el encerado de la escalera.—declaró bruscamente, sin poder evitarlo por el bochorno que sentía.

Pero sobre todo para justificar la caída y que no le considerara un completo idiota.

—Está bien.—le contestó ella, quedándose más tranquila al comprobar que no le había pasado nada. Pero al mismo tiempo desalentada por la reacción que había tenido al verla. Estaba claro que el cambio de aspecto no había sido de su agrado, malinterpretando por completo la cara de total asombro de él y la rudeza con la que le había hablado después.

A continuación se subieron al coche, y salieron pitando hacia la productora de televisión donde tenían que grabar el programa, que era la misma que producía la telenovela. Durante el trayecto Martín no podía quitarle los ojos de encima, por lo que no fue consciente de que casi habían tenido un accidente de circulación. Se había pasado en rojo un semáforo, y no estaba muy seguro pero juraría que un coche se había quedado cruzado en medio de una intersección, evitando en el último momento una colisión cuando él se desvió al otro carril de forma brusca, porque se iba a pasar de largo la calle donde estaba la productora, con los consiguientes pitidos de cláxones e insultos varios. No se dio cuenta de que al principio Alexia empezó a contarle algunos detalles de las propuestas que había recibido por email, para que él decidiera cuales le interesaban y cuáles no. Pero que durante el camino dejó de hablar para sujetarse con fuerza a los asideros que tenía el coche en la puerta del acompañante, rezando lo que sabía y lo que no se lo inventaba para que no tuvieran un accidente. Lo miraba de hito en hito mientras Martín conducía, aspirando aire de forma brusca cuando él cometía un error al volante, por el temor de no llegar viva a su destino.

Y cuando aparcaron el coche en el parking, se bajó pálida y como pudo del automóvil, dando gracias a Dios por haber llegado sana y salva. A punto estuvo de besar el suelo del aparcamiento como hacía el Papa en agradecimiento.

De repente él se percató de que tenía mala cara.

—¿Te encuentras bien?.—le preguntó preocupado.

Sin ser consciente de todas las infracciones en las que había incurrido, por estar distraído con lo que Alexia le provocaba y de lo mal que ella lo había pasado.

—¡Nooo, estoy perfectamente!.—le contestó con sarcasmo.

—¡Ah, vale!.—exclamó aliviado, sin haber captado la ironía con la que le había hablado.

—¡Ah, vale!... ¡Ah, vale!.—repitió ella enfadada subiendo el tono cada vez más alto. Agarró su maletín y empezó a andar a paso ligero dejando atrás a Martín, enojada con la estupidez de los hombres que se creían que sabían conducir como los pilotos de carreras.

—¡Casi me da un infarto al corazón!. Pero por lo demás estoy... ¡perfecta!.

—¿A qué te refieres?.—le preguntó confundido por su actitud y corriendo para alcanzarla.

Alexia se detuvo de golpe y lo miró furiosa. Y se quedó pasmada cuando se dio cuenta, de que realmente Martín no sabía que había puesto sus vidas en peligro.

—Me refiero, a que le tengo mucho aprecio a mi vida como para ponerla en manos de un...de un...

—balbuceó no encontrando la palabra adecuada.—...¡kamikaze!.—soltó al fin, por no decir nada más fuerte.

—¿Por qué lo dices?.—preguntó extrañado.—No hemos tenido ningún problema y yo he conducido bien, como siempre.

—¡Ja!.—exclamó asombrada.—¡Qué ha conducido bien, dice!. ¿Y quién te ha dado el carné de conducir?, ¿Paco Martínez Soria?.

—¿Quién?.

—¡Da igual!.—le contestó frustrada por su desconocimiento, y volvió a caminar dirigiéndose impaciente al ascensor.

Él se quedó durante unos segundos hipnotizado por el contoneo que hacían las caderas de ella al caminar, no pudiendo retirar la vista de ese baile sensual. Parpadeo varias veces y enseguida recuperó el sentido apresurándose a alcanzarla.

—¿Tienes alguna queja de mi forma de conducir?.—le preguntó, con la intención de fastidiarla y sin poder evitar una sonrisa pícaro.

Parecía que su pequeña asistente tenía carácter, y pensó que realmente estaba preciosa cuando se enfadaba.

—A lo mejor te piensas que conduces tan bien como Fernando Alonso.—le contestó ella con acritud.

—Pues siento decepcionarte, pero no le llegas ni a la suela de los zapatos.

—¿¿No me digas que sabes quién es Fernando Alonso?!.—inquirió, poniendo cara de sorpresa de forma exagerada sólo para molestarla mientras ella seguía caminando enérgicamente.

—Típico de los hombres pensar que solo vosotros sabéis de coches y motos.—señaló irritada mientras seguía caminando.— Pues te informo que me gusta la Formula1 y las carreras de MotoGP. Que soy fan incondicional de Alonso y que en estos momentos España es una potencia mundial, con pilotos tan extraordinarios como Lorenzo, Pedrosa y Márquez.

—El que España sea una potencia mundial en los deportes del motor no te erige como una experta en ello, por lo tanto no puedo tener en cuenta tu opinión.— le contestó él de forma condescendiente.

Consiguiendo que Alexia se parara de sopetón con la boca abierta por la sorpresa de sus palabras.

— Sobre todo porque iba algo distraído, nada que no pudiese controlar.—confesó, mientras se apuraba para detener el ascensor antes de que cerrara las puertas y subiera.

—¿¿Perdona?!. ¿Cómo qué no puedes tener en cuenta mis palabras?!.—le preguntó furiosa.—¿Acaso te crees que estamos en el medievo y que las mujeres no podemos dar nuestra opinión?.

Martín levantó una ceja de forma inquisitiva y le hizo un gesto con la cabeza para que se apurara en entrar, ya que había gente dentro y él estaba bloqueando el elevador mientras esperaba por ella.

—¡¡Arg!!.—clamó Alexia, poniendo los ojos en blanco y frustrada por no poder contestarle como ella quería ya que no estaban solos.

Ya dentro observó a su jefe como esbozaba una sonrisa de suficiencia, y tuvo el impulso de borrarla con un tórrido beso, solo para ver su cara de asombro. Mientras ella estaba fantaseando con ese beso, no se percató de que el ascensor se había vaciado, y quedó totalmente asombrada cuando Martín aprovechó ese momento para pulsar el botón del stop.

Alexia no daba crédito a la actitud de él, que se acercó despacio a ella muy serio, atravesándola con la mirada y apoyando el brazo muy cerca de su cabeza. Su corazón empezó a latirle a mil por hora, e inconscientemente abrió los labios aguantando la respiración, y no pudo retirar los ojos de su boca, de la cual había desaparecido la sonrisa pedante que antes había esbozado. ¿Sería posible que su fantasía anterior se hiciera realidad?

—Después de pensarlo mucho he tomado una decisión importante en mi vida.—empezó a decirle.— Me ha costado mucho hacerlo, no te creas que ha sido fácil. Pero te advierto que lo que te voy a decir a continuación es estrictamente confidencial, y solo puede quedar entre tú y yo.—le explicó gravemente.

—¿Qué?!.—susurró ella muy bajito.

¡No podía ser!. ¡No!. ¡Esto no estaba ocurriendo!.— pensó, con un cúmulo de emociones de alarma y emoción a la vez.

—Voy a permitir que Miguel pueda ver a Lucas.—le explicó al fin.— Pero tengo varias condiciones que son inalterables, y serás tú las que se las comunique al abuelo de mi hijo. La primera, que solo podrá verlo en mi casa. La segunda, que siempre llamará antes para avisar y tener permiso. La tercera que yo no quiero verlo a él. Y la cuarta y la más importante, es que Lucas nunca estará solo con su abuelo, siempre habrá alguien cerca. Quiero que seas tú, pero si no puedes entonces será Soledad, Justina o Pedro, pero nunca solo. ¿Has entendido las condiciones?.—le preguntó ceñudo, al ver su cara de total desconcierto.

—¡Sí...! ¡Si claro...!.—balbuceó absolutamente confundida.

Resultándole muy difícil hilvanar un pensamiento con otro, al tenerlo tan cerca de ella que su aliento le hacía cosquillas en la sien y no le dejaba tener un pensamiento coherente.

El actor se giró y pulso el botón de arranque esperando al lado de ella, mientras ésta asimilaba lo que había pasado y lo que le había dicho. Y un segundo antes de que se abrieran las puertas del piso donde tenían que subir, le advirtió mirándola directamente a los ojos.

—Por cierto, si pasa algo te hago a TÍ totalmente responsable.

Y dicho esto salió del ascensor para dirigirse al plató de grabación, dejando a Alexia dentro mientras una sonrisa de auténtica alegría crecía en su semblante, después de haber comprendido lo que él le había hablado.

Era increíble como el carácter de su jefe podía ser tan volátil y conseguía pasar de estar juguetón durante un momento, para al segundo siguiente ser totalmente autoritario. Pero en ese instante no le importaba en absoluto, estaba feliz de que hubiera tomado esa decisión, sobre todo por el bien de Lucas. El mal rato que había pasado cuando había hecho su confesión había servido para algo y ella no podía estar más contenta.

Aunque en cuanto tuviera ocasión de estar sola tendría que analizar seriamente como había actuado, y lo que había pensado antes cuando había creído que la iba a besar y a...a confesarle que...

¡Dios, soy una estúpida!. ¿Qué creías que iba a pasar Alexia?.—se recriminó mentalmente.—

¿Pensabas que te iba a besar apasionadamente mientras te confesaba que estaba locamente enamorado de ti? ¿Por favor, no seas ilusa!

Negó con la cabeza suavemente.

¿Cuándo aprenderás que las mujeres como tú no pueden estar con hombres como él?.— se preguntó.

Y mientras se le escapaba un triste suspiro, pensó que cuanto antes lo asumiera y lo entendiera su terca cabecita mejor le iría.

En cuanto Martín estuvo al aire, no perdió un solo segundo en llamar a Miguel para preguntarle sutilmente como se encontraba. El hombre le comentó que estaba algo decepcionado por lo mal que había salido el encuentro con su hijo, pero en cuanto ella le contó lo que le había dicho el actor, no pudo evitar excitarse por la noticia. Le agradeció varias veces lo que había hecho por él, y aunque le aseguró que no había hecho nada, no fue capaz de evitar emocionarse ella también cuando el hombre le volvió a dar las gracias con la voz rota por el llanto contenido.

Cuando acabaron con la entrevista, se fueron en el mismo edificio, al foro de grabación de la telenovela. Habían llegado justo a tiempo para la hora del almuerzo, así que se dirigió con su bandeja de comida a la mesa donde se sentaba siempre con sus amigos. Mientras él se acercaba a la del director para ponerse al día de lo que iban a hacer esa tarde. Por fortuna Marta no estaba, ya que hoy no tenía ninguna escena que grabar, y menos mal pues a Alexia no le apetecía nada tener que soportarla hoy.

Por supuesto en la mesa donde se sentó también estaban Roberto y Esther, y la impresión de los dos fue mayúscula cuando vieron el cambio que había sufrido. Roberto parpadeó varias veces perplejo por la transformación, permaneciendo con la boca abierta, y a continuación recostándose contra el respaldo de la silla, sin dar crédito a lo que veían sus ojos y quedándose sin palabras por una vez en su vida.

Y Esther después de recuperarse de la sorpresa, esbozó una lenta sonrisa de alegría por el cambio para bien que había adquirido, y también de satisfacción cuando observó la reacción de su amigo. Pero su sonrisa se hizo más grande, cuando reparó en que Martín vigilaba con celo a Alexia, prestando especial atención a Roberto y a Mauro.

¡Esto se va a poner interesante!. ¡Muy interesante!.—pensó la actriz.

Tanto el modisto como las chicas elogiaron a Alexia, logrando que se sonrojase cuando todos le dijeron lo preciosa que estaba, incluido Roberto después de recuperar el habla. Ésta les rogó que dejaran de decirle esas cosas porque se sentía muy incómoda, y esto no hizo más que afianzar la buena opinión que tenía Esther de ella. Después de los elogios y algún que otro chiste sobre las reacciones de los hombres con respecto a Alexia, y lo celosas que estarían las demás mujeres por su culpa, empezaron a charlar sobre otros temas, aunque todos se dieron cuenta menos la asistente, que el actor no era capaz de quitarle los ojos de encima.

Cuando acabaron de comer cada uno siguió con sus respectivos quehaceres, y durante una pausa de grabación Roberto se acercó a Alexia para hablar con ella.

—Hola princesa.

—¡Vaya, ahora tengo rango de princesa!. ¿A qué se debe ese honor?.—le preguntó burlándose.

—Pues a que hoy luces como una de ellas.—le contestó con una sonrisa pícaro.

—Yo más bien diría que luzco como una simple secretaria.—le respondió con una sonrisa condescendiente.

—Estoy en total desacuerdo. Ya me gustaría a mí tenerte como mi secretaria. —confesó él mirándola de arriba abajo apreciativamente.

Dando a entender que le gustaría que fuera algo más que solo su secretaria.

— Y por cierto ya que ha salido el tema, si alguna vez te cansas de trabajar para Martín yo te contrato al momento.

Ella lanzó una mirada furtiva en dirección a su jefe que estaba grabando en ese mismo momento.

—Gracias, pero de momento estoy muy bien trabajando para él.—le contestó algo incomoda por la mirada de antes.

—Por cierto, ya que yo soy tu príncipe azul, ¿te gustaría acompañarme mañana a un estreno de una obra de teatro?—le preguntó el actor, con un toque de ansiedad en sus ojos por si ella se negaba.

—Yo... no creo que sea una buena idea.

—¿Por qué?— inquirió dolido.

Realmente Alexia le fascinaba como mujer. Era de las pocas chicas que había conocido en su vida por la que estaba sinceramente interesado. Y Roberto no la invitaba ahora porque hubiera cambiado de aspecto y se viera increíblemente guapa, ya se había sentido atraído por ella antes, solo que no había querido reconocerlo. Pero se había fijado en como la miraban los hombres ahora, y había sentido celos, algo que hacía mucho tiempo que no sufría por una mujer.

Alexia le parecía honesta, trabajadora, divertida, agradecida, leal, encantadora... Una persona con la que podías hablar de cualquier cosa y no te aburría su conversación. Para nada egoísta, ni egocéntrica, algo de lo que andaban sobradas la mayoría de las mujeres con las que tenía que tratar. Se sentía cómodo a su lado, y aunque tenía fama de ser un crápula, una fama merecida por cierto, con ella era diferente.

—Porque trabajamos juntos, y aunque me caes genial y me lo paso muy bien contigo, no creo que sea lo adecuado.—se justificó la asistente.

—Eso no son nada más que pretextos.—le recriminó él.—Y no voy a aceptar un no por respuesta Alexia.

—Roberto, de verdad yo te lo agradezco pero...

—Nada de excusas.—la interrumpió tercamente.—Mañana te recojo a las nueve de la noche.

—No son excusas, te lo juro. Además, no sé cómo tengo que ir vestida o comportarme en un evento de esos.—intentó explicarle bastante alarmada cuando vio que él seguía en sus trece.— Ni sé a qué hora estaré libre, ya que dependo del horario de trabajo de Martín y...

—Puedes ir vestida como quieras, no es nada formal es solo un estreno. Y después estamos invitados a un coctel en una sala privada de un local muy cercano. Tienes que comportarte como tú eres, nada de artificios, y mañana por la tarde los actores la tenemos libre, solo trabajaran los técnicos que tendrán que recoger todo el equipo para desplazarlo a Telchac.—le explicó pacientemente.—Así que cariño, no tienes escapatoria. Mañana a las nueve de la noche te recojo en casa de Martín.

Ella abrió la boca para replicar, pero Roberto se marchó dejándola plantada allí, boqueando como un pez para no darle opción de negarse. Por lo que después de pensar unos minutos salió corriendo en busca de Mauro. Necesitaba su ayuda urgentemente.

Capítulo 11

Alexia volvió a mirar su reloj por enésima vez, era tardísimo. Todo el mundo se había ido, menos el director de escena, algunos técnicos, uno de los productores, Martín y ella. Estaba cansada y con muchas ganas de volver a casa, pero parecía que la cosa se iba alargar, ya que estaban todos reunidos hablando o discutiendo, no estaba muy segura, desde hacía un buen rato. Regresó su vista al ordenador mientras navegaba por Internet, pasando el tiempo hasta que decidieran terminar. Al cabo de unos minutos levantó la cabeza nuevamente cuando se percató de que alguien se dirigía hacia ella, pero se llevó una gran desilusión cuando advirtió que no era Martín el que se acercaba sino la productora Lucía Andrade. Por lo que se le escapó un suspiro al percatarse de que todavía no se iban a ir, pero aun así apagó la Tablet.

—Hola Alexia.—la saludó la mujer sentándose a su lado.

—Hola.—contestó un poco intimidada ya que Lucía era la jefa de su jefe.

—Necesito pedirte un favor. Me da un poco de apuro, pero te aseguro que es estrictamente necesario que te lo solicite.—le habló de forma solemne.

—Claro, será un placer ayudarles en lo que pueda.

La productora sonrió aliviada al escuchar esas palabras.

—Verás, es que tenemos un gran problema. Alguien ha cometido un grave error...—comenzó a explicarle la mujer, cruzando por sus ojos un resquicio de ira al recordar el equívoco que alguna persona en concreto había cometido.— Hoy debíamos ensayar unas importantes escenas que tenemos que grabar mañana sin falta. Las escenas son las de la primera vez que Diego, o sea el personaje que interpreta Martín, hace el amor por primera vez con Irene, o sea el personaje que interpreta Esther. Pero la persona que estaba a cargo se equivocó, y no avisó a la actriz para que se quedara al ensayo general con las luces y el sonido.

Alexia estaba confundida porque no sabía qué tenía que ver eso con ella.

—Hemos estado hablando un largo rato...—siguió explicándole.— y tomamos la decisión de venir a rogarte que nos ayudes. Queríamos que tú sustituyeras a Esther para poder ensayar las tomas con Martín, y que al menos mañana él sepa lo que tiene que hacer y guíe a su compañera en la grabación.

—¿¿Qué?!—exclamó horrorizada.

—Entiendo que no quieras hacerlo y estás en todo tu derecho. Si te niegas nadie te lo echará en cara, pero nos harías un extraordinario favor, ya vamos bastante retrasados en la grabación y montaje de capítulos, y eso nos está costando mucho dinero haciendo que trabajemos bajo mucha presión. Hemos hablado antes con tu jefe y él no tiene ningún inconveniente en hacerlo, pero nos exigió que habláramos nosotros contigo ya que no quería influirte, y que solo lo haría si tú estabas de acuerdo.

—Pero yo no soy actriz, no sabría que hacer...yo... yo...

Alexia ignoraba cómo proceder. Estaba realmente perturbada por lo que le estaban pidiendo que hiciera. Por un lado si decía que no perjudicaría a Martín ,ya que no dejaban de ser sus jefes, y estaba segura que si hubiera otra opción él se habría negado de plano. Y por el otro lado tendría que ensayar con él, y ella llevaba el tiempo suficiente trabajando allí para saber que un ensayo general era una actuación en toda regla. Donde se marcaban los tiempos y las posiciones, se colocaban las luces para saber dónde iluminaban mejor sin crear sombras, y se hacían pruebas de cámara para grabar las tomas perfectas.

Y si aún por encima, eran las escenas de la primera vez que hacían el amor los dos protagonistas... ¡Dios!, no se lo quería ni imaginar. Empezó a sentir un vacío en el estómago de auténtico vértigo.

—No puedo... no, yo no puedo.—balbuceó mientras negaba con la cabeza, turbada solo por la posibilidad de estar tan cerca de él.

—Está bien, lo entiendo.—comentó la productora decepcionada mientras se levantaba.

Ella levantó la mirada clavándola en Martín, mientras éste a su vez escudriñaba su rostro para ver su reacción. Y pudo vislumbrar una expresión en sus ojos que no supo descifrar, pero que produjo que un resorte saltara en ella e hiciera detener a Lucía Andrade.

—¡Espere!.—exclamó, sin saber muy bien porque lo estaba haciendo. Aunque interiormente sabía a ciencia cierta que era un error descomunal.—Antes de tomar una decisión definitiva me gustaría hablar con él.

—¡Por supuesto!.—asintió la mujer con una pequeña luz de esperanza.

Y se encaminó hacia el actor para informarle que quería hablar con él.

Mientras éste se acercaba, Alexia no sabía qué hacer ni qué decir. El actor percibía que estaba muy nerviosa porque no hacía más que mordisquearse el labio inferior, y no la culpaba porque él también estaba algo intranquilo, por no decir bastante tenso. Cuando llegó a ella lo miró con indecisión, vacilando sobre si preguntarle o no.

—Creo que Lucía te ha explicado la situación.—comenzó a hablar, para llenar el silencio que se había producido con su llegada.

—Si.—le contestó, después de carraspear ya que tenía la garganta reseca.

—Me dijo que querías hablar conmigo.—le indicó, al advertir que ella no decía nada.

—Si.—volvió a repetir.

Martín ladeó la cabeza impasible, preguntándose qué estaría pasando por su cabeza.

—¿Y qué has decidido?.

¡Dios!. ¿Qué hago...?. ¿Qué hago?.— Alexia estaba a punto de sucumbir al pánico.

—¿Quería saber que opinabas al respecto?.—le dijo al fin, después de unos segundos que se le hicieron eternos mientras seguía mordisqueándose el labio nerviosa.

—Yo no quiero influirte Alexia, es una decisión que tienes que tomar tú. No quiero que tengas ningún tipo de presión, es algo que no te atañe y no estás obligada a hacer.

—Eso ya me lo ha dicho Lucía, pero realmente quiero saber, ¿qué opinas tú?.—le preguntó ansiosa por saber su respuesta.

—Para mí no es nada más que trabajo. Reconozco que les harías un gran favor a mis jefes por el gran retraso que llevan, y por ende a mí también. Y yo no tengo ningún problema en ensayar contigo o con cualquiera.—le mintió, sin poder evitar que sus ojos observaran como ella se mordisqueaba el labio.

—Entiendo.—murmuró.

Sin saber muy bien que sentir. Si alivio o decepción, ya que le había quedado claro que a él no le importaba que fuera ella o una ameba con quien tuviera que ensayar.

—Pero yo no soy actriz ni tengo experiencia en estas cosas, ni creo que sea correcto hacerlo.—le comentó, confesando sus dudas.

—No hace falta que seas actriz, ya que no tienes que decir ningún texto ni actuar. Solo tienes que dejarte llevar por mí y por el director de escena, que nos irá guiando a los dos.—le explicó él.—Pero, ¿por qué dices que no te parece correcto?.

—Bueno... básicamente porque soy tu empleada.—le contestó, sonrojándose hasta la raíz del cabello.

Martín esbozó una sonrisa ladeada e intentó tranquilizarla.

—Si es por eso ya te he dicho que para mí solo es trabajo, nada más.—le aseguró, deseando con todas sus fuerzas que los años de actuación ocultaran lo que realmente sentía.

Porque lo que realmente quería era besarla de una buena vez para quitarse esa maldita obsesión de su cabeza, y esta era una oportunidad perfecta para ello. Y después olvidarla como había hecho antes con tantas otras y poder tratarla como lo que era, una simple empleada, se dijo intentando convencerse de ello.

Pero para Alexia no solo era trabajo y ahí erradicaba el problema. Estaba muy confundida, y sondeaba el rostro de él buscando algo sin saber muy bien el qué. Cualquier cosa que la ayudara a decidirse, una palabra, un gesto... algo... lo que fuera. Y durante una fracción de segundo pudo vislumbrar una chispa como de anhelo o de vulnerabilidad en sus ojos, no estaba muy segura, pero que hizo que por fin se decidiera.

—¡Está bien!. Si crees que es importante, lo haré.

Y Martín no pudo impedir que una luz de satisfacción brillara en su mirada mientras asentía con la cabeza. Alexia rezaba internamente porque la decisión que había tomado fuera la correcta.

—Vamos a comunicarles tu decisión entonces.—le indicó, mientras le hacía un gesto con la mano señalando el lugar donde los estaban esperando los demás.

Así que el actor fue quien les informó que estaba dispuesta a ayudarles y todos demostraron el placer que la noticia les producía. Empezaron a dar órdenes e indicarles lo que tenían que hacer. Ella tuvo que ir al camerino de Esther, acompañada por la productora que le agradeció el esfuerzo que estaba haciendo, y la hizo cambiarse de ropa para que se vistiera unos leggins de color oscuro y una camiseta interior del mismo color. Y a continuación la enfundó en un vestido que le quedaba un poco apretado, ya que Alexia no tenía el cuerpo espectacular de la actriz, y cuando le preguntó para qué era ese cambio de vestuario, Lucía le explicó que Martín tendría que fingir que la desnudaba, y por supuesto no la iban a dejar que se quedara en ropa interior. Así que cuando la despojara del vestido se quedaría en camiseta y leggins por supuesto. Y la noticia le produjo tal impresión que se olvidó de tragar, y sufrió un ataque de tos mientras las piernas le empezaban a temblar.

Intentó retrasar el momento todo lo que pudo, pero al final se presentó con semejante guisa delante de los que quedaban, sintiéndose totalmente ridícula en el set de grabación. Todos la empezaron a bombardear con órdenes e indicaciones de las que solo entendió la mitad, y cuando su jefe se colocó frente a ella advirtió el pánico en sus ojos.

—Tranquila.—le dijo en un suave susurro, sin apartar la mirada en ningún momento.—Confía en mí, tú solo déjate llevar.

Y lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza, ya que no podía articular palabra de lo nerviosa que estaba, demostrándole que confiaba plenamente en él.

Martín se acercó muy despacio devorándola con la mirada, y Alexia tuvo que alzar la cabeza ya que era mucho más alto que ella. Mientras, su corazón latía desbocado y estaba totalmente segura de que él podía oírlo de lo fuerte que palpitaba. En cuanto escuchó la orden de grabar de parte del director, él alzó la mano para tocar suavemente su mejilla, con una caricia que fue tan suave que por un momento creyó que se la había imaginado, recorriendo su rostro con el reverso de los dedos de forma lenta y delicada, parando en la comisura de su boca para después recorrer suavemente su contorno con el dedo pulgar. A continuación acercó su cuerpo al suyo agarrándola de su cintura, pegándola fuertemente contra su pecho y quedando sus bocas a escasos centímetros, a la vez que

sujetaba su mejilla y parte del cuello con la mano libre. Y mientras sus alientos se entremezclaban, sus ojos no podían apartar la mirada de sus labios, que en ese momento Alexia se mojó con la punta de la lengua inconscientemente, haciendo que Martín no aguantara más las ganas de besarlos. Por lo que bajó su cabeza hasta que rozó sutilmente sus labios contra los de ella, tan delicadamente como la caricia de una pluma. Y ella cerró los ojos mientras miles de descargas eléctricas recorrían su cuerpo de los pies a la cabeza, logrando que su respiración fuera agitada, y sus sentidos estuvieran en tensión esperando el siguiente movimiento de él, que siguió depositando ligeros besos por su mandíbula y bajando por su garganta, hasta llegar a la vena del cuello que palpitaba furiosamente, consiguiendo que la mujer echara la cabeza hacia atrás para que él pudiera acceder mejor.

De repente el actor la soltó, haciendo que ella perdiera el equilibrio por un momento, ya que había desaparecido su cuerpo como apoyo. Y sintió un frío helado al abandonarla el calor que él desprendía, originando que abriera de golpe los ojos.

Martín rodeó a Alexia para quedarse detrás de ella, y con una mano le apartó el pelo del cuello, para poder aspirar su aroma que olía a champú de frutos cítricos. Depositando a continuación delicados besos, que fueron recorriendo desde detrás de la oreja hasta llegar a la clavícula y el hombro. Embriagándose del olor de su piel, que era una mezcla dulce de moras y frambuesas del perfume que usaba ella. Y una fragancia exuberante que lo estaba volviendo loco, y que le hizo morder con sus dientes su exquisita piel con la intención de marcarla suavemente, logrando estremecerla a la vez que el vello de su cuerpo se erizaba mientras él le bajaba la cremallera del vestido. La mujer entreabrió la boca y estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de placer, mientras oleadas de pequeños estremecimientos recorrían su cuerpo, convergiendo todos en el centro de su ser. Cuando el vestido cayó al suelo la dejó solo con la camiseta y los leggins, y aunque fuera absurdo ella tuvo la impresión de que estaba desnuda delante de él, ya que cuando se colocó nuevamente enfrente, observó en el rostro de Martín que tenía las pupilas totalmente dilatadas, y sus ojos demostraban el ardiente deseo que sentía por ella en ese mismo instante. Alexia durante un breve momento de cordura tuvo que reconocer que era un excelente actor, ya que si no fuera porque era completamente consciente de que estaba actuando, juraría que él realmente la deseaba como mujer, de la misma manera que tenía que admitir que ella lo deseaba a él. Lo que ella desconocía por completo, es que el actor no hacía más que repetirse mentalmente una y otra vez que lo que estaba sucediendo no era real, a modo de mantra, para poder concentrarse y no perder el poco control que tenía en esos momentos.

Con la voz ronca Martín le pidió a Alexia que le quitara la camisa y se desprendiera de los zapatos, y ésta abrió sus enormes ojos marrones aspirando aire fuertemente, haciendo un ruido mitad quejido mitad gemido. Con las manos temblorosas siguió sus órdenes, desabrochando torpemente el primer botón cerrado de la camisa mientras se descalzaba, y sin apartar la vista del pecho de él, ya que no era capaz de mirarle a los ojos, le siguió el mismo destino el segundo y el tercer botón. Cuando ya tuvo una buena parte de la camisa abierta y una considerable porción de piel a la vista, no fue capaz de resistir la tentación de tocarlo, de acariciar con las yemas de sus dedos ese fuerte pecho, y recorrer el sinuoso camino por su vientre plano hasta el nacimiento de su pelvis, que el pantalón vaquero que llevaba puesto dejaba entrever.

Ella no pudo más que admirar su impresionante cuerpo. Se notaba que lo trabajaba en el gimnasio y aunque su complexión era delgada, sus poderosos brazos y su ancha espalda eran duros como piedras destacando cada uno de sus músculos. Y su vientre plano marcaba la tan deseada tableta, por las que miles de mujeres suspiraban cada noche cuando encendían la pantalla del televisor. Su piel era

dorada, y a Alexia le costaba Dios y ayuda no acercarse a besar y lamer cada centímetro de ese glorioso cuerpo. Así que se tuvo que contentar con acariciarlo solamente, ocasionando que el cuerpo del hombre se contrajera en cada zona que acariciaba con las yemas de sus dedos. Hasta que sin querer rozó el pequeño pezón de Martín, haciendo que tuviera que ser él quien tuviera que morderse esta vez el labio para reprimir un gemido de puro placer. Y ansioso de terminar con esa tortura de la cual no sabía si podría resistirse mucho más, el actor se abrió de golpe la camisa arrancando los restantes botones que saltaron por los aires. Se desprendió de ella y de los zapatos impacientemente, y a continuación agarró la cara de Alexia entre sus manos mientras la besaba con la boca abierta, atrapando con sus labios los de ella, consiguiendo que el beso fuera más intenso pero controlando siempre la situación.

Su empleada se aferró a él como si de un salvavidas se tratara, ya que el calor que él desprendía provocaba que su cuerpo ardiera en llamas, sintiendo sus piernas como si fueran de gelatina y la sostuvieran débilmente. A ella le era imposible imaginar, como sería la sensación de tener su piel pegada a la de él.

Y de pronto Martín la levantó en brazos, haciendo que soltara un pequeño respingo de sorpresa mientras la llevaba a la cama donde la depositó con delicadeza. Sin darle casi tiempo, en cuanto la mujer apoyó la cabeza en la almohada él ya estaba encima de ella, instándola a abrir las piernas para acomodar su cuerpo entre el suyo. Taladrando a la vez con sus ojos los de Alexia que no podría apartarlos aunque su vida dependiera de ello, pudiendo vislumbrar una tormenta de emociones de las cuales él era víctima al igual que ella misma.

Martín aprovechó ese breve momento para intentar aplacar el intenso deseo que sentía por ella, por lo que decidió disminuir la intensidad o todo se descontrolaría sin que él pudiera hacer nada por evitarlo.

Esto no es real, es solo trabajo. Esto no es real, es solo trabajo. Esto no es real, es solo trabajo. Se repetía una y otra vez. Bajó su mirada para dirigirla hacia esa boca plena, llena y tan apetecible que deseaba poder saborear a conciencia, pero que sabía que en esos momentos era totalmente imposible. Descendió lentamente la cabeza mientras la inclinaba hacia un lado, y cerró los ojos antes de presionar sus labios contra los de ella, logrando que Alexia suspirara de placer. Depositó pequeños besos tan ligeros que eran delicadas caricias, pero que lo dejaban totalmente insatisfecho ya que él quería profundizar más, aunque comprendía que no era lo correcto. Y solo Dios sabía el esfuerzo titánico que estaba haciendo para controlarse, ya que si las pocas veces en las que había tenido contacto con ella, había notado pequeñas descargas que recorrían su cuerpo, sintiéndose desconcertado al principio por ese hecho, ahora entendía con asombrosa claridad que lo que sentía era atracción pura y dura, y que lo que antes había percibido no tenía nada que ver con lo que ahora estaba experimentando.

Hasta que de pronto ella sacó la lengua, lamiendo sus labios de forma tímida pero sin poder reprimir lo que su cuerpo en ese momento le pedía a gritos.

Él levantó la cabeza de golpe, consiguiendo que Alexia abriera los ojos y se sintiera avergonzada por el impulso que había sentido. El actor en ese momento se percató de que su empleada, no sabía que era algo implícito entre los actores de telenovelas que los besos fueran castos, a no ser que estuvieran de acuerdo entre ellos, y que fueran más apasionados para darle más realismo al espectador. Por eso Martín no pudo evitar la sorpresa al notar la lengua de Alexia en sus labios.

—Lo...lo...siento.—susurró totalmente avergonzada por su desliz.

Y éste no pudo más que observar como la mujer respiraba entrecortadamente al igual que él, entremezclando sus alientos, mientras sus ojos estaban ligeramente entrecerrados y su cuerpo temblaba por el deseo contenido. Y escudriñó su rostro buscando un ligero sentimiento de rechazo o repulsa por lo que estaba sucediendo entre ellos, y lo único que distinguió fueron los mismos sentimientos encontrados que él estaba sintiendo. Por lo que no pudo, o más bien no quiso, seguir reprimiendo el fuerte deseo que sentía por ella.

Así que volvió a besarla pero esta vez lo hizo de manera apasionada y firme, dando a la vez que recibía, acariciando y lamiendo con su lengua, introduciéndola en su boca mientras la enlazaba con la suya. Y por fin, sí, por fin, se atrevió a mordisquear suavemente con sus dientes esos labios que lo volvían loco, logrando que finalmente perdiera el poco control que tenía.

Alexia no se quedó atrás y le respondió de la misma manera, jugueteando con su lengua de forma suave y tentadora por momentos, y succionando y mordisqueando de forma apasionada en otros, mientras enterraba sus manos en su cabello. Y también se abandonó al torrente de emociones que el hombre la hacía experimentar.

Su beso cada vez era más profundo arrancándoles pequeños suspiros de placer, y el actor se deleitó con el sabor de su boca, que estaba seguro que si existiera la ambrosia sabría completamente a ella. Era un sabor dulce y suave como el néctar de melocotón, mezclado con un sabor ligeramente picante que hacía que la mezcla fuera totalmente explosiva. Y adictiva, muy adictiva... tanto que era incapaz de parar de saborearla.

Hasta que de repente una voz traspasó la bruma de pasión, que lo tenía absolutamente ajeno a nada que no fuera lo que Alexia le estaba provocando. Haciendo que apoyara su frente contra la de ella mientras intentaba que sus respiraciones agitadas se apaciguaran, y consiguiendo que lentamente se diera cuenta de donde estaba y con quién.

Cuando la realidad pudo por fin penetrar en su mente, Martín cerró los ojos y se maldijo una y mil veces por lo que había hecho. Nunca, en toda su vida profesional había perdido los papeles de esa manera, y no sabía cómo iba a lograr ocultar la enorme erección que sufría en esos momentos. Estaba avergonzado y abochornado, y esta vez le tocó a él ruborizarse hasta las cejas. Y no estaba muy seguro de que pudiera volver a mirar a la cara a nadie de los que estaban allí presentes, incluida Alexia.

¡Oh Dios Alexia!

Volvió a abrir los ojos para observar con absoluta consternación como por el rostro de su asistente cruzaban la confusión y la desorientación, sin saber muy bien que era lo que estaba pasando. Hasta que la realidad de golpe se abrió paso en su embotada cabeza, consiguiendo que también fuera totalmente consciente de la situación tan bochornosa que habían protagonizado.

—¡Tranquila Alexia!—le susurró intentando calmarla.

Fijando su mirada intensa en sus ojos, desesperado porque entendiera lo que quería trasmitirle con ella.

La mujer estuvo a punto de salir corriendo para meterse en la madriguera más profunda que pudiera encontrar, y no salir de allí en lo que le quedaba de existencia. No podía creerse lo que había hecho. Empezó a negar con la cabeza mientras su jefe la taladraba con la mirada, y le daba igual lo que él le dijera, no se había sentido más abochornada y avergonzada en toda su vida. Hasta que de súbito y no sabía explicar cómo, entendió lo que quería decirle con los ojos. Era hora de actuar. Y aunque ella no era actriz, tendría que realizar la mejor actuación de su vida para que su orgullo no sufriera

tamaño humillación, y pudieran salvar algo de su maltrecha dignidad. Y asintió con la cabeza, indicándole que había entendido.

¡Buena chica!

Y le dedicó una tensa sonrisa en respuesta.

Así que como buenamente pudo se separó de ella y se sentó al borde de la cama, dando la espalda a los demás para ocultar el gran problema que tenía entre sus piernas, y a su vez le rogaba a Dios, que Alexia tampoco se hubiera dado cuenta de ello. Mientras, ella con toda la sobriedad que pudo encontrar y deseando con toda su alma salir pitando de allí, se bajó de la cama del lado contrario al de su jefe.

Martín rodeó el lecho despacio intentando en todo momento no girarse, y se agacho como pudo para recoger la camisa, rezando para que le cubriera de alguna manera sus partes hinchadas, apretándola con fuerza en la mano. Y se acercó al lugar donde estaban sus jefes y los técnicos, agarrando antes a Alexia por la cintura para darle fuerzas y apoyo. No iba a dejar que pasara ese penoso momento ella sola. Lo harían juntos.

La sorpresa fue mayúscula para ambos cuando descubrieron que nadie los estaba juzgando, es más, recibieron felicitaciones por la excelente actuación que habían realizado los dos. A él lo elogiaron por haber captado de forma tan precisa la pasión y la ternura que necesitaba la escena, exaltando también el hecho de que hubiera sido capaz de crear esa atmósfera tan íntima entre los dos.

Y a Alexia le llovieron cumplidos y alabanzas por lo bien que lo había hecho, y todos protestaron alegando que o bien ella había recibido clases de interpretación, o tenía un talento innato digno de mención. Y los dos se miraron confusos sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo, porque, o bien todos disimulaban increíblemente o nadie se había dado cuenta de nada.

Así que cuando el director les aseguró que no hacía falta volver a ensayar las tomas, decidieron que ya era hora de marcharse a casa a descansar. Y tanto él como Alexia se dirigieron a sus respectivos camerinos a cambiarse de ropa, dándose la mayor de las prisas agradecidos por la suerte que habían tenido.

Cuando él entro en su camerino se fue disparado al baño a intentar refrescarse, y calmarse lo suficiente como para poder salir de allí lo antes posible. Pero le estaba resultando realmente difícil, ya que no hacía más que ponerse duro cada vez que pensaba en lo que había ocurrido con su empleada en el set de grabación.

—*¡¡¿Qué te pasa idiota?!!*.—se increpó mirándose al espejo con los dientes apretados.—*¡¡¿En qué demonios estabas pensando?!!*.*¿Cómo has podido cagarla de esa manera delante de tus jefes?*

No entendía que le había sucedido. ¿Qué era lo que le había pasado para que perdiera el control de esa manera?. Tenía la suficiente experiencia con las mujeres como para saber tratar esas situaciones, y no iba a permitir que Alexia le trastocara su vida. Estaba seguro de que ahora esa absurda obsesión por besarla iba a desaparecer, así que lo mejor era calmarse y hacer como que nada había ocurrido. Ya lo había hecho antes con ella el día del casi-beso, por lo que estaba convencido de que volvería a funcionar.

Inspiró aire y lo expulsó lentamente. Inspirar y expirar. Inspirar y expirar. Inspirar y expirar...

Mientras Alexia, que estaba también en el baño del camerino de Esther, le caían los lagrimones de vergüenza y desolación por sus mejillas.

—*Eres una idiota, y una estúpida, y una imbécil, y una...*—la mujer volvió a sollozar.—*Sabía que era un error. ¿Por qué no le dije que no?. ¡Dios mío qué vergüenza!. ¡No podré volver a mirarle a*

la cara!. ¡No podré mirar a la cara a NADIE!.

Y mientras pensaba esto se observó al espejo con detenimiento, quedando horrorizada por el aspecto tan lamentable que tenía. Ya que su pelo estaba despeinado, su boca hinchada por los besos que había recibido, sus mejillas algo enrojecidas por la fricción de la barba de Martín, y el maquillaje totalmente corrido por las lágrimas derramadas.

Y de repente una fría furia empezó a recorrerla por todo su cuerpo, mientras se secaba las lágrimas de forma brusca con el dorso de las manos. No había hecho nada malo. Ella no era actriz y no podía controlar sus acciones como ellos sí sabían hacer. Había sido por culpa de él. Martín tendría que haberse negado desde un principio y no haberla obligado a tomar la decisión de ayudarlos. Y no tendría que haberla besado y tocado de esa manera, tendría que haber sido más profesional, ¡por Dios!.

Y mientras su ira crecía por momentos y despotricaba contra su jefe, se arregló el pelo, se vistió su propia ropa, y se retocó el maquillaje como buenamente pudo con lo que tenía Esther en el camerino. Ella saldría de allí con la cabeza bien alta, ya que la culpa era enteramente de él.

Después de estar un buen rato esperándola el actor cada vez estaba más nervioso. No sabía si tocar la puerta del camerino para apurarla a salir, y eso que él había tardado un buen rato en tranquilizarse. Estuvo a punto de hacerlo un par de veces, pero se había arrepentido en el último momento.

Hasta que por fin ella salió con una expresión muy seria en su cara, y se dirigió caminando enérgicamente hacia la salida, dejándolo detrás un poco confundido. Él pensó que Alexia estaría avergonzada y nerviosa por lo que había sucedido antes entre los dos, pero lo que si no se esperaba por ningún motivo era que ella saliera del camerino de una forma totalmente fría y seca. Y se encontró de manera recurrente, persiguiéndola nuevamente como esa mañana por el parking.

—¿Te encuentras bien?—le preguntó cuándo logró alcanzarla.

—Perfectamente.

—¿Estás segura?— volvió a preguntar confundido por su actitud.

—¡Por supuesto!—le contestó toscamente, sin aminorar la marcha en ningún momento.— ¿A caso debería ser al contrario?—le preguntó, mirándolo por primera vez desde que había salido del camerino.

—No, claro que no.—murmuró totalmente desconcertado.

Y sin mediar más palabras entre ellos se dirigieron a buscar el coche al aparcamiento para poder regresar a casa. Durante el camino Martín le lanzaba miradas furtivas, volviendo a no ser consciente de las imprudencias que estaba cometiendo al volante por estar más pendiente de ella que de la carretera, y solo salvándolo el hecho de que era tarde y no había mucho tráfico. Pero esta vez Alexia estaba tan absorta en sus problemas que no se dio cuenta de ninguna de ellas.

Cuando llegaron a casa aparcaron el coche en el garaje y caminaron juntos hacia la entrada de la mansión, todavía sin dirigirse la palabra, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Ella furiosa y él confundido. Éste abrió la puerta y le cedió el paso cerrándola a continuación, y durante un segundo siguieron sin abrir la boca ninguno de los dos, parados delante de la escalera donde esa misma mañana él había sufrido el accidente.

—Buenas noches.—se despidió Alexia bruscamente.

Y caminó estirada y con la cabeza muy alta rumbo a la cocina para llegar a su dormitorio.

—Buenas noches.—susurró Martín.

Esa noche no iba a haber confidencias entre los dos en el jardín.

Capítulo 12

—¡Corten!.—volvió a gritar por cuarta vez el director de escena.

Y se acercó a Martín con cara de pocos amigos.

¡¡Mierda!!.— maldijo el actor cuando lo vio acercarse a él.

—¿Te encuentras bien?.—le preguntó el hombre.

—Sí.—contestó pasándose la mano por el pelo.—Solo que me está costando un poco concentrarme, eso es todo.

—De acuerdo.—respondió no muy convencido de que fuera solo eso.— Lo que pasa es que como ayer estuviste tan bien, salió la escena tan rodada, que me extraña que hoy no seas capaz de repetirla. Esther que estaba a su lado le echó una ojeada de desconcierto. Cuando había llegado esa mañana a trabajar le informaron del error que se había cometido el día anterior, pero también le dijeron que estaba todo solucionado, ya que el actor lo había ensayado con otra persona y todo estaba en perfecto orden, por lo que no tenía que preocuparse de nada. Pero ella también estaba algo extrañada por la actitud de su compañero desde que había llegado. Cuando intentó hablarlo lo único que le dijo es que se dejara llevar por él, pues lo tenía todo en su cabeza ya que no había hecho más que rememorarle una y otra vez desde la noche anterior.

—Tienes razón y lo siento. Te prometo que esta vez saldrá bien.—le contestó al director.

El hombre que no lo tenía muy claro le lanzó una mirada seria, y después de pensarlo unos segundos decidió que pese a lo mal de tiempo que iban lo mejor sería descansar cinco minutos.

—¿De verdad que estás bien?.—le preguntó esta vez Esther preocupada.

Ya que era cierto que había notado a su compañero nervioso y desconcentrado.

—Sí, de verdad.—le mintió éste.

Nada había estado bien desde que llegaran esa mañana, ya que la situación había estado algo tirante desde que salieran Alexia y él de casa. Su asistente había estado seca y fría desde que se montaron en el coche, hablándole solamente lo estrictamente necesario. La única pregunta que le había formulado que no tuviera nada que ver con trabajo, había sido si esa noche la iba a necesitar, y él le confirmó que podía estar tranquila ya que no tenía pensado salir.

Durante el camino no había hecho más que pensar en por qué estaría tan enfadada, y no creía que fuera por culpa de él ya que no había hecho nada malo. A la única conclusión que llegó, era que estuviera avergonzada por lo que había pasado la noche anterior en el set de grabación. Él también lo estaba, pero no por eso lo pagaba con ella.

Y fue más tarde cuando entraron como siempre en vestuario y la conversación que escuchó a continuación lo que lo puso tenso a él.

—Alex cariño, ¡estás preciosa!.—exclamó el ayudante de vestuario, que todavía Martín no sabía cómo se llamaba, admirándola apreciativamente de arriba abajo.

A lo que el actor tuvo que darle la razón, ya que ese día su empleada llevaba una falda pantalón de gasa muy vaporosa de color verde militar, con cinturilla alta que le hacían las piernas más largas, y un top negro ajustado a juego con sus zapatos de tacón alto y plataforma, para hacerla parecer más esbelta. Y todo le quedaba genial.

—Gracias.—le contestó ésta ruborizándose, y devolviéndole el abrazo y el beso.

—Pero estoy muy enfadado contigo.—continuó el ayudante poniendo un mohín.— ¡Te estuve

esperando en casa hasta tardísimo ayer!

¿¿¿Cómo??!!.— pensó Martín girando bruscamente la cabeza hacia donde estaban esos dos.

—¡Oh Dios mío!. ¡Es verdad, me olvidé por completo!.—exclamó ella consternada.

¿Había quedado con ese...con ese...?

El actor no daba crédito.

—¡Y lo peor de todo es que estuve despierto toda la noche por tu culpa!.—le recriminó el hombre.

¿De qué me suena eso?.— se dijo poniendo los ojos en blanco.

—¡Lo siento mucho Mauro...!

¿Así que ese fantoche se llamaba Mauro?

—Pero estuve...— y en ese momento Alexia giró la cabeza hacia él, al cual pilló espiando.

Aunque intentó disimular no fue lo suficientemente rápido, y a ella se le ocurrió una idea a modo de venganza por lo mal que lo había pasado la noche anterior por su culpa, gestándose en su cara una malvada sonrisa que éste no llegó a ver.

—...trabajando hasta tarde.—continuó, mientras Mauro la miraba desconcertado.

—Pudiste haberme llamado cielo y avisarme de que no ibas a venir.—le reprochó su amigo.

—Tienes razón. Lo siento mucho cariño...

¿¡Cariño!?

Martín se fijó detenidamente en el hombre. Aunque era alto y delgado no se le podía considerar guapo en su modesta opinión, como mucho atractivo si acaso. Y a pesar de que él no se fijaba mucho en los hombres, ya que estaba más interesado por el sexo femenino, tenía que admitir que el ayudante tenía un gusto impecable a la hora de vestir. También era cierto que era a lo que se dedicaba. Ahora, lo importante era saber si Alexia estaba interesada en él.

—... lo que pasa, ¿es que no sabes lo que me ocurrió ayer?—.le dijo poniendo cara de hastío.

Y bajando un poco la voz, pero lo suficientemente alta para que Martín la oyera le confesó a su amigo.

—Ayer por la noche tuve que ensayar con mi jefe, la escena de cuando hacen por primera vez el amor los protagonistas de la telenovela.

¿¿Qué?!. ¡No me lo puedo creer, eso es confidencial!

Aunque nadie hubiese dicho que lo fuera.

¡Esa mujer me va a escuchar!

—¿En serio?—.le preguntó Mauro incrédulo.

—En serio.—le confirmó ella mientras asentía con la cabeza.—Es que verás...—y empezó a contarle toda la historia del error con Esther, y cuando la productora le pidió el favor de que les ayudase.—...y me he dado cuenta de que es muy fácil ser actriz.—finalizó Alexia.

¡JA!

Su amigo la estaba mirando con los ojos como platos, y la boca tan abierta que estuvo a punto de desencajarse de la mandíbula.

—Al principio estaba algo nerviosa, tengo que confesarlo...

¿Nerviosa?. ¡Si estaba como un flan!.— pensó el actor, formándosele una sonrisita pícaro mientras recordaba lo que había pasado la noche anterior.

—...pero después todo fue muy fácil...—continuó observándose atentamente una uña.—...solo hay que saber fingir bien. Y eso a las mujeres se nos da de maravilla...

¿Perdona?!. ¡¡Estabas temblando entre mis brazos y eso no se finge!!

Aunque ahora él no lo tenía tan claro. Y clavó una mirada penetrante en su asistente para saber si mentía o no.

—...¿no sé porque le pagan tanto a los actores?. Es algo que podría hacer cualquiera.

¡¡¿Qué podría hacer cualquiera dice?!!

Martín se estaba enfadando por momentos. ¿Podiera ser que lo que él sintió no fuera recíproco?. ¿Qué sus gemidos, sus suspiros, sus estremecimientos...todo, fuera fingido?. A ver, que no es que quisiera que Alexia se enamorara de él, ni que él tampoco se fuera a enamorar de ella. No era eso, ni mucho menos. Pero no se podía creer ni por un momento que ella no hubiese sentido nada y que realmente hubiera actuado, porque si era así, la muy condenada era mejor actriz que él.

¡No puede ser!. ¡Es imposible!. ¡Cualquier mujer estaría encantada de estar conmigo!

—¿No lo dices en serio?—le preguntó el ayudante pasmado.

¡Por supuesto que no, imbécil!. ¡Está mintiendo!.

O eso creía. Martín ya no estaba tan seguro. ¿A lo mejor por eso estaba tan rara?. ¿Podía ser que Alexia pensase que él sentía algo por ella?. Qué al final no hubiese podido esconderle la erección que había tenido, y que pensase que él se sentía fuertemente atraído por su persona. Quizás por eso había estado tan fría y distante con él, para cortar todo intento de *interés* por su parte dejándole bien claro que ella no sentía lo mismo.

¡Por favor!. ¿Por quién me toma?. ¡¿Por ese patán?!.—se dijo mirando con furia a Mauro mientras sacudía la cabeza negando firmemente.—*Yo no ando detrás de las mujeres mendigando un poco de cariño. ¡Y menos detrás de ella!*

—Totalmente en serio.—le confirmó Alexia, intentando no echarse a reír por la cara de asombro de su amigo.— Es más, estoy pensando en dedicarme a ello. ¿Sabes que todo el mundo me felicitó?. Hasta el director de escena y la productora Lucía Andrade...

—¿Ya se ha decidido?—le interrumpió la encargada de vestuario a Martín, obligándolo a dejar de poner la oreja.

Y éste con la paciencia perdida y echando humo, le entregó la primera camisa y pantalón que encontró colgado del perchero. Con la consiguiente cara de asombro de la mujer, ya que le había entregado un modelo de pantalón chino en color marrón caqui y una camisa gris marengo que no pegaban ni con cola.

—¿Está seguro?—le pregunto la encargada.

—¡No sé!. Escoja lo que usted quiera, confío en su criterio.—refunfuñó impaciente.

E intentando seguir la conversación, aunque para su desgracia se había perdido parte de la tertulia que estaba teniendo lugar entre los dos. Y no le gustó ni un pelo observar como Alexia tenía una mano apoyada en el brazo del tal Mauro, con demasiada intimidad para su gusto. Y como éste le miraba embobado, mientras su asistente seguía hablando de lo fácil y gracioso que fue *fingir*, (perdón ahora lo llamaba actuar), las escenas de amor con *su jefe*.

—...fue muy divertido, aunque eso sí solo fue trabajo. Y sinceramente no pensé que se me fuera a dar tan bien...

—¡¡ALEXIA!!.—ladró, haciendo que su empleada diera un respingo de sorpresa.—¡Vamos!.—la llamó con los dientes apretados bajando el tono de voz, ya que se había dado cuenta de que antes había gritado.

La mujer le miró con los ojos entornados, intentando dilucidar el porqué de su mal humor. Y dando un fuerte suspiro asintió con la cabeza para a continuación despedirse de *su amiguito*.

—Me tengo que ir, después seguimos hablando.—se despidió, con otro beso y abrazo.

—Claro. ¿Pero acuérdate de qué tenemos que hablar sobre lo de esta noche?. ¡Te tengo una sorpresa increíble!

—¡Alexia!—le avisó el actor arrastrando las palabras.

—¡Voy!—le contestó, y volviéndose hacia su amigo le susurró.—Más tarde busco un hueco y hablamos.— se despidió finalmente con un guiño de complicidad y saliendo disparada detrás de él.

Y con una enorme sonrisa en la cara que enseguida ocultó, cuando el actor giró la cabeza para confirmar que lo seguía.

—¿Con quién ensayaste las tomas ayer?—le preguntó Esther, interrumpiendo los pensamientos de Martín.

—¿Qué?—murmuró confuso, mientras parpadeaba varias veces para volver al presente.— ¡Ah, con Alexia!—le comentó.—Por cierto, ¿no sabrás donde está verdad?—le pregunto buscándola con la mirada.

—No, ni idea.—le contestó la actriz sonriendo.

Ahora empezaba a entender todo.

—¡Si me disculpas!—le dijo impacientemente, mientras se ponía a buscar a su empleada por todo el foro.

¿Cómo esté con ese tipejo me va a escuchar?!— pensó furioso porque no la encontraba.

Lo hizo a los pocos minutos en la cafetería, pero para su disgusto no estaba sola, sino que estaba riéndose de algo que le estaba contando Roberto Garrido. ¿Podía ser posible que esa mujer no pudiera dar un paso sin estar coqueteando con un hombre?.

—Creo que te dejé muy claro el otro día que no te quería lejos de donde yo estuviera Alexia.

Ella se dio la vuelta rápidamente asustada por la frialdad de sus palabras. Sabía que estaba furioso porque le estaba clavando esos increíbles ojos verdes, mientras la vena en el cuello le latía de forma frenética.

—Lo siento.—se disculpó.—Solo vine a buscar un café y...

—No me interesa lo que tengas que decir.

—Creo que te estás pasando.—señaló su compañero de repente, poniéndose delante de ella para de algún modo defenderla de su furia.

Algo que lo pilló totalmente desprevenido pero que lo hizo ponerse a la defensiva.

A Roberto se le había congelado la sonrisa desde el mismo momento en que Martín le había hablado de forma despectiva a su empleada, por mucho que fuera su jefe no le iba a permitir que la tratara de esa manera.

—No te metas donde no te importa Roberto.—le amenazó éste acercándosele de forma peligrosa.

—¿Necesitas algo?—le preguntó ella débilmente.

Y con evidente miedo de que pasara algo desagradable entre los dos hombres que se estaban retando con la mirada, pero su jefe ni la miró.

—No tienes derecho a tratarla de esa manera. No estaba haciendo nada malo y no creo que esa sea la manera correcta de hablarle a nadie.—siguió defendiéndola Roberto, dando un paso hacia delante él también sin desviar los ojos de su compañero.

Alexia se interpuso entre los dos hombres. Ahora no era miedo sino una certeza absoluta de que si no hacía algo estos dos idiotas se iban a agarrar a golpes. Así que tocó con la palma de la mano el pecho de su amigo para intentar tranquilizarlo, pero fue un gesto que no pasó desapercibido para Martín quien arrugó el ceño.

—No te preocupes Roberto, todo está bien. Seguro que es un mal entendido.—intentó tranquilizarle ella.

—No intentes excusarle Alex. No sé qué demonios le pasa, pero no voy a permitir que te siga faltando al respeto.

—Roberto, por favor...

La asistente estaba muerta de miedo pues no quería que aquella situación acabara a golpes, que era lo que parecían querer esos dos energúmenos. Y como era tan temprano, no había nadie en la cafetería que pudiera ayudarla a calmar los ánimos.

—Te he dicho que no te metas donde no te importa.—le volvió amenazar Martín con los dientes apretados y el cuerpo totalmente en tensión.

Ella se giró hacia su jefe y fue a él a quien tocó en el brazo esta vez para intentar calmarlo.

—¡Martín!—gritó Esther cuando entró en la cafetería y vio lo que estaba a punto de suceder.—
¡Tenemos que ir a grabar!. ¡Nos están esperando!.

La asistente dio gracias a Dios por la intervención de la actriz, pero no retiró el contacto de la mano con su brazo, ya que éste parecía no haber oído a su compañera de reparto.

—¡Por favor!—le suplicó mientras se mordía el labio nerviosamente.—¡Vamos!.

Él desvió la mirada de la cara de Roberto hacia la mano que ella tenía posada en su brazo, para a continuación dirigirla hacia su rostro que estaba contraído con un gesto de auténtica alarma. Y alargando ese mismo brazo, posó la mano en su espalda instándola a pasar delante de él para marcharse de allí, cosa que hizo soltando el aire contenido que tenía en el pecho con un suspiro de evidente alivio.

Cuando tanto Alexia como Martín pasaron delante de Esther, a la actriz la situación ya no le hacía tanta gracia.

El resto de la mañana transcurrió con aparente normalidad. El actor consiguió grabar las escenas con Esther y furioso como estaba las dotó de una increíble fuerza. Y como su asistente no se había movido de allí, no le fue difícil imaginar que era a ella a quien estaba besando y castigando de alguna manera, por lo que también la pasión le salió a raudales, consiguiendo nuevamente las felicitaciones de todo el equipo.

Por su parte, aunque Alexia estuvo en todo momento lo más cerca que se podía por órdenes expresas de él, no fue capaz de mirar como grababa las tomas. Ya que le dolía verlo de esa forma tan íntima con otra mujer cuando hacía solo unas horas lo había hecho con ella, aunque fuera con Esther y estuviera actuando. Sabía que era absurdo pero no podía evitar sentir esa quemazón en el pecho, que aunque no quisiera darle nombre, en su fuero interno sabía que eran celos. El resto de la mañana se la pasó atendiendo llamadas y enviando emails, mientras él seguía grabando escenas, o hablando con Esther, o recibiendo instrucciones del director de escena, o haciendo lo que se suponía que tenía que estar haciendo.

Sabía que todavía estaba furioso, porque si las miradas matasen estaría enterrada bajo tierra hacía tiempo. Y ella no se quedaba corta pues también estaba molesta con su actitud, por eso todavía no se había acercado a él. Tenía miedo de que en un arranque de ira le dijera algo de lo que se pudiera arrepentir, y sobre todo estaba desconcertada porque no entendía; Primero, ¿por qué se había enfadado tanto cuando la encontró hablando con Roberto?. Y segundo, ¿por qué esa manía de tenerla cerca aun cuando no la necesitaba?. Porque durante todo ese tiempo no le había pedido nada, ni tan siquiera que le llevara una botella de agua. ¿Por qué entonces tanta insistencia?. No podía ser que él no se fiara de que no estuviera haciendo bien su trabajo, ya que no le había hecho ningún comentario negativo al respecto. Ni tampoco que hubiera recibido alguna queja sobre ella, por lo menos que Alexia supiera. Puede que la broma que le había gastado con Mauro le hubiera molestado un poco, pero, ¿tanto como para hacerle perder los estribos de esa manera?. No. Definitivamente Alexia no entendía a ese hombre y sus bruscos cambios de humor.

De repente apareció Marta, contoneando sus caderas con el vestido más cortó y ceñido que pudiera existir sin dejar nada a la imaginación, y con una enorme sonrisa dirigida a Martín. Cuando Alexia la vio llegar levantó los ojos al cielo preguntándole a Dios, ¿por qué no había dotado a la *arpía rubia* con un malestar que no fuera grave ni contagioso, pero sí lo suficientemente incómodo para que hoy se quedara en casa?. Y a continuación se reprendió a si misma por haber pensado eso. Aunque se retractó enseguida, al ver como la actriz se colgaba del brazo de su jefe sin que éste hiciera nada por impedirlo, más bien todo lo contrario ya que la obsequió con su sonrisa más sexy.

A los dos minutos él la llamó y Alexia se acercó de mala gana ya que no quería estar cerca de ellos.
—¿Podrías hacerme el favor de traerme una botella de agua para mí y...?.—se volvió hacia la actriz.
—Un café para mí. Gracias.
—¿Un café para Marta?.—terminó, con una sonrisa en la boca pero los ojos fríos y acerados.
—Claro.—contestó ella.

Que estuvo a punto de explicarle con total detalle cuál era el camino más cercano para irse *al demonio*. Pero pensándolo mejor solo puso mala cara, algo que no pudo evitar, y salió de allí lo más rápidamente posible.

Y mientras ella se marchaba a la cafetería para traerles el pedido, Esther se acercó a la parejita.
—Hola Marta.
—Hola Esther.—la saludó ésta, con algo de recelo pues sabía que no le caía muy bien a la actriz.
—¿Vas a ir hoy al estreno de la obra de teatro, El otro lado de la cama?.
—Pues no. La verdad es que me habían invitado... —explicó con un gesto de aburrimento, dando a entender que recibía tantas invitaciones que le era difícil asistir a todas—... pero al final decidí no ir.
—Pues es una pena. Dicen que el texto es excelente y el elenco es de lo mejor que hay en estos momentos en ciudad de México. Me refiero en obras de teatro, claro.—le explicó.
—Claro.—le contestó la rubia, sin saber a qué venía tanta amabilidad.
—Pues yo voy a ir con mi marido y después al cóctel que van a ofrecer. Por supuesto que tú también vas a asistir, ¿verdad Martín?.
—No. La verdad es que no tengo pensado acudir.—le informó sacándola de su error.
—¡Oh!. ¡Vaya!, ¡Pues estaba segura de que irías!.—le respondió su compañera poniendo cara de extrañeza.
—¿Y eso por qué?.

—Bueno, como Alexia también va a ir, di por supuesto que tú también lo harías.

A Martín la sonrisa que tenía en la cara se le congeló en el acto.

—Pues no tenía ni idea de que mi asistente tuviera pensado ir.—dijo entornando los ojos.—¿Estás segura?.

—Por completo.

—¿Y sabes con quien va a ir?—le preguntó con la voz tensa.

—¿Qué más da?—los interrumpió Marta, que se estaba poniendo celosa por el interés que estaba demostrando el actor por esa estúpida asistente.—¿No me dirás que ahora te importa con quién salen tus empleados?—señaló despectivamente.

—Por supuesto que no, era simple curiosidad.

—Bueno, pues es una pena. Le daré saludos a Fernando de tu parte esta noche.—le comentó Esther refiriéndose a su marido.

Y aliviada por una vez de que Marta hubiera interrumpido antes la pregunta que le había formulado él.

—Sí... Sí, por supuesto.—le contestó algo distraído, mientras masticaba la noticia que le había dado su compañera.

¿Así que su asistente iba a asistir al estreno?— pensó, mientras las mujeres se pusieron a hablar del modelito que iba a llevar la actriz esa noche.

¿Y con quién diablos iba a ir? ¿No acudiría con el payaso de Mauro?.

Frunció el ceño, ya que ahora que lo pensaba mejor se acordó de las últimas palabras que le había dicho el ayudante a Alexia. Algo concerniente con esa noche. ¿Qué tenían que hablar?, o ¿qué le iba a dar una sorpresa?, no estaba muy seguro. ¡Pero no podía ser!. Mauro era un simple ayudante de vestuario, él no recibiría una invitación para asistir a un evento como ese.

¡Mierda!. ¡Pero Alexia sí!.

Gracias a que trabajaba para él su asistente también podía recibir invitación a los eventos en los que Martín era requerido. Todo dependía de lo bien que se llevara con el organizador, o el representante, o el relaciones públicas, etc. Así que había sido ella quien lo había invitado, no al revés.

¡Maldita sea!. ¡Esto confirma que SÍ está interesada en él!

Martín no pudo evitar que se le escapara un fuerte resoplido mientras se pasaba una mano por el pelo, llamando la atención de las dos mujeres que en ese mismo instante dejaron de hablar para fijar su mirada en él. Justo en el momento en que aparecía la susodicha, que regresaba del recado que le había mandado realizar. Y ninguno de los tres comentó nada sobre el estreno de esa noche.

A Esther porque no le interesaba, solo había informado a su compañero para ver cuál era su reacción ante la noticia, pues había sido la propia Alexia la que le comentara que él no tenía pensado asistir.

Marta porque estaba muerta de la envidia, al saber que la estúpida asistente había sido invitada y ella no.

Y el actor, porque no quería que Alexia pensase que a él le importaba con quién salía o dejaba de salir.

Así que cuando ella llegó a su lado se encontró con tres rostros mirándola fijamente con distintos semblantes en su cara. Uno de regocijo, otro de envidia y el otro...

Bueno, el otro como había estado mirándola prácticamente toda la mañana, solo que con un brillo extraño en sus ojos que no supo descifrar.

Capítulo 13

Acabaron de grabar justo para la hora del almuerzo, así que Alexia se sentó con su bandeja en la misma mesa de siempre. Durante la comida intentó excusarse con Roberto de forma discreta un par de veces para no tener que asistir al estreno de esa noche. Cuando lo intentó por tercera vez, éste hizo un gesto de enfado que la hizo desistir ya que no quería ofenderlo. No es que no quisiera ir con él, es que no se sentía cómoda con la idea de asistir a un evento donde iba hallarse tanta gente famosa en México, y tantos periodistas y medios de comunicación. Pero no le quedó más remedio que resignarse. Aprovechó la ocasión también para hablar con Mauro y las chicas, y quedar con ellos a las siete en casa de su amigo, ya que la iban a ayudar a vestirse y prepararse para esa noche. La verdad es que Alexia no sabía que habría hecho sin ellos, les estaba enormemente agradecida por lo bien que se estaban portando con ella.

En esos momentos iba en el coche con Martín camino a casa sumida en sus propios pensamientos. El ambiente en el vehículo era más tenso si cabe que por la mañana, ya que no solo Alexia estaba molesta, sino que ahora había que añadirle también el enfado del actor.

Él le lanzó varias miradas de soslayo y comprobó, que aparte de tener la costumbre de morderse el labio cuando estaba nerviosa o preocupada, ahora podía añadirle otra manía más, que era la de tamborilear con los dedos como hacía en ese momento en la funda de la Tablet.

—¿Te pasa algo?—le preguntó, con la esperanza de que por fin le dijera porque estaba molesta con él.

—No. No me pasa nada.—le contestó, interrumpiendo su observación del tráfico y fijando su mirada en él.

—Ya.

—¿Y a ti?.

—¿A mí?. Nada, tampoco.—simuló mientras cambiaba de carril.

Estuvieron unos minutos en silencio mientras cada uno pensaba que el otro le estaba mintiendo.

—¿No tienes nada que decirme?—le preguntó.

Esperando que ella se sincerara con él y le dijera lo de esa noche, y dejara por fin de hacer ese ruidito infernal que lo estaba volviendo loco.

—No, nada.

—Vale.

Alexia volvió a girar la cabeza mirando sin ver el tráfico y los viandantes por la acera, y de repente se fijó en un niño que estaba llorando negándose a andar mientras su madre tiraba de él enfadada.

—Bueno, si tengo algo que decirte.—le soltó.—¡Casi se me olvida!

¡Bien!, ¡por fin!

—Llamó tu padre y me preguntó, ¿si tendrías algún inconveniente en que pasara esta tarde por tu casa para ver a Lucas?.

—¿Mi padre?— preguntó confuso por un momento.—¡Mi padre!. ¡ Si, claro, no hay problema!.—le contestó sin pensar, y decepcionado con ella porque le seguía ocultando lo de esa noche.

Y después se arrepintió, ya que tal y como estaba de humor no le apetecía mucho que su padre rondara por su casa.

—Bien, pues lo llamo ahora para confirmárselo.—le informó agarrando el teléfono móvil.

Qué Alexia llamara a Miguel fue un alivio para los dos, ya que la conversación duró hasta la llegada a la casa del actor, y fue la excusa perfecta para atenuar esa tensión reinante entre ellos dos. Pero esa llamada le hizo darse cuenta a Martín de la existente complicidad que había entre su padre y ella, y no estaba muy seguro de que eso fuera algo que le gustara.

Cuando entraron en la casa Lucas corrió a saludarlos. Primero a su padre, el cual lo atrapó en sus brazos y le dio un fuerte beso, y después se volvió hacia Alexia, a la cual le regaló un fuerte abrazo y un sonoro beso en la mejilla.

—¡Dios, pero que buenos son estos besos y abrazos!—exclamó la asistente en cuclillas, devolviéndole el cariño que le estaba dando mientras el niño sonreía encantado.

Y el actor sintió como un pequeño pellizco en el pecho, mitad envidia, de la ternura que le estaba prodigando a su hijo, y mitad tristeza, por la constatación de que Lucas también necesitaba el amor de una mujer. Aunque había varias en esa casa, con ninguna se había comportado así. Había conectado de una manera muy especial con Alexia y ésta con él. De repente cayó en la cuenta de que su hijo necesitaba el amor de una madre, un amor que la asistente le daba incondicionalmente porque se sentía sola en un país extranjero, y cualquier muestra de afecto era recibido con ansias y devuelto de la misma manera. Y aunque había pensado que al niño no le hacía falta ese tipo de cariño, ya que él le daba todo lo que tenía y más, se percató de que por mucho que lo negase a él le había hecho mucha falta su madre cuando era pequeño, la cual nunca tuvo a su lado al igual que Lucas. Y al pequeño le pasaba exactamente lo mismo. Pero sí había habido una diferencia sustancial entre los dos, y era que su hijo siempre lo había tenido a él, cosa que Martín no podía decir lo mismo.

Sintió que la amargura volvía a subirle por la garganta otra vez y sacudió la cabeza para ahuyentarla lo más lejos posible.

—¡Bien campeón!. Dime, ¿qué has hecho hoy?—le preguntó, mientras iban hacia el salón después de que Alexia soltara al niño.

Y mientras Lucas le contaba a su padre como le había ido en el colegio, ella aprovechó para ir a saludar a Sole y Tina, y después a su habitación a cambiarse de ropa y ponerse cómoda. A la media hora apareció Miguel, y Martín en cuanto lo supo se encerró en su despacho.

Alexia se pasó gran parte de la tarde en el jardín con Lucas y su abuelo. Primero Miguel ayudó a hacer los deberes a su nieto mientras ella trabajaba en su ordenador, y después se encontró haciendo de árbitro mientras los dos jugaban al fútbol, corriendo detrás de ellos sin saber muy bien que tenía que hacer ya que no era muy forofa de ese deporte. Para encontrarse ahora atada y amordazada a un árbol, a la espera de que el niño la fuera a rescatar disfrazado de capitán América, mientras su abuelo lo perseguía con una pistola de agua intentado alcanzarlo para matarlo a base de disparos líquidos.

Así la encontró Martín que la estaba observando desde su despacho. Por culpa de los gritos y risas de su hijo y su padre no podía concentrarse, y después de librar una batalla interna que perdió, se encontraba ahora de pie delante del ventanal observando como Alexia intentaba inútilmente desatarse de las cuerdas, mientras Lucas escondido detrás de las Hortensias buscaba el mejor momento para acercarse a ella y liberarla. El hombre tenía un cúmulo de sentimientos encontrados. Por un lado se moría de las ganas de estar ahí, disfrutando y pasándolo en grande con su hijo como lo hacían ella y su padre, pero por otro lado no quería estar cerca del hombre que le había hecho tanto daño. No podía, o no quería perdonarlo. Era una herida que todavía estaba abierta y sangrando, y ahora después de tanto tiempo, observaba asombrado como jugaba con su nieto como nunca lo había hecho

antes con él.

De nuevo la amargura tentaba con subirle por la garganta y dejarle el sabor de bilis en su boca.

Tenía que reconocer que se alegraba de que Miguel jugase con su nieto como lo estaba haciendo ahora, pero sobre todo, lo que más le gustaba era ver la alegría reflejada en la cara de su hijo. Quizás Alexia tuviese razón y durante todo ese tiempo que se había negado a ver y hablar con su padre, también le había estado negando a su hijo la posibilidad de conocer otro amor diferente al que él le daba. Y se sintió culpable. ¿Acaso había sido muy egoísta por su parte?. ¿Había estado tan lleno de rencor, que no había podido vislumbrar que su hijo necesitaba más amor del que él le podía dar?. Pero no podía. ¡Dios!, en verdad no podía perdonar a ese hombre. Lo que él hubiera dado por tener una palabra de cariño, un gesto, una caricia...Y lo único que había recibido habían sido reproches, amargura, y rencor. Sí rencor, del hombre que se suponía que tenía que amarlo y apoyarlo incondicionalmente, de la persona que tenía que defenderlo y protegerlo de todo lo malo que le pudiese ocurrir.

Martín sacudió la cabeza y volvió a fijar toda su atención en esa pequeña mujer, a la que ahora la estaban persiguiendo y mojando de arriba abajo tanto su padre como su hijo, mientras ella corría intentando escaparse riéndose a carcajadas. Y no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa, desvaneciéndose así los malos recuerdos.

Mauro acababa de dejar a Alexia en casa de Martín, preparada y echa un manojo de nervios esperando a que llegara Roberto para recogerla. La asistente se llevó una decepción cuando se enteró de que su jefe hacía un buen rato que se había marchado, y no le había dicho a nadie a donde había ido. En su fuero interno sabía que estaba mona y le hubiese gustado que él la viera así. Tanto Tina como Sole cuando la miraron se quedaron impresionadas por lo increíble que estaba, y cuando se lo hicieron saber a su amiga, ésta no le dio mayor importancia porque sabía que estaban exagerando. No hacían más que observarla de arriba abajo una y otra vez, suspirando por poder ser una de ellas la que estuviera en su sitio, mientras que ella daría lo que fuera por cambiar su lugar y no tener que ir.

Esa noche Alexia iba ataviada con un vestido en color rosa, con encaje negro de tirantes y largo hasta la rodilla. Cuando vio por primera vez el atuendo se negó en redondo a ponérselo, era tan ceñido que si no fuera por la milagrosa faja que Mauro la había obligado a comprar se le hubieran marcado todos los michelines. ¿Y el escote?. ¡Dios!, era tan pronunciado que tenía miedo de que se le salieran los pechos si respiraba un poco más fuerte de lo normal. Lo complementaban una torera de piel negra, a juego con unos zapatos con un tacón de infarto y un bolso de mano del mismo color, resultando un conjunto elegante pero a la vez informal y muy juvenil. Acabado con un maquillaje de noche ahumado, que hacían resaltar sus enormes ojos (aunque ella creía que parecía un oso panda y había protestado por lo excesivo que era), y un recogido informal pero muy elegante.

Cuando quince minutos más tarde sonó el timbre salió a abrirle la puerta a su acompañante, y en el momento en que se paró en el umbral abierto delante de Roberto, éste se quedó boquiabierto.

—¡Estas increíblemente hermosa!.—exclamó cuando fue capaz de recuperar el habla.

No pudo evitar ruborizarse y sentir una ligera incomodidad por la forma en como la estaba mirando. Cerró la puerta, mientras por su mente pasó velozmente una conversación anterior que había tenido con Mauro y las chicas cuando la estaban preparando para esa noche. Ellos estaban convencidos de

que Roberto la había invitado al estreno esa noche porque estaba interesado en ella. Alexia se rio de ellos irónicamente, he intentó sacarlos de su error cuando les explicó que era totalmente imposible que un hombre de su talla, un actor tan conocido en ese país y con tantas mujeres detrás de él, tuviera el menor interés en alguien como ella. Les aclaró de que tan solo eran amigos y nada más. Por supuesto, ellos no estaban de acuerdo con lo que les había dicho, es más, afirmaban que él la miraba de una forma muy especial, algo que Alexia se negó a aceptar. Pero durante un breve segundo, por su mente cruzó una pequeña duda al respecto que descartó al instante. Esa noche estaba mona, sí, pero Roberto podría escoger a mujeres que le daban mil vueltas y a las que no llegaba ni a la suela del zapato. Era totalmente absurdo que pudiera estar interesado en alguien tan insignificante como ella.

—Tú también estas muy guapo.—le contestó, devolviéndole el halago con una tímida sonrisa.

Y era cierto. De pronto y quizás por lo que había pensado hacía un segundo lo observó de otra manera. Roberto tenía el pelo negro como la noche, que en ese momento lo llevaba corto y engominado. Era muy guapo, con sus rasgos marcados y algo aniñados, sus ojos eran muy dulces de color marrón mezclados con un verde más oscuro, y su nariz recta y su boca sexy le hacían en conjunto un hombre muy atractivo. No era tan alto como Martín, pero debía de medir bien un metro ochenta más o menos. Esa noche estaba vestido con unos pantalones chinos de color gris marengo, y una camisa azul cielo que le hacía resaltar su piel morena. Y llevaba una americana gris oscura que le sentaba como un guante, terminando con unos zapatos en piel negros.

Pero después de observarlo detenidamente, llegó a la conclusión de que solo pensaba en él como un amigo, no le aceleraba el pulso como lo hacía su jefe.

—Eso ya lo sé.—le dijo guiñándole un ojo y doblando el codo para que ella pasara su mano por debajo.

Algo que Alexia hizo mientras se reía de él por ser tan engreído, pero justo cuando bajaron el primer peldaño de la escalera de la entrada, clavó su mirada en ella y le dijo muy serio.

—Pero nada en comparación contigo esta noche. ¡Estás preciosa!.

Y durante unos segundos que se hicieron eternos Alexia no supo que contestar.

—No seas ridículo, ¿quieres?.—le contestó roja como un tomate y sin saber qué hacer.

—¿Por qué?.—le preguntó confuso.

—Porque no es cierto, y seguro que eso mismo se lo dices a todas.—le contestó, esbozando una leve sonrisa para quitarle un poco de intensidad al momento.

—Es la pura verdad.—le confirmó muy serio.

Y a continuación le levantó la barbilla para mirarla directamente a los ojos.

—Y no se lo estoy diciendo a cualquiera, te lo estoy diciendo a ti.

Ella tragó saliva.

—Bueno, pero yo no estoy acostumbrada a oír ese tipo de piropos y te rogaría que no los hicieras, me siento muy violenta.

Le confesó casi en un murmullo, después de retirar la barbilla que él tenía sujeta con sus dedos y una expresión de vergüenza en sus ojos.

—Está bien.—la tranquilizó, formándosele una sonrisa traviesa en su rostro y retomando la bajada por las escaleras para dirigirse al coche.

—Y, ¿ahora de que te ríes?.

—¿Yo?, de nada.

Alexia se paró delante de la puerta del coche que él le había abierto galantemente, y le lanzó una

mirada de advertencia porque quería saber el motivo por el cual se estaba burlando de ella.

Él se rio mientras se dirigía hacia la puerta del conductor.

—Solo pensaba que no eres como las demás mujeres.—le confesó mientras entraba en el vehículo.

—¡Por supuesto!. ¡Yo soy única e inigualable!.—fanfarroneó mientras se metía en el coche.

—De eso estoy totalmente seguro.—le contestó.

Y arrancando por fin se dirigieron hacia el teatro. Durante el camino, le preguntó y le expuso todas las dudas que tenía de cómo se debería de comportar y qué tenía que hacer al llegar allí. El hombre le respondió a todo pacientemente al darse cuenta de que estaba muy nerviosa y preocupada, y aunque la intentó tranquilizar asegurándole que todo saldría bien, ella no lo tenía tan claro y estaba echa un manojo de nervios.

Cuando llegaron a su destino la asistente se quedó asombrada al ver la inmensa cantidad de gente que estaba reunida. Lo había visto antes por la televisión, pero no era nada comparable con lo que allí sucedía. Se negó a salir con él en el photocall, lugar donde los famosos se detenían para que la prensa gráfica y los diferentes canales de televisión les sacaran fotos y les hicieran entrevistas. Y aunque intentó convencerla le resultó imposible, por lo que tuvo que pasearse solo por la pequeña alfombra roja con ella unos metros detrás de él, mientras posaba para los fotógrafos y contestaba a algunas preguntas. Cuando entraron dentro del teatro los llevaron hasta una pequeña sala VIP donde estaban los demás famosos y les ofrecieron una copa de champán.

Alexia estaba impresionada por la cantidad de gente que había en aquel lugar, las mujeres brillaban deslumbrantes luciendo modelazos, con sus cuerpos increíbles, sus perfectos maquillajes e impecables peinados. ¡Menos mal que le había hecho caso a Mauro!, tenía que acordarse de darle las gracias debidamente. ¡Y a las chicas también!

Pasearon entre la multitud mientras el actor saludaba a unos y a otros hasta que se encontraron con Esther y su marido, y ella la saludó con evidente alivio de poder toparse con una cara amiga entre tanto desconocido.

—¡Estás guapísima Alex!.—declaró la actriz admirándola sinceramente.

—Muchas gracias, ¡tú también!

—Te presento a mi marido Fernando Aguado.—le dijo mientras se volvía hacia él.—Querido, ya me has oído hablarte de ella, es Alexia Montero la asistente de Martín Ledesma.

—¡Encantado de conocerte!.—la saludó el hombre, mientras se acercaba para darle un beso en la mejilla.

—Igualmente.

—Esther me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien.

El hombre le iba a contestar cuando otro lo agarró por detrás cortando su respuesta.

—¡Fernando, amigo!, ¡necesito tu ayuda sobre un tema!.—le dijo, interrumpiendo de forma maleducada.

Y al marido de Esther no le quedó más remedio que atender al individuo, que ya le estaba contando los problemas que tenía con su mujer, no sin antes ofrecerle un gesto de disculpa a Alexia que le sonrió con lástima.

—¡Vaya!, ¿así que los rumores eran ciertos?.—murmuró la actriz, observando a su marido y al hombre que estaba a su lado.—¡No me extraña!

—¿A qué te refieres?.—preguntó Alexia intrigada por el comentario.

—¡Oh, perdona!.—le contestó saliendo de su ensimismamiento.—Es que Fernando es un importante abogado en este país y está especializado en divorcios. Yo lo conocí cuando me separé de mi primer marido.—le explicó.

—No lo sabía, lo siento.

—¿Por qué?.—le preguntó ésta confusa.

—Porque tu primer matrimonio no funcionara.—le respondió un poco incomoda, buscando con la mirada a Roberto que estaba hablando con una pareja muy cerca de ellas.

—¡Ah, no te preocupes!. Eso fue hace mucho tiempo, yo lo tengo superado y ahora estoy encantada.

La asistente bebió un sorbo de champán aliviada de no haber metido la pata.

—Por cierto...—continuó hablando Esther,— ¿no me habías dicho que Martín no iba a venir hoy a este evento?.

—Y no va a venir.

—Pues si el hombre que está detrás tuya no es él, es que tiene un hermano gemelo y yo no lo sabía.—le explicó la mujer mirando por encima de su hombro.

Alexia giró la cabeza alarmada y clavó los ojos en el hombre que estaba a unos metros detrás de ella hablando con una mujer mayor que él, y de pronto como si hubiera presentido que ella lo estaba observando, su jefe levantó la cabeza para posar la mirada en la suya.

¡Oh no!. ¡No era posible!. ¡Mierda!.

Volvió a mirar al frente encontrándose con Esther, que observó su expresión de inquietud.

—¿Te encuentras bien?.

—Si.—le contestó, acabando de un trago la copa de champán.

—Alex cariño, es solo tu jefe no un asesino en serie.—intentó tranquilizarla, sintiéndose en ese momento un poco culpable por el nerviosismo que estaba demostrando la asistente.—No estás haciendo nada malo.

—Ya lo sé.—le contestó con la voz un poco más aguda de lo normal.—Lo que pasa es que yo no le dije que iba a venir y ahora se va a pensar algo que no es verdad.

—¿A qué te refieres?.

—Martín ya me acusó de estar...coqueteando con Roberto.—le confesó avergonzada.—¡Pero no es cierto!. Intenté por todos los medios no venir, pero Roberto no me dejó otra opción.—se defendió.

—Tranquila, cariño.

—Tú sabes lo cabezota que puede ser.—y chasqueando la lengua matizó.—Mejor dicho lo tercos y cabezotas que pueden ser los dos.

—Lo sé.—contestó la actriz agarrándole la mano y consolándola.

Alexia se empezó a morder el labio.

—Y no quiero que piense que estoy...—a la asistente no le salían las palabras.— ¡No soy una buscona Esther!. ¡Ni tampoco ninguna trepadora!.—se lamentó amargamente.—¡Dios, sabía que no era buena idea venir!.

—¡Hey, espera un momento!.

Y la agarró por los brazos mientras echaba un vistazo a Roberto, y otro a Martín que se dirigía hacia donde ellas estaban acompañado de Marta Salgado. Y fijando la mirada en su rostro y le dijo muy seria:

—¡Escucha!. Tú no estás haciendo nada malo, ¿vale?. ¡No te permito que te castigues por esto!.—declaró rotundamente.—Martín es tu jefe, es cierto, pero ahora estás fuera del horario laboral y él no

tiene derecho a juzgar con quién sales o dejas de salir.

Alexia se la quedó mirando durante unos segundos hasta que sus palabras calaron en su mente aturdida por los nervios. Levantó la barbilla y cuadró los hombros.

—¿Sabes?, ¡tienes razón!.—le contestó envalentonada.— ¡No puede ser tan controlador!. ¡Y me niego a que me diga lo que tengo y no tengo que hacer!. ¡Y por supuesto no le voy a permitir que me cuestione cuándo, dónde y con quién salgo!. ¡Faltaría más!. ¡Es un dictador, es un ególatra, es un...!

Esther levantó una ceja algo sorprendida por sus palabras y paró de hablar de golpe.

—Tienes razón, creo que me he venido un poco arriba.—le contestó bajando la voz.

Capítulo 14

—¡Hola Alexia!

El actor se dio cuenta perfectamente de que su asistente se había puesto rígida en cuanto escuchó su voz, y esperó a que se diera la vuelta para enfrentarlo, algo que ella hizo muy lentamente. Martín la había visto a lo lejos, y estaba más concentrado en su reacción cuando advirtió su presencia que de su aspecto, por eso cuando la pudo observar con más detenimiento se quedó realmente fascinado. ¡Estaba impresionante!. Aunque por su rostro la única emoción que cruzó fue un leve brillo en los ojos de admiración. Y esperó unos segundos a que le hablase, pero ésta no lo hizo.

—¡Hola Esther!.—saludó a su compañera, todavía esperando a que su asistente le respondiera.

—¡Hola Martín!. ¡Me alegro de verte!

—Yo también me alegro de verte a *ti*.

Como Alexia todavía no había abierto la boca él decidió enfocar toda su atención en ella.

—No sabía que ibas a venir.—le mintió con desfachatez.

—Tampoco yo de que ibas a venir tú.

Éste levantó una ceja sorprendido por su actitud.

—Cambié de opinión en el último momento.

—A mí no tienes por qué darme explicaciones.

—Tampoco tenía pensado dártelas.—le contestó él entrecerrando los ojos.

—Bien, porque yo tampoco te las he pedido.—le soltó ella cruzándose de brazos.

¿Qué demonios estaba pasando?, esto no estaba saliendo como él se había esperado. Había pensado que en cuanto ella lo viera quedaría mortificada por haberle ocultado la cita de esa noche, y por un momento cuando antes había descubierto su presencia, Martín juraría que era lo que había sucedido. Pero lo que no se esperaba de ninguna manera, es que en vez de darle algún tipo de explicación o de disculpas, le estuviera retando ofendida y dándole la vuelta a la situación.

Durante unos segundos tuvieron un combate de miradas, para ver quién de los dos ganaba la batalla de la terquedad, pero Marta cansada de que la idiota de la asistente fuera el centro de atención decidió meterse en la conversación.

—¡Vaya querida!. ¡Estás muy cambiada esta noche!. Hasta se podría decir que...—apuntó señalándola con el dedo índice— estás guapa.

La asistente por un momento se quedó muda de asombro. Primero, porque había estado tan concentrada en no dejarse intimidar por su jefe que no se había fijado que estaba acompañado. Y segundo, por el desdén con el que la había hablado la *arpía rubia* delante de él.

—Tienes que decirme, ¿dónde te has comprado esa ropa?, ¿y a la peluquería de barrio que has ido?.

¡Está claro que obran maravillas!.—continuó la actriz con un desprecio mal simulado.

—No te permito...—empezó a decirle Roberto, que justo se había incorporado a la conversación en ese momento.

Pero Alexia levantó una mano interrumpiendo su defensa.

—Tranquilo Roberto.—le dijo sin apartar la mirada de la actriz.—Estoy segura de que mi *amiga* Marta no lo quiso decir con ninguna mala intención.

Alexia estaba furiosa y harta de que esa mujer no hiciera más que insultarla de forma velada. Pero ella también podía jugar a ese juego, así que... ¡al demonio con las consecuencias!. Y dedicándole la

sonrisa más falsa que supo siguió hablando.

—Me alegro de verdad *querida* que te guste mi apariencia esta noche. Por lo menos si yo arreglo mi aspecto se nota el cambio para bien, no puedo decir lo mismo de *otras*...—constató mirándola de arriba abajo con todo el desprecio que le provocaba.— ...que se pongan lo que se pongan siguen pareciendo las mismas busconas barriobajeras de siempre. Y sobre mi vestido te puedo decir que es de un amigo mío, un joven diseñador con mucho talento que me lo ha regalado. Creo que tú no puedes decir lo mismo, ¿verdad?, pero no te preocupes cuando quieras estaré encantada de presentártelo.

Marta se quedó atónita por la contestación y roja por la mortificación no supo que contestarle. Ella tampoco le dio mucha opción, esperó su respuesta durante unos segundos mientras le sostenía la mirada hostil que la actriz le estaba lanzando, para contraatacar de nuevo si hiciera falta. Pero como vio que no iba a decir nada, le pidió a Esther que la acompañara a los aseos.

—Yo te acompaño.—se ofreció Roberto, doblando el codo para que ella se agarrara a su brazo.

Y mientras se marchaban el actor le susurró al oído.

—¡Bien echo!. ¡Estoy muy orgulloso de ti!.—le comentó arrancándole una sonrisa.

Y detrás de ellos la acompañante de Martín se giró furiosa hacia él.

—¡No me puedo creer lo que me ha dicho!.—explotó Marta elevando la voz mientras veía como la estúpida se alejaba.

Consiguiendo que algunas personas giraran la cabeza con curiosidad.

—Tranquila, ¿de acuerdo?.— le susurró el actor con los dientes apretados.

Y se dirigió hacia Esther que estaba sonriendo abiertamente.

—¿Con quién ha venido *mi* empleada?.

—Pues...

Marta bufó totalmente indignada y a punto de perder los papeles.

—¿Es lo único que te interesa?.—le preguntó roja por la rabia.— ¿Saber con quién ha venido *tú* empleada?. ¿Y qué pasa conmigo?. ¿Acaso no te importa lo que acaba de decirme?.

—¡Quieres bajar la voz!.—masculló él de forma brusca.—¡Estás formando un escándalo!.

—¡Martín, tú empleada me acaba de llamar buscona barriobajera!.—le gritó la actriz ofendida por su impasibilidad.

El actor se puso tenso y le clavó sus fríos ojos verdes. Esa mirada que alguna vez le había echado a Alexia, pero que nunca la hizo de temblar de miedo como le estaba haciendo temblar a Marta, ya que como la cobarde que era nunca iba de frente sino a la espalda y de forma sibilina. Harto de aquel absurdo berrinche, estaba dispuesto a ponerle freno en ese mismo momento.

—Esas no fueron sus palabras exactas, en ningún momento dijo tu nombre.

—No, claro que no. Pero lo insinuó, que para el caso es lo mismo.

—Y según tú, ¿qué tengo que hacer?, ¿eh?.—le preguntó crispado.

—Ponerla en su lugar.

Y furioso por su descaro se acercó más a ella, aproximando su cara a la suya para que notara en sus ojos que estaba hablando totalmente en serio, y que no le quedara ninguna duda. Haciendo que la actriz tragara con fuerza y no pudiendo sostener su mirada nada más que un segundo.

—¿Por qué?. ¿Por defenderse?. Te recuerdo Marta que yo también estaba aquí, y mi empleada lo único que hizo fue responder a un ataque directo de tú parte, porque si su respuesta no fue la adecuada, tú comentario sin ninguna duda estuvo fuera de lugar. Y si mi memoria no me falla es la segunda vez que lo haces, y de la misma manera que no tomé partido por ella tampoco lo voy a hacer

por ti. Pero no me pongas más a prueba... —y se acercó a su oído para que solo ella lo oyera— porque quizás la próxima vez en verdad no te guste mi reacción. No me gusta que me manipulen *querida*, y tú es la segunda vez que lo intentas, no habrá una tercera.

Y después de decirle eso le dio un beso en la mejilla dejándola plantada allí, para poder acercarse a continuación a un hombre que estaba llamando su atención, y hablar con él como si no hubiera pasado nada. La actriz tenía los ojos abiertos como platos sin poderse creer lo que acababa de ocurrir. Cuando al mediodía él la había invitado al evento de esa noche, había creído que por fin sus esfuerzos habían logrado su recompensa. Por un momento había asumido que no tenía nada que hacer con él, ya que a pesar de todos sus intentos todavía no había conseguido llevárselo a la cama, o en su defecto, tenerlo comiendo de su mano como había hecho antes con otros. Pero había estado feliz, porque iba a ser la acompañante del hombre de moda en ese momento en todo México y parte de Latinoamérica. Había tardado horas en arreglarse y prepararse para el instante, en el que iba a aparecer delante de todos los flashes y cámaras de televisión que estaban congregados allí, peleándose por sacarle a Martín una foto o unas palabras.

Este era el momento que había estado esperando desde hacía mucho tiempo. Mañana saldría en todos los programas de cotilleos de las televisiones nacionales, e incluso en las del mercado latino en Estados Unidos, sin contar con todas las revistas, radio e Internet. Y si era inteligente podría aprovechar eso en su beneficio. Por fin, después de haberse acostado con viejos babosos, liarse con hombres que le habían dado asco que la tocaran, y de haberle hecho la pelota a una gran parte del medio artístico, tendría la oportunidad de conseguir lo que siempre había querido. Y esa estúpida asistente no le iba a echar a perder todo el trabajo que había conseguido con tanto esfuerzo. Si tenía que arrastrarse lo haría, y si tenía que pedirle perdón a ese adefesio de mujer estaba dispuesta a hacerlo. Haría lo que fuera necesario para conseguir *todo* lo que quería, y sin con ello tendría que morderse la lengua y tragarse todo el veneno que tenía... pues lo haría encantada.

Justo cuando se disponía a ir detrás de Martín para disculparse con él, Esther que había estado todo ese tiempo allí observando todo lo que había pasado, la frenó agarrando su brazo para decirle;

—Si tienes un poco de dignidad te marcharías en este momento.

Soltándose de un tirón Marta la miró con todo el desprecio y la ponzoña que retenía en su interior, y sin hacerle caso se encaminó hacia donde estaba él. La palabra Dignidad no entraba en el vocabulario de la actriz, y Esther no pudo evitar sentir pena por ella.

Durante todo el tiempo que estuvieron esperando en la sala VIP a que empezara la obra de teatro, Martín estuvo buscando disimuladamente a Alexia y al ayudante de vestuario. Atendió a toda la gente que se acercó a saludarle para felicitarle por el éxito de la telenovela, pero no les prestó mucha atención, ya que estaba más pendiente de encontrar a su asistente y al tal Mauro que a las personas que le estaban hablando. Al fin los llamaron para entrar y acomodarlos en sus asientos, y después de un buen rato e ignorar la cara de disgusto de Marta, que por cierto había entrado en razón, consiguió ubicar el lugar donde estaba sentada su empleada.

—¿Pero qué demonios...?!.

Por fin había encontrado al acompañante de su asistente y no era la persona que el actor había creído. ¡Había sido un estúpido!. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?. Estaba claro que Roberto llevaba detrás de Alexia desde hacía tiempo y éste no había perdido el tiempo. Lo que no entendía es como su asistente no se había dado cuenta de que el actor lo único que quería era aprovecharse de ella. Era su *modus operandi*. Primero las camelaba con su encanto y su carisma, y después cuando ya había

obtenido lo que quería las abandonaba para dedicarle su atención a otra. Conocía a Roberto sobradamente y sabía cuál era su forma de actuar, su fama de mujeriego era tan conocida como la suya propia.

—¿Te encuentras bien?—le pregunto Marta al ver su cara desencajada.

—¡¿Qué!?. Sí, perfectamente.

En cuanto bajaron las luces y los actores salieron al escenario, Martín no pudo quitarles los ojos de encima a la parejita que tenía a unos metros a su derecha delante de él. Aunque sabía que su actitud era absurda, e intentó por todos los medios centrar su atención en la comedia, no pudo evitar estar pendiente de lo que hacían aquellos dos.

Cuando por fin la obra de teatro finalizó, dio gracias a Dios, porque estaba deseando salir de allí ya que se sentía como un león enjaulado. Aunque su compañero se había comportado bien durante toda la actuación, varias veces se había acercado a Alexia para decirle algo al oído, y a Martín esa actitud cariñosa le había repateado el estómago. Estaba ansioso de dejar ese lugar para poder pegarse como una lapa a su asistente, y no dejar que ese gusano se acercara demasiado a ella.

Cuando Alexia llegó al local donde se celebraba la fiesta privada, buscó disimuladamente a su jefe entre la multitud mientras Roberto le presentaba a un montón de gente. Y después de un buen rato, cuando no pudo encontrarlo por ningún lado, se alegró de que hubiera decidido no asistir, pudiéndose concentrar en las personas a las que estaba siendo presentada. Tenía una copa en la mano y acababa de rechazar un aperitivo, cuando de repente y por detrás alguien le tapó los ojos. Cuando tocó las manos de la persona que se estaba escondiendo, pudo comprobar que eran de mujer, pero su sorpresa fue mayúscula cuando reconoció la voz que le habló a continuación.

—¿Quién soy?.

—¡Oh Dios mío, Verónica!—exclamó dándose la vuelta para abrazarla.

Después de unos segundos en los que estuvieron unidas en un cariñoso apretón, su amiga se separó de ella para poder observarla mejor.

—¡Alex cariño, estás increíble!—exclamó asombrada por el cambio.— ¡Me costó un buen rato reconocerte!. ¡No estaba segura de que fueras tú!.

Ella le sonrió azorada, pues todavía no se acostumbraba a los piropos.

—¿No sabes cuánto me alegro de verte?—le dijo emocionada.—¡ Te he echado tanto de menos!.

La mujer la escrutó con su mirada.

—¿Ha pasado algo con Martín?—le preguntó preocupada.

—No.—mintió.—Solo que me han pasado tantas cosas en estos días que estoy un poco abrumada.

Y pasó a contarle todo. Bueno... todo, todo, no.

Omitió la parte del casi-beso que estuvieron a punto de darse en la cocina, la confesión que tuvo lugar en el jardín, la noticia de que Miguel podía visitar a su nieto, los apasionados besos que se dieron durante el ensayo en el set de grabación, las peleas que había tenido con su jefe... en definitiva, todo lo que tuviera que ver con él. Por lo demás le contó todo. Y eso solo, ¿en cuánto...?, ¿seis días?. Alexia no creía que a ese ritmo llegase a final de mes.

—¡Esa Marta es una víbora!. Y tú, ¡no le hagas ni caso!, lo mejor es que la ignores.

—¡Ya!. Te juro que lo he intentado pero esa *arpiá rubia* saca lo peor de mí.

—¿La llamas *arpía rubia*?

—Si. Bueno, fue lo primero que se me ocurrió.

Las dos mujeres se miraron y no pudieron evitar echarse a reír.

—Le queda muy bien.—opinó su amiga.

—¡A que sí!. Le queda como el tinte al pelo.

Y volvieron a echarse a reír.

Verónica le presentó a su futuro marido, Raúl Villarrubio, y estuvieron charlando durante un buen rato de la boda y de los preparativos que conllevaba organizar un evento como ese.

—Por supuesto estás invitada. Sé que soy un desastre y tenía que haberte avisado antes, pero he estado tan liada...

—Tranquila Vero, lo entiendo perfectamente.—le aseguró agarrándola de la mano en un gesto cariñoso.— Y estaré encantada de asistir.

—Lógicamente tu acompañante también está invitado.—le susurró al oído, haciendo un gesto con la cabeza hacia Roberto que estaba hablando con una presentadora de televisión.

—¡No, espera...espera!, Roberto no es mi pareja, solo somos amigos.—le explicó para aclararle la situación.

—Da igual lo que seáis.—comentó guiñándole un ojo.—Estaba invitado de todas formas. Pero así a todo, avísame con antelación para saber si tengo que sentaros juntos.

Y cuando iba a volver a aclararle a su amiga la relación que la unía con él, éste al escuchar su nombre aprovechó para disculparse con la presentadora, y decidió que ya la había descuidado demasiado y que quería bailar con ella un rato, llevándola a la zona de baile.

Así la encontró tiempo después Martín cuando consiguió dar con ellos. No había logrado llegar antes ya que todo el mundo quería hablar con él, y aunque intentó por todos los medios desembarazarse de la gente, había importantes productores y directores a los que no podía ofender, sin contar por supuesto con la inestimable ayuda de Marta que solo le había faltado besarle los pies a más de uno. Por lo que cuando los encontró bailando tan juntos no estaba de muy buen humor que digamos, solo lo salvó el hecho de encontrarse con Verónica a la que sinceramente se alegró de ver. Estuvo hablando con ella y Raúl durante un buen rato, interrumpido de vez en cuando por los suspiros de fastidio de su acompañante por tenerla parada allí totalmente ignorada en vez de invitarla a bailar.

A Alexia se la veía feliz, bailando y riéndose de lo torpe que era al intentar seguir los giros y pasos que Roberto le marcaba. Y después de bailar con el actor, de que la hubiera invitado el marido de Esther, de que bailara con Raúl, que la invitara un tipo al que no conocía de nada, y de volver a hacerlo con Roberto nuevamente, Martín decidió que era el turno de bailar con su empleada. Por supuesto ella ya lo había visto hacía tiempo y se alegró de notar un pequeño gesto de inquietud en su rostro, y sin importarle lo más mínimo que Marta se ofendiera, se disculpó con Verónica para a continuación acercarse a la parejita feliz.

—¿Te importa si bailo un rato con *mí* asistente?—le preguntó a Roberto, parado detrás de Alexia con una mano en su cintura sin darle opción a negarse.

—¡Claro!.—le contesto éste apartándose pero no muy contento por el hecho de hacerlo.

Ella inmediatamente se puso en tensión. En cuanto su mano se posó en su cintura, sintió como si todo su cuerpo de repente despertase con un millón de escalofríos recorriéndole de arriba abajo. Y cuando la pegó a él dejando el mínimo espacio posible entre los dos, no pudo evitar que sus piernas empezasen a temblar y que su corazón martilleara fuertemente dentro de su pecho.

Quedó atrapada en esos ojos verdes por la intensidad de su mirada, y el aroma de esa piel tan varonil, mezclado con su perfume, hizo que los sentidos de Alexia aflorasen deseosos de poder tocar, probar, sentir...

—Veo que te lo estás pasando bien.—apuntó él, haciendo que ella parpadeara confusa durante un segundo hasta que se percató de donde estaban.

Era como si cada vez que la tocaba, tejiese una especie de tela de araña que hacía que sus sentidos se embotaran y perdiera todo atisbo de inteligencia. Pero ahora que su cordura había vuelto de darse una vuelta por los mundos de Yupi, Alexia estaba decidida a no dejarse engatusar.

—La verdad es que si.—le contestó sin poder evitar echar una mirada hacía Marta, que estaba furiosa por el desplante de él y le lanzaba miradas asesinas.

—Alexia, sobre Marta...

—¡No, Martín!.—lo interrumpió.— Sé que lo que le dije no estuvo bien, pero no le voy a permitir que me siga insultando delante de todos.

—Estoy de acuerdo.

—He intentado llevarme bien con ella...—continuó sin escuchar lo que él había dicho.

—Lo sé.

—...pero no puedo. ¡Te juro que no puedo!. ¡Esa mujer me supera...!.

—Lo entiendo.

—...Y...y... saca lo peor que hay en mí...

De repente paró de hablar y lo miró a los ojos confundida.

—¿Lo entiendes?—le preguntó asombrada.

Martín estaba sonriendo cuando asintió con la cabeza.

¡Dios, como le gustaban esas pequeñas arruguitas que se le formaban en las mejillas!.

—¿Entonces no estas enfadado conmigo?.

—Solo un poco molesto.

Lo observó extrañada por su actitud, pues a pesar de que ahora su expresión era seria todavía asomaba un poco de diversión a sus ojos.

—¿Por qué?—le preguntó sin entender nada.

—Por entrarle al trapo como lo has hecho. Tienes que ser más inteligente Alexia, y no permitir que te manipulen y te lleven tan fácilmente a su terreno. Aunque reconozco que tu ataque fue espectacular.

—No entiendo.

—Lo sé, y a pesar de todo eso es lo que más me gusta de ti. Eres demasiado honesta y en este trabajo hay tiburones mucho más fieros que Marta. Te puedo asegurar que yo he conocido gente que en comparación hacen que ella sea una tierna gatita.

—Pues no sé si quiero formar parte de este mundo, no ha sido una experiencia muy agradable para mí, ¿sabes?.

—¡Pero para eso me tienes a mí!. ¡Para defenderte!.—le confesó, volviendo esa mirada divertida a sus ojos acompañada por una sonrisa pícaro.

¡Jesús que sexy era!.

—¡Ja!. ¿Ya he visto como me has defendido delante de ella?.

Y mirándola con una intensidad y con una intención que ella no supo comprender, le dijo;

—¡Te juro, que mientras yo esté presente no voy a permitir que nadie te haga daño!. Sabía perfectamente que te podías defender tú solita, de todas formas no tienes que volver a preocuparte

por ella, le he dejado muy claro lo que pienso al respecto y no volverá a molestarte.

Y soltando un largo suspiro agarró las manos de ella para posarlas en su cuello, y después volver a tomarla por la cintura acercándola más a él. Y bajando la cabeza le susurró al oído haciéndole cosquillas.

—¿Te importa si cambiamos de tema?, me aburre soberanamente y quiero disfrutar de este baile contigo.

Y Alexia no pudo más que asentir mientras pensaba asombrada que la había defendido.

¡Dios!, ¿en serio había puesto en su lugar a esa arpía rubia?

—Por cierto, no te lo había dicho antes pero... ¡estás preciosa!

Ahora a la que le tocó sonreír fue a ella. Aunque seguro que no lo hubiera hecho si se hubiera dado cuenta, de que eran los únicos que bailaban pegados un tema lento cuando la música que estaba sonando era reggaetón.

A parte de a Marta, a la otra persona en aquella fiesta que no le estaba haciendo ni pizca de gracia lo que estaba viendo era a Roberto. Sabía que no tenía derecho a reclamarle nada a Alexia, no tenían ningún tipo de relación que no fuera la de ser solamente amigos, pero eso sería algo que cambiaría lo antes posible. Aunque antes le preguntaría si sentía algo por su jefe. En cuanto a Martín... Bueno, por lo que estaba viendo ahora no tenía tan claro que no se sintiera atraído por su empleada, pero había habido otros momentos en que se había comportado con ella como si la detestara. Roberto estaba confundido, así que lo mejor sería hablar con él en cuanto tuviera oportunidad, de hombre a hombre. Decidiendo que ya había sido suficiente el tiempo que habían estado bailando juntos, se acercó a su acompañante para reclamar su atención, no pudiendo hacer nada Martín al respecto a no ser que montara un escándalo. por lo que no le quedó más remedio que devolverla a los brazos de su compañero. Él volvió al lado de Marta que lo estaba esperando con una sonrisa en su rostro, y se quedó un poco extrañado por la actitud de la actriz. Lo que no sabía es que Marta había decidido que haría todo lo posible para llevárselo a la cama esa misma noche, no se dejaría vencer por una estúpida e insignificante asistente de pacotilla, no después de todo lo que estaba en juego.

Alexia estaba sentada en el jardín y llevaba un buen rato dándole vueltas a todo lo que había pasado ese día. ¡Dios!, desde que trabajaba para Martín Ledesma su vida se había convertido en un tiovivo de emociones. De repente estaba en lo más bajo, enfadada, dolida, avergonzada, como después estaba arriba de todo, excitada, eufórica, expectante. Nunca sabía que esperar de él, la sorprendía todo el tiempo con sus sorprendentes cambios de humor. Era el hombre más extraño y complicado que había conocido en toda su vida. Después decían que los hombres eran criaturas básicas y muy simples, ¡ja!, eso era porque no conocían a su jefe.

De pronto se sobresaltó al notar que algo le rozaba el cuello y cuando se giró, allí estaba la persona que ocupaba sus pensamientos, detrás de ella, retirando la mano que había usado para acariciar su nuca logrando poner su vello de punta.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

—La próxima vez haz un poco de ruido.

Martín le sonrió levemente y le hizo un gesto con la mano preguntándole si se podía sentar, ella asintió.

—No te había visto ese tatuaje antes, ¿significa algo?—le preguntó mientras se pasaba la mano por la cara en un gesto de cansancio.

Ella se tocó instintivamente las estrellas que tenía tatuadas en la base del cuello, justo debajo del nacimiento del cabello.

—La más grande es mi padre y la pequeña mi madre.

Él se quedó callado sin saber qué decir.

—Sé que estén donde estén serán las estrellas que me cuiden y guíen mi camino. ¿Un poco tonto verdad?—preguntó algo avergonzada.

—En absoluto, me parece algo precioso.—le contestó con una extraña mirada.

Alexia desvió la suya incomoda y se quedaron unos minutos en silencio, disfrutando de ese extraño momento de tranquilidad existente entre los dos, hasta que a ella se le escapó un inoportuno pensamiento.

—No te esperaba tan pronto en casa.

¡Mierda!

—¿A qué te refieres?—le preguntó él levantando una ceja.

¡Mierda! ¡Mierda!

—¡Ah... nada!, no me hagas caso.—le soltó turbada intentando arreglar el error.

Martín enfocó toda su atención en ella cuando percibió su inquietud.

—¿Alexia?.

—Bueno... pensé que... tardarías un poco más en volver.

Arrugó el entrecejo intrigado, mientras ella se quitaba los tacones y subía las piernas a la silla tirando nerviosamente del vestido hacia abajo.

—¿Y por qué pensaste eso?.

—Ya te he dicho que por nada. ¡Son bobadas mías!

Alexia lo miró de reojo y observó cómo su rostro se tensaba, lanzándole una mirada que quería decir, ¡basta de tonterías!

—¡Oh, está bien!—exclamó rindiéndose.— La verdad es que pensé que pasarías la noche con tu *amiguita*.

—¿Mi *amiguita*?—le preguntó confundido mientras se rascaba la frente.

—¡Si, tu *amiguita* Marta Salgado!

Cuando él se dio cuenta de a donde quería llegar no pudo evitar una sonrisa de complacencia, y ella cuando la vio puso los ojos en blanco.

—¿No sé de qué te ríes?.

—¿No estarás celosa, verdad?.

—¡Oh, por favor!—bufó la asistente.—No seas ridículo, ¿quieres?. A mí me importa bien poco con quién te acuestas o te dejas de acostar.— le mintió.

Apartando la mirada para que no se diera cuenta, mientras él se repantigaba en la silla muy ufano.

—¿En serio?.

—¡Por supuesto!. Lo que pasa es que en la fiesta se te restregaba tanto bailando que...

—¿Si...?.

No pudo seguir, se estaba poniendo en evidencia y eso era lo último que ella quería. Bajó la cabeza y cerró la cremallera de la torera de piel abochornada, pues de pronto notó frío a pesar de que tenía las mejillas ardiendo.

—Nada.—dijo en un murmullo.

—Sigue, por favor.—la animó Martín con una sonrisa de oreja a oreja.

—No seas tan engreído, ¿quieres?. Además hay algo que no entiendo, si tan mala opinión tienes de Marta, ¿qué haces saliendo con ella?.

—Yo no he dicho que tenga mala opinión de Marta, solo que conozco bien a la gente como ella.

—Y por supuesto, el hecho de que coquetea contigo de forma descarada y se te ofrezca abiertamente no tiene nada que ver, ¿no?. —le soltó, cruzando los brazos y con un sentimiento de rebeldía subiéndolo por su garganta mientras le sostenía la mirada.

—Bueno, normalmente los hombres no rechazamos algo que se nos ofrece con tantas... ganas.

Ella lo observó por un segundo. Estaba muy relajado con los brazos apoyados en la silla y las piernas cruzadas, mientras tenía plantada una pretenciosa sonrisa ladeada en su rostro. De modo que sí tenían una relación, esa respuesta era la confirmación a todas sus sospechas. Aunque la hubiera defendido delante de ella, ahora le quedaba claro que él y Marta eran algo más que compañeros de trabajo y amigos. Eran amantes. Y una ola de irritación le empezó a subir por el pecho.

—Pues déjame decirte que tienes muy mal gusto para las mujeres.

—¿De veras?. ¡Fíjate que yo no lo creo!.—le contestó de forma petulante.—¿No será que te molesta?.

Alexia chasqueó la lengua y miró al cielo exasperada.

—¡Por favor!. ¿Molesta yo?. ¡No digas tonterías!. Ya te he dicho antes que me da igual con quién te vayas a la cama. Lo único que te digo es que podríais ser más... discretos.

Rápidamente la expresión de Martín cambió por completo, y pasó de estar contento y henchido de sí mismo a ponerse mortalmente serio.

—¿Me hablas a mí de ser discreto?.—masculló enojado.

—¿Qué quieres decir?.

—Pues que no eres la más indicada para hablar, ¿no crees?. Esta mañana un hombre te estaba diciendo que había estado toda la noche esperando por ti, y por la noche sales con otro totalmente distinto a una fiesta.

Alexia se quedó totalmente blanca, pues no se podía creer de lo que la estaba acusando.

—¡¿Disculpa?!. ¿Ahora también espías las conversaciones ajenas?.—contraatacó, sabiendo perfectamente que en ese momento él la estaba escuchando.

—Hablabais lo suficientemente alto como para no poder evitarlo.

Ella se levantó de la silla alterada, ya que él lo estaba sacando todo de contexto.

—No es lo que tú te crees, Mauro y yo solo somos amigos.

—¡Ya!. Ahora se le llama así, ¿no?. ¡AMIGOS!.—explotó éste, levantando un poco la voz y pasándose molesto la mano por el pelo.

Ya que no se podía creer que ella se lo estuviera negando en su propia cara.

—¡Es que es lo que somos!.

—Por favor Alexia no mientas, ¿quieres?. No me tomes por estúpido, sé perfectamente lo que escuché.—le reclamó, levantándose él también exasperado porque le siguiera negando lo evidente.

Y de pronto pequeña como era en comparación suya, se plantó delante de él con los brazos en jarras

y furiosa por estar llamándola mentirosa.

—¡No, Martín!. ¡Tú no tienes ni idea de lo que escuchaste!. Es cierto que había quedado con Mauro esa noche, pero no para lo que estás pensando.— y señalando el vestido continuó.— Él me regaló este vestido, y habíamos quedado esa noche para que me lo probara y me hiciera los arreglos necesarios para poder llevarlo hoy.

Martín abrió los ojos sorprendido por sus palabras.

—¿Mauro es el diseñador amigo tuyo?. ¿Del que le hablaste a Marta?.

—Sí.—le confirmó.— Me pidió que si alguna vez iba a un evento importante donde pudiera conocer gente famosa, llevara un modelo suyo para promocionarlo. Por eso estuvo toda la noche trabajando en él para que quedara perfecto.

—Bueno, pero eso no significa que él no esté interesado en ti, ¿o qué tú no lo estés en él?.—sostuvo tercamente

Ella levantó los brazos y puso los ojos en blanco sin poderse creer que el hombre fuera tan necio. Y se alejó unos pasos para intentar calmarse, ya que lo que ahora quería hacer más que nada era gritarle lo terco que era.

—Pues lo veo muy difícil, ¿sabes?. Porque a no ser que ahora pueda realizar milagros, es muy complicado que un hombre pueda cambiar su orientación sexual por mí.

—¿Qué quieres decir?.—le preguntó totalmente perdido.

—¡Pues que es gay, Martín!. ¡Mauro es gay!.

—¿Gay?.

¡Dios!.

Alexia movía la cabeza asombrada de que un hombre pudiera ser tan cabezota. ¿Qué parte de *Mauro es gay* no entendía?. ¿Acaso se lo tendría que explicar como a los niños pequeños?. Recogió los zapatos del suelo harta de tener que darle explicaciones para irse a su habitación.

¡Arg...!.— pensándose lo mejor le iba a dejar muy clara su opinión.

—¿Sabes qué?, me importa un bledo si me crees o no. Y no tengo que darte ningún tipo de explicación de quienes son mis amigos, y por supuesto tampoco de con quién salgo y con quién no. Soy una mujer soltera que puede hacer lo que le venga en gana.

Y dicho esto se dirigió con la cabeza muy alta hacia la casa, satisfecha de dejarle las cosas claras y de que entendiera de una vez por todas que no iba a controlar su vida.

—¡Ves, lo que yo decía!. Antes arriba y ahora abajo.—murmuró para sí, a la vez que abría la puerta de la cocina para dirigirse a su habitación.

Mientras, en el jardín seguía Martín que se había sentado nuevamente todavía asimilando la información.

—Es gay.—dijo en voz alta.

No se podía creer que no se hubiera dado cuenta antes. Pero, ¿cómo había estado tan ciego?. Ahora que lo pensaba fríamente había tenido todas las evidencias claras desde un principio, pero él no las había visto.

¡No podría ser más imbécil aunque quisiera!. ¡Pero espera...!.

Si Mauro era gay, eso significaba que ni le gustaba ni estaba mínimamente interesado en Alexia. Y poco a poco fue creciendo una enorme sonrisa en su rostro.

—Mauro es gay.—volvió a repetir en alto y soltó una carcajada.

Empezaba a caerle bien Mauro, a partir de ahora le iba a quitar lo del *tal*.

Capítulo 15

Cuando Martín entró en la cocina se encontró con las tres mujeres hablando. Le estaban realizando un interrogatorio de tercer grado a Alexia, que estaba acabando de desayunar mientras Sole y Tina la acompañaban tomado un café. El actor se había levantado tarde básicamente por dos razones; La primera, porque tenían que subir a un avión a Telchac a media mañana por lo que no era necesario madrugar tanto. Y la segunda, porque hacía varios días que no había dormido tan bien como esa noche, y le había costado Dios y ayuda levantarse esa mañana.

En cuanto él hizo acto de aparición las mujeres se callaron interrumpiendo la conversación, pero no le importó, y se dirigió a la nevera para servirse un zumo de naranja recién exprimido.

—*Patrón*, no se moleste, yo misma le sirvo el desayuno en el comedor o en su habitación.—le señaló la cocinera mientras se levantaba de la mesa.

—Tranquila Soledad, siéntate. No hace falta que hagas nada yo mismo me lo sirvo.

Las tres mujeres se miraron las unas a las otras algo sorprendidas.

—Podéis seguir hablando, por favor no os quedéis calladas por mí.—les comentó mientras le daba un sorbo a su zumo, y se quedaba parado delante de la nevera con la puerta abierta observando el contenido de su interior.

—¿Está seguro *patrón*?

—Si Justina, no te preocupes.—le aseguró girando su cabeza para mirarla.— Seguir con lo que estabais haciendo. ¡Por cierto!, ¿Pedro ya llevó a mi hijo a la escuela?

—Si *patrón*.

—Muy bien.—y volvió su atención al interior de la nevera.

Soledad hizo un gesto con los hombros de no entender nada y volvió a pasar una página de la revista que estaban ojeando.

—¿Y conociste a Cristián de la Fuente?—le preguntó a Alexia, enseñándole la foto y siguiendo con la conversación que habían interrumpido al entrar su jefe.

—¿A ver...?. No. Si estuvo allí no lo recuerdo.—le respondió dándole un sorbo a su café.

—¿Y a éste?— le preguntó Tina.

— Sí, a ése sí. ¿Cómo es que se llama...?—preguntó chasqueando los dedos en un intento de acordarse.

—¿Conociste a William Levy?—exclamó Sole con los ojos abiertos como platos.—¡Dios!. ¡Es un *papasote*!

La asistente hizo un gesto con la cara dando a entender que no estaba muy de acuerdo.

—Bueno... personalmente no me atrae mucho, no es mi tipo.

Las dos amigas se le quedaron mirando como si de pronto le hubiesen salido cuernos en la cabeza.

—¡Qué!—exclamó.— Reconozco que es muy atractivo, pero a mí no me gusta.

—¡No tienes ni idea!—le soltó la cocinera, mientras negaba con la cabeza pensando que su amiga no estaba muy bien de la azotea.

Ésta volvió a pasar otra página de la revista, mientras Martín apoyado en la encimera le daba un mordisco a una manzana, observando la escena que tenía lugar en frente de él con una sonrisa divertida.

—¡Espera!—exclamó Alexia señalando con el dedo una foto en particular.— Éste me lo presentó

Verónica. ¡Vaya está tremendo!. Y además es un tipo encantador y muy educado. ¡Este hombre sí que cumple todos mis requisitos!.

—¡NO!. ¡¿EN SERIO?!— gritaron las dos amigas a la vez.

—¡Os lo juro!.—les aseguró mientras asentía con la cabeza y sonreía de oreja a oreja.—¡Ay... es tan guapo!.— exclamó soltando un suspiro exagerado, mientras miraba de reojo a Martín que seguía comiendo la manzana tan tranquilo.

—¡Arg!. Te odio, ¿lo sabías?..—le soltó Tina mirando la foto con envidia.

—Sebastián Rulli... —murmuró Sole mientras se reclinaba en la silla y miraba atónita a Alexia.—

Has conocido a Sebastián Rulli...—volvió a murmurar sin poder creérselo.

Tina miró a su compañera y pasó la mano por delante de su cara intentando llamar su atención, mientras que la cocinera seguía en trance murmurando el nombre del actor. Y Alexia no pudo evitar reírse de la pantomima de su compañera.

De pronto él también soltó una carcajada, ya que al igual que a su asistente la escena que estaba viendo le parecía sumamente cómica, además de muy educativa.

—Así que, ¿de esto habláis las mujeres cuando estáis juntas?. ¿De hombres?..—preguntó irónicamente.

Las tres volvieron su mirada hacía él.

—Y después nos recrimináis a nosotros que solo tenemos una cosa en mente cuando vosotras hacéis lo mismo.

Alexia se reclinó en su asiento mientras se cruzaba de brazos.

—Bueno, la diferencia es que nosotras no “sólo” pensamos en eso. Podemos presumir de que el noventa por ciento restante de nuestro cerebro lo utilizamos para más cosas, al contrario de vosotros que no podéis decir lo mismo.

—Por lo menos somos sinceros con nosotros mismos.—le contestó, con un brillo divertido en los ojos mientras daba un sorbo a su zumo.

Hoy estaba de muy buen humor. Después de la noticia de ayer nada podría aguarle el día, ni tan siquiera su empleada.

Durante unos segundos los dos se sostuvieron la mirada, aunque la de Martín tenía un brillo extraño que ella no supo descifrar.

—¡Ay *patrón!*. ¡Lo que yo daría por poder conocer a unos *papasitos* como éstos!.—se quejó Sole lastimosamente.

—¡Nah!. ¡Tampoco es para tanto!—comentó la asistente haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—¡Claro!, como ahora la señorita se codea con ellos se siente importante.—le recriminó Tina con retintín.

—¡Sí, eso!.—secundó la cocinera haciendo un mohín.

Alexia se quedó totalmente sorprendida por el ataque de sus amigas, mientras éstas la censuraban con la mirada.

—Os recuerdo que a la que no le apetecía nada ir al estreno ayer era a mí.

—¡Porque Dios le da pan a quien no tiene dientes!.—apostilló Sole.

—¿A qué te refieres?.

—A que cualquiera de nosotras dos daría un brazo para poder ir a una fiesta como a la que fuiste tú ayer.—le respondió Tina.

—Y no nos andaríamos quejando como tú.—le reprochó la cocinera.

—¡Bueno, esto es el colmo!.¿Estáis así porque no os traje ningún autógrafo?. —replicó sorprendida mientras se retorció en la silla.— Ya os pedí perdón, ¡pero es que no era el momento!.

El actor sonreía de oreja a oreja después de oír bufar a las dos amigas a la vez, se lo estaba pasando en grande.

—Pues ya no os tendréis que preocupar más, porque no pienso volver a asistir a algo así.—les dijo molesta por su actitud.

—Sí, seguro, hasta que te vuelvan a invitar. Y esta vez como no nos traigas aunque sea una servilleta con una firma no entras en casa.—la amenazó Tina.

—Os lo digo en serio, no voy a volver a un evento o fiestas de esas.—les aseguró negando con la cabeza al mismo tiempo.

—¿Por qué?—le preguntó Sole sorprendida.

—Porque no me siento cómoda en esos sitios.—le respondió bajando la voz.—La gente va muy elegante y las mujeres son guapísimas y... y... yo me siento totalmente fuera de lugar.

—Pues yo ayer no noté que te lo estuvieras pasando tan mal.—intervino él después de darle un mordisco a un croissant.

Alexia giró la cabeza hacia donde estaba y le lanzó una mirada envenenada, que lo único que consiguió es que su jefe sonriera más.

—Te recuerdo que tuve un momento bastante tenso con una *amiguita* tuya.— le reprochó entrecerrando los ojos.

¿Por qué demonios estaba hoy tan contento?— se preguntó ella.

—¿Qué pasó?—preguntó Tina con curiosidad.

—¡Nada!.—le respondió ella de forma brusca sin apartar la mirada de él.

—Tienes razón.—le contestó el actor mientras volvía a darle otro mordisco al bollo.—Lo que pasa es que tu deseo no se va a poder cumplir.

—¿A qué te refieres?—le preguntó inclinándose hacia atrás en la silla temerosa de pronto de su respuesta

—Pues que dentro de unas semanas estoy invitado a los premios TVyNovelas nominado como mejor actor.—le explicó.

—¿Y...?.

—Pues que tendrás que acompañarme, por supuesto.

Tanto ella como sus dos compañeras se quedaron boquiabiertas y con los ojos como platos. Y después de que la noticia entrara en su mente y empezara a comprender lo que quería decir, Alexia se levantó de golpe de la silla sin poder dar crédito a lo que él le estaba diciendo

—¡No!.—exclamó de forma vehemente.—¡De eso nada!.

Martín levantó una ceja sorprendido, era la tercera vez en dos días que se le enfrentaba y ningún empleado suyo lo había hecho anteriormente. Bueno con la excepción de Verónica, pero ella había tardado mucho más que Alexia en replicarle. Estaba claro que había juzgado mal a su asistente. Había pasado de tartamudear y morderse el labio en su presencia como un asustado ratoncillo, a saltar como una fierecilla en cuanto la picaba un poco.

—¿Perdona?.

—¡No pienso ir!.—le aseguró mientras empezaba a pasearse de un lado a otro de la cocina inquieta.

Tanto Sole como Tina se miraron mutuamente igual de sorprendidas o más que su jefe.

—¡No tengo porque ir!.—volvió a replicar mordido el labio preocupada, ya que por su mente empezaron a surgir un montón de imágenes.

—Eso lo tengo que decidir yo, ¿no crees?.

Alexia se paró de pronto delante de él con los brazos en jarras mientras el actor se acababa el croissant, y lo miró directamente a los ojos desafiándole con la mirada.

—¡No quiero ir!. Y tú no puedes obligarme a hacerlo.—le retó totalmente decidida.

No estaba dispuesta a ir, solo pensarlo le daban náuseas. Lo conocía lo suficiente para saber que querría que estuviera pegada a él todo el tiempo, y aunque no disponía de ninguna información sobre esa gala en concreto, en cuanto escuchó nominado y premio en la misma frase supo instintivamente que saldría retransmitida por la televisión. Y ella se moriría de la vergüenza si tuviera que ir. Estaría rodeada de mujeres espectaculares, con trajes espectaculares, y cuerpos espectaculares, qué harían que ella quedara a la altura del betún. ¿Y si le hacían alguna pregunta?. ¡No!. ¡Definitivamente no iba a ir!.

—Pues te informo que estás totalmente equivocada y si no recuerdo mal hay una cláusula en tu contrato que dice lo contrario.

—¿De qué diablos estás hablando?.

Martín se acabó el último trago de zumo tranquilamente, limpiándose la boca a continuación con una servilleta y doblándola con cuidado después, mientras en su rostro seguía bailando una sonrisa de medio lado.

—En el contrato que tú firmaste te obliga a acompañarme a un evento si yo lo requiero necesario.—le respondió mirándola directamente a los ojos.

—Pero eso no hará falta, ¿verdad?, ya que cualquiera de tus *amiguitas* estarán encantadas de acompañarte.—le contestó con los dientes apretados furiosa.

Ninguno de los dos enfrascados como estaban en esa discusión se dio cuenta de la cara de total asombro que tenían tanto Tina como Sole, que no daban crédito a la bronca de la que estaban siendo espectadoras de primera fila. Aunque bueno, tampoco se la podía llamar bronca exactamente, porque la única que estaba enojada allí era Alexia. Anonadas observaban la escena que estaba protagonizando su amiga, mientras que su jefe estaba de lo más tranquilo sonriendo de forma abierta.

—Pero resulta que soy *Yo* el que decide quien me acompaña, y he decidido que quiero que seas *Tú* la que lo haga y no ninguna de mis *amiguitas*.

Alexia se cruzó de brazos mientras daba pequeños golpes con la punta del pie. Si creía que se iba a salir con la suya estaba muy confundido, porque si él era cabezota ella podía serlo mucho más.

—¿Y si me niego?. ¿Qué vas a hacer?. ¿Me vas a despedir?.—le preguntó de forma bravucona.

Él dejó el vaso del zumo en el fregadero de forma tranquila, y se encaminó hacia donde Alexia estaba sin ninguna prisa, plantándose delante de ella todavía con la sonrisa en la boca. Hoy tenía un día estupendo y su empleada no se lo iba a fastidiar, además tenía que reconocer que se lo estaba pasando bien. Muy bien de hecho. Le encantaba esta nueva faceta que estaba descubriendo, cuando su asistente se enfadaba de esa manera a Martín le resultaba muy atractiva.

—Alexia cielo, si te echas un farol procura que no se te note, sino no te será efectivo. Te he dicho que me vas a acompañar y no hay más discusión sobre el asunto.

La mujer dejó su pose y bufó exasperada.

—¿Por qué me haces esto?. ¡Yo no quiero ir!. ¡Pídeselo a Marta!.—le suplicó haciendo pucheros inconscientemente.

Él no pudo evitar soltar una carcajada que hizo que ella le lanzara miradas hostiles, y de forma cariñosa le agarró el mentón para poder posar un beso en su frente.

—Ya te he dicho mi última palabra.— y sus ojos que todavía brillaban divertidos se posaron en los de ella que lo miraban con enfado.—¿Sabes que me encanta que te enfades?, te pones muy sexy.

Y dicho esto se giró hacia la salida de la cocina dejando a las tres mujeres pasmadas, y a Alexia con la boca abierta a punto de desencajársele y dejándola sin saber reaccionar.

—¡Uy, lo que me ha dicho!—exclamó ésta después de unos segundos.

Saliendo disparada detrás de él.

—¿Se puede saber a qué ha venido eso?—le preguntó corriendo en su busca por el pasillo.

—A que ha venido, ¿qué?—le contestó él cuando llegó al principio de la escalera.

Mientras, Sole y Tina asomaban la cabeza por el pasillo para no perderse nada sin que ellos se dieran cuenta.

—¿Lo qué has dicho?.

—¿Y qué he dicho?.

—Lo sabes perfectamente.—le contestó empezando a desesperarse.

Mientras veía como él apoyaba su cuerpo en el pasamanos de la escalera de forma indolente.

—Refréscame la memoria, ¿quieres?.

—¡Arg!.Eres... eres... ¡imposible!.

La asistente se llevó la mano a la frente exasperada, mientras Martín que apoyaba su cabeza en la mano no se lo podía estar pasando mejor.

—¿Por qué has dicho que te parecía... ejem...— carraspeó la mujer — ...eso?—terminó ruborizándose.

—¿Eso?— preguntó simulando que no entendía.

—¡Dios!—explotó desquiciada levantando los ojos al techo.— ¿Que te gustaba cuando me enfadaba, porque te parecía... ¿

—¿Si...?.

—¡Sexy!—soltó al fin, cerrando los puños con fuerza intentando no golpearlo para borrarle esa sonrisa burlona de su cara.

—¡Ah eso!—le dijo sin darle la menor importancia, girándose para subir los peldaños de la escalera en dirección a su habitación.— Porque es cierto.

Ella se quedó atónita sin saber muy bien cómo tomarse esa declaración, e inclinó la cabeza hacia un lado intentando descifrarlo. No entendía nada de nada. Estaba totalmente perdida con él. ¿Por qué lo había dicho? ¿Para enfadarla?. Porque si era así no lo había conseguido, lo único que había logrado era confundirla. ¡Y mucho!. Hoy tenía un día divertido casi diría que juguetón, mientras que tan solo hacía unas horas furioso la había acusado de estar flirteando con varios hombres a la vez. ¿A qué estaba jugando?. ¿Quería volverla loca?. Porque si seguía por ese camino lo iba a lograr.

—Este hombre sufre de trastorno bipolar.—murmuró mientras lo veía ascender, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Martín se paró en seco en uno de los peldaños y giró la cabeza para mirarla, mientras que ella se tapó la boca con las manos asustada cuando se percató de lo que había hecho.

—¿Qué has dicho?—le preguntó entrecerrando los ojos.

—¿Quién?—preguntó reculando y dando un paso hacia atrás.

—¿Tú?.

—¿Yo?—preguntó volviendo a andar hacia atrás.

—¡Sí!. ¡Tú!.—le contestó mientras bajaba un peldaño

—Yo no he dicho nada.—le mintió mientras seguía reculando, pero esta vez más deprisa.

—¿Me estás vacilando?.

—¿Quién yo?.

Y la asistente no pudo evitar esbozar una sonrisa divertida. ¿Quería jugar?. ¡Pues iban a jugar!.

—No te atrevas a negarlo, te he escuchado perfectamente.—le contestó empezando a irritarse.

—Es que yo no he dicho nada.—le aseguró poniendo cara de inocencia.

Martín se quedó inmóvil, sin comprender porque le estaba mintiendo tan descaradamente y porque lo hacía riéndose de él. Y siguió bajando otro peldaño mientras la advertía.

—¡Alexia...!.

—Era un pensamiento que se me escapó sin querer, que es distinto.—y mirando el reloj de su muñeca exclamó.—¡Uy, qué tarde es!. Nos vemos dentro de media hora, ¿vale?. ¡O sino perderemos el avión!.

Y se giró sobre sus talones para salir corriendo de allí en dirección a la cocina, donde la estaban esperando sus dos compañeras, que se pusieron a disimular por la estancia para que no se enterara de que los habían estado espiando todo el tiempo. Dejando al actor solo al pie de la escalera confundido por su reacción. Pero después de pensar durante unos segundos se dio cuenta de que su empleada le había devuelto la pelota, y no pudo evitar soltar una carcajada.

A la media hora como bien le había dicho, Martín la encontró esperándolo como siempre en la puerta de entrada, pero esta vez ya tenía el manos libre del teléfono conectado a su oído mientras hablaba gesticulando con las manos.

—No es que no quiera darte información Alberto, es que no dispongo de ella.—le explicó a su interlocutor, esperando después unos segundos a que el otro terminase de hablar.— Te juro que en cuanto pueda hablar con él le pregunto, de momento mi respuesta es la misma, no hay comentarios.

Alexia le echó una mirada de fastidio a su jefe cuando éste se acercó a ella, mientras seguía atendiendo la llamada.

—Vamos a hacer una cosa, ¿vale?—le dijo mirando su reloj.—Llámame dentro de quince minutos y te confirmo lo que él me diga. No, no puede ser después porque vamos camino del aeropuerto y tendré que apagar el teléfono.—esperó a que la otra persona acabase de hablar y se despidió de él.— ¡Perfecto!, pues quedamos así. Un beso Alberto. Adiós.

—¿Qué pasa?—preguntó él.

—Bueno, es la tercera llamada que recibo por el mismo tema. Me preguntan si confirmamos el rumor de tu relación sentimental con tu compañera de trabajo Marta Salgado.

—¿Y eso a qué viene?—preguntó, mientras abría la puerta para salir al exterior y dirigirse al coche donde los estaba esperando Pedro para llevarlos al aeropuerto.

—No lo sé. ¡Espera!. ¿Puede ser porque ayer te acompañara al estreno de una obra de teatro?—le preguntó irónicamente.

El actor levantó una ceja por su reacción. Estaba claro que le molestaba la relación que le unía con la actriz y eso era algo que le encantaba.

—Bueno, pues díles que no hay comentarios.—le respondió mientras se subían al coche.

—Eso es lo mismo que llevo diciéndoles a todos.—le siguió explicando mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.— Pero resulta que quieren confirmar lo que una fuente fidedigna y muy cercana a la pareja asegura, que es qué sí estáis juntos.

Cuando acabó lo miró directamente a los ojos y le preguntó.

—Así que tú dirás lo que hago. ¿Se lo confirmo?.

Alexia se lo preguntó con un atisbo de esperanza de que le dijera que no.

—¿Te han dicho que fuente cercana ha sido?.

—No.

Pero Martín sí podía imaginarse quien era esa fuente cercana. Marta había intentado acostarse con él varias veces, sin ir más lejos la noche anterior, y no lo había conseguido. Sinceramente aunque al principio si lo había hecho, ahora al hombre no le atraía en absoluto. Era una mujer muy guapa y con un cuerpo espectacular, pero su desmedida ambición y su carácter ruin, no hacían que el actor sintiera ningún impulso por mantener una relación con ella. Aunque solo fuera sexual.

En otros tiempos no le hubiera importado lo más mínimo, se hubiera acostado con ella sin ninguna duda, y habría disfrutado de su cuerpo hasta que se hubiera cansado de la actriz. Quid pro quo. Ella aprovecharía su fama y sus contactos y él disfrutaría de su... *compañía*.

Pero en esos momentos no le apetecía encamarse con Marta. Le estaba empezando a irritar su comportamiento tan explícito en cuanto sus intenciones hacia él, y honestamente, no le gustaba ni que lo manipularan ni que lo tomasen por tonto. Casi podría asegurar con certeza que la fuente cercana era ella, ya que no le había salido bien el intento de mantener un romance con él, ahora lo estaba insinuando por detrás. Algo que no le costaría nada y que iba muy acorde a su forma de ser. A algunos periodistas no les importaría informar sobre una noticia sin confirmar, se escudarían en que su fuente era fidedigna y podrían decir lo que les viniera en gana. No era la primera vez que lo hacían ni sería la última.

Y sí seguía dándole pie a la actriz era porque a Alexia le molestaba la cercanía que tenía con ella, y al él mirarla así le encantaba. Disfrutaba molestándola y viéndola ... ¿celosa?. No, ese no era el objetivo. Porque si fuera así, querría decir que a él le importaba sentimentalmente su empleada y no era el caso. A ella le caía mal Marta, y con razón tenía que admitir, y él solo disfrutaba incomodándola. Por lo que la dejaría salirse con la suya mientras le favoreciera, pero no le iba a dar el gusto de confirmar algo que no era cierto.

—Sigue diciéndoles lo mismo, que a ti no te consta. Qué solo somos amigos y compañeros de trabajo y que no hay más comentarios al respecto.—contestó al fin.

—Pero, ¡me van a acribillar a preguntas!.—exclamó decepcionada con la respuesta.

Ya que aunque no confirmaba el rumor tampoco lo desmentía rotundamente, dejándolo en el aire para que cada uno lo interpretara como quisiera.

—Estoy seguro de que sabrás apañártelas que para eso te pago.

Ella lo miró enfadada y respondió la siguiente llamada que había estado vibrando en el móvil durante toda la conversación.

—Buenos días, soy Alexia Montero, la asistente personal de Martín Ledesma. ¿En qué puedo ayudarle...?.

Su empleada siguió hablando por teléfono hasta que llegaron al aeropuerto, repitiendo lo mismo una y otra vez en todas las llamadas que tuvo que atender. Pedro los ayudó con las maletas en el momento

de facturarlas para después marcharse a casa, y a continuación se dirigieron a la sala VIP, donde seguramente iría llegando el resto del equipo para esperar la salida del avión.

Cuando subieron al aparato al actor se le había cambiado el humor. Durante toda la mañana no se había acordado para nada de Roberto, pero en esos momentos Martín estaba lanzándole miradas hostiles a través del asiento de pasajero. En cuanto llegaron a la sala VIP el hombre ya estaba allí, y cuando se percató de la presencia de Alexia se acercó deprisa para saludarla con un beso y un abrazo. Su empleada no pudo atenderle debidamente ya que no paraba de recibir llamadas, hasta que subieron al avión y no le quedó más remedio que apagar el teléfono. Cuando ella se sentó, Martín lo iba a hacer a su lado pero Roberto fue más rápido que él, quitándole el sitio y no dándole otra opción que sentarse justo detrás, oportunidad que aprovechó también Marta para sentarse junto a él.

Decididamente el acoso al que estaba siendo sometida su empleada por este individuo lo estaba empezando a fastidiar bastante, y en esos momentos no le apetecía tener que aguantar a la actriz. Lo único positivo era que estaba lo suficientemente cerca para escuchar de lo que hablaban.

Cuando pudo comprobar que Marta no le iba a dejar escuchar lo que decía la parejita feliz, ya que empezó a parlotear de lo bien que se lo había pasado la noche anterior y de toda la gente que había conocido, Martín se disculpó con ella y se hizo el dormido. Mientras, tenía la oreja bien puesta hacia lo que esos dos hablaban. Al principio comentaron lo mismo, lo estupenda que había sido la obra de teatro y algún que otro comentario de la gente y la fiesta privada. Y después hablaron de un montón de cosas diversas, entre las que sorprendido, se enteró de que Alexia sabía conducir en motocicleta. Ya estaba enterado de que le gustaban los deportes de motor, por aquella conversación que habían mantenido en el parking, pero no sabía que en España tenía una moto de ciento veinticinco centímetros cúbicos que conducía habitualmente. Él mismo era un apasionado de las motos, incluso tenía un par de ellas en propiedad aparcadas en el garaje de su casa, y era curioso que nunca le hubiese comentado nada.

Cuando por fin aterrizaron en el aeropuerto de Mérida y después de recoger las maletas, tuvieron que responder a algunas preguntas de periodistas que los estaban esperando. Pero antes de encontrarse con ellos, el actor quedó con Marta en que no responderían a ninguna pregunta, y si lo hacían sería para desmentir el rumor y contar la verdad. De que solo eran amigos y compañeros de trabajo, nada más. Y aunque a la actriz no le hizo ninguna gracia no le quedó más remedio que aceptar. Minutos después, por fin consiguieron subir a un mini autobús que tardaría una hora más o menos en llevarlos al hotel en el pueblo de Telchac.

Cuando llegaron al lugar donde se hospedarían y después de identificarse, el actor dejó a Alexia en el mostrador de recepción del hotel, para que acabase la gestión del registro de las habitaciones y que les subieran las maletas. Mientras, él iría al lugar de reunión que anteriormente le había indicado el productor Julio Menéndez, para organizar el horario de trabajo.

Martín estaba empezando a preocuparse pues llevaba un buen rato esperando a que su empleada se reuniera donde él estaba. Ya tendría que haber acabado con el registro de las habitaciones y estar a su lado por si necesitaba cualquier cosa. No podía estar entretenida con Roberto, porque estaba en la misma reunión que él, por lo que no sabía dónde demonios se encontraba.

Ya había terminado de ponerse de acuerdo con el director de escena y los productores, y estaba a punto de ir a buscarla, cuando la vio aparecer con no muy buena cara. Cuando se acercó se le notaba la preocupación en su rostro, logrando que Martín se preguntara que era lo que había pasado.

—¿Puedo hablar un momento contigo?—le pregunto mordiéndose el labio y con el rostro tenso.

—¿Ha pasado algo?.

—Por favor acompáñame, es urgente.—le pidió, mientras se dirigía hacia un lugar un poco apartado para tener un poco de intimidad.

—¿Lucas está bien?.— le preguntó alarmado.

—Si.—le confirmó.

Haciendo que él soltara un suspiro de alivio y estuviera más intrigado que nunca sobre lo que estaba pasando.

—Pero tenemos un problema.

Capítulo 16

—¿Qué problema?

—¿Recuerdas que la semana pasada llamé para reservar habitación para mí?

Martín asintió.

—Bien, pues resulta que la chica que me atendió era nueva en recepción, y se hizo un pequeño lío con las reservas. Tal lío se hizo que se equivocó, y al final cuando tenía que confirmar la reserva en el ordenador no lo hizo correctamente, por lo que estoy sin habitación. Y el problema es que el hotel está lleno, y como se corrió la voz de que ibais a venir a grabar aquí, los demás hoteles del pueblo están ocupados al cien por cien. Por lo que no hay ni una maldita habitación libre en toda la zona.

—¡Tienen que arreglarlo de alguna manera!.—declaró molesto.

—Ya lo hemos intentado, pero no hay forma.

Alexia se frotó la frente nerviosa por el inconveniente que había surgido. Había estado barajando las opciones que le quedaban y solo había dos, y esperaba que alguna de ellas le pareciera bien, aunque tampoco es que tuvieran mucha elección.

—He estado pensando y tenemos dos opciones a tener en cuenta.

—¿Cuáles?.—le preguntó cada vez más molesto.

—La primera, es que coj... pille el primer vuelo que salga para ciudad de México.—le explicó.

A tiempo de cambiar la dichosa palabrita. Era española y las costumbres son difíciles de cambiar, sobre todo cuando llevas tantos años usando la palabra *coger* para casi todo.

—¡Ni hablar!. ¡Yo te necesito aquí!.—aseguró de forma vehemente.

Y empezó a caminar de un lado a otro mientras pensaba en una manera de arreglar la situación.

Ella se le quedó mirando con curiosidad, pues tampoco es que su trabajo fuera tan crucial, ¿no?. Porque para traerle un café o una botella de agua se lo podía pedir a su *amiguita* Marta, que estaba segura no tendría ningún inconveniente en hacerlo, pensó.

—Creo que es una buena idea. Las llamadas y los emails puedo responderlos desde casa, y si tengo que hacerte alguna pregunta puedo llamarte para consultarlo.

—¡He dicho que no!.—respondió lanzándole una mirada airada.

—¡Está bien!.—contestó suspirando.—Entonces, tenemos otra opción.

—¡Ilumíname!.—solicitó irónicamente.

*¡Dios dame paciencia!.—*rogó la mujer mentalmente poniendo los ojos en blanco.

—La otra *opción*,— le empezó a explicar haciendo hincapié en la palabra.— es que le pida a cualquiera de las chicas, me refiero a Eva o a María, que me dejen compartir la habitación con ellas. Martín se paró en seco.

—¡No!, ¡olvídalo!.—le prohibió tajantemente.

—¿Por qué?.—le preguntó sin entender tanta negatividad.

—Te he dicho que no, Alexia.

Ella se cruzó de brazos molesta.

—¡Muy bien!. ¡Pues tú dirás que hacemos!. ¿Me subo a una palmera y paso la noche ahí?.

Él dio un paso hacia ella para dejarle claro que la insolencia estaba fuera de lugar en ese momento, pero de repente su rostro cambió. Se le había ocurrido una idea y una sonrisa surgió en su cara, pero enseguida la borró, pues no quería que su empleada se mosqueara más después de lo que le iba a

decir. Pero la idea era buena... muy, muy buena.

—Hay una tercera opción.— le informó muy serio, pero sin poder evitar el brillo de complacencia en sus ojos.

—¡Ilumíname!.

El actor levantó una ceja. Su impertinencia estaba alcanzando el límite de su paciencia, pero hoy nada le iba a fastidiar el día. Y sinceramente, cada vez estaba resultando mejor.

—Compartirás la habitación conmigo.

Durante unos segundos a ella se le cortó la respiración.

—¿Qué?!.—le preguntó atónita.

No podía dar crédito a lo que le acababa de decir. ¿Acaso estaba loco?. Definitivamente se le había ido la cabeza. Ni loca dormiría con él en la misma habitación.

—¡No!. ¡De eso nada!.

—Alexia...

—¡Ni hablar Martín!.—recalcó categóricamente, mientras negaba con la cabeza una y otra vez.—¡No pienso compartir habitación contigo!.

—Es la mejor opción.—contestó intentando ocultar la sonrisa que pugnaba por salir.

Estaba observándola y esta vez fue ella la que empezó a caminar de un lado a otro mordiéndose el labio, mientras por su rostro pasaba una gran variedad de estados de ánimo. Primero incomprensión, segundo incredulidad, seguido de inseguridad, pasando por enojo, volviendo a pasar por incredulidad, después por... ¿vergüenza?, para seguir nuevamente por irritación, y para acabar en enfado directamente.

—¿La mejor opción?!. ¿Estás de broma?!.— preguntó bajando la voz cuando se dio cuenta de que casi estaba gritando.

Alexia no se podía creer que estuvieran teniendo esa conversación. De ningún modo iba a compartir la misma habitación con él. ¡Dios mío!, solo pensarlo y le daba un síncope. Tenía que haber alguna otra forma. Y si no la dejaba volver a casa seguiría con la idea de compartirla con alguna de sus amigas, si él era terco ella también podía serlo.

—La mejor opción es que hable con María o Eva, estoy segura que no tendrán ningún inconveniente, es más...

—Ya te he dicho que no.—la interrumpió.

—¿No?. ¿Por qué no?. Explícamelo porque te juro que no lo entiendo.—le preguntó exasperada con su actitud mientras se cruzaba de brazos furiosa.

—Porque no quiero tener que deberles nada a la producción.— argumentó molesto mientras se frotaba la frente.— Y a ti tampoco tengo que darte ninguna explicación, haz lo que te ordene y punto.

Martín estaba empezando a crisparse. ¿Qué demonios le pasaba a esa mujer?. Cualquiera estaría encantada de compartir la cama con él, sino que se lo preguntaran a Marta o a cualquiera de las demás mujeres que habían pasado por ella. No había tenido nunca ninguna queja referente a ello, más bien todo lo contrario, además ese no era el punto ya que no se iba a acostar con ella, solo a dormir. ¿Cuál era el problema entonces?. ¿Qué se pensaba acaso que la iba a violar?. ¡Pues ya podía esperar sentada!. Alexia no era su tipo, aparte por supuesto de ser su empleada, por lo que no tenía ningún pensamiento lascivo con respecto ella.

¡Mientes!.

—¿Perdona?.—le preguntó mirando a un lado y a otro con los brazos en jarras.— Ni veo a ningún

hombre con un látigo ni estamos en la época de la esclavitud. ¡Por supuesto que me debes una explicación!, no pienso acatar tus órdenes solo porque el *patrón* lo ordene.

De repente al actor le hizo gracia su actitud, y fue él el que esta vez se cruzó de brazos mientras una sonrisa socarrona bailaba en su rostro.

—Dime Alexia, ¿qué es lo que tanto te molesta?. ¿Acaso tienes miedo de dormir conmigo?. ¿Piensas que me voy a propasar contigo o que te voy a violar?.

—No, claro que no.—le contestó parpadeando varias veces confundida por la pregunta.

—Entonces, ¿cuál es el problema?.

Lo miró sin comprender a donde quería llegar. Cuando sonreía de esa manera la ponía nerviosa.

—El problema, es que no es correcto Martín.

—¡Ah, no es correcto!.—repitió acercándose peligrosamente a ella y borrando la sonrisa de su cara.

—No será, ¿qué te preocupa lo que pueda pensar Roberto, o cualquiera de tus ligues si se enteran de que estamos durmiendo en la misma habitación?.

Él clavó su mirada en la de ella intentando vislumbrar lo que realmente pensaba. Mientras, Alexia estaba sorprendida por la pregunta, ya que era obvio que le preocupaba, pero no solo lo que pudiera pensar Roberto sino por lo que pudiera pensar cualquiera.

—Por supuesto que me preocupa, pero no por lo que tú piensas...

—¡Ya!.—la interrumpió quedándole clara la situación.— Te informo que no quiero deberle ningún favor a la producción, porque después tarde o temprano me van a pedir algo a cambio. Y por lo general será algo que no me hará mucha gracia, pues ya me ha ocurrido anteriormente.—le explicó mientras se pasaba la mano por el pelo molesto sin saber muy bien por qué.

—No entiendo, ¿qué tiene que ver la producción en esto?. ¿Sería un favor personal que le pediría yo a una de mis amigas?.

Él soltó un suspiro queriendo terminar ya con esa conversación, pues de pronto le había dejado de hacer gracia. Le exacerbaba el hecho de que ella pusiera tantas excusas y tantos impedimentos sobre el asunto. El caso es que era la mejor solución a su problema y no había que darle tantas vueltas. Estaba seguro que si esa complicación hubiese ocurrido estando Verónica trabajando para él, no habría puesto ningún inconveniente.

—Y dime Alexia, ¿para quién trabajan tus amigas?.

—Pero si yo les pido que no digan nada, no lo harán.—le explicó empezando a entender por donde quería ir.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que *tú* eres mi empleada por lo tanto *mi* responsabilidad, y no quiero darles ninguna excusa que puedan utilizar para sacar provecho. Además, los dos vivimos en la misma casa bajo el mismo techo, por lo que no te tendría que resultar tan difícil el compartir habitación conmigo.

—No es lo mismo.—le contestó tercamente.

¡Sí!. ¡No es lo mismo!.—le dijo una vocecita interior a Martín, la misma que había escuchado hacía un momento.

De la misma forma que la relación que le atañía con Verónica no era la misma que con Alexia, he igual que antes, el actor no la quiso escuchar.

—Sea o no lo mismo da igual. El hecho es que estamos en esta situación ahora y hay que darle una solución. Y la solución más adecuada y la más factible es que compartamos la misma habitación, y no pienso seguir discutiendo sobre el asunto.

—Pero...

—¿Va todo bien?—preguntó Roberto que se estaba acercando a ellos.

Tanto jefe como empleada se sorprendieron de la interrupción de la que fueron objetos. Tan ensimismados estaban en ellos, que como solía ocurrirles muy a menudo se olvidaban de lo que pasaba a su alrededor. Roberto llevaba un rato observándolos mientras ellos hablaban, y se había percatado por las expresiones de Alexia y los aspavientos de sus manos de que estaban discutiendo. Y pensando que necesitaba su ayuda, decidió salir en su rescate como buen caballero de brillante armadura.

—¡Sí!

—¡No!

Le contestaron los dos a la vez con expresiones adustas en su rostro. El primero en reaccionar fue Martín, que por primera vez y sin que sirviera de precedente se alegraba de la interrupción del actor.

—¡Roberto, amigo!—exclamó mientras le pasaba un brazo por los hombros sonriendo de forma amistosa.

Algo que hizo desconfiar a Alexia que arrugó el ceño de forma inconsciente. Mientras que éste sorprendido, no entendía la afabilidad con la que lo estaba tratando Martín ahora, sobre todo después de tantas malas caras.

—Mi *empleada* y yo estábamos tratando un asunto en el que no nos ponemos de acuerdo. Quizás tú puedas echarnos una mano y darnos tu valiosa opinión.—le comentó condescendentemente sin dejar de mirarla en ningún momento.

Cuándo ella se percató de lo que quería hacer intentó detenerlo.

—Martín no...

—Verás...—la interrumpió.— nos ha surgido un pequeño inconveniente y...

—Teníamos una diferencia de opiniones.—continuó ella antes de que dijera nada más.— Pero creo que ya hemos llegado a un entendimiento.

—¿Ah sí?—le preguntó él con una expresión burlona en su cara.

Alexia lo miró furiosa. Estaba colorada de indignación por la forma en la que estaba siendo manipulada, y lo peor de todo es que no podía hacer nada, a no ser que lo dejara hablar y que Roberto y el resto del mundo se enteraran de que iba a compartir la habitación con él. Porque, ¿cómo le explicabas a alguien qué solo ibais a dormir y nada más?. Se reirían en su cara sin creerle ni una sola palabra, y además pensarían lo peor de ella sobre todo con la fama de mujeriego de él. Y estaba claro que no le iba a dejar otra opción que no fuera salirse con la suya. Si estuviera en España se subiría a un taxi y se largaría de allí mandándolo al diablo, y que la despidiera si quisiera por lo que a ella le importaba. Se iría para su casa y le contaría las penas a su hermana o a su mejor amiga. Pero estaba sola en un país extranjero, con un jefe condenadamente guapo, y terco, y cabezota, y engreído, e imprevisible, con un carácter del demonio, y...y...

¡Dios, la sacaba de quicio!

Nunca había sido agresiva pero en ese momento le pegaría de lo rabiosa que estaba, y le borraría esa increíble y sexy sonrisa que tenía en su perfecta cara. Así que tomó una decisión, compartiría la cam... la habitación con él, y rezaba con todas sus fuerzas de que solo compartieran el cuarto y hubiera un acogedor sofá donde pudiera dormir. Pero como intentara algo, lo más mínimo, se iría para México aunque fuera en cayuco.

—¡Sí!—masculló con los dientes tan apretados que le dolían.— Lo he pensado mejor y creo que tu

opción es la mejor.

—¡Vaya!. Me alegro de que hayas cambiado de opinión.—contestó con cara de satisfacción.—¿Estás segura?.

A Alexia le saltaban chispas de los ojos. Si las miradas matasen él estaba fulminado y enterrado, y lo que más le fastidiaba es que se estaba divirtiendo con todo aquello. Asintió con la cabeza de una forma un tanto rígida y Roberto no muy seguro de lo que estaba pasando allí le preguntó amablemente.

—Alex cariño, ¿de verdad está todo bien?.

La mujer giró su cabeza hacia él proyectando toda su furia hacia su persona.

¡*Toda la culpa es tuya!*.— pensó rabiosa.

Si no los hubiera interrumpido habría podido convencer a Martín de hallar otra solución, pero se había tenido que entrometer no dejándole otra opción que claudicar. Y ahora su jefe estaba sonriendo de oreja a oreja de forma petulante, sabiendo que la había acorralado y que no tenía escapatoria, a no ser que quisiera quedar en evidencia delante de todo el mundo.

Muy en el fondo sabía que estaba siendo injusta con él, pero a alguien tenía que echarle la culpa, ¿no?.

—Si Roberto, todo está bien. *Gracias a ti*, todo está perfecto.—le soltó con retintín y arrogancia.

Algo que sorprendió al actor que no entendía la actitud de la mujer hacia él.

—Ahora si me disculpáis voy a seguir trabajando y a solventar la diferencia de opinión que el *señor* y yo teníamos.—informó recalcando la palabra señor y mirando con reproche a su jefe.

Los dos hombres la vieron alejarse.

Mientras uno estaba sorprendido el otro estaba muy contento, y sin saber muy bien que opinar, Roberto se giró hacia Martín que todavía tenía el brazo encima de sus hombros con una extraña mirada dirigida hacia su empleada.

—¿Se puede saber que ha pasado?.—preguntó.

Su compañero se encogió de hombros y exclamó.

—¿Y a mí me lo vas a preguntar?. ¿Sabe acaso alguien que es lo que pasa por la cabeza de las mujeres?.—le respondió haciéndose el sorprendido.

Y volvió su mirada hacia ésta, que seguía andando furiosa camino de la recepción contoneando las caderas.

—Menudo carácter se gasta tu *querida* Alexia.—le comentó a Roberto sin dejar de sonreír en ningún momento.

—Ya te digo.

Y siguiendo la mirada de él y sin comprender todavía lo que había pasado allí le dijo;

—Bueno, ya que estamos solos y parece que estas de buen humor me gustaría hablar contigo Martín.

El actor lo miró y apartó el brazo de sus hombros, dejando atrás la buena camaradería que habían compartido hacía un segundo y se puso algo tenso.

—¡Claro!. Tú dirás.

—¿Nos sentamos en una mesa mientras tomamos una cerveza y hablamos?.

—¡Está bien!.—le contestó intrigado porque su compañero le diera tantas vueltas al asunto.

Salieron de la sala de reuniones, que en ese momento ya estaba vacía, y se fueron a la cafetería del hotel. Y después de estar cómodamente sentados y con una cerveza fría en la mano Roberto empezó a hablar.

—Verás, quería hablarte de un asunto en concreto. Tú y yo hace tiempo que nos conocemos...— empezó a hablar mirándolo a los ojos.

Y el actor asintió con la cabeza mientras le daba un sorbo a su cerveza.

—Y bueno, siempre te he considerado un colega dentro de esta profesión... —continuó sonriendo.

Martín empezaba a entender por dónde iban los tiros y sus ojos se fueron volviendo cada vez más fríos.

—Y quería haber hablado contigo hace tiempo pero... parecía que nunca estabas de buen humor y...

—Quieres ir al grano y dejarte de tanto rodeo.—le recriminó deseando acabar con aquello de una buena vez.

Roberto le lanzó una mirada especulativa, ya que el humor de su amigo había vuelto a cambiar radicalmente.

—Estoy interesado en Alexia y quería saber, ¿si había algo entre vosotros dos?.

Le soltó a bocajarro y sin anestesia. ¿Quería ir al grano?. ¡Pues ya estaba dicho!, más directo no podía ser.

Martín dejó a medias el recorrido de la botella de cerveza a su boca posándola nuevamente en la mesa, y parpadeó varias veces incrédulo por la pregunta. No le pillaba de sorpresa la noticia de que Roberto estuviera interesado en su empleada, en absoluto, no era estúpido y tenía ojos en la cara. Pero sí le había sorprendido el hecho de que el actor creyera que entre Alexia y él había algo.

—Se puede saber, ¿a qué demonios viene esa pregunta?.— preguntó apoyando las manos en la mesa para no estamparle el puño en la cara.—¿En algún momento tanto Alexia como yo hemos sugerido que hubiera algo entre nosotros?.

—No.—contestó Roberto algo incómodo por su reacción, y bajó los ojos para observar como giraba el líquido ambarino de su bebida mientras le daba vueltas a la botella.

Quizás se había precipitado y había visto fantasmas donde no los había. Quizás la cercanía entre jefe y empleada era solo por la simpatía que generaba Alexia, y todo había sido fruto de su imaginación producida por los celos. Ahora Roberto empezaba a cuestionarse si no había estado totalmente equivocado respecto a sus dudas, ya que la sorpresa de Martín le parecía verdaderamente genuina.

—¡Por supuesto que no hay nada entre mi *empleada* y yo!. Solo una estricta relación de trabajo.—le contestó éste irritado por la pregunta, pero sin ser capaz de mirar a su compañero a los ojos.

¿Solo?.—le volvió a hablar esa vocecita interior desechándola nuevamente.

—¡Perdona si te he ofendido!. No era mi intención y quizás malinterpreté las cosas.

—Pues sí que lo has hecho.

Martín volvió a beber de su cerveza con el entrecejo fruncido.

¿Desde cuando escucho vocecitas?.— se preguntó molesto e intrigado a la vez.

—Bueno, pues ya que está todo aclarado, supongo que no tendrás ningún inconveniente en mi interés por Alexia, ¿no?.—le preguntó su compañero con una sonrisa en la cara dando por sentado la respuesta.

— ¡Pues fijate que sí tengo algunos inconvenientes!.—expuso Martín dando a continuación otro trago a su cerveza.

Roberto se atragantó cuando escuchó la respuesta de su amigo, y mientras tosía y luchaba por coger aire éste le daba pequeñas palmaditas en la espalda. Cuando por fin pudo hablar y después de limpiarse, lo miró sin entender el por qué le había dicho eso.

—¿Y qué inconvenientes tienes?.

—El principal y más importante, ¡eres tú!.—le dijo sin inmutarse mientras el otro ponía cara de pasmo.

—¿Como?.—inquirió sin salir de su asombro.

—Verás Roberto, como bien te dije antes Alexia es solo mi empleada y no me une a ella nada más que una relación profesional. Pero soy consciente de que ella está sola en este país y no tiene a nadie que la proteja ni la cuide, y yo de alguna manera me siento responsable de ella.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?.

—Lo tiene que ver, ¡todo!.

Martín se pasó la mano por el pelo impacientemente. ¿Acaso se creía que era idiota?. ¡Por favor, que no había nacido ayer!. Y lo que más le repateaba los hígados era esa cara de no haber roto un plato en toda su vida.

—No te hagas el tonto, ¿quieres?. Nos conocemos desde hace tiempo como tú muy bien comentaste antes, y sé perfectamente lo que quieres hacer con Alexia. Te divertirás con ella hasta que te aburras y te busques a otra con quien pasar el rato en la cama. Pero ya te lo he dicho, trabaja para mí y no voy a permitir que le hagas daño.

—¡Estás equivocado!.—exclamó su compañero empezando a entender lo que quería decirle.—
Realmente estoy interesado en ella.

—¡Venga ya!. Vete con ese cuento a otro lado porque yo no me lo creo.

—¡Te estoy diciendo la verdad!.

Martín cruzó los brazos y le lanzó una mirada penetrante, intentando discernir si era sincero en lo que decía, y le preguntó a bocajarro.

—¿Con cuantas mujeres has estado en estos dos últimos meses?. Con cinco, con seis, siete...—
mientras hacía un gesto con la mano de suma y sigue.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Ah no?, pues yo creo que eso tiene mucho que ver.—le contestó irónicamente agarrando su cerveza para beber.

La bilis le estaba subiendo por la garganta asqueado por su hipocresía, si creía que se la iba a colar, iba listo.

—Alexia es distinta Martín, es divertida, dulce, inteligente, leal, honesta... Puedes mantener una conversación con ella de cualquier cosa, tiene un sentido del humor excepcional, y no es egocéntrica, ni egoísta como la mayoría de las mujeres que conocemos aquí.—le explicó el actor.

Abriendo por primera vez su corazón y confesando algo que ni tan siquiera a él mismo había tenido el valor de hacer.

Eso es totalmente cierto.

Estando de acuerdo por primera en toda la conversación con su compañero.

—Además, desde que la conozco no he salido con nadie más.

Éste agarró la botella de cerveza y le dio un buen trago, después de semejante confesión no era capaz de mirarlo a los ojos. Y Martín que a punto estuvo de atragantarse, se había quedado totalmente perplejo y sin saber muy bien como digerir esa información. Al cabo de unos segundos como no decía nada, Roberto giró la cabeza para saber cuál era su reacción a lo que le había dicho, y se encontró con el actor negando con la cabeza repetidamente.

—Lo siento hermano, pero me cuesta mucho creerme eso.

De repente Roberto se levantó furioso por su incredulidad. ¿Cómo podía dudar de su palabra?.

¿Quién demonios se creía que era para cuestionarle?. Además, él no era precisamente la persona más adecuada para darle clases de integridad cuando hacía exactamente lo mismo con las mujeres. Roberto sabía de la fama de su amigo, que era igual de grande o más que la suya propia.

—¿Sabes qué?, me importa muy poco lo que creas o no.—le recriminó con la botella en la mano y señalándole con un dedo.— Como bien me has recalado hace unos minutos tú solo eres su jefe, por lo que no te tengo que dar ningún tipo de explicación. En tal caso se la tendría que dar a ella. Solo quería hablar contigo por respeto a la amistad que creía que teníamos y para aclarar una duda, y ahora que esa duda está despejada no tengo nada más que decir.

Y le dio el último trago a su bebida, que la dejó encima de la mesa con un golpe más fuerte de lo normal. Y ofendido como estaba, sacó un billete de la cartera que tiró con desdén al lado de la botella.

—Por supuesto, a este *trago* estás invitado.

Y dicho esto se dio media vuelta para marcharse de allí lo antes posible.

—¡Roberto!.—le detuvo Martín antes de que pudiera dar dos pasos.

El actor se detuvo y se giró despacio para mirar a su compañero.

—Te estaré vigilando de cerca.—le advirtió con mucha tranquilidad.

Y alguien que conociera un poco a Martín, sabía que esa tranquilidad no presagiaba nada bueno. El actor estaba apretando con tanta fuerza la botella que tenía en la mano que los nudillos estaban blancos, intentando controlarse para no saltar encima del otro y romperle la cara a puñetazos.

—Y como me entere de que la has molestado o provocado el más mínimo sufrimiento, te las tendrás que ver conmigo. ¡Eso te lo juro!.

—¿Me estás amenazando?.

—¿Tú que crees?.—le preguntó esbozando una sonrisa mortífera.

Y a continuación bebió tranquilamente de su cerveza sin apartar la fría mirada de su rostro.

Roberto entrecerró un poco los ojos calibrando la veracidad de esa amenaza, y después de un segundo no le cupo la menor duda de que era totalmente cierta. Se volvió a girar y se marchó de allí, dejando solo a Martín sentado en la mesa con el ceño fruncido y con cara de pocos amigos.

Estaba claro que al final sí le habían fastidiado el día. ¡Y aún no era ni mediodía!.

¡Mierda!

Capítulo 17

Cuando los empleados del hotel abandonaron la habitación, Alexia no pudo evitar el impulso de patear el suelo por la frustración.

—¡No se puede tener más mala suerte que la mía!. ¡Arg!

Cuando le subieron las maletas la mujer inspeccionó la habitación de cabo a rabo. Tampoco es que hubiera mucho que ver, era grande y espaciosa pero sencilla con un estilo emulando a las antiguas villas Mayas. Disponía de un baño enorme, una televisión grande, unas puertas vidrieras que daban a un pequeño balcón con vistas al mar, y una cama de dos metros por dos metros decorada con dos toallas en el centro, reproduciendo a dos preciosos cisnes adornados con flores. Pero para Alexia era la cama más enana que había visto nunca.

¿Qué enana?, ¡era diminuta!. ¿Qué diminuta?, ¡era liliputiense!. ¡No, liliputiense no!, ¡ahí no entra ni la Pitufina que tanto le gusta a Lucas!

Y lo peor de todo es que solo había una mesa redonda donde poder comer en la habitación con dos sillas, ni rastro de ningún sofá, o un pobre sillón del que poder echar mano. Por lo que su mayor pesadilla se había hecho realidad, tendría que compartir la cama con su jefe.

¡Dios, ¿qué voy a hacer?.—se preguntó sentándose en el borde de la cama.

Y cabizbaja apoyó sus codos en las piernas y agarró su cabeza entre las manos, pero se levantó de golpe cuando se dio cuenta de donde se había posado. Esa cama le había quemado el trasero solo de pensarlo, ¿cómo se suponía que iba a dormir ahí?

Salió al balcón para poder respirar mejor, allí corría una pequeña brisa marina que le agitó el pelo, y notó que le estaba dando un pequeño ataque de ansiedad, pero nada comparado con la agitación que sentía en su interior. Desde allí pudo observar las instalaciones del hotel, mientras inspiraba y expiraba lentamente agarrada a la barandilla. El edificio era grande y hermoso y disponía de amplias zonas con césped. Tenía una enorme piscina con tumbonas donde tomar el sol si te apetecía, y salida a una playa privada donde podías nadar en el agua cristalina de color verde esmeralda, o echarte en una hamaca para relajarte y disfrutar de la paz que allí se respiraba. Todo eso rodeado de grandes palmeras y en el marco incomparable del mar caribeño. Además, podías jugar al tenis en una cancha disponible para los clientes y un mini golf donde practicar el swing. El lugar era hermoso, pero en esos momentos no podía disfrutar de su belleza, estaba más preocupada de cómo pasaría esa noche.

Cuando ya no pudo retrasarlo más y después de cambiarse de ropa poniéndose un vestido fresco y vaporoso, ya que allí hacía más calor que en ciudad de México, salió de la habitación y fue en busca del hombre que la traía por la calle de la amargura.

Cuando logró encontrarlo estaba fuera de las instalaciones del hotel, en una de las dos roulotte de las que disponía la producción. En una, estaban todos los equipos electrónicos de sonido y de imagen que necesitaban para grabar. Y en la otra, la zona de vestuario y peluquería que era justo donde se encontraba en esos momentos. Mientras lo estaban preparando, ella no dejaba de contestar el teléfono con las malditas preguntas de la supuesta relación entre su jefe y la *arpiá rubia*. Así que cuando fue la hora de comer y se dirigieron todos al restaurante/café/autoservicio, Alexia no estaba de muy buen humor que digamos. Y no mejoró para nada cuando al sentarse en la mesa con sus amigos, a su lado izquierdo se sentó Roberto como siempre, y a su lado derecho se sentó Martín, quitándole el sitio que normalmente ocupaba Iván, uno de los técnicos de sonido que esta vez se tuvo

que ir a otra mesa porque ya no cabían más. Todos estaban sorprendidos en mayor o menor grado, menos él, que actuó como si siempre se hubiera sentado allí, y ella lo único que pudo fue mascullar un, “¡maldita sea mi suerte!”.

Después de esos segundos de sorpresa, Esther empezó a charlar y comentar como si no pasara nada, a pesar de las miradas asesinas que se lanzaban Martín y Roberto, y de que Alexia no hubiera abierto la boca todavía.

Martín no hacía más que echar miradas de soslayo a su asistente, observando que apenas había probado bocado y que lo único que hacía era darle vueltas a la comida.

—¿No piensas comer nada?—le susurró al oído acercándose a ella.

—No tengo hambre.

—Él tiene razón, no te he visto comer nada en todo el día.—le regañó Roberto.

Alexia soltó el tenedor en el plato y se cruzó de brazos para a continuación contestarle de forma grosera.

—¿Qué eres mi padre ahora?. ¡He dicho que no tengo hambre!.

Su amigo la observó turbado por la respuesta y una ráfaga de dolor cruzó por su rostro, consiguiendo que ella se sintiera como una rata por lo mal que lo había tratado.

—¡Lo siento!—exclamó arrepentida.— ¡Perdóname Roberto por favor!. Yo... no he debido de hablarte así. ¡Lo siento mucho!.

Todos habían dejado de hablar para dirigir su atención hacia ella, en el mismo momento en el que había explotado en contra del actor.

—No pasa nada.—la tranquilizó, estando seguro de que el arrepentimiento era sincero.— Solo estaba preocupado. Llevas un día de lo más rara, ¿seguro que estas bien?.

—¡Si!—mintió, y después se arrepintió de hacerlo.— Bueno, la verdad es que no...

Y cada uno de ellos sin excepción miró a Martín, y éste cuando se dio cuenta de la reacción de todo el mundo puso los ojos en blanco bufando indignado.

—¿Por qué?. ¿Por la diferencia de opinión con tu jefe?—inquirió Roberto echando una mirada significativa al otro actor.

Consiguiendo que todos le lanzaran reiteradas miradas recriminatorias confirmando lo que antes habían sospechado. ¡Que toda la culpa era de él!. Y éste levantó las palmas de las manos hacia arriba, mientras se reclinaba en la silla pidiéndole ayuda a Dios por tener que aguantar semejantes injurias.

—¡No!—mintió Alexia rápidamente.

Y miró a su jefe que estaba algo molesto tamborileando con los dedos encima de la mesa, para volver su atención hacia Roberto.

— Solo que no he tenido un buen día. Me han bombardeado a llamadas y a preguntas y estoy un poco estresada, eso es todo.

La asistente observó nuevamente a Martín que disimulaba, después de que él les devolviera una mirada de satisfacción a los demás, dejando claro que no había tenido nada que ver, y consiguiendo que bajaran la cabeza arrepentidos por ser tan mal pensados. La mujer no había sido lo suficientemente rápida para ver esa maniobra, así que arrugó el ceño confundida por su reacción y la de los restantes compañeros.

¡Ay si supieran la verdad!.— pensó Alexia.

—Pero estoy bien, de verdad.—volvió a mentir.— No te preocupes, solo es... que no tengo ganas de

comer nada en este momento.

Roberto asintió con la cabeza aunque no estaba muy convencido. Pero ese no era el momento ni el lugar para intentar sonsacarle la verdad, así que siguieron con la comida como si no hubiera pasado nada.

—Así que tú te llamas Mauro, ¿cierto?—le preguntó Martín al cabo de unos minutos al ayudante de vestuario.

Éste asintió sorprendido de que el primer actor de la telenovela supiera su nombre. Si se lo hubieran preguntado un segundo antes, hubiera jurado que el hombre no sabía ni que existía.

—Me ha dicho un pajarito que eres diseñador.

Mauro abrió mucho los ojos y tanto él como María y Eva se giraron hacia su amiga. Mientras, ésta a lo único que acertaba era a mirarlos perpleja, ya que no sabía porque su jefe había salido con aquello, así que ella se giró hacia él preguntándose qué estaría tramando ahora.

—¿Tú eres el diseñador íntimo amigo de Alexia?—inquirió Esther, después de caer en la cuenta de lo que había dicho su compañero.

—Bueno... —empezó a balbucear, sin estar muy seguro de que aquello fuera bueno o malo.— Si, soy yo.

—¡Vaya!—exclamó la actriz impresionada.

—Pues tenemos que hablar tú y yo muy seriamente.—le dijo el actor de forma grave.

Después de haber pinchado con su tenedor un trozo de carne, llevárselo a la boca y estar señalándolo en esos momentos con el cuchillo.

Mauro tragó saliva sin saber muy bien que pensar y la cara de Alexia era de total espanto, si había metido a su amigo en un lío no se lo iba a perdonar nunca. No estaba muy segura de por donde le saldría su jefe, si por saber que Mauro era gay, aunque no creía que a esas alturas del siglo XXI fuera un problema, pero con Martín nunca se sabía, o si porque Mauro estuviera confeccionando ropa fuera del trabajo. También pudiera ser que tuviera alguna cláusula de contrato donde estuviera prohibido coser para gente de fuera de la empresa, o a lo mejor porque... porque... ¡a saber por qué demonios!. Y empezó a bajarle por la espalda una gota de sudor frío.

—Aparte de ropa de mujer, ¿diseñas trajes de hombre?—le preguntó éste.

—Sí, claro. Bueno, la verdad es que se me da mejor la ropa femenina pero tengo algunas ideas muy buenas para trajes de hombre.

—¡Perfecto!—exclamó el actor sonriendo.— Cuando puedas me gustaría que me pasaras algunos bocetos, dentro de poco tengo un evento muy importante y estaría muy interesado en ver tus diseños. Si son tan buenos como el vestido que le diseñaste a Alexia estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo.

Mauro estaba pasmado sin poder dar crédito a lo que sus oídos estaban escuchando, y tanto María, como Eva, como la misma Alexia no salían de su asombro.

—¡No, espérate!—intervino Esther.— consiguiendo que todos la miraran.— Primero tiene que hablar conmigo, el vestido de una mujer es muchísimo más importante que el de un hombre, ¿no es cierto?.

—Bueno yo... —empezó a responder el modisto.

—Discúlpame.—interrumpió el actor.— ¡Eso no es justo!. Un hombre tiene que ir igual de impecable, tenemos que cuidar nuestra imagen tanto o más que vosotras, además yo se lo dije primero...

Los dos se pusieron a discutir, mientras el trío de amigas no podían evitar mirarse las unas a las otras y esbozar una sonrisa de pura alegría por Mauro. Y éste después de recuperar el habla estaba poniéndose de acuerdo con los tres, ya que Roberto se había unido, para quedar con ellos y hablar de sus ideas y los gustos de cada uno.

Después de un buen rato en el que al final todos, y digo todos porque daba igual que fuera actor, peluquera, modisto, que ayudante de sonido, que cámara, todos estaban aportando ideas la cual más loca que la anterior, volviendo tarumba al pobre Mauro. Cuando las miradas de Martín y Alexia se encontraron durante un segundo, la gratitud que en ese momento sentía ella por lo que había hecho su jefe desbordaba en su cara, y él al darse cuenta, simplemente asintió elegantemente al percatarse de lo que le había querido decir sin emitir ni una sola palabra. Y volvió a enfrascarse en la conversación consiguiendo que ésta sonriera de oreja a oreja.

Después de comer se dirigieron en un mini autobús hacia el centro del pueblo, pues querían grabar en el puerto de Telchac. El lugar era pequeño pero muy pintoresco, con sus casas bajas y de suaves colores, o encaladas en blanco de estilo colonial, tenía también una hermosa plaza, un malecón y un pequeño faro. Además querían grabar en los cuatros días que estarían allí en dos zonas en concreto cerca de Telchac. Que era la hermosa Laguna Rosada, hogar de aves migratorias y de los espectaculares flamencos, y de Xcambó, un yacimiento arqueológico maya el cual Alexia estaba deseando visitar. Y por supuesto, aprovecharían la playa privada de la que disponía el hotel donde grabarían unas tomas esa misma noche.

Cuando llegaron a la zona de grabación, la asistente estaba maravillada del caos que allí reinaba. Al hacerse público que la producción de la novela más vista del país iba a grabar en ese pueblo, cientos de personas se congregaron en el lugar. La gran mayoría eran mujeres que gritaban desconsoladas cuando miraban a alguno de los actores del elenco de la telenovela, desesperadas por poder conocer, tocar, besar, o tomarse una foto con uno de ellos. Aunque el más perseguido era Martín por supuesto, y éste estaba encantado con todo aquel espectáculo.

A pesar de que había un cordón policial para contener a aquella jauría de mujeres dispuestas a cualquier cosa por estar cerca de su ídolo, las autoridades y la producción se estaban viendo realmente desbordadas por la situación. Llegando algunas señoras a saltarse el perímetro de seguridad para poder acercarse a su jefe, e incluso tener que llamar a una ambulancia y equipos sanitarios para atender desmayos, y alguna que otra contusión producida por un altercado entre fans más apasionadas de lo normal.

Alexia no podía dejar de estar maravillada, preguntándose como unas personas normales de carne y hueso a las que ella conocía personalmente podían asumir algo así. De pronto se acordó de las palabras que le había dicho la mujer de gris el día de su entrevista, para toda aquella gente Martín y los demás actores eran dioses del celuloide comparados incluso con las estrellas de Hollywood. Aunque todos los días hablaba con periodistas, productores, directores, etc, hasta ese momento no había sido consciente de qué y quién era su jefe. Esas cientos de personas que estaban agolpadas gritando y llorando, la hicieron de golpe tomar conciencia de todo lo que antes le había parecido “normal” para ella, que al ser profana en ese mundo solo le había parecido un trabajo más. Con personas importantes en el país a las que tenía que tratar, cierto, pero que ella al no conocerlas les

había dado la misma importancia que a las que había tenido que tratar en su anterior trabajo como secretaria de dirección. Ahora entendía la actitud que habían tenido en algunos momentos sus amigos y sus compañeras de trabajo en la casa.

¡Dios!, ¡y ella tendría que dormir con su jefe en la misma cama esa noche!. Tragó saliva fuertemente y empezó a abanicarse con la mano.

Pasaron la tarde entre toma y toma, con largos períodos de espera por las continuas interrupciones del gentío, que hacían oídos sordos a las constantes peticiones de la producción, porque estuvieran callados y mantuvieran silencio para poder grabar. A Alexia le costaba mucho acostumbrarse a esas demoras, había que tener mucha paciencia para aguardar sin hacer nada, a que los técnicos y el director de escena decidiesen la mejor manera de grabar una buena toma. Lo que hacían muchos de los actores era repasar el texto una y otra vez, y preguntar al guionista por si tenían algún tipo de duda. O chatear y navegar en las redes sociales con el teléfono móvil, o simplemente esperar pacientemente mientras les retocaban el maquillaje y el pelo.

Pero a lo que definitivamente ella no podía acostumbrarse era al continuo parloteo de la *arpía rubia*, que no hacía más que decir tonterías a todo aquel que quisiera o no escucharla. La actriz no tenía nada que hacer allí, pero decidió ir con el elenco que le tocaba grabar hoy, solo por el simple hecho de que era donde estaba Martín y poder estar cerca de él. Y no le había gustado ni un pelo que el actor a la hora de la comida se hubiese sentado en la misma mesa que la estúpida de su asistente personal. No es que hubiera perdido el tiempo, ya que se había encargado de coquetear y hacerle la pelota al productor ejecutivo Julio Menéndez, pero no quería dejar solos en ningún momento a esos dos, ya que cada vez estaba más convencida de que Martín sentía algo por su empleada, por lo que no podía permitir que las cosas entre los dos fueran a más. Tenía varias ideas en mente; una de ellas era hablar con Roberto, ya que era evidente el interés que sentía por esa estúpida mujer. Francamente, Marta no lograba entender que podían ver en esa insignificante empleaducha, ya que no era nada fuera de lo normal. Era cierto que desde que había cambiado de estilo de ropa, el peinado y había aprendido a maquillarse mejor, estaba como decirlo... decente. Pero nada que ver con ella, o incluso si la apurabas con alguna de las otras actrices. Por lo que seguía siendo un misterio para ella que era lo que podía llegar a atraer de esa poca cosa a los hombres, sobre todo, a hombres acostumbrados a la calidad de mujeres realmente hermosas como ella.

Y la otra idea la pondría en práctica en cuanto pudiera. Estaba segura de que funcionaría, pues nunca le había fallado antes, así que solo era cuestión de tiempo que se deshiciera de esa mujer.

Cuando llegaron al hotel ya había anochecido. La verdad es que la puesta de sol que habían grabado en el puerto había sido sencillamente espectacular, y todos se dirigieron al restaurante a cenar ya que estaban hambrientos. Todos menos Alexia, que todavía sentía un nudo en el estómago que no le dejaba pasar ni un bocado. Aunque intentaron convencerla de que comiera algo, ella no pudo pasar ni un trozo, estaba demasiado alterada y preocupada como para tener hambre.

Martín no hacía más que observarla intranquilo, ya que sabía que estaba nerviosa y tensa pues no hacía más que mordisquearse el labio, algo que lo estaba volviendo loco. Porque a pesar de que por un lado estaba preocupado por ella, por otro lado no podía evitar desear ser él el que mordisqueara esa boca. Era algo que estaba empezando a obsesionarlo aunque se lo negara rotundamente.

Después de cenar, el actor se cambió de ropa para grabar unas escenas en la playa con Esther, y cuando terminaron era pasada la medianoche. Todos estaban agotados, pero todavía seguían discutiendo sobre unos planos en concreto que no sabían si volver a grabar o no.

Alexia cada vez estaba más nerviosa, ya que se acercaba el momento que tanto temía. Cuando al final resolvieron recoger todo y seguir al día siguiente, Martín, Esther, y algunos más, entre los que estaba Marta que todavía seguía por allí, decidieron ir a tomar algo antes de subir a descansar. Ella declinó la invitación, ya que quería aprovechar ese tiempo para darse una ducha tranquila, y estar metida en cama y con mucha suerte dormida para cuando llegara su jefe.

Cuando minutos más tarde él entró en la habitación, coincidió que justo en ese momento salía ella del baño. Se paró en seco al ver aparecer a su empleada y sus ojos se encontraron. Después de unos segundos, recorrió con la mirada el cuerpo de Alexia y se quedó sin respiración. La mujer llevaba una camiseta gris tres o cuatro tallas más grande que la suya, con un corazón sangrante atravesado por una daga alada y unas letras impresas que ponían Bon Jovi en el centro. La prenda al ser tan grande le llegaba por encima de las rodillas, y el hombro izquierdo lo dejaba al descubierto, haciéndola parecer la mujer más sexy que había visto en toda su maldita vida. Ninguna que él pudiera recordar en ese momento, vestida con el picardías más sugerente, el negligé más delicado e insinuante, o la ropa interior más provocativa y tentadora que hubiera visto antes, se podía comparar con lo excitante y fascinante que en esos momentos se veía Alexia. No podía apartar la mirada de ella, devorando ese rostro limpio sin una gota de maquillaje y deseando poder acercarse y acariciar esas facciones perfectas, para poder reverenciar ese cuerpo que era un pecado de Dios. Sus ojos hambrientos no podían dejar de observar maravillados, como algo tan sencillo como una camiseta, podían hacerle sentir ese calor abrasador que le recorría todo el cuerpo.

Alexia avergonzada y sin saber muy bien cómo actuar, y sobre todo como interpretar la fogosa mirada que le estaba lanzando su jefe, decidió simular un enorme bostezo.

—Estoy agotada, así que lo mejor será que me meta en cama. Pero solo para dormir.—le aclaró para que no hubiera ninguna duda.— Me refiero a que me voy a meter en cama para dormir, nada más. Solo para eso.

Y después de callarse de golpe, ruborizada por el ridículo que estaba haciendo, corrió hacia ella roja como un tomate.

Cuando él la oyó hablar despertó de su ensoñación, abochornado por la forma en que la había estado mirando durante todo ese tiempo, y con la vana esperanza de que ella no se hubiera dado cuenta de la enorme erección que tenía en ese momento. Así que carraspeó y sin saber muy bien que hacer, balbuceó mientras buscaba algo de ropa en la maleta.

—¡Si!. ¡Ah... y yo me voy a dar una ducha antes!.—mencionó, desesperado por encontrar un calzoncillo y el pantalón del pijama.

Cuando por fin encontró lo que buscaba, salió disparado hacia el baño cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

¡Maldita sea!. ¡No puedo ser más imbécil aunque entrene!.

Estaba furioso consigo mismo, no entendía como había podido comportarse de esa manera.

¿En qué demonios estabas pensando?.— se recriminó duramente.

Abrió el agua fría de la ducha mientras se desvestía, tenía que bajar esa erección como fuera. Todavía no podía explicarse porque había actuado de esa manera, solo le había faltado espumar por la boca y abalanzarse encima de ella como un semental en celo, y lo peor de todo es que le había faltado muy poco para ello. ¿Qué demonios le pasaba?. En la vida le había ocurrido algo semejante, se había comportado como un estúpido adolescente nuevamente incapaz de controlar su impulso sexual. No era la primera vez que le pasaba eso con Alexia, y ya se estaba convirtiendo en una

detestable costumbre, no le extrañaría en absoluto que su empleada pensase que era un salido. Se metió debajo de la ducha, y esta vez el que se tuvo que morder el labio fue él, para que no se le escaparan pequeños jadeos por el contraste del agua helada en su caliente cuerpo. No quería añadir más motivos de vergüenza a su ya larga lista, si su asistente escuchaba salir esos sonidos del baño pensando, con razón, que estaría haciendo otra cosa. Después de un buen rato con todo controlado, o eso creía, salió del baño encontrándose en parte decepcionado en parte aliviado, de que estuviera durmiendo como un lindo angelito. Así que se metió con cuidado intentando no despertarla, pero fue un error. En el momento en el que lo hizo, otra vez su *amiguito* decidió que era hora de despertar. El calor que desprendía Alexia y el aroma de su cuerpo recién duchado, no hacían más que evocar pensamientos eróticos y muy calientes, a la ya de por si fértil imaginación de Martín. Y éste empezó a pensar que tal vez su empleada había tenido razón, y no había sido muy buena idea la de compartir habitación.

Llevaba más de una hora en la misma posición fingiendo estar dormida, y le estaban empezando a doler músculos de su cuerpo que ni sabía que existían. Había intentado dormir, de verdad que lo había hecho, pero le era literalmente imposible hacerlo. Sentía la presencia de Martín cerca de ella, su olor, su calor, y no podía hacer otra cosa que pensar en él. Se estaba volviendo loca, así que en cuanto estuvo segura de que se había quedado dormido por la quietud de su respiración, decidió que tenía que salir de allí.

Se levantó despacio y se fue al baño a cambiarse de ropa, y después de puntillas para no despertarlo, se dirigió a la puerta, la abrió y salió de la habitación.

El actor abrió los ojos en el mismo momento en el que escuchó cerrarse la puerta.

¿A dónde diablos iba esa mujer?!

Se levantó de la cama con la fuerte sospecha de que sabía hacia donde se dirigía, y se cambió de ropa y salió disparado detrás de ella. Cuando llegó a la habitación de Roberto, o creía que esa era la habitación de su compañero, estuvo a punto de golpearla y tirarla abajo pero se lo pensó mejor. No tenía derecho a hacer lo que más estaba deseando hacer, como bien le había dicho a su ex amigo solo era su jefe nada más, así que frustrado se dirigió a otra puerta. Y estuvo a punto de llamar, pero al final en el último momento no lo hizo, pues sabía a ciencia cierta que no era una buena idea. En el mismo momento en el que pensó en buscar a Marta, su querido amiguito, el que antes había estado despierto e incordiándole, había desaparecido en combate. Ni estaba, ni se le esperaba. Por lo que decidió salir de allí e irse a emborrachar o... algo.

Cuando pasaba por delante de recepción saludó a la mujer que estaba de guardia.

—Buenos noches señor Ledesma.— le dijo sonriente, sin mostrar ningún asombro por encontrarlo a esas horas deambulando por el hotel.

—Buenas noches.

—¡Vaya, parece que su asistente personal no es la única que no puede dormir esta noche!

Martín se paró en seco.

—¿Ha pasado por aquí mi empleada?—le preguntó estupefacto.

La mujer asintió con la cabeza.

—Si, dijo que no era capaz de dormir y que iba a dar un paseo por la playa.

—¡Gracias!.—le contestó sin poder evitar esbozar una enorme sonrisa.

—¡De nada señor!. Estamos aquí para lo que necesite, sobre todo después de haber metido la pata como lo hice. No he tenido la oportunidad de expresarle mis más sinceras disculpas.—le contestó la mujer avergonzada y cabizbaja.

—¿Fuiste tú la que se equivocó a la hora de hacer la reserva?.

—Sí, señor. ¡Lo siento mucho!.

Y sin saber muy bien porque lo hacía se acercó, y agarrándole la cara con ambas manos le plantó un sonoro beso en la mejilla, dejando a la recepcionista boquiabierta del asombro. Y se marchó camino a la playa.

Cuando llegó a ella no le costó mucho trabajo encontrarse con Alexia, que estaba sentada en la arena muy cerca de la orilla, con las piernas dobladas y agarrándose las rodillas. Cuando se sentó a su lado la mujer se sobresaltó al no esperarse su presencia, y a él se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de que estaba llorando, aunque ella rápidamente desvió la cara para intentar disimuladamente secarse las lágrimas.

—De verdad, ¿tan difícil te resulta tener que compartir la habitación conmigo?.—le preguntó después de unos segundos, mirando hacia el mar con la voz algo envarada por el rechazo.

Alexia soltó un sonido mitad carcajada mitad sollozo.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que no eres el ombligo del mundo, Martín?.

Él se giró hacia ella al escuchar su contestación sorprendido por la respuesta, y se la encontró mirándole con los ojos brillantes por las lágrimas, mientras negaba con la cabeza recriminándole por su enorme ego. Alexia giró la cabeza para mirar hacia el mar infinito.

—Sabes de sobra que no me hace ni pizca de gracia tener que compartir la... habitación contigo, pero no estoy llorando por eso.

—Entonces, ¿por qué?.

Ella soltó un fuerte suspiro y se mordió el labio en un inútil intento por no volver a llorar. Odiaba que Martín la encontrase siempre en esos momentos de bajón, creería que era una estúpida llorona, ¡y con razón!. ¿Pero qué podía hacer?!, estaba claro que los dioses conspiraban en su contra.

—¿Te acuerdas cuándo te expliqué lo que significaba la palabra gallega *morriña*?.

Martín asintió con la cabeza empezando a comprender.

—Pues no hay mucho más que decir. Cuando me senté aquí sobre la arena, y olí al salobre del mar y escuché el sonido de las olas romper, me acordé de mi casa, de mi familia, de mis amigos... de todo lo que he dejado atrás.

Y las lágrimas empezaron a correrle de nuevo por las mejillas.

El actor se levantó y se colocó detrás de ella, dejándola entre sus piernas y abrazándola con sus fuertes brazos. Su empleada cuando se percató de lo que había hecho protestó.

—¡Martín!.

—¡Chss...!. Olvida por un momento que somos jefe y empleada, ¿quieres?.. Piensa que solo somos Alexia y Martín. ¡Por favor!.—le suplicó.

Cuando lo miró confundida con el cuello girado y la cara levantada, él no pudo evitar secarle las lágrimas tiernamente con el dorso de su mano. Le dedicó una dulce sonrisa y miró hacia el frente, no dejándole otra opción que seguir su ejemplo. Durante unos minutos, unos preciosos y agradables minutos, estuvieron abrazados. Con la barbilla de él apoyada en la coronilla de ella, y la mirada perdida en la inmensidad del océano bañado por el resplandor de la luna, cada uno sumido en sus

propios pensamientos, y siendo solamente Alexia y Martín.

—Si tanto echas de menos tu casa y tu familia, ¿por qué te marchaste?—le preguntó, muerto de curiosidad unos minutos después.

—¡Puff!, es difícil de explicar.—le contestó, siendo reacia a contarle esa parte de su historia.

—¿Tienes algo mejor que hacer?.

Y ella adivinó la sonrisa pícara que estaría bailando en su cara en esos momentos, así que se giró nuevamente y mirándole directamente a los ojos le dijo.

—Yo te lo cuento, si antes tú me cuentas algo a mí.

—¿Qué quieres saber?—le preguntó, reprimiendo el loco impulso de besarla.

¿Llegaría alguna vez el día en que dejaría de sentir esos pequeños escalofríos cuando la tocaba.
— se preguntó.

—¿Qué pasó entre tu padre y tú?.

Martín se puso rígido y la expresión de su cara cambió drásticamente.

—No creo que eso te importe.

—¡Sí que me importa!. ¡Por favor Martín!— esta vez le tocó a ella suplicar.

—¿Por qué?—inquirió con una expresión de dolor en su rostro.

—Porque... quiero comprender.

Alexia quería gritarle que era porque él le importaba. Porque todo lo que le doliera o hiciera daño a ella le importaba. Porque quería poder borrarle esa mirada de tristeza, ese dolor que tenía enterrado en su alma, el sufrimiento que se vislumbraba en sus ojos cada vez que mencionaba a su padre, pero no tuvo valor.

Ahora le tocó suspirar a él y durante unos segundos que parecieron interminables permaneció callado.

—Mi madre nos abandonó a Miguel y a mí cuando yo tenía ocho años.—dijo al fin, sin poder mirarla a los ojos y enfocándolos hacia el océano.

Alexia abrió mucho los suyos sorprendida. Preguntándose cómo alguien podía abandonarlo, y menos cuando estaba segura de que habría sido un adorable niño de ocho años.

—Yo era demasiado pequeño al principio para darme cuenta de lo que había pasado. Solo sabía, que mi abuela por parte de mi padre se había venido a vivir durante una temporada a nuestra casa. Miguel nunca pasaba mucho tiempo con nosotros, trabajaba demasiado para poder darnos una buena vida a mí y a mi madre.

El actor sonrió de forma sarcástica.

—Éramos una familia humilde como tantas más que hay en México, de aquella no disponíamos del dinero ni de los lujos que tengo ahora. Mi padr... Miguel adoraba a mi madre y tenía dos trabajos que a duras penas podía compaginar para darle todo lo que ella se merecía. Su reina como la llamaba él solo se merecía lo mejor, y aunque no estaba mucho tiempo en casa el poco que pasaba era del bueno, y yo esperaba ansioso esos momentos. Jugábamos al balón o con los coches de juguetes, y tenía una paciencia infinita conmigo, por muy cansado que estuviera siempre encontraba un hueco para disfrutar juntos.

Durante un momento no pudo seguir hablando.

—Lo querías mucho, ¿verdad?.

Él asintió. Y Alexia pudo observar como la nuez de su garganta subía y bajaba cada vez que tragaba.

—Era mi padre.—prosiguió.— Y lo idolatraba. Lo amaba como solo un hijo puede amar a un padre.

Martín se pasó la mano por el pelo y la miró pero no ver nada. El dolor en su rostro expresaba toda la decepción, la frustración, la amargura, la ira, que sentía en ese momento.

—Pero el día en que mi madre se fue también perdí a mi padre. Durante los dos meses siguientes Miguel vagaba como un alma en pena, y empezó a beber y a faltar al trabajo, por lo que al poco tiempo lo despidieron. Casi no comía ni dormía y empezó a cambiar, y de aquel padre amante y cariñoso no quedó ni la sombra.

Alexia parpadeó varias veces pues no quería llorar.

Y de pronto se levantó furioso y ella con él. Y dándose golpes en el pantalón para desprender la arena de ellos empezó a hablar levantando la voz.

—Se suponía que él era el adulto, ¿no?— señaló con amargura.— Se suponía que él tenía que ser fuerte por los dos. Que tenía que protegerme, que cuidarme, que consolarme, que decirme que todo estaría bien. Prometerme que estaría siempre conmigo, que él nunca me abandonaría. ¡Para eso es un padre!

Y levantando las manos empezó a reírse, pero era una risa triste y amarga.

—¡Pero no!. ¡Miguel no hizo eso!.

Y mirándola con ira le preguntó con desprecio.

—¿Sabes lo que hizo tu querido Miguel?.

Ella negó con la cabeza sin atreverse a decir nada.

—¡Tu querido Miguel no hizo nada de eso!. ¡No señor!. Tu querido Miguel hizo todo lo contrario. Se sumió en la amargura y se hizo duro y ruin. Lo único que conseguí fue su desprecio, su rencor, su odio. Nada de lo que hacía estaba bien, nada era lo suficientemente bueno para él.

—No creo que él te odiara Martín.

El hombre la miró y volvió a reírse.

—¡No Alexia!. ¡Eso es algo de lo que estoy completamente seguro!. Mi padre me odiaba porque me culpaba del abandono de mi madre.

La mujer no podía creérselo. No quería creérselo.

—¿Te lo dijo él?.

—No hacía falta que lo hiciera.—le contestó bajando la voz.

Se había dado cuenta de que se estaba alterando demasiado, y ella no tenía la culpa de nada. Se acercó más a la orilla y se agachó a recoger una concha de mar y tirarla hacia el océano.

—Solo tenías que fijarte en cómo me hablaba, como me miraba, para comprender que me hacía responsable del abandono de su esposa... de mi madre. Cuando ya no pude más, a los quince años me marché. Me fui a vivir con mi abuela hasta que dos años después murió, y con diecisiete empecé a trabajar de modelo y a hacer mis pinitos de actor....

Hasta ahora.

Se dio la vuelta y observó cómo Alexia se sonreía.

—¿Te hace gracia?.

—¡No!.—exclamó, cuando se percató de que podía dar a confusión lo que estaba pensando en ese momento.— ¡Para nada!

Él levantó una ceja indeciso de si creerla o no.

—Solo me estaba acordando de algo que me dijo Verónica hace tiempo.

—¿El qué?.

—Nada que tenga importancia.—le contestó.— Pero ahora empiezo a entender que tú y tu padre os

parecéis más de lo que creéis.

Martín se quedó sin aliento, incrédulo a lo que acababa de escuchar. Su rostro se convirtió en una fría máscara de desprecio, y con los dientes apretados y la mandíbula tensa masculló.

—Yo no me parezco a mi padre en, ¡NADA!

Y empezó a caminar furioso hacia el hotel y Alexia se asustó al ver la expresión de su cara.

—¡Martín!— gritó corriendo detrás de él, hasta alcanzarlo y agarrarlo por el brazo para detenerlo.

—¡Suéltame!

—¡Escúchame!. ¡Por favor escúchame!—le rogó poniéndose delante y cortándole el camino.

—¡No tengo nada que escucharte!—le gritó.

Pero al final se detuvo y se pasó las dos manos por el rostro, dolido y decepcionado. Le había dejado entrever su corazón, le había enseñado una herida que todavía le sangraba, y ella había metido y retorcido el dedo para causarle más dolor.

—¿Cómo...?. ¿Cómo has podido decirme eso?. ¡Sobre todo tú!—le recriminó sin poder creérselo.

—¡Escúchame, por favor...!

—¡Has sido a la única persona en mi vida que se lo he contado!—le confesó abriendo los brazos.—

Ni tan siquiera a Vero a la que considero como a mi hermana le he dicho nada. Pensé... pensé... que precisamente tú me entenderías, porque al igual que yo, tú perdiste a tus padres muy joven y sabes el dolor que se siente. Porque aunque los míos no murieron como los tuyos, yo los perdí a la vez, igual que tú.

En ese instante su rostro reflejaba dolor y decepción, y se giró porque en esos momentos no soportaba verla.

—¡Martín, por favor!. ¡Déjame explicarte...!— le suplicó Alexia.

—A mi hijo también lo abandonó su madre.—le confesó con un hilo de voz.— Y yo nunca... nunca lo he dejado. Siempre he estado ahí, amándolo, protegiéndolo, apoyándolo. ¡Daría mi vida por él!

—¡Lo sé!. ¡Y eso te honra!

—Entonces no entiendo, ¿cómo puedes decir que me parezco a él?— le respondió iracundo.

Y cegado por la ira le gritó.

—¡No quiero que lo vuelvas a decir, entiendes!. ¡Ese hombre y yo no tenemos nada que ver!.

—¡Pero es la verdad!..—le gritó ella.— ¡¿Acaso no lo ves?!.

Parpadeó varias veces confuso.

—El que tú no hayas cometido el mismo error que tu padre con Lucas no significa que no os parezcáis.—empezó a explicarle.

Martín se cruzó de brazos y levantó una ceja, y un músculo de su mandíbula palpitaba por lo apretados que tenía los dientes.

—Ilumíname, ¿quieres?.

Alexia se quedó sorprendida pues la iba a dejar explicarse. ¡Inaudito!

—Por lo que me has dicho es evidente que tu padre amaba mucho a tu madre, y Miguel no supo o no pudo gestionar el hecho de que ella lo abandonara. Le fue más fácil sumirse en la ira y en la amargura, y no todo el mundo asume el dolor de la misma manera Martín, y está claro que tu padre no supo hacerlo.

—Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo?.

—Pues, que tú has hecho exactamente lo mismo con él. ¿Te has parado a pensar en algún momento en que todo aquello lo superó?. ¡No!, estabas más ocupado echándole la culpa. Te era más fácil odiarlo

a él que era el que estaba presente y no a tú madre que fue la que os abandonó. Toda esa ira, esa frustración, los remordimientos, la decepción, la rabia, todo lo volcaste en él, y nunca te paraste a intentar comprenderlo.

Después de decirle eso la cara de él era de absoluta consternación, como si hubiera recibido un puñetazo que no se esperaba en el estómago, y cayó de rodillas en la arena con una expresión de total desaliento.

—¡Por Dios, era solo un niño!

Alexia se arrodilló junto a él.

—Lo sé.— le dijo suavemente con mucha dulzura.— Y tú no has tenido la culpa de nada. Miguel se equivocó, tú padre no actuó correctamente y no lo estoy justificando. Solo quiero que entiendas que no todos reaccionamos de la misma manera, y que siendo un niño como eras estabas en todo tu derecho de sentirte traicionado y abandonado. Pero ahora que eres mayor, que eres hombre, que eres padre, puedes entender que las personas nos equivocamos y que también podemos cometer errores.

—Tú no puedes entenderlo Alexia, no estabas allí. No puedes saber el odio, el desprecio que había en su mirada cada vez que me veía, cada vez que me hablaba.

—Pero si pude ver su arrepentimiento.

Él negaba con la cabeza sin poder creerla.

—Pude ver todo el sufrimiento y toda la tristeza reflejada en su rostro cuando lo echaste de tu casa, y lo arrepentido que estaba de haberme metido en la disputa entre los dos. Lleva años intentando arreglar el dolor que te causó y que tú no le has dejado reparar. Desde que el lunes le diste permiso para poder visitar a su nieto, ha ido el martes para estar todo el día con él y hoy me ha vuelto a llamar. Por supuesto Pedro ha estado en todo momento con ellos, pero eso quiere decir que lo está intentando.

El actor estaba abrumado intentando asimilar todo lo que le estaba diciendo, y ella le agarró la mano para intentar darle consuelo.

—Hay una cosa en la que no tienes razón, y es que yo te entiendo perfectamente Martín, porque pasé por lo mismo que tú y por lo mismo que tu padre. Lo que pasa es que yo no he sido tan terca y cabezota como vosotros dos, y me he dado cuenta antes de mi error.

La miró fijamente durante unos segundos y observó sinceridad en su rostro, pero también observó algo más, algo que no supo descifrar. Y después sonrió levemente acordándose de lo que acababa de decir..

—¿Qué tú no eres terca ni cabezota?. ¡Ja!. ¡Eso no te lo crees ni tú!

Alexia se quedó un poco sorprendida por el cambio de actitud. Y lo observó durante unos segundos con los ojos entrecerrados, mientras él no podía disimular la sonrisa que le estaba naciendo en su rostro.

—¿¿Qué?!. ¡Es cierto!.—le contestó sin saber muy bien si tenía o no que ofenderse.

—¿Cierto?. Que sepas señorita Montero, que usted es la mujer más terca, cabezota y desesperante, que he conocido en mi vida!

—¡Ya!. ¡Le dijo la sartén al cazo!

Los dos se quedaron mirando el uno al otro con una extraña mirada.

—¿Puedo pedirte un favor?.—le preguntó ella.

Martín asintió.

—¿Puedo abrazarte?.

El hombre tragó saliva y volvió a asentir nuevamente.

Y Alexia lo abrazó. Y después de unos segundos de incertidumbre él se aferró a ella. La estrechó entre sus brazos mientras sentía como un gran peso se desprendía de su pecho, dejándolo respirar como hacía tiempo que no hacía. No se había dado cuenta en todo ese tiempo de lo bien que sentaba un simple abrazo. ¡Oh Dios!, ¡se estaba tan bien allí!. Martín no cambiaría ese momento por nada en el mundo.

Y después de unos minutos que al actor se le hicieron cortos, Alexia se alejó para ocupar la posición que habían tenido antes, ella entre sus piernas y él abrazándola con la barbilla apoyada en su coronilla mirando hacia el mar.

—No sé si puedo o si quiero perdonarlo Alexia.

Le confesó después de estar durante unos minutos callados, mientras cada uno reflexionaba en lo que acababa de pasar. Había estado asimilando, digiriendo todo lo que ella le había dicho, y que le había hecho pensar en algo que hacía muchos años se había negado a ni tan siquiera recordar.

—Esa es una decisión que solo tú puedes tomar. Pero los demonios solo desaparecerán si eres tú el que le da una patada en su mugroso trasero, mandándolos derechos al infierno.—le contestó sin apartar la mirada del mar, y colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja que le hacía cosquillas mecido por la suave brisa marina.

Martín no pudo evitar echar la cabeza hacia atrás y soltar una enorme carcajada.

—Eres increíble, ¿lo sabes?.

Ella no contestó, solo sonrió contenta de escucharlo reír. Estuvieron un buen rato así, hasta que a regañadientes decidieron que sería mejor ir a dormir el poco tiempo que les quedaba, ya que era tardísimo.

Los dos habían caído exhaustos en la cama. Estaban agotados física y mentalmente por lo que les había resultado fácil quedarse dormidos, hasta que de pronto él abrió los ojos como platos. No habría dormido ni tres horas cuando de súbito algo lo despertó. Y ese algo se llamaba Alexia, que en esos momentos estaba con la cabeza apoyada en su hombro, el brazo derecho descansando en su pecho, y su pierna rozando su ingle. El actor solía dormir desnudo, pero cuando se hospedaba en hoteles siempre metía en su maleta un pantalón de pijama por lo que pudiera pasar. Pero ahora el cabello de su empleada le hacía cosquillas en el cuello, su brazo le quemaba el pecho, y su pierna...

¡Virgen Santa, su pierna lo estaba volviendo loco!.

Aún con el pantalón puesto había hecho despertar a su inoportuno *amiguito*, que en esos momentos y a pesar del cansancio, estaba tan despierto como hacía unas horas antes de meterse en la ducha. Intentó moverla levemente para que se apartara, pero consiguió todo lo contrario. Ella se arrimó más a él y restregó su pierna contra su miembro, haciendo que al hombre se le escapara un gemido de placer. Todavía quedaba una hora para que amaneciera y a Martín se le iba a hacer eterna.

¡Mierda!. ¡Maldita sea!.

Capítulo 18

A Alexia la despertó el ruido del agua de la ducha al correr, alargó un brazo hacia la mesilla y agarró el reloj para mirar la hora y darse cuenta de que era demasiado temprano todavía. Si su jefe quería madrugar era su problema pero ella estaba muerta de sueño, así que se envolvió de nuevo con las sábanas y la colcha, ahuecó la almohada y se dispuso a volver a caer en los brazos de Morfeo. Unos minutos después escuchó abrirse la puerta del baño y sintió como Martín caminaba por la habitación, haciendo tanto ruido que estaba claro que no la iba a dejar dormir.

—¿Se puede saber qué haces tan temprano levantado?. Hoy no tienes que grabar hasta después de comer.—protestó, todavía con los ojos cerrados intentando no despejarse.

Escuchó como se acercaba a la cama y se sentaba a su lado.

—¿Estas gruñona esta mañana dormilona?.

Ella abrió un ojo y observó cómo sonreía.

¡¿Cómo se podía estar tan guapo a esas horas de la mañana?!— pensó— ¡Este hombre no es de este planeta!.

—Los mortales como yo necesitamos dormir.—le contestó, después de bufar exageradamente y taparse la cabeza con las sábanas.

—Pues yo necesito ir al gimnasio y descargar... tensiones.

Y era cierto. Como había supuesto no pudo pegar ojo después de que Alexia se arrimara a él, y esa hora se le había hecho eterna. Y había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no atacarla en plan hombre de las cavernas, y cumplir todos y cada uno de los pensamientos eróticos que habían pasado por su cabeza durante ese tiempo. Por lo que en cuanto observó que entraba por la ventana el primer rayo de luz, se levantó y fue a ducharse nuevamente en agua helada para calmar a su *amiguito*. Si seguía así iba a pillar una pulmonía.

Y mientras se duchaba decidió ir al gimnasio. Estaba claro que necesitaba desfogarse, y ya que el sexo sobre todo con su empleada estaba descartado, tendría que hacerlo de otra manera. Y hacer un poco de ejercicio le pareció una muy buena idea.

—Dios mío que pereza.—susurró ella mientras se desperezaba estirando el cuerpo y los brazos.

Consiguiendo que la sabana se bajara y tensara la camiseta sobre sus pechos, y Martín no pudo despegar los ojos de esa zona, comprobando nuevamente que la ducha que se había dado hacía unos minutos no había servido para nada. Logrando otra vez que su *amiguito* estuviera despierto, preparado y listo para entrar en acción.

—Umm... con lo bien que se está aquí en la cama.—murmuró sin ser consciente de la mirada de él.

—Si sigues así me vas a convencer de que lo mejor es que en vez de sudar la camiseta en el gimnasio, me meta contigo en cama y haga otro tipo de ejercicio.

Alexia abrió de golpe los ojos y bajó los brazos logrando despejarse de inmediato. Se había quedado boquiabierto por su insinuación, y cuando lo observó confundida por su comentario él tenía una sonrisa depredadora en su rostro

—Yo no... yo no quería insinuar.... que... —empezó a balbucear.

Y Martín soltó una carcajada al observar su expresión de pánico. Estaba encantadora con el pelo revuelto, su expresión adormilada, y el sonrojo que le subía por el rostro. Su cara de espanto era una pequeña recompensa a su venganza, por tenerlo duro y con dolor de testículos mientras ella dormía

plácidamente. Pero se estaba empezando a morder el labio y eso fue una voz de alarma para él, porque quizás no fuera capaz de resistirse esta vez. Así que se levantó teniendo cuidado de que no notara su erección, y agarrando la chaqueta de deporte le dijo;

—Te espero dentro de hora y media en el restaurante.

Alexia agarró una almohada y se la tiró a la cabeza errando el tiro por mucho, pues se había burlado de ella haciéndola pasar un mal rato. Si hubiera sido otra persona no le hubiera importado, pero por un momento... por una milésima de segundo, creyó que lo que le estaba diciendo era en serio, originando que el corazón casi se le saliera del pecho.

—¡Venga ya!—protestó.—¿Dentro de hora y media?. ¡Estás de broma, ¿no?!

—No.—le contestó él después de esquivar la almohada y seguirla con la mirada.

Alzó una ceja y centró su atención en ella, que le estaba retando agarrada a la otra almohada y dispuesta a contraatacar si hiciera falta.

—Te tengo una sorpresa, así que dentro de hora y media te quiero dispuesta y preparada.

—¿Una sorpresa?. ¿Qué sorpresa?—le preguntó intrigada poniéndose de rodillas en la cama.

Martín abrió más los ojos y una lenta y seductora sonrisa hizo aparición mientras la devoraba con la mirada. Su empleada tenía el hombro al descubierto y la camiseta se le había subido casi hasta la altura de las caderas, haciéndole imaginar que diminuta ropa interior se podía asomar por allí. Esa mujer se lo estaba poniendo difícil... muy difícil.

¿Cómo se podía ser tan sexy y no ser consciente de ello?!— pensó— Necesito ir al gimnasio. ¡YA!

Ella arrugó el ceño sin saber muy bien que pensar, ya que los cambios de humor de Martín seguían sorprendiéndola. Hasta hacía un minuto estaba divertido y juguetón, y ahora... Bueno, ahora era mejor no pensar en lo que su rostro expresaba porque no hacía más que confundirla. Él se encaminó hacia la puerta mientras le decía;

—Si te lo digo dejará de ser una sorpresa.— y girándose hacia ella en el último momento le recordó.

— Y por cierto vístete cómoda, yo te aconsejaría un pantalón y cazadora. ¡Ah!, y el teléfono y la Tablet déjalos apagados en la habitación, te quiero para mí y solo para mí.

Y con esto se marchó. Cerrando suavemente la puerta y dejando a Alexia totalmente pasmada, e intrigada, y turbada, y...y...

¡Dios!

Así que no tardó nada en meterse en el baño y prepararse para bajar a desayunar.

Tres cuartos de hora después estaba sentada en el restaurante vestida como le había sugerido su jefe, con unos vaqueros, una camiseta blanca y una cazadora de cuero. Y delante de ella tenía un succulento desayuno, ¡umm... adoraba cuando era tipo buffet continental!. Estaba muerta de hambre después de no haber probado bocado el día anterior desde la mañana, y ahora había tantas cosas que elegir que se estaba volviendo un poco loca. Había adelgazado unos cuantos kilos desde que estaba en México, entre el estrés del trabajo, aguantar a su jefe (que quizás era el más importante), y que todavía no se acostumbraba a la comida picante de ese país, jamás en su vida había comido tan sano. Todavía debería de bajar unos cuantos kilos más para estar en su peso ideal, pero nunca había conseguido seguir una dieta estricta, y ahora sin proponérselo y sin que le quedara más remedio estaba a base de ensaladas, frutas, zumos, etc. Tenía tantas ganas de comerse una pizza, o unos huevos con patatas fritas que era su comida favorita, o un cocido gallego, o unos callos, o una empanada... o... o... ¡nada!. Mejor no pensar en ello o se iba a echar a llorar de nuevo.

—¡Hola!.—la saludó Roberto mientras se sentaba en la mesa.

Por fin conseguía estar con ella a solas sin que estuviera su jefe vigilándola como un halcón.

—¡Hola!.

—¿Te encuentras bien?.—le preguntó preocupado.

—¿Tan mal me veo?. Es la segunda vez que me lo dices y estoy empezando a inquietarme.

—¡No!. ¡Estas preciosa como siempre!. Pero te noté algo abstraída y no sé si es porque tienes algún problema o preocupación.

Alexia le sonrió turbada, siempre era agradable que le dijeran a una que estaba preciosa aunque fuera mentira.

—No, no tengo ningún problema.—le aclaró.—Solo que echo de menos la comida de mi país, pues tengo que reconocer que no soy capaz de acostumbrarme al picante de aquí. Me encantaría poder comerme algo sustancioso sin que me arda la garganta, me lloren los ojos y me quede la lengua dolorida y estropajosa durante una semana. Lo más picante que he comido en mi casa era el pulpo “*a Feira*”*, o los pimientos de Padrón, que “*uns pican e outros non*”*.

Le comentó esto último guiñándole un ojo. Roberto tuvo que reconocer que no le sonaban de nada, y ella hizo un gesto con la mano de que daba igual.

—Son unos pimientos de una zona específica de Galicia y son muy conocidos. La peculiaridad de esos pimientos es que en el mismo puñado hay algunos que pican y otros no, así que es como una lotería saber cuáles de ellos son picantes. Y nosotros lo que hacemos es probar la puntita del pimiento, y si pica por supuesto lo apartamos en una esquina del plato. No tenemos el estómago a prueba de bomba como vosotros.

—Querrás decir que sois muy delicados.

Alexia le echó la lengua.

—Pero se me está ocurriendo una idea genial.—le comentó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ah sí?. ¿A ti solo?, ¿no te ha ayudado nadie a pensarla?.—se burló.

Con Roberto le era fácil, podía bromear y meterse con él sin ningún problema. Los gallegos tienen mucha *retranca** como dicen ellos, al igual que los mexicanos, o sea a lo que comúnmente la gente llama ironía. Sin embargo esa faceta con Martín era muy complicado que Alexia la demostrara, aunque había habido veces en que no había sido capaz de reprimirla, y contra todo pronóstico él no lo había tomado tan mal como ella había supuesto.

—¿Acaso tengo que reírme?.—le preguntó el actor muy serio, resultándole muy difícil no demostrar la sonrisa que bailaba en su rostro.

Por eso le gustaba tanto Alexia, era natural, sin artificios. Si estaba enfadada te lo decía, si estaba divertida te vacilaba, si estaba triste no podía ocultarlo, era refrescante, casi como un libro abierto para él. Y lo más importante era que lo miraba y lo trataba como a Roberto solamente, no como a Roberto el actor, el rico y famoso, sino como a él mismo. Había demasiadas Martas Salgado en este negocio, y él nunca sabía si estaban por sí mismo o por su fama y dinero. Sin embargo con ella era distinto, era la primera vez en su vida que se encontraba con una mujer así.

—Solo si has entendido el chiste.

—¿Qué chiste?.—le preguntó confundido.

Y ella no pudo evitar reírse a carcajada limpia. Esta vez el hombre se había perdido pero le daba igual, le encantaba verla reír de esa manera y se hinchó de orgullo por ser él el que consiguiera eso.

—A ver, dime.—le dijo después de controlar la risa.—¿Qué has pensado tu solito?.

—Pues, en invitarte a cenar esta noche.

—¿Invitarme a cenar?—repitió sorprendida.

—Sí, a un restaurante de aquí del pueblo. Dicen que tienen la mejor langosta de la zona, y si no te gusta puedes pedir lo que te apetezca y que te lo preparen como quieras.

—Bueno... no sé si es buena idea.—le contestó insegura, bebiendo un sorbo de su zumo.

Roberto se reclinó en la silla y la observó algo molesto.

—Estoy empezando a pensar que no te caigo tan bien como yo creía.

—No digas tonterías, ¿quieres?. Claro que me caes bien.

—Pues francamente no entiendo cuál es el problema. Siempre que te invito a algo pones excusas.

—Es complicado.

Alexia no sabía cómo explicarle porque tampoco ella lo entendía muy bien. ¿Cómo podía hacerle entender que si aceptaba su invitación iba a tener problemas con su jefe?. Sin que pensara que ocurriera algo raro entre los dos, ¡claro!. Porque Martín invariablemente cada vez que los había encontrado a ella y a Roberto solos, hablando o riendo se había cabreado, con la consecuente bronca de después, y la mujer estaba en un dilema.

—¡Espera!— exclamó el actor.— A no ser que me haya perdido algo como... ¿estas casada?.

—No, claro que no.

—Tienes novio entonces.

—Ah, ah.—le contestó negando con la cabeza, mientras se metía en la boca un trozo de huevos revueltos.

—¡Te gusta un hombre!. Confiesa, ¿quién es?—intentó sonsacarle.

—No, tonto.—le contestó riéndose.—¿Crees que tengo tiempo de conocer a alguien?, me paso la vida trabajando.

—Bueno, yo por aquí veo a unos cuantos.—le dijo señalando a uno.—Mira ahí tienes a Juan el regidor. ¡Oh espera!, ¿qué te parece Sergio el ayudante de atrezo?.

Ella se echó a reír y después de beber un sorbo de su café con leche le dijo.

—¡Qué pasa!, ¿ahora me quieres emparejar con cualquier bicho viviente?. Te he dicho que no, no estoy interesada en ningún hombre.—mintió.

Ya que el único que realmente le interesaba no podía ser. Su jefe estaba fuera de su alcance.

Y él se quedó callado durante un minuto, sopesando si le decía lo que tenía en mente o no. La noche anterior había tenido una charla muy interesante con Marta mientras Martín estaba en la playa grabando. Y la actriz al principio de forma indirecta y después ya claramente le contó que tenía las mismas fuertes sospechas que él. Aunque Roberto después de haber hablado con su compañero dudó de si se había equivocado, tuvo que reconocer que Marta había visto los mismos signos que él, por lo que ahora tenía más claro que antes que éste le había mentido y que realmente sentía algo por su empleada. Lo que no era tan evidente era lo que sentía Alexia por su jefe. Y tenía que saberlo. Pero para ello necesitaba estar a solas con ella y no tener al otro rondando cerca, así que tenía que convencerla como fuera.

—Entonces, quizás sea... —le dijo mirándola detenidamente y de forma especulativa, mientras la mujer se comía un trozo de salchicha.— que tienes problemas. ¡No espera!, que ahora se llama diferencia de opiniones con tu jefe porque no le gusta que salgas con otros hombres.

Alexia se atragantó. Empezó a toser de forma descontrolada mientras luchaba por coger aire. Se tuvo que levantar incluso, porque un trozo de la maldita salchicha se le había ido por el otro lado, y le

ardían los pulmones mientras Roberto le daba pequeñas palmaditas en la espalda.

—Tranquila.—le dijo el hombre de forma pausada.

La mujer lo estaba taladrando con la mirada.

—¿Se puede... cof... cof... saber?—le intentaba decir entre tosido y tosido.—¿de ... cof... cof... donde...?

—Despacio Alex, cielo.—le decía Roberto entre palmadita y palmadita.— O respiras o hablas, pero las dos cosas a la vez no puedes hacer.

Le dio un empujón mientras lo miraba molesta, pues aún por encima se estaba riendo de ella.

—¡Serás... cof... cof... imbécil!

Después de un buen rato recuperó la normalidad y estaban nuevamente sentados en la mesa, pero a ella se le había quitado el hambre.

—Que te quede claro que soy lo suficientemente mayorcita para decidir con quién salgo y con quién no. Y *mi jefe* no tiene nada que decir u opinar al respecto.—le soltó incomoda por lo que le había dicho antes.

Aunque si era honesta consigo misma, se había asustado de lo cerca que había andado él sobre sus sospechas. No es que Martín estuviese celoso de otros hombres, que es lo que había insinuado Roberto y que por otro lado era absolutamente ridículo, sino que se molestase por hacerlo, cosa que era completamente cierta. Algo que a la propia Alexia le resultaba complicado de entender, para ella su jefe en muchos aspectos le era difícil de descifrar.

—¡Está bien!. Si eso es cierto, no me has dado ninguna excusa aceptable para rechazar mi oferta. Solo somos dos amigos que salen a cenar y no hay nada de malo en ello, ¿o sí?

—No, claro que no.— tuvo que admitir.

—¡Perfecto!. ¿A qué hora te paso a recoger?

De repente tuvo la pequeña sospecha de que había sido manipulada para poder llegar hasta ese punto, pero observó a Roberto que tenía una inocente expresión en su rostro y lo descartó al momento. Así que no le quedó más remedio que aceptar, a no ser que quisiera ofenderlo, además como él bien decía solo eran un par de amigos saliendo a cenar, y eso no tenía nada de malo.

—Está bien, saldré a cenar contigo. Pero ya puede estar de vicio la comida o si no me vas a escuchar.

El actor agarró su taza de café y la chocó contra la taza de ella celebrando la noticia.

—Y sobre la hora,— prosiguió Alexia— no te la puedo confirmar. Todo dependerá de cuando acaben de grabar. Por lo que a lo mejor me va a resultar imposible, así que no te hagas muchas ilusiones.

—No importa, cuando llegue el momento ya veremos.

—¿Qué es lo que ya veremos?—preguntó Esther mientras se sentaba en la mesa.

—Nada importante.—le contestó él girándose hacia ella.—¿No sabes de lo que me enteré ayer?—le dijo para cambiar de tema.

—¿De qué?

Y Alexia puso los ojos en blanco mientras los dos cotilleaban el chisme del día.

Al cabo de unos minutos se fue uniendo cada vez más gente y esta vez le volvió a tocar a Iván quedarse sin sitio, ya que se lo ocupó el otro actor protagonista de la telenovela, Fernando Ríos, que tenía el papel antagonista. La asistente se sonrió disimuladamente al advertir como María no podía quitarle los ojos de encima, bueno, si éramos sinceros tampoco Eva y mucho menos Mauro. Y ella lo

observó detenidamente. Era cierto que era tremendamente guapo, pero no le encontraba el punto. Cuando pensaba en un hombre guapo, varonil, sexy... el único que le venía a la mente era su jefe.

¡Demonios!. ¡Quítatelo de una vez de la cabeza!.— se recriminó.

Intentó centrarse en la conversación y le sonrió a Roberto cuando él le lanzó una mirada curiosa. Habían pasado los minutos, mientras escuchaba a los actores que estaban discutiendo sobre el arte y las mejores maneras de besar que había en pantalla. Cuáles eran las más reales sin tener que llegar a meter la lengua, y ser tan explícitas como en el cine o televisión. Y empezó a ponerse colorada, cuando se enteró de que en las telenovelas a no ser que el director lo requiriese o se pusieran de acuerdo entre los actores, lo normal era que cuando se besaban simplemente juntasen los labios intentado que pareciese lo más real y apasionado posible.

Ella no lograba recordar quien de los dos había sido el primero, pero de lo que estaba completamente segura, era que cuando ensayó con Martín aquella noche sí que hubo lengua. ¡Vaya si la hubo!

Y todos se pusieron de pie cuando uno de los ayudantes de dirección los avisó de que tenían que ponerse a trabajar, mientras seguían hablando del asunto. Y justo en ese momento pasó Marta que se unió al tema de conversación.

—Pues para mí el que mejor besa sin ningún tipo de duda es Martín.— comentó la actriz, después de oír a Roberto y Fernando vanagloriarse de que ellos lo hacían mejor que nadie.

—Lo siento Marta, pero tu opinión no la puedo tener en cuenta.—proclamó Roberto.

—¿Por qué?—preguntó ofendida.— Yo me he besado con los tres grabando escenas y sé de lo que estoy hablando.

—De eso no me cabe la menor duda.—le contestó Fernando, ocultando con su sonrisa la ironía de sus palabras.

La *arpía rubia* le sonrió agradecida por sus palabras, sin entender el doble sentido de lo que había dicho el actor, logrando que Alexia mirara a sus amigos y no pudiera evitar reírse de ella.

—Lo que quise decir es que tu interés por Martín no te deja ser imparcial.—le aclaró Roberto.

—¡Ah! bueno, pues no estoy de acuerdo. Tengo la experiencia suficiente como para saber comparar y decidir quién lo hace mejor.

—De eso tampoco me cabe la menor duda.—volvió a repetir Fernando.

Y Alexia tuvo que taparse la boca con la mano para no reírse abiertamente.

Marta cuando se dio cuenta desplegó todo su veneno contra ella, ofendida por la risa de la asistente no por lo que había insinuado Fernando, ya que eso todavía no lo había llegado a pillar.

—Pues tú no sé de qué te ríes Alexia, estoy segura de que no te han besado muchos hombres. O por lo menos hombres que merezcan la pena.—apuntó mirándola despectivamente de arriba abajo.

La asistente iba a responderle cuando fue interrumpida por su amigo Mauro.

—Alexia tiene demasiada clase como para irse besando con cualquiera.

Marta se rio escandalosamente.

—Cuando dices a cualquiera, ¿a quién te refieres?, ¿a alguien cómo tú?—le replicó con desdén.— Porque estoy segura que con los hombres más guapos de este país no se ha besado, y menos de la categoría de su jefe o de Roberto y Fernando, cosa que yo sí he hecho.—le contestó orgullosa.

Mauro iba a contestarle pero Alexia lo paró con la mano negando con la cabeza que no se metiera. Lo único que iba a conseguir era crearse un problema por culpa de esa mujer y no merecía la pena.

—Lo que Mauro quiere decir.—continuó Esther por él.—Es que quizás su amiga ... ¿por qué...?, ¿tú

¿tienes amigas Marta?—.le preguntó.

—¡Por supuesto!.

La actriz levantó la ceja y se le quedó mirando fijamente durante unos segundos, poniendo en duda la respuesta de la mujer.

—Lo que Mauro quiere decir... —volvió a repetir— es que su *amiga* Alexia quizás no se haya besado con los hombres más guapos, ricos, o poderosos de este país. Pero tampoco tiene una larga lista de hombres viejos, prepotentes y babosos con los que se haya acostado, solo por el simple hecho de conseguir un acuerdo económico o conveniente para su carrera o ambiciones.

Y dicho esto, fue Esther la que la miró con todo el menosprecio del que fue capaz de arriba a abajo esbozando una sonrisa desdeñosa.

—¿Qué estas insinuando Esther?—.le preguntó blanca por la acusación.

—¿Yo?—.exclamó la actriz poniendo cara de inocencia.—Yo no insinúo nada, pero si tú te das por aludida... —le contestó alzando los hombros, sugiriendo que ella no tenía la culpa.

Fernando estuvo rápido y paró a tiempo el avance de Marta hacía la otra actriz. Si no llega a ser por él, Alexia estaba segura de que se hubieran tirado de los pelos, dejando salir el lado más barriobajero de la *arpía rubia*.

—Chicas... chicas... vamos a tranquilizarnos, ¿vale?—.intervino Fernando intentando calmar a Marta, que le estaba echando miradas envenenadas a su compañera.

—Yo estoy muy tranquila.—contestó ésta con una sonrisa, consiguiendo que la *arpía rubia* se enervara más.

—¡Hay que ver lo que hacen las mujeres para llamar la atención!.—bromeó Roberto, intentado ser gracioso para quitar hierro al asunto.—En cuanto no se habla de ellas ya la están liando.

—La culpa es tuya.—le recriminó Alexia echándole la lengua después.—Nos picas y después las *verdaderas amigas* salen en defensa de una...—sostuvo, mientras le lanzaba un beso a Esther agradeciéndole que pusiera en su lugar a Marta— y se arma las de Caín.

—¡¿Qué?!.—exclamó haciéndose el ofendido.

Y de pronto una malévola mirada surgió en su rostro.

—Así que la culpa es mía, ¿no?—.le dijo acercándose a ella poco a poco.

—¿Qué vas a hacer?—.le preguntó reculando alarmada.

—He pensado que no puedes opinar sobre quien besa mejor si no lo pruebas, así que...

—¡No!.—exclamó, y levantó las palmas de las manos para intentar pararlo.—¡No, Roberto, no!.—le volvió a decir mientras seguía reculando.—¡Ni se te ocurra!.

—¡Es una excelente idea!.—afirmó Marta alentándolo, ya que acababa de advertir como Martín se acercaba a ellos.— Así dejará de reírse y sabrá lo que es besar a un hombre de verdad.

Su amigo la agarró de las manos y se las puso detrás de la espalda, y la acercó a él mientras ella le seguía suplicando que no lo hiciera. Y mientras con una mano aprisionaba a las de la mujer, con la otra mano libre la tomó del cuello y la besó.

Alexia no fue la única que se quedó asombrada por lo que estaba ocurriendo, tanto Esther, como María, Eva, y Mauro, y por supuesto Martín se quedaron de piedra. Al principio ella se quedó tan asombrada por lo que estaba haciendo Roberto, que durante unos segundos no fue capaz de reaccionar, pero después empezó a retorcerse furiosa. El beso fue más breve de lo que al actor le hubiese gustado, y no había sido como a él realmente le hubiera encantado besarla, pero por lo menos lo había hecho.

Cuando se separó tenía una espectacular sonrisa en la boca, lo que no se podía decir lo mismo de ella, que le estaba lanzando miradas airadas sin lograr comprender porque había hecho aquello.

—Ahora te toca a ti, Fernando.—lo instó Marta sonriendo ladinamente.

Ya que había sido la única que se había percatado de que Martín se había quedado petrificado a unos metros detrás de ellos.

—Realmente no hace falta.—le dijo ella al hombre que se estaba acercando, con las manos extendidas intentando parar el avance de alguna manera.—Estoy segura de que los dos besáis genial y de verdad que no hace falta que me demuestres nada.

—¡Ah no!, Roberto tiene razón. Eres la única mujer imparcial aquí, así que te toca decidir quién besa mejor.

Alexia estaba desesperada sin saber qué hacer o qué decir para que el actor no la besara sin ofenderlo. Porque con Roberto tenía algo de confianza pero con Fernando era la segunda vez que cruzaba unas palabras, y miró a sus amigas que estaban igual de impactadas que ella, pero que la observaban con una cara de envidia que echaba para atrás.

—¡Te equivocas!.—exclamó.—No soy la única mujer imparcial aquí, estoy segura que tanto María como Eva estarían encantadas de hacerlo.—insinuó intentando convencerlo.

Mientras, sus amigas suspiraban para que dijera que sí, incluso Mauro había suspirado expectante, pero Fernando miró a las demás mujeres y después volvió su cabeza hacia Alexia, que rezaba fervorosamente con que cambiara de opinión.

—No sería lógico, ¿no crees?. Si Roberto te ha besado a ti, yo tengo que hacer lo mismo para que puedas comparar.

Y la besó.

La mujer seguía sin creerse lo que le estaba ocurriendo, no era posible que esto le estuviera sucediendo. Con todas las mujeres que habían soñado con esta situación, ¿por qué le estaba pasando precisamente a ella?.

¡Menos mal que Martín no está aquí!.— pensó aliviada.

—¿Se puede saber qué demonios está ocurriendo aquí?.—preguntó su jefe, después de lo que para Alexia había sido una eternidad.

No pudo evitarlo y en cuanto escuchó su voz apartó a Fernando de un empujón, logrando que éste sorprendido trastabillara un poco hacia atrás.

—¡Oh Martín, querido!, ¡llegas justo a tiempo!.—exclamó Marta, encantada con la situación.—Tu empleada estaba decidiendo quien de los dos besa mejor.

La asistente se quedó helada por las palabras de la *arpía rubia*, y cuando se encontró con la mirada de su jefe el mundo se le vino abajo. Lo conocía lo suficiente para saber que estaba furioso, sobre todo porque le temblaba el músculo de la mandíbula y la vena del cuello se le estaba hinchando. Y lo que más le dolía era que Marta se lo estaba pasando en grande, estaba disfrutando con la situación en la que se encontraba, y lo peor era que no podía reprochárselo ya que si fuera al revés ella haría lo mismo.

—¿Ah sí?.—dijo él apretando los dientes.

—Martín no le des importancia ya que no es más que una tontería.—saltó Esther intentando calmarlo. Pues la actriz lo conocía un poco y que su rostro no demostrara nada no era muy buena señal. Él no hacía más que mirar a Alexia, y ella lo único que quería era salir de allí y meterse en el agujero más profundo que pudiera encontrar.

—Y la tontería de la que estás hablando, ¿es que *mí empleada* se dedique a besar a los hombres para saber quién lo hace mejor?—le preguntó sin desviar la mirada de ella.

Alexia encogió los hombros y bajó la cabeza dolida por sus palabras, estaba pensando lo peor de ella nuevamente. Estaba juzgándola y condenándola sin haberla escuchado tan siquiera, y se giró para que no pudieran ver el esfuerzo que estaba haciendo por contener las lágrimas.

—Eso no es así.—replicó Roberto, arrepentido del impulso que lo había llevado a meterla en ese lío.—Lo estás sacando de contesto, no entiendes que...

—Lo estoy entendiendo perfectamente.—lo interrumpió el actor.

—Escucha hermano... —empezó a decirle Fernando— ya sabes cómo somos los hombres. Nos pican un poco en el orgullo y enseguida tenemos que demostrar que somos los mejores, para ser honestos Alexia no quería que la besáramos.

—¡Si, ya he visto como se apartaba para no hacerlo!.

—Martín... —empezó a hablar Roberto.

—¡No, tranquilo!. ¡Lo entiendo!—le contestó éste, todavía sin apartar la vista de su empleada.— Pero no es justo, ¿no creéis?—les dijo acercándose a ella.— Si tiene que comparar tendrá que hacerlo de los tres.

Y dicho esto la agarró por el brazo haciéndola girar, y sin que le diera tiempo a saber qué es lo que estaba pasando la sujetó fuertemente por la cintura con un brazo pegándola a su cuerpo, aplastando sus pechos contra su torso mientras que con la otra mano la agarró del cuello para que no se escapara en el momento en el que él la besó.

Alexia quedó atrapada entre sus brazos mientras el actor devoraba su boca. No fue un tierno y dulce beso, no, fue todo lo contrario, fue un beso duro, intenso, feroz. Quería castigarla de alguna manera porque lo que había hecho era imperdonable. No tenía nada que ver con la ira descontrolada que había sentido cuando la vio besarse con otros hombres, ni tampoco tenía nada que ver con el hecho de que lo estuviera haciendo delante de todo el mundo. En absoluto. Y mucho menos porque se sintiera traicionado, o dolido, o... ¡Dios, no lo sabía!.

Lo único que sabía es que no quería que en sus labios quedara la huella de otro que no fuera la suya, y que no soportaba que otro hombre la tocara. Lo único que sabía era que un instinto primitivo quería marcarla, quería borrar los vestigios de los demás y que no quedara ningún rastro de nadie que no fuera el suyo. Como un macho alfa marcando su territorio.

Y mientras Martín sentía todo ese tumulto de emociones a la vez, ella estaba asombrada por su reacción. Respondiendo en un principio a toda esa pasión desenfrenada, hasta que su mente empezó a reaccionar percatándose de donde y con quién estaba. Sintiendo como una furia subía por su cuerpo también, pero esa furia era totalmente distinta a la que sentía él. Esa furia era de vergüenza por lo que estaba sucediendo, por el bochorno por el que la estaba haciendo pasar. Porque ese beso no era como el de los demás. Ese beso no era casto ni tierno, sino todo lo contrario, era húmedo, salvaje y apasionado. Sus lenguas encontrándose, saboreándose, luchando entre ellas. Y sabía que Martín lo estaba haciendo a propósito para castigarla y humillarla, y lo estaba consiguiendo. Porque Alexia era completamente consciente de las miradas de los que estaban allí, y que el beso entre ella y su jefe estaba siendo todo un espectáculo. Y ayudándose con las manos que tenía apoyadas en su pecho, empezó a hacer fuerza y revolverse hasta conseguir separarse de él.

—¡Basta!—exclamó furibunda.

Y los ojos de los dos se encontraron retándose mutuamente, mientras intentaban que sus respiraciones

agitadas se aquietaran. Porque para su desgracia el único que le había hecho temblar había sido él. De entre los tres, Martín fue el único que hizo que su corazón latiera a mil por hora, que su cuerpo reaccionase como si le perteneciera, que se quisiera perder entre sus brazos y permanecer entre ellos para siempre. Y estaba furiosa por eso también.

—Bueno, ahora podrás opinar con conocimiento de causa cuál de los tres besa mejor, ¿no crees?— masculló furioso.

Pasándose la lengua por los labios degustando todavía su sabor, mientras sus fríos ojos verdes no demostraban ninguna emoción.

—¿Sabes qué?—empezó a contestarle colérica.— Sois una panda de niños ricos luchando para demostrar quién es el más machito de los tres. A ver quién es el que la tiene más grande y se siente más importante. Vuestros egos son demasiado enormes en comparación con vuestros minúsculos cerebros, que no pueden llegar a entender que una mujer no esté desesperada por besaros. ¡Sois patéticos!

—¿Nos vas a dejar con la duda ahora?—le preguntó Martín.—¿Acaso me vas a decir que no te gustó?

—¡Martín te estás pasando!. Alexia tiene razón.—le increpó Roberto.

Y avanzó hacia él de forma amenazadora dispuesto a partirle la cara si hacía falta, pues estaba muy enfadado por la forma en la que la estaba tratando, pero sobre todo por la manera en la que la había besado y no se lo iba a permitir. Pero no llegó muy lejos, ya que Fernando lo sujetó a tiempo de que allí se mascara la tragedia.

¿Qué demonios está pasando aquí?— pensó éste—¿Esto no es solo por un estúpido beso?.

—¡No Roberto, ahora no salgas en mi defensa cuando tú lo empezaste todo!—le contestó furiosa con él también.

Y se irguió todo lo que pudo, intentando que su orgullo quedara lo menos dañado posible para poder continuar;

—Por supuesto que no voy a daros el gusto. Quizás vosotros por ser actores estáis acostumbrados a besaros con cualquiera, pero yo no. No estoy acostumbrada a que un desconocido me meta la lengua hasta la campanilla. Y soy yo, la única que decide cuando, como y con quién me beso.—les contestó mirándolos a los tres.— Y puedo aseguraros que ninguno de vosotros está en mi lista.

—Yo no he metido lengua.—protestó Fernando, mientras miraba a Roberto al que todavía estaba sujetando.

Y éste junto con los demás miró a la vez a Martín que ni se había inmutado, todavía con los ojos fijos en su empleada.

—¡Es una forma de hablar!—contestó ella exasperada, cuando se dio cuenta de que había metido la pata.

—No seas hipócrita Alexia, y no finjas que no te ha encantado que estos hombres te hayan besado.—le contradijo Marta, aprovechando el momento para meter cizaña.

La actriz estaba molesta por la manera en que Martín había besado a su empleada, había demostrado más pasión en ese beso que en todos los intentos que ella había hecho con él. La jugada no le estaba saliendo todo lo que bien que ella había querido. Por un lado había conseguido que él se enfadara con su asistente, pero por otro lado no se había esperado la falta de control de éste, y la demostración tan entusiasta de la cual había sido testigo. Haciéndola pensar que quizás lo que sentía era más profundo de lo que ella sospechaba.

Alexia se acercó peligrosamente hacia la *arpía rubia* y Esther y Eva dieron un paso adelante para intentar pararla, pero enseguida rectificaron cuando su amiga les lanzó una mirada mortal.

—Mi *querida* Martita...—empezó a decirle con todo el desprecio del que fue capaz.— estoy harta de tu veneno ponzoñoso. Y quizás tú estés acostumbrada a que te metan cualquier cosa en la boca, pero como ya dije antes yo no. Llámame maniática si quieres, pero es que soy muy escrupulosa para ciertos asuntos.

Y decidió marcharse de allí antes de que no fuera capaz de controlarse y agarrara por los pelos a la actriz dándole una paliza. Pero se volvió a girar para comprobar que no solo Marta se había quedado con la boca abierta por su salida de tono, sino que los demás incluyendo a Martín, se habían quedado igual de asombrados que ella. Y ya de perdidos al río Alexia apuntilló;

—Y hazme un favor, ¿quieres *amiga*?. Antes de que vuelva a verte... ¡vete un poquito a la mierda!. Y dicho esto, se encaminó hacia la salida del hotel dejándolos a todos allí plantados.

* “*a Feira*”.— significa: a la Feria

* “*uns pican e outros non*”.—significa: unos pican y otros no.

**Retranca* — ironía.

Capítulo 19

—Ahora vas a saber quién soy, ¡perra!— escupió Marta por lo bajo.— En cuanto hable con Julio tus días aquí van a estar contados.

—¡Ni se te ocurra abrir la boca!—le advirtió Esther.

La actriz se había quedado igual de perpleja que los demás con la contestación que le había soltado Alexia a Marta, y después de unos segundos de desconcierto observó cómo Martín salía detrás de su asistente con cara de pocos amigos, una señal evidente de que nada bueno iba a ocurrir. Sabía que su amiga iba a tener problemas por lo que había hecho, y aunque una parte de ella estaba orgullosa de Alexia por tener los redaños de enfrentarse a su compañera, otra parte la realista, sabía que iba a tener serios inconvenientes tanto con su jefe como con Marta. Observó también a Roberto que estaba preocupado por cómo habían surgido las cosas, frotándose la frente con la mano y decidiendo si salir él también detrás de ellos o no. No atreviéndose a hacerlo, ya que no sabía si sería más un inconveniente dada la mala relación que tenía en ese momento con Martín, que una ayuda para ella. Pero lo que Esther sí sabía sin lugar a dudas era que él no había querido que la situación llegara hasta ese extremo.

Después de que el ayudante de dirección les avisara por segunda vez que se dirigieran a sus respectivas obligaciones, advirtió que su amigo había tomado la sabia decisión de no ir en su busca, por lo que todos decidieron seguir su ejemplo y empezar con sus labores de trabajo. Menos Marta, que se había quedado rezagada con una expresión de regodeo en su rostro que hizo desconfiar a Esther, y se quedó detrás de ella sin que su compañera lo advirtiera habiendo escuchado su amenaza

—Estoy en mi derecho, me acaba de insultar gravemente.—le contestó ésta con una sonrisa maliciosa, deseando que llegara el momento para poder disfrutarlo plenamente.

—¡Escúchame Marta!. ¡Y escúchame bien porque no te lo voy a volver a repetir!—le amenazó Esther seriamente.— Como me entere de que a los productores le has dicho o echo algo que pueda perjudicar a Alexia, te puedo asegurar que moveré todos los hilos e influencias que tengo para que te echen de esta telenovela, y no vuelvas a trabajar en ninguna otra por lo que te resta de vida.

La actriz se quedó pálida por la advertencia.

—¡No puedes hacer eso!.

—¡Pruébame si quieres!—la retó.—Pero te aseguro que estoy hablando muy en serio. A diferencia de ti, que presumes de conocer a gente importante, yo sí que los conozco. ¡Y fíjate, que además me respetan!. Por algo soy la actriz protagonista y tú una simple secundaria.

Marta estaba asombrada por el ultimátum de su compañera y no daba entendido el afán de ésta por proteger a la estúpida de la asistente.

—¡Es más!—continuó Esther.—¡Me encantaría que lo hicieras!. Porque tendría la excusa perfecta para llamar a mis muchos amigos periodistas y contar todo lo que sé sobre ti. Y te puedo asegurar que en dos días tu reputación quedaría por los suelos, sin entrar en todos los escándalos que saldrían a la luz.

—¡No te atreverías!—le soltó con un brillo de miedo en sus ojos.

Esther se cruzó de brazos y esbozó una enorme sonrisa de satisfacción.

—Tú solo dame una excusa y verás de lo que soy capaz.

La *arpiá rubia* no sabía que pensar, era la primera vez que trabajaba con ella y aunque nunca había

oído que hubiese tenido problemas con alguna compañera anterior, podía ver en sus ojos que no estaba hablando en broma, y no podía arriesgarse a perder esa oportunidad. Así que aunque le fastidiase enormemente dejaría de momento en paz a esa estúpida asistente, ya que tenía otro as guardado bajo la manga que muy pronto utilizaría y con lo que conseguiría lo que estaba buscando. Además, rezaba con que Martín la estuviera poniendo en su lugar en esos momentos y ojala la hubiera despedido ya.

—¡Está bien!, para que veas que no soy tan mala persona como piensas, he decidido que no voy a tomar represalias contra Alexia.—le dijo condescendentemente.—Pero no te puedo asegurar que si en un futuro vuelve a ser igual de grosera conmigo no tome las medidas oportunas.

Esther se acercó a ella con la misma sonrisa en la cara, pues sabía que su compañera era lo suficientemente cobarde como para echarse atrás en el mismo momento en el que la había amenazado, y porque además tenía mucho que perder. Y daba gracias a Dios por haber estado en el lugar y momento oportuno para así poder ayudar a Alexia, por lo que esa amenaza por su parte estaba controlada. Lo que no sabía a ciencia cierta era lo que le pasaría con su jefe, eso era algo que ya no estaba en sus manos.

—¡Pero que noble y bondadosa eres mi *queridísima* Marta!.—le contestó con sarcasmo.— La verdad, me acabas de decepcionar. Esperaba de corazón que no me hicieras caso para poder darme el gusto de contarle a todo el mundo lo que realmente eres. Pero, ¡qué le vamos a hacer!,—le dijo encogiéndose de hombros con pesar.— ¡quizás en otra oportunidad!. Aunque espero por tu bien que esas *medidas* de las que hablas nunca las llegues a tomar. Y ahora si me disculpas me voy a trabajar. Y si me permites un consejo haz lo mismo ¿quieres?, de esa forma no tendrías tanto tiempo para andar maquinando a quien tocarle las narices esta vez.

Y se fue en dirección a la roulotte de maquillaje y peluquería, ya que ella sí tenía que grabar esa mañana, dejando atrás roja de la rabia a la otra actriz, mientras se juraba que llegaría un día donde se pudiera vengar de ella también.

Cuando Alexia se marchó dejando a los demás allí plantados, estaba rabiosa por varios motivos en concreto. Primero; estaba enfadada con Roberto por haber empezado todo aquel embrollo, si no fuera por su estúpida broma nada de aquello habría sucedido. Segundo; estaba enfadada con Marta por haber instigado a Roberto y Fernando, y después por intentar dejarla en mal lugar delante de su jefe. Tercero; estaba enfadada... ¡no!, ¡estaba furiosa con Martín!. Por humillarla delante de todo el mundo, por haberla juzgado y condenado sin que la hubiera escuchado tan siquiera. No le había dado la más mínima oportunidad de explicarse, ni darle su versión de los hechos. Y cuarta y la más importante; estaba furiosa consigo misma por dejar que todo eso la hubiera afectado consiguiendo que perdiera el control.

¡Pero estaba harta!.

Harta de la *arpiá rubia* y de sus insultos velados, creyéndose mejor que los demás cuando no tenía que estar orgullosa de ella en absoluto, e intentando dejarla siempre en evidencia delante de su jefe. Harta del egoísmo de los hombres y su machismo, que creían que podían utilizarla como les viniera en gana. Y harta del carácter de Martín, de sus explosivos cambios de humor, de su conducta dominante, de que siempre se tuvieran que hacer las cosas como él quería, sin importar lo que ella

sintiese o pensase.

Y aunque estaba segura de que estaba despedida, después de haber protagonizado delante de todo el mundo semejante espectáculo, en ese momento no le importó. Quizás fuera lo mejor. Posiblemente eso significaba que ya era hora de recoger sus petates y volver a casa.

Y mientras estaba teniendo esos funestos pensamientos, no advirtió como su jefe la alcanzaba, para a continuación agarrarla del brazo y arrastrarla a la salida del hotel.

—¿Se puede saber qué haces?!—le preguntó sorprendida.

—¡Tú y yo vamos a tener una seria conversación!—le contestó Martín, después de salir mientras la obligaba a ir hacia la derecha del edificio.

—¡Suéltame Martín!. ¡Me estás haciendo daño!.

El actor hizo oídos sordos hasta llegar a una moto que estaba aparcada en la acera, agarró uno de los cascos que estaba apoyado en uno de los manillares y se lo pasó.

—¡Póntelo!—le ordenó, mientras se colocaba el otro casco y se subía a la moto.

—¡No!.

Martín alzó la mirada hacia ella, comprobando que tenía el casco en sus manos pero sin la intención de ponérselo.

—¡Escúchame bien Alexia porque mi paciencia está llegando a su límite!. ¡He dicho que te pongas ese maldito casco y te subas a la moto!. ¡AHORA!.

La mujer agarró el casco por las correas de sujeción con un dedo, para ser más exactos con el dedo corazón estirado hacia arriba, y alargó el brazo hacia él.

—Y yo he dicho que... ¡NO!.

El actor estaba a punto de bajarse de la moto para obligar a su terca empleada a subirse a ella aunque fuera a la fuerza, cuando hizo acto de aparición la productora Lucía Andrade.

—¡Hola Martín!. Ya veo que estas a punto de probar la moto como me comentaste ayer.

—¡Ah... sí!. Bueno... eh... estaba por salir con mi empleada a dar un paseo.—le dijo mientras clavaba la mirada en Alexia.

Ella seguía desafiándole, no iba a permitir que la manipulara y la hiciera sentir culpable por negarse a subir a la moto delante de su jefa, así que ya podía esperar sentado. Mientras, Martín se giró hacia Lucía y le comentó;

—Como ya te dije ayer quería tantearla antes de grabar esta tarde, y como sé que a Alexia le encantan, había pensado en darle una sorpresa y llevarla de paseo a conocer la zona.

¿QUÉ?!. ¡Ay no!. ¡No me hagas esto, por favor!. ¡Esto no!. ¡¿Era esta la sorpresa?!

Durante ese tiempo él esgrimía una falsa y encantadora sonrisa que iba dirigida hacia la productora, ya que su mirada seguía siendo igual de fría y letal que hacía un segundo.

—Me parece, ¡perfecto!—comentó la mujer, ajena a lo que estaba pasando entre ellos dos.— Por nada del mundo quiero que te suceda nada, y si crees que probando antes la moto para sentirte más seguro es lo mejor, pues adelante.

—¡Gracias Lucía!, por permitirnos dar una vuelta con esta preciosidad. Estoy seguro de que Alexia te estará igual de agradecida que yo, ¿no es cierto?.

¡Maldita sea!. ¡Lo mato!. ¡Te juro que lo mato!.

—¡Ah... sí!. Sí ... claro, ¡por supuesto!. Muchas gracias Lucía... es... es un bonito detalle por tu parte.—le contestó con una rígida sonrisa.

Entretanto por su cabeza bullían un montón de pensamientos, todos ellos evocando distintas y crueles

maneras de acabar con su guapo jefe.

—No hay de qué cielo.—le contestó la mujer tranquilamente.— Solo espero que no tengáis ningún accidente y volváis sanos y salvos para grabar esta tarde. Así que conduce con cuidado, ¿de acuerdo Martín?

—Por supuesto, eso corre de mi cuenta.

A continuación los dos se quedaron mirando para ella y Alexia no sabía porque lo estaban haciendo. Así que perpleja primero miró a Lucía que la estaba observando extrañada y después miró a Martín, que estaba esperando que hiciera algo aunque ella no sabía exactamente el qué.

—¿Te vas a subir hoy a la moto Alexia?—le preguntó él.

Mientras observaba, sin dejar esa falsa sonrisa en ningún momento, como seguía con el casco colgado de su dedo corazón.

—¡¿Qué?!. ¡Oh... sí, por supuesto!.

Así que no le quedó más remedio que colocarse el ¡maldito casco!, y subirse a la ¡maldita moto!, con su ¡maldito jefe!. Y todo eso sin dejar de sonreír, porque la había hecho sentir culpable después de saber que la ¡maldita sorpresa!, era llevarla de paseo en esa espectacular pero ¡maldita moto!.

¡Maldita sea!

Después de sentarse detrás y sujetarse a la parte posterior del vehículo, porque por nada del mundo se iba a agarrar a él, Martín encendió la moto metió la primera marcha y salió zumbando de allí. Atravesaron todo el pueblo y salieron a una carretera principal, y podría haber disfrutado del paisaje, que por cierto era precioso, si no fuera porque estaba cagada de miedo.

A Alexia le gustaba la velocidad, le encantaba sentir la potencia del motor de su moto entre las piernas, y disfrutar de la sensación de libertad que le proporcionaba. Y aunque muchas veces había tenido que hacer verdaderos esfuerzos por no apretar el acelerador al máximo, sabía cuáles eran los límites a los que podía llegar. ¡Y Martín los estaba sobrepasando todos!. Estaba conduciendo como un loco desde hacía unos cuantos kilómetros sin tomar ninguna medida. Sentía su furia por la manera en como cambiaba las marchas con movimientos secos y rápidos, para seguir apretando el acelerador al máximo. Y estaba conduciendo a velocidades de vértigo, que hacían que ella tuviera pánico de que perdiera el control, y se estamparan contra un quitamiedos. Así que empezó a golpearle con los puños en la espalda mientras le gritaba que parase.

El actor giró a la derecha cruzando un camino de tierra, y se adentró hasta lo que parecía una entrada de una casa que estaba a unos cincuenta metros más al fondo, apunto de derrapar por haber parado de golpe y bruscamente. Casi antes de que apagara el motor y posara el cabestrillo en la tierra, ella ya se había bajado de la moto y mientras se quitaba el casco le gritó furiosa;

—¡¿Pero qué te pasa?!. ¡¿Estás loco?!.

Martín se quitó el suyo mientras se acercaba a ella gritándole;

—¡¿Qué, que me pasa?!. ¡¿Qué te pasa a ti?!.—le preguntó iracundo, arrancándole el casco de las manos para tirarlos a un lado del camino entre la vegetación.

Por un momento tuvo miedo, llegando incluso a dar un paso hacia atrás. Nunca lo había visto de esa manera, estaba fuera de sí.

—¡¿Cómo se te ocurre Alexia?!. ¡¿En qué demonios estabas pensando?!.

Martín se acercó a ella y la agarró de ambos brazos, y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no zarandearla. Así que se apartó de ella bruscamente, mientras caminaba de un lado a otro cerrando y abriendo las manos en un gesto de frustración.

—¡Te dejo sola un momento!. ¡Un solo momento!. ¡Y ya te encuentro besándote con dos hombres delante de todo el mundo!.

—Te equivocas.—le contradijo tranquilamente cruzándose de brazos, y bajando el tono de voz peligrosamente.— No fue con dos, fueron tres.

—¡Me da igual!.—le volvió a gritar, mientras se pasaba las manos por el pelo.—¡Como si son cuarenta!. ¡El caso es que te estabas besando con varios hombres!. Y eso es, ¡inaceptable!.

—Te equivocas nuevamente.—le volvió a corregir.—Me estaban besando ellos a mí, no yo a ellos.

Él se paró bruscamente delante de ella escrutándola con la mirada.

—¿Acaso te estás riendo de mí?.

—¡No, en absoluto!.—le contestó negando con la cabeza muy seria.

—Pues entonces, ¡explícamelo Alexia!. ¡Porque no lo entiendo!. ¡Te juro por Dios, que no logro comprender que estaba pasando por tu cabeza para hacer lo que hiciste!.

—No lo sé, ¡dímelo tú!.—le contestó sin inmutarse.

Martín estaba perplejo por la actitud que estaba tomando. Seguía parada allí, delante de él, con los brazos cruzados y una fría máscara en su rostro, como si nada de lo que le estuviera diciendo tuviera que ver con ella.

—¿¿Qué te lo diga yo?!.—exclamó sorprendido.— ¿A qué demonios estás jugando?. Estoy intentando mantener una conversación contigo...

—¡Ah, claro!.—lo interrumpió.

Y se dio un golpe en la frente con la palma de la mano.

—¡Qué estúpida!. ¡Ahora lo entiendo!. Es que esto para ti es una conversación.—le contestó con ironía.— Verás, es que yo siempre pensé que una conversación era cuando dos personas interactuaban, aportando su versión o diferentes opiniones para llegar a un entendimiento.

Él la miraba confundido sin saber muy bien que pensar.

— Acaso, ¿no es lo que estamos haciendo?.

Y de repente observó anonadado como Alexia se transformaba, dejando esa fría máscara de indiferencia y convirtiéndose en un Miura. Por una décima de segundo Martín habría jurado que su empleada tenía los ojos inyectados en sangre.

—¡¿Perdona... esto una conversación?!.—le gritó, acercándose a él de forma amenazadora.— ¡Esto es un ataque en toda regla!. ¡Me has acusado, juzgado, y condenado sin haberme hecho una sola pregunta y dado la oportunidad de defenderme en ningún momento!. ¡Pero, ¿para qué?, si al final no escuchas!.

—Sé lo que vi.—le contestó, siendo él esta vez el que se cruzara de brazos.

—¿Lo que viste?. ¡JA!.

Levantó los brazos al cielo frustrada por su terquedad.

—Y, ¿qué fue lo que viste Martín?. ¿Cómo me besaba con dos hombres?.

Él asintió con la cabeza apretando los dientes fuertemente.

—¡¿Cómo te hago entender que yo no lo busqué?!.—le gritó desesperada.— ¡Qué yo no quise que nada de aquello ocurriera!. ¡Qué yo no me voy besando por ahí con varios hombres a la vez!. ¿Acaso escuchaste cuando Esther te dijo que había sido una tontería?. ¡No!. ¿Y escuchaste también cuando Roberto intentó explicarte que no era lo que parecía?. ¡No, tampoco!. ¿Y cuándo Fernando te informó que habían sido ellos los que me habían besado y que yo me había negado?, ¿lo escuchaste también?.

¡Por supuesto que no!.

—Tampoco vi que hicieras nada por evitarlo.

—¡Ja, ja, ja!—se rio ella amargamente.— ¡No claro, lo mejor era que me liara a dar puñetazos a diestro y siniestro, ¿no?!. Y, ¿cuándo me besaste tú?, ¿qué tendría que haber hecho?, ¡romperte la cara a ti también!.

¡Mierda!. ¡Sabes que tiene razón!.

Martín se apretó los ojos con los dedos para a continuación pasarse la mano por la cara, y no le quedó más remedio que admitir que tenía razón. Quizás había sido muy duro con ella y no era culpable de lo que la estaba acusando. Pensándolo fríamente, era cierto que ella los había empujado para cortar de raíz el beso que le estaban dando.

—¡Está bien!. ¡Quizás tengas razón y haya sido injusto contigo!. ¡Lo siento!—admitió a regañadientes. Alexia levantó los ojos y los brazos al cielo dando gracias a Dios.

—¡Pero es que no puedo!. ¡Te juro que no puedo con ese hombre!.—exclamó él mientras volvía a pasearse impaciente de un lado a otro.—¡Solo pensarlo y me dan ganas de romperle las piernas!.

La asistente soltó un fuerte suspiro preguntándose;

¡Por dios!. ¡Y ahora qué!.

—¡Sé lo que está intentando hacer pero no se lo voy a permitir!.—le dijo cuándo se paró delante de ella señalándola con el dedo índice y una expresión seria en su rostro.

—¿Qué no le vas a permitir?—le preguntó desconcertada.—¿De quién estás hablando?.

—¡De tu novio!.—le gritó enfadado.—¡De quién si no!.

Alexia se quedó estupefacta. Movi6 la cabeza varias veces parpadeando e intentando comprender de qué estaba hablando.

—¿De quién diablos hablas!?. ¡¿Qué novio?!.

—¡De Roberto, por supuesto!.—le escupió él con una mirada asesina.

Soltó aire fuertemente con los ojos abiertos como platos, incrédula por lo que estaba oyendo, y empezó a caminar negando repetidamente con la cabeza y con las manos.

—Tú estás mal...— empezó a murmurar, todavía asimilando lo que había dicho.— se te ha ido la cabeza por completo. ¿De dónde diablos has sacado esa estúpida idea?. ¡No lo puedo creer!.

¡Roberto mi novio!. ¡Esto es el colmo!.

—¡Acaso me lo vas a negar!.—le gritó enfadado, observando como ella se alejaba murmurando para sí.

—¡Arg!— gritó exasperada.

Y se dio la vuelta echando chispas por los ojos dirigiéndose directamente hacia él.

—¡Por supuesto que te lo niego!. ¡Roberto y yo no somos novios!. ¡Solo somos amigos, nada más!.

—¡No me niegues que no estáis juntos!.—le cuestionó entre dientes.—¿Acaso no habéis salido hace dos días?. ¿Acaso no estabais bailando muy apretados la otra noche?.

—¡Es ridículo!.—exclamó crispada.—Roberto y yo sólo somos amigos. ¡A.MI.GOS!

—¡Por favor Alexia!.—exclamó levantando los brazos indignado.—¿Crees que soy un imbécil?.

¿Qué no me he dado cuenta de cómo te mira, como te trata, o como te habla?. Yo soy un hombre también y sé perfectamente cuando uno desea a una mujer. ¡Y Roberto te desea y de eso no me cabe la menor duda!.

—¡No es cierto!.—le contestó incrédula.—¡No estás diciendo nada más que tonterías!. ¿Quién te ha metido esas absurdas ideas en la cabeza?. ¿Ha sido Marta?.

—No seas ingenua, ¿quieres?. Marta no me ha dicho nada, no ha sido necesario porque yo tengo ojos

en la cara.

—¡Sí, claro!. ¿Y crees que me puedo fiar de ti?—le preguntó sarcásticamente.—Hasta hace dos días decías que Mauro estaba interesado en mí también.

¡Maldita sea!. ¡Ahí le había dado!.— pensó él.

Y se pasó incómodo y crispado la mano por el pelo, pero no quería decirle que el propio Roberto se lo había confesado. Si realmente no había nada entre ellos, algo que Alexia estaba defendiendo en ese momento, no quería que supiera de la confesión del otro hombre, no fuera a ser que debido a ello se empezara a interesar de verdad en él.

De repente la mujer soltó un fuerte suspiro y levantó las manos hacia arriba en señal de rendición.

—¿Sabes que...?, ¡me da igual!. No sé de donde sacas esas estúpidas ideas y no me importa saberlo. Lo único que sé es que Roberto y yo *solo* somos amigos y me importa un comino si me crees o no.

—Alexia...

—¡No Martín!.—lo interrumpió.

Agarrándose la cabeza con las dos manos, exasperada y frustrada por la cabezonería de él.

—¡Estoy cansada!. Estoy cansada de tener que estar defendiendo continuamente contigo. Estoy cansada de que a la menor oportunidad pienses lo peor de mí y me ataques injustificadamente. Estoy cansada de que no creas nada de lo que te digo...

—¡Eso no es cierto!.— exclamó, dolido por las recriminaciones que le estaba haciendo y sabiendo en su fuero interno que eran ciertas.

—Sí, sí es cierto. Y honestamente, ¿no entiendo por qué?. ¡Nunca te he mentido!

Se alejó de ella inquieto, posando sus manos encima de su cabeza, frustrado y enervado consigo mismo porque, ¿cómo podía explicarle lo que sentía cuando ni él mismo lo sabía?. Cuando ni él se explicaba, el porqué del fuerte sentimiento de posesión que sentía hacia ella. Cuando sacaba a relucir todo lo peor que había en él.

—¡Está bien!. ¡Es cierto!.—reconoció al fin, acercándose nuevamente.—Y te creo cuando me dices que no estáis juntos. Y seguramente soy el mayor imbécil del mundo por no saber expresar como una persona normal lo que siento, pero... ¡estoy preocupado por ti!

Alexia se quedó callada durante un segundo mirándole a los ojos desconcertada por la respuesta.

—¿Preocupado por mí?. ¿Por qué?.

—Porque conozco a Roberto desde hace mucho tiempo y sé cómo actúa. Es un mujeriego empedernido y en estos momentos está encaprichado de ti, pero cuando se aburra, cuando te haya utilizado y encuentre a otra mujer con la que pasar el rato, te dejará. Te desechará como si fueras un kleenex y se buscará a otra... y... y ¡no quiero que te hagan daño Alexia!

—¡Basta!.—soltó sorprendiéndolo.— Soy una mujer de veintiocho años soltera y libre, y lo suficientemente mayorcita para cuidar de mí misma. Y tú no eres ni mi padre, ni mi hermano, ni mi novio o marido para que tenga que darte ningún tipo de explicación.

—Soy tu jefe.—alegó, dolido por su reacción después de decirle que le importaba.

—¡Exacto, eres mi jefe!, y como tal, te tendré que dar explicaciones sobre cuestiones laborales, o si no estás contento con mi forma de trabajar o cometo un error en un asunto de trabajo. Pero en lo que respecta a mi vida privada no tengo porque hacerlo. Y Roberto es mi amigo y tendrás que acostumbrarte a ello porque voy a seguir relacionándome con él. Y si me invita a una fiesta y me apetece ir, ¡lo haré!. Pero no solo con él, sino con quien yo crea conveniente. No voy a dejar que nadie nuevamente me diga lo que tengo y lo que no tengo que hacer, quiénes pueden ser mis amigos y

quiénes no.

Y pequeña como era en comparación suya, admiró su valentía cuando se acercó a él y mirándolo muy seriamente a los ojos le dijo;

—Y si no entiendes eso entonces tenemos un problema.

Durante unos segundos se mantuvieron la mirada uno al otro en una batalla de voluntades. Unos preciosos ojos verdes luchando contra unos enormes e increíbles ojos marrones. Retándose, midiéndose, para ver quién de los dos daba el brazo a torcer. Y esta vez le tocó hacerlo a él.

—¡Maldita sea!—exclamó enfadado mientras iba a recoger los cascos que estaban tirados en el matorral.

Sabía lo que ella estaba insinuado y no iba a consentirlo. No iba a dejar que se fuera. Eso, ¡ni loco!. Antes de permitir que Alexia se marchara la ataba a la pata de la cama.

—¡Eres la mujer más terca, la más cabezota, la más exasperante, la más... la más irritante que he conocido en mi vida!—farfullaba, mientras se peleaba con un casco que se había quedado enredado con una planta.

Y después de darle varias patadas a un arbusto y conseguir por fin sacarlo de entre la maleza, le dijo señalándola con el dedo mientras se acercaba a la moto.

—Y tienes razón en una cosa. ¡Soy un tarado!. ¡Y un *menso** por preocuparme por ti!. ¡Dios!, ¡porque si no me importaras me daría igual lo que te ocurriera!.

Y ella se tuvo que tapar la boca para que no advirtiera que se estaba riendo de él. Su reacción con el casco había sido muy cómica, y porque no admitirlo, le había encantado lo último que había dicho.

—¡Mierda!—exclamó, mientras se peleaba con un casco nuevamente para hacerlo entrar en el manillar de la moto y dejarlo colgando allí.— Y soy tu jefe sí y por eso mismo me preocupo. Porque estás sola aquí lejos de tu familia y de tu país, y porque no tienes a nadie que te cuide y te proteja Alexia se fue acercando a él despacio.

—¡Y de alguna manera me siento responsable de ti!.

Y después de colocar correctamente el casco en el manillar, se giró encontrándose con ella justo en frente de él, con una tierna mirada en sus ojos mientras se mordía el labio inferior.

—¡No hagas eso!—le soltó más bruscamente de lo que había pretendido.

—¿El qué?.

—¡Morderte el labio!.

—¿Por qué?.

—Porque... porque... ¡me pone nervioso!.

—¡Oh, lo siento!. No lo hago conscientemente.— le contestó desconcertada.

—¡No importa!.

Y con un suspiro la agarró de un brazo tirando hacia él para poder abrazarla, y estuvieron así durante un minuto saboreando ese momento.

—Lo siento.—le dijo Martín después de darle un beso en la coronilla.

—Yo también.

—Sé que a veces soy algo difícil.

—Pues sí.

—Y qué tengo un carácter de mil demonios.

—Ajá.

—Y puedo llegar a ser muy... ¿cómo decirlo...?

—¿Protector?

—¡Sí, exactamente!, protector.

—Sí, lo sé.

Se separó un poco para mirarla a la cara inquisitivamente cuando se percató de que estaba corroborando todo lo que decía, y ella haciendo un mohín y a regañadientes tuvo que admitir;

—¡Vale!, yo también puedo ser muy cabezota.

—¿Y...?

Alexia se le quedó mirando y de mala gana le hizo un gesto con el índice y el pulgar.

—Y un poquito terca. Pero solo un poquito, ¡eh!

—¡Y menudo carácter que te gastas!.—continuó Martín.— Hubo un momento que pensé que me ibas a saltar a la yugular.

—La verdad es que lo pensé.—le contestó, para a continuación obsequiarle con una brillante sonrisa.

¡Jesús!. ¡Era tan hermosa!

Y Martín se acercó a su cara con un súbito y demoledor deseo de besarla, que fue capaz de reprimir a tiempo besándola solo en la mejilla, y con otro suspiro la acercó más él estrujándola casi entre sus brazos.

—¡Es increíble!

—Lo sé.—contestó él sonriendo, después de unos maravillosos minutos de estar abrazados.

Podría estar así el resto de su vida.

—¡Me encantaría poder montarla!

El actor arrugó el ceño confundido.

—¿Montarla?

—Sí. Me encantaría sentirla entre mis piernas y exprimirla hasta no poder más.

Se separó un poco para poder mirarla directamente a la cara.

—¿Qué?!.—preguntó sorprendido, con la voz estrangulada y el corazón latiéndole a mil por hora.

—¡Sería maravilloso poder sentir su fuerza, su poder!.—le dijo soñadoramente.— Se me pone el vello de punta solo de pensarlo.

¡Virgen Santa!

A él también se le estaba poniendo algo de punta, pero no el vello precisamente.

—¿Me dejas?.—le preguntó esperanzada— ¡Di que sí Martín!. ¡Porfis!. ¡Porfis!

El actor se separó de ella nervioso, y empezó a pasarse las dos manos a la vez por el pelo mientras caminaba de un lado a otro.

—Alexia... yo...

—No se lo diré a nadie, ¡te lo juro!

El hombre no salía de su asombro. No es que no quisiera... ¡que sí quería!, pero no estaba bien...

¿no?. O... ¿o sí?.

¡Mierda!

—¿Acaso no te fías de mí?.

—¿Cómo?.—preguntó aturdido.—¡Ah... sí!. ¡Claro que me fío de ti!. No es eso... es que...

—¡Genial!.—exclamó subiéndose a la moto.—¿Dónde te llevo?.—le preguntó mientras se colocaba el casco.

¡Por Dios!. ¡Estaba hablando de la moto!

—¿Te encuentras bien?.— preguntó al advertir su extraño comportamiento.

Martín no pudo contestarle, solo asintió con la cabeza y se fue detrás de un gran árbol. Se apoyó en él e intentó acallar los latidos de su corazón que estaban a punto de salirse del pecho, e intentó recobrar la compostura. Después de unos minutos y recuperarse de lo que casi estaba seguro que había sido un amago de ataque al corazón, se acercó a la moto y a su empleada.

Ella estaba observando atentamente el manillar para saber dónde estaba el intermitente, las luces, etc. Cuando él se acercó lo miró algo extrañada, y solo pudo ofrecerle una sonrisa avergonzada, pero estaba tan contenta que no le dio mayor importancia.

—¿Estas segura?. Casi no llegas con los pies al suelo.—le comentó divertido.

—Completamente segura.—le contestó algo molesta por la falta de confianza.

—Está bien.

Y se quedó con los dedos agarrados al mentón por un momento, pensativo y sumido en sus pensamientos.

—¿Qué pasa?—inquirió ella impaciente.

—¡Nah!. Estaba intentando recordar si tenía mi testamento en regla.

—¡Serás tonto!.—exclamó dándole con el casco libre en el estómago.

—¡Ay!.

—¡O te subes, o te dejo en tierra!. ¡Y como vuelvas a soltar una bobada más, seré yo misma la que le diga a Lucas que es huérfano de padre!.

—¡Vale... vale!.

Se puso el casco y se colocó detrás de ella después de que quitara el cabestrillo. La moto se bamboleó un poco mientras Alexia se acostumbraba al peso de los dos, y cuando estuvo segura la encendió y le preguntó;

—¿A dónde vamos?.

—Bueno, tenía pensado llevarte al pueblo de Uaymitún, desde donde se puede observar los flamencos de la Laguna Rosada en un mirador que hay allí. Y después a la zona arqueológica de Xcambó para poder pasear por el pequeño pueblo Maya. Sé que vamos a ir a esas zonas en los próximos días, pero estaremos trabajando y no podrás disfrutarlas como se debe.

Ella le sonrió de oreja a oreja.

—¡Me encanta la idea!.

—¡Genial!.—le contestó sonriendo también.

—A la derecha entonces, ¿no?.

—¡No, espera!.—exclamó Martín.— Eh... tienes que ir a la izquierda.

Lo miró sorprendida, ya que era por donde habían venido.

—¡Qué!.—le contestó avergonzado.—¡Estaba tan molesto cuando salimos que me equivoqué de dirección!. ¡Es a la izquierda!.

Alexia movió la cabeza varias veces asombrada por su cabezonería, y metió primera para salir volando hacia Uaymitún.

El paisaje era increíble. La carretera iba bordeando las playas llenas de palmeras e inmensos arenales, mientras pasaban al lado de modestas casas encaladas o pintadas de suaves colores, y las gaviotas revoloteaban en el cielo. Realmente sabía manejar una moto y cuando Martín adquirió algo de confianza pudo disfrutar del paseo.

Era la primera vez que una mujer lo llevaba en moto y tuvo que reconocer que le encantaba la sensación. He hizo algo que siempre había visto en las películas y que él nunca había hecho, abrió

los brazos y cerró los ojos, disfrutando del sentimiento de libertad mientras el viento le azotaba el rostro. Y la pura felicidad lo embargó, ya que supo con seguridad que estaba en el sitio perfecto, en el momento perfecto y... ¿por qué no?, con la compañía perfecta.

Cuando llegaron al mirador observó divertido como Alexia observaba admirada a los flamencos exclamando que eran preciosos. Y después de llevar un rato allí, no pudo evitar reír a mandíbula batiente cuando una gaviota que los sobrevolaba, dejó caer un pequeño regalito en forma de cagada en la chaqueta de cuero de ella. Así que gracias a ello y a todos los improperios que salieron por su boca mientras se limpiaba, cuando unos turistas lo reconocieron y le pidieron que se hiciera una foto con ellos, decidieron que era el momento de salir de allí. Y tomaron rumbo a Xcambó. Cuando llegaron a las ruinas ella observaba todo embelesada, mientras le preguntaba a Martín sobre la cultura Maya. Y éste le contó todo lo que pudo recordar, mientras se alejaban disimuladamente de los turistas que se acercaban a ellos antes de que lo reconocieran, para poder seguir recorriendo tranquilamente el lugar.

Ya casi era mediodía y tenían que regresar al hotel, y a pesar de que intentaron retardarlo lo máximo posible no les quedó más remedio que partir rumbo a Telchac. Esta vez era Martín quién conducía la moto, no quería arriesgarse a que la vieran a ella y llegar a tener problemas con producción. Y su cara expresó máxima alegría cuando Alexia se arrimó a él, introduciendo las manos por debajo de la cazadora, para agarrarse a su torso con ambos brazos mientras apoyaba su mejilla en la espalda.

¡Definitivamente este momento es perfecto!.— pensó el actor.

**Menso: es un insulto que suelen utilizar los mexicanos que significa Tonto, Idiota*

Capítulo 20

Cuando llegaron al hotel y después de bajar de la moto, Alexia lo detuvo un momento para decirle;

—Martín, quería hablar un momento contigo antes de entrar.

—Dime.

—Sobre lo de Marta... sé que no hablamos nada al respecto, y que lo que le dije rotundamente estuvo fuera de lugar pero... ¡no pienso disculparme con ella!

El actor la miró con una tierna sonrisa.

—No te preocupes, de eso ya me encargo yo.

Ella se sorprendió por la forma tan tranquila con que se tomó lo que le dijo. Por un segundo se preguntó, si acaso él no se estaría dando cuenta de cómo era realmente su *amiguita*, pero decidió que no quería darle más vueltas al asunto, esa *arpía* no se merecía ni un solo pensamiento más sobre ella, así que asintió con la cabeza y entraron dentro del edificio. Se fueron derechos al restaurante ya que era la hora de la comida, y en cuanto Roberto advirtió su presencia se dirigió directamente hacia ella.

—¿Puedo hablar un momento contigo?—preguntó algo inquieto.

Miró a su jefe y le hizo un breve gesto de asentimiento para que los dejara solos, y éste a regañadientes no le quedó más remedio que aceptar.

—En estos momentos no tengo muchas ganas de hablar Roberto, estoy muy enfadada contigo.—manifestó cruzándose de brazos.

—Lo sé, y tienes todo el derecho del mundo en estar disgustada. Y no sabes lo preocupado que he estado toda la mañana pensando si por mi culpa habías perdido el empleo. Y por eso necesito hablar contigo, quiero pedirte perdón.

Ella no dijo nada, todavía con el disgusto reflejado en su cara.

—¡Lo siento Alex!. ¡Lo siento mucho!—se disculpó francamente arrepentido.— Sé que fui un idiota y un patán pero, ¡te juro!, que no quería crearte problemas. Y si... si has perdido el empleo por mi culpa quiero que sepas que estaría encantado de que trabajaras para mí.

Alexia puso cara de sorpresa.

—¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba!.

—Es lo menos que puedo hacer. Estoy seguro que la discusión con Martín... bueno, no creo que haya sido muy agradable, y todo ha sido por mi culpa así que te brindo mis más sinceras disculpas. Y para que me perdones te ofrezco un puesto de trabajo. Estoy seguro de que te resultará mucho más fácil trabajar conmigo que con él.—remató con una débil sonrisa, no muy seguro todavía de su reacción.

La verdad es que Roberto había estado profundamente preocupado toda la mañana, no había hecho más que darle vueltas a lo que había sucedido, y sobre todo a la reacción posterior de Martín. Cuando había salido detrás de Alexia su cara era de asesino en serie, y no había tenido la menor duda de que ella iba a tener graves problemas. Había estado a punto de ir detrás de ellos para intentar razonar con él, y explicarle que Alexia no había tenido nada que ver y que toda la culpa era solamente de él. Pero tal y como se estaba comportando últimamente su compañero, estaba seguro que sería más un inconveniente que otra cosa. Así que después de meditar en cómo podría hacer para ayudarla, llegó a la conclusión de que quizás era lo mejor que podría haber sucedido, a pesar de que no lo hubiera buscado a propósito. Si Martín decidía despedirla podría ofrecerle que trabajara para

él, y así tener la oportunidad de tenerla para él solito sin la molestia de tener al otro hombre rondando a su alrededor.

—Bueno, te agradezco tu ofrecimiento pero no va a ser necesario. Martín no me ha despedido así que sigo trabajando para él.

—¡Oh, vaya!—contestó sorprendido.

—Sí, bueno... al final hemos tenido un intercambio de opiniones y lo hemos aclarado.

—Me alegro por ti.—le mintió, sin poder evitar la desilusión que le había provocado la noticia.

—Gracias.

De repente Alexia observó a Roberto extrañada, la decepción que demostraba su rostro ante el hecho de que no hubiera sido despedida, le hizo preguntarse si lo que le había dicho Martín no sería cierto. ¿Podía ser que realmente estuviera interesado en ella?

—¡Pues entonces tenemos que celebrarlo, ¿no?!—exclamó Roberto con falsa alegría.— ¡Y qué mejor manera que cenando esta noche juntos!.

Ella todavía estaba seria, y de repente ya no estaba tan seguro de que fuera a cenar con él.

—Porque iremos a cenar juntos esta noche, ¿no?—le preguntó preocupado.—La invitación sigue en pie.

—Yo no he dicho que te haya perdonado.—le informó, todavía con los brazos cruzados y el semblante serio.

—¡Por favor!—le suplicó el hombre.—¡Perdóname Alex! ¡Por favor!, ¡por favor! ¡Me vas a destrozarse el corazón si no me perdonas!— le siguió rogando mientras hacía pucheros.— ¡Los amigos se perdonan! Y tú y yo somos amigos, ¿no? ¿Acaso quieres verme vagando como un alma en pena lo que me resta de vida? Además me han dicho que la langosta está deliciosa. ¡Por favor!.

Alexia intentaba permanecer seria porque no quería perdonarle tan fácilmente, pero le estaba resultando difícil. Realmente era un payaso cuando quería y éste dándose cuenta de que estaba a punto de claudicar le comentó;

—Si quieres me pongo de rodillas y te pido perdón delante de todo el mundo.

Y empezó a arrodillarse.

—¡No!—exclamó ella.

Y comenzó a ruborizarse mientras impedía que Roberto se agachara, y no pudo evitar reír por las tonterías que estaba haciendo. Definitivamente descartó la idea de que el hombre pudiera estar interesado en ella, no eran más que imaginaciones de Martín. Y se sentía estúpida por haber pensado por un solo momento que alguien como él, un hombre guapo, divertido, famoso e inteligente, pudiera estar mínimamente interesado en ella. ¡Era absurdo!.

—Está bien.—le dijo sonriendo.— ¡Pero solo porque me muero por comer algo succulento!.

—¡Quien dijo que a los hombres se les conquistaba por el estómago no conocían a Alexia Montero!—exclamó exultante por haberse congraciado con ella.

—No lo estás arreglando, ¿sabes?—señaló molesta por sus palabras.—¿Acaso me estás llamando glotona?, o lo que es peor, ¿gorda?.

La expresión de Roberto fue de tal espanto que Alexia supo que esa no había sido su intención, y el hombre empezó a balbucear mientras intentaba disculparse nuevamente con ella.

—¡Por Dios no! Yo... yo no quería decir eso, yo... lo que yo quería... ¡tú eres preciosa!... y...

La mujer soltó una carcajada mientras observaba lo mal que lo estaba pasando, y éste cuando se percató suspiró más tranquilo.

—¡Serás pérfida, mujer!. ¡Menudo susto me he llevado!.

—Vamos a comer anda que me muero de hambre.—le dijo mientras se dirigía al self-service del restaurante.

Martín ya se había servido y estaba sentado en la mesa esperando por su asistente mientras no le quitaba el ojo de encima. Durante el tiempo que llevaba esperando por ella Marta había intentado sentarse en su lugar, pero él puso una servilleta en el asiento de la izquierda indicando que estaba ocupado. Y cuando intentó sentarse en el otro asiento libre, la que puso la servilleta fue Esther, informándola con una enorme y cínica sonrisa de que era el asiento de Roberto. Así que no le quedó más remedio que irse a sentar donde siempre.

Mientras seguía vigilando a la *parejita* él no se percató del extraño silencio que reinaba en la mesa, hasta que su compañera armándose de valor hizo la pregunta que todo el mundo quería hacer pero que nadie se atrevía.

—¡Ejem.!. Esto... Martín.— empezó a hablar algo inquieta.— Las cosas con Alexia... ¿están bien? El hombre interrumpió su vigilancia para contestarle y cortar un trozo de pollo que después se llevó a la boca.

—¡Sí, claro!, ¿por qué iban a estar mal?.

Los demás suspiraron aliviados al oír la noticia y él arrugó el ceño confuso por su actitud.

—¡Me alegro mucho!.—proclamó Esther sonriendo evidentemente más tranquila.

—¿Por qué tenéis esa cara?.—preguntó extrañado.

Todos bajaron la cabeza porque no se atrevían a mirarlo a los ojos.

—Bueno... la verdad es que creíamos que Alexia ya no iba a compartir la mesa con nosotros.

Se quedó desconcertado por la respuesta de su compañera, ya que no comprendía el por qué...

¡Ah vale!.— cayó en la cuenta por fin.

—En ningún momento fue mi intención despedirla.—les aclaró.—¿No entiendo como habéis podido pensar eso?.

—Verás, es que últimamente estás muy raro y...

—¿Raro?.—le preguntó interrumpiéndola.

—Sí, bueno... ejem.—carraspeó algo incómoda.

—Hemos notado que estás muy irascible.—le soltó Mauro armándose de valor.

—Y con unos extraños cambios de humor.—apuntó Eva envalentonada.

—Nunca te habíamos visto comportarte así.—finalizó María.

Se quedó pensativo mientras asimilaba lo que le habían dicho y observó a Esther buscando confirmación, que ésta afirmó asintiendo con la cabeza.

Había trabajado con la actriz anteriormente en otros proyectos y además la consideraba su amiga, y con los restantes también ya que eran trabajadores de la empresa, aunque nunca se hubiera aprendido sus nombres o preocupado por conocerlos, tras lo cual sabía que lo conocían aunque fuera mínimamente para tener en cuenta su opinión.

—Yo solo quería aclarar mis diferencias con ella.—murmuró confundido.—No soy un monstruo, ¿sabéis?.

—¡Por supuesto que no!.—exclamó la actriz apiadándose de él.

Era triste que para todos fuera tan evidente lo que Martín sentía por su empleada menos para él.

—¡Estoy segura de que simplemente es el estrés y la presión que supone ser el protagonista de la telenovela!.—comentó.

Rogándoles a los demás con la mirada que le siguieran el juego.

—¡Sí!, ¡Sí, claro!.—confirmaron todos.—¡Seguro que es eso!.

—¿El qué?.—preguntó Roberto cuando llegaron a la mesa.

—¡Oh nada!.—le respondió Esther, para cambiar de conversación y ponerse a hablar de otras cosas.

La comida transcurrió sin incidentes, aunque Martín estuvo más pensativo de lo normal, algo que extrañó a Alexia, pero a lo que tampoco le dio mayor importancia ya que se estaba acostumbrando a los raros estados de ánimo de su jefe.

Después de comer se fueron a grabar directamente, esta vez les tocaba en la plaza y las zonas más emblemáticas del pueblo. Las tomas de acción con las motos fueron arduas y complicadas, pero todos al final quedaron muy satisfechos con la labor conseguida. Alexia tenía trabajo acumulado, ya que al no haberlo hecho por la mañana estaba recibiendo casi todas las llamadas juntas, más todos los emails que tenía que revisar y enviar. Y mientras Martín estaba grabando una de las escenas que tenía más riesgo, y en un breve descanso entre llamada y llamada, Esther se acercó a ella para tener una pequeña charla.

—Pareces liada.—comentó constatando lo evidente.

—Sí, un poco.—le contestó Alexia, soltando un profundo suspiro para expulsar algo de estrés.

La actriz no sabía muy bien cómo abordar el tema y estaba un poco intranquila, algo de lo que se percató la asistente frunciendo levemente el ceño extrañada.

—Ejem... quería preguntarte... que... bueno, ¿cómo te fue con Martín?.

—¿Cómo me fue con Martín?.—preguntó confundida.—¿Cuándo?.

—Hoy por la mañana.—le aclaró.— Sé que no debería de meterme ya que no es asunto mío pero...

Esther se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja en un gesto evidente de incomodidad.

—... te he tomado cariño y sinceramente estuve muy preocupada.—finalizó mirándola a los ojos.

Ella le sonrió para tranquilizarla.

—No creas que soy una cotilla... que bueno... ¡un poco sí!.—le confesó avergonzada.—... es que pensé que después de lo que había pasado con Roberto y con Marta... la verdad creí que te había despedido.

Alexia se enterneció por su preocupación y acercándose a ella le susurró.

—Si te soy sincera yo también pensé que estaba despedida.—le confesó.— Y no era para menos después de la que monté.

—¡Pero si tú no hiciste nada!.—le rebatió Esther.— Fue culpa de Roberto y sus tonterías, y bueno con un poco de ayuda de Fernando. Que digo yo, ¿en qué demonios estarían pensando esos dos?. Y después... ¡arg, de esa mujer no quiero ni hablar!, ¡no la soporto!.

Alexia se rio por la defensa tan entusiasta.

—Tienes razón, pero al final yo tampoco me quedé corta. Se me calentó la boca y...

—No dijiste nada que no fuera cierto. Por un lado fue muy cómico, si vieras las caras que teníamos todos cuando te marchaste de esa forma tan triunfal...— Esther no pudo evitar sonreír al recordar la escena.— ¡hasta me dio envidia!. Pero por otro lado, tanto Mauro como las chicas y por supuesto Roberto nos quedamos muy angustiados, sobre todo al ver la expresión de Martín cuando salió detrás de ti. ¡Daba miedo!.— le contó mientras le recorría un escalofrió por la espalda.— Menos Marta, ¡claro!.

Puso los ojos en blanco al mencionar el nombre de su compañera.

—Pues no te preocupes.—la tranquilizó.—Martín y yo tuvimos una acalorada conversación en la que

le dejé muy clara mi opinión. Y creo que por fin hemos llegado a un entendimiento. ¡O eso espero!

Alexia observó cómo su amiga quería preguntarle algo más pero no se atrevía.

—¿Qué más te preocupa?

Esther desvió la mirada azorada.

—No es que me preocupe en concreto.—le explicó, volviendo a estirarse el vestido.— —Es más una curiosidad.

La asistente se rio por la incomodidad de su amiga, y se preguntó cuál sería esa curiosidad para que no se atreviera a consultarle.

—Esther, no tengo nada que ocultar si eso te preocupa. Y te considero mi amiga como para que seas sincera conmigo.

La actriz levantó los ojos y esbozó una tenue sonrisa algo más tranquila.

—Yo también te considero mi amiga.

—Lo sé, me lo has demostrado.

Y le hizo un gesto con la cara para que siguiera hablando.

—¡Está bien!—suspiró.—¡Pero no quiero que te enfades conmigo!

Ella bufó impacientándose por sus recelos.

—¿Hay algo entre tú y Martín?

Alexia se quedó boquiabierta. Abrió y cerró varias veces la boca incrédula ante la pregunta.

—¡Olvídalo!—le dijo su amiga al ver su reacción.— Actúa como si jamás te hubiera hecho esa pregunta.

—¡No!, no pasa nada.—le contestó, un poco indecisa sobre lo que pensar.—Solo es que, por nada del mundo me la esperaba.

No podía entender porque había llegado a esa conclusión. Justamente Martín y ella no se llevaban precisamente bien, y la prueba más palpable era lo que había sucedido esa misma mañana. Era cierto que tenían sus momentos, como lo de anoche en la playa o lo del paseo de esa mañana, pero eran momentos muy aislados de los que no podías suponer que hubiera una buena relación entre ellos. Pesaban más las malas a decir verdad, a pesar de lo atraída que ella se sintiera por él, pero sobre todo nadie había estado presente en ellos y menos Esther.

—No, no tengo nada con Martín.—le aclaró.— Solamente somos jefe y empleada, que por cierto no se llevan muy bien gracias al encantador carácter que se gasta.—le dijo irónicamente.— Y si lo dices por el beso de esta mañana, simplemente estaba furioso y quiso castigarme de alguna manera. Y la mejor forma que se le ocurrió, fue ponerme en evidencia delante de todos besándome él también, pero tú mejor que nadie sabes que esos besos no significan nada para un actor.

La actriz examinó concienzudamente su rostro y llegó a la conclusión de que ella sinceramente se creía lo que estaba diciendo. Y al igual que su jefe no era consciente de sus propios sentimientos. Unos sentimientos que eran tan fuertes que todo el mundo percibía menos los propios interesados. Por mucho que lo negara, Esther había observado como Alexia miraba a Martín cuando éste no se percataba, y al revés. Y las llamas de los celos que la consumían cuando él coqueteaba con otras mujeres, o Marta se arrimaba demasiado al actor, de la misma forma que le ocurría a él cuando sucedía lo contrario. Este par de... tontos, se buscaban con la mirada cuando creían que nadie les observaba, pero no eran lo suficientemente honestos con ellos mismos para aceptarlo. Y no se llevaban mal porque no se soportaran, sino todo lo contrario, ya que era indiscutible que los dos luchaban contra sus sentimientos. Al principio a la actriz le fue muy evidente lo que Martín sentía por

su empleada, ya que él era mucho más impulsivo y visceral que ella, pero con el tiempo y después de observarla detenidamente, (esto era lo que surgía de las largas esperas entre cada escena, daba tiempo a todo), descubrió que Alexia también se sentía fuertemente atraída por él, aunque lo disimulaba muchísimo mejor.

La asistente se puso inquieta por el escrutinio al que estaba siendo sometida.

—Te estoy diciendo la verdad Esther.

—Te creo.

—Pero no entiendo, ¿a qué viene esa pregunta?.

La actriz decidió no inmiscuirse más.

—No me hagas caso, son tonterías mías.

Pero Alexia no iba a dejar pasar ese comentario tan fácilmente.

—Por favor, explícame porque has llegado a esa conclusión.

Viendo la terquedad en el rostro de su amiga, Esther soltó un suspiro mientras se maldecía por ser tan chismosa he intentó explicarle.

—Conozco a Martín desde hace algunos años, no es que seamos íntimos amigos, pero si lo suficiente para saber cómo es su carácter ya que siempre nos hemos llevado muy bien. Y te puedo asegurar que desde que empezaste a trabajar para él, su forma de comportarse ha cambiado radicalmente.

—¿A qué te refieres?.

—Es de todos conocido que es un hombre con temperamento, pero siempre se había comportado correctamente. Nunca antes lo había visto de mal humor, alterado o irascible. Es cierto que lo había visto discutir con Verónica alguna que otra vez, pero nada comparado con lo tuyo.

—Por si no lo sabias, no le hizo ninguna gracia que Vero se marchara.—le confesó Alexia.— Y menos gracia que yo empezara a trabajar para él.

—Eso no tiene nada que ver.

—Sí, si tiene.—la contradijo.— Además... tiene algunos problemillas familiares que quizás le tengan el carácter un poco más agrio de lo normal.—le comentó sin llegar a especificar cuáles.

Nunca se le ocurriría airear los conflictos que Martín pudiera tener con su padre, y Esther observó a su amiga mientras negaba con la cabeza. Alexia podía llegar a ser tan obtusa como su jefe.

—No me refiero a eso Alex.

Ésta la miró confundida sin entender a donde quería llegar.

—Me refiero a la forma en que te trata, como te habla, o como actúa contigo. Conozco perfectamente la relación que tenía con Vero, y he estado en su casa más de una vez para saber cómo se comporta con los demás empleados, y te puedo asegurar que no tiene nada que ver a como lo hace contigo.

Alexia cada vez estaba más confusa y no tenía la más remota idea de lo que quería decir.

—Sinceramente no sé a qué te refieres.—admitió.— A no ser que lo hayas visto más... como podría decirlo... protector conmigo.

—Sí, se le podría llamar así.—insinuó su amiga sonriendo.

¡Por fin entendía lo que quería decirle!.

—Pero eso tiene una explicación muy sencilla.

Esther levantó una ceja intrigada por la respuesta.

—Y es que Martín y su terquedad...—bufó levantando los ojos al cielo.—creen que de alguna manera son responsables de mí. Se piensa que porque estoy sola en un país extranjero, sin mi familia y mis amigos, de algún modo él... tiene que cuidarme.

—¿Él te dijo eso?—le preguntó incrédula.

—Sí, ridículo, ¿no?.

Ahora a la que le tocó bufar y mirar al cielo fue a la actriz. ¿Cómo se podía haber tragado semejante patraña?. Lo que estaba claro era que Alexia era más necia incluso que el propio Martín.

—Sí, totalmente ridículo.

Justo en ese momento su amiga recibió una llamada y tuvieron que interrumpir la conversación. Y mientras tanto, uno de los guionistas se acercó a la actriz para hacer unos cambios de última hora, así que al final la dieron por zanjada.

Cuando el actor tuvo un momento para acercarse a su empleada, ésta estaba hablando muy animada con alguien por teléfono. Y en el momento en que ella advirtió su presencia, se lo pasó para que hablara con él sin decirle quien era, por lo que se quedó muy sorprendido al descubrir la identidad del interlocutor.

—¿Hola?.

—Hola hijo.

El actor tardó un par de segundos en responder, recriminando con la mirada a su entrometida y desobediente asistente mientras que ella se mordía el labio inquieta.

—Miguel.—le contestó cortante.

—Solo quería preguntarte, ¿si le puedo comprar un helado a mi nieto?.

—¿Comprarle?. ¿Por qué?, ¿dónde estáis?.

—Hemos venido con Pedro al parque de atracciones para pasar la tarde.—le informó.— Y Lucas se está volviendo muy insistente para que le compre un helado y no sé si puedo hacerlo. ¡Te prometo que no lo llevaré muy tarde para casa!.—le aclaró para que no se enfadara con él.

Martín estaba perplejo. Nunca, ni en sus más locos sueños podría haber imaginado a Miguel llevando a su hijo... ¡qué demonios!, a nadie al parque de atracciones. Un nudo se le formó en la garganta y se giró para que Alexia no viera la emoción que estaba sintiendo.

—Ejem... —carraspeó.— Solo si tú lo crees conveniente.

Desde el otro lado del aparato el que se quedó mudo fue su padre. Apretó con fuerza el teléfono y sonrió feliz al darse cuenta de que con esa pequeña concesión, su hijo de alguna manera se estaba ablandando y ofreciéndole una segunda oportunidad. Y dio gracias a Dios por ese pequeño milagro. Bueno, a Dios y a esa increíble mujer a la que estaba seguro le debía mucho.

—Gracias.

Y por el tono de su voz, Martín supo que no solo le estaba agradeciendo el consentimiento sobre el helado, y volvió a carraspear.

—¿Me puedes pasar con mi hijo?.

—Sí claro, ahora mismo.— y antes de hacerlo le pidió.— Despideme de Alexia, ¿quieres?.

—Está bien.

Y a continuación se puso a hablar con Lucas, el cual estaba feliz de que su abuelo lo hubiera llevado a subir en las atracciones. Su hijo le contó todas las cosas que habían hecho juntos desde el día anterior, estaba exultante, y todo gracias a la atención que Miguel... que su padre le estaba proporcionando. Martín conmocionado por el cambio surgido, a lo único que acertaba era a sonreír mientras el niño no hacía más que hablar y reírse. Después de colgar hizo lo que su padre le había pedido, y se marchó abruptamente ya que necesitaba estar un momento a solas para procesar lo que había pasado, dejando a Alexia totalmente intrigada aunque no muy preocupada, ya que no le había

gritado a voz en cuello como solía hacer cuando ella metía la pata.

Cuando acabaron de trabajar estaban agotados. El actor en lo único que pensaba era en cenar algo, y después de una larga y relajada ducha meterse en cama y dormir. Algo que había hecho muy poco la noche anterior, y solo pensar en el motivo que lo mantuvo despierto se puso inmediatamente duro sin poder evitarlo. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando su empleada le informó que saldría a cenar, y para colmo, ¿a que no se imaginaban con quién?. Sí, precisamente, ¡con el señor Garrido!. Así que no le quedó más remedio que poner la maquinaria a funcionar y lo único que se le ocurrió fue hablar con Esther.

—¡Esther!.—la llamó apresurado.

Cuando ella se acercó no tenía muy claro que le iba a decir así que no le quedó otra que improvisar.

—¿Sabes dónde van a ir a cenar Alexia y Roberto?.

—No te puedo decir.—le confesó.— Solo sé que es en un restaurante en el pueblo.

Él quedó contrariado por la información.

¿A saber a qué restaurante la iba a llevar?.— pensó mientras se rascaba la mandíbula.

¡Maldita sea!.

La actriz al ver su decepción le ofreció un poquito más de información, solo por ayudar más que nada.

—Tampoco es que sea es muy difícil de averiguar ya que solo hay dos y están por el muelle.

Al él se le iluminó el semblante al instante.

—¡*Padrísimo!*!.—exclamó.—¡Te invito a cenar!. ¿Qué te parece?.

—Pues... pues...—empezó a balbucear sin saber muy bien que decir.

—¡Estupendo!!.—celebró sin dejarla terminar.—Te espero aquí dentro de media hora, ¿te parece bien?.

Ella solo acertó a asentir presionada por el ímpetu de Martín, y no estando muy segura de que fuera una buena idea.

—Solo necesito que me prometas algo.

Se le quedó mirando intrigada y dudosa, pero después de pensarlo un momento venció la curiosidad, así que asintió con la cabeza nuevamente.

—¡Prométeme que si te preguntan esta noche, la idea de salir a cenar ha sido tuya!.—le suplicó.

Lo miró a los ojos atentamente. Y había tanta inseguridad en su mirada, mezclada con miedo y un sentimiento de vulnerabilidad tan acuciante, que no le quedó más remedio que decirle que sí. Se lo prometió, imaginándose lo que el hombre quería hacer, pues no tenía que ser ningún Einstein para saberlo. Y a pesar de que nunca quiso meterse en esa situación, ya que Roberto era su amigo igualmente y sabía que también estaba interesado en Alexia, en ese instante decidió que lo sentía mucho por él pero esos dos estaban enamorados, y haría lo que estuviera en su mano para poder ayudarlos. A pesar de ellos mismos.

Cuando Alexia y Roberto llegaron al restaurante, los sentaron a una mesa en una terraza que estaba situada casi encima del mar. Estaba decorada con un pequeño pero precioso centro de flores y una vela dentro de un recipiente de cristal. El ambiente era cálido y sugerente, ambientado con unas luces

tenues y una zona íntima, y alejado de los demás clientes para que no fueran molestados. Algo en lo que hizo mucho hincapié Roberto con el dueño, ya que no quería que los estuvieran interrumpiendo cada dos por tres, por el acoso de las fans que estuvieran en el pueblo para pedirles un autógrafo o una foto. Aunque el ambiente era distendido, con Roberto era así siempre, Alexia no pudo evitar sentir algo de incomodidad. A pesar de que lo había descartado por completo, por culpa de su jefe y sus incongruentes ideas ahora sentía una pequeña desazón, no estaba igual con él que esa misma mañana. El actor se estaba esforzando por resultar agradable mientras desplegaba todas sus armas de seducción, hasta que después de lo que le pareció una alucinación vio cómo se acercaban Esther y... Martín.

Su mirada se volvió asesina y Alexia no pudo más que alarmarse.

—¿Qué pasa?—preguntó preocupada.

—¿Tú le dijiste a tu jefe donde ibas a cenar conmigo?—le preguntó entre dientes.

—No, si no sabía ni donde era. ¿Por qué?.

—¿Tú que crees?.

Ella se giró hacia la dirección donde estaba mirando él, cuando para su sorpresa vio cómo se acercaban Martín y Esther. Y volvió a girarse hacia el frente para apoyar la cabeza en su mano, consternada por lo que estaba a punto de suceder. ¡Como su jefe le montara una escena, allí iba a arder Troya!.

—¡Vaya que sorpresa!—exclamó éste esbozando una inocente sonrisa.

—Sí, toda una sorpresa.— contestó con sarcasmo Roberto.

—No esperaba encontraros aquí.—continuó el actor mintiendo escandalosamente.

Alexia dirigió su mirada primeramente hacia él, el cual seguía expresando sorpresa e ingenuidad, aunque por supuesto no se lo tragaba, y después hacia Esther, que tenía un leve rubor de azoramiento. La verdad que para ser dos actores de reconocidísimo prestigio en su país no lo estaban haciendo nada bien.

—Se me ocurrió invitarlo a cenar.— explicó la actriz.—La verdad es que la comida de rancho me estaba empezando a aburrir.

Roberto se quedó con la boca abierta por la flagrante mentira que acababa de decir la que se suponía que era su amiga.

—Si no os importa, nos gustaría compartir la mesa con vosotros.—soltó su jefe.

Y mientras Alexia veía atónita como se sentaba sin ser invitado, Roberto apretó los dientes fuertemente intentando controlarse para no saltar encima del otro hombre y partirle la cara. Y le costó sudor y lágrimas no hacerlo. A Esther no le quedó más remedio que sentarse también, había prometido ayudar a su amigo, pero sinceramente si hubiese llegado a sospechar lo que Martín iba a hacer no se hubiera prestado. Ella había supuesto que como mucho estarían en una mesa cercana para que los pudiera espiar tranquilamente.

—¿Habéis pedido ya?—preguntó él, sonriendo de oreja a oreja al haberse salido con la suya.

—¡No!—gruñó Roberto.

—¡Perfecto!—exclamó alegre, como si no hubiera pasado nada.—Alexia, ¿me pasas la carta por favor?.

Y ésta que todavía no había abierto la boca no le quedó otra opción que dársela. La cena transcurrió bastante tensa, básicamente por los gruñidos y frases cortantes que escupía Roberto, aunque Esther y Martín intentaron ignorarlo mientras conversaban de un montón de cosas.

Al principio la asistente estaba bastante incomoda, pero después no pudo evitar relajarse algo, sobre todo porque su jefe no le había montado ninguna escena y por lo divertido e ingenioso que estaba. Todo lo contrario a Roberto, que así como uno estaba alegre, dicharachero y hablador, el otro estaba de pésimo humor y parco en palabras. Bueno más bien en gruñidos.

Alexia estaba intrigada por la actitud de su amigo. Vale que no se llevaban muy bien entre los dos, pero compartían mesa todos los días para comer y cenar y nunca había tenido esa actitud.

Aunque la langosta estaba deliciosa era enorme y la mitad la compartió con él, ya que después les iban a servir pescado y no iba a poder con las dos cosas. Y a pesar de que Martín no dijo nada no le gustó el gesto que tuvo su empleada, le hubiera gustado que lo hubiera compartido con él, aunque entendía que era la invitada del otro actor y ella tuviera esa deferencia con su compañero. El pescado también estaba exquisito, sobre todo por el especial hincapié que había hecho Roberto con el dueño explicándole que no quería que le echara ninguna especia, solamente un poco de sal y a la plancha. Consiguiendo que Esther le preguntara al actor por la especial insistencia, cosa que él le aclaró brevemente. Aunque Alexia a continuación le explicó de forma más detallada, algo de lo que Martín era desconocedor y frunció un poco el ceño al enterarse.

Y después de una extraña velada decidieron que ya era hora de marcharse al hotel, aunque al final tuvieron una breve discusión, ya que Roberto insistió en pagar la cena e invitarlos a todos, apresurado por pagar lo antes posible para salir de allí y estar a solas con ella.

Cuando llegaron al hotel el actor se despidió resueltamente de Martín y Esther, siendo bastante grosero todo hay que decirlo, para poder llevarse a continuación a Alexia a una mesa aparte. Cuando se sentaron le preguntó si quería tomar algo, molesto al percatarse de que su jefe se había sentado solo a unos pocos metros en una mesa desocupada, mientras Esther se marchaba a descansar.

—No gracias.—le contestó, desconcertada por su comportamiento.

Había estado muy raro toda la noche y no tenía ni idea de por qué. Bueno, si era honesta consigo misma quizás sí sabía por qué estaba así, pero no le hacía ni puñetera gracia admitirlo. Por dos motivos básicamente; El primero, porque tenía que darle la razón a su jefe, cosa que le repateaba el estómago. Era totalmente incomprensible para ella, algo que no llegaba a entender y ya de paso a creer, como un hombre como Roberto pudiera estar mínimamente interesado en ella. Pero no podía obviar la actitud que había tenido esa noche, Alexia no se consideraba tan estúpida como eso. Así que después de pensarlo fría y detenidamente a la única conclusión que llegó, y de la que estaba totalmente segura, es que era un reto. Un simple encaprichamiento por parte del actor porque ella no bebía los vientos por él como hacían las demás, y la consideraba un desafío a su hombría por llamarlo de alguna manera. ¡Por Dios!, ¿dejarían alguna vez los hombres de ser tan machistas y tan ridículos?. Y lo segundo, pues que ella no sentía lo mismo por él, solo lo veía como un simple amigo. Por lo que se haría la loca todo el tiempo que pudiera, para poder evitar el mal trago que pasarían los dos si él llegara a decirle en algún momento lo que creía sentir, cosa que dudaba, ya que ella se encargaría de darle a entender todo lo contrario a lo que el actor quería escuchar.

—Sinceramente Roberto, estoy muerta.—algo que por otro lado era totalmente cierto.—Solo deseo meterme en cama y quedarme inconsciente hasta que mañana suene el despertador.

Él hizo un gesto de disgusto, apartando la vista del rostro de Martín que sonreía sardónicamente desde la otra mesa, y cuando la mujer se iba a levantar le dijo;

—¿Puedo hacerte una pregunta?.

Alexia suspiró y se volvió a sentar.

¡Mierda!

—Dime.—le dijo nerviosa mientras se mordía el labio inconscientemente.

—¿Tienes algo con tu jefe?—le preguntó a bocajarro.

Roberto necesitaba saberlo ya. Sencillamente los celos lo estaban carcomiendo desde el mismo momento en que ella le había dicho, que había arreglado sus diferencias con Martín. Y sobre todo por ver tan seguro al otro hombre sentado en la mesa sin quitarles la vista de encima. Toda la cena se la había pasado haciendo sutiles comentarios, que habían pasado desapercibidos para las dos mujeres pero no para él.

Ella se quedó sorprendida por la pregunta, pues por segunda vez ese día no se la esperaba en absoluto. La habían pillado como se decía vulgarmente en España, con las bragas en el suelo.

—Pero, ¿qué os pasa a todos hoy con el temita?—le preguntó ofendida.

El actor la miró suspicazmente.

—¿Acaso ya te han hecho esta misma pregunta hoy?. ¿Quién?.

—¡Da igual!

—¡A mí no!—le contestó molesto.—¿Ha sido Martín?.

—¡Eso a ti no te importa!.

—No me has contestado a la pregunta Alex.—le soltó enfadado, ya que la mujer estaba eludiéndola.

¡Bueno esto es el colmo!

No solo estaba agotada, sino que como no le llegaban con las recriminaciones de su jefe, ¿ahora también tenía que apechugar con los supuestos celos de Roberto?. ¿Qué le pasaba a esta gente?. ¿Se había vuelto loca?. Si creía que en España tenía problemas ahora tenía claro que estaba totalmente equivocada, desde que trabajaba para Martín no hacía más que salir de uno para meterse en otro.

¡Por Dios que estrés!

Alexia se levantó de la mesa todo lo dignamente que pudo y enfadada con su amigo recalcó.

—Por el valor que le tengo a nuestra *amistad*, voy a hacer como que esa pregunta nunca ha salido de tu boca.

Y apoyando las manos encima de la mesa y acercándose a él, le aclaró mirándole directamente a los ojos.

—Y aunque no tengo que darte ningún tipo de explicación, solo te diré que, ¡por supuesto que no!. Al señor Ledesma y a mí, solo y exclusivamente nos une una relación laboral entre jefe y empleada. Y espero...—le dijo mientras se incorporaba.— que esta conversación no se vuelva a repetir. ¡Buenas noches!

Y agarró su bolso para marcharse de allí con una desagradable sensación de déjà vu.

Igual que la noche anterior, Martín hizo acto de presencia cuando Alexia estaba a punto de meterse en la cama. Y tuvo que tragar saliva fuertemente cuando observó a su empleada, que al igual que la noche anterior, solo llevaba un camiseta de color rosa con un dibujo de Hello Kitty delante. Notó enseguida como su miembro se despertaba para saludarla como era debido, era demasiado sexy para su paz mental. Y lo que no entendía era como a pesar de lo agotado que estaba, por su cabeza no pasaban más que imágenes haciendo toda clase de fantasías sexuales con ella. Pero a pesar del deseo que lo estaba consumiendo, advirtió levemente que estaba enfadada. Y después de recolocarse su

miembro para que le molestara lo menos posible, aprovechando que ella estaba de espaldas en ese momento, le preguntó con cierto temor.

—¿Estás enfadada?.

—¡Puff, vaya lumbreras!.—bufó, mientras se extendía crema por los brazos.

Él enarcó una ceja pero no dijo nada. Sinceramente tenía miedo de su reacción, por el momento anterior en el que lo había visto aparecer por el restaurante. Aunque no había dicho nada en aquel instante, la conocía lo suficiente para saber que no le había gustado nada su visita. Sobre todo, después de que le hubiera dejado muy clara su opinión respecto a su amistad con Roberto, y con el hecho de que no le iba a permitir que se entrometiera en su vida privada como muy bien había enfatizado ella. Pero no lo había podido evitar, y cuando se enteró de que iba a salir con ese patán, un sentimiento apremiante le hizo tomar la loca decisión de abordarlos en el restaurante. Sabía que no había sido una buena idea, pero excepto en escena el actor era pésimo improvisando, y aquel intento desesperado era lo único que se le había ocurrido. Y daba gracias a Dios porque Esther no le hubiera echo preguntas y se prestara a aquella charada, le debía un enorme favor a su amiga.

Y como todavía no había abierto la boca, Alexia se giró para mirarlo dándose cuenta al momento de su salida de tono.

—Lo siento.—se disculpó por lo borde que había sido, y suspiró cansada.

—¿Qué te pasa?.—le preguntó inquieto.

Aunque sinceramente no sabía si estaba más preocupado por la respuesta de ella, o por ver como se acariciaba las piernas con la crema mientras estaba sentada en el borde de la cama. A todo esto Alexia era totalmente ajena a los pensamientos del actor, extendiéndose la crema por la inercia de la costumbre, sin pararse a pensar en lo que estaba haciendo. Sobre todo porque tenía otras cosas en la cabeza.

—Nada, no te preocupes. He tenido un día duro y francamente estoy exhausta, solo quiero meterme en cama y dormir de un tirón hasta mañana por la mañana.

Martín por un lado se quedó aliviado, ya que no tenía que preocuparse de que la furia de su empleada fuera dirigida hacia él, máxime después de la mañana tan perfecta que habían tenido, si excluías su momento de locura transitoria, claro. Más bien se inclinaba a pensar que era contra Roberto, al percatarse de la tensión que había habido entre ellos cuando Alexia se despidió de él, aunque solo lo había podido intuir y no estaba muy seguro de ello.

Pero por otro lado no estaba encontrando nada de alivio en el interior de sus pantalones, sino todo lo contrario pues le estaban apretando demasiado, y el que no pudiera apartar la mirada de sus piernas no hacía nada para remediarlo. Principalmente porque se estaba imaginado maneras más agradables de pasar la noche que haciendo lo que Alexia estaba sugiriendo, y otras formas y sitios más apetecibles por donde extender esa dichosa crema.

La asistente levantó los ojos intrigada por la falta de respuesta que estaba teniendo, ya que de repente se había quedado muy callado después de estar tan hablador toda la cena. Él desvió su mirada al instante, y se giró para realizar la misma rutina de la noche anterior. Y mientras agarraba su pantalón del pijama, unos calzoncillos limpios, y antes de meterse en la ducha, le dijo;

—Sí, yo estaba pensando exactamente lo mismo que tú.

Cuando cerró la puerta del baño se apoyó en ella respirando con dificultad completamente seguro de que le esperaba otra ducha fría, de lo que no estaba tan seguro era de si podría aguantar otra noche sin abalanzarse encima de ella. Tenía que admitir al fin que deseaba a Alexia. No es que estuviera

enamorado de ella ni nada de eso, pero sí que se sentía sexualmente muy atraído. Sobre todo después del beso tan devastador que le había dado esa mañana, y de todos los pensamientos que pasaron por su cabeza cuando confundió las palabras que le dijo referente a su deseo de subirse en moto. Deseaba con todas sus fuerzas que estuviera profundamente dormida cuando saliera del baño. Y unos minutos más tarde después de darse una frustrante ducha fría, cuando salió descubrió con una mezcla de alivio y de pesar que su deseo se había cumplido. Se metió cuidadosamente en la cama para no despertarla y tras un largo tiempo de dar vueltas, incómodo y exasperado se quedó dormido.

¡¿Pero qué...?!

Alexia abrió de golpe los ojos despertando en el acto. Estaba a punto de amanecer, pero no había sido eso lo que la había despertado, sino una cálida mano agarrando su pecho derecho mientras el miembro erecto de Martín se restregaba contra su trasero. Estaban en la postura mundialmente conocida como la cuchara. La asistente dormía de lado en posición fetal, mientras tenía la camiseta de dormir subida por encima de la cintura, y apoyaba su cabeza en el brazo extendido de Martín. Y éste estaba acoplado a ella en la misma orientación, mientras con la mano izquierda libre que tenía por debajo de la camiseta le agarraba un pecho, y hacía sinuosos movimientos de cadera frotando su erección contra ella. La mujer no pudo evitar sentir como una ardiente corriente de fuego bajaba por su espalda, mientras oleadas de placer le hacían vibrar el bajo vientre, logrando que su zona más íntima se humedeciera al instante. Se tuvo que morder el labio fuertemente para que no se le escapara un gemido, mientras su respiración se agitaba estremecida por lo que estaba sintiendo. Alexia se había quedado paralizada siendo incapaz de girar la cabeza, porque estaba verdaderamente aterrorizada por lo que se pudiera encontrar. Si Martín estaba despierto, honestamente no sabría cuál sería su reacción.

¡Mierda!, ¡Mierda!, y ¡Mierda!

Capítulo 21

Había cerrado los ojos fuertemente negándose a abrirlos, cuando escuchó un intenso suspiro de placer que le hizo cosquillas en la nuca. Consiguiendo que miles de pequeños escalofríos recorrieran todo su cuerpo y logrando que toda su piel se erizara. Quería parar aquello, de verdad que quería, pero no era capaz. Martín se acercó más a ella, si es que se podía, murmurando algo inteligible mientras que con el dedo pulgar empezó a describir pequeños círculos poniendo duro su ya sensible pezón.

¡Oh Dios!. ¡Oh Dios mío!.

La respiración de Alexia cada vez era más agitada, al igual que la de él, y su corazón latía desbocado a punto de salirse por la boca. Tuvo que sofocar un jadeo hundiendo su rostro en la almohada, y mientras intentaba obligarse a girar, él dejó de atormentar su inhiesto pezón para comenzar a bajar su caliente mano por su torso, sin dejar de empujar con sus caderas buscando alivio para su dolorido pene. La asistente volvió a abrir de golpe los ojos, cuando su mano siguió bajando por su vientre para intentar esconderse dentro de su húmedo tanga. Y ahora sí que giró la cabeza para darse un pequeño golpe contra el mentón de él, que lo único que hizo fue que murmurara algo que ella no entendió, todavía con los ojos cerrados. La mujer observó gracias a la tenue luz que entraba por las ventanas abiertas, como el ceño se le arrugaba levemente por el molesto golpecito, pero que no consiguió despertarlo en ningún momento.

Martín tenía los labios entreabiertos mientras su respiración se volvía entrecortada, y su mano volvió a intentar el avance hacia el centro de su sexo, pero que no consiguió llegar gracias a la barrera encontrada en las piernas fuertemente cerradas de ella, y en la mano que impidió su recorrido. Así que como por ahí no podía seguir, su tenaz jefe lo intentó acariciándole las caderas para bajar por su trasero.

Alexia consiguió parar su caricia agarrándole el brazo y separándolo de su cuerpo, y éste inconscientemente protestó y la volvió a aferrar firmemente acercándola más a él, mientras su miembro siguió embistiendo esta vez un poco más fuerte, logrando que ella soltara un pequeño grito de sorpresa que intentó ahogar tapándose la boca con ambas manos. Pacientemente y rezando que no se despertara, consiguió escapar de su abrazo saliendo lo más rápidamente que pudo de la cama.

¡Jesús bendito!.

Las piernas le temblaban como una hoja de papel, y observó cómo él protestaba levemente por la pérdida del cuerpo donde había estado recreando su sueño erótico dándose la vuelta en la cama, para seguir soñando con quien suponía que era su fantasía, que no sería otra más que Marta Salgado.

Y como buenamente pudo salió al balcón de la habitación porque ansiaba refrescar su acalorado cuerpo, dejándose caer temblorosa en una silla mientras intentaba que su respiración se normalizara. No sabía que era lo que más le dolía, si su frustración sexual, ya que ella no era de piedra, o el hecho de que la hubiera confundido con la *arpía rubia* aunque fuera en sueños.

El actor despertó al escuchar un ruido. Se desperezó lentamente mientras una sonrisa se dibuja en su semblante al recordar el increíble sueño que había tenido. ¡Vaya!, había sido tan fantástico que

durante un momento incluso le había parecido real. La única pega era que en esos instantes estaba tan caliente que no tenía ni idea de cómo bajar esa dolorosa erección que palpitaba furiosa entre sus piernas. Y honestamente, no le apetecía nada tener que darse otra vez una ducha fría y...

De pronto su sonrisa se quedó congelada al recordar una cosa.

¡ESPERA!

Sueño, más ducha fría, igual a...

¡MIERDA!

Se había prometido antes de quedarse dormido que no volvería a pensar en su empleada en ningún término que no fuera solo y estrictamente profesional. De acuerdo que se sentía... ¿cómo decirlo?, especialmente atraído por ella. Y sí, por fin se lo había admitido a él mismo, le había costado pero lo había hecho, pero también era cierto que lo que le había dicho el día anterior era verdad. De alguna manera se sentía responsable y reconocía que Alexia era una persona muy especial para él. Le transmitía un sentimiento de ternura mezclado con un feroz instinto protector que nunca le había sucedido antes con nadie, a excepción de su hijo, claro. Y si no quería que Roberto le hiciera daño, lo que menos deseaba era hacérselo él mismo, ya que era igual o peor que su compañero.

¡Y eso sería algo que nunca se perdonaría!

Tenía demasiadas heridas sin cicatrizar y desde el abandono de Vanesa, la madre de Lucas, había quedado dañado de alguna manera, por no decir más bien roto, aunque eso él nunca lo reconocería. Y por esa misma razón se había vuelto muy cínico con respecto a las mujeres, le encantaban y disfrutaba de ellas de eso no cabía la menor duda, pero nada más. De ahí a tener una relación estable o comprometida... ¡Ni hablar!, jamás volvería a cometer ese mismo error.

Se echó las manos a la cara tapándose los ojos con las palmas mientras soltaba un largo suspiro, pues, ¿qué era lo primero que había hecho después de hacerse aquella solemne promesa?. Nada más ni nada menos que tener el sueño erótico más increíble de su vida. ¿Y con quién?, pues con la persona que menos quería... con Alexia.

¡Demonios!

Metió la cabeza debajo de la almohada para ahogar un gruñido de pura frustración y... *¡Un momento!*

¿Dónde estaba metida el objeto de su deseo?, porque en la cama no estaba. Sacó la cabeza de debajo de la almohada y aguzó el oído, y una lenta sonrisa volvió a surgir en su rostro, aunque esta era distinta a la anterior, era más sensual y depredadora. Durante un momento barajó la posibilidad de levantarse de la cama para espiar a su empleada en la ducha, ya que oía como estaba corriendo el agua.

¡¿Pero qué te pasa imbécil?! ¡Hace un segundo estabas pensando todo lo contrario!— se recriminó volviendo a meter la cabeza debajo de la almohada.

Su *amiguito* pegó un pequeño latigazo debajo de los pantalones, porque aunque Martín lo estaba intentando con todas sus fuerzas, no era capaz de quitarse de su mente la visión de Alexia acariciando sus piernas. Pero en vez de extenderse crema se estaba restregando una espumosa esponja, subiendo a continuación por su cadera para seguir enjabonándose su vientre con movimientos circulares, mientras continuaba hasta llegar a un pecho al que le prestaba una especial atención. Y el agua haciendo resbalar esa espuma que se colaba entre sus piernas que...

¡¡Arg!!

Mordió la almohada exasperado y rabiosamente excitado. Estaba seguro que sus testículos iban a

estallar en cualquier momento debido a la presión que estaban soportando. O eso, o él iba a acabar rematadamente loco.

Cuando Alexia salió del baño recién duchada, se llevó una extraña pero grata sorpresa al no encontrar a su jefe en la habitación. Había desaparecido misteriosamente sin decirle nada, y por una parte fue un gran alivio porque así tendría más tiempo para preparar su encuentro con él. Había estado meditando durante el tiempo que transcurrió hasta que empezó a amanecer, y aprovechó ese lapso para serenarse. Lo que tenía más claro que nunca, era que él no era culpable de sentirse atraído por una mujer que dejara tanto que desear. Al fin y al cabo Marta era muy hermosa, con un cuerpo impresionante que volvería loco a cualquier hombre. Y su jefe no dejaba de ser eso, un hombre. Y si aún por encima la actriz se le insinuaba de esa manera, dejándole claro que el sentimiento era mutuo pues, ¿qué más le podía pedir?. Sería un tonto si desaprovechara esa ocasión. Y ella podía tildar a Martín de muchas cosas pero no de tonto. ¿Que tenía un dudoso gusto con las mujeres?, sí, pero tonto... eso no.

Así que gracias a que ella había sido la única que había pasado un mal rato, ya que su jefe había estado en otro mundo paralelo, y mal precisamente mal no parecía que se lo estuviera pasando, decidió que haría como si aquello nunca hubiera ocurrido. Y después de tomar aquella sabia y sensata decisión, se metió en la ducha para prepararse lo antes posible, y abandonar la habitación justo a tiempo de que él se despertara. Le sería más fácil enfrentarse a él si no tenía aquella detestable cama a la vista. Pero qué casualidad que había decidido adelantársele y hacerle la situación más fácil para ella, que no pudo evitar fruncir el ceño preguntándose a donde habría ido. ¿Quizás a terminar su sueño convirtiéndolo en realidad?.

Sacudió la cabeza intentado convencerse de que aquello no era asunto suyo, lo que estuviera haciendo Martín y con quién no era de su maldita incumbencia. Cuando se encontraron una hora más tarde en el restaurante ella ya había desayunado hacía rato, y solo estuvo sentada con los demás mientras hacía tiempo a que terminaran para que los llevaran al pueblo de Uaymitún, donde tendrían que grabar esa mañana.

Intentó disimular, pero no podía evitar acordarse de aquellos breves pero intensos minutos antes del amanecer. Debido a ello, el mirar a su jefe a la cara se le hacía especialmente difícil, así que estuvo un tanto cohibida para desconcierto de Martín. Y fue minutos después en el desayuno, donde se enteró que el actor se había ido al gimnasio para volver a descargar tensiones.

¡Pues sí que está estresado el hombre!.— pensó Alexia.— *Si sigue así se va a poner cuadrado.*
Aunque no pudo evitar sentir cierto alivio y que asomara una leve sonrisa, lo prefería cuadrado y no revolcándose con su *amiguita*.

Cuando llegaron a la Laguna, Roberto se acercó a ella mientras su cara lo decía todo, estaba pálido y ojeroso y su expresión era de arrepentimiento. Había estado todo el desayuno inusualmente callado, y aunque los demás lo notaron, no quisieron hacer ningún comentario, incluido Martín. Y a pesar de que Eva había intentado mejorar su aspecto utilizando más maquillaje, el semblante del actor no era muy bueno.

—¿Podemos hablar un instante?.

—No sé si es buena idea.—le contestó todavía enfadada con él.

—¿Por favor?—le suplicó.

Observó que su jefe no la necesitaba, así que asintió con la cabeza y se alejaron un poco para obtener algo de intimidad.

—Lo siento.

Fue lo único que él dijo con los ojos clavados en el suelo, ya que no se atrevía a mirarla a la cara. Alexia suspiró. Ella también lo sentía y quizás había sido un tanto dura con él. La noche anterior verdaderamente estaba agotada, y había perdido los nervios haciéndoselo pagar a él. Habían pasado demasiadas cosas, la mala noche que había pasado, la discusión con Martín, la charla con Esther, la cena tan incómoda, y después él lo había rematado haciéndole una pregunta que estaba definitivamente fuera de lugar. El hombre alzó el rostro para saber cuál era la reacción de ella y también suspiró, pero de alivio al ver que la asistente se ablandaba.

—Roberto yo...

—¡Escúchame!—le rogó antes de que dijera nada.—Sé que soy un imbécil y que ayer durante la cena no me comporté debidamente, pero es que tenía puestas tantas esperanzas en ella...

—¿Esperanzas?.

—Sí.—le confirmó y la agarró de las manos.

¡Ay Dios!. ¡Va a hacerlo!. ¡Aquí delante de todo el mundo!, ¡No, por favor!.

—Alexia yo...

—¡Roberto!—graznó una octava más agudo de lo normal.

Consiguiendo que las personas más cercanas se giraran para observarlos extrañados.

—¡Eh... no te preocupes, ¿vale?—lo interrumpió mientras retiraba disimuladamente las manos y bajaba la voz.—Yo ayer tampoco tuve un día muy bueno y...tal vez fui un poco borde y brusca contigo pero...

—No Alex.—le contradijo.—La culpa fue totalmente mía y...

—¡Y no pasa nada!—exclamó, forzando una alegría que no sentía.

Intentando enmascarar el pánico que la estaba embargando.

—Somos amigos, ¿no?. Y los amigos se perdonan. Y... y yo te perdono, así que hagamos como que no ocurrió nada.

—Pero Alexia yo quería hablarte de algo...

—Roberto no creo que sea un buen momento.

—Puede ser que este no sea el sitio más adecuado pero...

El actor se estaba poniendo insistente y ella ya no sabía que más hacer para que no siguiera hablando, así que no se le ocurrió otra cosa que darle un abrazo de forma brusca e inesperada. Tan inesperada que él se quedó mudo de asombro. Y cuando iba a corresponder al abrazo con una enorme sonrisa en su rostro, Alexia hizo algo que lo dejó más desconcertado todavía. Le dio un beso en la mejilla y a continuación se apartó para decirle;

—¡Puf, tengo muchísimo trabajo que hacer!— y mirando por encima de su hombro fingió que la estaba llamando Martín.— Y mi jefe me requiere, así que nos vemos más tarde, ¿vale?.

Y se alejó como alma que lleva el diablo dejando al hombre totalmente estupefacto.

El resto del día pasó sin mayores incidentes. Grabaron durante la mañana en la Laguna Rosada y después por la tarde lo hicieron en el yacimiento arqueológico. Y acababan de llegar al hotel, cuando Julio el productor, le pidió a Martín que atendiera a un grupo de periodistas de varios países para que les concediera una breve entrevista promocionando la telenovela. Los atendió a todos con

amabilidad y paciencia, a pesar de que estaba deseando descansar y tomarse una buena cerveza. Y mientras estaba atendiendo a una impresionante periodista paraguaya llamada Natalia, el actor buscó con la mirada a su empleada, que en esos momentos le estaba lanzando dardos envenenados con los ojos a la mujer. Martín alzó una ceja extrañado por la actitud de Alexia, pues había estado todo el día de lo más rara, evadiendo su mirada, contestándole solo con monosílabos o movimientos de cabeza, situándose cerca pero a la vez alejada de él. Y lo mismo había hecho con Roberto, esquivando su compañía de forma sutil pero eficaz. Ciertamente le había venido muy bien su actitud, ya que le había hecho más fácil la tarea de solo pensar en ella de forma seria y profesional, y de paso no estar tan preocupado por lo que le pudiera estar diciendo o haciendo su compañero. Pero ahora aprovechando un despiste, la encontraba con cara de malas pulgas, taladrando a la pobre de la periodista con sus hermosos ojos y una expresión de desprecio mal contenido. Y se preguntó a que venía ese comportamiento, dado que no era usual en ella. Observó más detenidamente a la reportera y tuvo que reconocer que era una mujer muy hermosa, con un cuerpo increíble, una admirable cabellera castaña y unos sensuales ojos marrones que no hacían más que pestañear de forma coqueta, mientras le realizaba unas preguntas un poco salidas de tono. Estaba claro que intentaba flirtear con él, pero era un juego al que ya estaba acostumbrado, ya que de esa forma las entrevistas eran más del agrado femenino, que era mayoritariamente el público al que iba dirigido. Cuando Alexia advirtió que la estaba observando un intenso rubor tiñó sus mejillas, y se giró súbitamente avergonzada, logrando que él sonriera más ampliamente a la hermosa mujer, mientras ella daba pequeños golpecitos exasperados con la punta del pie.

Cuando acabaron se dirigieron directamente al restaurante para cenar y después a tomarse algo tranquilamente.

—¡Te juro que no los soporto!.—explotó Esther mientras se sentaba a lado de Alexia, que estaba tranquilamente en una de las mesas cercanas a la piscina.

Llevaba un buen rato allí, observando las ramas de las palmeras como eran mecidas por la suave brisa que corría esa noche, buscando esa ansiada soledad que hacía varias noches que no tenía. Ensimismada en sus pensamientos y sintiéndose identificada con esas hojas, ya que eran movidas de un sitio a otro sin control ninguno, como el torbellino de sentimientos y emociones que tenía en su cabeza. Logrando esconderse durante unos valiosos minutos de todo el mundo, sobre todo de su jefe y de Roberto, que había intentado hablar con ella otra vez pero que logró eludir con éxito.

—¿A quién no soportas?.—le preguntó suspirando, obligada a regresar a la realidad.

La actriz estaba haciendo pucheros mientras se recolocaba correctamente el flequillo. Alexia la observó extrañada ya que no era muy dada a enfadarse con nadie, sino todo lo contrario, Esther era la mujer con más paciencia que había conocido en su vida.

—¡A los hombres!.

—¿A qué hombres?.

—Buff... ¡A todos!.

Se rio divertida por su actitud.

—¿Qué han hecho ahora?.

Su amiga le lanzó una mirada rencorosa por mofarse de ella.

—Están todos jugando al póker y no nos dejan participar a las mujeres porque dicen que es un juego de hombres.—protestó ofendida.

Alexia abrió la boca sorprendida.

—¿En serio?.

—¿Te lo puedes creer?. Con la de veces que he jugado con mi marido al strip póker y le he ganado.

— y levantó varias veces las cejas para aclararle.—Y cuantas me he dejado ganar.

—Bueno, pues ellos se lo pierden.

—¡No!. ¡Me niego!. ¿Por qué van los señoritos a jugar toda la noche y nosotras muertas del asco?. ¡No es justo!.—finalizó, cruzándose de brazos como una niña pequeña con una pataleta.

—¿No estas exagerando un poco?.

Alexia estaba medio divertida y medio sorprendida por la reacción de su amiga.

—Me revienta cuando se ponen machistas.—le contestó Esther.—¡Ojala supiera algún juego que los tuviera rojos de envidia!. Y cuando quisieran jugar les diría, ¡no querido, este es un juego solo de chicas no apto para machotes!

La asistente se quedó callada durante unos segundos, barajando la posibilidad que se le estaba pasando por la cabeza.

—Quizás yo tenga una idea.

—¡¿De veras?!.

—Espera un momento, es solo una idea, ¿vale?. Y seguramente muy tonta.—le avisó, preocupada de que se hiciera falsas esperanzas.—Pero lo que si te puedo asegurar es que nos lo pasaremos en grande.

Y ella necesitaba desconectar una noche de sus problemas. Aunque fuera una sola noche.

—¡*Padrísimo!*.—exclamó su amiga con júbilo.—Eso es lo único que importa, y si después me puedo vengar de ellos, ¡pues mejor!.

Y las dos se echaron a reír.

—Está bien, pero necesito ayuda.

—Lo que precisas.

—Umm, apunta.

Esther abrió su bolso y tomó hoja y papel.

—¡Perfecto!. Pues vamos a necesitar unas barajas de cartas, si pueden ser españolas mejor que con las otras me lío.

—Ajá.—le contestó mientras escribía.

—Y también una cazuela de barro, con un cucharón del mismo material, unos litros de aguardiente, unos granos de café...

Alexia paró de hablar cuando se percató de que su amiga no estaba escribiendo.

—¿Me quieres decir para qué necesitamos todo eso?.—le preguntó extrañada.—Solo vamos a jugar a las cartas, ¿no?.

—Bueno...

—¿Cómo que bueno?.

—Tú calla y apunta.

La actriz se la quedó observando unos segundos más hasta que se encogió de hombros, en la cara de Alexia había una expresión traviesa que le daba algo de miedo, pero... ¡Qué demonios!, quería pasárselo bien y de paso si se terciaba burlarse de los hombres.

—Me quedé en la cazuela de barro.

Su amiga resopló y empezó de nuevo.

Montaron el tenderete en una mesa cercana a la de los hombres. Cuando lo tuvieron todo perfectamente preparado, llamaron a las mujeres y a Mauro, que no contaba como del bando masculino, y por supuesto ignoraron a Marta, ya que ella no contaba en ningún bando, era una especie aparte. Y empezaron a jugar.

—Bien amigas...—comenzó a hablar de manera misteriosa, situada de pie delante de la mesa.— lo que vais a presenciar esta noche es un *meigallo** ancestral de mi pueblo.

Mientras hablaba iba agregando los ingredientes a la cazuela de barro.

—Este *meigallo* o hechizo, lo elaboraban las *meigas** de las aldeas más recónditas de Galicia, y se llama A Queimada*. Cuenta la leyenda, que los Celtas lo usaban para alejar a los malos espíritus y a las brujas...

Y qué casualidad que justo en ese momento pasaba la *arpía rubia* por delante de ellos, mirándoles con desprecio pero con una curiosidad mal disimulada.

—... y también los protegían de los maleficios como el mal de ojo. Y con el tiempo la tradición pasó de familia en familia, y ahora solo las buenas *meigas* lo realizan correctamente. Y todo *meigallo* tiene su conjuro, que leeré en alto mientras lo realizo.

Mientras iba contando todo esto agregó el aguardiente a la cazuela, con el azúcar, una copa de ron, unos granos de café, la corteza de una lima, (ya que no había limones en el hotel), y por último la corteza de una naranja. Para a continuación pedir que bajaran las luces y que quedaran en absoluta oscuridad, solo iluminados por la luz de la luna que estaba en fase llena esa noche y que entraba por los ventanales. Cuando todo estuvo como ella quería, miró a cada uno de los que estaban en la mesa los cuales presentaban diferentes estados de ánimo, una estaba atenta, otra confundida, expectante, curioso... Y procedió a verter en el cucharón un poco de aguardiente y azúcar que había reservado y lo encendió con un mechero. Tomó el papel en su mano y empezó a leer, mientras acercaba el cucharón a la cazuela y el alcohol comenzaba a arder:

* Mouchos, coruxas, sapos e bruxas;
demos, trasnos e diaños;
espíritos das neboadas veigas,
Corvos, pintegas e meigas;
Rabo ergueito de gato negro
E todos os feitizos das menciñeiras...

Mientras pronunciaba el conjuro y revolvía el líquido en llamas sin tocar el fondo del recipiente, los asistentes estaban admirados y maravillados por el calor, el color y el olor de brebaje. El tono azulado de las llamas al quemarse el alcohol junto con el azúcar, y las palabras que pronunciaba Alexia, los tenía como hipnotizados en diferentes fases de asombro. Y no solo a los que estaban sentados a la mesa, sino también a las demás personas que estaban cerca, incluidos a los jugadores de póker que se acercaron no siendo capaces de resistirse a la curiosidad de saber qué estaban haciendo.

Cuando terminó de hablar, apagó las llamas con un fuerte soplido dando por terminado el hechizo.

—Bien, ahora mientras la pócima se enfría os diré cuáles son las reglas del juego.

Apartaron el recipiente con cuidado a otra mesa, encendieron las luces y Alexia recogió dos barajas de cartas que se dispuso a mezclar.

—¿Alguien ha jugado alguna vez a los animales?.

Todos se quedaron mirándose unos a otros con cara de extrañeza, para a continuación responder que no.

—Está bien, el juego de los animales es un juego muy sencillo. Consiste en que cada uno de los jugadores tiene que elegir a un animal, el que queráis, puede ser un perro, una gallina, un burro, un grillo, un mono, etc.

Llegados a este punto los hombres del póker decidieron que aquello era una tontería, y volvieron a su partida. Esther observó fastidiada como se iban, pero después siguió las instrucciones de su amiga.

—Yo voy a repartir las cartas boca arriba.—siguió explicando Alexia.—Cada carta tiene un palo, que son; Oros, Copas, Bastos y Espadas. Cuando yo reparte, las personas que tengan el mismo palo de la carta tienen que decir en alto el animal del contrario. El que primero acierte gana y el perdedor se queda con las cartas del contrario. ¿Lo habéis entendido?.

—No.—reconoció María.

—Voy a poneros un ejemplo. Yo elijo ser un pato y tú María eres un gallo. Si reparto las cartas ahora y a mí me toca por ejemplo espadas, y si sigo repartiendo y a ti te tocan espadas también, yo tengo que decir kikiriki y tu cuac cuac. La que antes lo diga gana y la carta que tenía se la queda la otra. La dificultad de este juego es acordarse de los animales de todos tus contrincantes.

—¿Y *A Queimada*?.

—El que pierda se tiene que beber un chupito.

A todo el mundo le pareció genial a sí que se pusieron a jugar inmediatamente.

Al cabo de un tiempo el escándalo que estaban montando era tal, que incluso a los jugadores de póker les resultó difícil ignorarlo. Se acercaron curiosos nuevamente y observaron cómo se lo estaban pasando en grande. El grupo había acrecentado, resultando más difícil todavía el adivinar el animal de cada uno. Y se ponían tan nerviosos que cuando les tocaba terminaban por decir todos los nombres de los animales de corrillo, hasta que se acordaban del correcto o lo adivinaban por casualidad. O directamente balbuceaban intentado inútilmente acordarse, poniendo caras extrañas y gritando más alto que el rival para que se le escuchara mejor si acertaban correctamente.

Cuando Martín y los demás se acercaron, se encontraron con Eva tirada en el suelo con un ataque de risa mientras Mauro la intentaba levantar. Esther se agarraba de la barriga doblada en dos, con evidentes dificultades para poder respirar por culpa de las carcajadas, Y Alexia llorando de la risa, intentaba acordarse a quién le había repartido la carta anterior.

Al principio la asistente se había negado a beber, alegando que ella no estaba acostumbrada y que además tenía que repartir las cartas, pero la ignoraron por completo, y no le quedó más remedio que beber chupitos del brebaje que había preparado. Y cuando éste se acabó mandaron traer más botellas de alcohol, por lo que estaba ligeramente contenta. Bueno para ser honesto bastante contenta. Cuando los hombres del póker quisieron jugar, Esther al principio se negó rotundamente, pero después de que les suplicaran que les dejaran hacerlo le guiñó un ojo a Alexia y claudicó.

Martín no se lo había pasado tan bien en años. El juego era una tontería, porque sinceramente era lo más sencillo y simplón a lo que había jugado en su vida, pero era extremadamente gracioso. Y si le añadías un poco de alcohol aquello era un desmadre. Le dolía el estómago y la mandíbula de tanto reír. Llevaban tiempo jugando cuando tuvo que impedir a su empleada que siguiera repartiendo las cartas, porque ya no controlaba mucho que digamos. A pesar de que él también había bebido, no llevaba la misma cantidad de alcohol que tenían los que habían empezado a jugar desde el principio,

y menos las mujeres, que no eran tan tolerantes como lo hombres. Así que decidió llevarse a Alexia para la habitación a que durmiera la mona.

Al principio ella se resistió, pero al final se despidió de todo el mundo asegurándoles que los quería como si fueran sus hermanos. Dio abrazos y besos a diestro y siniestro, incluso a algún empleado del hotel despistado que pasaba justo por allí. Estaba muy graciosa, pero al actor no le quedó más remedio que sujetarla fuertemente para obligarla a ir a descansar.

Cuando llegaron a la habitación después de mucho esfuerzo, ya que en el ascensor se le había ocurrido la absurda idea de irse a bañar al mar, porque decía que no se podía ir de allí sin despedirse adecuadamente del lugar, pulsando todos los botones hasta llegar a su piso, Martín sentó a Alexia en la cama.

—¿Dónde tienes tu camiseta de dormir?—le preguntó agotado de forcejear con ella.

La mujer se le quedó mirando fijamente como si le estuviera hablando en otro idioma.

—Alexia tu camiseta de dormir, ¿dónde la has puesto?—le volvió a preguntar pacientemente.

—No shee. Sshupongo que enla co...enla co... la cómoda.—le dijo mientras intentaba hablar y pensar a la vez.

Él revolvió todos los cajones del mueble pero no encontró nada. Solo ropa interior, un bañador, unas blusas... ropa normal vamos, así que al final agarró una camiseta suya y se acercó a ella.

—Escucha no la encuentro, pero te dejo una mía para que puedas dormir, ¿vale?—le propuso hablándole muy despacio, mientras observaba como le estaba resultando difícil el mantenerse erguida.

—Vaaale.

La ayudó a levantarse para llevarla al baño a que se cambiara.

—Shaabesss que te quiero muxo, ¿verdaad?.

—Si.—le contestó mientras abría la puerta del baño.

—Como la truxa al truxo, ja, ja, ja...

Martín la dejó sentada encima de la tapa del inodoro.

—Te dejo que te cambies de ropa y si me necesitas estoy ahí detrás, ¿de acuerdo?.

Alexia asintió con la cabeza tan fuerte que se inclinó un poco hacia delante perdiendo el equilibrio, la ayudó a encontrar la estabilidad mientras sonreía divertido y la dejó sola para que se cambiara. Después de unos minutos que se le hicieron eternos, asomó la cabeza para comprobar si estaba bien, porque llevaba un rato llamándola y lo único que escuchaba eran unos ruidos amortiguados. Cuando lo hizo, pudo comprobar con alivio que seguía sentada en el mismo lugar donde la había dejado, pero estaba espatarrada en el asiento, y atascada con la cabeza y los brazos levantados, luchando afanosamente e intentando sacarse la prenda superior.

Se acercó a ella y le ayudo a desembarazarse de la ropa. No dejaba de sonreír mientras pensaba, en lo avergonzada que se encontraría al día siguiente cuando le contara todo lo que había hecho. Pero la sonrisa le duró poco, ya que su mirada se tornó seria cuando después de desprenderse del vestuario, ella se quedó únicamente en ropa interior. Intentó no fijarse mucho y ayudarla a vestir su camiseta lo más rápidamente posible, pero no lo consiguió. El conjunto de culote y sujetador a juego a Martín le pareció exquisito. Era de color blanco con unas delicadas y minúsculas flores moradas, y la piel de ella era tan blanca y suave, y sus curvas tan sinuosas y delicadas, que la boca se le hacía literalmente agua. Intentó pensar en otra cosa mientras la ayudaba, pues por culpa del alcohol estaba más patosa de lo normal, logrando que algo tan sencillo como ponerse una camiseta fuera una tarea titánica. Y el

problema, es que la dichosa mujer se movía tanto que su cuerpo y sus manos no podían evitar tocar y rozar, consiguiendo que una furiosa erección volviera a despertar a su *amiguito* por...

¡Maldita sea, ya he perdido la cuenta!. ¡Mierda!.

Consiguió por fin llevarla a la cama a pesar de lo complicado que se lo estaba poniendo, ya que nunca pensó que el ver vestida a una mujer con su propia camiseta, lo pudiera excitar de tal manera que le estaba resultando extremadamente difícil, no arrojarla encima de ella y hacerle el amor desesperadamente. Después de conseguir acostarla y arroparla, mientras repasaba mentalmente el guion del día siguiente para intentar distraerse, Martín se levantó de la cama, pero fue detenido por Alexia que le agarró una mano.

—¿Don... dónde vas?.

—No te preocupes no me voy a ir lejos.

Ella se incorporó y con un semblante muy serio le dijo;

—Shabess que te quiero muxo, ¿verdad?.

—Lo sé. Hoy quieres mucho a todo el mundo.—le respondió suspirando y deseando que ojala fuera cierto.

Ella sonrió divertida.

—Síp.

—Estás muy borracha Alexia es mejor que te duermas.

—Yoooo no esstoy borraxa. Sholo estoy un poquito per... perju... perjudicada.—le contestó mientras hacía un gesto con los dedos índice y pulgar.

Martín no pudo evitar lanzar una carcajada. Estaba encantadora.

—¡Vaya!, ¿ahora se le llama así?.

—Sip.

Y volvió a ponerse nuevamente seria después de sacudir la cabeza afirmativamente.

—Peeeeero tú eres muy importante paaara mí, ¿shabess?.

Él observó su rostro con una mirada penetrante. Decían que los niños y los borrachos son los únicos que no sabían mentir, y se le ocurrió una idea. No era correcto lo que iba a hacer pero en ese momento no le importó.

—Dime una cosa, ¿te gusta Roberto?.

La mujer se le quedó mirando durante un segundo hasta que filtró la información.

—¿Robeeerrto?. ¿Robeerrtiiiito?. Nooooo, claaaro que noooo.—le contestó sonriendo.—Sholo sooomos amiguis.

Martín exhaló el aliento que había estado conteniendo inconscientemente.

—¿Y Fernando?. ¿Qué me dices de él?.

—¡Peero que dices!. ¡No que vaaa!.—exclamó con énfasis.—Es buapo, muy buapo, peeeeeero no es mi tipo.

Sonrió aliviado.

—Y, ¿hay alguien que sea tu tipo?. O sea, ¿qué te guste?.

—Sip.—contestó asintiendo fuertemente con la cabeza.

Al actor se le borró la sonrisa en el acto. Y le preguntó después de carraspear.

—Y, ¿quién es?.

Alexia se acercó sonriendo a él y los ojos se le iban juntando cuanto más se aproximaba.

—¡A tiii te lo vooy a decir!. ¡JA!.

Se levantó furioso mientras se pasaba una mano por el pelo.

—¡Tienes que decírmelo!

—Nop.—le contestó mientras sonreía de oreja a oreja.

Y después escondió un bostezo entre sus manos.

¡Maldita sea!

Martín empezó a pasearse por la habitación con una enorme erección, cabreado y con su asistente borracha como una cuba. ¿Es que ni bebida iba a soltar prenda?. ¡Era una mujer insoportable!. ¿Y quién era ese hombre?. ¿Podiera ser que se estuviera viendo con alguien y él no se hubiera enterado?.

¡No, imposible!

Él lo sabría, estaban juntos prácticamente las veinticuatro horas del día. Entonces, ¿cómo era posible?. A no ser...qué fuera alguien de su pasado. Qué un hombre, un antiguo novio quizás la estuviera esperando en España. Realmente no sabía nada de la vida anterior de su empleada.

—Tienes a alguien en España esperándote, ¿no?. ¿Un novio?

Alexia de repente se puso seria y una expresión de dolor cruzó por su rostro, antes de que inclinara la cabeza y centrara su mirada en sus manos. Él se acercó a ella y se volvió a sentar en la orilla de la cama.

—¡Dime Alexia!. ¿Es eso?.

Ella levantó su rostro y se le quedó mirando con una extraña expresión en su semblante. Y despacio, muy despacio, alzó su mano para acariciarle la cara, y a continuación dijo algo que lo dejó totalmente descolocado.

—Bésame.

—¿Qué?—preguntó parpadeando varias veces incrédulo.

—Bésame Martín.

Durante unos segundos se quedó petrificado sin saber qué hacer ni qué decir, a la vez que por su mente pasaban un millón de sentimientos y pensamientos encontrados. Hasta que al final dejó de luchar contra sí mismo, contra ella y contra el mundo entero, para hacer algo que deseaba desde hacía mucho tiempo. Así que se abalanzó sobre ella agarrándole la cara con ambas manos y besándola con ansias, con absoluta desesperación. Martín sabía que lo que estaba haciendo no era correcto, la dichosa vocecita en su cabeza le advertía que Alexia estaba borracha y se estaba aprovechando de ello. Pero la desechó apartándola en lo más profundo de su mente, porque su deseo por ella era más fuerte que su conciencia. Y continuó devorando su boca mientras gruñidos de frustración y de deleite a la vez surgían de su pecho, expresando lo mucho que había esperado ese momento. Porque la había besado anteriormente, pero no como lo iba a hacer ahora, a sus anchas, con detenimiento, disfrutando mientras daba pero también reclamando, exigiendo.

Lamiendo, mordisqueando, explorando mientras miles de escalofríos recorrían su cuerpo sintiéndolo tan sensible a cada roce del de ella. Era como si cada terminación nerviosa, cada centímetro de su piel surgieran a la vida, y despertaran de un largo e interminable letargo.

A Martín la ropa le sobraba y se desprendió de la camisa con tanta impaciencia que la rasgó en una manga, pero no le importó. Lo único que importaba era esa mujer que lo miraba con una extraña expresión en sus ojos. Volvió a besarla con furia, y con cada envite de su lengua en una lucha encarnizada con la de ella, los fue reclinando en la cama hasta quedar tendidos.

—¡Por Dios Alex!, ¡me vuelves loco!.—susurró con la voz ronca.

Alexia había enterrado una de sus manos en su pelo mientras jadeaba con la respiración entrecortada

porque él le estaba besando el cuello, y con la otra le acariciaba la espalda consiguiendo que la piel del hombre se erizara. Martín tampoco estaba quieto y su mano derecha apartó con urgencia la ropa de cama, para dejar a la vista el cuerpo de la mujer enfundado en su camiseta que le quedaba más ajustada que las de ella.

¡Virgen Santa!. ¡Era tan hermosa!

Recorrió con delicadeza el contorno de su pierna con las yemas de sus dedos, subiendo por ella hasta llegar a la altura de su cadera. Para introducir su mano por debajo de la camiseta, y recorrer el camino hasta llegar a su pecho que rozó ligeramente por encima del sostén, logrando que ella arqueara la espalda buscando un contacto más íntimo. La tenía temblando entre sus brazos, con la boca entreabierta, la respiración agitada y los ojos cerrados. Y volvió a atacar esos labios que lo habían tenido obsesionado durante tanto tiempo, agarrando el inferior suavemente con sus dientes tirando delicadamente de él.

—¡Dios!. ¡Como había soñado con hacer esto!

Para a continuación seguir lamiendo y explorando nuevamente, incansablemente. Su pene palpitaba doloroso entre sus piernas, el pantalón le hacía insoportable el encierro al que lo tenía sometido, y estaba a punto de separarse de ella para quitárselo cuando notó algo extraño. Sintió que algo no iba bien. Los labios de Alexia estaban como inertes, sin vida, no respondían como lo habían hecho dos segundos antes.

Martín levantó la cabeza para observar estupefacto su rostro.

—¡No puede ser!. ¡No me puede hacer esto!. ¡Es increíble!. ¡Esto no me puede estar pasando!

Y sin poder dar crédito a lo que veían sus ojos, descubrió exasperado y frustrado como Alexia se había quedado dormida. Se levantó de la cama movido por un resorte y furioso con su empleada empezó a caminar de un lado a otro pasándose las manos por su cara impacientemente, mientras miraba de hito en hito hacia la mujer y observaba asombrado como ella se ponía de lado, buscando una postura más cómoda para seguir durmiendo tranquilamente.

—¡La mato!. ¡Te juro que la mato!

Bajó la mirada hacia su miembro henchido e injustamente maltratado, mientras su rostro era un puro poema, dándose cuenta de que se encontraba en la misma situación que esa misma mañana. ¡No!

¡Mentira!, estaba peor, mucho peor.

—¡Joder!.

*Meigallo: Hechizo.

*A Queimada: La Quemada.

*Meigas: Magas o brujas pero que no practicaban la magia negra sino el curanderismo y la videncia.

*Traducción del Conjuro A Queimada;

Búhos, lechuzas, sapos y brujas;
demonios, duendes y diablos;
espíritus de las vegas llenas de niebla,
cuervos, salamandras y hechiceras;
rabo erguido de gato negro,

y todos los hechizos de las curanderas...

Nota: el conjuro es más largo pero decidí no escribirlo todo, solo el principio.

Capítulo 22

Alexia se despertó creyendo sinceramente que los Ángeles del Infierno estaban en su habitación, haciendo rugir el motor de sus motos como si la vida les fuera en ello. Intentó abrir los ojos pero le supuso una tarea imposible, así que se tapó los oídos con la almohada, mientras gemía atormentada por culpa de una insoportable jaqueca. Pero aquel sonido infernal no desaparecía. Estuvo durante más de un minuto intentando descifrar de donde saldría aquel maldito ruido, pero se dio por vencida ya que su cráneo iba a estallar. Abrió los ojos con mucha dificultad, buscando a la persona o personas que se estaban vengando de ella de una forma muy cruel, moviendo la cabeza de un lado a otro. Pero tuvo que parar, ya que de repente le subieron unas arcadas a la boca que a punto estuvo de vomitar todo en aquel momento. Y lo peor es que allí no había nadie.

Se quedó quieta mientras intentaba pensar qué diablos estaba pasando y de paso aquietar el estómago un poco, hasta que se dio cuenta de que lo que estaba sonando era la alarma de su móvil. Se arrastró como pudo por la cama y apagó el insufrible aparato, que a punto estuvo de acabar estampado contra la pared.

—¡La Virgen, que alivio!

Se quedó tirada en la cama deseando con todas sus fuerzas poder mover los brazos y las piernas, pero su cuerpo no le respondía. La boca la tenía pastosa y su lengua parecía de estropajo, y de pronto recordó el por qué se encontraba tan mal. La noche anterior se había corrido una juerga padre. Alexia no era ninguna mojigata y antes de esa noche se había emborrachado varias veces, no muchas para ser sincera, pero alguna que otra sí. Pero como aquella verdaderamente no recordaba ninguna. Hablando de recordar, tenía una enorme laguna de la noche anterior, desde que empezaron a jugar los hombres del póker hasta... Hasta esa misma mañana. No recordaba cómo había llegado a la habitación, ni con quién, ni quién la había acostado en la cama, ni...

¡Mierda!

Levantó las mantas para ver si estaba desnuda.

¡Uff!

Suspiró aliviada al ver que tenía puesto una camiseta.

¡Bien todo correcto!

—¡Un momento!. ¡ESTA CAMISETA NO ES MÍA!—gritó aterrada, pero bajando la voz al instante por su terrible resaca.

Desesperada se subió la prenda hasta los pechos, para comprobar más tranquila que al menos tenía la ropa interior en su sitio. Se llevó las manos a las sienes, trazando círculos con los dedos para activar la circulación sanguínea a ver si mejoraba algo el dolor, pero nada, seguía ahí, martilleándole la cabeza. Hizo acopio de valor y lenta, dolorosa, e inexorablemente se arrastró como alma en pena hacia el baño, para acabar vomitando todo en el retrete. Se quedó sentada en el suelo durante unos minutos, con la frente apoyada en la pared aliviada por la frescura de los azulejos, hasta que recuperó más o menos la normalidad. Y se dirigió hacia la ducha para intentar por lo menos sentirse nuevamente persona.

Cuando se sentó en la mesa del restaurante con su manzanilla y sus dos analgésicos, no era la única que tenía un aspecto lamentable. No sufría ya las arcadas, pero el estómago lo tenía tan mal que no le entraba nada más que un poco de líquido caliente. Cuando levantó la vista y observó a través de sus gafas de sol a sus compañeros, pudo apreciar que cada uno en mayor o menor grado padecían un malestar tan grande como el de ella. Todos estaban callados sin decir ni una palabra, solo algún que otro gemido seguido por una mueca de dolor. Menos su insoportable jefe que estaba desaparecido en combate y con el cual tendría una charla muy seria sobre, ¿qué *patrón* que se precie dejaba agarrar a su empleada semejante cogorza?. Si la tenía tan vigilada para algunas cosas, ya podría estar más atento para otras, ¿no?. Y hablando del rey de Roma...

Martín se sentó a la mesa con una bandeja llena de abundante comida, había dormido poco y echo mucho ejercicio, así que estaba hambriento. Cuando Mauro olió el aroma de los alimentos que había traído, salió corriendo tapándose la boca con la mano y la cara de un extraño color verde. No había que ser ningún genio para adivinar a donde se dirigía con tanta prisa.

—¡Buenos días!—saludó, después de levantar una ceja y observar como corría el ayudante de vestuario.

Los demás comensales le respondieron con diferentes gruñidos y gemidos varios. El actor observó a su empleada como revolvía su manzanilla con la cuchara como si fuera una zombi. Para ser justos no era la única, pero sí la única culpable de su frustración. De su enorme, dolorosa, e insoportable frustración.

—No tienes buena cara, ¿te encuentras bien?—le preguntó.

Su asistente hizo un gesto de dolor y se agarró la cabeza con ambas manos.

—No, no me encuentro bien.—susurró doliente.

—¡Me alegro!—contestó con una sonrisa de satisfacción.

Por lo menos no sería el único que sufriera. Alexia levantó la cabeza y lo observó extrañada a través de las gafas de sol.

—¿Y se puede saber porque te alegras?.

—Tengo mis motivos.—le contestó, mientras ingería un bocado de huevos revueltos.

—Pues yo hoy no tengo el horno para bollos.—le soltó ella secamente.

Agarró los analgésicos y se tragó los dos juntos con un poco de manzanilla.

—Y menos para tus adivinanzas.—continuó.

—Pues fíjate, que me importa muy poco para lo que tengas tú hoy el horno.—le replicó mientras comía otro bocado.

Dejando a Alexia y a todos los demás asombrados. También podía ser borde si quería y si se encontraba mal no tenía por qué pagarlo con él. Y después de ingerir un trago de zumo prosiguió;

—Si no sabes beber no lo hagas en días laborables.

¿Pero qué demonios le pasaba ahora?.

—¡La culpa es tuya!—le recriminó enfadada.

Martín paró el tenedor a medio camino de su boca posándolo suavemente en el plato.

—¿Qué has dicho?—preguntó más alto de lo normal, haciendo que todos incluida Alexia hicieran una mueca de dolor.

—Si no me hubieras dejado beber anoche pues hoy no estaría así.—le contestó toda llena de razón.

—¡¿QUÉ?!—exclamó perplejo, dando un golpe con el cuchillo en la mesa.

Llegados a este punto y sabiendo que se iba a montar una gorda nuevamente entre esos dos tercios,

cabezotas, testarudos, obstinados, tozudos... y no seguía más porque no tenía ganas, Esther decidió levantarse y marcharse de allí, diciendo;

—¡Que os den!

Y los demás la siguieron haciendo una espantada en toda regla. Tanto el actor como su empleada se quedaron con la boca abierta por lo insólito de la reacción en cadena que se había producido, y se quedaron más solos que la una, para a continuación seguir a lo suyo. Martín tenía que desahogarse de alguna forma, y ya que no podía hacerlo como él deseaba se desquitaría de otra manera.

—¿Desde cuándo la culpa es mía?

—Desde que me dejas beber sabiendo que no tolero bien el alcohol.—le contestó tercamente.

—Como muy bien me has recordado últimamente eres lo suficientemente mayorcita para cuidar de ti misma.

—Y como tú muy bien te has encargado de recalcar me eres responsable de mí. Por ende, es tu deber cuidarme.

—¡Bueno esto es increíble!

El actor no daba crédito.

—Ahora resulta que soy responsable de ti, ¿desde cuándo?

—Según tú desde siempre, ¿no?

—La primera noticia que tengo. Porque me dejaste muy clarito que tenía totalmente prohibido meterme en tu vida privada.

—¡Por supuesto!. Y lo sigues teniendo prohibido que te quede claro.—le contestó sin bajarse de la burra.

—Pues entonces explícamelo porque no lo entiendo.—manifestó exasperado.— Porque si eres suficientemente mayorcita para cuidar de ti misma, si tengo totalmente prohibido inmiscuirme en tu vida privada, y si no tengo derecho a decirte lo que tienes o no tienes que hacer. ¡¿Cómo *carajo* te voy a prohibir que bebas?!

—¡No lo sé!.—estalló Alexia sabiendo que él tenía razón.

Y se puso de pie irritada porque no tenía ninguna réplica adecuada que decirle.

—¿Es que no entiendes que tengo tal resaca que no puedo ni pensar?. ¡Ten un poco de compasión por mí, ¿quieres?!

Y se marchó refunfuñando algo sobre que los hombres eran imposibles, sobre todo el terco que tenía por jefe. Dejando al pobre Martín descolocado, y lo que era más importante, seguía frustrado, muy pero que muy frustrado.

—¡Será posible que siempre tenga que decir la última palabra!.— masculló, después de limpiarse la boca y tirar la servilleta enfadado encima de la mesa.

Y se levantó para ir en pos de su irascible empleada.

—¡Un momento señorita Montero!

Alexia lo ignoró.

—¡Te he dicho que te detengas!. ¡AHORA!

—¡Gr!.—gruño rabiosa, y se giró con los brazos en jarras para gritarle.— ¡Y ahora, ¿qué?!

—Vamos a terminar esta conversación.

—No tengo nada más que decir.—le contestó posando su mano en la frente.

—Pero yo si tengo algo que decir y por cierto no me das pena ninguna.

—Martín...

—Me revienta que me dejes con la palabra en la boca y quiero que me expliques ahora mismo, ¿qué has querido decir antes?. Porque honestamente Alexia, ¡me estás volviendo loco!, máxime después de lo que pasó ayer.

Ella bajó su mano de la cabeza lentamente y lo miró con suspicacia.

—¿Y qué fue lo que pasó ayer exactamente?.

—¡Da igual!.—le contestó impaciente pues no había querido dar esa información.— El caso es que...

—¡No!, ¡No da igual!. ¡¿Qué demonios pasó ayer?!.—lo interrumpió alarmada.

Porque ahora empezaba a preguntarse nuevamente, ¿quién diablos la había desvestido?, ¿quién le había puesto la camiseta?, y lo más importante, ¿si no habría pasado algo más de lo que ella tampoco se acordaba?.

—No tiene la mayor importancia. Lo que sí importa es que...

—¿Quizás tú y yo no tengamos el mismo concepto de importancia?. Porque a mí sí que me importa saber, ¿qué pasó ayer?

De repente se quedó callado y la observó con una extraña mirada

—¿De qué te acuerdas?.

—No mucho la verdad. Recuerdo estar jugando a las cartas y pasármelo en grande. Más tarde, vosotros los que estabais jugando al póker os unisteis, y... poco más.

—¿No te acuerdas de lo que pasó después?.—le preguntó, empezándosele a formar una brillante y traviesa a la vez que sensual sonrisa.

¡Ay Dios!

Alexia tragó saliva y negó con la cabeza empezando a asustarse.

—¡Vaya!. Esa sí que es buena.—exclamó sonriendo más todavía si cabe.

Logrando que esos sexys hoyuelos se marcaran más en su cara. Martín se dio la vuelta y se dirigió nuevamente hacia la mesa, donde por cierto tenía su desayuno enfriándose, y la que salió disparada detrás de él fue ella.

—¡Martín!.

—¿Qué?.

—Necesito que me digas, ¿qué pasó ayer?.

—¡Vaya!, resulta que ahora la señorita quiere hablar, ¿no?.—señaló con sarcasmo después de sentarse.

Y procedió a seguir dando buena cuenta de su desayuno..

—¡Por favor!.—le suplicó sentándose ella también.

—Te digo lo mismo que me dijiste tú ayer. ¡Nop!.

—¡Oh, por el amor de Dios!. ¡Estaba borracha!.

—No, según tú. ¿Qué fue lo que me dijiste...?. ¡Ah sí!, no estoy borracha estoy un poquito perjudicada.

¡Mierda!

Alexia reconocía esas palabras como suyas. Qué pudiese recordar era la única persona que las decía, y se tuvo que armar de mucha paciencia para preguntarle tranquilamente.

—¿Fuiste tú el que me llevó a la habitación?.

Martín la miró irónicamente.

—¿Crees que iba a permitir a otra persona que te subiera a *nuestra* habitación?.—le confirmó

mientras comía otro bocado.

Y chasqueó varias veces la lengua mientras negaba con la cabeza, dando a entender que era la pregunta más estúpida que le habían hecho nunca. La mujer empezó a retorcerse los dedos con aprensión y a morderse el labio nerviosa.

—Y después... ejem. ¿Fuiste tú el que me desvestió?

El actor tragó el bocado de comida y acercó su rostro al de ella para susurrarle, mientras miraba fijamente esa apetecible boca que estaba mordisqueando.

—¿Tú que crees?.

1, 2, 3, 4, 5...paciencia Alexia.

—No lo sé, te recuerdo que estaba borracha.

—Umm, ¡es verdad!.—se burló, para volver a meter otro trozo de alimento en la boca.

6, 7, 8, 9, 10...

—Y, ¿bien?.

—Bien, ¿qué?.

11, 12, 13, 14, 15...

—¿Si fuiste tú el que me desnudó o por el contrario lo hice yo?.

—¡Ah eso!. No pienso decir nada me acojo a la quinta Enmienda.

—¡Qué quinta Enmienda ni que gaitas!.—explotó Alexia levantándose de la mesa.

A Martín le dio un ataque de risa. La asistente estaba colérica, se estaba riendo de ella en todas sus narices. Puso los brazos en jarras nuevamente mientras saltaban chispas de sus ojos.

—Dime. Qué. Pasó. Anoche.

Él tardó un rato en dejar de reír, porque cada vez que la miraba no podía evitar volver a carcajearse de ella. Le costaba ponerse serio porque se lo estaba pasando genial. Nunca pensó que una venganza pudiera ser tan divertida. Tomó aire varias veces para intentar calmarse y cuando lo consiguió la miró muy serio. Realmente estaba furiosa y su expresión era inquietante, mientras daba pequeños golpes con la punta del pie en el suelo evidentemente alterada. Si las miradas mataran, él estaba muerto y enterrado desde hacía rato. Está bien le diría lo que quería saber, pero solo porque estaba encantadora con esa mirada furibunda, tomó aire para soltarle un;

—Nop.

Y volvió a darle otro ataque de hilaridad.

—¡MARTÍN!.—le gritó exasperada.

¡Lo iba a matar!, y estaba segura que disfrutaría haciéndolo. Ahora entendía lo que podía sentir un asesino, porque las ganas que tenía de retorcerle el cuello a ese tipejo eran incontrolables. ¿Cómo podía estar haciéndole esto?.

¡Por todos los infiernos!.

—¡Está bien!.—le soltó rindiéndose.—Si no quieres decírmelo no puedo hacer nada contra ello. Pero estoy segura de que no pasó nada y por eso no sueltas prenda, porque no hay nada que decir.—terminó mirándole muy ufana.

Él se acabó de un trago el café con leche y se limpió la boca con la servilleta.

—¿Tú crees?.

—Sí, lo creo. ¡Es más, estoy totalmente convencida de ello!—le contestó retándole a que le dijera lo contrario.

El hombre se levantó de la mesa despacio y estiró su cuerpo con indolencia, satisfecho por tener el

estómago lleno. Se acercó a ella y bajó la cabeza para volver a susurrarle al oído.

—Quizás tengas razón. Lo único que te puedo decir, es que me encanta como te sienta el conjunto de sostén y culote de color blanco con diminutas y exquisitas flores moradas. ¡Umm, estabas preciosa!. Y dicho esto, esta vez fue Martín el que se marchó dejándola estupefacta, con los ojos abiertos como platos y la mandíbula desencajada, mientras un intenso rubor le cubría el rostro.

¡Jesús que bien sienta la venganza!

Cuando llegaron al autobús, Alexia le había pedido por el camino como unas diez veces que le contara lo que había sucedido esa noche, y él le había contestado no, a todas y cada una de ellas. Y estaba disfrutando como un bellaco haciéndola sufrir de esa manera. Qué ella padeciera también un poco no le venía nada mal, a pesar de que sabía que no estaba siendo justo, pues nunca lo había hecho conscientemente. Pero daba igual. Su orgullo necesitaba resarcirse, ya que ninguna mujer se le había quedado dormida mientras le estaba haciendo el amor. ¡Nunca!. ¡Jamás!. ¡¿Cómo se atrevía?!. Y el que estuviera borracha no la excusaba en absoluto.

Recordó que después de semejante insulto a su hombría, se había ido a la piscina a bajar los calores y la enorme erección que sufría. Y tras lo que sería un duro entrenamiento de largos en el agua, se fue al gimnasio a las tantas de la madrugada a seguir machacándose, hasta calmarse lo suficiente como para volver a la habitación he intentar dormir un poco.

—¡Por favor!

—¡Ah, ah!.—le contestó mientras se sentaba, procediendo a hacerlo ella también a su lado.

En esos momentos a la asistente le importaba un comino si la *arpía rubia* quería sentarse al lado de su jefe o no.

—¡Te lo suplico!. ¡Te lo imploro!.—le rogó.

—Y erre que erre. Pues va a ser que no.

Y después me llama terco a mí. ¡JA!

—¡No es justo!.— gimoteó haciendo pucheros.

—Algún día tenías que aprender que la vida no es para nada justa.—se burló.

—¡Arg!. ¡Te odio lo sabías!.—exclamó ofuscada, sin importarle que los demás la oyeran.

—Eso no era lo que me decías ayer.—le susurró con una sonrisa traviesa.

Ella ya no sabía que más hacer, pero necesitaba desesperadamente saber, era imperativo enterarse de lo que había sucedido esa noche. En la habitación. Entre los dos.

—¡Tengo derecho a saberlo!

—No hubieras bebido.

Y de pronto Esther se levantó de su asiento, mientras el autobús se ponía en marcha haciendo que perdiera el equilibrio.

—¡Vosotros dos!.—les gritó cabreada sujetándose con fuerza a la butaca de adelante.—Como os vuelva a escuchar decir una sola palabra más, os bajo yo misma del autobús a patadas.

Tanto Martín como Alexia, ¡qué demonios todo el mundo!, se quedaron sorprendidos. Estaba claro que el malestar de los excesos de la noche anterior a la actriz no le sentaban nada bien. Pero la asistente, que hoy no estaba siendo consciente del peligro que corría su vida, intentó replicar;

—Pero Esther es que...

—Ni Esther ni nada. Por lo que veo a ti se te ha pasado la resaca, pero yo tengo un dolor de cabeza de mil pares de narices, y estoy harta de oíros discutir como un matrimonio. Si tenéis problemas resolvedlos en casa.

Alexia se quedó pasmada por la respuesta de su amiga y se cruzó de brazos enfurruñada. Para ser sincera la actriz tenía razón, se le había pasado gran parte del dolor de cabeza, pues estaba más preocupada intentando averiguar qué demonios había pasado entre su jefe y ella, y se había olvidado por completo de su malestar, pero eso no justificaba que le hablase así. Y Martín viendo el panorama no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Por fin hay alguien que es capaz de callarle la boca!—exclamó divertido, volviendo a reírse escandalosamente.

Pero cuando se percató de la mirada asesina de su compañera, cerró la boca de golpe, aunque le resultaba muy difícil ocultar los espasmos de la risa contenida.

A media mañana Esther se acercó a su amiga con una enorme sonrisa de reconciliación en la cara. Ya no estaba de mal humor porque se le había pasado la terrible jaqueca que sufría, además de las arcadas y los calambres en el estómago. Y Dios la había escuchado, porque ese día no tenía que besarse con ningún actor, ya que el mal sabor de boca que padecía echaba para atrás... En fin, que estaba feliz. Pero se quedó un poco preocupada al ver a su amiga bufar cuando la vio llegar, haciéndola recordar el rapapolvo que les había echado a los dos unas horas antes.

—Lo siento.—se disculpó cariacontecida.

—Sí claro, a buenas horas.—le contestó Alexia de malhumor.

Llevaba toda la mañana intentando sonsacarle información a su jefe, y no había manera de que le dijera nada, era el hombre más insufrible que había tenido la desgracia de conocer.

—¿Lo arreglaría si te dijera que ayer me lo pasé bomba?.

La asistente no le contestó, ni tan siquiera la miró.

—Y que gracias a ti, nos pudimos vengar de esos machistas dándole donde más les duele.

La actriz no pudo evitar echarse a reír al recordar, por lo menos hasta donde ella podía, lo divertido que había sido el juego.

—Estabas muy graciosa subida a la silla mientras imitabas un mono, ja, ja, ja...—siguió riéndose Esther.—Y cuando le discutías a María la diferencia entre el balido de una cabra y el de una oveja... ja, ja, ja... ¡Fue lo más!... ja ,ja, ja...

Y a Alexia le empezó a bailar una ligera sonrisa en la comisura de los labios.

—Estuvo bien, ¿verdad?—le contestó sonriéndose también sin poder resistirse a ello.

—Sí.

Y las dos se echaron a reír otra vez mientras se contaban las anécdotas de las que se acordaba cada una. Mauro y las chicas se fueron acercando cuando se percataron de que Alexia ya no mordía, pues no se atrevieron a molestarla antes, al ver como despachaba con cajas destempladas a Roberto cuando quiso volver a hablar con ella. En todo el tiempo que la conocían nunca la habían visto tan irascible.

—¿Te encuentras mejor?—le preguntó Eva al acercarse.

—Sí. Y lo siento, si he estado un poco irritable.—se disculpó arrepentida.

—No pasa nada.—le respondió María.

—Estas perdonada.—le dijo Mauro mientras la abrazaba.

Y a continuación se pusieron a hablar sobre la juega de la noche anterior, participando de las risas

como buenos amigos que eran.

Cuando acabaron de grabar en Xcambó volvieron al hotel y se fueron a comer. Había intentado por todos los medios sonsacarle a su jefe algo, lo que fuera, pero se negaba en redondo a decirle nada. Así que para que el hombre no se lo pasara tan bien haciéndola sufrir, había optado por la opción de ignorarlo dentro de lo que sus obligaciones laborales le permitían, claro. En la comida se enteró de que los productores habían organizado una pequeña fiesta en la playa para despedirse de Telchac, aprovechando los focos que pondrían esa tarde para grabar las últimas escenas que quedaban por hacer a última hora del día. Ella no estaba muy segura de que tuviera ganas de más fiesta, pues creía que con la de la noche anterior había tenido más que suficiente durante mucho tiempo.

Después de comer, Martín se fue a cambiar de ropa y prepararse para las siguientes tomas, y la tarde pasó sin mayores incidentes para Alexia que hizo lo habitual, respondiendo llamadas y mandando emails. Incluso Roberto había dejado de insistir con lo de querer hablar. Le pasó una llamada al actor que le hizo ella misma a Lucas para saber cómo iba todo por casa, y éste volvió a asombrarse de lo implicado que parecía Miguel con su nieto, al contarle su hijo lo bien que se lo pasaban juntos. Todo sería de lo más normal y tranquilo, si no fuera por la sonrisa de suficiencia que le mostraba él cada vez que la miraba, logrando que ella se enervara y maquinara diferentes formas de hacerlo sufrir.

¡Algún día me vengaré!. No sé, ¿cómo, ni cuando, ni dónde?, pero ¡te juro que me las vas a pagar!
— pensó Alexia.

Lo que ella no sabía es que ya lo había hecho. ¡Y de qué manera!

Cuando el director de escena gritó; ¡Corten!, todos y cada uno de ellos se felicitaron por el trabajo bien hecho. Después la asistente ayudo a montar y organizar unas mesas y unas sillas en la playa, para que pudieran traer comida y bebida para todos, mientras que los ayudantes de sonido preparaban el equipo de música. Martín le comentó que no tenía por qué hacerlo ya que no era su trabajo, pero ella le contestó que no le importaba ayudar. Y después, como estaba empezando a anochecer y a refrescar el tiempo, Alexia decidió subir a la habitación para asearse y cambiarse de ropa. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando al entrar se encontró con una visita no deseada.

—¡Dios mío, lo siento!.—exclamó abochornada, girándose inmediatamente para salir de allí.

Pero se paró en seco a medio camino hacia la puerta cuando alguien le preguntó toscamente
—Se puede saber, ¿qué haces tú aquí?.

—Eh... pues... es que... Martín me mandó venir para que le cogiera... eh...

—¡¿Qué has dicho?!.—la interrumpió Marta escandalizada.

Alexia se giró despacio. Le había soltado lo primero que se le había ocurrido para que no sospechara que ella compartía habitación con su jefe. Estaba nerviosa y no sabía muy bien cómo actuar, por lo que había improvisado al darle esa tonta excusa. Además de la situación tan incómoda que estaba viviendo, ya que por nada del mundo se había pensado topar con la amante de su jefe estirada en la cama y vestida solamente con un picardías, en concreto una prenda de color negro semitransparente que no dejaba mucho a la imaginación. De pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo aquella mujer allí.

—Un momento. La pregunta aquí es, ¿qué diablos estás haciendo tú en la habitación de Martín?.

—¿Tú que crees?.—le contestó con una sonrisa satisfecha.

Para a continuación preguntarle con desprecio

—Lo que no sé, ¿es lo que haces tú?.

—Mira Marta solo soy una mandada, ¿vale?. Cojo lo que me han pedido y enseguida me voy para dejaros a los dos solitos.

La actriz no daba crédito al descaro de esa empleaducha de pacotilla, le estaba admitiendo en su propia cara que se acostaba con su jefe, y después había tenido la desfachatez de insinuar que ella se iba acostando con todo hombre que se le pusiera a tiro.

—¿Cómo tienes la poca vergüenza de admitirlo delante de mí?—le increpó levantándose de la cama furiosa.

Alexia no entendía a que venía esa actitud, pero se estaba empezando a cansar de tener que aguantar a la *arpiá rubia*, y sobre todo, estaba dolida y resentida por toparse con la cruda realidad.

—¿Que yo tengo poca vergüenza?—le replicó indignada.— ¿Acaso te has visto ahí medio desnuda, ofreciéndote como si fueras una vulgar...?.

Se paró a tiempo de decir algo de lo que se habría arrepentido después. El que la actriz fuera la amante de Martín no era culpa suya, y el que a ella le desgarrara el corazón tampoco.

—Vístete, ¿quieres?—le pidió, mientras se dirigía al armario para salir de allí lo antes posible.

Marta la ignoró por completo.

—¡No, continua!. ¿Qué ibas a decir?, ¿cómo una vulgar prostituta?— y se rio sarcásticamente para a continuación mirarla con desdén.—Entonces, ¿tú qué eres cariño?. Porque al menos a mí no me paga, cosa que a ti si hace.

Alexia se giró lanzándole miradas asesinas. Llevaba un día muy malo por no decir pésimo, y esa víbora se estaba buscando una buena pelea. Nunca se había peleado con nadie en toda su vida, pero Marta Salgado se estaba rifando todas las papeletas.

—¿Qué estas insinuando?—le preguntó, bajando la voz de forma letal con los dientes apretados y acercándose a ella.

—No estoy insinuando nada.—proclamó mientras esbozaba una sonrisa torcida.— Me lo acabas de decir tú muy clarito.

Se quedó confundida empezando a pensar seriamente que a esa mujer le faltaba un tornillo.

—¿De qué demonios estás hablando?.

La actriz levantó los brazos y bufó exasperada.

—¡Venga ya!. ¿Ahora te vas a hacer la inocente conmigo?, y ¿vas a tener el descaro de no admitirlo?. Acabas de confirmarme hace un minuto que te acostabas con Martín.

—¿Qué yo qué?!.—chilló parpadeando varias veces incrédula por lo que estaba escuchando.

—Al menos querida yo tengo un límite...—continuó hablando la actriz.— porque tengo muy claro que no voy a hacer un trío por mucho que me guste tu jefe.

Alexia se quedó boquiabierta sin poder dar crédito a lo que estaba insinuando.

—¡Tú estás loca!. Estás muy mal Marta, de verdad te lo digo. Búscate ayuda pronto porque la necesitas con urgencia.

—¿Me estás llamando mentirosa?—le gritó con los brazos en jarras, furiosa por el descaro de esa perra.

Ella negó con la cabeza varias veces.

—No, te estoy llamando loca por si no te ha quedado claro. Yo no he dicho en ningún momento que me acuesto con Martín.—le contestó hablando despacio y con cautela.

Porque sinceramente le estaba empezando a tener miedo, si era capaz de inventarse eso podía ser capaz de cualquier cosa.

—¿Me vas a negar ahora que lo primero que dijiste cuando entraste por esa puerta era que Martín te había mandado venir para *coger*?. ¿Y qué cuando lo hubieras *cogido* nos dejarías solitos?.

De repente Alexia se dio cuenta del error que había cometido. Nuevamente la dichosa palabrita le había metido en un problema. Ya que con los nervios de encontrar a la actriz medio desnuda en su cama, y la preocupación de que no descubriera que compartía la habitación con su jefe aunque no se acostara con él, hizo que usara esa palabra como normalmente lo hacía en España. Sin percatarse de que allí no tenía el mismo significado que para ella. Y no supo muy bien si fue por los nervios, o toda la tensión y frustración acumulada del día, o porque tenía que explotar de alguna manera, se empezó a reír. A reír pero de forma descontrolada, con una risa triste y desgarrada. Dejando a Marta totalmente descolocada y empezando a pensar que la que realmente necesitaba ayuda era ella. Cuando pudo controlarse un poco se acercó al armario nuevamente y agarró una americana del actor, y girándose para acercarse con tranquilidad a la puerta de salida le dijo a la mujer.

—Solo venía a *coger* esto Marta.—le explicó alzando la chaqueta para que la viera bien.— En España la palabra *coger* no significa lo mismo que en México, y si fueras un poquito más inteligente lo habrías sabido.

Y dicho esto se marchó cerrando con un portazo. Ya fuera de la habitación soltó un fuerte suspiro, e iracunda se fue a buscar a su *querido* jefe para dejarle en claro unas cuantas cosas.

Martín estaba sentado tranquilamente tomándose una cerveza, cuando vio aparecer a su empleada. Se dirigía hacia él con evidentes signos de enfado, algo que lo sorprendió, ya que aunque la había estado vacilando todo el día, hacía tiempo que Alexia había dejado de insistir, privándole del gusto de seguir burlándose de ella. Y de buenas a primeras le lanzó una chaqueta a la cara, haciendo que levantara una ceja y tornando su mirada de apacible a ligeramente tormentosa.

—¡Quiero hablar contigo a solas!.—requirió, sin haber visto que sentado a su lado estaba Julio Menéndez.

El productor al igual que el actor levantó una ceja sorprendido.

—En estos momentos estoy ocupado.—le contestó en apariencia tranquilo.

—¡Ahora!.—le exigió.

Y entrecerró los ojos mientras apretaba los dientes fuertemente. Alexia se estaba tomando demasiadas libertades y su impertinencia estaba llegando al límite de su paciencia.

Cuando ella se percató de la compañía de su jefe, se ruborizó avergonzada sabiendo que había meado fuera del tiesto, pero ahora ya era demasiado tarde.

—Por favor.—concluyó, suavizando el tono de voz para intentar rectificar en alguna medida la metedura de pata.

Martín se levantó mientras se disculpaba con Julio, y agarrando a su insolente empleada del brazo la apartó hasta la zona del mini golf, para hablar discretamente y sin que nadie les molestara.

—¿Se puede saber qué demonios pretendes?.

—Lo siento.—se disculpó arrepentida.—No me di cuenta de que estabas con Julio.

—Eso ya da igual.—le soltó enfadado.—Pero te estás extralimitando Alexia y te exijo respeto como tu jefe que soy.

Ella se quedó callada durante un segundo molesta por lo que le estaba diciendo, y aunque sabía que se lo tenía merecido en ese momento no le importó. Lo único que le importaba, es que no se podía

quitar de la cabeza la imagen de Martín y la *arpía rubia* retozando en su cama. La enfurecía saber que se iba a acostar con la actriz en la misma cama que había compartido con ella. ¿Si es que no lo había hecho ya?

—Pues si tú exiges respeto yo te pido lo mismo. Y te informo que desde este momento tienes para ti solito la habitación, yo me voy a dormir con alguna de las chicas.

—¿De qué estás hablando?—le preguntó desconcertado.

—Sabes perfectamente de lo que te estoy hablando.—le respondió dolida porque la creyera tan estúpida.—Pero no te preocupes, esta noche podrás disfrutar de tu nidito de amor sin que yo te moleste.

Y se giró para marcharse de allí antes de que la viera llorar. Por ningún motivo ese hombre podía saber lo mucho que le dolía, el saber que se acostaba con otra mujer en el mismo lugar donde después dormía abrazado a ella. Pero, ¿de qué se sorprendía?. ¿Acaso no había tenido un sueño erótico con Marta confundiéndola con ella?

—¿Me puedes explicar que está pasando ahora?—le exigió él agarrándola del brazo e impidiendo que se marchara.

—¡Suéltame!.—le ordenó furiosa observando su mano.

—¡No!. Hasta que no me digas lo que ocurre.

—¡Martín, me estás haciendo daño!.

En cuanto dijo eso la soltó al instante.

—Lo único que tengo que decirte es que esta noche compartiré habitación con María o Eva, así que no te preocupes si no ves mis cosas.—le informó mientras se frotaba el brazo.

—Creo que te dejé muy claro que no vas a dormir con nadie que no sea conmigo.— aseveró muy serio.

—Eso no lo decides tú. Pero da igual, si me lo prohíbes me iré a dormir a la playa o encima de un banco. En cualquier sitio menos... en ese lugar.

Alexia le retaba con la mirada, estaba molesta y él no tenía la más remota idea de por qué. Suspiró y se pasó las manos por la cara cansado de tanta obstinación.

—¡Por favor!. Explícame, ¿por qué estás tan enfadada?.

—¿De verdad hace falta que te lo explique?—le preguntó alzando el mentón con terquedad.—Pues pregúntaselo a tu *amiguita*, que te está esperando muy dispuesta e impaciente en *nuestra* habitación.

Y se dio la vuelta para marcharse de allí lo antes posible. No entendía porque estaba negando lo evidente y haciéndose el ignorante de esa situación, cuando estaba claro que había quedado con la actriz para hacer... lo que sea que fueran a hacer.

El actor se interpuso delante de ella cortándole el paso.

—Alexia, ¡te juro!, que no entiendo de lo que estás hablando. ¿A qué *amiguita* te refieres?.

Y ella explotó.

—¡Oh, por favor Martín no disimules, ¿vale?!. Subí para cambiarme de ropa y me encontré con Marta Salgado esperándote medio desnuda encima de *nuestra* cama.

Él abrió la boca asombrado.

—¿Y después me pides respeto a mí?—prosiguió, sin darse cuenta de que no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.— Si tantas ganas tenéis de estar... ¡juntos!, pudiste quedar con ella en su propia habitación.

—Alexia...

—¿Dime, ¿qué te costaba?!. Porque me pude ahorrar un rato muy desagradable con esa víbora, ¿sabes?.

Empezó a pasearse furiosa de un lado a otro mientras hacía aspavientos con las manos.

—Solo te pido un poco de consideración hacia mi persona, ¿es tanto pedir?.

—Alexia por favor...

—Podíais hacerlo en cualquier sitio, pero no, tenía que ser en la misma cama donde yo duermo.

—No sé de...

—Y la muy... víbora, me insulta llamándome prostituta. ¡A MI!. Porque se cree que me estoy acostando contigo por un sueldo. ¡Es increíble!.

—¿Qué?!

—Así que por mí no te preocupes me iré a dormir a otro lado, porque puedes estar bien seguro de que yo no volveré a pisar esa habitación, ni por supuesto esa cama.

—Escúchame...

—No Martín, no tengo nada que escucharte. Te lo digo muy en serio...

—¡Alexia!.— le gritó mientras la zarandeaba por los hombros.

Ella se calló al instante al verle la cara desencajada por la furia.

—¿Dime exactamente, ¿qué pasó?!.—le rugió sin darle ninguna opción.

Y procedió a explicarle muerta de la vergüenza que era lo que había ocurrido. Cuando terminó de hacerlo y se aventuró a mirarle el rostro, tenía una extraña expresión en sus ojos. Nunca, nunca lo había visto tan enfadado.

—¡Te prometo que no sabía nada de esto!.—le explicó muy serio, todavía agarrándola por los hombros.— Y, ¡te juro que no tengo ninguna relación con Marta!.

Alexia puso los ojos en blanco incrédula, y giró la cabeza para que no viera el dolor que le producían sus palabras ya que no le creía.

—¡Nunca me he acostado con ella!.¡Nunca!.—le aseguró mientras la agarraba por el mentón suavemente y clavaba sus ojos en ella con intensidad.—¡Te lo juro por mi hijo!.

Tragó saliva sabiendo en ese instante que le estaba diciendo la verdad. Nunca lo había oído jurar por nadie y sabía que Lucas era lo más sagrado para él.

—Es cierto que te dejé creer que entre ella y yo había algo más, pero fue una equivocación mía. Honestamente solo lo hacía para molestarte, porque sabía que te caía mal.—se sinceró Martín.

Abrió un poco los ojos sorprendida por sus palabras.

—Y también es cierto que hace un rato Marta me dio un sobre.—continuó explicándole mientras lo sacaba del bolsillo posterior del pantalón.— Pero ni tan siquiera lo abrí. Lo guardé sin darle mayor importancia, aunque obviamente me equivoqué.

—No tienes por qué darme explicaciones.—le dijo avergonzada por su reacción anterior.

—Lo sé. Pero quiero que sepas la verdad por mí, porque te juré que esa mujer no te volvería a molestar y no ha sido así. Pero de eso me encargo hoy mismo de solucionarlo.

Abrió delante de ella el sobre y leyó su contenido en alto. En él, Marta le solicitaba una reunión en su habitación ya que necesitaba enseñarle algo urgentemente. Y cuando terminó, guardó nuevamente el sobre en el bolsillo de su pantalón.

—Martín yo...— suspiró, en parte aliviada y en parte avergonzada por el numerito que le había montado.—Me hizo creer que los dos estabais de acuerdo con ese encuentro. Evidentemente ella se sorprendió de verme allí y yo me inventé lo primero que...

—No tienes por qué justificarte Alexia tú no tienes ninguna culpa en esta situación. Hace dos días cuando volvimos del paseo en moto hablé con Marta, dejándole muy claro que no quería que se volviera a meter contigo, y que si lo hacía tendría consecuencias, pero claramente no me hizo ningún caso. Nunca le di a entender que quisiera algo más con ella simplemente le seguí el juego, pero evidentemente esto se me ha ido de las manos.

—Pero yo también he sido una tonta por dejarme manipular. Y... y lo siento. Desearía con toda mi alma poder olvidar todo lo que ha ocurrido y no volver a hablar sobre ello nunca más.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.—le contestó serio.—Pero yo no lo voy a olvidar. Esta mujer ha llegado demasiado lejos, y ten por seguro que no voy a permitirle bajo ningún concepto que te insulte ni te menosprecie.

Alexia lo observó con evidente alivio de que creyera en su palabra sin cuestionarla en ningún momento.

—Lo único que te pido es que mandes al servicio de habitaciones cambiar la ropa de cama.—su cuerpo se estremeció en un escalofrío de repulsión.

—¿Solo eso?.

Ella lo miró sintiéndose un poco culpable por lo que le iba a pedir.

—Bueno, ya de paso ponla en su lugar. Con una buena bronca de las tuyas tendrá más que suficiente.

Él la miró fijamente con un extraño brillo en sus ojos. Y después suspiró, mientras la tomaba de la nuca para acercarla y darle un beso en la frente y un breve abrazo.

—Eres demasiado buena Alexia.

Y se marchó.

Capítulo 23

Cuando Martín llegó a la habitación, se encontró con que Marta todavía lo estaba esperando con una radiante sonrisa en su cara. Pero cuando la actriz observó la expresión de su rostro, supo que algo no iba bien. Nada bien.

—¡Vístete!.—le ordenó con los dientes apretados.

—Pero querido, he venido expresamente a darte una sorpresa.—le contestó, tumbada desde la cama en una pose muy sexual.

Él la observó detenidamente y se preguntó en qué momento esa mujer le había parecido sensual y hermosa. Estaba tumbada lánguidamente y prácticamente desnuda, con una lencería que en otros momentos le habría parecido extremadamente sexy, pero que ahora no le movía ni un pelo. Recordó en su mente la imagen de otra mujer que con una simple camiseta, para ser más concreto la suya propia, lo había puesto la noche anterior cardiaco, y que con un conjunto de simple algodón le había hecho la boca agua. Sin embargo ahora observaba a la actriz y le parecía vulgar e insignificante en comparación con Alexia.

—Marta, si te queda algo de orgullo propio, te aconsejaría que lo agarraras y te marcharas con él fuera de mi vista.

La actriz se levantó de la cama con movimientos lentos y perfectamente estudiados.

—No sé qué es lo que te ha dicho tu asistente, pero sea lo que sea no es cierto.—mintió sin hacerle caso.

Mientras, se fue acercando a él muy decidida y con un brillo de deseo en sus ojos, a la vez que se pasaba la lengua por sus labios en lo que ella creía que era un gesto muy sexy, pero que a Martín solo le produjo repulsión. Cuando intentó tocarlo él detuvo esa caricia apartando la mano de ella bruscamente.

—Estás agotando mi paciencia y quiero que te vayas ahora mismo de aquí.

—Martín...

—¡YA!

Se quedó sorprendida por el desprecio hacia ella que veía en su rostro. Suponía que la pequeña perra le habría ido con el cuento, pero sinceramente creía que ella lo podría manejar, en el momento en que el actor la viera deseosa y dispuesta a pasar un buen rato en la cama con él. Pero se había equivocado y ya se estaba cansando de andar detrás de ese hombre mendigando un poco de su atención. Definitivamente, las sospechas que tenía de que entre el actor y su empleada había algo más que una relación laboral, las acababa de confirmar sin ningún género de duda. Pero ella tenía un plan B, siempre tenía un plan B. A consecuencia de ello no le importaba mucho haber sido rechazada por él, era más bien el orgullo dolido por haber sido derrotada por una cualquiera que no se le podía comparar. Verdaderamente la actriz no entendía, ¿qué podía ver ese hombre en ella?. Así que mientras se vestía su bata de seda le dijo con desdén.

—Honestamente Martín, no comprendo ¿qué puedes ver en esa... zorrita que te atraiga tanto?. Es muy poca cosa en comparación conmigo. Tiene que ser muy buena en la cama para que te tenga tan fascinado.—declaró con envidia.

El actor se echó a reír.

—¿De verdad te crees eso?. ¿En serio piensas que eres mucho mejor que ella?. ¿Te crees que por

haberte operado las tetas, la nariz, y los labios, eres mucho más deseable y sexy que Alexia?—le preguntó burlándose.

Y volvió a reírse mientras la miraba de arriba abajo con toda la repulsión que le producía, y los ojos fríos como el acero.

—Estas muy equivocada si piensas que todo el mundo usa el sexo como moneda de cambio Marta, el que tú lo hagas no significa que las demás también se aprovechen de ello.

Y mientras le decía esto se acercó furioso y con su cara pegada a la de ella le escupió;

—Esa zorrita como tú la has llamado es mucho más mujer que tú en todos los aspectos. Si tuvieras solo un poco de su inteligencia, su clase, su carácter, su sencillez, su honestidad, su sentido del humor, su orgullo, su dulzura... ¿quieres que siga?—le preguntó con desprecio.

—Ella no es nada, no es nadie.—le contestó con evidente odio.

—¿Por qué tú sí?—le preguntó, mientras se alejaba de ella ya que no soportaba su presencia.— Pero, ¡qué equivocadas estás querida!. ¿Quién eres tú?, sino una simple actriz de reparto que solo puede conseguir trabajo si se acuesta con algún mandamás. Mientras que Alexia...— le cambió la expresión de su rostro cuando pensó en su empleada.— Si tan solo tuvieras una pizca de todas las cualidades que ella posee quizás otro gallo te cantarían Marta. Y ten la seguridad de que la que no le llega ni a la suela de los zapatos eres tú, porque mujeres como Alexia no hay, solo existe ella. Es única. Mientras que mujeres como tú las puedo encontrar en cualquier esquina, y ahora, haz el favor de salir de mi vista si no quieres que te saque a patadas yo mismo.

La actriz se quedó callada sin saber qué responder al ataque verbal, así que se dirigió a la salida lo más dignamente que pudo.

—Por cierto.—le advirtió él antes de que alcanzara la puerta.—Vete buscándote un trabajo nuevo porque hoy mismo me encargo de que te despidan.

La mujer abrió los ojos asustada por sus palabras.

—No puedes hacer eso.

—Si puedo y lo haré.

—Si te hace sentir mejor me disculparé con tu empleada.—le propuso para intentar calmarlo.

Era más que evidente que no había medido bien las consecuencias de sus palabras.

—A Alexia no le hacen falta tus disculpas.

—Está bien, pues si es contigo con quien tengo que hacerlo lo haré. Lo siento mucho Martín.

Él no podía creer como alguien se podía rebajar de esa manera, después de que la hubiese despreciado, insultado, y amenazado. Prefería mil veces a una mujer orgullosa y terca como su asistente que sabía darse su lugar sin ninguna duda, que a alguien que se degradara de esa manera.

—A mí tampoco me hacen falta tus disculpas y en el caso de que fuera así han llegado demasiado tarde.

—Martín, por favor...

—Quiero que te vayas.—le confesó asqueado de su comportamiento.

—¿Podemos hablarlo un momento?— suplicó.

—No tengo nada que decirte. Te avisé varias veces Marta y creo que he sido demasiado paciente contigo.

—¡Te prometo que no volveré a dirigirle la palabra!. Ni tan siquiera volveré a nombrarla, la ignoraré por completo.

—Tus promesas no me sirven de nada. Ni tienes palabra, ni orgullo, ni decencia que avalen nada de

lo que digas.

Marta entrecerró los ojos al percatarse de que sus ruegos no lo conmovían, y ya estaba harta de suplicar y arrastrarse delante de él.

—¡Oh, por favor, ahora vienes todo digno!.—le escupió quitándose por fin la careta.— Hasta hace dos días buscabas mi compañía y mis atenciones. ¿Qué es lo que ha cambiado?. ¿Es que ahora estás bien servido?. Me desprecias a mí cuando esa mujer solo está contigo por un mísero sueldo, y rechazas a alguien increíblemente espectacular, —continuó mientras señalaba su cuerpo— para acostarte con una mujerzuela de tres al cuarto. Sinceramente querido, pensé que tenías mejor gusto en cuanto a mujeres se refiere. Es evidente que la fama de mujeriego que te precede no es merecida. Podríamos haber pasado un buen rato juntos, pero está claro que prefieres rodearte de lo común.

Martín no daba crédito a lo que oía, esa mujer no escuchaba nada de lo que se le decía. No tenía ni dignidad, ni respeto por ella misma, y se cruzó de brazos para hablarle con todo su desprecio.

—Francamente *querida*, ¡me das asco!. Y doy gracias a Dios por aquella noche que estuve en tu apartamento y no me acosté contigo, porque ahora me estarían dando arcadas hasta el día de mi muerte. Pero hay varias cosas en las que estás totalmente equivocada. La primera; es que Alexia no ha tenido que acostarse conmigo ni con nadie para conseguir un trabajo, y sobre todo para conseguir mi respeto y admiración. Y estoy totalmente seguro que no soy la única persona que lo piensa, al contrario que tú, que lo único que provocas es repulsión en el mismo momento en el que te fijas en algo más que en tu cara y tu cuerpo. Y déjame decirte *cariño* que eso no te va a durar toda la vida, en cuanto te des cuenta habrá cien más como tú pretendiendo exactamente lo mismo. Lo segundo; es que estás muy equivocada, ya que mi fama de mujeriego es bien merecida sobre todo por el buen gusto que tengo con las mujeres, y por eso a las fulanas ni me acerco. Y te puedo asegurar que no he sido yo el que ha estado detrás de ti todo este tiempo, sino que ha sido al revés, buscándome tú como la ramera que eres. Y tercero; dudo mucho que pudiéramos pasar un buen rato juntos, ya que me gusta rodearme de mujeres con buen gusto, inteligentes y con mucha clase, algo de lo que evidentemente careces por completo

Cuando acabó, señaló con su brazo extendido la dirección de la puerta invitándola a que se marchara.

—Hazme un favor Marta, sal de mi habitación, de mi vida y de la de Alexia para siempre. No quiero volverte a ver nunca más.

La mujer se quedó parada donde estaba mirándolo con suficiencia. Nadie la trataba así, ¡nadie!

—Deberías cuidar más tus palabras *querido*, porque si yo quiero puedo destruirte.

Él levantó una ceja con evidente incredulidad.

—¿A sí?. ¿Y me podrías explicar cómo?.—le preguntó con burla.

—Iré a la prensa y a la televisión, y le diré a todo el mundo que me violaste, que abusaste de mí.

Martín se echó a reír nuevamente para desconcierto de la actriz.

—¿Y crees que alguien te creería?. De verdad Marta, ¿cómo puedes ser tan estúpida?. Con tu reputación y la larga lista de amantes que has tenido mis abogados te comerían con patatas, aunque para ser sinceros ningún periodista o cadena de televisión que se precie daría crédito a lo que dijeras. Ahora haz lo que creas conveniente, ¡allá tú!, pero te juro que acabaré contigo y tu patética carrera y no podrás trabajar ni de cajera en un supermercado.

Y se pasó la mano por el pelosoltando un suspiro de cansancio, ya que la mujer no tenía ninguna intención de marcharse y él ya estaba harto de tener que soportarla.

—De acuerdo.—le dijo mientras se encaminaba hacia la puerta y la abría.—No quería hacerlo pero no me has dejado otra opción. Voy a buscar a los de seguridad, y si dentro de cinco minutos sigues aquí serán ellos los que te echen.

—¡Le diré a todo el mundo que te acuestas con tu empleada!.—le gritó desesperada.

El hombre la miró con todo el menosprecio y el asco que sentía por ella, y a continuación cerró la puerta.

—¡MARTÍN!

Lo primero que hizo él, fue buscar a Julio y Lucia que estaban en la playa tomando un refrigerio y hablando con Esther para solicitarles una reunión urgente. Los productores alarmados accedieron de inmediato al ver su semblante serio y grave. La actriz se disculpó indicándoles que los dejaría hablar tranquilos, pero él le explicó que no hacía falta que se fuera, ya que lo que tenía que decir podía escucharlo sin ningún problema. Y cuando estuvieron sentados en la sala de reuniones sin que nadie les molestara, procedió a contarles todo lo que había ocurrido con Marta Salgado, el acoso al que había sido sometido, y sobre todo los menosprecios y los graves insultos de los que había sido objeto Alexia. Sin ninguna duda el más asombrado de todos fue Julio, al que la actriz tenía totalmente engañado, ya que le había hecho creer que ciertamente estaba interesada en él. Pero cuál fue su sorpresa, cuando se enteró de que estaba haciendo lo mismo con Martín y los motivos que le llevaban a ello, sobre todo cuando les enseñó la carta que tenía en su poder de su puño y letra. Esther también contó algunas cosas más que sabía de primera mano, y avaló todo lo que dijo el actor explicando que había estado presente en alguna de ellas. Añadiendo alguna información adicional que Martín desconocía, y por lo que no les costó llegar a la conclusión de que el productor era el plan B de Marta. ¿Qué sorpresa se iba a llevar ésta cuando descubriera que todo se le había venido abajo?. ¿Tendría acaso un plan C?. Por supuesto tanto Julio como Lucía le aseguraron que el despido de la actriz era inmediato, y que ya no tendría que volver a preocuparse por ella. Y el actor más tranquilo dio por finalizada la reunión, al haber conseguido desenmascarar a Marta al fin, pero sobre todo lo que más le interesaba es que no volviera a molestar a Alexia.

Cuando volvieron a la playa la asistente estaba bailando con uno de los ayudantes de sonido, sin ser para nada consciente de todo lo que había pasado. Tanto Esther como Martín se sentaron en una mesa, y siguieron hablando de lo sucedido mientras tomaban una cerveza y comían algo, sin que por supuesto él dejara de observar a su empleada ni un solo minuto.

—¿Puedo hacerte una pregunta?.—inquirió su compañera en un momento en el que estaban solos.

—Dispara.—le contestó sin apartar la mirada de su asistente.

—¿Por qué le seguías el juego a Marta si no estabas interesado en ella?.

Giró su cabeza para contestarla mientras una sonrisa traviesa bailaba en su rostro.

—Si te soy honesto al principio para molestar a Alexia. Me encanta sacarla de sus casillas y ver cómo se va enfadando hasta que explota y dice lo que primero que se le pasa por la cabeza. Pero sobre todo para que supiera tratar con alguna gente de este mundillo, sabía que no duraría nada si no aprendía a defenderse de toda esa panda de hienas que nos rodean. Ya sabes cómo va esto. Aunque no sé si lo he conseguido, es demasiado buena.

La actriz asintió.

—Sí. Es una mujer increíble, a mí me cae muy bien.

—Lo sé, os habéis hecho muy buenas amigas.

—Cierto.—le contestó con una sonrisa para a continuación volverle a preguntar.—¿Y después?.

El hombre se encogió de hombros mientras le daba un trago a su cerveza.

—No lo sé.

—¿Estás seguro?.

Martín le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué lo preguntas?.

Ella le mantuvo la mirada. Sabía que tenía que ir con cuidado. Apreciaba su amistad con él, pero su carácter últimamente era muy volátil y explosivo y el tiro podía salirle por la culata.

—Porque creo que en el fondo hay algo más de lo que tú quieres admitir.

—¿No sé a qué te refieres?.

—Creo que le seguías el juego a Marta para darle celos a Alexia.—le soltó al fin, rogando que no se tomara mal lo que le había dicho.

El actor se le quedó mirando con un brillo divertido en los ojos.

—¿Celos?. ¡No digas tonterías Esther, creía que me conocías mejor!.—se quejó burlón, mientras volvía a darle un trago a su cerveza.

—Precisamente porque te conozco es por lo que te lo digo.—le contestó ella con una suave sonrisa.

—¿De dónde sacas eso?.

Y no pudo evitar centrar su mirada en Alexia que en esos momentos estaba bailando con Roberto.

—Quizás en tu forma de mirarla.—alegó ella recuperando nuevamente su atención.

Martín arrugó el ceño molesto. Molesto por las palabras de su amiga y molesto por ver a su asistente bailando con el otro actor.

—O por la forma en la que le hablas.—continuó la actriz.— Sin contar la manera en cómo la tratas.

—Y según tú, ¿cómo la trato?. —le preguntó sin abandonar la seriedad de su mirada.

—Definitivamente de distinto modo a como lo haces con los demás.

—Y los demás, ¿te refieres a...?.

—A Soledad o Justina, incluso al propio Pedro al que conoces desde siempre.—le explicó, suspirando satisfecha de que pudiera mantener una conversación con él y no montara en cólera.

Martín no dejaba de girar la botella algo incómodo por lo que estaba sugiriendo su amiga, y sobre todo porque no era la primera persona que se lo decía, era la tercera. Aunque cuando lo hizo Roberto no se lo tuvo en cuenta en ese momento y la opinión de Marta distaba mucho de tomarse en consideración. Pero ahí estaba. Tres personas distintas y con distintos motivos que pensaban lo mismo.

—Quizás sea porque trato más con ella que con los demás, ¿no crees?.—le explicó después de darle otro trago a su cerveza.—Nos pasamos muchas horas juntos trabajando, y es lógico que tenga más confianza con ella que con el servicio.

—Tienes razón.—le confirmó su amiga.—Pero es el mismo tiempo que trabajabas con Verónica y con tu asistente anterior, y nunca las has mirado como la miras a ella.

Martín la observó fijamente y después se giró para contemplar a Alexia que seguía bailando con su compañero.

—Puede ser que tengas razón.—le concedió.— Y la trate distinto a como lo hago con los demás, pero es simplemente porque me preocupo por ella.

Y volvió a girar la cabeza para explicarle a su amiga y que le entendiera mejor.

—Está sola en este país Esther, no tiene a nadie que cuide de ella. Sus padres murieron hace mucho tiempo y solo tiene a una hermana a la que echa terriblemente de menos.

Ella lo examinó detenidamente. Tenía que ir con cuidado. Dejar que cayera el solo por su cuenta sin que notara que lo estaba presionando, y que lo estaba llevando hacia la verdad que era evidente para todo el mundo menos para él.

—Eso explica por qué eres tan sobreprotector con ella.

Y se levantó para acercarse y agacharse a darle un beso suave en su mejilla, para después susurrarle al oído.

—Pero no el anhelo en tus ojos cuando la miras sin que ella lo sepa.

Y se alejó dejándolo solo con sus pensamientos.

Después de un buen rato Alexia se sentó agotada en una de las mesas cercanas, pidiéndoles a los hombres que le solicitaban un baile que la dejaran tomar un poco de aliento. Y ya que la noticia del despido de Marta era la comidilla de la noche, no tardó mucho en enterarse de todo. Cuando la mirada de ella se encontró con la de Martín, hubo algo en el brillo de sus ojos que la asistente no supo identificar. Fue breve pero tan intenso que la desconcertó durante un instante, preguntándose qué podía ser lo que en aquel momento estaba pasando por la cabeza de su jefe. Y si ella supiera lo que él estaba pensando se habría quedado de piedra.

Desde que Esther se había marchado él no había hecho más que pensar. Meditaba, ¿qué era lo que había podido ver su compañera para que creyera que él sentía algo por Alexia?. Lo que le había dicho a su amiga era cierto se preocupaba por ella. De acuerdo que se sentía muy atraído sexualmente, eso ya lo había reconocido para sí mismo, era innegable. Y que lo que le había dicho a Marta también era verdad, admiraba a su empleada por la valentía de marcharse fuera de su casa y dejarlo todo atrás, pero sobre todo por sus cualidades. Y también era veraz que sentía un especial cariño por ella. Estaba a gusto en su compañía y podía contarle cualquier cosa, ya que quizás de toda la gente que conocía, Alexia era la que mejor le comprendía. Le gustaba como trataba a Lucas y la adoración que su hijo sentía por ella. Y le gustaba como lo trataba a él, pues era de las pocas personas que lo trataba como a Martín. No como el actor, famoso, y rico Martín Ledesma, sino simple y llanamente Martín, el hombre. Con sus virtudes y sus defectos, los cuales se los había dicho en su propia cara más de una vez, aunque eso la hiciera a veces ser muy impertinente y que se saliera de todos los cánones de relación entre jefe y empleada. Pero por eso mismo le gustaba, porque para variar era sincera con él. Pero de ahí, ¿a qué pudiera sentir algo más...?. Difería mucho de la realidad. Pese a todo era su empleada, y lo que había pasado la noche anterior había sido producido por el exceso de alcohol y las semanas de abstinencia que llevaba. Y era algo que no volvería a ocurrir nunca más, de eso ya se encargaría él mismo.

Pero enamorado de Alexia... ¡ni hablar!. Esther se equivocaba por completo. Solo lo había estado una vez en su vida y había sido de la madre de su hijo, ¡y mira como le había salido!, su corazón hecho pedazos y su hijo abandonado por su madre. ¡No, jamás!. Definitivamente nunca más se volvería a enamorar, sobre todo porque ya no creía en el amor, todos sus referentes podían atestiguarlo, sino que se lo preguntaran a su propio padre.

¡Maldita sea!. ¡Será posible que no la deje ni a sol ni a sombra!.

Maldijo al buscarla por enésima vez con la mirada y encontrarla bailando con Roberto nuevamente.

—Te he echado de menos.

—Perdón, ¿qué decías?— preguntó Alexia.

Roberto la miró fijamente molesto por su actitud durante esos dos últimos días.

—Te decía, que te he echado de menos.

Ella lo observó desconcertada sin entender muy bien a qué venía ese comentario. Estaba algo distraída desde que se enteró de lo que había pasado entre Martín y la *arpía rubia*, y no dejaba de preguntarse, ¿qué había pasado para que se hubiera llegado a esa decisión?.

—Pues, ¿no sé cómo?, ya que nos hemos visto todos los días casi veinticuatro horas seguidas.

—Es verdad. Si no fuera porque me evitas, estás abstraída y últimamente de un humor de perros.—le reprochó él.

—Lo siento.

Y dejó escapar un suspiro, pues lo que le había dicho era cierto. Francamente lo sentía y se estaba cansando de estar jugando con él al gato y al ratón, no era justo. No era justo para ella, pero sobre todo para él, para ninguno de los dos.

—Sé que quieres hablar conmigo.

—Tienes razón, llevo intentándolo desde hace dos días y no hay manera.—le recriminó nuevamente.

Pero contento de que por lo menos ahora lo estuvieran haciendo por fin.

—Es importante para mí Alex, necesito hablar contigo cuanto antes. Pero no soy tonto y sé que no quieres hacerlo aquí, así que te propongo invitarte a cenar. Tú y yo. Solos. Pero cuando lleguemos a ciudad de México, ¿qué te parece?—le dijo sonriendo.

Ella volvió a suspirar sabiendo que no le quedaba otra opción. Solo esperaba que lo que pasara esa noche no arruinara su amistad.

—Está bien.—le contestó con una débil sonrisa.—Cuando lleguemos a casa saldré a cenar contigo.

—¡Genial!—celebró, abrazándola más fuerte mientras bailaban una canción lenta.

—Sí, genial.—respondió, con una nota de tristeza en la voz.

Martín harto de tener que esperar a que su asistente tuviera un hueco para poder hablar con ella, se levantó de la mesa para solicitarle a Pablo el ayudante de dirección que le dejara bailar con su empleada. Y éste aceptó sin ningún problema.

—Hola.—saludó, mientras la acercaba a su cuerpo y la miraba fijamente siguiendo el compás de la canción romántica que estaba sonando.

—Hola.

La observó intrigado.

—Si sigues pensando en irte a dormir con una de tus amigas, te digo desde ahora que te olvides de ello. Eso no va a ocurrir. Además ya mandé que cambiaran toda la ropa de cama, incluidas las almohadas.

Alexia no replicó, simplemente se le quedó mirando con una expresión de extrañeza.

—¿Qué ocurrió con Marta para que se llegara a la decisión de despedirla?.

—Hoy estás muy preguntona, ¿lo sabías?.—le contestó con una sonrisa para quitarle hierro al asunto.

—Martín, en serio, quiero saberlo.—le dijo con un toque de desazón en la voz.

Él volvió a sondear en su rostro intentando adivinar qué pasaba por su mente.

—¿Por qué?.

Ella giró la cabeza avergonzada.

—Porque me siento culpable por lo que ha pasado. Una persona ha perdido su trabajo por culpa mía y...

—¡Chss!.—la silenció mientras la agarraba del mentón para que levantara la vista y lo mirara.— Tú no tienes culpa de nada Alexia, Marta se lo buscó ella solita. Yo no iba a permitirle que te siguiera ofendiendo y faltándote al respeto ni un segundo más.

—Pero...

—¡Escucha!. No es una decisión que tomaste tú, es una decisión que tomé yo conjuntamente con mis jefes.—le explicó, admirándola mucho más por el gran corazón que tenía.— Te puedo asegurar que ha sido la opción acertada.

La asistente soltó un gran suspiro.

—No sé.— contestó sin estar muy convencida.

—Te aseguro que era lo mejor. Además ella te odia y no iba a dejar de molestarte.

Alexia entrecerró los ojos desconcertada.

—¿Me odia?. ¿A mí?. ¿Por qué?.

—Porque te envidia.

Se rio incrédula por sus palabras.

—¿A mí qué me va a envidiar?. Ella es muchísimo más guapa que yo, rodeada de tanto glamour, con infinidad de hombres atractivos admirándola y besando el suelo que pisa, con una carrera de actriz...

¡Es absurdo!.

Él la miró intensamente con un brillo en sus ojos que no había visto antes.

—Pero eso no es suficiente cuando toda la belleza que tienes en el exterior se convierte en podredumbre por dentro. Cuando la envidia te corroe tanto que no puedes soportar que otra mujer sea más admirada que tú misma, y cuando tu egoísmo y tu prepotencia hace que todo el mundo te desprecie. La belleza no lo es todo Alexia, sobre todo cuando no eres buena persona.

Ella no supo que contestar. Era fácil para él decirlo porque era extremadamente guapo, porque tenía todo cuanto quería y podía conseguir lo que se propusiera. Cuando el éxito es una norma en tu vida es sencillo hablar.

—En cierta forma me da pena, ¿sabes?. A lo mejor tuvo una vida difícil o una infancia complicada, no lo sé, pero me cuesta creer que alguien sea malo por naturaleza.

Martín le sonrió con ternura.

—Y a mí me cuesta creer que todavía seas tan ingenua, y que después de todo lo que te ha hecho sigas intentando excusarla. ¿Sabes qué fue lo último que me dijo?.

La asistente negó con la cabeza.

—Pues que iba a ir a la prensa y a la televisión acusándome de haberla violado y abusar de ella.

Alexia abrió mucho los ojos escandalizada por lo que estaba diciendo.

—¿Qué?!.—exclamó sin poder dar crédito.

—Y como la amenacé con demandarla y hundir su carrera, me provocó asegurando que iba a contarle a todo el mundo que me acostaba contigo.

Y la mujer todavía con la boca abierta no podía reaccionar.

—Por eso no podía permitir que siguiera trabajando aquí ni un segundo más. No es buena persona Alexia, y no quiero que sientas lástima por ella porque no se lo merece.

Asintió con la cabeza comprendiendo por fin el por qué lo había hecho.

—Pero no quiero hablar más de este asunto.—le dijo suspirando y pegándola más a su cuerpo.—No merece la pena.

Y la abrazó más fuertemente aspirando su perfume, y todavía sin poderse creer que a pesar de todo el tiempo que había transcurrido, seguía sintiendo esos pequeños escalofríos recorrer su cuerpo al tocarla como el primer día.

La fiesta todavía no había decaído, pero Alexia se despidió de todo el mundo alegando que estaba agotada. Cuando salió de la ducha Martín todavía no había llegado como había sido su costumbre hasta ese momento. Tampoco apareció minutos más tarde, cuando ya estaba metida en la cama después de echarse su crema hidratante por el cuerpo. Y seguía sin aparecer cuando la asistente se quedó dormida esperando por él.

Pero cuando se despertó porque había sentido cosquillas en la frente, se encontró con Martín observándola con ternura.

—Hola.

—Hola de nuevo. Siento haberte despertado.—se disculpó, mientras seguía acariciándole el pelo con las yemas los dedos, motivo por el cual se había espabilado.

Alexia tragó saliva, estaban los dos de costado uno frente al otro.

—No pasa nada.

Ambos se quedaron callados por unos minutos mientras él la acariciaba suavemente, y finalmente ella cerró los ojos mientras disfrutaba de la agradable sensación. Al cabo de un tiempo los volvió a abrir, para encontrarse a su jefe con una sensual sonrisa bailando en su cara.

—¿Qué te hace tanta gracia?—preguntó medio somnolienta.

—Estaba recordando algo.

—¿Ah sí?—le preguntó mientras se acurrucaba acercándose más a él y volvía a relajarse otra vez.—¿Y qué has recordado?

—Una cosa que me dijiste ayer.

—Umm.—ronroneó.—¿Y qué te dije ayer?

—Que me querías.

Alexia abrió de golpe los ojos conmocionada.

—¡Qué?!—exclamó aterrada.

Martín sonrió mucho más, divertido por su reacción.

—Sí.—le confirmó a la vez que asentía con la cabeza.—Me dijiste en esta misma cama que me querías.

La mujer se quería morir mientras se ruborizaba intensamente.

—Pero bueno, eso mismo le dijiste a todo el mundo cuando intentaba traerte a rastras a la habitación.

¿Sabes que te vuelves encantadora cuando estas borracha?—le dijo sin poder resistir el burlarse de ella.

—Tú lo has dicho estaba bebida. Y no un poco, si no bastante, por lo que no era consciente de lo que decía.—intentó defenderse.

—Tienes razón.—le contestó mientras se acercaba a ella un poco más.—Pero también me dijiste otra cosa y esta no se la dijiste a nadie más.

—Y... ¿qué...?, ejem... ¿qué te dije?—le preguntó, nerviosa por la respuesta y empezando a morderse el labio.

De repente la mirada de Martín se tornó más seria, más intensa, ocasionando que el ambiente cambiase, que dejara de ser tierno como hacía escasamente un minuto a convertirse en puro fuego.

—Me dijiste que te importaba mucho.—le confesó mientras se acercaba más a ella todavía.

Alexia era incapaz de articular palabra, sus cuerpos pegados, sus respiraciones entremezclándose.

—¿Y sabes lo que me pediste después?—le susurró con la voz ronca mientras no hacía más que comerle la boca con la mirada.

Ella solo atinó a negar con la cabeza mientras sus ojos no se despegaban de los labios de él y su corazón latía violentamente.

—Me pediste... —y empezó a acercar su cabeza despacio anhelando lo que iba a suceder a continuación.—¡Esto!.

Y la besó. Devorando su boca mientras un gruñido de deseo insatisfecho rugía de su interior. Saboreando su sabor, su dulzura, sus lenguas danzando un baile sensual por momentos, y luchando sin cuartel en otros, mientras Martín se incorporaba un poco y enterraba sus manos en el pelo de ella. Y Alexia le respondía con el corazón en la boca, lamiendo, mordisqueando, con pequeños ruiditos de placer que trastornaban al actor, que deseaba que esos gemidos se volvieran gritos de éxtasis. Entregando, rindiéndose por fin al deseo que ella también sentía por él, sin pensar en lo que estaba haciendo, solo sintiendo. Sintiendo la necesidad de tocarlo, de estremecerse, de fundirse con él como si solo fueran uno y sin pensar en nada más que ese momento, ese dulce y precioso momento. Martín abandonó su boca para hundirse en el hueco de su garganta, consiguiendo que ella protestara por no poder seguir saboreándolo. Para seguir besando y lamiendo, creando un camino de lava ardiendo que arrancaba suspiros de su garganta. Mientras que ella con una mano se aferraba a sus hombros y con la otra a su nuca agarrándole del pelo, arqueando su cuello para dejarle mejor acceso. Él siguió su camino con la lengua y sus dientes hacia el lóbulo de la oreja, mientras con la mano libre agarró la pierna de Alexia y la pasó por encima de su cadera. Para a continuación acariciarla despacio desde la rodilla hasta la pelvis, llegando hasta la costura de su tanga mientras hundía su nariz en el pelo y aspiraba su aroma, esa fragancia que lo hacía enloquecer. Y cuando llegó a su trasero lo apretó acercándolo más a él, mientras Alexia acariciaba su espalda mandándole descargas eléctricas por toda la columna vertebral. Con la respiración agitada, sintiendo su piel totalmente erizada y tan sensible, que los jadeos de Martín en su oído hacían que su mente ya nublada no pudiese pensar en nada más que el placer que ese hombre le provocaba. Solo en la necesidad de ser suya, de unirse como dos almas errantes que por fin se encontraban en el camino, y no volver a sentirse sola sino en comunión con el ser amado. Porque ella no podía seguir mintiéndose más a sí misma, tenía que reconocer por fin, que estaba loca e irremediabilmente enamorada de Martín.

—¡Dios Alex!—le susurró mientras levantaba la cabeza.

Y la miraba con las pupilas dilatadas por el deseo.

—¡Me vuelves loco!.—confesó, para a continuación volver a besar esos labios que tanto deseaba. Y mientras la besaba nuevamente con absoluta desesperación, acomodó su cuerpo para acercar su erección dura y palpitante al centro mismo de Alexia, empujando con sus caderas y siseando de placer. Sintiendo la poderosa necesidad de despojarla de toda su ropa, para poder acariciarla mejor, saborearla por completo, oler su piel y sentirla contra la suya. De enterrarse dentro de ella para saciar la sed que sentía por esa mujer. Nunca antes había ansiado tanto a nadie, la necesidad que sentía por ella iba más allá del deseo físico.

Y la mano que tenía acariciando el trasero de ella siguió su camino hacia arriba, introduciéndose por debajo de la camiseta acariciando sus costillas hasta llegar a su pecho, y mientras, Alexia no pudo evitar dejar escapar un trémulo jadeo. El actor abarcó con su mano el pequeño seno, mientras seguía empujando su cadera contra su sexo, logrando que se humedeciera todavía más, deseoso de recibir su miembro dentro de ella.

—¡Te deseo Alex!. ¡No sabes cuánto te deseo!.—masculló contra su boca, para volver a devorarla con más ímpetu y fundirse con ella.

Pero sus palabras penetraron en la bruma de pasión que tenía embotada la cabeza de la mujer, haciendo que se diera verdadera cuenta de lo que estaba ocurriendo. Y Alexia por fin fue consciente del error que estaba cometiendo, y que lo que estaba ocurriendo entre ella y Martín no era correcto. Era otro error. Un horrible y tremendo error. Así que sacando fuerzas de no sabía dónde empezó a empujarlo para que se apartara de ella.

—¡Martín no!.—exclamó contra su boca.

Pero él estaba tan ciego de deseo por ella que no la escuchó, y siguió besándola y acariciándola con avidez.

—¡Por favor para!.—le suplicó luchando contra su abrazo.—¡Martín para!

Alexia lo empujaba con sus manos para que se detuviera, y después de unos momentos, el actor se percató de que algo había cambiado, que ella se debatía para apartarlo. Y apoyó su frente contra la de la mujer, respirando con dificultad e intentando discernir que estaba pasando, y con su mente todavía obnubilada por el ardor que sentía por ella mientras sus alientos estremecidos se mezclaban.

—¿¿Qué?!.—preguntó, respirando entrecortadamente mientras intentaba que los latidos de su corazón se quietaran.

—¡Lo siento!.—le susurró con la voz desgarrada por el dolor.—Pero no puedo. Yo... no puedo.

Martín abrió los ojos y la taladró con la mirada, y había tal agonía en ella que Alexia se tuvo que morder el labio para no echarse a llorar. Y cuando finalmente él fue consciente de lo que le estaba diciendo, se apartó para tumbarse boca arriba en la cama con su mano tapándose los ojos.

—Alexia...

—Esto no está bien Martín.—le dijo mientras se sentaba en la cama cubriéndose con las mantas.—Ha sido un error.

—Yo no sé...

—Esto no puede ocurrir. Esto... esto no ha ocurrido.—sentenció finalmente con la voz estrangulada. Él la miró confundido por su actitud. Y dolido, muy dolido. Sin llegar a entender, ¿por qué lo estaba haciendo?. ¿Por qué negaba lo que había pasado entre los dos cuando ella lo había deseado tanto como él?. Porque la pasión que había sentido y el cómo había temblado entre sus brazos, eso sí que había ocurrido. Eso no podía negarlo, no podía ocultarlo aunque ahora se empeñara en ello.

Y Alexia apartó las mantas para sentarse en el borde de la cama, dándole la espalda sin ser capaz de

mirarlo a la cara.

—Tú eres mi jefe y yo soy tu empleada y... y no es correcto. No está bien. Y te pido por favor... que lo que acaba de pasar... lo olvides. No ha sucedido... nunca.—finalizó tapándose la boca con la mano para ahogar un sollozo.

El actor abrió la boca exhalando aire, porque había sentido como si le hubieran asestado un puñetazo en el estómago, confundido totalmente por su actitud. Lo estaba desechando, apartando de ella como si no fuera digno, como si lo que había ocurrido entre los dos fuese lo más degradante que le había ocurrido nunca. Y furioso y humillado se levantó de la cama.

—Tienes toda la razón.—le dijo mientras agarraba una camiseta de la cómoda.—Esto ha sido un tremendo error.

Ella seguía dándole la espalda mientras sus ojos se abnegaban en lágrimas.

—Pero puedes estarte tranquila porque te aseguro que no volverá a pasar.

Y se marchó de la habitación rabioso y cerrando con un portazo. Dejando a Alexia sentada en la cama recordando mientras las lágrimas surcaban su rostro, como había estado parada delante de las tumbas de sus padres casi un año antes, prometiéndoles que no volvería a cometer la misma equivocación. Jurándoles que nunca volvería a enamorarse de su jefe. Y esa promesa no la podía romper, aunque con ello le desgarrara el alma.

¡Genial Martín!. ¡Te has lucido machote!

El actor iba caminando descalzo por el pasillo y vestido solamente con el pantalón del pijama y una camiseta. Pero estaba tan colérico que eso era lo que menos le importaba. En lo único que pensaba era en como ella lo había rechazado, alegando que lo que había sucedido entre ellos dos era una equivocación.

¡Por supuesto que ha sido un error!. ¡Ha sido el mayor error de mi vida!

Y había pensado que era la mujer más valiente que había conocido. ¡JA!. Ni tan siquiera había tenido el valor de decírselo mirándole a la cara. Pero, ¿cómo podía ser tan cínica?. Todavía recordaba como gemía con sus besos, como se estremecía con sus caricias... Martín se paró en medio de la recepción y se pasó ambas manos por el pelo, mientras gruñía desesperado sin poder comprender que le pasaba a esa mujer. Y se encaminó hacia el bar, ya que necesitaba un buen trago.

—Un mezcal doble por favor.—le pidió al camarero.

El empleado se quedó asombrado de verlo a esas horas allí. Era el único que estaba de guardia, ya que prácticamente todos los huéspedes estaban en sus habitaciones menos él, y levantando las cejas en un gesto de desconcierto procedió a servirle el alcohol.

¡Estupendo!. Lo habían rechazado, ¿y qué?. No era a la primera vez que le ocurría, así que no le tocaba más remedio que asumirlo y punto. Pero escocía, ¡maldita sea!. Dolía como el demonio. Su orgullo por los suelos, abochornado, humillado... Sobre todo cuando sabía a ciencia cierta que ella lo deseaba tanto como él.

—Gracias.—le dijo al camarero para beberse el mezcal de un solo trago.—Ponme otro.

Porque ella lo deseaba, de eso estaba completamente seguro. Su piel ardía cuando él la tocaba y su respiración se agitaba cuando él la besaba. Todo su cuerpo pedía a gritos el placer que él le proporcionaba. Y eso, ¡diablos!, no se podía fingir. Entonces, ¿por qué?. ¿Por qué se había

arrepentido?. ¿Por qué lo había apartado?. ¿Por qué lo había desechado como si él fuera indigno?. ¿Qué es lo que había hecho mal?. ¿En qué se había equivocado?.

—¿Se encuentra bien señor?—le preguntó el empleado cuando le pidió otro trago más

—¡Perfectamente!—le contestó acabándose la copa, para después señalarle que le sirviera otro.

Pero la culpa era suya por sentirse tan malditamente atraído por ella, porque cuando la tenía cerca no era capaz de razonar coherentemente. Se había prometido no volver a tocarla, pero era evidente que no podía apartar las manos de ella, había puesto como excusa el exceso de alcohol y la falta de sexo la noche anterior, pero sabía que se engañaba. Esa estúpida vocecita en su interior le martilleaba diciéndole que estaba mintiendo como un bellaco, pero él no lo había querido reconocer.

¡Pero está bien!. ¡No pasaba nada!. Había cientos de mujeres deseando estar con él, y si a Alexia le parecía tan reprochable su actitud buscaría a otra mujer deseosa de sus atenciones. Le demostraría que él no la necesitaba, que podría tener a la que quisiera sin mover un solo dedo. Y volvió a pedir otro trago mientras seguía hundiéndose más en la autocompasión y el engaño.

Martín llevaba tres horas sentado en la barra del bar, y enfadado con el camarero por no servirle más mezcal, se había levantado para dirigirse hacia su habitación. Estaba borracho. No todo lo que él hubiera querido, ya que todavía estaba consciente, pero si lo suficiente para que el barman se hubiera negado a servirle una copa más.

—Buenas noches señor Ledesma.— le saludó la recepcionista cuando lo vio pasar camino de los ascensores.

—Buenas noches.

Y se paró en seco, para girarse y acercarse algo tambaleante al mostrador de recepción.

—¡Perdón!, ¿cómo era que te llamabas?.

—Karen señor. Karen Rubio.

El hombre se fijó por primera vez en la recepcionista que estaba de guardia, que no era otra que la que se había confundido con las habitaciones.

¡Maldita la hora!

Era una mujer muy atractiva. Morena, con una brillante sonrisa, acompañada por unos enormes ojos oscuros y un cuerpo muy bonito. Y sus rasgos acentuaban la dulzura de su voz.

—Dime una cosa Karen. Si yo te hago una pregunta, ¿serías totalmente sincera conmigo?.

—Por supuesto señor.—le contestó amablemente.

Si la mujer estaba sorprendida de encontrarlo a esas horas por allí no dio muestras de ello, y menos de verlo en el estado en el que se encontraba.

—Lo que te voy a preguntar quedará entre tú y yo, ¿de acuerdo?.

Ella asintió. Y él se acercó más al mostrador sonriendo y desplegando todas sus armas de seducción.

—¿Te parezco un hombre atractivo?.

La empleada ahora sí que se quedó sorprendida, y cohibida por la pregunta tardó un momento en contestar.

—Honestamente señor, me parece el actor más guapo que existe en estos momentos en México.—le confesó ruborizada hasta las cejas.

—Gracias.—le contestó complacido por la respuesta y recuperando un poco su orgullo maltrecho.—

Y si no es mucho abusar, ¿podría pedirte otra cosa?.

—Claro que sí, lo que necesite.

Martín la miró directamente a los ojos. Necesitaba saber algo y esa mujer era tan buena como

cualquier otra para averiguarlo.

—Es importante que quede claro la necesidad de total discreción.—le recordó.—¿Puedo confiar en ti Karen?.

Estaba borracho pero no era tonto.

—Por supuesto que puede confiar en mí señor Ledesma. Y tenga bien seguro que nada de lo que me diga saldrá nunca de mi boca.

—Está bien.—le dijo.—Me gustaría poder besarte. ¿Puedo hacerlo?.

La empleada se quedó boquiabierta sin poderse creer lo que había escuchado, y boqueó varias veces sin ser capaz de decir nada. Ni en sus sueños más locos se habría podido imaginar que Martín Ledesma quisiera besarla. El actor más guapo y famoso de todo México quería besarla a ella. ¡A ELLA!.

¡Por Dios!

La recepcionista estaba tan impactada que lo único que acertó a hacer fue en asentir con la cabeza, y él se inclinó más en el mostrador para tomar su rostro entre sus manos y besarla tiernamente. Cuando terminó, le dio las gracias suavemente y se encaminó nuevamente hacia los ascensores, dejando a la pobre mujer con los ojos cerrados y una expresión de éxtasis en su rostro.

Cuando se cerraron las puertas del elevador Martín maldijo furioso, porque lo que había averiguado no era lo que él se esperaba. ¡En absoluto!.

No había sentido nada cuando besó a la recepcionista. ¡Absolutamente nada!. Y lo más grave del asunto, es que en lo único que pensaba cuando lo estaba haciendo era en Alexia.

¡Estoy jodido! ¡Muy jodido!

Capítulo 24

Cuando el actor salió del ascensor se encaminó tambaleante hacia la habitación, y mientras se dirigía a ella intentaba pensar que era lo que iba a hacer o decir cuando le abrieran la puerta. Improvisaría llegado el momento, así que tocó varias veces con los nudillos algo incómodo por la situación, y aunque tardaron unos minutos en abrir, fue un tiempo que aprovechó para intentar serenarse un poco. En el momento en el que la mujer se asomó por el resquicio todavía semidormida, Martín intentó esbozar una sonrisa de disculpa que se murió nada más comenzar.

—¿Puedo pasar?—le preguntó con un tono que era más bien de súplica.

La mujer sorprendida se hizo a un lado para dejarlo entrar.

—¿Qué hora es?—preguntó Esther mientras se ataba el cordón de la bata y él pasaba dentro.

—No lo sé.—le contestó su compañero.—Y sinceramente no me importa.

La actriz le observó detenidamente reparando en el estado tan lamentable en el que se encontraba y supo que algo no iba bien. Miró de reojo el reloj de su mesilla y eran las cinco menos diez de la madrugada, y él estaba de pie en medio de la habitación oscilando de vez en cuando con la mirada perdida.

—¿Qué ha pasado Martín?.

El actor se giró hacia ella perdiendo el equilibrio y evitó la caída porque Esther lo sujetó a tiempo, y mientras se agarraba le sonrió con tanta tristeza que a ella se le rompió el corazón.

—Y si te digo qué no lo sé.—le contestó confundido.—Llevo toda la maldita noche pensando en ello y no tengo ni la más puñetera idea de lo que ha pasado.

La actriz se imaginaba que las condiciones en las que se encontraba su amigo tenían algo que ver con su empleada.

—¿Has discutido con Alexia?.

Él la miró y se rio sarcásticamente mientras se encaminaba hacia la cama.

—¿Y cuándo no he discutido con ella?, si es la mujer más obstinada que he conocido en mi vida.

Y después de sentarse se agarró la cabeza con ambas manos y soltó un lento suspiro.

—Necesito una amiga Esther. Solo necesito a una buena amiga que me deje quedarme aquí durante un rato, nada más.

Se acercó a él para abrazarlo porque nunca lo había visto así, tan vulnerable. Suponía que era por su estado de embriaguez que le estaba dejando ver esa faceta más frágil y sensible, todo lo contrario a lo que solía demostrar que era fuerza y confianza en sí mismo. Y con cuidado lo ayudó a acostarse en el lecho mientras negaba con la cabeza por la cabezonería de esos dos tontos.

—¿Quieres que hablemos?.

Aunque conociéndolo como lo conocía ya sabía cuál iba a ser su respuesta.

—En estos momentos no me apetece hacerlo, solo quiero descansar un poco. No te importa, ¿verdad?—le preguntó tumbado mientras se restregaba los ojos con la mano.

—Claro que no. Voy traerte un poco de agua.—le contestó mientras iba al mini bar que disponía la habitación.

Pero cuando volvió con la botella Martín ya estaba dormido.

Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Pues Alexia era un claro ejemplo de que los refranes llevan razón, no solo había tropezado dos veces sino que además se había caído de boca. Se encontraba sentada en la tumbona del pequeño balcón de la habitación, donde había pasado toda la noche pensando después de hartarse a llorar. Estaba empezando a amanecer y ella todavía no había tomado una decisión, y su jefe seguía sin aparecer. Así que aprovechó antes de que él hiciera acto de presencia y como ya tenía las maletas de los dos organizadas, se preparó y salió de la estancia para bajar a la playa y dar un paseo antes de desayunar. Necesitaba aclarar sus ideas y decidir de una vez por todas qué era lo que iba a hacer.

Minutos después mientras caminaba por la arena volvió a recriminarse por milésima vez, el cómo había sido tan estúpida de volver a cometer el mismo maldito error. Quizás Jorge tenía razón y se creía más lista de lo que era, porque de otra manera no había explicación a lo que había hecho. Acaso, ¿no le había llegado con su experiencia anterior?. ¿No le había quedado claro que era una pésima idea?. ¿No había tenido suficiente con lo mal que lo había pasado hacía escasamente un año?.
¡¿En qué demonios estaba pensando?!

Pero lo más patético era de quien se había enamorado, ni más ni menos que de Martín Ledesma. Que no solo era su jefe sino el hombre más guapo y famoso de México, aunque a ella eso poco le importaba. Pero un hombre que con solo chasquear los dedos podría tener a la mujer que le diera la gana, porque si había algo de lo que estaba completamente segura, es que ella solo había sido un calentón en la vida de su jefe. Si hubiera sido algo más, si él hubiera tenido el más mínimo interés en ella, conociendo su carácter Martín se habría impuesto. Se habría enfadado y discutido, mandándola al infierno sin importar lo que ésta le dijera o pensara, desechando todas las protestas o reparos que Alexia tuviera, se haría lo que él quisiera ya que siempre se salía con la suya. Por lo tanto, el que se hubiera ido tan rápidamente sin casi protestar solo le había demostrado que ella tenía razón. Era cierto que se había ido enfadado pero, ¿qué hombre no lo hubiera hecho después de que lo hubieran rechazado?. A pesar de que le hubieran dado la excusa perfecta. Su orgullo estaría resentido, aunque por otro lado también estaría enormemente aliviado. Y el que no hubiera aparecido en toda la noche solo le confirmaba el hecho de que, seguramente estaba arrepentido por lo que había sucedido entre los dos, además de avergonzado, por lo que no sabría cómo actuar con ella. Y no lo culpaba. ¿Quién podría estar interesado en una mujer así?. Su exnovio que no era otro que su exjefe tenía razón, ella no era nadie, solo una mujer con la que pasar el rato, pero nada más. Y el que se hubiera comprado ropa nueva y aprendido a maquillarse y prepararse, no ocultaba el hecho de que era una simple secretaria. No era una famosa actriz, o una espectacular modelo, o una archiconocida cantante, con sus caras perfectas y sus increíbles cuerpos, con dinero y medios, codeándose con personas de su mismo nivel social. Era solo una asistente personal anodina, que le llevaba el agua o el café y atendía las llamadas telefónicas, y que no estaba a su altura y nunca lo estaría. Ellos trataban con gente triunfadora, gente de su misma clase social, gente guapa y carismática, y ella no lo era. Era triste pero cierto. Era algo que Jorge le había dejado muy claro. Y lo que había ocurrido esa noche había sido por estar en el sitio justo y el momento adecuado, nada más. Y sobre todo, porque ella no había sabido controlarse, no había sido capaz de resistir el poderoso impulso de besarlo, de volver a sentir lo que era estar entre sus brazos, de estremecerse con sus caricias... Y ahora tendría que guardarlo, atesorarlo como lo más preciado que le había pasado en la vida y seguir adelante. Porque de lo que si estaba segura, es de que si hubiera sido otra mujer habría sucedido exactamente lo

mismo.

Así que después de secarse impacientemente las lágrimas que surcaban su mejilla, decidió que lo que iba a ocurrir a partir de ese momento lo decidiría él. Si Martín actuaba como le había pedido ella, o sea como si no hubiese sucedido nada entre ellos dos, se quedaría. Si eso no ocurría, agarraría sus maletas y por mucho que le doliese volvería a su casa. A España. Aunque eso le rompiese el corazón. Pero nunca, nunca, se enteraría de lo que ella acababa de descubrir esa misma noche, y era de lo profundamente enamorada que estaba de él. No permitiría que volvieran a jugar más con ella y con sus sentimientos, con una vez había tenido más que suficiente.

Se encontraron tiempo después en el desayuno y ninguno de los dos dijo palabra, ambos con gafas de sol escondiendo los estragos de la noche y cabizbajos sin apenas probar bocado. Alexia no era capaz de mirarlo a la cara, pero a quién si veía poniendo caretos extraños además era a Esther, que no hacía más que observarlos y bufar crispada, reacción que por otro lado la asistente no entendía. Minutos después levantó la cabeza y todos quedaron horrorizados cuando vieron aparecer a la *arpía rubia*, enfundada en una enorme pamea y detrás de unas grandes gafas de sol. Si la actriz quería pasar inadvertida estaba logrando todo lo contrario, máxime cuando con un golpe de aire el estrambótico sombrero salió volando, dejando a la mujer expuesta a las miradas despavoridas de todo el mundo al reparar que estaba completamente calva. Y procedió a correr detrás del dichoso sombrero desesperada por recuperarlo, y escuchando las carcajadas mal disimuladas de sus compañeros de trabajo, a los cuales más de una vez los había vilipendiado sin compasión. Por lo que ahora estaba recibiendo lo que había cosechado durante todo ese tiempo, aunque a Alexia verdaderamente le daba mucha pena. Y sin poder evitarlo giró la cabeza para observar la reacción de Martín, pero se quedó con las ganas de saber qué estaría pensando, ya que detrás de las gafas y con una máscara fría como el témpano, no supo descifrar cuál era su estado de ánimo. Así que apartó la mirada para observar como las demás personas se reían abiertamente de Marta. Tiempo después se enteraría, de que la actriz disgustada por el despido y que todos sus planes se hubieran ido al garete, se había equivocado y en vez de aplicarse esa mañana una carísima mascarilla hidratante en el pelo, se untó una costosísima crema de depilación corporal, que la había dejado el cuero cabelludo liso y suave como el culito de un bebe. Y decían las malas lenguas que los berridos que había pegado eran tan fuertes que se habían escuchado en todo el hotel, pero que Alexia no pudo oír ya que en esos momentos se encontraba en la playa pensando y clarificando cuál sería su futuro. Aunque las desgracias de la mujer no habían terminado ahí. Por lo visto se había producido una filtración, y había llegado a los medios de comunicación la noticia de su despido inmediato. Y cuando llegaron al aeropuerto los periodistas la estaban esperando para acribillarla a preguntas, la cual más perniciosa que la anterior, saliendo antiguos secretos que en su momento otras personas hicieron callar. Era algo que la actriz llevaba esperando toda su vida, pero que nunca creyó que se produciría de esa manera. Marta siempre había soñado con el hecho de que los periodistas y las cadenas de televisión se pegaran por hacerla una entrevista o conseguir una declaración suya, pero nunca había imaginado que la pesadilla que estaba viviendo le pudiese ocurrir a ella. Siempre pensó que eso solo les ocurría a las demás, a las mediocres que no tenían un futuro en ese mundo, pero no a ella. Nunca a ella. Y no había nada que le gustara más a una cadena de televisión, que la caída en

desgracia de un personaje más o menos público. Y la actriz no es que fuera realmente muy conocida, pero al estar trabajando en la telenovela del momento y en horario de máxima audiencia, era la carnaza perfecta para los ávidos espectadores que disfrutaban sabiendo de las miserias de los demás para olvidarse de las suyas propias. Y los contertulios y periodistas de los programas del corazón le daban a su público lo que ellos querían, a sabiendas de que estaban arruinando la carrera, la reputación y la vida de una persona, se lo mereciera o no. En esos momentos la *arpía rubia* era actualidad y noticia de un escándalo, y si no lo era se lo inventaban, a ellos les daba igual.

Cuando subieron al avión al lado de Alexia se sentó Roberto, el cual no sabía el motivo de la relación tan fría que había entre ella y su jefe, pero que sin importarle mucho el hecho, lo cierto es que se sentía feliz de que estuvieran enfadados. Intentó hablar con ella, pero ésta solo le dijo que tenía una horrible jaqueca y que no se encontraba muy bien. Por lo que se pasó todo el viaje callada y meditabunda, mirando a través de la ventanilla del avión. Martín tampoco es que estuviera precisamente muy hablador, estaba sentado al lado de Esther con la que se había puesto de acuerdo esa misma mañana, cuando ella lo despertó para que fuera a ducharse y prepararse para el viaje. Y al fondo del avión medio escondida estaba Marta, a la cual toda su soberbia y aires de grandeza se le habían bajado al nivel de subsuelo. Humillada y mortificada por las injurias, todas ellas verídicas por cierto, que habían vertido sobre su persona, mientras su teléfono echaba humo por los mensajes de antiguos compañeros que estaban felices de que por fin tuviera lo que realmente se merecía.

Cuando llegaron a ciudad de México en el aeropuerto los estaba esperando Pedro, y después de subir las maletas al coche se dirigieron en completo silencio a casa. Si el chofer encontró extraña la actitud de su jefe y su compañera no dijo nada, pero se preguntó que habría pasado para que estuvieran tan fríos y distantes. Pero la pesadumbre se les pasó a los dos cuando al entrar por la puerta principal tenían un comité de bienvenida, comandado por Lucas y seguido por Sole y Tina.

—¡Papi!. ¡Papito!.—gritó el niño contento corriendo hacia él.

El pequeño se abrazó a su padre mientras éste feliz le daba vueltas en el aire y se lo comía a besos. Y después para desconcierto de Alexia en cuanto Lucas pisó el suelo, se fue corriendo hacia ella para que le abrazara y lo besara como era debido. Y el actor se quedó embobado contemplando la estampa de su hijo abrazado a su asistente, mientras ella no podía evitar reírse con él. Pero un dolor agudo se le clavó en la boca del estómago, al recordar como unas horas antes Alexia lo había rechazado, y celoso por el recibimiento que había tenido el niño y resentido con ella, llamó a Lucas para que subieran a su habitación y poder desenvolver los regalos que le había traído. Dejando a las tres mujeres de pie en el recibidor, y a Pedro subiendo con él y su hijo las escaleras mientras le llevaba las maletas a su dormitorio.

Cuando las tres amigas se quedaron a solas se abalanzaron encima de su compañera, para que les contara que había de cierto en todo lo que estaban contando en la televisión sobre el despido de la *arpía rubia*. Y ella aunque se moría por irse a su propia habitación y descansar un poco, no le quedó otra que esgrimir una tenue sonrisa, y detallarles de cabo a rabo todos los cotilleos y noticias ocurridos durante esos cuatro días.

Cuando Martín se despertó de la no tan pequeña siesta, ya que era avanzada la tarde, se percató de que Lucas no estaba con él en la cama. Se había levantado y marchado del dormitorio sin haberlo

despertado como era su costumbre. Así que se vistió y salió de su habitación, para seguir los horribles bramidos seguidos por las carcajadas de su hijo, que lo guiaban al piso de abajo. Menos mal que gran parte de la resaca se le había pasado, porque cuando llegó al salón se apoyó en el marco de la puerta para contemplar maravillado el espectáculo que estaba teniendo lugar. No pudo impedir que una sonrisa divertida apareciera en su rostro cuando contempló la algarabía que estaba aconteciendo, y entendía más que nunca porque su hijo adoraba a Alexia. En medio de la habitación estaba su asistente con un paño en la mano cantando a todo pulmón, y con la música de Maroon Five tocando a todo trapo. A la vez que intentaba enseñarle al pequeño que llevaba un plumero en la mano, a bailar como Mike Jagger la canción de Moves Like Jagger y limpiando el polvo al mismo tiempo. Mientras que Tina pasaba el aspirador siguiendo el ritmo de la música con golpes de cabeza y de cadera, sin llegar a descoyuntarse pero faltándole muy poco. Lucas no hacía más que reírse cuando en un momento de la canción, la asistente intentó explicarle tanto a él como a su compañera a poner la postura correcta. Como si fuera la de un pollo con un ataque de epilepsia, emulando los movimientos estrambóticos del conocido cantante de los Rolling Stones, y sacando los morritos y la lengua de su boca de forma exagerada. Acabando con su hijo tirado por los suelos con un ataque de risa.

—¡Lucas, así no vas a aprender nunca!.—le gritó ella por encima de la música mientras lo ayudaba a levantarse del suelo.—Tienes que sacar pecho mientras pones el culo en pompa, y al mismo tiempo mueves los brazos como si te estuvieran picando unas abejas. ¡Así, ves!.— le explicó, mientras intentaba hacer los movimientos que por cierto no le salían en absoluto.

—¡No, no es así!.—le gritó el niño, mientras una mirada traviesa muy parecida a la de su padre se formaba en sus ojos.—¡Es como lo hago yo!.

Y salió disparado detrás de la asistente esgrimiendo el plumero como si fuera una espada para propinarle su mejor estocada.

—¡Vosotros dos queréis estaros quietos!.—les gritó Tina asustada, mientras Alexia se escondía detrás de ella y después escapaba de Lucas sorteando los obstáculos de la habitación— ¡Como tiréis con algo y lo rompáis me vais a escuchar!.

Pero la sonrisa de Martín se congeló al momento dejando esa pose indolente apoyado contra la puerta, para quedarse rígido cuando la asistente se paró en seco al percatarse de su presencia, llevándose el tremendo plumerazo que le propinó su hijo en todo el trasero.

—¡Ay!.—exclamó, frotándose la retaguardia dolorida sin apartar los ojos del actor.

Y cuando Lucas reparó en él, corrió para agarrarlo de la mano e instarlo a jugar también con ellos.

—¡Papi, ven!.—le gritó mientras tiraba de él.—¡Vamos a jugar con Alex a limpiar el polvo!.

Alexia se giró para apagar el equipo de música y justo en ese momento sonó el timbre de la puerta, momento que aprovechó Tina para salir corriendo de la estancia, pero no sin antes llevarse la mirada de desaprobación de su amiga culpándola por dejarla sola ante el peligro.

—Ahora no hijo.—le contestó desilusionando al niño.

—¿Por qué papi?.—le preguntó empezando a hacer un puchero, cuando se dio cuenta de que la música ya no sonaba y que el ambiente había cambiado.

Aunque fuera un niño, Lucas se percató de que su padre y Alexia estaban muy serios y como enfadados, y miraba a uno y a otro intentando averiguar qué había pasado.

—¿Me harías un favor campeón?. ¿Le podrías pedir a Soledad que me lleve un café a mi despacho?.

—¡Pero...!.

—¡Por favor Lucas!.—le pidió mientras se agachaba y le daba un beso en la mejilla.—Y te prometo que después jugamos en el jardín a lo que quieras.

—¡Está bien!.—refunfuñó el niño, mientras se encaminaba hacia la cocina arrastrando el plumero por todo el suelo.

Alexia observó como el niño se marchaba, para cerrar los ojos a continuación al escuchar las siguientes palabras de Martín.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?.

Sorprendida se preguntó, ¿qué había hecho mal ahora?.

—Como no especifiques un poco más.—le contestó encogiéndose de hombros.

Martín seguía dolido y furioso con ella, así que esta era una excusa tan perfecta como otra para poner en su lugar a su irritante empleada.

—¿Por qué estás con un trapo limpiando el polvo?.

Ella levantó las cejas desconcertada por la pregunta.

—Es obvio, ¿no?. Es lo que se suele utilizar para limpiar la suciedad. Lucas se había pedido el plumero y Tina no me dejó la aspiradora así que... —le contestó tranquilamente.

—¿Me estás vacilando?.—le preguntó él con los puños cerrados.

—No, te estoy respondiendo a la pregunta que me has hecho. Que por cierto, ¿no entiendo a qué viene?.—le respondió, mientras doblaba el paño cuatro veces poniendo toda su atención en esa acción.

—¿Así que no sabes a qué viene?.—masculló entre dientes, mientras se acercaba a ella despidiendo fuego por los ojos y le arrancaba el trapo de las manos, para al momento siguiente tirarlo lejos.—Pues viene a que yo no te he contratado para esto. No es tú trabajo por lo tanto no quiero que lo hagas.

Alexia se cruzó de brazos empezando a perder la paciencia.

—Creía que había dejado muy claro que tú no ibas a decidir lo que tenía o no tenía que hacer.

—Mientras vivas en mi casa ten por seguro de que sí lo voy a hacer, sobre todo cuando estás haciendo un trabajo que no te corresponde.

—El trabajo lo estoy haciendo yo, y si me corresponde o no también es algo que yo decido.

—Ejem...—carraspearon, interrumpiendo lo que empezaba a ser una discusión.

Los dos volvieron la cabeza para encontrarse con Miguel y Tina en el quicio de la puerta.

—¿Vengo en un mal momento?.—preguntó el hombre.

—¡Sí!.

—¡No!.

Tanto Miguel como Tina miraban confundidos a Martín y Alexia, que enfadados se echaban miradas coléricas el uno al otro.

—*Patrón*, la culpa ha sido mía.—habló la asistente intentado ayudar a su amiga.—Pero le aseguro que no volverá a ocurrir.

—No te metas Tina porque esto no va contigo.—le advirtió Alexia.—Tú no has hecho nada malo por lo tanto no tienes que disculparte de nada.

—Pero Alex...

—Todavía seguimos en el siglo veintiuno, ¿no?.—interrumpió la asistente a su amiga.—O acaso me he despertado esta mañana y...

Martín la agarró del brazo mientras la arrastraba hacia la puerta cortando su perorata de raíz.

—¿Qué haces?—chilló sorprendida por su reacción.

—¿Tienes ganas de discutir?. ¡Muy bien!, pero lo vamos a hacer en mi despacho. Los dos. ¡A solas!.

—le contestó mientras tiraba por ella, consiguiendo que Tina y su padre se apartaran perplejos.

—Martín, no creo que...

—¡Cállate papá, esto tampoco va contigo!.—le contestó cabreado.

—¡Martín suéltame!. ¡Te digo que me sueltes!.—le gritó la asistente tirando de su brazo.

Y cuando él lo hizo se colocó bien la ropa, y con la cabeza muy alta y el cuerpo rígido como una tabla, se dirigió hacia el despacho andando ella solita.

—¿Con quién demonios te crees que estás hablando?—bramó el actor después de cerrar la puerta detrás de ella con un golpe.

La mujer se giró para mirarlo cara a cara, mientras apoyaba su trasero en la mesa del despacho y se cruzaba de brazos.

—¡Que sea la última vez que me hablas así delante de mi padre y del servicio!.

—Perdón, si no te he hablado correctamente delante de tu padre y de mi amiga.—se disculpó con un tono sarcástico.—Pero estaba demasiado ocupada defendiéndome de tus gritos, sin comentar el ataque troglodita que te dio después, ¡claro!.

—Si te estaba gritando es porque parece que no me escuchas si no lo hago de esa manera. Y óyeme bien porque no te lo voy a volver a repetir, desde este momento te prohíbo terminantemente que hagas cualquier trabajo en esta casa que no te corresponda. Como cocinar, limpiar, pasar la aspiradora... o para ser más explícito, cualquier tarea que le concierna a Sole, a Tina e incluso a Pedro. ¡Está claro!.

—¿¿Qué tú me lo prohíbes?!. ¡¿A MI?!.—exclamó totalmente asombrada, levantando las manos para acercarlas al pecho.

—¡SI!.—le contestó cruzándose de brazos.

—Pues lo siento mucho, pero desde ya te digo que no lo voy a hacer.—le avisó retándole con la mirada.

De repente él dio dos zancadas acercándose peligrosamente. Pegó tanto su cara a la de ella, que podía ver con total claridad cómo le latía una vena en su frente de lo rabioso que estaba. Y como esos preciosos ojos verdes se entrecerraban furiosos, mientras sus sexys labios se convertían en una delgada línea. Y tuvo que arrimar más su cuerpo a la mesa del despacho, agarrándose con ambas manos a ella para contener el impulso de agarrar su rostro y besarlo.

—¡No me desafíes Alexia!.—siseó.

Levantó más su barbilla tercamente dejándole claro que no la intimidaba.

—¿O qué?.

Por la mente de Martín pasaron una veintena de imágenes realizando lo que más quería hacerle en ese momento. Y todas pasaban por besarla hasta dejarla sin aliento, para acabar haciéndole el amor y que gritara de placer entre sus brazos, en diferentes posturas y escenarios, desde la mesa, hasta la alfombra, pasando por la silla o contra las estanterías.

¡Maldita sea!

—¿Por qué eres tan terca?—le preguntó exacerbado, apartándose de ella mientras se agarraba la frente con una mano.

—¿Qué yo soy terca? ¡JA!. ¿Te has visto últimamente en un espejo?. Porque tú cara viene en el diccionario como definición de la palabra ¡TERCO! en letras mayúsculas.

—Me da igual lo que digas. No quiero volverte a ver con una fregona en la mano, ni limpiando el polvo, ni nada que tenga que ver con las labores domésticas. Me molesta y punto.

Y era cierto. Le fastidiaba verla hacer ese tipo de faenas. No es que tuviera nada en contra de ese oficio, y la prueba es que adoraba tanto a Soledad como a Justina y no podría vivir sin ellas, pero creía que Alexia valía mucho más que pasar el plumero. Le irritaba verla hacer un trabajo que no le llegaba a su altura, y máxime cuando ya tenía a dos personas a las cuales pagaba para hacerlo.

—¿Me puedes decir qué día es hoy?—preguntó de repente dejando al actor totalmente descolocado.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando?.

—Lo tiene que ver todo. Porque hoy es domingo, ¿verdad?, por lo tanto es mi día libre, y yo en mis días libres hago lo que me da la gana. Y ni tú ni nadie me va a venir a decir lo que tengo y no tengo que hacer. Creía que te lo había dejado claro pero está visto que me equivoqué.—le explicó con los brazos en jarras

—Yo decido cuáles son tus días libres y eso viene por contrato.—le aclaró, contento por fin de que hubiera algo que no le pudiera rebatir.

—Pues tenemos que revisar ese maldito documento, porque evidentemente no estaba en mis cabales cuando lo firmé. Y si no estás de acuerdo, ¡me despides!, porque en esto no voy a ceder Martín. ¡En esto no!

—¡Arg!—exclamó desquiciado.—¡Eres la mujer más necia que he conocido en mi vida!—le soltó mientras empezaba a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Añádemelo a mí ya larga lista de defectos.

—¿No entiendes que solo hago lo que creo que es mejor para ti?.

—Pues explícamelo porque francamente no lo comprendo.—le pidió confundida.

—No quiero que se aprovechen de ti, ¿entiendes?—le dijo harto de su tozudez.—Cada cual sabe perfectamente cuáles son sus funciones y tú tienes las tuyas, y te he visto más de una vez hacer cosas que no te corresponden. Esto con Verónica no ocurría y quizás es porque eres demasiado buena para decir que no.

—Está bien.—suspiró ella intentando calmarse y poder hablar con tranquilidad.—Ahora escúchame tú a mí, por favor.

—Soy todo oídos.—le contestó mientras se volvía a cruzar de brazos.

—En primer lugar no necesito que me defiendas, puedo hacerlo yo solita. En segundo lugar yo no soy Vero, por lo tanto no me compares con ella. Y en tercer lugar nadie me está obligando a hacerlo, lo hago porque quiero, porque necesito hacerlo, porque deseo agradecerles lo que hacen por mí.

Martín bufó incrédulo mientras se pasaba una mano por la mandíbula, y cruzaba la estancia dirigiéndose a la ventana que daba al jardín, resistiendo las ganas de zarandearla para que le entrara en esa dura cabeza que tenía que no se podía ser tan ingenua.

—¿Y se puede saber qué es lo que hacen por ti para que se aprovechen de esa manera?.

—Ya te he dicho que no se están aprovechando. Nunca me han pedido nada, siempre me he ofrecido yo.—intentó explicarle mientras se giraba para quedar en frente de él.

—¡Ya!—resopló incrédulo.

—¿Tan poco conoces a tus empleados?. Sinceramente, ¿crees que ellos serían capaces de utilizarme de algún modo?.

Francamente él no lo creía, y se dio la vuelta para mirar hacia el jardín y no tener que darle la razón.

—Pues que sepas que trabajar para ti es tan absorbente que no tengo tiempo para nada más, por lo

que tengo que recurrir a pedir favores a mis compañeros que ellos gustosos me los hacen. Como por ejemplo, el otro día que le pedí a Tina que me comprara algunos artículos personales en un supermercado y lo hizo encantada. O a Pedro, que se ofreció a ir a correos para enviarles un paquete a mi hermana y mis sobrinos. Y no digamos Sole, que se está aprendiendo algunas recetas españolas para que cuando yo coma en casa pueda tomar algo que me guste y me recuerde a mi hogar. Y todo esto sin pedir nada a cambio. Por lo tanto, sí, yo me ofrezco a ayudarlos, porque ellos aquí son mi familia. La única familia que tengo en México, al igual que lo son Mauro, Eva, María, Esther, Lucas, incluso tú. Y les estoy enormemente agradecida por cómo me están cuidando. Y si en España mi hermana estuviera trabajando mientras yo me toco las narices, ten por seguro que haría exactamente lo mismo que hago aquí, ayudarla. Lo he hecho toda mi vida y nunca se me han caído los anillos por hacerlo.

El actor no sabía que decir, su intención había sido ponerla en su lugar y al final como siempre acababa ocurriendo todo lo contrario. ¿Cómo podía prohibirle nada después de lo que le acababa de decir?. Su familia. Los consideraba su familia, incluso a él.

Alexia estaba esperando a que dijera algo y en vista de que no lo hacía, decidió acabar con la discusión y marcharse de allí.

—Siento mucho no poder darte el gusto, pero ya te he dicho que en esto no voy a ceder. Y si no estás de acuerdo ya sabes lo que tienes que hacer, ahora si no te importa voy a seguir con lo que estaba haciendo.

—Me has amenazado varias veces con lo mismo Alexia, y quizás un día te sorprenda mi respuesta y decida hacerte caso.—le contestó al fin con la voz envarada, pero sin darse la vuelta en ningún momento.

—Quizás fuera lo mejor.—murmuró, tan bajito que pensó que él no la había oído. Pero sí lo había hecho.

¡De eso nada!. ¡Ni hablar!.

—Muy bien, si es lo que quieres así será.—le contestó girándose y posando su mirada en ella.

Alexia abrió muchos los ojos y dejó de respirar pensando que al final si lo había hecho. Que finalmente la estaba despidiendo.

—Podrás ayudar solo y exclusivamente en tus horas libres.—le ordenó.

Si ella era terca y cabezota él podía serlo incluso más. Ya se encargaría de que no le quedara tiempo suficiente para hacerlo, o que llegara tan cansada que no tuviera ninguna maldita gana.

—Pero a partir de hoy, y esto no es discutible, comerás, desayunarás y cenarás conmigo y con mi hijo todos los días en la misma mesa. Es más, mañana tendré algunos invitados en casa y compartirás la comida con nosotros. Nada de comer en la cocina, son visitas y me ayudarás a atenderlas como la asistente personal que se supone que eres.

—¿Estás de broma?—le preguntó alucinando por completo y respirando por fin al darse cuenta de que no la había echado.

—No.

—Pues si tengo que compartir contigo la mesa también lo harán Sole y Tina.—le contestó tercamente.

—Ellas llevan más tiempo que yo trabajando aquí así que...

—¿Acaso me has oído decir sus nombres?.

—Pero...

—No hay peros que valgan, esto es una orden y no es negociable.—le contestó mientras se dirigía

hacia la puerta.

—No estoy de acuerdo.—declaró mientras lo veía salir de la estancia.

Y tuvo que correr detrás de él porque se había alejado a grandes zancadas.

—¡Martín!

Y cuando el actor llegó a la cocina se encontró a todos allí, esperando el desenlace de lo que estaba ocurriendo en el despacho, sobre todo Tina con evidentes signos de nerviosismo y culpabilidad. Incluso Lucas también estaba, pues se encontraba jugando con su abuelo sentados los dos a la mesa.

—¡Perfecto, estáis todos aquí!. Papá, ¿te apetece quedarte a cenar?.

Miguel se quedó tan asombrado por la pregunta que durante un segundo no supo que contestar, para responder después con una brillante sonrisa.

—¡Claro!. Estaría encantado hijo.

—Muy bien. Pues Soledad, a partir de ahora Alexia compartirá todas las comidas con mi hijo y conmigo en el comedor, así que añade dos cubiertos más a la mesa esta noche porque mi padre también se queda a cenar.

—Si *patrón*.—le contestó la cocinera totalmente confundida.

—Martín no estoy...

—Y por cierto, mañana voy a tener invitados a comer, en cuanto confirme su asistencia te diré cuántos son en total y hablaremos del menú.—siguió hablando.

Ignorando por completo a Alexia para volver a dirigirse a su padre.

—¿Quieres venir a comer mañana papá?.

—Martín...

—Si claro, por supuesto.—le contestó encantado.

—¡Genial!. Pues ya está todo resuelto. Cuando puedas Soledad llévame a mi despacho el café que pedí hace rato.

—Si *patrón*.

Y dicho esto se dio media vuelta y salió de la cocina dejando a todos con la boca abierta, incluida Alexia. Y Lucas sin entender lo que estaba ocurriendo miraba a todos de hito en hito.

—Abuelo te toca jugar.—le informó el niño reclamando su atención.

El hombre todavía estupefacto y bastante conmocionado, no entendía que era lo que había pasado para que su hijo lo volviera a llamar papá y lo invitara a cenar y a comer al día siguiente. Pero fuera lo que fuera daba gracias a Dios por ello.

—Eh... si campeón. ¿Por dónde íbamos?.—le contestó agarrando una ficha del juego de mesa.

Pero Alexia si lo sabía. Sabía perfectamente lo que estaba tramando su jefe. Si Miguel estaba en casa tendría que estar con él y con Lucas ya que era lo que le había ordenado. Y si con eso no llegaba, al aceptar la invitación y quedarse a cenar era un invitado, por lo que también tendría que atenderle siguiendo las últimas órdenes recibidas. Así que adiós a su día libre y al de mañana también.

¡Mierda!

El actor estaba en el despacho mientras observaba a su padre y a Alexia jugar con su hijo al balón en el jardín. Le habría encantado estar ahí, pero todavía no estaba preparado para tratar más de cerca a Miguel. Algo completamente irónico, ya que lo había invitado a cenar esa noche y a comer al día

siguiente. ¿Por qué lo había hecho?. ¡Ni idea!. Posiblemente porque su molesta e irritante empleada lo había sacado tanto de quicio que hacía cosas que no tenían sentido ni para él. No se paró a pensar, solo hizo lo que tenía que hacer y punto. Si quería que Alexia no hiciera lo que tanto lo molestaba, tendría que tenerla ocupada haciendo otras cosas. Y no tenía nada que ver con el hecho de que quisiera tenerla cerca, sobre todo después de que lo hubiera rechazado como lo había hecho, por supuesto que no. Porque eso tenía un nombre y era masoquismo, y él de masoquista no tenía nada. Solo que estaba irritado, porque cada vez que creía que tenía la sartén por el mango, llegaba su desquiciante asistente y le daba la vuelta completamente. Y tenía que desquitarse de alguna manera, por lo que hacía cosas que no tenían lógica. ¿O sí?. Porque a pesar de que le había dejado muy claro que no quería tener nada con él, el actor no podía sacársela de la cabeza, pensaba en ella constantemente e incluso maquinaba formas para no perderla de vista. Porque el obligarla a compartir la mesa con él, era simple y llanamente una excusa para tenerla cerca, sin contar las ganas y el deseo de besar esos labios rojos tan apetecibles que lo volvían loco.

¡No!. ¡Ni hablar!.

Tenía que desterrar a esa mujer de su mente pero ¡YA!. Nunca volvería a tocarla ni aunque se lo suplicara de rodillas, por mucho que se muriera por besarla, o por acariciarla, o por...

¡BASTA!.

Se alejó de la ventana frustrado, pero sobre todo enfadado consigo mismo, así que decidió dejar de pensar en esa obstinada mujer, y hacer algunas llamadas e invitar a unos pocos amigos. Y rogaba con que ya no estuvieran ocupados y aceptaran su invitación, porque cuando dijo que tenía invitados al día siguiente había sido un plan que se le había ocurrido en el último momento. Y sobre su padre... no tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer con respecto a él.

—Alexia me gustaría darte las gracias.

Estaban sentados en el jardín observando como Lucas jugaba con un coche teledirigido, empezaba a anochecer y en breve tendrían que cenar todos juntos, y Miguel quería hablar antes con ella.

—¡Perdón, estaba algo distraída!.—admitió, volviendo a la realidad.

Pues no había dejado de pensar en ningún momento sobre lo que había pasado antes con Martín. Sinceramente cada día lo entendía menos. ¿Qué pretendía con hacerla sentar a la mesa con él?. Ella era una empleada más como Sole o Tina, y su lugar era comer con ellas y Pedro en la cocina. ¿Qué pensarían sus compañeros al verla sentada con su jefe en la mesa y ellos no?. Creía que después de lo que había ocurrido entre los dos, lo que menos ganas tendría era de verla delante de él. Pero no, ese terco quería que se sentara con él y con su hijo a la mesa como... como si fuera... ni tan siquiera se atrevía a decirlo en voz alta. ¡Jesús era un hombre desesperante!. Con lo tranquila que estaba jugando con Lucas y ayudando a Tina, ¿por qué tenía que hacerle la vida tan difícil?.

—¿Por qué me dabas las gracias?.—le preguntó al fin, intentando apartar de su mente al imposible pero increíblemente sexy de su jefe.

Miguel también había estado pensativo durante todo ese tiempo. No conseguía quitarse de la cabeza la imagen de su hijo y Alexia en el salón, y el fuego que despedían sus miradas al retarse mutuamente cuando creían que estaban solos. Él ya tenía una edad, pero sabía reconocer la pasión contenida cuando la tenía delante de sus narices, y esos dos se atraían mutuamente de eso no le cabía la menor

duda. Y ahora entendía el cambio de actitud de su hijo hacia él.

—No sé qué es lo que has hecho o le has dicho a mi hijo, pero gracias a ti me está dando una segunda oportunidad, por lo que te estoy enormemente agradecido.

Alexia no pudo evitar reírse.

—Lo siento.—se disculpó cuando observó la mirada de desconcierto del hombre.—Pero es que me parece tan irónico lo que acabas de decir. ¿De verdad crees que pueda haber alguien que le diga a tu hijo lo que tiene que hacer?. Si existe esa persona te puedo asegurar que no soy yo, así que no me des las gracias por nada. De verdad que me hace muy feliz que Martín esté cambiando su actitud contigo, pero yo nada tengo que ver te lo garantizo.

—Yo no estoy tan seguro.—porfió el hombre.—Creo que desde que trabajas aquí ha cambiado bastante y ha sido gracias a la influencia que ejerces sobre él.

—¿Yo, influenciar en Martín?. ¡Ja!.—exclamó poniendo los ojos en blanco.—Tu hijo es demasiado terco y cabezota para que le entre algo de sentido común en esa mollera dura que tiene encima de los hombros. No...—le respondió negando con la cabeza.— estas equivocado Miguel, lo único que ha cambiado es que se ha dado cuenta de que realmente estás interesado en formar parte de su vida y sobre todo de la de Lucas. Por lo que ha sido solo y exclusivamente mérito tuyo, de lo cual tengo que decir que me alegro enormemente. Le haces mucha falta a tu nieto, no hay más que ver lo feliz que es cuando está contigo, y tú hijo, aunque él no quiera reconocerlo, también te echa mucho de menos.

Alexia lo observó detenidamente y reparó en que se había puesto muy serio. A lo mejor algún día se atrevería a preguntarle qué había pasado exactamente para saber su versión de los hechos.

—Y estoy totalmente segura de que tú también los necesitas a ellos y de que con el tiempo todo se solucionará. Ya verás.

Él la miró directamente a los ojos y la mujer vio arrepentimiento en ellos, mezclado con dolor, resignación, y un pequeño brillo de esperanza.

—Ojala tengas razón.

Y justo en ese momento los interrumpió Sole para avisarles de que la cena ya estaba lista. Se levantaron juntos, para después llamar a Lucas y avisarle de que se fuera a lavar las manos antes de cenar, para entrar caminando despacio a la casa como si estuviera dirigiéndose directa hacia el patíbulo.

Ya llevaban un buen rato esperando a que llegara el actor y se sentara en la mesa, pero cuál fue su sorpresa cuando la cocinera les informó de que el *patrón* había salido sin dar ninguna explicación, dejando tanto a Alexia como a Miguel totalmente confusos por su actitud.

—¿Ha recibido alguna llamada o recado urgente?— preguntó preocupada.

Pensando que algo grave tendría que haber ocurrido para que se marchara de esa manera.

—Que yo sepa no.—le contestó su compañera.—Solo agarró su cazadora y las llaves de la moto y se marchó.

Y los tres se miraron sin saber qué es lo que había ocurrido para que Martín se marchara de esa manera.

Capítulo 25

Martín se encontraba en esos momentos sentado encima de su moto, en una de las zonas más altas de ciudad de México contemplando las impresionantes vistas nocturnas de la ciudad. Cuando había salido huyendo de su casa no tenía ni idea de a dónde iba a ir, solo sabía que tenía que salir de allí como fuera. Llevaba bastante tiempo sentado en ese lugar intentando tomar una decisión, mientras no podía quitarse de su retina la imagen que le había hecho escapar.

¿Qué diablos voy a hacer?

No lo sabía. Con su padre ya había tomado una decisión, pero con Alexia... Su corazón le decía una cosa y su cabeza todo lo contrario. Y estaba asustado, no había tenido tanto miedo en toda su vida. Recordó cuando se había asomado a la puerta del salón para ir a cenar, y se quedó paralizado sin poder mover un dedo al ver la estampa que allí estaba ocurriendo. Se encontró a su asistente negando con la cabeza y una suave sonrisa de reproche en su hermoso rostro, mientras su padre regañaba a su nieto.

—Lo que has hecho no ha estado nada bien.

—Tu abuelo tiene razón Lucas. No debiste de haber mentido asegurando que te habías lavado las manos cuando no era cierto. —le recriminó ella con dulzura.

El niño bajó los ojos arrepentido, mientras se dejaba poner por su empleada la servilleta alrededor del cuello para no mancharse al comer.

—Lo siento abuelo. —se disculpó afligido.

—Está bien hijo, pero que sea la última vez. —le contestó suavizando el tono de voz cuando la ternura le impidió seguir firme con su nieto. —Recuerda que los hombres de verdad no mienten.

Y esa frase... esa maldita frase que su padre le había dicho un centenar de veces a él mismo cuando era un niño, consiguió que al actor se le abriera un brecha en el pecho. De repente sintió un dolor agudo en la boca del estómago y un enorme vacío que no había estado allí hacía tan solo un segundo antes. Y a su mente vinieron un montón de recuerdos con esa misma estampa familiar de cuando era un niño, y se sentaba con su padre y con su madre a la mesa en una típica cena hogareña. Y el pánico se quedó atenazando su garganta y no pudo reprimir el irrefrenable impulso de salir corriendo de allí. Por primera vez en muchos años visualizó como sería una vida perfecta. Y a su mente le vino la imagen de su padre contándole un cuento a su nieto antes de dormir, y él abrazado a la mujer de su vida mientras observaban la escena desde el quicio de la puerta. Y esa mujer que estaba a su lado era nada más y nada menos que... Alexia.

¿Por qué?. ¿Por qué diablos tenía que ocurrir eso ahora?

Desde que Vanesa los había abandonado la única familia que existía eran ellos dos. Lucas y él. Y durante todos esos años no les había hecho falta nadie más, con ellos dos solos se sobraban. O eso era de lo que había estado intentando convencerse durante todo ese tiempo. Pero cuando los había visto allí a los tres en una escena totalmente cotidiana, le volvieron los anhelos de cuando era un niño, y el deseo imperativo de tener una familia normal como cualquier otro chaval. Recordó la infinidad de noches que se las había pasado llorando deseando que su madre regresara, y que Miguel volviera a ser ese amantísimo padre que se desvivía por él, anhelando que todo lo que había sucedido fuera una pesadilla que en cualquier momento se fuera a acabar.

Hasta que un día por fin se convenció de que no sería así. Seguía pensando exactamente lo mismo

que le había dicho a Alexia, el día en que su madre los abandonó también había perdido a su padre, aunque pareciera que lo estaba recuperando nuevamente. Por eso su impresión fue tan fuerte cuando los vio sentados allí a los tres, como una familia, actuando como una familia, pareciendo una familia. Y tuvo que admitir para sí mismo de una vez por todas que eso mismo era lo que quería para su hijo. Una verdadera familia. Y para ser totalmente honestos, para él también. Quería sentar cabeza, deseaba con todas sus fuerzas encontrar a la mujer con la que pasar el resto de su vida, que lo estuviera esperando en casa deseando verlo, abrazarlo y cuidarlo. Que fuera además de su mujer, su amiga, su confidente, su amante y por supuesto la madre de sus hijos. Y hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que lo ansiaba.

Pero eso con Alexia no podía ser, eran totalmente incompatibles. Por muy atraído que se sintiera por ella no podía negar el hecho de que estaban todo el día a la gresca, sin olvidar el pequeño asunto de que ya le había dejado claro que no quería tener nada con él. Y un suceso importante además, que había pasado por alto durante todo el día ofuscado y dolido por su rechazo, que era lo que ella le había contado la noche de la partida de cartas, cuando le había confesado que le gustaba otro hombre. Y si no era Roberto, ni tampoco Fernando, y evidentemente él menos, cada vez era más fuerte la sospecha de que había otra persona esperándola en España, o al menos alguien del que estaba profundamente enamorada. Y contra eso Martín no podía luchar. Y tanto él como su hijo necesitaban estabilidad, no a alguien que ya lo había amenazado varias veces con que si no estaba de acuerdo con ella la despidiera, lo que eso significaba que no le costaría nada hacer sus maletas y marcharse de su casa sin mirar atrás. Y eso sí que no estaba dispuesto a pasar por ello nuevamente.

¡Otra vez no!. ¡De eso nada!.

No estaba preparado para soportar que le rompieran el corazón, ni los abandonaran tanto a su hijo como a él de nuevo, por lo que tenía que tomar una decisión ya. Y tenía que ser de raíz, pues Lucas se estaba encariñando demasiado con ella y eso no podía permitirlo. Su padre para lo bueno y para lo malo era sangre de su sangre y el abuelo de Lucas, y además se estaba implicando seriamente en la vida de su hijo por lo que le daría la oportunidad que llevaba años rogando. Pero Alexia... Alexia era harina de otro costal.

Tendría que... No le quedaba más remedio...

¡Jesús, solo pensarlo y se le encogía el corazón!. Pero eso únicamente significaba que cuanto más tardase más difícil se le haría el hacerlo. Así que...

¡Tengo que despedirla!.

Y el nudo que tenía en la garganta se le hizo más grande todavía.

Aunque era lunes tenían invitados a comer en casa de Martín. Ese día la productora de la novela se lo había dado de descanso a todo el personal, a modo de recompensa después del duro trabajo realizado en Telchac. Pero aun así, Alexia madrugó para ayudar en la cocina a Sole o en lo que necesitasen cualquiera de sus dos compañeras. Y Lucas tampoco iría al colegio, era demasiado pequeño para que no tuviera mucha importancia si faltaba o no un día a clase. Así que cuando la asistente apareció por la cocina, sus amigas sentadas en la mesa tomando el primer café de la jornada se quedaron asombradas al verla por allí. Sobre todo después de lo que había pasado el día anterior. — ¿Qué haces levantada a estas horas? —le preguntó Tina entrecerrando reticentes los ojos al ver

aparecer a su amiga.

Alexia estiró su cuerpo dolorido y cansado después de haber dormido muy poco esa noche.

Había estado esperando despierta a que Martín llegase a casa, pues se había quedado muy preocupada por la forma en la que se había ido. Y aunque estaba muerta del cansancio, ya que la noche anterior no había dormido nada, sabía que hasta que no lo viera llegar sano y salvo no sería capaz de pegar ojo. Por lo que lo había estado aguardando sentada en el jardín, mientras pensaba en todo lo que había ocurrido durante esos días y que hasta ahora no había tenido tiempo de analizar. Pero cuando él llegó, y la asistente se acercó para preguntarle el motivo de porque se había marchado de esa manera, éste la despachó con cajas destempladas informándole de manera muy grosera que no era un asunto de su incumbencia. Así que se marchó ofendida para su cama, y después de recriminarse por lo tonta que había sido por preocuparse por él, y desear que un camión le pasara por encima a su mal educado jefe, se quedó dormida antes de que su cabeza tocara la almohada.

—Buenos días, yo también me alegro de verte. —le contestó cuando vio la mala cara que ponía su amiga.

—Buenos días a ti también. Y lo siento si te he hablado de manera cortante, pero es que ya nos vamos conociendo Alex, y sinceramente el que tú estés levantada a estas horas no significa nada bueno.

Alexia acabó de echarse el café en su taza y se sentó a la mesa con sus compañeras.

— ¿Y eso qué quiere decir? —le preguntó después de ahogar un bostezo.

— ¿Tú que crees? —inquirió Sole con evidente sorna. — ¡Ay amiga!, nosotras te queremos mucho pero no deseamos tener problemas con el *patrón*.

—No después de lo de ayer. —puntualizó la asistenta.

—Bueno, pues por eso no os preocupéis porque ya está hablado con él y me ha dado permiso.

Las dos compañeras se le quedaron viendo con cierto recelo.

— ¡¿Qué?!—exclamó molesta por su incredulidad.— ¡Es cierto!. Y si no me creéis podéis preguntárselo.

— ¡Puf!, no gracias. —le contestó la cocinera — No vaya a ser que me muerda.

Alexia esbozó una leve sonrisa al recordar el día que Verónica le había dicho que su jefe solo era un hombre y que no mordía. Y era cierto, porque morder lo que se dice morder no mordía, pero ladraba que daba gusto.

—Pero de todas formas si no te parece mal preferimos que no nos ayudes. —continuó su amiga después de soltar un suspiro. —Te lo agradecemos mucho pero va a ser lo mejor. Además, ayer Tina adelantó mucho su trabajo y me puede echar un capote sin ningún problema.

Ella dejó la taza encima de la mesa muy despacio y con mucha seriedad las miró a ambas para decirle.

— ¡Por supuesto que me parece mal! —les recriminó dolida por su rechazo. —Y os voy a decir lo mimito que le he dicho a vuestro *patrón*.

¡Dios!, ya empezaba a cansarse de decir siempre la misma cantinela.

—Y es que no voy a permitirle a nadie que me diga lo que tengo o no tengo que hacer, y por supuesto vosotras entráis dentro de ese lote. — continuó adustamente — Así que voy a echaros una mano queráis o no. Ya me estoy hartando de que todo el mundo piense y opine que es lo mejor para mí, y decida sin tener en cuenta mi opinión qué es lo que más me conviene. Ya soy mayorcita para tomar mis propias decisiones, y punto en boca, ¡hombre ya!.

Sus dos compañeras se quedaron sorprendidas por la efusividad con la que había terminado su discurso. Y después de unos segundos mirándose la una a la otra con los ojos como platos, para a continuación volver a mirar a Alexia, no pudieron evitar echarse a reír a carcajadas. Y ella cuando se dio cuenta de su enajenación momentánea se les unió.

—Chicas de verdad no os preocupéis, ¿vale?—intentó tranquilizarlas—Martín ayer me dio permiso para ayudaros si quería, siempre y cuando mis obligaciones me lo permitieran. Y como hasta dentro de unas horas no vendrán los primeros invitados, tengo tiempo suficiente hasta ese momento para hacer lo que me venga en gana.

Tina suspiró dándose por vencida, ya que su amiga cuando quería podía ser igual de necia que su jefe o más, y asintió con la cabeza. Pero la cocinera la miraba con una expresión extraña en los ojos, mitad aprensión y mitad vergüenza.

—¿Qué pasa Sole? —le preguntó intrigada.

La mujer miró a la asistenta con algo de nerviosismo mientras su compañera negaba con la cabeza.

—No Soledad, no lo hagas. —le contestó sin que ésta hubiera abierto la boca.

—¿Que no haga qué cosa?—pregunto Alexia.

La cocinera la miró nuevamente mientras doblaba nerviosamente una y otra vez una servilleta.

—Nosotras somos amigas, ¿verdad?—se atrevió por fin a hablar.

—¡Por supuesto!—le contestó cada vez más extrañada.

—Y como amigas que somos... —la mujer no se atrevía a mirarla a la cara.

—¿Si...?—la invitó a que siguiera hablando.

—Si yo te hiciera una pregunta... ejem.—carraspeó turbada—¿Tú me contestarías con sinceridad?.

—¡Claro!.

Su amiga volvió a mirar a Tina titubeando sobre lo que iba a hacer, hasta que se armó de valor y clavando los ojos en ella le preguntó a bocajarro y sin anestesia.

—¿El *patrón* y tú estáis juntos?.

Alexia se reclinó de golpe en la silla por la impresión que le había producido la pregunta, que a todas luces no se la esperaba en absoluto. Y después de estar boqueando perpleja sin saber que contestar les dijo con la voz estrangulada.

—¡¿QUÉ?!

—Te dije que no era buena idea. —le reprochó Tina a su compañera.

—Ahora no vengas a reñirme porque las dos nos moríamos de la curiosidad. —le contestó molesta Sole.

—Sí, pero eso es algo que solo les atañe a ellos.

—Si yo no digo lo contrario, pero tú tenías tanta ganas como yo de saberlo.

—Pero yo no he sido la que ha preguntado.

—¡Claro!, porque la única que le ha echado narices he sido yo.

—¡Ey, ey, ey!, un momento. —las interrumpió.— Si esto viene porque tengo que compartir la mesa con él y con Lucas, he de deciros que lo hace única y exclusivamente por fastidiarme. Nada más.

—Por supuesto que no es por eso. —le contestó Tina.

—Bueno eso ha sido una gota más. —matizó Sole.

—Está bien. —empezó a hablar cansada ya de ese temita también.

Ya empezaba a ser algo recurrente y sinceramente no entendía de donde sacaba la gente esas conclusiones. Si Martín y ella se pasaran el día poniéndose ojitos o dedicándose tímidas sonrisas

como dos tontos enamorados podía llegar a entenderlo, pero resulta que ocurría todo lo contrario. Se llevaban como el perro y el gato, y por muy enamorada que ella estuviese de él tenía que admitir que muy compatibles no eran. En el hipotético caso de que algún día, (y eso no iba a ocurrir en la vida), pudieran tener una relación, se basaría en peleas y gritos. Algo que ya hacían sin ser pareja, ¡imagínate si lo fueran!. ¡Demonios, sería un infierno!.

—Para que os quedéis más tranquilas he de deciros que, ¡NO!. No estoy, ni estuve, ni por supuesto estaré con vuestro *patrón*. —les mintió, ya que no iba a contarles nunca el penoso incidente de la noche anterior. — Aunque me encantaría que me dijerais de donde habéis sacado esa increíble, calenturienta y sorprendente idea. No logro entender que os ha hecho pensar que entre ese cabezota con patas y yo, hubiese podido haber algo que no sea estrictamente profesional.

Las dos amigas la miraron fijamente totalmente estupefactas. Y mientras una bufaba la otra puso los ojos en blanco.

—¿De veras?—se burló Tina.—¿Y lo preguntas?.

Ella hizo un gesto socarrón.

—¡Obvio que lo pregunto!.

—Está claro que lo sacamos de la forma en la que os tratáis los dos. —le aclaró ésta hablándole despacio como si fuera una niña pequeña y hubiera que explicarle las cosas.

—Si contar en que salen chispas de fuego cuando os miráis. —apuntó la cocinera.

—¡Acabáramos!. ¡Es verdad!—exclamó mordazmente.—El otro día leí en una revista de esas para mujeres, que para saber si una pareja estaba enamorada, tenían que sacarse de quicio, exasperarse y gritarse todos los días como si no hubiera un mañana.

Las dos amigas resoplaron a la vez al escuchar su tono sarcástico.

—Y ahora que lo decís...—continuó cruzándose de brazos. —Tenéis razón. Por lo menos a lo largo del día nuestro jefe me saca de quicio, me desespera y me grita como unas cien veces. Grito arriba, grito abajo.

—No seas exagerada, ¿quieres?. Alex tienes que admitir que a ti te trata de una manera distinta a como lo hace conmigo y con Sole.

—Tienes razón, a vosotras por lo menos os respeta conmigo ni se molesta. —le contestó enervándose cada vez más.

—Tiene una complicidad y una confianza contigo que no la tiene con nosotras. —insistió Sole.

—Si no recuerdo mal, cuando llegué el primer día a esta casa yo misma presencié una fuerte discusión entre Vero y Martín. Y podría decir sin miedo a equivocarme que entre ellos sí que había complicidad, y nunca os oí decir que hubiera nada entre los dos.

—Porque no lo había. —le confirmó la cocinera. — Pero contigo es diferente. Contigo es...

—No nos entiendas mal, nosotras estaríamos encantadas de que eso ocurriera. —intentó aclararle Tina, al frenar a su amiga que estaba poniendo ojitos soñadores. —A ti te queremos mucho y al patrón igual, y hacéis tan buena pareja que...

—Escuchadme las dos. —las interrumpió bruscamente.

Estaba empezando a enfadarse y no quería hacerlo ya de buena mañana, y menos con sus dos amigas, sobre todo porque sabía que lo hacían con buena intención.

—Dejar de ver fantasmas donde no los hay. En primer lugar él es mi jefe y yo su empleada, y por temas que no vienen al caso yo nunca tendría una relación con Martín. En segundo lugar, en el dudoso caso, (que solo ocurriría en vuestra fértil y asombrosa imaginación), que yo pudiese concebir tener

una relación con él. En serio creéis, ¿que yo tendría alguna oportunidad?.

Y llegado a este punto, se rio lastimosamente al abrirse nuevamente la herida que intentaba ocultar por todos los medios.

—Vuestro *patrón* puede tener a la mujer que le dé la gana, y meteos esto bien en la cabeza. ¡A cualquiera!. Por lo que no va a perder el tiempo con alguien como yo. Por mucho que os duela esto no es una telenovela en la que la chica pobre y fea se queda con el galán guapo y rico. Esto es la vida real. Y en la vida real el chico guapo se queda con la chica guapa. Ojala fuera un cuento de hadas en el que el príncipe se enamora de Cenicienta. Pero no chicas, bajaros de vuestra nube, porque debéis saber que “Los príncipes azules no existen”, y si llegasen a existir se casarían con una princesa, no con una patética secretaria de tres al cuarto.

Y levantándose de la mesa, se dirigió al cajón donde estaban guardados los delantales y mientras se ponía uno terminó de decirles.

—Y ahora pongámonos a trabajar que las Cenicientas tenemos mucho que hacer.

El primero de los invitados en llegar fue Miguel, el cual estaba muy nervioso, y a pesar de todos los intentos de Alexia por calmarle, el hombre insistía en que no quería meter la pata y que todo lo conseguido se fuera al garete. Por activa y por pasiva intentó tranquilizarlo, explicándole que nada tenía porque salir mal, así que se fueron al jardín intentado distraer a abuelo y nieto mientras esperaban por los demás invitados. Martín cuando se despertó había pedido el desayuno para él y para Lucas en su habitación, algo que aunque en un principio extrañó a Alexia, después le encantó la idea. Así de momento no tendría que aguantar sus impertinencias, pues todavía estaba molesta por la contestación de la noche anterior.

Y en esos momentos estaba encerrado en su despacho haciendo Dios sabía qué, en verdad no entendía que era lo que podía tener tanto tiempo ocupado a su jefe en esa habitación. No es que tuviera que hacer memorándums o cuadrar balances, el trabajo de actor no conllevaba mucho papeleo, sobre todo cuando ya estaba ella para hacer lo poco que se necesitaba. Era un misterio sin resolver que de vez en cuando le traía de cabeza, sobre todo cuando no dejaba de pensar en él, que solía ser casi siempre para su desgracia.

Habían preparado en el jardín unas mesas con sillas y unos centros de flores preciosos que había traído Pedro. Al hacer un día tan hermoso y agradable, se decidió comer al aire libre, disponiendo en una de ella unos platos de entremeses y picoteo, con unos refrescos y unas botellas de vino para que le gente tomara algo antes de comer.

Cuando llegaron los demás comensales se sorprendió y alegró al mismo tiempo, cuando descubrió que entre los asistentes estaban Verónica y su prometido. Poco tiempo después llegó Esther y el marido de ésta, y unos minutos más tarde apareció Sergio y su novia, uno de los actores de reparto con el que se llevaba muy bien Martín. A la única a la que no conocía fue a una modelo despampanante llamada Fiorella Lusich, que llegó un poco más tarde y se pasó casi todo el tiempo colgada del cuello de su jefe, algo que no le estaba haciendo ni puñetera gracia.

Pero la cara de Verónica cuando Martín presentó a su padre, ya que era el único al que no conocían los demás, fue de auténtica perplejidad. Durante unos segundos no dejaba de mirar a uno y a otro con total asombro sin saber qué decir. La cara del actor era una máscara fría, mientras que Miguel se fue

directo a saludarla cariñosamente, ya que durante mucho tiempo había sido ella la que lo había puesto al corriente de la vida de su hijo. Hablaron durante un rato mientras picoteaban algo antes de sentarse a comer, y Lucas se comportó como un pequeño diablillo intentado llamar la atención de los mayores, hasta que su padre lo puso en vereda.

La comida transcurrió en un ambiente muy agradable, aunque se notaba la evidente tirantez entre jefe y empleada, y la velada discurrió apaciblemente o por lo menos en apariencia

— ¿Me puedes decir que ha estado ocurriendo en todo este tiempo?—le preguntó Verónica a Esther cuando se acercó a ella.

Las dos se habían conocido en uno de los trabajos actorales que la actriz había compartido con Martín, y se habían hecho buenas amigas. Honestamente era difícil no quererla ya que era un encanto de mujer, de las pocas que había además.

— ¿A qué te refieres exactamente?—le preguntó su amiga cuando se sentó a su lado.

Verónica llevaba un rato observando extrañada al trío que tenía delante de ella. Trío o cuarteto ya no estaba muy segura. En esos momentos los hombres estaban jugando un mini partido al fútbol, mientras Lucas corría como un poseso intentando que no le robaran el balón, a la vez que Miguel hacía las veces de portero, y al que inexplicablemente solo le colaba la pelota en la portería su asombroso nieto. Y éste feliz daba botes de alegría cada vez que metía un gol, con el consiguiente manteo de su padre festejando el tanto en el marcador. Al otro lado del terreno la modelo hacía un patético trabajo como portera, pero Martín la elogiaba como si fuera el mismísimo Casillas. Y Alexia... Bueno ésta llevaba unos minutos desaparecida dentro de la casa, ocasión que Vero aprovechó para preguntarle a la actriz que diablos estaba pasando allí.

La ex asistente exhaló aire con la pregunta que le había hecho su amiga.

— ¿Estás de broma?—exclamó anonadada —Me marchó unos días y de repente aparece Miguel por aquí como Pedro por su casa.

La actriz arrugó el ceño extrañada.

—¿Tú sabías de la existencia del padre de Martín?.

Su amiga asintió con la cabeza.

—¡Vaya!, pues yo es la primera noticia que tengo. Es más, juraría que hace tiempo en una conversación con él surgió el tema de sus padres y me dio a entender de que estaban muertos. ¡Imagínate la sorpresa que me he llevado al comprobar que no era así!.

—Bueno realmente para Martín así ha sido durante todos estos años. —le explicó Verónica. —Llevaban enfadados mucho tiempo.

—No sabía nada. —comentó la actriz asombrada.

—No es un asunto fácil para él. Es más, he tenido que aguantar muchos de sus gritos cuando intentaba sacar el tema, y ahora me los encuentro jugando al fútbol como si no hubiera pasado nada. —comentó pensativa su amiga.

—La verdad es que tu exjefe ha cambiado mucho en este tiempo.

—¿Ah sí?. Y eso debido a...

—¿De verdad hace falta que te lo explique?.

Verónica negó con la cabeza.

— ¿Cuánto tiempo llevan juntos?.

Esther no pudo evitar echarse a reír y paró de hacerlo al ver el desconcierto en la cara de su amiga. A Verónica no le había costado mucho sumar dos más dos, sobre todo después de ver a ese par

juntos.

—Y si te digo que no están liados. —le contestó divertida.

Y la actriz empezó a negar con la cabeza al ver la incredulidad reflejada en el rostro de su amiga.

—La última vez que los vi fue en el estreno de la obra de teatro y yo juraría que Roberto estaba interesado en Alexia.

—Y así es. —le confirmó su amiga— Pero resulta que a Alexia no le interesa Roberto.

—¿Y la modelo?.

— Es la primera vez que la veo.

—Ya.

—¡Es increíble que solo hayan pasado seis días desde aquello!—exclamó asombrada Esther.

Verónica se quedó callada durante unos segundos todavía pensativa y perpleja por la noticia. Quizás de todos los que estaban allí era la que mejor conocía a Martín, y francamente aunque le caía muy bien Alexia no era precisamente el tipo de mujer que atraía al actor.

— ¿Y por qué no están juntos?—preguntó después de haber asimilado la información.

—Sinceramente no tengo ni la más remota idea. —le contestó su amiga—Lo que si tengo claro, y además es evidente a todas luces, es que esos dos estúpidos están enamorados de los pies a la cabeza. Pero son tan necios que no son capaces de admitirlo ante ellos mismos. Lo niegan, creyendo ridículamente que al hacerlo lo que sienten se extinguirá con el tiempo.

— ¿Por qué?—preguntó Verónica.

Su amiga se encogió de hombros.

—Por separado los dos son encantadores y adorables y con un corazón enorme, pero cuando se juntan es como si estallara una bomba atómica. Son tal para cual Vero, tercos, cabezotas, orgullosos, tenaces, tozudos... Pero ¡ay!...—exclamó lastimosamente —¡Me dan tanta envidia!.

Su amiga la miró con extrañeza.

—No me entiendas mal. —intentó explicarse —Amo a mi marido con toda mi alma, pero tengo que ser sincera y admitir, que la pasión y la atracción sexual que desborda a esos dos cuando están juntos no lo he visto en nadie más.

Esther se rio quedamente y continuó con un tono de celos sanos en sus palabras.

—O mucho me equivoco, o el amor que existe entre ellos es de los que acaban muy mal o de los que ves con codicia, cuando observas a esa parejita de ancianos que van agarrados de la mano después de llevar cincuenta años casados, mientras se hacen carantoñas como si fueran unos adolescentes.

—Sinceramente, espero que sean de los segundos. —murmuró Verónica, mientras observaba como Alexia se encaminaba hacia ellas acabando de golpe con la conversación.

—Si esto sigue así casi que te recomendaría que fueras trayendo un cepillo de dientes y el pijama, porque dentro de poco ya te quedas a dormir. — bromeó Alexia mientras le guiñaba un ojo a Miguel. Martín se había acercado a ellos por detrás. Se encontraban solos y sentados en las mismas sillas del jardín donde ella solía estar un rato antes de acostarse, y que había compartido con él más de una vez, por lo que todavía no se habían percatado de su presencia. La gran mayoría de los invitados se habían marchado avanzada la tarde, y para no quedarse a solas con su empleada en la cena había vuelto a invitar a su padre, extendiendo la invitación a Fiorella, a la que no sabía ni por que había

convidado. Bueno para ser francos si lo sabía, lo había hecho solo y exclusivamente para darle en las narices a su insoportable empleada. Si creía que después de desecharle como lo había hecho se iba a encontrar con un hombre llorando por las esquinas, lo llevaba claro. Le tenía que demostrar antes de despedirla que él ya la había olvidado, que no la necesitaba en absoluto y que cualquier mujer podría ocupar su lugar. Y ahora que la modelo se había marchado, y su hijo ya estaba acostado y arropado durmiendo tranquilamente en su cama, había llegado el momento que había estado posponiendo todo el día. Por eso la había estado buscando, porque iba a acabar con ese engorroso asunto de una vez por todas. Pero en vez de pedirle a Miguel que les dejara un momento a solas para poder hablar con ella, se quedó esperando la respuesta de su padre.

— Quita, quita, que después se me caería la cara de vergüenza si le tuviera que pedir a mi hijo que me dejara traer a la novia a casa. —le contestó siguiendo con la broma.

— ¡Ah!, con que esas tenemos, ¿eh?. Ya decía yo que la fama de ligón de tu hijo era hereditaria. ¿Y tienes alguna chati escondida por ahí?.

Buena pregunta.

De repente Miguel se puso muy serio.

— No sé qué significa *chati* pero me lo imagino. Y no. Hace mucho tiempo que no estoy con una mujer, más concretamente desde que mi esposa me abandonó.

Alexia se quería morir, si hubiera sabido eso no hubiera bromeado con el tema.

¡No puede ser!.

— Lo siento. —se disculpó con sinceridad. — No lo sabía.

— No tienes por qué disculparte querida, honestamente no sé porque te lo he dicho. — se sinceró. — Quizás porque es fácil hablar contigo, o porque estoy tan solo que necesitaba decirselo a alguien. No me entiendas mal he estado con mujeres, no soy ningún monje y un hombre tiene sus necesidades, pero ninguna relación seria. No podría. —terminó negando con la cabeza.

— No estás solo Miguel, ya no. —le contestó con ternura.

El hombre le sonrió abatido.

—Dios te oiga y mi hijo me perdone definitivamente.

Alexia lo miró con suspicacia.

—¿Por eso quieres su perdón?. ¿Para no estar solo?.

¡Vaya con mi empleada!. Como siempre dando donde más duele.

Miguel la miró dolido por la pregunta.

—Lo siento si te ha molestado pero, tu hijo y tu nieto me importan mucho y por nada del mundo me gustaría que les volvieran a hacer daño.

¡Así que de verdad le importamos!.

—Y yo no tengo buenos antecedentes, ¿no es cierto?— le preguntó afligido.

La verdad es que no.

Ella no le contestó y él se cruzó de brazos después de suspirar lentamente.

—No lo hago por eso. —le contestó después de pensarse la respuesta. —He cometido muchos errores en mi vida Alexia y el peor de todos fue perder a mi hijo.

— ¿Qué pasó Miguel? —le preguntó con mucho tacto—Si quieres contármelo, claro.

Sí, ¿qué pasó realmente?.

— ¿Qué te ha dicho mi hijo?—le preguntó mirándola fijamente a los ojos.

—Martín tiene su versión y a mí me gustaría saber la tuya. —le contestó con dulzura, pero sin

traicionar lo que él le había confesado.

El actor la miró con gratitud, aun sabiendo que ella seguía sin reparar en su presencia detrás de ellos. Miguel se tomó su tiempo antes de contestar, básicamente porque no sabía cómo empezar, pero sobre todo porque los recuerdos seguían haciéndole mucho daño.

—Cuando me casé con la madre de Martín lo hice profundamente enamorado de ella, era una mujer muy hermosa. —empezó a contarle evidentemente afectado. — Es más, a día de hoy y después de los años y de todo lo que ha pasado, francamente sigo creyendo que ella ha sido y será la mujer de mi vida.

Alexia abrió la boca sorprendida por esa confesión, y él le sonrió abatido al ver la sorpresa en su rostro.

—Es muy patético, ¿no?— le dijo avergonzado —Pero es la verdad. Creo que los hombres Ledesma sufrimos de una maldición, y es que cuando verdaderamente nos enamoramos lo hacemos para siempre.

—No es patético en absoluto, sino todo lo contrario. —le contestó con ternura— Pero si me dejas darte mi opinión, creo que más que una maldición es la terquedad hereditaria. Conozco a tres generaciones Ledesma y puedo dar fe de ello. Cuando se os mete algo en la cabeza no hay quien os haga bajar de la burra. —finalizó bromeando.

Más que nada para aligerar un poco la tensión de esa confidencia de la cual estaba siendo testigo. En ese momento deseó que Martín estuviera allí para oírla él también.

—Puede que tengas razón. — contestó Miguel esbozando una leve sonrisa.

Y giró la cabeza para mirar hacia el frente, mientras volvía a tomar valor para seguir hablando.

—Sea o no por terquedad el caso es que yo la amaba con toda mi alma y hubiera dado mi vida por ella. La adoraba tanto que lo único que quería era que tuviera siempre lo mejor, tanto ella como por supuesto mi hijo, y tratarla como a una reina aunque no pudiera permitírmelo. Los primeros años fueron increíbles, pero después las cosas empezaron a cambiar. El dinero casi nunca nos llegaba, por lo que me busqué un segundo trabajo, y quizás ahí fue donde cometí mi primer error. —suspiró con tristeza.

Martín tenía sentimientos encontrados al igual que su padre. Por una parte quería saber que era exactamente lo que había ocurrido, pero por otro lado los recuerdos eran muy dolorosos.

—Trabajaba tantas horas que empecé a desatender a mi familia, llegaba muchas noches tarde porque las tareas se me acumulaban y teníamos muchas discusiones. Siempre intenté que el tiempo que pasaba con ellos fuera el mejor, pero pareciera que nunca le era suficiente.

El hombre se giró nuevamente hacia ella esbozando una sonrisa afligida.

—Es irónico sabes, porque me recriminaba que casi no me veía y no pasábamos tiempo juntos, pero el dinero que con tanto esfuerzo me ganaba se lo gastaba en caprichos para ella. Y las discusiones que teníamos hacia el final se basaban en que ya no la sacaba de paseo o a cenar como hacían el resto de sus amigas. Durante mucho tiempo me reproché por haberla desatendido, llegando a creer que el único culpable de que nos hubiera abandonado era yo.

—No es cierto. Con todos mis respetos, pero lo que esa mujer hacía era muy egoísta. —murmuró Alexia.

—Yo la amaba tanto que me costó muchos años darme cuenta de eso.

Entonces Miguel se giró nuevamente hacia adelante y trago saliva con fuerza, intentado deshacer el nudo que tenía atorado en la garganta. Y se pasó nerviosamente la mano por el pelo, la misma manía

que tenía su hijo cuando estaba alterado o incómodo.

—Yo me negaba a ver lo que estaba ocurriendo. Pensaba que cuando pasara el tiempo y yo ascendiese en mi empresa, ganaría más dinero por lo que podría dejar el segundo empleo y pasar más tiempo con ellos. Siempre le pedía que tuviera un poco de paciencia, que las cosas se arreglarían...— y con la voz estrangulada comentó —Pero no fue así.

Martín apretó los dientes con fuerza. Cuando todo eso ocurrió él era un niño, pero si recordaba algunas de las discusiones que habían tenido sus padres, y tenía que admitir que el hombre decía la verdad.

—Un día...—Miguel se quedó callado por un momento, intentado parar el dolor que le subía por el pecho.

—No tienes por qué contármelo si no quieres. —le comentó con dulzura mientras le tocaba suavemente el brazo.

Él la observó a través de los ojos empañados por las lágrimas.

—Quiero hacerlo. —le contestó decidido—Necesito hacerlo.

Alexia asintió con la cabeza, mientras encogía las piernas encima de la silla y se las abrazaba con los brazos.

—Un día yo había salido temprano de la oficina porque no me encontraba bien. Había llamado al segundo trabajo para avisarles que no iría, llevaba varios días con gripe y me encontraba fatal. Lo único que quería era llegar a casa y meterme en cama agotado por la fiebre y el cansancio físico, pero cuando llegué a mi hogar me encontré con una desagradable sorpresa.

De repente la mirada de Miguel pasó de ser nostálgica y melancólica a furiosa y amargada. Y se volvió a girar avergonzado por lo que iba a contar, echándose hacia delante apoyando los brazos en sus muslos, intentando ocultar su rostro parcialmente sin ser capaz de sostenerle la mirada.

—La sorpresa fue...—titubeó un momento antes de proseguir— encontrarme a mi mujer en la cama con mi... con mi propio hermano.

¡Dios mío!

Alexia se llevó las manos a la boca para ahogar un grito de sorpresa, estaba tan aturdida que por un segundo no supo qué decir. Miguel había agachado la cabeza abochornado y Martín no daba crédito a lo que había oído. No tenía ni idea de que tuviera un tío, ni de que eso fuera lo que había pasado.

—¿Y qué hiciste? —preguntó, algo confundida porque su jefe no le hubiera contado esa parte.

El hombre empezó a reírse amargamente todavía con la cabeza gacha, mientras los espasmos sacudían sus hombros.

—Estuve a punto de matarlos. —confesó levantando la cabeza mientras las lágrimas caían por su rostro. —¡A los dos!

Todo el dolor, la ira, la amargura que sentía todavía quedó reflejada en esas palabras.

—Ahora le doy gracias a Dios, por el momento de cordura que tuve cuando estaba moliendo a golpes a mi propio hermano mientras ella me gritaba que no le hiciera daño. Y los eché a patadas de mi casa, amenazándoles con que acabaría lo que había empezado si volvía a verlos.

—Pero yo creía que ella os había abandonado.

—Fue lo que le dije a todo el mundo para que nadie se enterara de la verdad, los únicos que sabíamos lo que realmente había ocurrido éramos mi madre y yo. Era menos doloroso decir que me había abandonado, que confesar que me había traicionado con mi propio hermano, sobre todo por mi madre. Ella sufrió mucho con esa vergüenza. Llevaba años sin ver a su hijo el mayor porque se había

ido a trabajar a Brasil, y cuando vuelve comete esa infamia que casi la manda a la tumba. Y en cierta forma no habíamos mentido, porque mi hermano le confesó a mi madre que tenían pensado fugarse los dos juntos antes de que yo los encontrara. Años después me enteré de que se habían ido a Guatemala, y ahora parece ser que ya no están juntos y cada uno hace su vida por separado. Les perdí la pista hace mucho tiempo.

—¿Y tenían pensado llevarse a Martín?.

Él negó con la cabeza mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

—No. Por lo visto les sería un incordio para comenzar una nueva vida juntos. Querían empezar de nuevo y mi hijo no entraba dentro de sus planes.

—¿Y yo?. ¿He sido un incordio para ti?— le preguntó de repente el actor, no aguantándose más la duda que le carcomía el alma.

Miguel se levantó de golpe totalmente sorprendido, y Alexia bajó las piernas mientras se giraba en la silla para confirmar que realmente era él, y para a continuación levantarse ella también.

—¿Cuánto has escuchado?.—le preguntó Miguel atónito por la presencia de su hijo allí.

—Eso ahora no importa papá. —le contestó con una máscara fría en el rostro.

—Hijo es importante...

—¡Lo he escuchado TODO!. —le contestó interrumpiéndole. — Ahora contéstame tú a la pregunta.

¿Qué he sido yo para ti papá?. ¿Una molestia, una decepción...?.

—¡Por supuesto que no!. —exclamó dolido. —Tú siempre has sido lo más importante para mí.

—¡Lo más importante para ti!. No me hagas reír, ¿quieres? —se burló.

— ¡Martín escúchame...!.

—Si hubiera sido lo más importante para ti no me habrías apartado de tu lado. —continuó sin escucharle, lleno de resentimiento. —Me habrías apoyado, me habrías cuidado, me habrías llenado de amor y de cariño...

—Lo sé. —murmuró desolado — Y no sabes cuánto me arrepiento.

El actor se pasó ambas manos por el pelo desesperado. Tenía tanta rabia dentro, tanto dolor... Las heridas sangraban frescas como si no hubiesen pasado los años, como si todo hubiese ocurrido ayer.

—¡Te necesitaba papá!. ¡Te necesitaba tanto! —le confesó consumido por el dolor. —Solo era un niño de ocho años asustado mientras su mundo se hacía pedazos. Y lo único que quería era a mi padre diciéndome que todo saldría bien mientras me abrazaba, asegurándome que él nunca me dejaría, que siempre estaría ahí, amándome. Que me cuidaría y me protegería y qué no me abandonaría como lo había hecho mi madre. ¡Mi propia madre!.

—¡Dios mío!. —masculló Miguel al ver todo el dolor que había causado.

Alexia lloraba emocionada sin saber muy bien que hacer.

—Pero qué fue lo que tú hiciste, ¿eh?. Me apartaste de tu lado porque para ti solo era una molestia, te dolía más el abandono de tu mujer que el dolor que estaba sufriendo tu propio hijo. Ella siempre ha sido más importante que yo, más importante que nadie, yo solo he sido una decepción para ti.

Su padre se tapó la boca para ahogar un sollozo mientras las lágrimas volvían a surcar su rostro angustiado.

—Eso no es cierto. — balbuceó angustiado.

—¡Sí!. ¡Sí lo es!. ¡Y ten el valor por una vez en tu vida de decírmelo a la cara!. —le gritó Martín atormentado. —Ya no soy un niño y puedo soportar la verdad. Siempre me has despreciado y me has culpado a mí de que ella te dejara, y ahora por fin lo entiendo. — y esbozó una sonrisa abatida. —

Tú mismo lo has dicho, ella no me quería. Y si yo no hubiese existido no te habría dejado, no se habría ido.

Se tapó la cara con ambas manos aborreciendo el demostrar a su padre lo mucho que le dolía su rechazo. Pero no le iba a dar el gusto. ¡Antes muerto!. Y lo miró a la cara sabiendo que lo que le iba a decir arruinaría para siempre su relación.

—No sabes cuánto te odio papá. No tienes ni idea. —le escupió cegado por la amargura.

Éste contuvo la respiración al escuchar esas palabras, muriéndose por dentro al comprobar el odio que veía en el rostro de su hijo. Horrorizada al escucharlo Alexia se llevó las manos al corazón, pero sabía que no hablaba él, que era su ira, su miedo, su dolor el que salía de su boca.

Y con los ojos abnegados en lágrimas mientras negaba con la cabeza, asumiendo de una vez por todas que la culpa era solo suya, Martín se enderezó y con la voz rota le dijo a su padre.

—Lo siento papá. Siento mucho el haberte destrozado la vida. —y se giró para marcharse de allí y lamerse las heridas a solas muy lejos de ese lugar.

Ella observaba aterrada como su jefe se marchaba derrotado.

— ¡Martín! —lo llamó.— ¡No te vayas!

Pero él la ignoró por completo y se giró para rogarle a Miguel que hiciera algo.

— ¡Por favor dile lo que sientes!. ¡No dejes que se vaya!. ¡Así no!

El hombre estaba impactado por las palabras de su hijo, mientras la culpabilidad lo atormentaba. Alexia se acercó a él desesperada porque hiciera algo para detenerlo.

—Miguel mírame. —le suplicó sin obtener respuesta.

Ya que la mirada del hombre estaba perdida entre la culpa y el reproche.

— ¡Mírame!. —le gritó. — ¡No entiendes que ninguno de los dos es culpable de nada!. ¡Qué la única que tiene culpa es tu mujer!. Ella es la que se ha ido. Ella ha sido la que os abandonó a los dos. ¡No lo vuelvas a perder Miguel!. ¡Por favor habla con tu hijo!. ¡Martín no siente lo que te ha dicho!. ¡Lo sé, sé que es así!

De repente el hombre enfocó su mirada en ella para recuperar el aplomo, he intentar asimilar lo que le estaba diciendo.

— ¡No pierdas a tu hijo de nuevo!. ¡Lucha por él Miguel!. ¡Recupera a Martín!. ¡Es tu última oportunidad!.—le rogó llorando impotente.

Él apretó los dientes y una mirada de determinación surgió en sus ojos, y contempló como su hijo se alejaba con los hombros hundidos.

— ¡Martín Ledesma Valle ni se te ocurra dar un paso más!. — gritó con contundencia.

Dejando totalmente perpleja a la asistente, ahora ya sabía de quién había sacado el carácter su hijo. El actor se quedó parado sin mover un músculo y sin girarse en ningún momento.

—Entiendo perfectamente que me odies porque yo también lo hago. Y hay algo en lo que tienes razón, y es que no he sido un buen padre. Y he cometido muchos errores en mi vida, pero éste no lo voy a volver a cometer. — y tomando aire le dijo algo que tendría que haberle dicho hacía mucho tiempo. — Te quiero hijo, te quiero con toda mi alma.

Los hombros de Martín empezaron a sacudirse mientras no podía evitar dejar escapar los sollozos, aliviado por las palabras de su padre. Éste se fue acercando a él por detrás, despacio, mientras seguía hablando.

—He sido un imbécil durante todos estos años, pero jamás, escúchame bien, jamás te he echado la culpa a ti por el abandono de tu madre. Tú no tienes ni has tenido nunca la culpa por nada.

Se puso delante del él para mirarlo directamente a los ojos mientras éste seguía llorando roto por dentro.

—Al único al que he despreciado ha sido a mí mismo por no estar a la altura como padre ni como hombre, porque me dejé consumir por el rencor y la amargura. Fui tan egoísta que no me di cuenta de lo mucho que me necesitabas y de lo mucho que yo te necesitaba a ti. Estaba tan ciego por el odio y la ira que no me cabía nada más en mi corazón. No soportaba la idea de que me despreciaras por no saber retener a una mujer a mi lado, y no podía vivir con la traición de tu madre y de mi propio hermano. Mi orgullo estaba tan herido que aparté a lo que más me importaba en mi vida que eras tú, y cuando me di cuenta ya era demasiado tarde. Te había perdido y me hundí más en la autocompasión y el resentimiento, hasta que toqué fondo, hasta que el dolor, la angustia, y el tormento eran lo único que tenía.

Tanto padre como hijo lloraban por todo el sufrimiento que habían soportado.

—He sido un cobarde durante todos estos años, pero no te voy a permitir que pienses que no te quiero porque no es cierto. Te amo Martín, siempre te he amado y siempre te amaré. Y soy el padre más orgulloso del mundo por tenerte como hijo, porque has sabido salir adelante tú solo, y has criado a un nieto adorable como yo nunca he sabido hacer. Nunca has sido un estorbo para mí sino todo lo contrario. Nunca te he merecido hijo, y me moriré con la pena de haberte provocado todo este dolor durante tantos años, y con la esperanza de que algún día me perdones.

Miguel apoyó su mano en el hombro del actor.

—Lo siento hijo, no tienes ni idea de cuanto lo siento. No te pido que olvides todos los errores que he cometido porque eso es imposible, pero te prometo que lucharé lo que me reste de vida para que me perdones y te puedas sentir orgulloso de mí.

—Yo también lo siento papá.

Alexia empezó a llorar y a reír a la vez cuando contempló como padre e hijo se fundían en un abrazo, por fin las barreras entre ellos dos derrumbadas, y los dejó solos mientras seguían hablando. El hijo preguntaba y el padre contestaba a todas y cada una de sus preguntas, dudas y miedos, mientras se perdonaban de corazón e intentaban recuperar esos años perdidos.

Martín se acostó en la cama cansado, pero con una sensación de tranquilidad y consuelo que hacía muchos años que no tenía. Y gran parte de ese logro se lo debía a ella. A Alexia. Estaba tumbado a su lado observando maravillado como dormía. Nunca había entrado en la habitación de sus empleados sin su permiso, pero esa noche necesitaba hacerlo.

Había estado hablando durante horas con su padre haciéndole todo tipo de preguntas, intentado comprender y entender por qué había actuado de esa manera. Y como siempre Alexia había tenido razón. Miguel había sido incapaz de asimilar la traición de la mujer de la que estaba locamente enamorado y menos con su propio hermano. Ahora Martín lo entendía un poco mejor, sobre todo porque cada vez que la imaginaba a ella con otro hombre le hervía la sangre. Pero había tomado una decisión y cada vez creía con más convicción de que era la acertada. Cuanto más tiempo pasara más difícil se le haría el separarse de ella.

De repente la mujer abrió los ojos y se quedó sorprendida al encontrárselo tumbado en su cama. Los dos estaban de costado y se quedaron mirándose uno al otro sin decir nada, hasta que Alexia ya no

pudo soportar más el silencio que había entre los dos

—Hola. —susurró confundida por la intensidad de su mirada.

El actor no dijo nada. Solo la observaba intentado memorizar cada centímetro de su rostro, el color de sus ojos, la forma de su boca, el olor de su piel, de su cabello...

Alexia empezó a sentirse un tanto nerviosa.

—¿Estas bien?.

Martín asintió.

—Solo quería darte las gracias. — dijo al fin.

Ella arrugó un poco el entrecejo extrañada, sentía al hombre diferente, como si algo hubiese cambiado. Las arrugas que tenía al lado de los ojos se habían suavizado, pero la intensidad de su mirada era intimidante.

—Las gracias, ¿por qué?. — le contestó sin comprender.

Él se incorporó un poco acercándose más.

—Por todo. —le contestó.

Para besarla a continuación. Fue un beso arrollador, ansiado, desesperado. Un beso de despedida para que Martín pudiera recordar siempre su sabor, su suavidad, dando y entregando, para recibir con la misma pasión. Y después de unos minutos que al hombre le parecieron muy escasos, paró de devorar esa boca roja y exquisita que tanto lo obsesionaba para apoyar su frente contra la de ella. Mientras su rostro estaba entre sus manos e intentando acallar los latidos atronadores de su corazón y recuperar el aliento, porque sabía que si no paraba ahora no podría hacerlo nunca más.

—Martín. —balbuceó con la respiración entrecortada.

—Chiss. —la acalló con el dedo pulgar encima de sus labios. —Esto no significa nada.

Para ella quizás no pero para él lo significaba todo, pero no quería que ella se enfadara, ni que le reprochara. Quería quedarse con ese recuerdo para siempre, atesorarlo en su mente y en su corazón, y volvió a posar sus labios contra los de ella.

¡Dios!, le costaba la misma vida separarse de Alexia.

Pero tenía que hacerlo, debía de hacerlo. Y con un enorme esfuerzo se levantó de la cama, dejando a la mujer totalmente desconcertada, y antes de salir por la puerta se volvió hacia ella para decirle.

—Mañana antes de desayunar reúnete conmigo en el despacho. Necesito hablar contigo.

Y se fue.

Capítulo 26

Alexia llevaba un buen rato en el despacho de Martín esperando por él. Se había quedado muy intrigada por el comportamiento tan extraño que había tenido la noche anterior, y seguía preguntándose qué era lo que tenía que decirle. Volvió a mirar su reloj por quinta vez, si no llegaba enseguida se les iba a hacer muy tarde. De repente Sole introdujo su cabeza por la puerta anunciándole que fuera directa al comedor a desayunar, porque el *patrón* la esperaba allí. Salió de la habitación bufando y quejándose de que había estado perdiendo el tiempo mientras esperaba por él, para ni tan siquiera dignarse a avisarle con antelación de que no iba a aparecer por el despacho.

—Siento el haberte hecho esperar, pero me quedé dormido y se me ha hecho tarde. —se disculpó con ella cuando se sentó a la mesa, aunque de una forma muy seca y cortante.

—No pasa nada.

¿Qué le iba a decir?. Se había disculpado y era el jefe por lo tanto no le quedaba más remedio que acatar y callar.

—¿Dónde está Lucas?.

—Pedro ya se lo ha llevado al colegio.

—Ya.

Se sirvió un zumo de papaya y estaba a punto de atacarle a los huevos revueltos, cuando volvió a mirar el reloj y se percató de que era tardísimo. Se bebió el vaso de un tirón y agarró dos tostadas, una con la boca y otra con la mano sin mermelada ni mantequilla, mientras se levantaba de la mesa.

—Es mejor que nos vayamos ya o no llegamos a la entrevista.

El actor echó una ojeada a su reloj y se dio cuenta de que tenía razón, así que se acabó su café y se levantó de la silla mientras se vestía su chaqueta vaquera. Y al mismo tiempo que Alexia agarraba su portátil y el bolso, Sole le guardó en una servilleta de papel un croissant y una manzana para que se los fuera comiendo por el camino.

Mientras iban en el coche dirección a la emisora de radio que era donde su jefe iba a conceder una entrevista, le hizo la pregunta que llevaba tiempo rondando por su cabeza.

—¿Qué era eso tan importante que tenías que decirme esta mañana?.

Martín le echó una breve ojeada mientras conducía.

—Yo no dije que fuera importante.

—Supongo que tenía que serlo, si te tomaste la molestia de despertarme por la noche para decirme que querías habla conmigo, ¿no?.

—Este no es ni el momento ni el lugar. Ya hablaremos sobre eso, pero no ahora.

—Está bien. —murmuró fastidiada porque la iba a dejar con la intriga.

Se quedó callada unos segundos para preguntar de nuevo.

—Pero, ¿no me puedes adelantar nada?.

—Alexia...

—Vale, vale.

Él la volvió a mirar brevemente, no muy seguro de cómo le iba a dar la mala noticia. Se había pasado gran parte de la noche dándole vueltas al asunto hasta que el sueño lo venció. Y esa mañana no se había quedado dormido, sino que todavía seguía pensando en la mejor manera de decirle que ya no iba a necesitar sus servicios, y había postergado tanto el dilema que se le había hecho tarde.

—¿Hoy tienes muchas escenas que grabar?.

—Pues no lo sé, ¿por qué?. —le preguntó mientras giraba a la derecha para incorporarse a otra calle.

—Por nada, simple curiosidad.

—¿Simple curiosidad?.

Ella no pudo responderle porque justo en ese momento recibió una llamada, que por cierto le vino que ni pintada, porque no quería explicarle que la pregunta que le había formulado era para saber si saldrían pronto del foro. Porque si le revelaba esa información, tendría que confesarle que era para quedar con Roberto, ya que le había prometido que esa semana saldrían a cenar para *hablar*. Y no es que le apeteciera mucho, pero tenía que acabar con esa situación.

La mañana pasó volando y cuando se dieron cuenta ya estaban en el set grabando. Esther se acercó a la asistente para preguntarle si todo iba bien, ya que había notado a Martín muy seco y tirante con ella, y ésta le mintió cuando le contestó que todo iba de maravilla.

—¿Estás segura?.— le volvió a preguntar su amiga preocupada. —Ya os noté raros ayer en la comida.

¿Y qué podía decirle?. Que estaba locamente enamorada de su jefe pero que no podían estar juntos. Que lo había rechazado y que desde esa él estaba molesto con ella, y que por supuesto no podía echárselo en cara. Aunque pensándolo mejor no tendría por qué estar tan enfadado, ya que no le había costado nada encontrar a una mujer mucho más guapa e interesante que ella. Y no contento con eso, se la había restregado por la cara invitándola a comer y a cenar, dándole a entender lo que le confirmó más tarde en su cama. Que Alexia no significaba nada para él. Quizás si alguien tenía que estar indignada era ella, ¿no?. Pero, ¿a quién quería engañar?. No podía molestarse por algo que nunca había existido. Aunque le escamase cada vez que lo recordaba abrazado a la modelo, o le rompiese el corazón cuando lo viera besarse con otra mujer. Pero tendría que empezar a acostumbrarse, porque de lo que estaba segura es que detrás de esa vendrían más, muchas más.

—Bueno ya sabes cómo es, terco como una mula. Y quizás tuvimos una pequeña discusión el otro día, pero ya se le pasará.

—No sería una discusión producida la última noche en el hotel en Telchac, ¿no?.

Alexia se quedó blanca sin saber muy bien cómo reaccionar. Observó a su amiga más detenidamente, para indagar en su expresión si sabía algo de lo ocurrido esa noche entre ella y Martín. Pero Esther era una buena actriz y no dejó vislumbrar nada en su rostro, por lo que dedujo que había sido un comentario al azar.

—No, para nada. —comentó intentando no darle importancia. —Fue una tontería en casa. Me vio ayudando a Tina a limpiar el polvo, y ahora me sale con que no quiere que haga ese tipo de trabajo porque no me paga para hacerlo.

La actriz sabía que su amiga no estaba contándole toda la verdad y ella no podía hacer nada. Y no hizo nada tampoco, cuando Alexia cambió de tema para desviar la conversación hacia una dirección menos dolorosa.

Roberto se acercó a ella un poco más tarde y la abrazó como si hiciera una vida que no la hubiera visto.

—Umm te he echado de menos. —le confesó al oído estrechando más el apretón.

Alexia esbozó una sonrisa afligida al saber que en breve esa muestra de cariño ya no volvería a sucederse, perdería a un gran amigo y eso la entristecía enormemente. Rezaba porque eso no sucediese y Roberto se tomara con deportividad su rechazo, pero sinceramente lo dudaba mucho. ¿Quién le iba a decir a ella hace unos meses que en tan breve espacio de tiempo habría rechazo a dos portentos de hombres?. Por diferentes motivos, cierto, pero si se lo contara a su hermana no se lo creería. Es más, tampoco se imaginaría la mitad de las cosas que le habían pasado desde que llegara a México, ¿y cómo iba a hacerlo si a ella misma le costaba hacerlo?.

Y menos mal que no se percató de la mirada asesina que su jefe les lanzó, cuando contempló las demostraciones amorosas y evidentemente públicas de su compañero. Martín estuvo a un pelo de saltar encima de Roberto para partirle la cara, pero se pudo controlar en el último momento. Era irónico que siendo actor como era el tema de los celos debería de tenerlos más que controlados, ya que por su profesión sabía que tenía que besarse con mujeres por las que no sentía absolutamente nada, incluso podrían hasta desagradarle. Y había tenido anteriormente parejas actrices a las que había visto en actitud más que cariñosa con otros hombres por exigencias del guion, y nunca había pasado nada, porque él como actor lo entendía y comprendía. Pero el caso es que su empleada no era actriz, y lo que él sentía tampoco eran celos, era rabia y frustración y....y... Bueno quizás no tenía muy claro lo que sentía, pero esto no hacía más que constatar que lo mejor era dejar fuera de su vida a Alexia. Era la única solución. Ahora lo que tenía que hacer era que encontrar la manera y el mejor momento para hacerlo.

—¿Podemos quedar para esta noche?—le preguntó su amigo esperanzado.

La asistente suspiró apenada.

—No lo sé.

—No me estarás dando largas nuevamente, ¿no?—le recriminó mirándola con recelo.

—No, claro que no, pero no sé a qué hora voy a acabar.

—¡Bueno esto es el colmo!—soltó frustrado. —Ese hombre te hace trabajar como una esclava de sol a sol, y ni tan siquiera tienes unas pocas horas para divertirme cuando te dé la gana.

—Chsss, baja la voz, ¿quieres?—le rogó. — Es mi jefe y yo acepté esos términos cuando firmé el contrato. —terminó diciéndole, mientras buscaba con la mirada a Martín para asegurarse de que no les hubiera escuchado.

—¡Pues déjalo!, vente a trabajar conmigo. Te doblo el sueldo, y te puedo asegurar que saldrás ganando más si trabajas para mí. —le ofreció muy serio.

Alexia puso los ojos en blanco.

—Tú no necesitas a ninguna asistente.

—Tienes razón no necesito a ninguna asistente pero te necesito a ti.

Se quedó callada unos segundos mientras el rubor le subía por la cara totalmente mortificada.

—Roberto yo...

Él bajó la mirada también un poco avergonzado por su abrupta declaración.

—Olvida lo que te he dicho de momento. Este no es el lugar ni las circunstancias que yo había planeado para mantener esta conversación. Así que habla con tu jefe y después me dices cuando podemos quedar.

Y se fue bruscamente dejándola sola y apenada por la conversación que tendrían que mantener.

Si durante el día Martín había estado tosco con ella, en esos momentos estaba insoportable, por lo cual Alexia no se había decidido a preguntarle nada. Estaba intentando ser paciente con él. Se sentía culpable por lo que había pasado entre los dos, y también quería excusarlo por todo el impacto que había sufrido la noche anterior con su padre. Entendía que últimamente no habían sido unos días muy buenos para él, pero francamente la paciencia se le estaba empezando a agotar. Y el remate final fue cuando Pedro la vino a buscar para llevarla a casa porque él había quedado, y se fue sin dar mayor explicación.

Pero la aclaración la tendría al día siguiente, cuando nada más conectar el portátil empezó a ver una cantidad exagerada de emails preguntando todos lo mismo. Qué confirmara, si la relación de su jefe con una famosa actriz colombiana que estaba promocionando una campaña publicitaria en México era cierta. Una tal María Isabel. Y cuando Alexia buscó información de la mujer en Internet se quedó con la boca abierta. Por lo visto la noche anterior se les había visto muy juntos cenando en un famoso restaurante de la ciudad, para después ir a bailar a un garito que estaba muy de moda. La actriz era increíblemente guapa. Alta, con un cuerpo de escándalo, operado eso sí, pero de escándalo, una brillante y espesa melena castaña hasta casi la cintura y los ojos de un extraño pero increíble color miel. La mujer era impresionante y por un momento a ella se le vino el mundo abajo.

Pero cuando lo vio llegar y sentarse en la mesa del desayuno, ojeroso y con aspecto de cansado no le dio pena ninguna.

—¡Buenos días!.—lo saludó educadamente.

—¡Buenos días *papito*!.—lo saludó también Lucas.

Él le respondió con un gesto de cabeza a ella y se inclinó para besar en la coronilla al niño.

—¡Buenos días hijo!.

Bueno era evidente que todavía estaba enfadado con ella y puso los ojos en blanco.

—Tengo que consultar varias cosas contigo, ¿quieres hacerlo aquí o en tu despacho?.

—Aquí está bien. —le contestó después de beber un poco de zumo de sandía.

—De acuerdo. —le confirmó mientras lo observaba con interés.

La jugra de esa noche debió de ser buena porque sinceramente el actor no tenía buen aspecto, pero Alexia despejó las imágenes que le venían a su mente sacudiendo la cabeza, ya que ninguna de ellas era agradable para ella. E inspirando profundamente empezó a contarle sobre varios proyectos que le estaban proponiendo y a los que tenía que dar alguna contestación, siendo interrumpidos de vez en cuando por el niño. Durante ese tiempo Pedro apareció para llevarse a Lucas al colegio, y después de despedirse de él con abrazos y besos cariñosos siguieron discutiendo sobre trabajo.

—Y ahora —le dijo después de ponerse de acuerdo sobre los asuntos meramente laborables. — si quieres puedes contarme de lo que querías hablar ayer en el despacho. —le comentó muy intrigada por el contenido de esa conversación.

Martín expulsó un fuerte suspiro y se reclinó en la silla mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—En estos momentos no me apetece hablar del tema. —le contestó sin darle mayor explicación.

Y era cierto. Seguía dándole vueltas al asunto y todavía no había llegado a una forma de atajarlo, o quizás lo mejor era admitir que le estaba dando largas y punto. Porque era algo muy sencillo que había estado ensayando en su cabeza durante todo el día de ayer y del anterior, pero que no era capaz de llevar a cabo. Porque una cosa era imaginarlo y otra muy distinta el hacerlo. Tan difícil le estaba

resultando que no podía ni mirarla a la cara, y como podía hacerlo si cada vez que pensaba en hablar con ella sentía como le clavaban cuchillos en el pecho. Si cada vez que la miraba en lo único en que pensaba era en comérsela a besos hasta dejarla sin aliento. Esa mujer se le había metido debajo de la piel, y por mucho que lo intentase no era capaz de quitársela de la cabeza.

¡Dios, esto estaba acabando con él!

—Pero...

—Ahora no Alexia. —contestó tajante.

—¡Bien!—respondió molesta, reclinándose ella también en la silla y cruzándose de brazos. —Pues sigamos con el siguiente punto del día. Me están preguntando todos los periodistas del país, y eso que todavía no he encendido el teléfono, para que les confirme si es cierto que tienes una relación con una tal María Isabel. ¿Qué les contesto?.

—Sin comentarios.

—Sabes que con eso no se van a quedar contentos, ¿podrías ser más específico?— inquirió empezando a perder la paciencia.

Primero la dejaba sin saber qué era eso tan importante que le quería decir, y ahora tampoco le aclaraba si esa mujer significaba algo para él o no. Ese hombre era desesperante.

—Ese es tu problema. Solúcionalo, para eso te pago. — le contestó cortante mientras se frotaba la frente.

Martín estaba empezando a sentir un fuerte dolor de cabeza producido por la tensión acumulada y las pocas horas de sueño.

—¿Por qué los famosos tenéis que complicarlo todo tanto?— estalló Alexia por fin. —Porque para mí es muy fácil. Es tan sencillo como decir; solo somos amigos, o solo somos amigos con derecho a roce, o también solo es un rollo de una noche, o se me insinuó y me acosté con ella porque me apetecía, o...No sé cualquier cosa menos, ¡sin comentarios!. Hay infinidad de maneras de definir una relación, pero no, vosotros tenéis que hacerlo más enigmático diciendo algo sin decir nada. Porque, ¿qué significa sin comentarios?. Eso no significa nada, y por supuesto aclara menos y la que se tiene que comer el marrón soy yo.

Cuando acabó su discurso tomando aire por la efusividad con el que lo había soltado, se ruborizó hasta las cejas al notar como la miraba. La estaba taladrando con esos fascinantes ojos verdes, y se recriminó mentalmente por ese absurdo ataque de celos que había tenido. Sobre todo delante de él.

— ¿Quieres que te explique qué significa sin comentarios?—masculló él con los dientes apretados.

Alexia ya no tenía escapatoria, no después de la que había montado, así que asintió levemente.

—Sin comentarios significa, ¡qué no es de tu maldita incumbencia!—siseó furioso. — Ya sería lo que me faltaba si tuviera que darle explicaciones de mi vida a la prensa. Pero, ¡tú misma!, si quieres puedes decírselo con esas mismas palabras. ¡¿Te ha quedado claro?!

—Cristalino.

—¡Perfecto!.

—¡Genial!.

—Siempre tienes que decir la última palabra, ¿no es cierto?.

La asistente levantó una ceja y no pudo evitar una leve mueca divertida al decir.

—No.

Y Martín bufó, alzando los ojos al cielo y pidiendo paciencia mentalmente mientras se masajeaba las sienes con ambas manos.

— Dios mío!, en mi vida he conocido a una mujer más exasperante, más terca, más...

—Bla, bla, bla ...—le contestó abriendo y cerrando la mano varias veces. —Ya sabemos todos lo que piensas de mí. Soy lo peor.

Y se levantó de la mesa porque ya se tenían que preparar para marcharse.

—Y por cierto, el último punto del día es que esta noche me la tomo libre.

—¿Cómo?—preguntó perplejo por la osadía.

—Lo que has oído.

—¡De eso nada!.

—No te lo estaba preguntando, solo te informaba. —le soltó mientras se estaba marchando.

—¿Para qué quieres la noche libre?.

Y Alexia se paró en la puerta del comedor y lentamente se giró para mostrarle una brillante sonrisa.

—¡Sin comentarios!.

Y se marchó dejándolo con la boca abierta por la impertinencia que había soltado. Y mientras el hombre sacudía la cabeza, tuvo que admitir que pese a lo irritante que era su empleada estaba claro que con ella nunca se aburría.

¡Maldita sea!. ¿Para qué demonios quería la noche libre?.

Y salió disparado detrás de ella, para pararse en seco en medio del pasillo mientras contemplaba como la mujer contoneaba las caderas al andar. Alexia llevaba un vestido negro ajustado y con mangas francesas, marcando las curvas que las mujeres demasiado delgadas matarían por tener, pero que tenían que sacrificar para estar tan esbeltas. Y lo complementaba con un par de zapatos negros de plataforma. Y el toque de color que rompía con el atuendo tan oscuro, eran un enorme collar de cristal de color naranja a juego con un cinturón ancho que ocultaba un poco la barriguita que tenía. Logrando que se viera increíble.

Martín no quiso ni imaginarse que ropa interior llevaría debajo de esa vestimenta, por lo que la detuvo agarrándola del brazo y acorralándola contra la pared.

Tenía su cuerpo pegado al suyo con los brazos apoyados a cada lado de su cabeza, y mientras clavaba su mirada en la de ella le preguntó;

—¿Por qué quieres la noche libre?.

Ella tragó saliva al tenerlo tan cerca. Podía oler su loción y sentir el calor de su cuerpo como le quemaba las manos que tenía apoyadas en su pecho, a modo de parapeto para que no se acercara más.

—Eso no es algo de tu incumbencia. —le contestó casi en un susurro.

El actor se perdió en sus ojos intentando descifrar lo que pensaba.

—¿Con quién vas a salir?— volvió a preguntar, haciendo caso omiso de lo que le acababa de decir y bajando su mirada hacia sus labios entreabiertos.

Alexia se los mojó con la lengua inconscientemente, mientras bajaba su mirada también hacia los de él, ya que se le estaba secando la boca solo de pensar en volver a besarlo.

—¿Acaso te pregunto yo sobre tus citas?. —murmuró sin poder quitar la vista de su boca.

—No es lo mismo. —le contestó éste, haciendo verdaderos esfuerzos por no besarla.

—Por supuesto que es lo mismo.

A ella el corazón le retumbaba en sus oídos de lo fuerte que latía, mientras millones de escalofríos recorrían los dedos de sus manos al contacto con el cuerpo de él.

—Yo soy tu jefe.

¡Virgen Santa!

Martín estaba totalmente duro. Esa mujer lo trastornaba como no lo había hecho ninguna otra. Cuando había invitado a Fiorella a cenar, no solo lo había hecho como despecho para demostrarle a Alexia que no le importaba su rechazo, sino porque como muy bien dice el refrán, un clavo saca a otro clavo. Y la salida de la noche anterior con la actriz había sido exactamente por lo mismo, quería probarse a sí mismo que podía estar con quien quisiera. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando ninguna de las dos le había provocado nada. Por lo menos nada comparado a esto. Y lo peor de todo eran esas dos noches de falta de sueño para constatar lo ya evidente.

—¿Vamos a mantener esta discusión todos los días?. —balbuceó ella con la respiración entrecortada.

Tenía que apartarlo de ella, tenía que dejar de ansiar que la besara. Nada de eso le reportaba nada bueno, lo único que conseguía era que todo fuera más difícil... más complicado. Pero en esos momentos no tenía fuerzas suficientes para hacerlo. No podía. Simplemente no podía, aunque su vida dependiera de ello.

—Quizás así te entraría dentro de esa terca cabecita tuya. —le contestó, sin apartar sus ojos de esos sexys y apetecibles labios rojos.

Y mientras le iba diciendo esto, él empezó a bajar despacio la cabeza para hacer lo único que deseaba hacer con toda su alma, que era... besarla.

—*¡Patrón!*.—lo llamó Sole desde el otro lado de la casa.

Consiguiendo que los dos se dieran cuenta de lo que había estado a punto de pasar y se separaran al instante.

Cuando la cocinera los encontró segundos después, tanto Martín como Alexia intentaban disimular lo incómodos que se encontraban en esa situación. El actor se pasaba la mano por el pelo molesto por lo que había estado a punto de suceder, maldiciéndose mentalmente por lo débil que era con ella. Y la asistente se bajaba la manga del vestido avergonzada, intentando taparse el brazo hasta la muñeca, algo a todas luces imposible. Por supuesto Sole que de tonta no tenía un pelo, se dio perfecta cuenta de que algo había sucedido entre los dos. Y mientras miraba a uno y a otro alternativamente con una sonrisa cómplice en su rostro, consiguiendo que Alexia pusiera los ojos en blanco, le pidió a Martín que antes de que se fuera le diera dinero para hacer la compra semanal. Después de que el actor sacara el efectivo de la caja fuerte y se lo entregara a su empleada, y de que la asistente recogiera sus enseres de trabajo, se subieron al coche sin mediar palabra. Solo se dirigió a ella un instante antes de entrar en la zona de vestuario en el foro de grabación, hablándole otra vez de forma fría y distante.

—Podrás tener la noche libre única y exclusivamente si salimos temprano de grabar.

Y dicho esto se encaminó hacia donde estaba Mauro para escoger la ropa que se pondría en ese capítulo, no dándole la opción de replicar. Ya se encargaría él de que acabaran tarde, muy tarde.

Y efectivamente, cuando terminaron esa noche de grabar ya se habían ido casi todos. Ese día, ya mucho después de acabar de rodar las escenas que le tocaban, el actor se dedicó a hablar con los guionistas y los productores para enseñarles algunas ideas que tenía sobre su personaje. Consiguiendo con ello una discusión de varias horas sobre los pros y los contras de los cambios que quería darle al protagonista de la novela. Así que cuando salieron de allí ya era avanzada la noche, con el consiguiente enfado de Roberto por no poder nuevamente cenar con ella, ya que se había ido frustrado a casa hacía mucho tiempo. Y con el mosqueo de Alexia al dejarla Martín por segunda noche consecutiva en casa, mientras éste volvía a salir otra vez a saber con quién. Aunque Alexia

podría afirmar con rotundidad que al día siguiente se enteraría.

Como así fue.

—Supongo que el discurso de hoy será el mismo que el de ayer, ¿no?—le preguntó molesta.

El actor acababa de sentarse a la mesa del desayuno y después de ahogar un bostezo le contestó a su empleada confundido.

—Disculpa, pero no entiendo lo que me quieres decir.

Ella miró furiosa como atacaba a un plato de frutas recién cortado para después beber un sorbo de su café. En cuanto encendió el portátil, volvió a recibir nuevamente los emails de los periodistas para que le confirmara, si estaba saliendo con una conductora de un conocido programa de televisión mexicano con la que se había visto la noche anterior.

—Perdóneme usted, pero claro son tantas cosas las que tiene en la cabeza que es lógico que no se acuerde. —le contestó mordazmente.

Intentando morderse la lengua para no espetarle todo lo que pensaba sobre él en ese mismo momento.

—Me refiero, ¿a si le tengo que decir lo mismo a todos los periodistas que me llamen preguntado si tienes una relación con...? Espera, es que son tantas ya que no me acuerdo de todas. ¿Cómo era que se llamaba esta...?. Umm... ¿qué más da?, ¿importa acaso?.

—Quieres controlar lo que dices delante de mi hijo, por favor. —le susurró amonestándola.

Alexia se quedó mortificada al darse cuenta de lo que había comentado delante de Lucas, aunque éste estaba más interesado en su coche de juguete que de la conversación que estaban manteniendo los mayores.

Martín esbozó una pequeña sonrisa divertida. ¿Podría ser que su empleada estuviera celosa?.

—¿Te parece gracioso?—le preguntó cada vez más cabreada.

—No, en absoluto.

Y siguió desayunando como si no pasara nada, consiguiendo exasperarla. Después de unos minutos, en los que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no saltar delante del niño le preguntó.

—¿Me vas a contestar?.

—¡Oh, lo siento!. Pero, ¿es que no he entendido la pregunta?—le comentó como si no tuviera ni la más remota idea de lo que le estaba hablando.

Ella resopló enfadada. No sabía que era lo que más le molestaba, si no saber realmente si estaba burlándose de ella, o qué no pudiese evitar ese ataque de resentimiento por no poder olvidarlo tan fácilmente como él lo había hecho con ella.

—¡Sin comentarios!.—siseó rabiosa.

—¡Ah, era eso!. Pues sí, por supuesto, ¡sin comentarios!.

—¡Muy bien!.

El actor observó cómo posaba el tenedor en su plato de frutas recién cortadas para cruzarse de brazos enfurruñada.

—¿No vas a seguir comiendo?.

—Se me ha quitado el hambre.

Él no dijo nada y siguió desayunando tranquilamente.

—Sobre esa conversación pendiente...

— ¡Jesús!, cuando quieres eres un rato pesada. —la interrumpió molesto. — Olvídate de esa conversación, ¿de acuerdo?. Era una tontería y no tengo nada que decirte al respecto.

Se percató de cómo lo miraba extrañada sin creerse en absoluto lo que le había dicho, rezando

porque no siguiera con el tema y lo olvidara de una buena vez. Pues era cierto, ya había tomado una decisión. Y si quería seguir con su vida, tenía que agarrar al toro por los cuernos y rehacerla con otra mujer pero con Alexia junto a él. Era la única forma de estar completamente seguro de que podía pasar página si en algún momento de su vida estaba con otra persona. Si no se pasaría el resto de su existencia cuestionándose que hubiera pasado si no la hubiera despedido, preguntándose si quizás ella habría sido la mujer de su vida. Y esto no demostraba que estuviese enamorado de Alexia, para nada, lo único que significaba era hasta donde había llegado su grado de obsesión por ella. Tras lo cual, después de pensarlo mucho había llegado a la conclusión de que era su mejor opción, pues mataría dos pájaros de un tiro, reharía su vida completamente seguro y se demostraría que podía olvidarla como a cualquier otra antes que a ella. Aunque le costara la misma vida. Y para eso tenía que seguir haciendo lo que hasta ahora, conocer a otras mujeres con las que poder olvidar a su exasperante empleada, y tener la mente ocupada en otra persona para que no volviera a ocurrir lo de ayer.

—¡Genial!.—respondió cada vez más enfadada. —Pues te informo para que después no te sorprendas, que esta noche sí o sí me la tomo libre. Y me da igual a qué hora termines, yo a las ocho de la noche me planto. Y si crees que no me di cuenta de lo que hiciste ayer estás totalmente equivocado.

—Yo ayer no hice nada. —le espetó empezando a enervarse él también.

—¡JA!.—le soltó mirándole fijamente a los ojos. — Pero, ¿sabes qué?, me da igual, date por enterado.

Y ojeó su reloj para a continuación levantarse de la mesa y decirle;

—Con tu permiso voy a recoger mis cosas porque ya se nos está haciendo tarde.

Y se marchó de la habitación dejando al actor furioso y frustrado a la vez. Porque ahora, ¿qué iba a hacer?. ¿Qué excusa se iba a inventar para que no saliera esa noche con otra persona?.

—¡Maldita sea!.

Y miró a su hijo que a la vez lo estaba observando con los ojos muy abiertos.

—¿Papi?.

—Dime campeón.

—¿Alex y tú sois novios?.

Al actor casi le da un síncope cuando escuchó la pregunta de su hijo, y después de unos segundos de desconcierto le contestó;

—¡Claro que no Lucas!. ¡No digas tonterías!.

—Pues a mí me gustaría que fuera mi mamá.

Y ahora, ¿qué le respondía a eso?. ¿Cómo podía explicarle algo tan complicado a un niño tan pequeño?. Y durante un minuto se estrujó los sesos intentando pensar en la manera más fácil de aclararle la situación para que la entendiera, y por fin decidió que solo podía hacer lo que un padre responsable tenía que hacer.

—¡Pedro!.—gritó llamándolo a todo pulmón.—¡Pedro!.—volvió a vociferar desesperado.—¿Dónde demonios estás?.

—Estoy aquí *patrón*.— le contestó el hombre jadeando al aparecer casi corriendo en la estancia.

—¿Por qué has tardado tanto?.—le preguntó molesto por la tardanza.

Y sin darle tiempo a responder le ordenó.

—Llévate a Lucas al colegio porque se le está haciendo tarde.

Y después de que el niño y el empleado salieran desconcertados del comedor, el actor con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, intentaba recuperarse de lo que seguramente era el peor momento que había pasado en su vida.

Martín estaba grabando en esos momentos, así que Alexia decidió ir a buscarse un café para ella, y cuando estaba pasando por la zona de los camerinos, Roberto la agarró por la cintura para abrir la puerta del suyo y hacerla entrar dentro.

—Pero, ¿qué estás haciendo?—le preguntó sorprendida mientras el actor cerraba la puerta.

Y se giró hacia ella para agarrar su cara entre sus manos y decirle antes de besarla.

—¿Tú qué crees?.

Estaba tan impresionada que en un primer instante no supo cómo reaccionar, mientras el hombre bajó una mano a su cintura para acercarla más a él.

—¡Dios mío, como he deseado que llegara este momento!—le susurró en su labios, para volver a atacarla de nuevo.

Alexia intentó protestar apartándole de ella con ambas manos.

—Roberto... espera...

—No puedo Alex, llevo demasiado tiempo deseando decirte lo mucho que me gustas. —confesó, mientras le besaba el cuello para volver nuevamente a su boca.

La mujer intentó contenerlo pero le estaba resultando imposible, él era más fuerte que ella.

—Roberto... escucha...

Pero el actor seguía inmerso en su ataque.

—¡Eres preciosa Alexia!—seguía susurrándole entre beso y beso.— ¡Y me vuelves loco!.

—¡No sigas...!— esta vez lo estaba empujando más fuerte.

No quería ser brusca con él pero no le estaba dejando otra opción.

—¡Roberto... por favor...! ¡Para!.

El hombre por fin se detuvo para mirarla confundido y ella no fue capaz de sostenerle la mirada, pero aprovechó ese momento para separarse de él.

—¿Qué pasa?. ¿Te he hecho daño?—preguntó preocupado. —¡Lo siento!. Pero llevo con tantas ganas de tenerte en mis brazos que creo que me he dejado llevar un poco.

Se mordió el labio afligida por lo que estaba escuchando. Se imaginaba que ese momento iba a ser duro, pero... ¡Dios, se quería morir!. ¿Cómo podías decirle a alguien que te importaba mucho que no sentías lo mismo por él pero sin hacerle daño?. Era imposible.

—¡Lo siento!—exclamó, estirando los brazos para parar su avance cuando vio que se acercaba a ella de nuevo. —No quiero hacerte daño Roberto, de verdad que no.

Él arrugó el ceño desconcertado y la asistente se dio la vuelta cobardemente para no mirarle a la cara.

—Pero me duele enormemente decirte que no siento lo mismo que tú.

—Pero...—el actor estaba perplejo por sus palabras. — Yo pensé que te gustaba, sobre todo después de lo que te dije ayer...

—¡Perdóname!. Debí de ser más clara contigo.

—¡Pues sí!—le recriminó dolido. — Sobre todo después de aceptar salir a cenar en Telchac

conmigo, o cuando fuimos a la obra de teatro.

—¡Eso es injusto!. — le contestó dándose la vuelta para intentar defenderse. —En ese momento te dejé muy claro que solo salíamos como amigos.

—¡Pero tú sabías lo que yo sentía por ti!.—y de repente cayó en la cuenta.— Por eso me evitabas y me dabas largas, ¿no?. ¡Claro!, ¡pero qué tonto he sido!.

Alexia negaba con la cabeza entristecida por sus reproches, pero sin ser capaz de decirle nada al ver el dolor reflejado en sus ojos.

—Lo siento Roberto.

Y fue él el que se giró esta vez para darle una patada a la puerta cabreado, haciendo que ella se sobresaltara por el golpe.

—Roberto...

—Ahora lo entiendo. —le dijo con rencor dirigiéndose a ella de nuevo. —En el fondo eres igual que todas las demás.

Lo miró sin entender a qué se refería.

—¿Por qué te va a interesar el actor secundario cuando puedes conseguir al protagonista?, ¿no es cierto?.

—Eso no es verdad, y si realmente piensas eso de mi es que no me conoces en absoluto.

—¿Qué no es verdad?.—le increpó furioso. —¿Crees que no me he dado cuenta de cómo os miráis?.

¿Me tomas por tonto?.

—Sé que estás enfadado pero...

Él empezó a reírse para burlarse a continuación.

—Francamente Alexia creía que eras más inteligente. Que sepas que solo eres una novedad para él, en cuanto dejes de ser su juguete nuevo te desechará como a las demás, ¿no lo entiendes?.

—le escupió para hacerle daño.

Y lo estaba consiguiendo. Porque una cosa era que se lo dijera ella misma para intentar no caer en la tentación, pero muy distinto era que otra persona se lo confirmara.

— Y no sabía que estabais juntos, sino en la vida se me habría ocurrido decirte nada. Espero que seáis muy felices.... El tiempo que os dure. —le dijo con sarcasmo, sacando una conclusión errónea.

—Estás equivocado Roberto, yo no estoy con Martín... no estoy con nadie.

El actor se cruzó de brazos mientras la miraba fijamente.

—¡Pobre Alexia!. Así que tu jefe te tiene escondida para que nadie se entere de vuestra relación.— insinuó con desdén.— ¿Acaso se avergüenza de ti?.

Cerró los ojos dolida por sus palabras, recordando que le había sucedido eso mismo hacía menos de un año.

—¿Por eso se está dejando ver con otras mujeres?.—continuó.— ¿Para desviar las sospechas de ti?.

¿Es eso lo que él te dice?. ¿Qué lo hace porque es lo mejor para los dos?.

Alexia no respondió, lo único que hizo fue darse la vuelta para que él no mirara lo mucho que la estaba lastimando.

—Pues déjame decirte que te está mintiendo.—y se rio irónicamente.— El mismo Martín me confesó que no sentía nada por ti.

—¿Qué?!.—le preguntó sorprendida cuando sus miradas se encontraron a través del espejo del camerino.

—Sí querida.—le confirmo con desprecio, para que se diera cuenta de a quién había escogido.— Me

lo dijo cuando tuvimos una conversación en el hotel confesándole lo que yo sentía hacia ti. Él sabía perfectamente lo que yo iba a hacer, por eso no comprendí en aquel momento porque se presentó en el restaurante aquella noche. Pero ahora lo entiendo, ya que está claro que te quería para él solito. Pero ten cuidado cielo, porque tu querido Martín me acusó de algo que él también es, de ser un mujeriego empedernido y querer jugar contigo. Algo que evidentemente está haciendo ahora mismo. Alexia empezaba a comprender algunas cosas también, como el empecinamiento de su jefe con Roberto, diciéndole que no quería que su amigo le hiciera daño. Por eso estaba empeñado en insinuarle que el actor sentía algo por ella cuando lo negaba rotundamente, porque él lo sabía de primera mano y no le había dicho nada, y lo escudaba todo diciendo que estaba preocupado por ella. —Sin embargo déjame decirte que a mí me gustabas de verdad Alex. —continuó.—Estaba dispuesto a intentar mantener contigo una relación estable. Es una pena que te hayas enamorado del hombre equivocado.

Ella intentado digerir lo que le había dicho y se giró hacia él para levantar el mentón orgullosamente. —Pues déjame aclararte ahora a ti algo sobre lo que estás completamente equivocado.—y se acercó a él clavándole los ojos.—Lo que te dije aquella noche en el hotel es totalmente cierto, y te lo vuelvo a repetir por si no te ha quedado suficientemente claro. No estoy, ni estuve, ni estaré nunca con Martín Ledesma. Él es mi jefe y ante todo eso yo lo respeto.

El actor bufó incrédulo por sus palabras.

—Siento mucho no poder sentir por ti lo que tú quieres. En verdad me gustaría que las cosas fueran de otra manera porque te aprecio mucho Roberto, pero solo como amigo, nada más. Y como amiga tuya aquí me tendrás para lo que quieras, pero si no eres capaz de aceptarlo por mucho que me duela lo entenderé.

Y se encaminó hacia la puerta para abrirla y antes de salir le dijo mirándole con tristeza.

—Lo siento Roberto, de verdad que lo siento mucho. Aunque no lo creas nunca te he mentado, siempre he sido sincera contigo. Y lamento profundamente si has malinterpretado las cosas de una manera que no son, pero te juro que mi intención nunca ha sido hacerte daño.

Y cerró la puerta detrás de ella dejando al hombre totalmente abatido.

Capítulo 27

Martín llevaba un buen rato observando el foro, buscando con la mirada a su empleada que no aparecía por ninguna parte, y ya se estaba empezando a impacientar. Y cuando estaba a punto de ir a buscarla él mismo, apareció de pronto con mala cara y evidentes signos de haber estado llorando.

—¿Dónde demonios estabas metida?.

—¿Por qué?, ¿necesitas algo?—le contestó obviando la pregunta.

—No. Solo que desapareciste durante un buen rato y no sabía dónde estabas.—le contestó observándola detenidamente.

—Pues ya estoy aquí. —manifestó desviando la mirada

—¿Va todo bien?.

Se moría por preguntarle más, pero no se atrevió a hacerlo.

—Sí por supuesto, todo está perfecto.—le mintió mientras intentaba sonreír animada.

La asistente no quería dar más explicaciones, porque si tenía que hacerlo quizás no fuera capaz de evitar las lágrimas que pugnaban por salir.

Cuando se marchó del camerino de Roberto, se fue al baño para encerrarse allí durante unos minutos y que nadie la viera llorar. Entendía que él le hubiera hablado de esa manera por despecho, pero le había hecho daño con sus palabras. Sobre todo porque estaba muy reciente lo que le había pasado hacía unos meses, y sin saberlo su amigo había hecho una radiografía exacta de su relación anterior con su antiguo jefe. Y sus miedos e inseguridades volvieron de nuevo a golpearla con tanta fuerza como si hubieran sido ayer, por lo que sin quererlo la había dejado tocada y hundida.

Pero Alexia tenía que volver al trabajo, así que no le quedó más remedio que retocarse el maquillaje y esbozar una sonrisa de entusiasmo que estaba muy lejos de sentir.

—Y ahora si no necesitas nada más, tengo que contestar unos emails y hacer unas llamadas.—le comentó mientras se alejaba unos pasos para no molestar ni ser molestada.

Unos minutos después, sin quitarle los ojos de encima a su empleada, Martín observó cómo aparecía Roberto por el set ya que le tocaba grabar, y le apartaba de malas maneras la mano a Eva que intentaba retocarle el maquillaje. Algo insólito en el actor, que por general era muy amable con todos los trabajadores, y sobre todo con ese grupito de amigos que se habían hecho gracias a Alexia. La cara de Eva era la misma que la suya, de total desconcierto, y se preguntaba que le pasaría a su compañero para actuar de esa manera. Y aunque sentía curiosidad, lo cierto era que ya no tenía aquella amistad o confianza que le hubiera permitido acercarse a él y preguntarle si estaba bien, así que no le quedó más remedio que quedarse con la intriga y la incertidumbre de por qué Roberto estaba de tan mal humor.

El día pasó muy rápido para Martín, aunque había estado muy desconcentrado todo el tiempo, porque no se quitaba de la cabeza con quién diablos había quedado esa noche su asistente. Sin embargo para Alexia había sido todo lo contrario, resultándole el día interminable, ya que se quería ir de allí lo antes posible y pareciera que el tiempo no avanzase. De tal modo que cuando llegaron a casa para ella fue un alivio enorme, mientras que para su jefe empezaba una tortura para intentar idear una excusa que impidiera que no saliera esa noche. Pero no encontró nada que fuera lo suficientemente creíble y que no le dejara como un patán celoso compulsivo, por lo que estuvo bastante distraído durante la cena, no prestándole mucha atención ni a su hijo ni a su padre mientras pensaba en qué

podía hacer.

Cuando Alexia informó que se iba a cambiar de ropa porque esa noche había quedado, lo único que se le ocurrió a Martín fue pedirle el favor a su padre de que se quedara con Lucas, ya que él también tenía que salir. Por supuesto Miguel le aseguró que no se preocupara y que se hacía cargo de su nieto con mucho gusto, consiguiendo un abrazo agradecido de su hijo. Y cuando la asistente los buscó para despedirse, su decaimiento fue a mayores cuando se percató de que su jefe también había salido esa noche.

Otra vez.

Lo que ella no sabía era que el actor estaba siguiendo en su moto al taxi en el que estaba montada, y que la persiguió hasta el barrio humilde donde se apeó, para entrar a continuación en un edificio y desaparecer dentro. Él se preguntó qué estaba haciendo Alexia en un barrio como aquel, que aunque no era conflictivo ya que era un barrio obrero como miles que había en ciudad de México, no entendía a quién demonios venía a ver allí. Estuvo aguardando más de dos horas sentado en su moto esperando que saliera de ese lugar, mientras hacía cábalas de a quién podía estar visitando en ese momento. Y rezó porque hubiera estado en la casa de Eva, o de María, o incluso de Mauro, porque si no era ninguno de ellos sinceramente no sabía que iba a hacer. Pero su mundo se hizo pedazos, cuando observó cómo Alexia salía del garaje del edificio dentro de un coche acompañada de un hombre al que no conocía de nada. Los siguió a una distancia precavida, para saber a dónde irían a continuación, para toparse con la sorpresa de que la llevaba directamente a casa. El beso de despedida había sido normal, dado con aprecio en la mejilla sin más pretensiones, para después su empleada salir del vehículo y dirigirse hacia la entrada con tranquilidad. Dejando a Martín más confundido que nunca, pero observando detenidamente la cara del sujeto cuando pasó cerca de él, para grabarla a fuego en su mente por si se topaba con ese individuo nuevamente. Esperó un tiempo prudencial para entrar en su domicilio, y se encontró con su padre dormitando traspuesto en el salón con la televisión encendida, pero ni rastro de Alexia. Salió al jardín con la esperanza de encontrársela allí aunque sin saber muy bien que era lo que iba a hacer o decir, pero tampoco estaba, por lo que se imaginó que se habría ido directamente para cama. Así que volvió a entrar dentro de la casa para volver a salir al poco tiempo al jardín acompañado de una botella de tequila, y así se lo encontró su padre un rato más tarde después de haber dado buena cuenta de la botella.

—¿Puedo sentarme?—le preguntó Miguel.

Él hizo un gesto con la mano señalándole la silla vacía que estaba a su lado, mientras su padre lo observaba detenidamente, para a continuación negar con la cabeza cuando su hijo le ofreció la bebida.

—¿Todavía sigues por aquí?—le preguntó después de ingerir un trago de tequila.

—Me quedé dormido en el sofá esperando a que se durmiera Lucas, y ahora que ya estás en casa me puedo ir más tranquilo

—Ya.

—¿Te molesto?

—No, para nada. Solo que pensé que ya te habías ido, pero puedes quedarte el tiempo que quieras ya sabes que estás en tu casa.

—Gracias.

Miguel se quedó pensativo dudando si seguir con esa charla o no. Quizás fuera demasiado pronto para decirle a su hijo lo que pensaba de verdad, pero le dolía verlo en ese estado tan lamentable.

—¿Crees que lo que estás haciendo es una buena idea?.

El actor contempló la botella que tenía en su mano y se encogió de hombros.

—No sé si es una buena idea o no, pero sí sé que esto es lo que necesito en este momento.

—No me refería al alcohol hijo.

Lo observó confuso sin entender que era lo que su padre quería decir.

—Lo siento papá, pero no te entiendo.

—Hablo de Alexia.

—¿Alexia?. —preguntó cada vez más confundido.— ¿Y a qué viene nombrar a Alexia ahora?.

Observó cómo su hijo volvía a darle un sorbo a la botella.

—Pues porque creo que ya va siendo hora de que le digas lo que realmente sientes por ella, Martín.

El actor se quedó tieso al escuchar lo que su padre le acababa de decir.

—Lo que yo sienta o deje de sentir por mi empleada no creo que sea algo de tu incumbencia.—le contestó molesto.

¿Quién demonios se creía que era él para venir a darle consejos a estas alturas de su vida?, pensó enfadado. Ya era lo suficientemente mayorcito para decidir por él mismo lo que mejor le convenía. ¡Dios!, estaba empezando a hablar igual que su empleada. Pero la botella se quedó a medio camino de su boca cuando se percató del desaliento en el rostro de su padre, y frustrado se pasó la mano por el pelo mientras soltaba un largo suspiro.

—Lo siento papá, soy un imbécil. Perdóname por lo que te acabo de decir.

—Solo estoy preocupado por ti.

—Lo sé, pero las cosas no son tan fáciles.—le comentó, para después volverle a dar un trago al tequila.

—Nunca lo son.—le contestó éste con sabiduría.—Solo tienes que tener los suficientes redaños para decirle que estás enamorado de ella.

Martín se quedó totalmente pasmado.

—Yo nunca he dicho que esté enamorado de Alexia.—le contradijo.

—¡Oh, entonces las cosas cambian!.—exclamó Miguel asintiendo con la cabeza.

¡Por fin alguien que me entiende!.—suspiró aliviado.

Y observó como su padre le hacía el gesto con el dedo índice de que se acercara a él, y cuando lo hizo le susurró al oído.

—Entonces ahora vas a tener que ser valiente hijo, pero que muy valiente.

Martín arrugó el ceño confuso por sus palabras.

—Lo vas a necesitar para admitirte a ti mismo que estás irremediablemente enamorado de esa mujer y serías un gran tonto si la dejaras escapar.

—¡Papá...!.—empezó a decir cabreado.

—¡Está bien no te enfades!.—le cortó él.—Lo único que te pido es que lo pienses, nada más. Solo piensa en ello, ¿de acuerdo?.

Y antes de que dijera nada le quitó la botella de las manos para beber él también de ella, y después de esperar unos segundos a sentir nuevamente la garganta, que le ardía por haber sido quemada por el alcohol del tequila y recuperar el aliento, le dijo;

—Y mientras lo haces yo estaré aquí a tu lado. No te dejaré solo.

Y volvió a pasarle la botella para que le diera otro trago, mientras se hundía en la silla y lo miraba de vez en cuando sorprendido por lo necio que era. Al final iba a tener que darle la razón a Alexia

sobre la cabezonería de los hombres Ledesma.

Después de lo que le pareció una eternidad, es más Miguel se estaba empezando a quedar dormido otra vez por el efecto de la edad, Martín habló en alto para confesar algo de lo que su padre era totalmente consciente.

—Tengo miedo papá.

—Lo sé.

—¿Y cómo puedo decirle a una mujer lo que siento por ella cuando no quiere tener nada conmigo?. Le abriría mi corazón para nada y no quiero que me vuelvan a hacer daño. Otra vez no. No podría soportarlo.

El hombre de mayor edad se quedó sorprendido por sus palabras.

—¿En qué te basas para decir eso?.

Y procedió a contarle todo lo que había pasado en su viaje a Telchac, y sobre todo lo sucedido la última noche.

—¿En algún momento le dijiste lo que sentías?.

—Papá estamos en otra época y las mujeres de ahora no necesitan palabras de amor para acostarse con un hombre.

—Lo sé, soy consciente de ello. Pero en esencia todas las mujeres desean y quieren lo mismo, y coincidirás conmigo en que Alexia no es como las demás.

—Eso es verdad. Y es cierto que no le dije con palabras lo que sentía porque hasta ahora mismo no lo tenía muy claro.

Miguel levantó una ceja como tantas otras veces había hecho su hijo antes.

—Vale.—aceptó el actor.—No quería admitírmelo a mí mismo. Pero mi deseo por ella era más que evidente, eso te lo aseguro. Y honestamente papá se me hace muy difícil tratar estos asuntos contigo.

—le confesó avergonzado.

—Tonterías.—le contestó con un ademán de mano quitándole importancia.—Para eso estamos los padres, y si no me equivoco mucho dentro de unos años tendrás una conversación muy parecida con tu hijo.

—Espero que no.—murmuró Martín turbado.

—El caso...—prosiguió el hombre.—es que ellas necesitan saber lo que uno siente, lo que piensas. Además de demostrarles tu amor, de hacerlas sentir que son las únicas, algo en lo que estás fracasando estrepitosamente hijo, saliendo cada noche con una mujer distinta.

—¿Y qué querías que hiciera?.—le contestó molesto levantándose de la silla.— Ella misma me confesó que le gustaba otro hombre. Y al principio pensé que sería alguien de su pasado y contra eso yo no puedo luchar... aunque ahora no lo tengo tan claro. Así que decidí olvidarme de ella por eso empecé a salir con otras mujeres.

—¿Y lo has conseguido?.

Se pasó la mano por el pelo mientras soltaba un suspiro de cansancio.

—No.—confesó frustrado.

—¿A qué te referías con qué ahora no lo tienes tan claro?.—retomó Miguel las palabras anteriores de su hijo.

—Pues que esta noche a salido con otro hombre al que yo no conozco de nada ni he visto en mi vida.

—le contestó empezando a enervarse por los celos que lo consumían.—Estuvo en su apartamento durante más de dos horas y ya te podrás imaginar para qué.

—¿Y eso tú como lo sabes?

Martín miró avergonzado a su padre.

—¡NO!. ¡¿La has seguido?!.—exclamó Miguel estupefacto.—¡No me lo puedo creer!.

—¿Y qué querías que hiciera, si solo pensar en que está con otro me vuelve loco?.—le replicó enfadado por su reacción, empezando a caminar impacientemente de un lado a otro.

—Sabes que si se entera te va a matar, ¿verdad?.

—Solo lo sabemos tú y yo, por lo tanto no tiene por qué enterarse, a no ser que tú abras la boca.—le soltó amenazándole con la mirada.

—¡Tranquilo, no pienso decirle nada!.—le contestó levantando las manos en son de paz.—Pero no saques conclusiones precipitadas, a lo mejor no es lo que parece.

Se paró en seco para taladrar con la mirada a su padre, y a continuación echarse las manos a la cabeza y contemplar el cielo durante unos pocos minutos.

—¿Sabes qué?, esto no nos lleva a ningún lado.—soltó exasperado y cansado de especular una y otra vez sobre lo mismo.—El caso es que estoy enamorado de una mujer que no siente lo mismo por mí, y a la que no puedo despedir porque se me rompe el alma solo de pensarlo.

—Eso no lo sabes.

—Qué más necesitas, ¿qué me lo escriba en letras grandes de Neón?.

—Martín, soy más mayor que tú y sé con seguridad que Alexia siente algo muy fuerte por ti, eso se ve a leguas. No te lo diría si no estuviera completamente seguro.

Lo miró fijamente valorando si podría fiarse de la percepción de su padre. Quería creerle, porque sin ir más lejos el día anterior cuando la acorraló en el pasillo, él mismo había sentido esa fuerte atracción que había percibido desde el minuto uno, desde la primera vez que le estrechó su mano para darle la bienvenida a su casa. Esos escalofríos que sentía cuando la tocaba, ese deseo irremediable de besarla, de sentirla, de...

¡Basta!

¿Porque se estaba atormentando de esa manera cuando hacía solo unos minutos la había visto salir de la casa de otro hombre?. No tenía ningún sentido.

—Pero hay algo que se nos escapa. —prosiguió Miguel.—Algo que le hace tener el mismo miedo que tú tienes. Una información que no sabemos y que explicaría el por qué ella también niega lo que siente. Y si añadimos los gritos y lo exasperante que puedes llegar a ser a veces pues...

—¡Gracias por tu apoyo!.—le dijo dolido.

—Hijo...

—No, está bien, no te preocupes.—enfaticó Martín.

Para a continuación recordar la cara del hombre que la había traído esa noche a casa.

— Quizás vemos solo lo que queremos ver. Pero seamos realistas papá, si ella sintiese algo por mí me habría dado alguna señal.

Y se pasó la mano por su cara harto de no llegar a ningún lado.

— Pero no ha sido el caso. Me dejó muy clarito que yo solo era un error y que no quería que me metiera en su vida, y creo que eso lo dice todo.

—Martín...

El actor suspiró exhausto. El alcohol empezaba a hacer efecto, y entre eso y la falta de horas de sueño lo único que deseaba era meterse en cama, y dormir profundamente para dejar de pensar y de sentir de una maldita vez.

—Estoy cansado papá y si no te importa me voy a dormir. Si quieres quedarte le puedo decir a Justina que te prepare una habitación.

—No hará falta, no te preocupes.—le contestó capitulando pero no dándose por vencido.

No dejaría de luchar hasta ver a su hijo feliz con la mujer que amaba. Tenía que resarcirse de todo el dolor que le había causado, y de igual manera que sabía que en unas horas saldría el sol, estaba totalmente seguro de que Alexia estaba igual de enamorada que su hijo. Solo tenía que averiguar la manera de juntar a esos dos.

—No me importa, en serio.

—Prefiero irme a mi casa.

—Está bien, como tú quieras. Buenas noches.

—Buenas noches.

Y cada uno sumido en sus propios pensamientos se fue a dormir.

Había pasado más de una semana desde que Roberto le había confesado a Alexia lo que sentía y las cosas seguían igual que entonces. El actor no le hablaba, es más evitaba su presencia en todo momento, y su jefe seguía igual de distante y frío con ella. La asistente no estaba pasando por su mejor momento y eso se notaba tanto en su aspecto físico como anímico. Y harta de verla triste y decaída Esther intentó hablar con ella, sin conseguir ningún resultado. Su amiga se negaba a decirle nada que no fuera, no te preocupes todo está bien. Ahora la actriz entendía un poco mejor a Martín, ya que Alexia podía llegar a ser muy necia cuando quería, por lo que al final decidió enfrentar a su compañero además de amigo citándole en su camerino para mantener una charla a solas.

—Se puede saber, ¿qué demonios está pasando?—le espetó Esther a bocajarro.

—No sé a qué te refieres.—le contestó Roberto confundido por el tono recriminatorio.

Ella se cruzó de brazos y le lanzó una mirada acusatoria.

—¿Crees que soy tonta?. Me refiero evidentemente a lo que está ocurriendo entre tú y Alexia.

El actor le esquivó la mirada.

—Bueno eso es algo que solo nos atañe a ella y a mí.

Su amiga bufó molesta por tanto secretismo.

—Pero yo soy amiga de los dos y exijo una explicación.

—Pues pregúntale mejor a ella.

—Ya lo he hecho.

—¿Y qué te ha dicho?.

—Nada, pensé que tú serías más razonable.

Él puso cara de póker intentando que su semblante no expresara nada.

—Pues mi respuesta es la misma que la de ella.—le contestó aliviado de no tener que pasar por la vergüenza de contar su rechazo.

Y la mujer no pudo menos que negar con la cabeza mientras entornaba los ojos, preguntándose qué era lo que había hecho ella para tener unos amigos tan idiotas.

—Sinceramente Roberto, no entiendo que ha podido pasar entre los dos que sea tan grave como para que la dejes de hablar y la ignores y....— y de pronto a Esther se le encendió una bombilla.—A no ser...

Y él se dio la vuelta abochornado en el mismo momento que supo que su amiga había dado en el clavo.

—¡No me lo puedo creer!—exclamó cuando al fin cayó en la cuenta.—Sabes que te estas comportando como un niño malcriado, ¿verdad?.

—¡Venga ya!—se rebotó el hombre.—No fue a ti a quien pisotearon sus sentimientos. Yo le abrí mi corazón y ella lo desechó como si apestara, como si fuera basura.

—¿Y por eso ahora actúas como un niño de cinco años que tiene una pataleta?—le preguntó perpleja.

—Para mí esto no es una pataleta Esther.—murmuró dolido por su actitud dejándose caer en una silla.

Y la mujer se acercó a él furiosa y con los brazos en jarras.

—¿No me dirás ahora que estabas enamorado de ella?.

Ahora le tocó a él enfadarse con su amiga ya que no estaba siendo nada justa.

—¡Por supuesto que estaba enamorado de ella!. ¿Qué pasa que ahora los hombres no podemos tener sentimientos?.

—¡JA!—le espetó la actriz.—Por supuesto que los hombres tiene sentimientos, pero tú no estabas enamorado de Alexia. Que te sentías atraído por ella, sí lo acepto, pero enamorado no, de eso nada.

—Tú no tienes ni idea y si piensas eso es que no me conoces en absoluto.—le reprochó afligido porque no le creyera.

Esther soltó un suspiro al ver el dolor reflejado en sus ojos, y aparcó su enfado porque hiciera sufrir a su amiga sin motivo alguno a un lado.

—Te conozco mejor de lo que piensas.

Y se acercó para agarrarle la cara entre sus manos, y la sujetó más fuerte cuando Roberto quiso apartarla de él.

—Cariño no te enfades conmigo, lo único que quiero es que no seas injusto con Alexia.—y mirándole directamente a los ojos le dijo.— No te niego que ella te gustara y te cayera bien, ¿cómo no hacerlo si es un encanto de mujer?. Pero no puedes discutirme que al principio para ti solo fue un desafío. Te sentiste atraído por ser una de las pocas mujeres que se ha resistido a tus encantos, y eso hizo que ella fuera un reto. Y cuando te diste cuenta de que Martín también estaba interesado en ella, lo tomaste como una cruzada personal para quitársela y quedártela antes que él.

—Lo que estás diciendo no es cierto.—le contestó molesto.

Y se levantó de la silla empezando a sentirse un poco culpable por lo que estaba diciendo, por lo que le dio la espalda para no mirarla a la cara.

—Lo que estoy diciendo es la verdad y tú lo sabes. Como también sabías lo que sentían el uno por el otro, ya que era más que evidente para todo el mundo. Pero no te importó, es más, me atrevería a decir que fue un aliciente más en tu guerra personal.

—Alexia me gustaba y mucho.—insistió obstinadamente, pero empezando a sentirse incomodo con él mismo.

—Por eso no has tardado nada en encontrar consuelo en otra mujer, ¿no?—le preguntó con ironía.

—¡Ah claro!, si lo hago yo es que no estoy enamorado.—soltó con sarcasmo dándose la vuelta para enfrentar a su amiga.—Pero si lo hace Martín no pasa nada, porque él si está verdaderamente enamorado de ella, ¿no?. ¡No me hagas reír Esther!. Es increíble las distintas varas de medir que tenéis las mujeres para justificar según qué cosas, y según quien las hace, ¡por supuesto!.

—Yo no estoy justificando nada Roberto, ni tampoco comparando quién de los dos está más enamorado. Eso lo estás haciendo tú. Solo intento que veas que no estás actuando correctamente. Porque es más, en el caso de que te creyera y realmente estuvieras enamorado de ella, ¿crees que la forma en la que te estás comportando es la adecuada?. Entiendo que estés dolido, aunque honestamente creo que más bien es tu orgullo el que está tocado, pero, ¿realmente Alexia se merece que la trates así?.

Y soltando un fuerte suspiro la actriz se dio por vencida al ver la mirada obstinada de su amigo.

—Sinceramente yo no lo creo, y me defraudarías mucho como amigo si tú pensases distinto. Pero ya eres mayorcito para saber lo que haces.

Y dicho esto se marchó del camerino dejando al actor pensativo. Empezando a cuestionarse si su amiga no tenía su punto de razón, y se estaba comportando como un niño caprichoso y malcriado que no era capaz de aceptar una derrota.

Al día siguiente era miércoles y solo faltaban dos días para la boda de Verónica. Sería el viernes de mañana aprovechando que era festivo en México, y que después tendrían todo el fin de semana los novios para disfrutar e irse de luna de miel. Y justo al día siguiente, el sábado, Alexia y Martín tenían que realizar el viaje a Nueva York. Un viaje que la asistente temía y aguardaba a partes iguales. Ansiaba ir porque visitar esa ciudad siempre había sido uno de sus sueños y por fin podría realizarlo, pero por otro lado tal y como estaban las cosas con su jefe no era algo que le apeteciera en demasía.

—Esta noche tienes que venir a hacerte la última prueba del vestido de la boda.—le recordó Mauro.

—Sí, lo sé.

—¡Vas a estar divina cariño!.—le dijo emocionado.

Pero su amigo entrecerró los ojos al percatarse de que ella no tenía la misma ilusión cuando Alexia dejó escapar un trémulo suspiro.

—¿Qué pasa cielo?. ¿Es que no te gusta el vestido?.

—¡Por supuesto que sí!.—le aseguró esbozando una ligera sonrisa.—¡El vestido está increíble!.

—¿Entonces?.

—Es que no me apetece mucho ir la verdad.

Mauro abrió excesivamente la boca al escucharla.

—Cualquier mujer en este país mataría por asistir a esa boda. ¡Es el evento del año!. Van a ir los personajes más conocidos e influyentes del panorama nacional mexicano. Desde artistas a políticos, pasando por importantes empresarios y gente de la alta sociedad.

—Pues yo con mucho gusto le cambiaría mi lugar a cualquiera.—le confesó empezando a morderse el labio.

Ahora le apetecía ir menos todavía, desconocía que iba a ir gente tan importante, y si antes estaba nerviosa en esos momentos empezaba a estar atacada.

—Solo me hace ilusión porque es la boda de Vero, que si no te puedo asegurar que allí no me ven el pelo.

—¡Ay amiga, tú sí que eres rara, rara, pero que muy rara!.

Ella no pudo evitar reírse del comentario y de los caretos que estaba poniendo su amigo.

—¡Por fin!—exclamó el ayudante de vestuario.—Cuanto tiempo hacía que no veía una sonrisa en ese bonito rostro.

Y mirando por encima de su cabeza le dijo;

—Te tengo que dejar que por ahí viene el ogro y no me apetece que me fulmine con la mirada.—le soltó mientras veía venir a Martín hacia ellos.

—¡Cobarde!—susurró su amiga después de mirar por encima de su hombro para comprobar que era de su jefe de quien estaba hablando.

—A ti te paga pero a mí no.

Y le dio un rápido beso en la mejilla para escapar a toda prisa de allí.

Alexia tomó aire y esgrimió una falsa sonrisa mientras esperaba a que el actor se acercara a ella.

—¿Te apetece tomar algo?—le preguntó cuándo ya lo tuvo a su lado.

—No.

La sonrisa de su rostro se le murió al escuchar la contestación, y se recriminó mentalmente por enésima vez por no poder acostumbrarse a su tono seco y cortante.

—Está bien.—le contestó resignada.

Él suspiró con pesar al ver el desaliento en su rostro, y se pasó la mano por la cara molesto consigo mismo por ser tan desagradable. Pero era la única manera que se le ocurría para mantenerse alejado de ella, y no volver a caer en la tentación que cada vez era más fuerte, de estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que perdiera el sentido. Y lo que lo tenía más preocupado era que desde hacía unos días, más concretamente desde la noche que la siguió hasta aquel edificio, Alexia estaba distinta. Estaba más callada y retraída de lo que nunca había estado. Incluso por varias veces la había picado para que saltara y demostrara el genio que ella tenía, pero no lo había hecho, dándole la razón como a los locos y soportando su mal humor con una mirada tan triste que se le rompía el corazón cada vez que la veía así. Y aunque le pareciera increíble echaba de menos el discutir con ella, haciendo que su sangre corriera veloz por sus venas demostrando que estaba vivo cada vez que se enfadaba o alteraba exasperado por su terquedad. Lo que antes había odiado de ella, ahora lo necesitaba como el respirar. Quería verla alegre, que sonriera o que se enfadase, cualquier cosa que no fuera esa sumisión o docilidad que demostraba ahora y que lo estaba sacando de quicio. Y tampoco entendía que había pasado entre ella y Roberto. Estaba claro que su relación había cambiado, y aunque había intentado sonsacarle sutilmente información al respecto, ella no soltaba prenda.

—Ya tenemos los billetes de avión para el sábado y las habitaciones están reservadas y confirmadas.

—le informó.

—Perfecto.

Alexia estuvo a punto de decirle algo pero se lo pensó mejor y en ese momento recibió una llamada, así que la atendió dejando al hombre intrigado por lo que le iba a decir. Y él se tuvo que marchar poco después cuando lo llamó el director para repetir una toma con la que no estaban muy contentos, por lo que no volvería a hablar con ella hasta mucho tiempo más tarde.

Ya habían terminado por ese día cuando Martín se acercó a su empleada para llevarla a casa, mientras pensaba en si cancelar su cita con la mujer con la que había quedado para cenar esa noche. Estaba intentando acordarse del nombre de la chica mientras buscaba el papel de su teléfono que se

había guardado en el bolsillo del pantalón.

—¿Ya hemos terminado?—le preguntó Alexia cuando se paró al lado de ella mientras desdoblaba el papel con el número de teléfono.

—Sí, por hoy hemos acabado. Y mañana solo tendremos que grabar unas pocas tomas por lo que tendremos la tarde libre.

—Genial.—le contestó mientras observaba como él se quedaba mirando el papel ensimismado.

El hombre arrugó el ceño molesto porque todavía no le venía el nombre a la mente, algo que no era de extrañar ya que había perdido la cuenta de con cuantas mujeres había salido últimamente, y estaban empezando a parecerle todas iguales.

—Ah... pues si no me necesitas yo tengo que hacer algunas cosas, así que no hace falta que me lleves a casa pues voy a tomar un taxi para desplazarme.

Martín levantó los ojos del papel para clavarlos en su cara, que nerviosa se estaba mordiendo el labio inferior.

—¿Qué cosas son esas?—le preguntó desconcertado por su actitud.

—No es nada importante.

—Si no es nada importante puedo acompañarte si quieres.

Estaba empezando a mosquearse, ya que su empleada intentaba inútilmente sacarle importancia, algo que le hacía desconfiar mucho más.

—De verdad no te molestes.—le contesto.—Seguro que tienes algo que hacer esta noche y yo me puedo arreglar perfectamente.

—No es ninguna molestia. Además precisamente estaba buscando el teléfono de... bueno da igual.—le contestó sin ser capaz de acordarse del nombre todavía.— El caso es que tenía pensado cancelar mi cita y me encantaría acompañarte.

—De acuerdo, como tú quieras. Pero te advierto de que voy a tardar un poco y no sé a qué hora voy a terminar.

—No me importa.

Ella lo miró confundida por tanta insistencia. Se había temido que le prohibiera salir sin haberle avisado con más antelación, pero había resultado todo lo contrario, tanto que le extrañaba ese excesivo interés por acompañarla. Así que se dirigieron al parking para recoger el coche mientras le daba la dirección de su destino, logrando que el ceño del actor se hiciera más profundo al reconocer el paradero al que se dirigían, que no era otro que el mismo barrio al que la había seguido en moto hacía poco más de una semana. El camino lo hicieron totalmente en silencio, un silencio tan tenso que se podía cortar con cuchillo. Y cuando por fin llegaron, Alexia solo deseaba bajarse del coche lo antes posible para poder respirar con normalidad.

—Gracias por traerme.—le agradeció, con la mano en el tirador de la puerta para salir escopeteada.

El actor estaba rabioso, y a punto había estado más de una vez de dar la vuelta con el coche y llevarla para casa y encerrarla con llave en su habitación. Pero se había controlado, a duras penas, pero lo había hecho.

—Ha sido un placer.—le contestó mientras ella salía por la puerta.—Y tarda todo lo que quieras que yo estaré aquí esperándote para llevarte de vuelta a casa.

No se iba a ir de allí hasta que le confesara quien era su amante. Sabía que no tenía derecho a reclamarle nada, pero en ese momento su cabeza no pensaba lo que era correcto o no. Lo único que quería era conocer a aquel tipo en persona para partirle las piernas.

Alexia se paró en seco, para a continuación asomar la cabeza por la ventanilla del coche y contemplar la amplia sonrisa en el rostro de su jefe, que no se extendía en absoluto a sus ojos verdes y fríos como el acero.

—No hace falta que esperes, en cuanto acabe llamo a un taxi para que me lleve a casa.

—Pues a no ser que me invites a conocer a tu amigo o amiga.—le contestó como de pasada, haciéndole ver que no le importaba mucho y ocultando con esfuerzo el hecho de que estaba furioso.

—Estaré aquí esperándote a que salgas. Esta ciudad es muy peligrosa de noche y no me quedaré tranquilo pensando que te pueda pasar algo malo.

La mujer suspiró irritada mientras se frotaba la frente con los dedos, y después de unos segundos se volvió a reclinar en la ventanilla resignada. Lo conocía lo suficiente para saber lo tozudo que era, y si decía que se quedaba a esperarla lo iba a hacer quisiera ella o no.

—Está bien, si quieres puedes subir, no creo que haya ningún problema.

¡Eso es lo que tú te crees!.— pensó Martín quitando las llaves del contacto y saliendo del coche.

Estaba dispuesto a dejarle muy clarito a aquel estúpido patán lo que pensaba sobre su relación con su empleada, a pesar de lo enfadada que ella se pusiera. Correría ese riesgo, porque en ese momento no le importaba comportarse como un cromañón de las cavernas y marcar su territorio, para dejar muy claro que esa mujer era solamente suya.

Entraron dentro del edificio y subieron al quinto piso en el ascensor, y cuando llegaron al apartamento timbraron para avisar de su llegada. Y mientras esperaban, él abría y cerraba el puño de su mano derecha impaciente por estrellarla contra la nariz de ese imbécil.

—Hola Toni.—lo saludó Alexia esbozando una débil sonrisa de disculpa por no haberle avisado con anterioridad.—Espero que no te importe que venga con mi jefe.

Martín observó como el hombre que estaba parado delante de ella era el mismo que había visto llevarla en su coche aquella noche, y como éste tenía los ojos abiertos de par en par y la boca a punto de desencajársele. Y para consternación del actor se llevó una mano al pecho para al instante siguiente gritar a todo pulmón.

—¡OH. DIOS. MIO!.

Capítulo 28

No supo muy bien cómo reaccionar, sobre todo cuando aquel hombre empezó a chillar como un loco. —¡No me lo puedo creer!. ¡Martín Ledesma!. ¡El mismísimo Martín Ledesma en persona!. ¡Aquí en mi casa!. ¡EN MI PROPIA CASA!.

—¿Pero qué pasa aquí?—preguntó Mauro que se asomó por detrás de Toni.—¿Qué son esos gritos?. Eso mismo se estaba preguntando el actor que estaba totalmente perplejo. Y lo que más le intrigaba era la sonrisa divertida en la cara de Alexia, debía de parecerle muy divertida aquella situación, algo que para él no lo era en absoluto. Ahora no sabía a quién pegar primero, si a aquél ridículo hombre por ser el amante de ella, o a Mauro por ser su cómplice en todo este asunto.

—¡Martín!—exclamó el ayudante de vestuario asombrado de verlo allí parado.—No esperábamos tu visita.

—Ya me imagino.—escupió con los dientes apretados.

—¿Espero que no os importe que haya subido conmigo?—comentó su empleada sin dejar de sonreír. Haciendo que él frunciera más el ceño todavía, y que se percatara de que en realidad no le importaba en absoluto que la pillara en esas circunstancias con su amante.

—Por supuesto que no. Pero pasad por favor, no os quedéis ahí fuera que los vecinos que tengo son muy cotillas.—contestó Mauro.

Y los invitó a entrar.

—¡Oh cariño, todavía no puedo creerme que Martín Ledesma esté en nuestra casa!—volvió a repetir Toni mientras cerraba la puerta.

Martín se dio la vuelta preparado para romperle los dientes a aquel individuo. ¿Cómo se atrevía a llamarla cariño delante de él?

—Es que Toni te admira mucho.—le explicó Alexia sin percatarse de las intenciones de su jefe.

Y se giró hacia ella echando fuego por los ojos, y la mujer se quedó confusa por su extraña reacción.

—Es cierto.—corroboró Mauro acercándose al hombre y besándole en la mejilla.—Porque sé que me quiere con locura sino me sentiría muy celoso.

Y Toni lo abrazó con cariño agarrándole de la cintura y dejando a Martín completamente descolocado.

¡¿Pero qué demonios...?!

—Ja, ja, ja.—se rio divertido.—Mauro lo dice porque he visto todos sus trabajos y me encanta como actúa. Usted me parece uno de los mejores actores de este país.

—Y porque no paras de repetir que tengo mucha suerte de trabajar con un hombre tan guapo.—comentó el ayudante mirándolo con suspicacia.

—¡Ay tontito!. Sabes perfectamente que solo tú eres el hombre de mi vida, y aunque no seas tan guapo como Martín Ledesma no te cambiaría por nadie en el mundo.—le contestó de forma cariñosa y contemplándole con mucho amor.

—Bueno si queráis ponernos los dientes largos ya lo habéis conseguido. Así que tenemos dos opciones; o mi jefe y yo nos vamos para que podáis estar solitos, o me pruebo el vestido que es a lo que he venido esta noche aquí. Porque para darme envidia mejor me quedo en mi casa.—les reprendió Alexia cariñosamente.

Y ahora el que empezó a sonreír como un verdadero tonto fue Martín, al darse cuenta por fin de cuál

era la situación allí, consiguiendo que su asistente lo observara más extrañada todavía. El alivio era tan grande, que si no fuera porque estaban en casa de Mauro y su pareja, (que por fin se había dado cuenta de que los dos hombres estaban juntos), hubiera agarrado a su empleada y la hubiera besado hasta hacerla perder la cabeza. Porque el que había estado a punto de perder la suya había sido él por culpa de sus celos desmedidos. Y daba gracias a Dios porque al final no hubiera ocurrido un desastre, porque había estado muy cerca de darse de golpes con los dos hombres a la vez.

—¡Claro!. Y ahora que lo pienso me viene genial que estés aquí.— comentó Mauro dirigiéndose al actor.—Porque tu traje ya está terminado también. Habíamos quedado en que te lo llevaba mañana al foro, pero ya que estás aquí lo pruebas y si te queda bien te lo puedes llevar.

—¡Perfecto!.—le contestó satisfecho con el arreglo.

—Pero que maleducado soy. Martín me gustaría presentarte a mi novio Toni, aunque supongo que ya te lo habrás imaginado.

—Encantado.— respondió sin dejar de sonreír y extendiendo la mano para estrechársela.

—¡Que va!, el que está encantado aquí soy yo.—le contestó el hombre emocionado devolviéndole el saludo.

Y Mauro bufó poniendo los ojos en blanco, consiguiendo que la asistente se lo llevara casi a rastras a la habitación de costura donde tenía el vestido para probarse.

—Pues pase por aquí señor Ledesma.—le indicó Toni, invitándole a sentarse en el sofá del pequeño salón de su apartamento.— Nuestra casa es humilde y no tengo mucho para ofrecerle, pero siéntese mientras esperamos a que ellos acaben.

—Gracias. Y por favor tutéame.—le pidió, más tranquilo y relajado de lo que había estado en mucho tiempo.

—Está bien.—le contestó ampliando más si cabe su sonrisa.—¿Te apetece un refresco, una cerveza, una copa de vino...?

—Una cerveza estará bien, gracias.—le contestó mientras se sentaba.

—¡Genial!. Ahora mismo te la traigo.

Y mientras el hombre se dirigía hacia la cocina se le oyó murmurar.

—¡Dios mío, Martín Ledesma en mi casa!. ¡No me lo puedo creer!.

Consiguiendo que el actor sonriera y sacudiera la cabeza divertido.

Y durante el tiempo en el que Mauro estuvo encerrado con Alexia y le daba los últimos retoques al vestido, se quedó con su novio charlando de un montón de cosas. Desde sus trabajos actorales antiguos y recientes, demostrando que realmente era un fan incondicional del actor, hasta de su relación con el ayudante de vestuario. Pasando por el trabajo de ambos, ya que se dedicaban al mundo de la moda aunque en diferentes ramas, y por supuesto de su amistad con Alexia y evidentemente con María y Eva, a las que conocía desde hacía mucho tiempo y a las cuales adoraba. El tiempo pasó volando y aunque insistió, Mauro fue rotundo cuando se negó en redondo a dejarle ver a Alexia ataviada con su vestido de gala. Según él, quería que fuera una sorpresa para todo el mundo, incluido Martín. Y a pesar de que no le hizo mucha gracia tuvo que desistir cuando los tres cerraron filas sobre ese asunto.

Cuando le tocó su turno, el actor se quedó asombrado por el sorprendente trabajo realizado por el modisto. Tenía un traje en su casa de una conocida y prestigiosa marca italiana, por si el trabajo de Mauro no era lo suficientemente bueno como para llevarlo en la boda de su antigua empleada. Siempre era mejor ser previsor por lo que pudiera pasar, sobre todo en un evento tan importante

como aquel. Pero tenía que reconocer que el ayudante tenía mucho talento y era muy bueno en lo que hacía, preguntándose, ¿qué diablos hacía ese hombre perdiendo el tiempo y sus actitudes en el trabajo que estaba realizando ahora?. Y cuando se lo preguntó, éste le contestó que no había tenido ni el dinero ni la oportunidad de poder demostrar su destreza, y que sus ideas y bocetos habían sido rechazados una y otra vez por no tener un nombre o una persona con influencias que lo respaldara. Y le contó el acuerdo al que había llegado con Alexia para que pudiera promocionar sus diseños e intentar darse a conocer poco a poco, algo que Martín ya sabía, pero que le hizo pensar y elaborar una idea para ayudar al que ya consideraba su amigo. Y tardaron un poco más de lo esperado, ya que le costó convencer a Mauro para que le dejara pagar un más que generoso precio por el vestido que había diseñado y confeccionado para su asistente, asegurándole que era una inversión, ya que quería ser él mismo el que le ayudara a conseguir su sueño. Pero solo tenía una condición, y era prometerle que no le diría nada a ella, a lo que Mauro finalmente accedió.

Cuando se estaban despidiendo para marcharse, Martín se enteró de que Toni iría a buscar Alexia el viernes a primera hora de la mañana, para recogerla y llevarla a su apartamento donde estarían sus amigas para ayudarla a prepararse y vestirse para la boda. Y fue muy tenaz e insistente para que cambiaran los planes, y fueran directamente los cuatro a casa de él, y allí ayudaran a su empleada en lo que necesitara. Y aunque la mujer terqueó cuanto pudo, incluso amenazó con no ir a la boda, su jefe se mantuvo en sus trece explicándole los motivos de porque sería mucho más cómodo para todos el que se hiciera como él decía, y recriminándole que fuera tan obstinada y caprichosa. Y después de resoplar por su comentario y de darse cuenta de que sus dos amigos se pusieron de su parte, Alexia supo que tenía todas las de perder, no dejándole más opción que rendirse a lo que era algo más que evidente. Que su jefe con su sonrisa y encanto personal los tenía totalmente hechizados, incluso a Mauro, el cual tan solo unas horas antes había renegado de él llamándole ogro y escapando de su mal humor, y al que ahora solo le faltaba postrarse a sus pies. Ella entendía que cuando quería podía ser el hombre más encantador que existía en la faz de la tierra, pero ese cambio de actitud por parte de Mauro era casi escandaloso. Y se marchó de su casa renegando de sus amigos, refunfuñando algo sobre que la habían vendido sin el más mínimo pudor.

Cuando se subieron al coche para volver a casa, las tornas para Martín habían cambiado rotundamente, sintiéndose por primera vez en mucho tiempo satisfecho y tranquilo, después de descubrir que sus sospechas sobre Alexia y su amante eran totalmente infundadas. Y estaba comenzando a pensar que quizás su padre tuviera razón, y que si se había equivocado en esto también podría haberse equivocado en todo lo demás. Y la miró de reojo, sin poder evitar la misma sonrisa de tonto que se le había quedado desde que descubrió quien era Toni. Y empezó a acariciar la idea de que quizás hubiera una esperanza, que aunque fuera pequeña, era una esperanza al fin y al cabo.

Cuando llegaron a casa lo hicieron a tiempo de cenar y por supuesto Miguel, el cual ya había tomado por costumbre el acompañar todas las tardes a su nieto, aceptó la invitación de quedarse.

Alexia estaba muy sorprendida por el cambio de actitud hacia ella. Si en algún momento hubiese pensado, que el llevarlo a casa de Mauro y que conociera a Toni lo iba a poner de tan buen talante, lo hubiera hecho hacía tiempo. Cada vez entendía menos sus cambios de humor, empezando a pensar seriamente si no tendría doble personalidad o algo por el estilo. Aunque para ser honesta lo prefería mil veces así a tener que aguantar su sequedad y malos modos, aunque fuera por culpa de ella. Cuando acabaron de comer se dirigieron al salón como casi todas las noches que cenaban en casa, para ver la película de dibujos animados que en ese momento le apeteciera a Lucas. Pero en este

caso hubo dos diferencias importantes; la primera, fue que Martín no salió esa noche como había sido su costumbre en los últimos días, y el que sí se marchó fue Miguel alegando un repentino y sospechoso dolor de cabeza. Y la segunda, fue que no vieron una película de dibujos como quería Lucas, sino que vieron la primera de la saga de Indiana Jones para sorpresa del niño, que protestó por no poder ver lo que él quería, pero que al final acabó riéndose a carcajadas con el pequeño Tapón y sus travesuras. Cosa que alivió sobremanera a Alexia, ya que estaba empezando a agarrarle algo de tierra al señor Disney.

Cuando el film terminó sorprendió a Martín observándolos embelesado, ya que Lucas por culpa del cansancio se había quedado dormido en el sofá cuan largo era, y con la cabeza apoyada en su regazo, mientras ella de forma inconsciente le acariciaba el pelo con ternura. Y cuando sus miradas se encontraron, se le formó un nudo en la garganta al ver el sentimiento de gratitud y anhelo en la mirada de él.

—Lucas te ha tomado mucho cariño.—le susurró para no despertarlo.

Alexia bajó la mirada y observó con dulzura al niño.

—Y yo a él.—le contestó después de carraspear para aclarar su garganta.—Es un encanto de criatura. Es muy bueno y dulce, y tienes que estar muy orgulloso de él.

—Sí que lo es y te aseguro que lo estoy. Estoy muy orgulloso de mi hijo.

Y como la situación se estaba volviendo muy incómoda para ella, le hizo un comentario para picarlo y que dejara de observarla de esa manera.

—Nada que ver con su padre, la verdad. Espero que no saque tu carácter porque si no, ¡Dios nos coja confesados!

Y Martín en vez de ofenderse por su comentario como creía que iba a hacer, soltó una carcajada consiguiendo despertar al niño.

—¿Alex... ?.

—Dime pitufo.

—¿Ya se ha acabado la película?—preguntó mientras se restregaba los ojos con los puños.

—¡Sí, campeón!.—le contestó su padre mientras lo agarraba en brazos.—Y ya son horas de irse a dormir.

—¡Pero yo quiero acabar de ver la película!.—lloriqueó tercamente.

—Por hoy ya ha sido más que suficiente. Mañana acabamos de verla, ¿de acuerdo?—le contestó Martín.

—De acuerdo.

—Y ahora dale un beso de buenas noches a Alexia.

Y el niño se inclinó para besarla en la mejilla.

—Buenas noches Alex.

—Buenas noches pitufo, que sueñes con los angelitos.—le dijo después de devolverle el beso.

Y cuando el actor se estaba marchando con el niño, éste dijo algo que lo hizo pararse de golpe.

—*Papito*, ¿y tú no le vas a dar el beso de las buenas noches?.

—Tienes razón campeón.

Y se acercó a ella que ya se había levantado del sofá para irse a dormir también.

—Buenas noches Alex, y espero que sueñes conmigo esta noche.

Y le dio un breve beso en los labios, para marcharse a continuación y dejarla azorada mientras ambos, padre e hijo, subían por las escaleras con una enorme sonrisa en el rostro.

Y cuando Lucas ya estaba acostado y arropado en su cama le volvió a preguntar.

—Papi, ¿Alex y tú sois novios?.

—¿Te gustaría que lo fuéramos?.

El niño asintió vigorosamente.

—A mí también me gustaría hijo, pero todavía no lo somos. Aunque si tú me ayudases un poquito podríamos conseguirlo, ¿qué te parece?.

—Siii.—gritó el niño exultante.

—Pero ahora tenemos que dormir. Y mañana ya pondremos en marcha nuestro plan de ataque, además creo que el abuelo Miguel también estará encantado de ayudarnos.—le confesó guiñándole un ojo.

—¡*Padrísimo!*!

Y se marchó más tranquilo de la habitación del niño al contar con su beneplácito. Después de haber pasado esa noche los tres juntos por fin sabía lo que quería, y lo que quería era exactamente eso. Quería a Alexia en su vida fuera como fuera. Y quizás su padre tuviera razón por lo que por esta vez le haría caso, pero sobre todo escucharía a su corazón, y éste le decía que luchara por el amor de esa mujer. Y haría todo lo que estuviera en su mano para que se enamorara de él, aunque para ello tuviera que utilizar a su propio hijo, pues se había dado cuenta de que era una debilidad para ella y que podría utilizar en su propio beneficio. Porque como dice el refrán, en el amor y en la guerra todo vale. Y él amaba a Alexia con toda su alma y deseaba más que nada en este mundo que ella lo amara a él. Deseaba formar y construir una familia juntos, pero no conseguiría nada si él mismo no peleaba por ello, aunque se muriera de miedo y pánico atenazándolo por completo. Pero estaba decidido. Decidido a darlo todo por el todo y a seguir su instinto. El mismo instinto que le gritaba a voces que Alexia se sentía igual de atraída que él por ella. Que lo que su cuerpo le decía cada vez que la tocaba o la besaba era lo mismo que lo que él sentía, y esa era una verdad rotunda y definitiva por mucho que ella se empeñara en negarlo. Así que por fin y después de mucho tiempo, durmió tranquilo y de un tirón toda la noche convencido y esperanzado de que su decisión era la correcta, y deseando que llegara la mañana para empezar su cometido de acoso y derribo, algo que por supuesto estaba ansiando hacer.

Cuando Alexia al día siguiente apareció por el comedor para desayunar, Martín la recibió con una amplia sonrisa, algo que no pasó desapercibido ni para ella ni para Sole que estaba sirviendo a Lucas. Y pareciera que se hubiera levantado muy temprano ya que había terminado de desayunar, pero lo que más la dejó extrañada si cabe fue lo que le comentó a continuación;

—Vas a tener que cambiarte de ropa Alexia ya que esa no es la adecuada para hoy.

La mujer observó su vestido de algodón conjuntado con una torera vaquera. Eran dos prendas muy simples y funcionales pero que le sentaban muy bien.

—¿Por qué?—le preguntó extrañada.

—Porque si me vas a llevar en moto a trabajar no creo que te sientas muy cómoda con esa ropa, aunque tengo que reconocer que estás preciosa.

—¿En serio?—preguntó.

Sorprendida a la vez por la proposición y el piropo, logrando que se ruborizada hasta las cejas. Él se

levantó de la mesa para acercarse despacio a ella con una sonrisa depredadora en su rostro, y la agarró de la mano para hacerla girar despacio, sin dejar de mirarla nunca directamente a los ojos.

—¿Tu qué dices Lucas?. ¿No te parece que está muy hermosa?.

—Si *papito*, está muy hermosa.—le contestó el niño desplegando una sonrisa tan bribona como la de su padre.

¡Virgen Santa!

Estaba totalmente perdida en los increíbles ojos verdes de su jefe.

—Se dice hermosa Lucas.—le corrigió Sole al oído con una sonrisa de oreja a oreja también.

—Eso hermosa papá, muy hermosa.

—Ves, hasta mi hijo lo piensa.—le susurró Martín.

—No, yo... ah... no me refería... ah... Yo eh...—empezó a hablar de forma aturullada.

—¿Si?.

Se tuvo que alejar de él ya que no era capaz de hilar dos pensamientos juntos. Entre su cercanía, la mirada tan intensa, y esos sexys hoyuelos que se le marcaban cuando sonreía no la dejaban pensar con claridad. Y tragó saliva para después tomar un poco de aire.

—Ejem...—carraspeó mortificada.—Me refería a lo de llevarte en moto.

—Por supuesto que es en serio.—le confirmó muy tranquilo.

Acercándose nueva y peligrosamente a ella, haciendo que la mujer siguiera reculando para alejarse de él.

¡Por el amor de Dios!. ¿Y ahora qué le pasaba?.— se preguntó todavía aturdida y sin encontrar una sola explicación razonable a su extraña actitud.

Esa mañana lo encontraba raro y con un brillo especial en su mirada que no había visto nunca antes.

—Ah... pues entonces tienes razón y será mejor que me vaya a cambiar. ¡YA!

Y salió corriendo como alma que lleva el diablo de la estancia, y tan rápido corría que no escuchó las risas cómplices de las tres personas que dejó atrás.

Cuando a los pocos minutos volvió a subir con unos vaqueros azules gastados, una camiseta de color rosa chicle y la misma torera de antes, se sentó a la mesa mirando a Martín cautelosamente, intentando adivinar si seguía con el mismo humor o si por el contrario había cambiado. Y éste le devolvió una mirada hambrienta admirando apreciativamente su cambio de vestuario, mientras esbozaba una secreta sonrisa de medio lado que solo él sabía su significado.

Después de desayunar recogieron sus enseres y se dirigieron al garaje para subirse a la moto. El actor tenía varios modelos, pero Alexia se decantó por la más baja debido a sus problemas de altura. Y salió de la casa en dirección a la productora de televisión, con un sentimiento de alborozo en su interior que hacía mucho tiempo que no sentía. Mientras rezaba con toda sus fuerzas para que este cambio de comportamiento por parte de él, se debiera a que la había perdonado por rechazarlo y decidiera seguir adelante y tratarla con más amabilidad. Aunque minutos después cambió de opinión cuando el hombre pegó su cuerpo al de ella agarrándola de la cintura suavemente. Sentía el calor que desprendía su torso unido a la espalda de ella, mientras cientos de escalofríos la recorrían de arriba abajo. Y cuando levantaba el brazo para indicarle la dirección que tenía que tomar, rozaba (no sabía si intencionadamente o no) sus pechos al hacerlo, algo que la estaba volviendo literalmente loca. Por lo tanto no era de extrañar que cuando llegaron al parking, Alexia se bajase de la moto tan rápido que a punto estuvo de dejarla caer, algo que no sucedió gracias a la rápida intervención del actor que sujetó el vehículo con destreza.

—Lo siento.—le dijo mientras se mordía el labio nerviosa.

—No pasa nada.

Ahora sin el casco él la observó más detenidamente pudiendo apreciar el rubor que le teñía las mejillas, y volvió a sonreír contento por el efecto que estaba causando en ella.

—¿Estás bien?.

¡¿Estas de broma?!.

Por supuesto que no estaba bien, no habían sufrido un accidente de tráfico de puro milagro. Ese hombre la perturbaba como ningún otro. Desde su extraño beso la noche anterior, hasta su comportamiento de ahora, tenían a Alexia completamente desconcertada. No sabía qué o quién había sido el causante del cambio de su comportamiento, aunque estaba segura de que aunque pasaran un millón de años no llegaría a comprenderlo nunca.

—Sí, estoy bien gracias.

Y él asintió contento por su respuesta por lo que se dirigieron al ascensor. Y cuando la puerta se cerró, Martín se acercó despacio con una intensa mirada como si quisiera devorarla con ella. Y lentamente sin desviar los ojos clavados en los suyos, levantó la mano para acercarla a su rostro, mientras que ella con el corazón en un puño deseando y temiendo por igual lo que fuera hacer al instante siguiente, se echó hacia atrás hasta que su cuerpo topó con la pared. Y con mucha suavidad él agarró su cara con la mano derecha, para después restregar el pulgar en la comisura del ojo, para a continuación soplar con delicadeza, logrando que Alexia cerrara los parpados y dejara de respirar durante un instante, mientras el vello de su cuerpo se erizaba completamente. Martín la contempló durante unos segundos, luchando contra la necesidad imperiosa de besarla, hasta que con mucha dificultad se apartó de ella.

—Tenías una pestaña.

Le comentó cuando la asistente abrió los ojos, señalando con el dedo su cara mientras esbozaba una sonrisa socarrona. Ella se quería morir por el bochorno que sentía, pero justo en ese momento se abrieron las puertas y fue la excusa perfecta para salir a toda prisa de allí.

Las horas pasaban volando mientras Alexia respondía las llamadas, y hablaba con las chicas y Mauro sobre como harían al día siguiente. Su amigo contento pero algo celoso, le contó sobre lo emocionado que estaba su novio por haber conocido a Martín, y cuando sorprendida la peluquera preguntó cómo había llegado el actor a su casa, el ayudante les contó con pelos y señales la visita a su apartamento. Y también les explicó de forma traviesa como tiempo después, Toni y él lo celebraron en el dormitorio por todo lo alto.

—Tienes que decirle a tu jefe que venga más a menudo por mi casa, dejó a mi cari tan a tono que el polvo que echamos fue espectacular.

—¡Mauro!.—susurró escandalizada María.—¿Cómo se te ocurre decir eso?.

—No he dicho nada malo cariño. Solo tienes que ver como tengo hoy el cutis.—le contestó mostrándole la cara.

—¡Mira que eres bruto!.—le reprendió Eva.

—Esa es toda la envidia que os carcome.

—¡Tienes razón!.—confirmó Alexia mientras soltaba una carcajada.—Pero para la próxima invítalo tú que es tu casa.

—Umm...—ronroneó soñadoramente.— en lo único en lo que pienso es, ¿en cómo será el de mañana cuando salgamos de la mansión?. Mi cari estará tan caliente que no sé si nos dará tiempo de llegar a

nuestra cama. Ya lo hemos hecho en el coche más de una vez, pero no en pleno día —¡Eres un guarro!.—exclamó la peluquera.—¡Oh Dios, y yo me he sentado ahí!.—dijo al darse cuenta después poniendo cara de asco.

Y los tres se echaron a reír.

—Tranquila, no hace falta que te vayas a hacer el test que no te he dejado embarazada.

—¿Quién está embarazada?—preguntó Martín sorprendiéndolos por su repentina aparición.

Como los cuatro se quedaron callados mientras se ponían colorados como tomates, el actor levantó una ceja inquisitivamente.

—Nadie.—le aclaró Mauro.—Son cosas de mujeres.

—Ya.—contestó de forma escueta.

Y sin darle mayor importancia a la extraña actitud de los cuatro le dijo a su empleada;

—Necesito que me ayudes un momento.

—Claro.

Y se fue tras él hasta su camerino. Cuando entró les estaba esperando Esther, que repasaba el guion que tenía en sus manos.

—Oh, gracias por ayudarnos cielo. Es que estábamos discutiendo sobre una escena en concreto y no nos ponemos de acuerdo.—le explicó la actriz brevemente.

Y a continuación le expuso el tema de debate, que no era otra cosa que la mejor manera de expresar e interpretar una de las escenas más candentes de la telenovela. Llevaban un rato ensayándola, pero los actores tenían diferentes conceptos a la hora de coreografiar el momento de reconciliación entre los dos protagonistas de la novela.

—¿Tú qué opinas?. ¿Queda mucho más sensual si Martín me acaricia suavemente la cara o si me besa el cuello por detrás de mi espalda?—le preguntó Esther mientras escenificaba brevemente las dos situaciones.

Alexia tragó saliva. Era una situación muy incómoda para ella porque aunque sabía que todo era mentira, no le era plato de buen gusto contemplar como su jefe se besaba y acariciaba con otra mujer, aunque esa fuera su amiga Esther.

—Ejem... Pienso que eso es mejor que se lo preguntéis al director, ¿no creéis?.

—Ya lo hemos hecho y nos ha dado unas pautas, pero el resto como siempre nos lo deja a nuestra elección.—le explicó su jefe observándola detenidamente.

—Queremos una opinión imparcial sobre esto y tú eres la más adecuada.

—¿Imparcial?.

¡Y un cuerno!.— pensó, pues ella era todo menos imparcial.

—Efectivamente. Tú has dicho más de una vez que no has visto muchas telenovelas, así que queremos una opinión fresca y distinta a las que hay por aquí.

—Esther, no sé si soy la persona más adecuada para opinar sobre algo así. Yo...

Alexia buscó ayuda en su jefe, pero éste seguía manteniendo esa sonrisa enigmática en su rostro, que estaba empezando a sacarla de quicio a pasos agigantados.

—Está bien, no te preocupes.—le soltó su amiga.

Y la agarró firmemente por los hombros mientras la situaba delante de su compañero.

—Ahora Martín sujétala y acaríciala como a mí.

Y el actor se apresuró a seguir las indicaciones de la actriz con mucha presteza, mientras la asistente intentaba buscar una excusa para zafarse de ese momento tan comprometido y peliagudo como el que

estaba viviendo. Recordando aquel episodio en el que como ahora, ensayaba con él unas escenas muy calientes y sensuales, pero esta vez a la orden de su amiga. Y aunque profesó todas sus dudas y miedos no tuvo ninguna posibilidad, ya que éstos fueron acallados rotundamente por los dos actores. Por tanto ahora se encontraba delante del hombre al que amaba profundamente con el corazón latiéndole a mil por hora, mientras con mucha delicadeza él le acariciaba su rostro y ella se perdía en esa profunda mirada verde.

—Bien. Y ahora ponte detrás de Alex y apártale el cabello para besarle el cuello.

—¿Así?—preguntó, mientras agarraba por la cintura a su empleada acercándola a su propio cuerpo. Y muy suavemente le apartaba el pelo con los dedos, mientras la besaba y la mordisqueaba desde la base del cuello hasta el lóbulo de su oreja haciéndola estremecer. Y se paraba unos segundos para besar y lamer con reverencia esas dos estrellas tatuadas en la base de la nuca.

¡Virgen Santa!

Alexia estaba empezando a sentirse un poco mareada, y después de unos segundos que se le hicieron interminables la actriz asintió levemente.

—Sí, perfecto. Me gusta más esa postura.—confirmó Esther.

Aunque sinceramente le importaba bien poco, porque lo que ella quería era ayudarlos, darles un empujoncito. Se había percatado del cambio de actitud de Martín cuando había llegado esa mañana por el foro con respecto a su empleada, no le importaba demostrar lo que sentía por ella mientras se la comía con la mirada sin ningún pudor delante de todo el mundo. Debido a ello observó como el tormento en sus ojos y el rictus permanente de su rostro se habían disipado totalmente, y no le hizo falta que le dijera nada para saber que las cosas para él habían cambiado. Otro cantar era Alexia, que aunque se la notaba más relajada y sin el ánimo tan decaído, todavía esquivaba y se ruborizaba intensamente con las miradas ardientes que le lanzaba el actor. Así que trazó un plan que quizás pudiera funcionar, por eso lo mandó a buscarla poniendo como excusa que no estaba muy convencida sobre la forma de ensayar esas importantes escenas. Y todo fue mucho más fácil cuando tácitamente Martín aprobó y colaboró con su idea, siguiendo con mucho interés todas sus indicaciones.

—Bien, ahora acaríciala suavemente el brazo mientras te pones delante.

Y el actor iba haciendo todo lo que ella le decía.

—Ahora mírala demostrando todo el amor que sientes por ella.

—Eso es fácil.—susurró él.

Alexia se humedeció los labios inconscientemente, cosa que hizo desviar la mirada de su jefe hacia su boca. Y Esther no le tuvo que decir nada a su compañero para que éste la tomara por el cuello y la acercara más a él, pegándola totalmente a su torso mientras juntaba sus labios contra los de ella para atacarlos sin piedad. Y casi al instante siguiente acosarla y devorarla con sus dientes y su lengua, en un beso tan intenso y húmedo como devastador, mientras su corazón palpitaba y su sangre rugía recorriendo su cuerpo vertiginosamente. Por un momento ella se abandonó a ese ataque respondiendo con la misma intensidad que él, mientras se aferraba a sus hombros temerosa de que sus piernas flaquearan. Y devolvía con el mismo ímpetu que recibía, mientras sus lenguas se unían y sus respiraciones entrecortadas eran una sola, desesperada por sentirlo nuevamente, por saborearlo, por amarlo con todo su ser. Entregando su alma y su corazón en cada envite de sus lenguas, mientras su piel y todo su cuerpo se estremecía gritando de alguna manera que era suya. Pero de pronto escuchó una risa lejana que pasaba rápidamente delante de la puerta del camerino, devolviendo a Alexia a la cordura y la realidad. Y bruscamente se apartó de Martín.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.—murmuró mientras salía huyendo del camerino.

Dejando al actor con las manos apoyadas en el mostrador donde estaban algunos utensilios de maquillaje, y respirando con dificultad intentando recuperar y normalizar las pulsaciones de su corazón.

—Lo siento mucho Martín.—dijo Esther descorazonada.

Era evidente que su plan no había funcionado, y eso que había creído que era una idea increíble, pero no había contado con la actitud tan necia que estaba tomando Alexia. Honestamente su amiga estaba empezando a desquiciarla, por negarse a reconocer que estaba locamente enamorada de Martín, aunque fuera su maldito jefe. Pero se quedó totalmente perpleja cuando observó cómo su amigo esbozaba una brillante sonrisa.

—No lo sientas Esther, porque gracias a ti por fin estoy totalmente seguro.

—¿Seguro de qué?—le preguntó confundida.

—De que siento algo por mí y que no le soy del todo indiferente.

—¡Pues ya te has tardado guapo!—le reprochó su amiga poniendo los brazos en jarras.—Y si me hubieras preguntado a mí, yo te lo hubiera confirmado hace tiempo.

Y se abrazó a él feliz y aliviada de que por lo menos uno de los dos no fuera tan estúpido.

—Esa idiota que acaba de salir de aquí te ama Martín.—le dijo al oído.— Y si le preguntas a todos y cada uno de los que están ahí afuera te dirán exactamente lo mismo que yo.

Y se separó un poco para mirarlo directamente a los ojos, y contemplar admirada como su amigo esbozaba una enorme y deslumbrante sonrisa.

—Alexia te ama, lo sé.

—Y yo a ella.

Y se volvieron a abrazar.

—Gracias.—le susurró el actor.

Pero Esther no pudo responder por el nudo de emoción que tenía en su garganta, mientras lágrimas de felicidad por su amigo surcaban su rostro.

Tiempo después Alexia estaba acostada en su cama dándole vueltas a la cabeza, mortificada y sin lograr entender que era lo que se le había pasado por la cabeza para dejarse liar de aquella manera. Lo que había pasado en aquel camerino había sido nuevamente una equivocación. Un absurdo y flagrante error. Y se preguntó por enésima vez por qué no se había enamorado del carnicero, o del cartero, o de un hombre acorde a sus posibilidades y que no estuviera tan fuera de su alcance como Martín Ledesma. Pero sus pensamientos fueron interrumpidos por unos golpecitos en la puerta.

—¿Sí?

—¿Podemos entrar?

—Claro pitufo, entra.

Y aparecieron en la puerta Lucas seguido por su abuelo.

—Hola, ¿estás haciendo algo?—le preguntó Miguel.

—Pues no, la verdad.

Porque el maldecirse un millón de veces y estrujarse el cerebro como una idiota no contaba.

—Es que Lucas quería jugar en la piscina y veníamos a preguntarte si querías acompañarlo.

Piscina, más biquini... ¡No, ni hablar!

—¡Me encantaría!, pero quizás sea mejor que lo acompañes tú.—se disculpó torpemente.

—Ah... pero es que no he traído bañador.

—Porfís Alex.—empezó a suplicarle el niño haciendo pucheritos.

La asistente se moría por ir a la piscina pues siempre le había encantado el agua, pero no enseñaría sus lorzcas por ahí y menos estando Martín cerca.

—Estoy segura de que tu papá estará encantado de jugar contigo.—le sugirió intentando calmarlo, mientras éste tiraba de su mano para que se levantara de la cama.

—Papi no está.

La mujer miró a Miguel para confirmarlo.

—Eh...es cierto.—le confirmó con una extraña mirada.— Dijo algo como que se tenía que marchar.

—¿A dónde?—preguntó extrañada y con un ramalazo de celos subiendo por su garganta.

—No lo sé.

—Venga Alex.—siguió tirando de ella el niño.—Vamos a jugar a la piscina.

Alexia se lo pensó durante un segundo. Pero no, no correría riesgos.

—Estoy segura que si le pides un bañador de tu hijo a Tina, ella te lo puede prestar.

—¡Ay hija!, ya me gustaría a mí que los bañadores de Martín me sirvieran, pero no me entrarían ni en una pierna.—contestó el hombre acariciando su incipiente barriga.

—Porfís, porfís, porfís...

—¡Lucas para ya!—le riñó Alexia mientras pensaba en qué hacer.

—No seas tonta y ven a divertirme un rato.—insistió Miguel intuyendo de que estaba a punto de ceder, mientras su nieto seguía tirando de ella y solo vocalizaba el porfís.

—No sé si es una buena idea Miguel, yo solo soy una empleada y no creo que sea correcto que me bañe en la piscina.

El hombre empezó a pensar rápidamente en una excusa plausible pero no era muy bueno mintiendo.

—Ah...

Quería ayudar a su hijo pero se le estaban acabando las ideas.

—Papi nos dio permiso antes de marchar, dijo que solo podía bañarme si tú me acompañabas.

¡Vaya con el mocoso!— pensó Miguel, pues había sido más rápido en reflejos que él.

—¿Y cuánto va a tardar en volver?.

—Dijo que seguramente no vendría hasta antes de la cena.

Y el abuelo le sonrió orgulloso a su nieto porque que esa vez había sido más veloz inventándose la mentira.

—Está bien.—se rindió por fin al ver que no había ningún problema a la vista.—Dejad que me ponga un biquini y os acompaño.

—¡Padrísimo!—gritó Lucas loco de contento.

—Sal muchachote, vamos a dejar a Alexia cambiarse.

Y poco tiempo después llegaban los tres a la piscina climatizada.

—¡Espera por mí Lucas!—le gritó mientras se quitaba el albornoz y Miguel se sentaba en una mesa a leer un libro.

El niño la esperó en las escaleras mientras intentaba infructuosamente ponerse los manguitos en los brazos, y cuando la asistente comprobó que todo estaba correcto entraron los dos en el agua. Unos minutos más tarde Alexia escuchó detrás de ella el ruido característico de cuando una persona se

zambullía de golpe, y cuando se giró para buscar quien era, sintió como alguien la arrastraba de las piernas logrando que perdiera pie por la sorpresa, y la hundiera debajo del agua. Y cuando salió a la superficie tomando aire y quitándose el pelo del rostro, se quedó boquiabierto cuando se encontró con Martín delante de su cara mientras se reía junto con Lucas de ella.

—¿Pero qué...?—farfulló perpleja.—¿Tú no...? ¿Tú no te habías ido?.

El hombre se encogió de hombros y miró a su hijo para guiñarle un ojo.

—Decidí cancelar la cita.

La mujer resopló indignada cuando se dio cuenta de que la habían mentido, y procedió a salir de allí nadando hasta el borde, pero no llegó muy lejos cuando fue alcanzada por su jefe atrapándola con su brazo por debajo del pecho y arrastrándola hacia él.

—¿A dónde vas?—le preguntó al oído mientras ella trataba de zafarse.

—Creo que ya no me necesitas aquí.

—Claro que te necesito, casi como el respirar.—le susurró haciéndola cosquillas y consiguiendo que su piel se erizara.

—¡Martín!—masculló furiosa.

¡¿Pero qué diablos pretendía diciéndole esas cosas?!.

El hombre se rio al comprobar el efecto que ejercía en ella.

—¿Tienes frío?.

—¡Vete al infierno!.

Y volvió a zambullirla debajo del agua.

Estuvieron jugando al gato y al ratón durante unos minutos, hasta que Alexia decidió quedarse cuando se percató de que si salía, el actor le miraría los michelines que le sobraban. Por lo que al final estuvieron divirtiéndose los tres juntos mientras eran vigilados disimuladamente por Miguel, y durante ese tiempo se preguntaba a qué demonios estaba jugando él, sin llegar a ninguna explicación aceptable.

Pero después de un tiempo Lucas quiso salir del agua para ir a hacer un pipí, y aunque en un primer momento la asistente se ofreció a llevarlo, después se arrepintió cuando recordó que para ello tendría que salir del agua. Y antes muerta a que su jefe viera su fofó cuerpo, así que se sintió aliviada cuando Miguel se brindó a acompañarlo asegurando que volverían en unos minutos. Pero los minutos pasaban y ni el abuelo ni el nieto hacían acto de presencia, y Martín había dejado de nadar lánguidamente a la espera de la llegada de su hijo, para acercarse a ella como un tiburón acechando a su presa. Despacio con parsimonia, como si ella fuera un bocado apetecible y él estuviera hambriento, sin dejar de mirarla fijamente ni perderla de vista ni un instante. Hasta que la fue acorralando contra el borde de la piscina dejándola sin escapatoria posible.

—Creo que ya es hora de salir.—comentó nerviosa.

Él esbozó una sonrisa bribona mientras se le marcaban esos sexys hoyuelos.

—¿Por qué?. ¿No te lo estás pasando bien?—le preguntó acercándose más.

Alexia ya tenía la espalda apoyada en la pared.

—No me apetece seguir jugando.

—Umm...—ronroneó.—Pues a mí sí.

Y se acercó tanto que su rostro estaba a solo unos pocos centímetros del de ella.

¡Dios bendito!.

—Martín...—jadeó Alexia.

—¿Si?

La respiración de la asistente empezó a ser más rápida y agitada.

—No me mires así.—susurró quedamente.

—¿Así como?.

Como si quisieras comerme.

—Como lo estás haciendo.

—¿Y cómo lo hago Alex?.

—Por favor.—le suplicó sin saber muy bien por qué.

—Por favor, ¿qué?.

¡Dios!, ella tenía que salir de allí a como diera lugar, porque lo que estaba sintiendo en ese momento era demasiado peligroso. ¡No era de piedra!. Y él cuando quería podía ser devastador, y tenía miedo de no tener las fuerzas suficientes para no poder resistirse a sus encantos. Sus piernas le temblaban, su corazón martilleaba descontrolado, la temperatura corporal le había subido de repente uno o dos grados más, y un remolino de sensaciones escalaban desde su estómago. Miró a su alrededor con pánico buscando una salida pero no la encontró, así que fijó de nuevo su mirada en la de él.

—Quiero hacerte una pregunta.—le dijo el actor sin desviar esos felinos ojos en ningún momento.

La tenía justo donde la quería, anticipándose a su cobarde retirada, nerviosa y confundida. Y como ella no habló prosiguió, fijando su mirada en esos carnosos y apetecibles labios rojos que Alexia mordisqueaba inconscientemente. Y la agarró suavemente de la cintura para acercarse a su oído y susurrarle quedamente, mandándole descargas eléctricas por toda la columna vertebral.

—¿Con quién vas a ir mañana a la boda?.

—¿¿Qué?!.—farfulló.

Pues en lo único en qué pensaba era en esas manos tocando sus caderas, y los estremecimientos que recorrían su caliente cuerpo. Martín se separó un poco de ella para mirarla directamente a los ojos, mientras acariciaba lentamente con las yemas de los dedos el punto justo donde su espalda terminaba y empezaba la curva de su trasero.

—Sé que últimamente no he sido especialmente agradable contigo y he estado un poco seco y cortante.—confesó arrepentido.—Pero me gustaría empezar de nuevo Alex. Comenzar desde cero e intentar que seamos amigos.

Por supuesto no le quería decir todavía nada sobre sus verdaderas intenciones. Necesitaba ir un poco más despacio con ella ya que tenía miedo de que saliese huyendo, aunque le estaba costando un esfuerzo descomunal contenerse.

—Por eso me gustaría saber, ¿con quién vas a ir mañana a la boda?.

—Con... con nadie. Voy a ir sola.—respondió al fin cuando fue capaz de asimilar la pregunta.

—Quiero que vengas conmigo.

—Contigo.

—Si. Los dos juntos.

La mente de Alexia empezó a trabajar con algo de dificultad, ya que estaba más pendiente de las caricias juguetonas que Martín le estaba haciendo debajo del agua que a sus palabras.

—Ahh...

Mañana. Los dos. Juntos. Boda.

—De acuerdo.—le confirmó.

Ya que no veía nada malo en ello. Trabajaban juntos por lo que no sería ninguna sorpresa si

aparecían en la boda en compañía. Y él sonrió satisfecho al haber conseguido lo que quería.

—Perfecto.—le dijo poniéndose serio de repente.

¡Dios bendito!

Le estaba costando la vida misma no abalanzarse sobre ella. Era tan hermosa y la deseaba tanto. Nunca antes había ansiado con tantas ganas a una mujer como a Alexia, en esos momentos le haría el amor en esa piscina sin importarle nada más. Estaba desesperado por ella y la pasión y atracción que sentía era devastadora, algo que todavía lo dejaba sorprendido. Porque los días anteriores había estado con mujeres realmente increíbles, pero por las que había sentido solamente hastío, ya que de su cabeza no desaparecía la imagen de su empleada en ningún momento. Lo cual le hacía estar completamente seguro de que estaba profundamente enamorado de ella.

Y cuando la asistente se percató de que la mirada del actor pasaba de divertida a altamente peligrosa, decidió que le importaba un pimiento si descubría sus michelines y sus kilos de más, lo único verdaderamente urgente era salir de allí pitando.

—Tengo que irme.

Por lo que de repente lo empujó bruscamente y se zafó como pudo, pillando al hombre desprevenido por su huida repentina.

—¡Cobarde!.—le soltó él.

Pero Alexia ya estaba corriendo, parándose solo a recoger el albornoz y ponérselo precipitadamente. Y él no se atrevió a perseguirla porque necesitaba algo más que unos minutos para bajar la hinchazón de su entrepierna. Y aunque el día de hoy había sido muy instructivo, tenía que acabar cuanto antes con esa situación o de lo contrario iba a explotar. De eso estaba completamente seguro.

Capítulo 29

A las ocho de la mañana se presentaron nerviosos y algo intimidados por estar rodeados de tanto lujo Mauro y su pareja, junto a Eva y María para ayudar a Alexia a prepararse para el enlace. Y cuando Martín los encontró estaban todos sentados alrededor de la mesa de la cocina tomando un café con unos dulces, mientras sus compañeros de trabajo conocían a sus empleadas Tina y Sole, las cuales hicieron migas enseguida. Lucas también estaba allí todavía en pijama y sentado en el regazo de Alexia, mientras escuchaba hablar a los mayores algo sorprendido por el hecho de que hubiera tanta gente desconocida. Y cuando se dieron cuenta de su presencia al principio se hizo un silencio, pero todos a continuación volvieron a hablar sobre los temas que les ocupaban en ese momento, logrando que el actor elevara una ceja al sentirse totalmente ignorado en su propia casa mientras habría la nevera para prepararse un zumo.

—¿Quieres que te prepare un café?—le preguntó Alexia cuando se acercó a él con una tímida sonrisa.

Se quedó impresionado por lo guapa que estaba a primera hora de la mañana, sin una gota de maquillaje en su rostro y con el pelo recogido de cualquier manera con una pinza. Tenía puesta su camiseta de dormir de Bon Jovi por debajo de una bata negra de algodón muy fina, y unas pantuflas de Hello Kitty negras y rosas. Y se le hizo la boca agua solo de imaginarse quitándole esas prendas una por una.

—Creo que ese es un trabajo de Soledad.—le susurró con la voz ronca por el deseo.

Su empleada lo observó un momento para captar si estaba enfadado o no, pero se dio cuenta de que no era así, por lo que se encogió de hombros desenfadadamente sin fijarse en su mirada de deseo.

—Hoy es mi día libre y no me importa hacerlo a mí.

Y agarró una taza para verter a continuación el caliente líquido amargo y aromático del café, y añadirle después dos cucharadas de azúcar como a él le gustaba.

—¿Quieres leche?.

Martín negó con la cabeza y ella le ofreció la taza, y mientras sus dedos se rozaban al hacerlo, sus miradas no se apartaban ajenos por completo a todo lo que les rodeaba que no fuera solo ellos.

—Lo siento *patrón*.—los interrumpió la cocinera avergonzada.—Enseguida le preparo su desayuno.

—No te preocupes Sole, no hay ninguna prisa.—le contestó sin apartar la vista de ella.

Pero el momento de intimidad había pasado y Alexia se giró para decirles a sus amigas de que ya era hora de comenzar. Así que mientras ellas bajaban con la asistente a su habitación, Martín les enseñó la casa a Mauro y su novio seguido muy de cerca por Lucas mientras Sole les preparaba el desayuno. Una hora más tarde llegó Miguel, el cual se quedaría a cargo del niño mientras ellos estaban en el convite, y se unió a la conversación de los tres hombres. Y como las mujeres todavía no habían acabado y les faltaba un buen rato, según los últimos informes del espía de su hijo que se turnaba en estar un rato con ellos y otro rato con ellas, el actor decidió subir a vestirse ayudado por Mauro mientras su padre se quedaba con Toni haciéndole compañía.

Bastante tiempo después, estaba en la entrada de su casa acompañado por su padre y el novio del diseñador esperando a que apareciera Alexia. No sabía muy bien por qué pero estaba nervioso, muy nervioso. Tanto que pareciera él el novio esperando por la novia en el altar. Pero la espera mereció la pena cuando la vio llegar.

Primero lo hicieron sus empleadas seguidas por Eva y María, y después apareció Lucas pegando pequeños saltitos delante de Mauro y su asistente, la cual estaba... ¡¡IMPRESIONANTE!!.

Tardó un rato en cerrar la boca de lo impactado que se había quedado mientras su corazón se saltaba uno o dos latidos, y no pudo decir palabra, porque en lo único en lo que pensaba era en lo increíble que lucía. El vestido era espectacular y le sentaba como un guante, y el maquillaje y el peinado elegante y desenfadado a la vez eran... bueno sin palabras. Estaba arrebatadora. La había imaginado más de un millón de veces desnuda, pero en ese momento no podía apartar la mirada de ella.

De pronto sintió como su padre posaba una mano en su hombro, y cuando giró la cabeza observó cómo esgrimía una orgullosa sonrisa sin dejar de admirarla en ningún momento. Y Martín no pudo más que emular a su progenitor, mientras observaba maravillado como su empleada se acercaba con una vergonzosa sonrisa y muchas dudas en sus ojos.

—¿Qué te parece?—le preguntó con timidez.

¡Virgen Santa!. ¿Que qué le parecía?. ¿Por dónde empezar?.

Como no decía nada ella empezó a morderse el labio nerviosamente.

—¿No te gusta?.

De repente sintió como alguien le daba un pequeño empujón, y aunque miró hacia atrás nadie dijo nada, así que tomó sus manos y con una radiante sonrisa y una ardiente mirada le dijo.

—¡Estas espectacular Alexia!. Me has dejado sin palabras.

Y sin aliento, en el mismo momento en que ella sonrió ampliamente satisfecha con su halago. No dejaba de asombrarse siempre que se percataba, de que ella no era consciente en absoluto de lo hermosa que era, por lo menos para él.

—Parece una princesa papi.

—Si Lucas, una bella princesa.—estuvo de acuerdo, sin apartar la mirada en ningún momento haciéndola ruborizar intensamente.

—Tú también estas muy guapo.—murmuró cohibida por la forma en la que la contemplaba.

—Gracias.

—Y tu *papito* pareces su príncipe.

—Solo si ella quiere.—contestó, ofreciendo su brazo para que se agarrara a él.

Y cuando ésta lo hizo su pecho se hincho cuanto pudo, mientras esbozaba una satisfecha y amplia sonrisa. Y se escuchó un coro de *¡Ooohhhh!* mayoritariamente femenino, y alguna que otra lagrimita de un Mauro emocionado.

—¡Oh vamos!, ¡qué tontos sois!.—respondió Alexia, mientras roja como un tomate ponía los ojos en blanco.

Cuando consiguió arrancarla de las garras de las mujeres y qué demonios de los hombres también, que no hacían más que halagarla por lo increíblemente guapa y sexy que estaba, alegando que iban a llegar más tarde que la novia a la boda se metieron en el coche para que Pedro los llevara al lugar donde se iba a celebrar el enlace. El emplazamiento era una hermosa hacienda a las afueras de la ciudad, con unos impresionantes jardines donde estaba montado el templete con el altar para la ceremonia. Decorado todo con unos centros de flores naturales preciosos, las sillas engalanadas con una tela en color blanco roto, y el pasillo cubierto por una alfombra roja y unos postes donde estaban encendidas una velas rodeadas de diminutas flores rojas. Muy cerca de allí la enorme carpa, con las mesas redondas tapizadas con unas telas en color granate y beige, que armonizaban muy bien entre ellas decoradas con más centros de flores, y en el cual después se celebraría el convite. Los

invitados fueron llegando poco a poco, y aunque Alexia no estaba muy segura, juraría que al final habría sobre unas seiscientas personas, por lo que fue una suerte encontrarse con Esther y su marido entre toda aquella multitud. Tanto la actriz como la asistente se quedaron sorprendidas por los vestidos de cada una, admirando el gran talento que tenía Mauro como diseñador, logrando hacer esas dos obras de arte en tan poco tiempo. Y hablaron de lo exquisitamente decorado que estaba todo, alabando el buen gusto de su amiga.

Martín le presentó a un montón de personas que se iban acercando a él, de las cuales Alexia olvidó sus nombres casi al instante. Pero cuando se acercaban las mujeres y elogiaban los vestidos que lucían, no perdía el tiempo en hablarles de Mauro y su increíble y portentoso talento. A lo cual también se sumaban la actriz y su jefe, para ensalzar y promocionar el trabajo del diseñador. Y hubo muchas mujeres y hombres que se fueron con el número de teléfono de su amigo guardado en la memoria de su móvil. Aunque hubo un momento en el que advirtió una extraña mirada que Esther le lanzó a su jefe, logrando que acentuara más el ceño cuando éste solo le contestó con una triste sonrisa y una breve negación de cabeza.

—¿Ocurre algo?—le preguntó a su amiga curiosa.

—No, nada.—le contestó desviando la mirada.

La observó detenidamente durante unos segundos, mientras se sentaban en las sillas que estaban ordenadas en filas detrás del altar, intrigada por su extraño comportamiento. Tenía el insólito convencimiento de que le estaba ocultando algo y quería averiguar el qué.

—¿Estás segura?.

—Si, por supuesto. ¡Mira por ahí viene el novio!—exclamó la actriz para esquivar la atención.—

¡Está guapísimo!.

Y lo consiguió, ya que Alexia desvió la mirada hacia Raúl comentando lo elegante y guapo que iba.

Minutos después apareció la novia que estaba radiante, con un maravilloso vestido en corte sirena en blanco roto y con escote palabra de honor, finalizado con un velo estilo pirata y un precioso ramo de novia de rosas rojas. Todos quedaron maravillados por lo espectacular que iba Verónica, mientras a muchas mujeres incluida Alexia, se le caía la baba por la linda pareja que hacían.

Cuando finalizó la ceremonia y pudieron acercarse a los emocionados novios, tanto ella como Martín les ofrecieron sus más sinceras felicitaciones. Es más, su jefe estuvo abrazado a su antigua empleada durante unos largos minutos emocionado al comprobar lo feliz que era, y le susurró conmovido que estaba muy dichoso por ella.

Y después de ese emotivo momento, cada uno se dirigió hacia la mesa que le correspondía para sentarse y disfrutar del banquete.

Cuando llegaron al lugar que tenían que ocupar, se percataron de que todos los comensales que los iban a acompañar eran amigos, entre los cuales se encontraban; Esther y su marido, los productores Lucía Andrade y Julio Menéndez con sus respectivas parejas, el actor Fernando Ríos y su novia, y por supuesto Roberto y su acompañante, que no era otra que una emergente y jovencísima cantante que estaba muy de moda en ese momento en el panorama nacional.

—¿Puedo hablar un momento contigo?—le preguntó el actor a Alexia antes de que se sentaran a la mesa.

Martín de pie detrás de ella miró a su compañero entrecerrando los ojos intentando adivinar cuales eran sus intenciones, pero no dijo nada cuando su empleada asintió levemente para apartarse un poco y poder hablar tranquilamente. Se había propuesto confiar plenamente en ella y no dejarse llevar por

sus absurdos celos, sobre todo después de lo que casi había ocurrido entre él, Mauro y su novio.

—Antes de nada, me gustaría decirte lo impresionantemente guapa que estás.

—Gracias.—le contestó ruborizándose un poco, pero sin abandonar su tono serio ya que no sabía con qué le iba a salir ahora.

—Y después me gustaría pedirte perdón. He sido un completo imbécil contigo Alexia y me he portado como un auténtico cabrón.

Ella empezó a esgrimir una pequeña sonrisa aliviada por sus palabras, pero que éste no observó al tener la vista fija en la puntera de su zapato avergonzado por su comportamiento anterior.

—No sabes cuánto me arrepiento de todo lo que te dije aquel día. Primero porque no te lo merecías, segundo porque no tenía derecho, y tercero y más importante porque no era cierto.

—Roberto...

—No, déjame acabar por favor.—la interrumpió levantando la vista para mirarla directamente a los ojos.—Lo siento mucho. Siento mucho haber sido un patán contigo y haber perdido tu amistad. Sé que no tengo derecho a pedirte esto pero me gustaría que me perdonaras. Te echo de menos Alex...— y puntualizó al ver que hacía un ligero gesto con la ceja.—¡como amiga!. ¡Solo como amiga!. Y si algún día me perdonaras me harías el hombre más feliz de la faz de la tierra.

Y se quedó totalmente sorprendido cuando ella se echó a su cuello para susurrarle al oído.

—¡Mira que eres melodramático!. Llevas la actuación en la sangre, ¡idiota!.

Y la estrechó más entre sus brazos con una reluciente sonrisa cuando le dio un beso en la mejilla y le dijo;

—Pues claro que te perdono, ¡tonto!, yo también te he echado mucho de menos. Y no me vuelvas a dar estos disgustos, ¿vale?.—le increpó dándole un pequeño golpe con el puño cerrado en el brazo.

Y cuando Roberto se dio cuenta de la mirada asesina que le estaba lanzando Martín, se apartó de ella con reticencia pero contento de haber logrado lo que quería.

—Gracias.—le dijo feliz.

—No me las des. Solo prométeme que no volverás a hacérmelo pasar tan mal.

—¡Te lo prometo!.—le contestó con gran solemnidad.

Y no se resistió a darle otro beso y un fuerte abrazo mientras reía contento por la reconciliación.

—Y ahora vamos a sentarnos que mi pareja me está clavando puñales con la mirada.—le mintió.

Para no decirle que quién lo estaba haciendo era su jefe. No tenía ganas de discutir nuevamente sobre lo que su compañero sentía por ella y menos que creyera que estaba celoso.

La comida transcurrió con total cordialidad. Martín estuvo pendiente de Alexia en todo momento, y ella aunque algo aturdida por las intensas miradas que le procesaba y por las deslumbrantes sonrisas que brillaban en su rostro cada vez que le hablaba, se lo estaba pasando en grande. Durante el banquete los novios se acercaron a la mesa para preguntar si todo estaba de su agrado, y por supuesto no recibieron más que alabanzas de sus invitados ya que todo estaba saliendo a pedir de boca.

Mucho tiempo después, por fin tenía a su asistente entre sus brazos bailando muy juntitos una canción romántica. Casi se había tenido que enfrentar con los otros hombres, para que le dejaran bailar una pieza con ella después de que se acabaran las canciones más marchosas. Y no pudo más que asombrarse nuevamente por lo increíblemente guapa que se la veía, con los ojos brillantes y una enorme sonrisa en su rostro, y sorprendiéndose por lo locamente enamorado que estaba de ella.

—¿Te lo estás pasando bien?.

Alexia asintió quedamente con la cabeza y sus ojos se tornaron un poco más serios cuando habló.

—Hacia mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Y tú, ¿te estas divirtiendo?.

—Mucho. Aunque la noche de la partida de cartas la disfruté de lo lindo también.

—Es verdad.—le contestó ruborizándose algo incomoda.—El problema es que yo no me acuerdo mucho de esa noche.

—Pues yo sí.—le susurró con una pícara sonrisa mientras seguían el ritmo de la música.

Ella tragó saliva. ¡Era tan guapo!, que dolía solo verlo.

—Vero está preciosa, ¿verdad?. Y se la ve muy feliz, bueno a los dos se los ve muy felices.—le comentó para cambiar de tema.

—Es cierto.

Y empezó a mordisquearse el labio inquieta por la pregunta que le iba a hacer, pero tenía que hacerla o sino iba a explotar. Quería saber. Necesitaba saber.

—¿Te arrepientes de que te dejara?. Me... me refiero...—continuó balbuceando nerviosa.—Quiero decir... ¿si todavía estás molesto porque ya no trabaje para ti?.

Él la observó intensamente sin dejar de sonreír en ningún momento.

—No, en absoluto.—y la acercó más a su cuerpo para susurrarle al oído.—Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Y ella exhaló el aire que había mantenido dentro de sus pulmones inconscientemente con evidente alivio.

—Hola Martín.

De repente el actor se quedó totalmente rígido al escuchar la voz que lo saludaba, y muy lentamente se separó de su empleada dejando de bailar para girarse hacia la persona que le había hablado. Y para el total desconcierto de Alexia cuando su jefe se enfrentó a la otra mujer no dijo palabra, aunque la agarró de la cintura para acercarla más a él. Pero si pudo notar como el músculo de su mandíbula temblaba por tener los dientes apretados, y supo sin ningún género de duda que estaba furioso.

—¡Dios mío!, ¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos!.—exclamó ella.

Y como él seguía sin decir nada y sin inmutarse en ningún momento, la mujer le presentó a su acompañante.

—Te presento a Joaquín Suárez, es un importante empresario mexicano. Y Joaquín, te presento a Martín Ledesma un... viejo amigo.

El actor le dio un frío apretón al otro hombre más que nada por educación, pero todavía sin abrir la boca en ningún momento. Y cuando el empresario molesto por su actitud masculó una excusa para irse, no fue seguido por la rubia acompañante.

—Cada vez los escoges más mayores.—masculó por fin el actor.—¿Con la esperanza de que la palmen antes y te dejen todo su dinero?.—le preguntó con sarcasmo.

Ella no contestó a la pregunta y tampoco se perturbó por el desprecio en sus palabras, sino que se giró hacia Alexia para preguntarle con una leve sonrisa.

—¿No me vas a presentar a...?.—y la contempló de arriba a abajo con escaso interés y mucha condescendencia.—¿tu amiga?.

Pero la que si la observó con evidente curiosidad era Alexia que se preguntó, ¿quién era aquella mujer y qué relación tenía o había tenido con su jefe?.

—Prefiero que no se acerque a ti, ya que todo lo que tocas lo pudres.

La asistente se quedó atónita por sus palabras, pero la mujer siguió sin alterarse volviendo su atención hacia él con desdén.

—¿Cuánto tiempo llevas en México?—le preguntó Martín enfadado.

—El suficiente.

—Ya veo. El suficiente para clavar tus asquerosas garras en otro incauto, ¿no?. ¿Cuántos años tiene?. ¿Cincuenta?. ¿Sesenta?.

—¿Celoso?—le sonrió con suficiencia.

—¿Celoso yo?—y echó la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada.—No *querida*, más bien diría asqueado. El pobre hombre tendría que saber la clase de mujer que eres, alguien debería de avisarle.

Ella volvió a dirigir su atención en Alexia ignorando las palabras del actor.

—Visto que Martín ha perdido toda educación me presento yo.— y extendió una mano hacia ella.— Me llamo Vanesa Duarte y ...

—¡Escúchame bien!—le escupió él.

Acercando su cara a la de ella peligrosamente rabioso, después de agarrar la mano de su empleada antes de que la estrechara contra la de la otra mujer.

—No quiero que te acerques a mí o a nadie que me importe, ¿me has oído?. Te advierto Vanesa, no quiero volver a verte en mi vida. Tu sola presencia me enferma y me repugna, y no voy a correr el riesgo de que corrompas todo lo que amo. Así que si sabes lo que te conviene te mantendrás muy lejos y cuando digo lejos me refiero a otro país.

Y dicho esto se alejó de allí arrastrando a Alexia con él, donde solo se pararon cuando llegaron a una zona de aquel inmenso jardín detrás de un arbusto donde no había nadie. Y tan solo después de unos minutos en los que Martín inhalaba y exhalaba aire para intentar calmarse mientras caminaba de un lado a otro, Alexia se atrevió a preguntar.

—¿Quién era esa mujer?.

—¡Nadie!.

—Martín.

—¡Alex por favor!, ¿te puedo pedir algo?—le rogó, con una agonía indescriptible en sus ojos mientras la agarraba por lo hombros.

Ella asintió con un nudo en su garganta.

—¡Olvídate de ella!. No quiero hablar ni saber nada que tenga que ver con esa mujer. Para mí está muerta, ¿entiendes?. ¡MUERTA!.

Y cuando la asistente volvió a asentir con la cabeza, él la estrechó entre sus brazos para apoyar la barbilla en su cabeza, dejando escapar un suspiro de alivio por tener la inmensa suerte de contar con una mujer tan increíble a su lado.

Por supuesto minutos después se fueron del lugar, no sin antes despedirse de los novios y compañeros de mesa. El humor de Martín había cambiado y no quería permanecer en ese lugar ni un minuto más.

Alexia estaba muy emocionada, por fin había cumplido uno de sus sueños que era conocer la ciudad de Nueva York. Llevaban casi toda la mañana en Central Park después de dejar las maletas en el hotel, mientras Martín realizaba la sesión de fotos con la empresa de publicidad Desires & Lies. Desde el día anterior no habían vuelto a hablar sobre lo que había sucedido con aquella mujer en la

boda, después de lo que le había pedido Martín, ella no iba a volver a tocar el tema aunque se muriera de la curiosidad.

Habían madrugado mucho para tomar el primer avión que salía de México y llegar a primera hora a la ciudad que nunca duerme, y a pesar de ello el humor de su jefe volvía a ser como en los días anteriores, encantador. Mientras tanto ella observaba todo con la máxima atención, fijándose en todos los detalles para memorizarlos en su mente y llevarse un inolvidable recuerdo de ese viaje. Fue un día muy intenso, y después de un breve descanso donde tomaron el archiconocido perrito caliente y tras varios cambios de vestuario, siguieron trabando pero esta vez en la Quinta Avenida y en Times Square. Cuando terminaron ya era avanzada la tarde así que volvieron al hotel para cenar.

—¿Qué te ha parecido la ciudad?.

—¡Increíble!.—le contestó Alexia exultante.

Estaban sentados en una elegante mesa del restaurante del hotel mientras cenaban, y Martín sonrió satisfecho de ver la felicidad en su rostro.

—Es cierto que en Estados Unidos todo es más grande.—prosiguió.—Y esta ciudad tiene vida propia. Es bulliciosa, vibrante, con una mezcla increíble de gente y de culturas, y te hace sentir poderosa a la vez que muy insignificante.

—Y también es peligrosa, muy sucia y la gente muy maleducada.—le contestó con una media sonrisa.

—Ya sé que a ti no te gusta. Y que quizás tampoco sería mi primera opción para vivir, pero tienes que reconocer que tiene algo especial.

Él estiró el brazo para rozar con sus dedos la mano de ella mientras la miraba intensamente.

—Si. En estos momentos tú.

Ella retiró la mano tan deprisa como si se hubiera quemado con fuego.

—¡No hagas eso!.—le recriminó en voz baja, mortificada y sin ser capaz de mirarle a los ojos.

—¿El qué?.

—Lo sabes perfectamente.

—No tengo ni idea de lo que me hablas.—le contestó poniendo cara de inocente.

—Pues, qué me digas esas cosas.

Y le lanzó una mirada asesina cuando el actor no pudo evitar una sonrisa pícara.

—¿Por qué, si es la verdad?. ¿Acaso no puedo decir lo que pienso?.

—¡Pues no!.—le soltó molesta.—Sobre todo cuando me hace sentir incomoda.

—Perdona si te molesta mi sinceridad, pero no voy a callarme lo que pienso porque a ti te haga sentir incomoda. Y sobre todo cuando es totalmente cierto que para mí lo más interesante en esta ciudad es sin lugar a dudas... tú.

—No. Lo que es totalmente cierto es que te encanta tocarme las narices. ¡Atrévete a negarlo delante mía!.

Martín soltó una carcajada divertido por su actitud.

—Tengo que reconocer que eso también es verdad.

Negó con la cabeza varias veces por el comportamiento tan descarado que estaba teniendo últimamente, pero no pudo dejar de sonreír levemente al reconocerse a sí misma que le gustaba lo que él le decía, aunque solo lo hiciera para molestarla.

—¿Vas a ir a la fiesta que organiza la empresa de publicidad?.—le preguntó después de beber un poco del vino de su copa.

—No. La pregunta es, ¿si vamos a ir a la fiesta?.—la corrigió Martín.—¿Tú quieres ir?.

Alexia se encogió de hombros.

—Supongo que estarás cansado así que a mí me da igual.

—¿Seguro qué te da igual?—le preguntó, mirándola detenidamente mientras apoyaba el tenedor en su plato.

—Sí.—le contestó sin mirarlo a la cara, mientras se metía un bocado de comida en la boca.

—Porque va a ser una fiesta muy exclusiva.

—Ajá.

—En el ático de uno de los mejores edificios de esta ciudad.

Él seguía examinándola con la mirada mientras ella comía tranquilamente.

—¡Qué bien!—le contestó como si no le interesara en absoluto.

—Con unas vistas magníficas.

Y cuando Alexia al fin se atrevió a levantar los ojos del plato, se encontró con su jefe cruzado de brazos y una enorme sonrisa de lado a lado.

—¡Serás mentirosa!. ¡Te mueres por ir!—le dijo divertido.

—¡No, eso no es verdad!—protestó.

Y Martín levantó una ceja con ironía.

—A ver, es cierto que me apetece ir.—empezó a explicarse.—Pero entiendo que estés cansado. Y además, mañana aún nos queda ir a la Estatua de la Libertad a seguir con la sesión de fotos, así que no me importa si no vamos.

—Pero el caso es que si quiero ir.

Se echó hacia atrás en la silla y lo miró con cierta duda, intentando averiguar si lo decía en serio o solo por darle el gusto.

—¿De verdad?.

Se puso muy serio para decirle;

—Por ti hago lo que sea.

—¡Eres imposible Martín Ledesma!.

Y resopló incomoda cuando él le guiñó el ojo.

Así que terminaron de cenar y quedaron en que la recogería en su habitación una hora después.

Cuando él tocó a la puerta, Alexia le abrió dejándole pasar mientras se terminaba de arreglar. Martín observaba divertido como su empleada caminaba a la pata coja intentando calzarse un zapato, y apoyado con indolencia en el marco de la puerta del baño se preguntaba qué ropa interior llevaría debajo de ese vestido.

—¿Me puedes ayudar un momento?—le preguntó mientras le enseñaba un collar.

—Por supuesto.

Agarró la joya y mientras se la abrochaba por detrás de la nuca, rozó levemente con sus dedos el cuello que ella tenía despejado al recogerse el pelo con una mano, consiguiendo que Alexia sintiera un millón de escalofríos atravesarle el cuerpo, mientras sus miradas se encontraban a través del espejo de la cómoda de la habitación.

—Estas preciosa.

—Gracias.

—¿Sabes que te he echado mucho de menos?.

—¿Perdón?—preguntó aturdida por su comentario y la espiral de deseo que la consumía.

El actor se inclinó un poco y beso ligeramente el hueco entre el cuello y el hombro de su empleada.

—He echado de menos el compartir la cama contigo.—le confesó mientras le acaba de subir la cremallera del vestido.

Su respiración empezó a agitarse conforme él iba bajando el tono de su voz, convirtiéndose casi en un susurro mientras su corazón empezaba a latir descontrolado.

—Por favor.—le suplicó con los ojos cerrados mientras él le acariciaba los brazos hasta agarrarle las manos.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor... no me hagas esto.

—Está bien.—le susurró en su oído.

Y se apartó de ella, dejándola sola y con una sensación agobiante de desamparo. De repente Alexia sintió un frío demoledor por todo su cuerpo, y cuando abrió los ojos vio en los de él la misma agonía que ella sufría.

—Será mejor que nos demos prisa, pues la limusina lleva un rato esperándonos en la entrada del hotel.—le comentó tranquilamente.

Como si lo que acababa de pasar no hubiera sucedido. Intentando dominar sus impulsos, ya que si se dejaba llevar Martín sabía que no podría controlarse. Y Alexia estaba a punto. Lo sabía. Lo percibía. Presentía que faltaba muy poco para que ella también se dejase llevar por lo que verdaderamente sentía.

Y la mujer asintió despacio, avergonzada por desear en su fuero interno que él no hubiese parado.

Cuando llegaron a la fiesta aquella estaba abarrotada de gente. Gente a la que la mayoría ni tan siquiera Martín conocía, pero tampoco le importó, porque estaba más pendiente de ella que de nadie que allí estuviera presente. Saludaron a algunos directivos de la empresa de publicidad, al fotógrafo que había estado todo el día con ellos y a su ayudante. Y por último no le quedó más remedio que atender a algunos medios de comunicación que estaban cubriendo el evento.

Y mientras esto sucedía, Alexia lo observaba detenidamente unos pasos más atrás, mientras bebía a pequeños sorbos una copa de champán que le había ofrecido alguno de los camareros que pululaban por el lugar. Hasta que de repente escuchó una voz que creyó que no volvería a escuchar nunca más en su vida. Por lo menos no allí. No tan lejos de su casa.

—¿Alexia?. ¿Eres tú?

Se quedó petrificada, mientras el color de su cara lo abandonaba dejándola blanca como la cera.

Capítulo 30

Tardó unos segundos en girarse para encontrarse cara a cara con él. Con el mismísimo Jorge Cáceres. Su exjefe y su exnovio.

—¡Vaya, pues sí que eres tú!. Estás cambiada. Muy cambiada.—le dijo admirándola de arriba abajo apreciativamente.—Por un momento me costó creer que fueras la misma persona.

Alexia no fue capaz de articular palabra todavía atónita por encontrarse con él allí, en pleno Nueva York.

—Si hubieras lucido hace unos meses así quizás las cosas hubieran sido de otra manera.—murmuró el hombre sin dar crédito por el cambio producido en su ex empleada.

El empresario la observó detenidamente con una sonrisa socarrona que la hizo estremecerse de repulsión.

Martín observaba con curiosidad al hombre que estaba hablando con ella, mientras seguía contestando las preguntas de los periodistas. Pero frunció el ceño cuando observó cómo Alexia extendía el brazo y daba un paso atrás, intentado con el gesto parar el avance del hombre hacia ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?—le preguntó por fin con mucha frialdad.

—¿No me vas a saludar como es debido?.

Y como ella no le contestó ni tampoco hizo el amago de darle los consabidos besos en la mejilla, se encogió de hombros ignorando su falsa indiferencia.

—Un viaje de negocios. Ya sabes que mi padre siempre ha querido explotar el mercado americano, y por supuesto confía plenamente en mi para ese encargo.—le contestó jactándose como siempre.—

Soy la única persona cualificada para hacer este cometido. No puedo permitir que ningún pelagatos cometa ninguna torpeza ya que es un negocio muy importante. Y bueno... como me consideran VIP me han invitado a esta fiesta, por supuesto.

—Por supuesto.

Alexia entrecerró los ojos mientras se preguntaba, ¿qué demonios había visto en ese hombre para enamorarse de él?. Era un estúpido snob engreído, demasiado satisfecho de sí mismo que no miraba más allá de sus narices. Pudo sacarle de su error allí mismo contándole la cantidad de veces que le había sacado de algún que otro apuro garrafal, pero decidió callarse ya que sería como hablarle a la pared. Además de que nunca lo admitiría, las culpas siempre eran de los demás nunca de él. Jorge Cáceres jamás se equivocaba.

—¿Estás sola?.

—No.—le contestó, elevando el mentón desafiante para intentar ocultar la inquietud que estaba empezando a embargarla.—Es más tengo que irme.

—¡Espera!.—le dijo agarrándola por la muñeca fuertemente.

—¡Suéltame!.—masculló furiosa.

—Vuelve conmigo Lexi. Deja lo que estés haciendo aquí y vente conmigo a casa.

—¡Te he dicho que me sueltes!.—le escupió, mientras retorció su muñeca disimuladamente ya que le estaba haciendo daño.—Y no vuelvas a llamarme Lexi. ¡Odio que me llames así!

—Tú mesa todavía está sin ocupar...—le informó, ignorando por completo lo que acababa de decirle y sin soltarla en ningún momento.—esperando que entres en razón y vuelvas de nuevo. Sabes que no puedes vivir sin mí y estás deseando regresar a mis brazos, pero tu estúpido orgullo no te

permite hacerlo.

—Creo que te lo dejé muy claro la última vez que hablamos Jorge. No volvería a trabajar para ti nunca y mucho menos a estar contigo otra vez, aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra.—le espetó iracunda mientras intentaba soltarse ayudándose con la otra mano.

—Pues estás muy equivocada si crees que me voy a arrastrar para pedirte que vuelvas a mi cama. Mujeres como tú las hay a patadas y están loquitas por mí, peleándose por estar donde tú no quieres, ansiosas de que me meta dentro de sus bragas. No te creas tan especial Lexi para mí no eres nadie.

—¿Crees que no lo sé?—musitó intentando con todas sus fuerzas zafarse de su agarre sin llamar la atención.—Así que por favor, te ruego que te vayas con todas esas mujeres que se pelean por estar contigo, y a mí, ¡déjame en paz!

—Alexia, ¿va todo bien?—le preguntó Martín muy tranquilo.

Aunque ella supo que era todo apariencia en cuanto observó esos fríos ojos verdes, y el músculo de su mandíbula contraerse repetidas veces por estar apretando muy fuerte los dientes. Y bajó esa mirada letal hacia sus manos, algo que hizo que Jorge la soltara por fin.

—Ahhh... sí, sí claro.—le mintió, mientras se frotaba la muñeca para que volviera a correr la circulación sanguínea.

Los dos hombre se miraron fijamente mientras se medían el uno al otro. Debido a ello, Alexia buscaba frenéticamente una excusa para irse de allí lo antes posible. Pero su jefe posó posesivamente la mano en su cintura mientras la acercaba a él, un detalle que no le pasó desapercibido a Jorge que torció la boca en lo que pretendía ser una sonrisa irónica.

—¿No me vas a presentar a tu...acompañante, Lexi?.

La mujer se quería morir. ¿Qué probabilidades había de que se pudiesen encontrar ella y su exnovio en Nueva York?. Estaba segura que era una entre millones, pero justo tenía que sucederle a ella. Y que aún por encima estuviese Martín presente en ese funesto acontecimiento era tener muy mala suerte. Una suerte pésima. Por tanto estaba muy nerviosa y preocupada, tanto que sintió dolor al morderse tan fuertemente el labio inferior.

—¿Alexia?—preguntó el actor intrigado por su silencio.

Esperando todavía esa presentación que aún no se había producido, y sintiendo el mismo interés que el otro hombre que tenía enfrente.

¡Dios, ¿qué hago?!. ¡¿Qué hago?!.

—Te presento a Jorge Cáceres.—dijo al fin.—El señor Cáceres es mi antiguo jefe, trabajaba para él como su secretaria en España.

Él no dijo nada ni tan siquiera pestañeó, todavía con la mirada clavada en la del empresario y con su mano firmemente apoyada en su cintura, marcando territorio como buen macho alfa. Solo le faltaba levantar la pata.

—Y él es Martín Ledesma.—continuó nerviosa por lo que iba a hacer.—Es un importantísimo actor mexicano y... es...es mi novio.

El empresario español abrió mucho los ojos reflejando su sorpresa, y Martín giró la cabeza hacia ella alzando una ceja, y expresando con su mirada la pregunta que no se atrevía a decir en voz alta. Y ésta le apretó la mano que tenía apoyada en su cintura, rezando porque le siguiera el juego y no la dejara en ridículo negando la mentira que acababa de soltar. Así que él al ver la desesperación en su semblante decidió que le seguiría la corriente, hasta saber qué diablos ocurría allí.

—¿Tu novio?—preguntó Jorge con un evidente gesto de incredulidad.

Ella asintió levemente sin apartar la mirada de la de su jefe.

—Eso no es cierto.—contestó el actor.

Y observó cómo agachaba la cabeza totalmente abatida, por lo que se giró esbozando una brillante sonrisa dirigida al empresario.

—Es tan reciente que entiendo que todavía le cueste asumirlo, pero hoy le he pedido que se case conmigo y ha aceptado, así que no somos novios sino prometidos.

Alexia levantó la cabeza de golpe mientras arrugaba el ceño, desconcertada por la flagrante mentira que estaba contando, y sobre todo por el hecho de que le estuviera siguiendo la corriente.

—¿No es cierto mi amor?—le preguntó, mientras la rodeaba con ambos brazos y le daba un beso en los labios pegándola más a su cuerpo.

Martín había pensado que si iba a seguirle el juego lo haría a su manera y por supuesto intentaría sacar provecho de ello.

—Ah... sí, tienes razón. Ha sido todo tan inesperado que todavía estoy en shock.

Y era tan cierto como la mirada de deseo que estaba viendo reflejada en los ojos de él, mientras sus hoyuelos marcaban esa seductora sonrisa dirigida únicamente a ella, consiguiendo que le robara la respiración totalmente embelesada como estaba en esos momentos.

—¡Vaya, pues sí que te has dado prisa!—comentó Jorge con reproche.

—¿Perdón? ¿A qué se refiere exactamente?—le preguntó el actor girando la cabeza hacia él.

Ella carraspeó para llamar su atención nuevamente.

—Cariño, ¿te importa si salimos un momento a la terraza?. Necesito tomar un poco el aire.

Y cuando Martín iba a responderle, vio aparecer a una mujer dándose enérgicamente aire con un abanico.

—¡Oh, ratoncito!—exclamó acercándose amenazante al empresario.—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!. Vas a tener que llamarle la atención al muchacho de los canapés, porque cuando venía de los aseos para aquí lo llamé varias veces y me ignoró por completo. O sea, el servicio en los Estados Unidos es horrible.—y abanicándose acaloradamente terminó.—Son todos unos impresentables y unos maleducados.

Tanto el actor como la asistente todavía abrazados, se habían quedado sorprendidos por la aparición, pero sobre todo por la actitud displicente de la mujer. Era bajita y muy entrada en carnes, tanto que los dos se imaginaron porque el camarero había echado a correr cuando la vio acercarse a él. Seguramente tenía miedo de que no dejara nada para los demás invitados, sin contar con lo desagradable que era su actitud y su tono de voz, que era tan agudo que lograba que los tímpanos chirriaran.

—¡No te quedes callado, idiota!. O sea, vete ahora mismo al encargado y llámale la atención. No consiento que nadie me trate de esa forma, ¿me explico?—le ordenó mientras lo atizaba con el abanico.—¡O sea, tratarme a mí así!. ¡Por Dios!. ¿Con quién se creen que están hablando?

Y como el empresario no se atrevió a abrir la boca, la mujer resopló escandalosamente molesta por su actitud tan pusilánime, desviando la atención de él y posándola en la pareja. Bueno más bien en Martín.

—¡Oohh Dios mío!—chilló nerviosa llevándose las manos al pecho.—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!

Consiguiendo que todos los que estaban a su alrededor hicieran un gesto de dolor, compadeciéndose de sus pobres oídos por culpa de su voz chillona.

—¡Usted es Martín Ledesma!. ¡El actor!.

—Creo que esto ya lo he vivido antes.—susurró, mientras posaba un ligero beso en la frente de Alexia.

Y le guiñó un ojo divertido por la situación, recordando la reacción que había tenido Toni cuando lo había visto parado delante de la puerta de su apartamento. Aunque estaba seguro de que ese momento nada tenía que ver con el que estaban viviendo ahora.

—¡Soy una gran admiradora suya!.—exclamó la mujer con esa voz tan desagradable.—O sea, mis amigas y yo hemos visto todas sus telenovelas. Y me encantan, ¿me explico?. O sea, ¡eres lo más!. Cuando se lo cuente... o sea se van a morir de la envidia.

Martín observaba a la mujer un poco abotargado por tanto aspaviento y “o seas” seguidos.

—Pero ratoncito, ¿no me habías dicho que conocías a Martín Ledesma?.—le recriminó atizándole nuevamente con el abanico.—O sea, ¡eres lo peor, ¿me explico?!. Con lo que yo adoro a este portento de hombre...—le dijo mientras lo admiraba sin ningún pudor, abriendo de un golpe el abanico para refrescarse de los pensamientos que estaban surgiendo en su mente.—O sea, no te lo pienso perdonar en la vida, ¿sabes?. ¿Cómo te explico?, ¡ni en un millón de años!.

—No sabía que lo admirabas tanto ratoncita, sobre todo cuando no tengo ni idea de quién es.—intentó defenderse el empresario abriendo por fin la boca.

Dejando a Alexia todavía más desconcertada de lo que estaba, he intentando disimular una sonrisa que pugnaba por salir. Nunca había visto a Jorge actuar como lo estaba haciendo ahora, como un auténtico *ratoncito* pensó divertida, dejándose amedrentar por esa odiosa mujer. Su exnovio se consideraba un tiburón en los negocios y podía llegar a ser muy tirano con sus trabajadores, exigiendo y atemorizando con despidos y bajadas de sueldo cuando las cosas no se hacían a su manera. Ella lo sabía de primera mano, pero en ese momento el que estaba intimidado era él. Y lo que para Alexia antes había sido fuerza de carácter, ahora le parecía absoluta cobardía por intentar imponerse a base de amenazas y chantajes, sobre todo porque quienes más lo habían sufrido había sido el género femenino de la empresa. Cuando lo había intentado con un hombre y éste se había revelado, el empresario había reculado, pero siempre dándole la vuelta a la tortilla para quedar a su favor.

A ella se le cayó del todo la venda que tenía tapándole los ojos. De repente empezó a ver de forma cristalina todos los defectos que poseía, porque ahora podía comparar y era obvio quién salía perdiendo. Jorge no tenía nada que hacer contra Martín.

—¿Cómo que no le conoces...?.

—A la que conoce es a mi señorita Delgado.—le explicó antes de que le atizara nuevamente con el abanico, mientras la mujer la miraba por primera vez totalmente desconcertada.

Alexia no pudo evitar hacer una breve mueca por la ironía del apellido, y no entendía como ese complemento no estaba roto a esas alturas, después de ver como ella lo esgrimía de forma amenazadora y lo usaba en contra del empresario repetida veces.

—Mi nombre es Alexia Montero y antes era la secretaria del... *señor* Cáceres. Y si me permite le presento a mi...—y lo miró a los ojos, deseando que lo que estaba a punto de decir fuera verdad.—prometido Martín Ledesma. Martín esta mujer es Carmen Delgado, la prometida del *señor* Cáceres.

Y el actor aprovechó ese momento para volver a besarla y dejar muy clarito a quién pertenecía esa increíble mujer. Y tras lo que para él fueron unos escasos segundos que disfrutó enormemente, se giró hacia la prometida del empresario con una radiante sonrisa.

—Es un placer.—contestó amablemente.

Y observó divertido como el *tal* Jorge expresaba una mueca de malestar por el breve pero apasionado beso que le había proporcionado a su empleada, mientras la espantosa mujer se quedaba pasmada sin quitarle ojo por primera vez a Alexia preguntándose qué era lo que miraba en ella. Y ésta, bueno... todavía se estaba recuperando.

—¡Vaya!.—murmuró Carmen boquiabierta y envidiando con toda su alma la suerte de esa maldita piojosa del tres al cuarto.

Y sin saber qué decir, algo que no le pasaba muy a menudo, pero sobre todo celosa de que un hombre de la talla de Martín pudiese estar con una mujer tan insignificante como una simple secretaria.

¡Por favor!. ¿Dónde vamos a parar?.— pensó la insufrible mujer.

—Bueno querida, tengo que informarte que ya no somos prometidos. O sea, mi ratoncito y yo nos hemos casado y estamos en nuestra luna de miel.—le explicó mientras apretaba los carrillos de Jorge con los dedos.

La vida era así de sorprendente. Alexia tenía la gran suerte de tener a su lado a Martín y Jorge tenía la grandísima suerte de tenerla a ella.

Y punto pelota.

—¡Oh!, pues le debí entender mal *señor* Cáceres, creí que me había dicho que estaba en la ciudad por un viaje de negocios.

—Estoy seguro de que se ha equivocado señorita Montero, porque le dije claramente que estaba de luna de miel.—le mintió descaradamente, pero sin evitar ruborizarse al ser pillado en tamaña mentira.

Alexia entrecerró los ojos tentada de llamarlo embustero delante de todo el mundo, pero decidió callarse ya que tenía mucha más clase que él.

—Qué casualidad, ¿no?. Ustedes celebran su matrimonio y nosotros nuestro compromiso, ¿verdad cielo?.—comentó el actor, mientras volvía a besar nuevamente a su asistente pero esta vez en la mejilla.

Y mirando fijamente a Jorge que le estaba lanzando dardos envenenados con los ojos, apostilló.

—Y lo más increíble es que nos hayamos encontrado en esta romántica ciudad. Alex siempre quiso conocer Nueva York y pensé que sería el momento ideal para sellar nuestro amor. Quiero pasar el resto de mi vida a su lado y no se me ocurrió mejor idea que proponerle matrimonio dando un paseo por la orilla del río Hudson.

Y girándose hacia ella y estrechándola en sus brazos comentó.

—Alex siempre ha sido muy sentimental. Todavía recuerdo aquella conversación en la que me dijiste que Nueva York te parecía la ciudad más romántica del mundo.

Y mirándola fijamente a los ojos le confesó algo que llevaba mucho tiempo deseando hacer.

—Por tanto, qué mejor lugar que éste para decirte lo mucho que te amo. Te amo Alexia y estoy locamente enamorado de ti.

Y ella tragó saliva mientras se perdía en la inmensidad de esos hipnotizantes ojos verdes. Había tanta intensidad, tanta verdad en ellos, que deseaba con toda su alma que lo que estaba diciendo fuera cierto, mientras su corazón martilleaba tan fuerte que pareciera que se le fuera a salir por la boca... Pero se dio de bruces con la realidad. Sabía que estaba actuando y lo estaba haciendo muy bien por cierto, durante un segundo se lo creyó completamente.

—Martín, no creo que este sea el lugar...

—Tienes razón, lo que pasa es que estoy tan enamorado que no puedo ocultarlo.—la interrumpió mientras le agarraba su rostro entre las manos.—Me vuelves loco y no soy capaz de pensar racionalmente cuando te tengo cerca.

Para a continuación volver a besarla devorando esta vez su boca con toda intención. Sabía que estaban dando todo un espectáculo, pero honestamente le importaba una mierda. Lo único que quería era demostrarle lo mucho que la amaba, y si no podía en esos momentos decírselo con palabras, lo haría con sus actos delante de todo el mundo. Dejando meridianamente claro que ella era suya y solamente suya. Y soltó una mano de su rostro para estrecharla más contra él apoyándola en la base de su espalda, mientras lamía y mordisqueaba esos jugosos y apetecibles labios, los cuales también consideraba suyos y solamente suyos.

Y Alexia rodeó sus hombros con ambos brazos, mientras enterraba sus manos en su pelo y apoyaba su débil cuerpo en él. El actor no entendía muy bien por qué pero tenía la imperiosa necesidad de demostrar que ella le pertenecía, sobre todo delante de ese mamarracho de Jorge. No sabía que era lo que la había hecho mentir, algo totalmente impropio en ella y que supuso se enteraría más tarde, pero que fue justo lo que lo instó a ayudarla con toda esa pantomima. Aparte de ser la excusa perfecta para tenerla entre sus brazos, cosa que a él le encantaba. Por lo que estaba aprovechando cada minuto, cada segundo, cada instante para beber de ella, para tocarla, acariciarla, saborearla, sentirla, aunque fuera delante de decenas de personas. No le importaba. Lo único que le importaba era ella. Su Alexia. Su alma. Su corazón. Su vida.

Y después de lo que le pareció un suspiro y una eternidad a la vez, la asistente escuchó un fuerte carraspeo seguido por un, *¡O sea, qué fuerte, qué fuerte!*, que hizo detener ese tórrido beso. Consiguiendo que se ruborizada intensamente al darse cuenta del escándalo que estaban proporcionando.

¡Dios mío!, ¿cómo he podido dejar que esto se me fuera tanto de las manos?

—Lo siento.—se disculpó obviamente abochornada.

Observando la cara totalmente desenchajada de Jorge mirándola con evidente odio, y la expresión de absoluta envidia de su mujer, mientras que Martín esbozaba una sexy y satisfecha sonrisa.

—Necesito urgentemente tomar el aire.

—No me extraña bonita.—le soltó Carmen resentida por no ser ella a la que hubieran besado de esa manera.

Y se marchó casi corriendo hacia el ventanal que tenía salida a la terraza.

—Si me disculpan.—se excusó Martín.

Y también se alejó de ellos mientras la seguía sin dejar de sonreír en ningún momento, complacido por la pérdida de voluntad que había sufrido ella. Aunque no lo admitiera, era más que evidente que tampoco era capaz de resistirse a ese sentimiento tan fuerte que había entre los dos.

Cuando el actor cerró la puerta de cristal tras de sí, se acercó mientras la mujer se agarraba fuertemente con ambas manos al muro de la azotea, con la mirada perdida en las impresionantes vistas del skyline de Nueva York, mordisqueándose preocupada el labio inferior.

—¿Cómo has podido hacerme esto?—le increpó cuando se giró al darse cuenta de que era él.

—¿Y qué es lo que he hecho?—le preguntó mientras se quitaba la chaqueta.

—Lo sabes perfectamente.

—Ponte esto o te vas a congelar.

Aunque estaban al lado de una enorme estufa exterior hacía mucho frío en esa época, y tenía miedo

de que se enfermara al ir vestida solamente con un encantador vestido.

—No me cambies de conversación Martín Ledesma.—le reprendió furiosa mientras se vestía la prenda y se arrebuja en ella impregnada del calor y del olor de él.—Lo que has hecho no tiene nombre, no me he sentido más avergonzada en mi vida...—siguió amonestándole.

Y mientras ella le sermoneaba, el actor la acercó suavemente a él introduciendo las manos por debajo de la chaqueta, y agarrándola por la cintura para apretarla más contra su cuerpo, mientras la miraba fijamente con un extraño brillo en los ojos.

—¿Qué haces?—medio chilló apoyando los antebrazos en su pecho intentando alejarse de él.

—Chss...nos están viendo, así que disimula un poco.

Y cuando ella miró hacia adentro comprobó que efectivamente tenía razón. Jorge y su mujer no perdían ripia de lo que estaban haciendo ellos allí fuera, como varios desconocidos más que murmuraban mientras los espiaban. Así que se lo pensó un poco mejor y subió sus brazos protegidos por las mangas alrededor del cuello de su jefe.

—De todas formas sigo enfadada contigo.—masculló mientras intentaba disimular que todo estaba bien entre los dos.—Besarme de esa manera delante de todos no ha estado bien. Ha sido del todo inapropiado.

—No te besé, nos besamos mutuamente.—puntualizó dedicándole una seductora sonrisa.—Creo recordar que tú también estabas ahí y me respondiste con la misma pasión que yo a ti, a mi modo de entender.

Alexia se volvió a ruborizar hasta las cejas.

—Yo no diría tanto.—le contestó molesta consigo misma porque sabía que él tenía razón.

—Oh sí, claro que sí.—le rebatió con énfasis, mientras asentía con la cabeza.—Además, ¿qué te importa lo que piense tu antiguo jefe?—le preguntó suspicazmente.— Porque no te importa, ¿no?.

—¡Claro que no!. Lo que ese hombre piense o deje de pensar me importa un pimiento—le contestó volviéndose a morder el labio preocupada.

—¿Entonces cuál es el problema?, ¿no era acaso lo que querías?. Porque también te vuelvo a recordar que toda esta farsa la empezaste tú cuando me presentaste como tu novio.

—Lo sé.—susurró molesta porque sabía que nuevamente tenía razón.

Y no estaba acostumbrada a ello, normalmente era al revés.

—De todas formas necesito hablar contigo sobre eso. Te mereces una explicación.

Martín volvió a sonreír y le plantó un beso, que hizo que ella se echara hacia atrás hasta tocar el muro de la azotea con su espalda.

—Umm tranquila.— murmuró contra sus labios.—Solo es para que no sospechen que estamos discutiendo.

—No estamos discutiendo.

—Tienes razón, ¿cómo lo llamas tú?. ¡Ah sí!, intercambio de opiniones.

Y volvió a besarla contento de tenerla a su lado. Cualquier otra mujer hubiera intentado escurrir el bulto, sobre todo después de su extraño comportamiento anterior con el *tal* Jorge. Pero Alexia no. Ella era demasiado honesta para ocultarle nada y le ofrecía una explicación sin él que se la hubiera pedido. Estaba completamente seguro de que tenía una muy buena razón para haber mentido antes, y le estaba pasando algo que nunca antes le había sucedido con nadie. Empezaba a tener plena confianza en ella. Y otra losa más cayó de su pecho, aliviando el peso que tanto le había comprimido durante todos estos años.

Después de unos gloriosos segundos ella volvió a separarse de su boca, consiguiendo que Martín gimiese por tal abandono.

—Nos estamos desviando del tema.

—Ajá.

Y él intentó atrapar de nuevo esos labios, pero sin resultado.

—Por favor Martín, necesito explicártelo.

—De acuerdo.—suspiró.

Alexia tragó saliva y se armó de valor para contarle algo que todavía le dolía.

—Antes de nada quería decirte que Jorge Cáceres no es solamente mi exjefe... también es... mi exnovio.

Analizó detenidamente el semblante del actor, pero lo único que observó fue un gesto casi imperceptible con la ceja.

—Fue un error garrafal que cometí y del cual me arrepiento todos los días.

Y como seguía sin decir nada comenzó a contarle.

—Jorge es el hijo del dueño de unas de las empresas más importantes de mi ciudad, a la cual empecé a trabajar poco después de acabar mis estudios. Comencé desde abajo como una simple ayudante, hasta ascender a secretaria y por último a secretaria de dirección. La empresa se dedica a la importación y exportación de pescados y mariscos congelados, dando suministro a todo el territorio nacional y a varios países europeos. Y cuando el dueño, el señor Benjamín Cáceres, decidió abrir una filial en Madrid, dejó a cargo a su hijo en Vigo pasando yo a ser su secretaria personal. Antes de ese momento había visto a Jorge muchas veces en la empresa, pero nunca había pasado de un saludo educado hasta que... bueno, hasta que él empezó a prestarme atención.

Alexia no sabía muy bien cómo interpretar el silencio de Martín, pero como éste seguía sin decir ni expresar nada y ella había insistido en contárselo, no le quedó más remedio que continuar.

—Comenzó con pequeños detalles, alguna que otra sonrisa, ciertas miradas... que me hicieron sospechar que estaba interesado en mí. Y aunque yo al principio me negué en redondo a mantener una relación con él... al final caí como una idiota.

Cuando confesó eso desvió la mirada hacia el botón de la camisa de su jefe, avergonzada y temerosa de lo que él pudiese estar pensando de ella. Así que bajó las manos deslizándolas suavemente por su pecho, para ponerse a jugar nerviosamente con la esfera nacarada.

—Mantuve una relación a escondidas de casi año y medio. Al principio me decía que era para que los compañeros no se enterasen y evitar las habladurías, después porque no quería que pensaran que tenía favoritismos conmigo, más tarde porque quería buscar el momento ideal para hablar personalmente con su padre antes de hacer nada oficial... En fin, eran largas tras largas durante muchos meses, pero la imbécil fui yo por creérmelas todas y cada una y no sospechar nada. Tan ciega estaba, que incluso le llegué a permitir que me dijera con quién podía hacer una amistad y con quién no. Le dejaba escoger a dónde íbamos o lo que me vestía, no me di cuenta de lo posesivo, manipulador y controlador que era, por lo menos conmigo.

Y chistó con la lengua haciendo un gesto sarcástico.

—Ahora entiendo que era una manera de autoafirmarse, ya que no podía hacerlo con su padre y por lo que se ve con su novia oficial tampoco, pero sí conmigo, con la imbécil. Le dejé utilizarme durante todo ese tiempo porque creía que me amaba. La culpa fue mía por no imponerme, por permitírsele, me tenía tan absorbido el cerebro que me manejaba a su antojo.

Martín acercó la mano a su mejilla para acariciarla suavemente con el reverso de los dedos. Ahora empezaba a comprenderlo todo, y tenía unas ganas irreprimibles de partirle la cara a esa comadreja por todo el daño que le había hecho.

Y ella tras esa caricia se atrevió a levantar la mirada para quedarse atrapada en la ternura reflejada en los ojos de él. Asombrada porque no la estuviera juzgando ni acusando, como había sido su costumbre antes. Pensó, que en el momento en el que le confesara su romance con Jorge encontraría censura y reproche en su rostro, sobre todo porque ya lo había hecho antes sin motivo, ¡imagínate ahora que sí lo tenía!. Pero había sido todo lo contrario dejándola totalmente descolocada.

Alexia carraspeó para deshacer el nudo en su garganta y aguantarse las ganas de llorar. No iba a volver a hacerlo y menos por esa rata de alcantarilla.

—Pero mi hermana se enteró, y le empezó a mosquear todo aquel asunto cuando después de mucho insistir le hable de mi relación con él. Comenzando a hacer las preguntas lógicas y los pertinentes comentarios que yo tendría que haberme hecho, pero que en mi fuero interno me daba miedo descubrir. Consiguiendo que yo empezara a abrir los ojos, aunque de puertas para afuera lo siguiera defendiendo, intentando seguir confiando en él. Todavía no entiendo por qué tardé tanto tiempo en verlo todo claro, hasta que me topé de frente con la verdad.

—¿Quieres que te diga yo por qué tardaste tanto?—le preguntó.

Hablando por primera vez desde que había empezado a contarle todo, mientras volvía a bajar su mano y juntarla con la otra acariciándole la espalda suavemente.

Ella asintió.

—Porque estabas enamorada. Porque eres demasiado honesta, leal y buena persona. Porque eres de las pocas mujeres... no, de las pocas personas que conozco en las que se puede confiar. Que cuando ofreces tu cariño lo haces sin condiciones, que no tienes ni un gramo de maldad en tu precioso cuerpo, que...

—Vale, vale, no sigas porque me voy a sonrojar.

Aunque ya lo estaba. Roja como un tomate. Y jugueteando de nuevo con el botón incómoda por la intensa mirada de Martín.

—Podría seguir.

—Pues no lo hagas.

—Como quieras.

Y después de unos segundos en los que se quedó en silencio, levantó la vista para decirle.

—Te equivocas en una cosa. Después de todo este tiempo me he dado cuenta de que no estaba enamorada de él como creía...

Sobre todo porque ahora sí sabía lo que era estar enamorada. Como lo estaba de él.

—Creo... creo que más bien fue una mezcla de admiración y respeto. Al principio me dejé deslumbrar por su imagen de gran ejecutivo, y me dejé llevar por la romántica ilusión de que fuéramos como Richard Gere y Julia Roberts en *Pretty Woman*, salvando el hecho de que yo era una simple secretaria claro y no una... una prostituta.

—Cuánto daño a echo esa película.—bufó el actor intentando hacerla reír.

Odiaba verla triste, pero también estaba enormemente feliz de enterarse de que no estaba ni había estado nunca enamorada de esa comadreja. Solo por eso podría perdonarle la vida.

—¡Tonto!—exclamó dándole un ligero golpe en el hombro.

Pero de pronto se volvió a poner muy seria.

—Pero esa imagen idealizada que tenía se cayó de golpe y porrazo.

—No tienes por qué contármelo si no quieres.—le dijo cuando observó que se le hacía difícil seguir. Alexia negó con la cabeza.

—No, quiero hacerlo de verdad. Necesito contarle y quitarme este peso de encima.

Martín volvió a acariciarle la espalda ofreciéndole todo su apoyo con ese simple gesto, y ella esbozó una leve sonrisa en agradecimiento.

—Un... un día fui al área de descanso que teníamos los empleados para tomarme un café, y unas compañeras estaba leyendo una revista del corazón, las cuales nunca me han llamado mucho la atención la verdad. El caso es que estaban bastante alborotadas comentando una noticia que estaban leyendo, y cuando me acerqué a preguntarles que era todo aquel jaleo, me enseñaron una foto de la sección de sociedad donde salían Jorge y Carmen anunciando su compromiso. Como te podrás imaginar yo me quedé helada, aunque por lo visto era un secreto a voces que sabía casi todo el mundo menos yo. Fue en ese momento cuando me empezaron a cuadrar muchas cosas. Como los continuos viajes que hacía a Madrid, que yo me creía que eran para visitar a su padre y hablar de la empresa, cuando realmente también la iba a visitar a ella ya que vivía allí. O como el hecho de que no saliésemos casi a ningún lado donde nos pudiésemos encontrar con alguien conocido, o el empeño de seguir ocultando nuestra relación después de tanto tiempo, rechazando incluso la opción de cambiarme de departamento para que nadie pudiese hablar de favoritismos.

Se quitó impacientemente un mechón de pelo que le estaba haciendo cosquillas en la cara.

—El caso es que cuando me enfrenté a él no pudo negar lo que era evidente, ya que yo misma compré la maldita revista para darle con ella en la cara. Pero en un primer momento tuvo la desfachatez de decirme que aquello no cambiaba nada, que él de quien estaba verdaderamente enamorado era de mí. ¡Ja!—exclamó decepcionada con ella misma porque Jorge se creyera que era tan tonta para tragarse eso.— Pero que no podía deshacer su compromiso porque Carmen era la hija de uno de los más importantes banqueros de España, y era un negocio que no podía perder. Pero que si yo quería podía comprarme una casa, y darme todos los lujos que me merecía para tratarme como una reina, pero que no le pidiera que dejara a la otra porque no lo iba a hacer.

—¡Cabrón!

—Por supuesto le dije que en ningún momento le iba a pedir que rompiera su compromiso con Carmen, que la única que rompía algo allí era yo... pero con él. Lo acusé de ser un cobarde mentiroso que me había tenido engañada todo aquel tiempo, y que se podía meter su casa y su dinero por... bueno tú ya sabes por dónde.

Martín asintió sonriendo y muy orgulloso de ella.

¡Esta es mi chica!

—Pero no se tomó muy bien el que cortara con él. Me llamó de todo. Insultándome y diciéndome que yo no era nada ni nadie, que simplemente estaba despechada porque no había conseguido cazarlo. Que los hombres como él se casaban con mujeres de su misma clase social y no con una secretaria sin importancia como yo, la cual solo servía para pasar el rato y que... y... y que le calentara la cama.

—¡Será hijo de puta!. ¡Lo voy a matar!—bramó dispuesto a buscarlo y acabar con él con sus propias manos.

—¡Martín no!—exclamó agarrándolo para impedirselo.

Y con esfuerzo consiguió detenerlo y para ello se agarró a su cuello. Y fue ella la que se pegó a su

cuerpo cambiando las tornas, siendo el actor el que estaba apoyado ahora contra el muro de la terraza, mientras notaba sus pechos y sus caderas pegados a él.

—Por favor no lo hagas, no merece la pena. Solo conseguirías un escándalo mayor del que ya hemos dado, y te perjudicarías más tú que él, y no vale el esfuerzo.

—¡No me importa Alexia!. Esa basura necesita que alguien lo ponga en su lugar. ¡¿Cómo se atrevió a tratarte así?!. ¡¿Cómo se atreve a tratar así a cualquier mujer?!.
Ella sonrió un poco, halagada por tamaña exaltación en su defensa, pero a la vez temerosa de lo que pudiera hacer.

¡Dios como lo amaba!

—Por favor Martín, te lo suplico. Para mí ese hombre no existe y por supuesto no vale ni un solo pensamiento mío. ¡Por favor!.—volvió a rogarle.

—¡Te juro que si lo tuviese ahora mismo delante mía lo molía a golpes!. ¡Le arrancaba los dientes uno a uno y esa cara de comadreja...!.
—Por favor.—imploró Alexia.

Y como no lo daba calmado no se le ocurrió mejor cosa que besarlo, y ahora sí que consiguió su completa atención, cuando él la estrechó entre sus brazos devorando su boca. Lo que en un principio ella pensó que iban a ser solo unos segundos para acallararlo, se transformaron en minutos, que casi le hicieron olvidar donde estaban y el motivo de su beso. Y cuando consiguió la fuerza de voluntad necesaria para separarse de él temblaba como una hoja, y tuvo que apoyar la frente en su pecho intentando recuperar el aliento.

—¿Y... y... esto?—jadeó Martín.

—Eh... era solo por si nos seguían espiando.—mintió, diciéndole lo primero que se le vino a la mente.

El actor no tuvo que levantar la cabeza para confirmarle lo que ya sabía, pues lo había buscado antes con la mirada cuando tuvo el impulso de ir a matarlo.

—Ya no está.

He intentó atrapar su boca de nuevo ya que se había quedado con ganas. Siempre se quedaba con ganas de ella.

Pero Alexia se apartó.

—Entonces es mejor que nos vayamos, no quiero seguir aquí.

Martín suspiró por la oportunidad perdida y... porque tenía razón.

—Está bien.—y antes de dejarla ir le dijo.—Pero necesito que me expliques algo antes de marcharnos.

—¿Qué?.

—Si no te importa lo que piense y no quieres saber nada de él, ¿por qué le dijiste que éramos novios?. No lo entiendo. Daba la impresión de que querías darle celos.

—No, todo lo contrario. Quería que le quedara bien claro que había rehecho mi vida y que él ya no formaba parte de ella.

Y como la expresión de su jefe era de desconcierto intentó explicarse mejor.

—Cuando le dije que no quería saber nada de él, no lo tomó muy deportivamente, por decirlo suavemente. Empezó a acosarme en la oficina suplicándome que volviera con él, he insultándome gravemente después cuando le decía que no. Así que la situación se volvió insoportable hasta tal punto que dejé mi trabajo, pero siguió molestándome fuera de él también, consiguiendo que me

entrara miedo. Y después de que mi hermana me diera mucho la paliza, amenazándome con que si no lo hacía yo sería ella la que le pondría la denuncia en la policía, la convencí de que no lo hiciera cuando le dije que me tomaría unas vacaciones, asegurándole que enseguida se olvidaría de mí y volvería la normalidad. Así que compré un billete de avión para conocer México, es un país que siempre quise visitar, y me gustó tanto la gente y su cultura que decidí quedarme he intentar empezar de nuevo. Y aquí estoy.

Martín por fin comprendió todo. Su rechazo a mantener una relación con él diciéndole que era un error cuando era evidente la atracción que sentía, su pánico a volver a cometer la misma equivocación, su falta de autoestima cada vez que le decía lo maravillosa que era. Lo mucho que la enfadaba cada vez que le había acusado de estar con otro hombre cuando no era cierto, las veces que se llenaba la boca diciendo que ella era mayorcita para decidir lo que hacía y lo que no. ¡Dios!, ahora se sentía como un completo imbécil.

Así que la volvió a estrechar entre sus brazos para murmurarle con el corazón en la mano totalmente arrepentido.

—Lo siento Alex.

—¿Por qué?—le preguntó asombrada.—Tú no tienes la culpa de nada.

—Por todo.

Lo contempló intrigada por ese arrebató de arrepentimiento, y en ese justo momento Martín tomó la decisión más importante de su vida. Pero no lo haría allí. No en ese nefasto día que había sido para ella.

Capítulo 31

—Es mejor que nos vayamos, ¿o quieres volver a encontrarte con ese individuo?—le preguntó rezando porque no siguiera indagando en sus palabras anteriores.

En cuanto dijo eso a ella le entraron las prisas por irse, ni loca quería volver a encontrarse con Jorge, de hecho sería feliz si no lo volvía a ver nunca más.

—Tienes razón, ¡vámonos!.

Así que se dirigieron a la salida y Alexia se quedó esperando a Martín, que fue a buscar sus abrigo al ropero para poder salir de allí lo antes posible.

—¡Zorra!. Así que te has buscado a otro a quien echarle el guante, ¿no?. Y por lo que veo te ha salido muy bien.—la insultó el empresario agarrándola del brazo por detrás.

—¡Ay!, ¡me estás haciendo daño!.—se quejó cuando le clavó los dedos con fuerza en la tierna carne. Y se giró para encontrarse con la cara desencajada de su exnovio, estaba furioso y nunca en la vida lo había visto así.

—Es lo menos que te mereces por ser una furcia. Por eso no querías saber nada de mí, ¿no?, porque ya te estabas abriendo de piernas para otro. Yo que te traté como una reina y tú me lo pagas así, pero, ¿qué me podía esperar de una ramera como tú?.

—¡Suéltame Jorge!.

—¿Qué te suelte?.

La miró con tanto odio que la asistente se echó hacia atrás muerta de miedo. Estaba fuera de sí.

—Debería de matarte a golpes por mentirosa y por fulana. ¿Quién demonios te crees que eres para dejarme y después irte con un gilipollas de mierda?.

—¡Estás loco!.

De repente el hombre levantó la mano para golpearla, pero fue detenido justo a tiempo de que la tocara, y no vio venir un puñetazo que impactó de lleno contra su ojo derecho y lo dejó tambaleante.

—¡Hijo de puta!.

—¡Martín no!.—gritó Alexia asustada.

Pero el actor le mandó otro rechazazo que lo tumbó de golpe en el suelo con la nariz rota. Y estaba a punto de agacharse para seguir dándole de golpes, cuando fue agarrado por los guardas de seguridad y obligado a alejarse de la basura que estaba inconsciente en el piso.

—¡Te voy a matar!. ¡Cobarde!.

—¡Martín por favor!.—le suplicó ella para que dejara de forcejear con los guardas.

—¡Voy a matar a ese maldito bastardo!. ¡Malnacido!.

—¡Por favor!.

De repente él fijó su mirada en ella.

—¿Estas bien?!. ¿Te ha hecho daño?!. ¡Soltadme!.—les exigió furioso intentando quitárselos de encima.

Los dos hombres se miraron y decidieron liberarlo ya que no había sido él el que había empezado la pelea. Lo habían visto todo pero no les había dado tiempo a detener al empresario, ya que había llegado Martín primero para defender a la mujer. Y cuando éstos lo hicieron, se acercó a Alexia y la observó detenidamente para comprobar por sí mismo que no tenía ningún golpe.

—Estoy bien. No... no me ha hecho daño.

Y cuando comprobó por sí mismo que estaba sana la estrechó entre sus brazos inmensamente aliviado.

—¡Por Dios Alex, si te llega a tocar te juro que...!

—¡Oh Dios mío ratoncito!—gritó Carmen corriendo cuando vio a su marido tirado en el suelo.—
¿Pero qué te ha pasado?

Y en el momento en que observó a Martín y Alexia abrazados sacó sus propias conclusiones.

—¡Eres un bestia!. ¡Casi me lo matas!—gritó alterada, pero sin agacharse en ningún momento para socorrer al empresario.—Seguro que ha sido por culpa tuya, ¡puta!—le increpó con desprecio a Alexia.

—¡Señora...!—empezó a hablar el actor para defenderla.

Pero su empleada lo detuvo. Estaba harta. Harta de esa clase de gente que por tener dinero pueden darse el lujo de tratar a los demás como si fueran la peor calaña. Harta de que exigieran respeto cuando ellos no lo tenían por nadie. Harta de su prepotencia, de sus desaires, de su desprecio, de su egocentrismo, de su supuesta superioridad cuando eran mucho peor que los demás. Harta de que pensarán que con el dinero lo podían comprar todo, y que por dinero los demás tenían que rendirle pleitesía.

—Retira ahora mismo lo que has dicho.—le exigió con los dientes apretados.

—¿Qué lo retire?. Mira bonita, tú y tu amiguito ya podéis tener un buen abogado porque os vamos a demandar.—la amenazó con desdén.—Y se os va a caer el pelo. Y él...—chilló señalando al actor.

—que se despida de su carrera porque de esto se va a enterar todo el mundo. ¡Te lo juro!

—¿Acaso cree que me importa?—le espetó Martín.

La mujer desvió su atención y mirándolo declaró.

—¡Qué fuerte, con lo que yo lo admiraba!. Pero esto es lo que se consigue cuando uno se junta con gentuza como ésta, ¡o sea!

—Pues quizás la gentuza como yo tome medidas y demande por acoso e intento de agresión.—amenazó la asistente.— Porque tengo a dos buenos hombres que han sido testigos de cómo Martín me defendía cuando su *ratoncito* intentó pegarme.—informó señalando a los guardas de seguridad que asintieron en conformidad.

Y cansada de ser la tonta y la buena de la película decidió que ya era hora de poner a esa gente en su sitio. Porque la única gentuza que había allí eran ellos dos.

—Y le advierto que en España también tengo testigos, de cómo su *maridito* me ha estado acosando durante meses para que volviera con él, y lo ha hecho bajo fuertes insultos y graves amenazas. Así que piénsese mejor lo de demandar a Martín porque seguramente salgan perdiendo, ya que lo único que hizo fue evitar que me pegaran.

—Eso es mentira.—siseó Carmen incrédula.

De repente se escuchó un gemido de dolor y la mujer se agachó para ayudar a Jorge a levantarse del suelo.

—Mi marido nunca se acercaría a una mujerzuela como tú, tiene demasiada clase y buen gusto.

—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!—empezó a decir Alexia acercándose al actor.

Éste había estado callado durante todo ese tiempo solo porque ella se lo había pedido, y había disfrutado viendo como lo defendía con uñas y dientes. Y levantó una ceja sorprendido porque su empleada estuviera imitando a la otra mujer.

—O sea, ¿no le has contado nada a tu *ratoncita* Jorge?. ¿De verdad que no le has hablado de mí?

El empresario todavía estaba aturdido por los golpes apoyado contra la pared, he intentaba confundido fijar la mirada sin volver a caerse redondo.

—O sea, ¡qué fuerte!. ¿Cómo te explico?—se burló.

Y de pronto se puso mortalmente seria y dirigiéndose ahora a Carmen directamente le soltó.

—Para que lo sepas, tu *maridito* te ha estado poniendo los cuernos durante casi un año y medio conmigo, el tiempo que esta gentuza como yo y a la que no tocaría ni con un palo se enteró de su engaño. Y en cuanto lo supe terminé con él inmediatamente, pero como no me dejaba en paz y me suplicaba que volviéramos a estar juntos decidí marcharme de la empresa.

Carmen atónita estaba con la boca abierta intentando comprender lo que esa mujer le estaba diciendo.

—Pero aun así lo tuve como un perro faldero ofreciéndome de todo para que no lo dejara, asegurándome que a la única a la que amaba era a mí, y que tú eras solamente un lucrativo negocio al que no podía dejar escapar. Me confesó que no te soportaba, pero que el dinero y las influencias de tu padre eran muy beneficiosos para su empresa, y que don Benjamín lo mataría si se negaba a casarse contigo.

La mujer soltó al empresario que volvió a caer al suelo, dándose un golpetazo en la cabeza que lo dejó nuevamente inconsciente. Mientras los guardas comprobaban que el hombre estuviera bien, a Carmen roja de indignación no le salían las palabras.

—Solo te digo esto para que sepas con quien te has casado, pero ahora me doy cuenta de que sois tal para cual. Así que *querida*... o sea, ¿cómo te explico?. ¡Feliz regalo de bodas!

Y dicho esto se agarró al brazo de Martín para salir de allí con la cabeza muy alta, y una enorme sonrisa en el rostro al recordar la cara de estupefacción de la otra mujer, y a su exnovio tirado en el suelo como la rata inmunda que era.

El actor ayudó a Alexia a ponerse el abrigo, mientras ésta temblaba por los nervios y el mal rato que había pasado. Cuando llegó el ascensor entraron en él, y fue la asistente la que se abrazó a su jefe para buscar el calor y el refugio de sus brazos, mientras la tranquilizaba con palabras consoladoras diciéndole lo orgulloso que estaba de ella. Y cuando entraron en la limusina Alexia todavía no había dicho palabra, por lo que Martín seguía abrazándola mientras la acariciaba con ternura y le daba besos en la coronilla.

—¡Qué fuerte, qué fuerte, qué fuerte!

Su empleada levantó la cabeza para mirarlo a la cara, y contempló la sonrisa divertida que jugaba en la comisura de su boca.

—¡O sea!, ¿cómo te explicó?—le respondió ella.

Y los dos se echaron a reír. Les dio tal ataque de risa que el chofer los miraba por el retrovisor con una mezcla de sorpresa y diversión, hasta que volvió a centrar su atención en el tráfico, pues ya estaba acostumbrado a los pasajeros neoyorkinos y sus excentricidades.

—¿Cómo se puede hablar así?

—Hay que pensar demasiado para decir de una sola vez una frase coherente.—se mofó ella.

—Has dado justo en el clavo, hay que pensar.

Y volvieron a reírse. Después hablaron y se burlaron de lo que había pasado durante todo el camino hasta que llegaron al hotel.

—Has estado soberbia Alex.—le confesó delante de la puerta de la habitación de ella.

—Gracias. Aunque te aseguro que hubiera hecho lo que fuera posible para no pasar por ese

momento.

—Lo sé.

—Pero tú tampoco te has quedado corto, ¡menudo derechazo!

—No tienes ni idea de lo a gusto que me he quedado.

—Creo que sí la tengo. Si es lo mismo que he sentido yo después de soltarle todo lo que tenía aquí dentro...—le dijo mientras se señalaba la zona del pecho.—Te puedo asegurar que es lo más liberador que he sentido en toda mi vida.

De repente él la miró fijamente muy serio.

—¡Te juro que si te hubiera tocado un solo pelo...!.—y se pasó la mano por el suyo furioso solo de pensarlo.— ¡Dios, lo habría matado allí mismo!.

—Pero no lo hizo gracias a ti.—le contestó con todo el amor que sentía desbordando en su mirada.

Nunca se había sentido tan segura al lado de nadie, y nunca había estado tan segura del amor que sentía por él.

—Y te puedo asegurar que no volverá a intentarlo, es demasiado cobarde para ello. Y sobre todo, porque creo que ahora tiene problemas más serios de los que ocuparse.

Y se acercó despacio para darle un ligero beso en la mejilla.

—Gracias.—le susurró.

Pero él no le dijo nada, solo la contempló embelesado pensando que daría su propia vida por ella. Y lo haría una y mil veces. Por siempre. Para siempre.

Y antes de sucumbir al deseo irrefrenable de besarla le dijo.

—Alex, mañana cuando lleguemos a casa necesito hablar contigo, es importante.

—¿Pasa algo malo?—le preguntó preocupada por la seriedad de su expresión.

—No, en absoluto. Solo es que tengo que hablar contigo de algo... absolutamente vital para mí.

—¿Y no puedes decirme nada ahora?—le preguntó inquieta y confundida.

Sonrió dedicándole una seductora mirada.

—No, tendrás que esperar hasta mañana.

—¿Y me vas a dejar así?—le rebatió molesta.—Si es tan importante dímelo ahora, ¿para qué vas a esperar hasta mañana?.

Martín no pudo evitar echarse a reír cuando ella empezó a poner pucheros molesta por su actitud, estaba demasiado intrigada por lo que tenía que decirle y sabía que él no iba a soltar prenda.

—¿Te hace gracia Martín Ledesma?—le preguntó enfadada.—¿Por qué a mí no me hace ni pizca de gracia?.

—Adoro cuando dices mi nombre así.—le dijo con su sonrisa más sexy.

Alexia entrecerró los ojos y empezó a negar con la cabeza, y se giró para meter la llave magnética y abrir su habitación.

—¡Qué fuerte!. ¡O sea, eres lo peor!. ¡¿Me explico?!.

Y le cerró la puerta en las narices, consiguiendo que el actor soltase una carcajada.

Al día siguiente acabaron de trabajar y se fueron a comer temprano para poder tomar el primer vuelo que los llevara a casa. Aunque ella le había preguntado cada vez que había podido por la conversación que tenían pendiente, él se negó en redondo a comentarle nada, ni tan siquiera a

adelantarle algo. Así que aunque se había molestado, después comprendió que no conseguiría nada con esa actitud, sino más bien todo lo contrario, ya que su jefe se reía de ella divertido y eso la molestaba todavía más. Por lo que decidió que tendría que esperar hasta que llegara el momento.

¡Qué remedio, no le quedaba de otra!

El viaje a México se le hizo interminable, y aunque se comió la cabeza pensando qué era eso tan importante que tenía que decirle Martín, no tenía ni la más remota idea. Barajó infinidad de posibilidades para al final seguir como al principio. Así que cuando Pedro aparcó el coche en el garaje, Alexia había decidido que le daría el tiempo suficiente para saludar a Lucas, a Miguel y a las chicas, y después lo acorralaría ella misma en el despacho. No le iba a dejar escapar como lo había hecho la otra vez para quedarse al final sin saber lo que quería decirle. No es que ella fuese chismosa, para nada, nunca lo había sido, pero curiosa sí era un rato largo. Siempre había sido algo que podía con ella, y no había nada que más le reventase que la dejaran con la miel en la boca. Pero se quedó con las ganas cuando después de unos minutos de besar y abrazar a Lucas, y empezar a desenvolver los regalos que le habían comprado, Martín recibió una llamada por el teléfono móvil. Cuando volvió de atenderla, les informó que tenía que marcharse y que no les esperasen para cenar. Lucas como era lógico protestó por su marcha tan precipitada después de haber vuelto de viaje, y para ser sincera ella también estaba molesta, pero él la apartó un momento para decirle.

—Escucha, me tengo que ir pero nuestra conversación sigue pendiente, intentaré volver lo antes posible. Espérame, ¿de acuerdo?, no te vayas para cama antes de que llegue yo.

—¿Va todo bien?

—Sí, va todo bien, no te preocupes.

Pero ella sabía que le estaba mintiendo en el mismo momento en el que apartó los ojos incapaz de sostenerle la mirada, pero aun así asintió con la cabeza, y él la besó en la frente para marcharse a continuación.

Y cuando se giró para enfrentarse al pequeño, intentó tranquilizarlo asegurándole que volvería enseguida, y encogió los hombros cuando sus amigas le preguntaron con la mirada, informándolas de que no tenía ni idea de a dónde iba. Después de unos cuantos pucheros y varios regalos Lucas olvidó que su padre se había marchado, y entre ella y Miguel intentaron mantenerlo distraído hasta que llegara Martín. Pero cuando se hizo evidente que el actor iba a tardar más de lo esperado decidieron que se fuera a la cama, y para sorpresa de todos el niño lo tomó mejor de lo que se esperaba, no en vano estaba acostumbrado a sus horarios extremos por culpa del trabajo y a algún que otro ligue. También había influido y mucho el muñeco de Ironman que le habían comprado, por lo que se quedó sola en la cocina después de acostar a Lucas y despedir a Miguel, mientras se tomaba un poco de leche caliente con cacao.

Estaba ojeando un periódico que había encima de la mesa cuando apareció Sole.

—¿Pensé que ya te habías ido a dormir?

—Estaba en ello, pero me acordé de que nos hace falta azúcar y patatas, y venía a apuntarlo en la lista de la compra antes de que se me olvide.—le contestó la cocinera.

Alexia siguió ojeando el periódico.

—¿Qué tal el viaje a Nueva York?

¡Puff, ¿por dónde empezar?

—Interesante.

—¿Solo interesante?—le preguntó con un guiño pícaro.

—No empieces, ¿quieres?.

—¿Qué no empiece el qué?.—preguntó Tina apareciendo también.

—Solo le estaba preguntando, ¿qué tal el viaje?, y se ha puesto a la defensiva. Así que ha pasado algo gordo seguro.

—¿Ah sí?, ¡cuenta, cuenta!.

Alexia resopló, y no le quedó más remedio que narrarle lo que había pasado con su exjefe y su mujer. Y les relató todo. Bueno excepto los besos con Martín y alguna que otra cosilla.

—¡Madre mía!.—exclamó Tina asombrada.—¿De verdad que se agarró a golpes con tu exjefe/exnovio o lo que sea?.

Asintió con la cabeza mientras se mordía el labio preocupada, no sabía si había hecho lo correcto al contarles lo que había ocurrido en Nueva York. Pero es que eran sus amigas, su única familia en México y necesitaba desahogarse con alguien.

—¡Por favor, esto no puede salir de aquí!.

—Tranquila amiga que de esta boca no va a salir nada. ¡Palabrita del niño Jesús!.—le aseguró la cocinera.—Pero ahora no podrás negarme de que esto es una prueba irrefutable de que el *patrón* está coladito por tus huesos.

—¡Ya estamos!.—bufó.—¿No te cansas de repetir la misma cantinela?. ¿Qué parte de lo que te he contado no te ha quedado claro?.

—¿No sé a qué te refieres?. Lo que me has contado no tiene nada que ver con el hecho de que el *patrón* esté enamorado de ti. Y tú de él, aunque te niegues a admitirlo.

La asistente miró a Tina en busca de ayuda, pero ésta estaba asintiendo totalmente de acuerdo con su compañera. Por lo que puso los ojos en blanco mientras pasaba las hojas del periódico molesta con las dos.

—¡Está bien!. Podéis pensar lo que queráis, ya que no hay manera de que en esas duras cabezas que tenéis encima de los hombros entre un poquito de sentido común.

Hasta que de repente Sole se quedó blanca y agarró el noticiero que Alexia había estado ojeando sin demasiada atención. Sus amigas asustadas por su reacción observaron con atención el trozo de papel que le había hecho cambiar de color.

—¿Qué pasa?.—preguntó Tina preocupada.

—¿El patrón habló con esta mujer?.—le preguntó la cocinera.

Y Alexia confundida asintió con la cabeza.

—Sí, ¿por qué?.

—¡Ay Dios!. ¿Y qué le dijo?.

—Nada. Bueno... de todo.

Y cuando Sole le hizo un gesto con la cara de que se aclarase de una vez, ella le contó por encima lo que había pasado en la boda de Verónica.

—Pero cuando le pregunté quién era no me contestó. Lo único que me dijo es que para él esa mujer estaba muerta, y que no quería que volviera a hablar del tema.—finalizó.—¿Por qué Sole?, ¿tú sabes quién es?.

La cocinera asintió con la cabeza sin despegar los ojos de la foto donde aparecía Vanesa Duarte con el empresario mexicano. La rubia que se había presentado en la boda de su amiga y había hecho enfurecer a su jefe, aparecía feliz y acompañada de varias personas en una foto en la sección de sociedad del periódico donde informaban de la boda del año.

—¿Quién es?—preguntó Tina impaciente porque no decía nada.

—Esta mujer es... es la madre de Lucas.

Martín estaba furioso, era pasada la medianoche y Vanesa todavía no le había dicho para que se había citado con él. Después de llegar tres cuartos de hora tarde al restaurante, apareció hermosa y resplandeciente como si nada, y cuando le recriminó su tardanza informándola que lo había encontrado por los pelos porque estaba a punto de irse, la modelo solo había sonreído haciendo oídos sordos a lo que él le había dicho.

—¿Me vas a decir de una buena vez para qué querías verme?—le preguntó exasperado.

Casi no había probado bocado esperando tenso e intranquilo a que le dijera por fin eso tan importante de lo que tenía que hablar con él. Mientras que ella se había tomado su tiempo con su maldita ensalada, comiendo con mucha parsimonia las hojas verdes de lechuga una a una, y hablándole sin parar de cosas intrascendentes y banales que le habían ocurrido o que había hecho. ¡Como si a él le importarán!.

—¿Por qué tienes tanta prisa cielo?. Estamos pasando un buen rato los dos, disfruta del momento.

—El buen rato lo estarás pasando tú, yo tengo cosas más importantes que hacer que estar perdiendo aquí mi tiempo contigo.

—No sabía que fueras tan impaciente.

—Es una manía que tengo. Cuando no me gusta la compañía se me da por querer irme lo antes posible.

Vanesa lo observó detenidamente con una sonrisa indolente en su sexy boca. Se había esforzado en aparecer lo más hermosa posible, por lo que se había gastado un dineral ese mismo día en un carísimo tratamiento de belleza y peluquería. Y aunque no lo aparentaba estaba algo nerviosa por su encuentro, por lo que había tardado más de lo habitual en escoger la ropa que se iba a poner, probando y desechando modelos por los que otras mujeres matarían. Quería estar deslumbrante para impresionarlo, y pareciera que no estaba dando muy buenos resultados, aunque estaba casi segura que el desprecio con el que le estaba hablando era fingido.

—No hace falta que mientas querido.—le dijo mientras acercaba su mano por encima de la mesa para acariciarlo.

Martín apartó la suya enseguida y la observó con los ojos entrecerrados.

—No te estoy mintiendo. Y ahora, ¿quieres decirme de una vez eso tan importante de lo que teníamos que hablar?.

Vanesa se mojó los labios con la lengua y se tocó el pelo de manera delicada. Había estado haciendo gestos sensuales toda la noche desplegando todas sus armas de mujer, y aunque él se había dado cuenta de ello, estaba más impaciente por terminar con todo aquel asunto que con los intentos de seducción de ella. Por lo que no le había prestado mayor atención, ya que sabía que para Vanesa el seducir era como el respirar, necesitaba sentirse deseada para estar contenta y satisfecha consigo misma.

—Está bien.—dijo por fin.—Si quieres ir directamente al grano pues lo haremos.

—Por favor.—la instó.

—Bueno, no sé muy bien por dónde empezar.—y suspiró mientras bajaba los ojos como si estuviera

avergonzada por lo que iba a decir.—El caso es que cuando te vi el otro día en la boda, yo pues...

Y levantó la vista para mirarlo directamente, a la vez que él dejó de respirar.

—Me di cuenta de que todavía siento algo por ti.

Martín se quedó descolocado. Empezó a parpadear repetidas veces mientras su corazón empezaba a bombear de nuevo.

—Sé que cuando te dejé no hice lo correcto. Era muy joven e inexperta y no sabía muy bien lo que quería de la vida, pero ahora sé que quiero estar contigo. Y podemos intentarlo Martín... porque también sé que tú aún sientes algo por mí.

—¿Y por qué sabes que todavía siento algo por ti?—le preguntó hosco.

La modelo observó su fría máscara pero sabía que todo era falsa apariencia.

—Porque sé que todo ese odio con el que me hablas no es más que pura fachada. Si no sintieras algo por mí, si te fuera totalmente indiferente no me hablarías como lo hiciste el otro día.

La observó detenidamente, aunque todavía seguía serio, mortalmente serio.

—¿Y Lucas?.

—¿Qué pasa con Lucas?.

—No lo sé, dímelo tú. Porque no soy yo el que lleva años sin verlo. ¿Qué le vas a decir?.

—Bueno...

Para ser sincera no había pensado mucho en el mocosito.

—Eso lo iremos viendo con el tiempo. Sabes que no soy muy maternal que digamos, pero por ti haré todo lo que esté en mi mano para acercarme más a él y tomarle... cariño.—le costaba trabajo decirle eso último ya que no soportaba a los críos.

Y la modelo tomó aire intentando fingir que lo decía de corazón. No toleraba a los mocositos malcriados que no hacían más que llorar y moquear, aunque fuera su propio hijo, algo que además para ella era totalmente irrelevante. Hubiera salido o no de sus entrañas, era un demonio llorón y babeante que le daba grima solo pensar en acariciarlo. Menos mal que no le había quedado ninguna secuela del embarazo, y no había deformado su precioso cuerpo cuando se había quedado embarazada de... del chiquillo ese.

—Intentaré pasar más tiempo con él y...y... bueno haré todo lo que pueda.—fue lo máximo que le pudo prometer, aunque no pudo evitar un pequeño gesto de aversión.

Después de decirle esto Martín empezó a esbozar una lenta sonrisa que la hizo sonreír a ella también.

—Dime una cosa.—le empezó a decir inclinándose encima de la mesa sin dejar de sonreír en ningún momento.—¿Cuándo te diste cuenta de que sentías algo por mí?. ¿Antes o después de compararme con el viejo que tenías a tu lado?.

Vanesa se quedó helada por la pregunta, y él no pudo más que echarse a reír al contemplar la cara que se le había quedado.

—¿De verdad te creías que con chasquear los dedos yo iba a volver contigo como un perrito faldero?.

Y volvió a reírse aliviado de que el asunto tan importante del que le tenía que hablar fuera ese. Por un momento se le congeló la sangre, cuando al escuchar su voz y decirle que tenía que hablar con él sobre algo muy importante tuviera que ver con Lucas. Cuando acudió a su cita en el restaurante creyó en todo momento que se trataba de su hijo, que ella había recapacitado y quería tener contacto con él, y estaba muerto de miedo pensando que le iba a pedir la custodia. Sabía que no tenía nada que hacer en su contra, ningún juez en su sano juicio le daría la patria potestad a ella, sobre todo después de lo

que había hecho, pero nunca se sabía. Debido a ello y con tal de que su hijo no pasara por ningún mal momento, incluso había llegado a pensar en llegar a algún tipo de acuerdo con ella, ya que por desgracia seguía siendo su madre. Y después de todo lo que le había pasado con su propio padre, había aprendido que no siempre podíamos prejuzgar a las personas, y que teníamos que intentar darles una segunda oportunidad, dejar que se redimieran llegado el momento. Eso era algo que Alexia le había enseñado. Pero éste no era el caso, ¡gracias a Dios!. Y aunque por un lado hubiera deseado con toda su alma que su hijo pudiera conocer el amor de su madre, estaba claro que eso no iba a suceder nunca por lo cual se sentía enormemente aliviado.

—¿A qué te refieres?.

Martín levantó la mano para llamar al camarero haciendo un gesto de que le trajeran la cuenta.

—¿Que a qué me refiero?.—le preguntó con desprecio.—¿En algún momento te has parado a pensar en alguien que no fueras tú Vanesa?.

La mujer lo miró confusa.

—Estoy completamente seguro que cuando te enteraste de que me iban tan bien las cosas, de que supiste que ya no era aquel muerto de hambre al que usaste hasta encontrar a otro con más dinero e influencias... fue cuando te entró ese repentino amor hacia mí. ¿Por qué te ibas a acostar con un viejo asqueroso cuando podías hacerlo conmigo, no?. Ahora que soy rico y famoso... ahora que puedo cumplir con tus caprichos y expectativas... ahora te intereso, ¿no es verdad?.

—Eso no es cierto.—exclamó haciéndose la ofendida ya que había acertado de pleno.

El actor la miró con desdén.

—Cuando... cuando volví a verte después de tanto tiempo... sentí algo. ¡Algo muy fuerte!.

—Sí, el peso de mi billetera.

—¿Por qué me hablas así?. Sé que todavía sientes algo por mí, estoy totalmente segura de que me deseas.—le dijo con arrogancia.

En ese momento llegó el camarero con la cuenta y Martín sacó la cartera dejando unos billetes encima de la mesa.

—En una cosa tienes razón Vanesa siento algo por ti. Pero todavía estoy intentando saber si es asco o pena.

La modelo abrió los ojos al escuchar esas palabras dichas con tanta repulsa.

—Pena porque te estés perdiendo a un ser tan maravilloso como es tu hijo, porque no sepas apreciar nada que no tenga que ver con el dinero, con la ambición... porque nunca hayas sabido amar de verdad...

Y se levantó para marcharse de allí lo antes posible.

—O asco simplemente por ser como eres.

—¿Y por qué no te has casado?.—le preguntó altanera sonriendo satisfecha de sí misma.

Haciendo que todo lo que él le había dicho le resbalase como hacía con todo lo que no le interesaba.

—¿Por qué desde que te dejé no has vuelto a rehacer tu vida y te has dedicado a ir de mujer en mujer sin ningún rumbo?. ¿Quieres que yo te lo diga Martín?. Pues no lo has hecho porque no has podido olvidarme.

Él volvió a reír burlándose de ella, y despacio con una brillante sonrisa que dejaba muy en claro que no le importaba en absoluto lo que ella pensase, le contestó muy complacido.

—Te equivocas nuevamente *querida*. No lo había hecho porque no había encontrado a la persona adecuada, pero eso es algo que ahora mismo voy a corregir y que estoy deseando hacer, por cierto.

De hecho, te informo que hoy tenía pensado pedirle a la mujer de mi vida que se casara conmigo, pero he perdido el tiempo aquí contigo pensando que realmente tenías algo importante que decirme. Pero obviamente me he vuelto a equivocar. Así que solo me resta desearte que algún día consigas ser feliz. De verdad Vanesa, te lo deseo de corazón. Yo por mi parte te aseguro que lo voy a ser. Pero espero no volver a verte en mi vida. Buenas noches. Y se marchó de allí sin mirar atrás.

Martín entró corriendo en casa deseando mantener esa conversación con Alexia, para contarle por fin todo lo que sentía por ella y decirle lo mucho que la amaba. Pero se llevó una desilusión cuando se encontró todo a oscuras. Miró su reloj. Eran pasadas la una de la madrugada, por lo que entendió que aunque le hubiera pedido que lo esperara al tardar tanto se hubiera ido para cama. Pero sonrió de igual manera, ya que disfrutaría despertándola en su habitación a base de besos, lametones, mordiscos y caricias.

Umm ahora que lo pensaba mejor quizás fuera una buena idea. La acorralaría en su cama medio dormida, sin darle la oportunidad de pensar, solo de que sintiera, y de paso cumplir una fantasía que llevaba mucho tiempo deseando realizar. Pero antes iría a darle las buenas noches a su hijo. Era un ritual que hacía siempre, llegara a la hora que llegara tenía que comprobar que estaba dormido y bien arropado antes de poderse ir a dormir. Por lo que subió de dos en dos los peldaños de la escalera hasta llegar a la habitación de Lucas, ansioso por darle un beso en su cabecita y volar hacia donde estaba la mujer que lo volvía loco, para darle un beso también aunque no sería tan casto, de eso se aseguraría él. Pero se quedó congelado cuando no lo encontró en su cama. Había estado allí ya que las mantas estaban deshechas, pero su hijo no, por lo que se fue a su habitación suponiendo que se habría levantado de noche y lo habría ido a buscar. Pero descubrió que allí tampoco estaba. De repente empezó a sentir una extraña inquietud, que lo hizo volver corriendo a la habitación del niño y revisar el baño, por si por casualidad se lo había pasado por alto, pero tampoco. Empezó a buscar por las habitaciones de la planta de arriba y Lucas no aparecía. Martín bajó al primer piso, sintiendo de repente una sensación de pánico que nunca en su vida había sentido antes, mientras revisaba todas las estancias una a una. Desesperado salió al jardín, llamando por el niño angustiado y a punto de que le diera un colapso, pero tampoco estaba.

Empezó a respirar con dificultad cuando se imaginó todo tipo de situaciones, pero la que le estaba encogiendo el corazón era la firme sospecha de que habían secuestrado a su hijo. No era la primera vez que pasaba en México D.C. Por desgracia era una situación muy cotidiana en ese país, donde los cárteles de la droga y la alta criminalidad hacían que gente famosa y con mucho dinero fueran las víctimas perfectas, para extorsionar y conseguir dinero rápido.

Salió corriendo hacia el piso de abajo donde estaban los dormitorios de sus empleadas, y sin pensarlo dos veces entró en el primero que era el de Sole despertándola bruscamente. Cuando le preguntó por su hijo, ésta le contestó que lo habían dejado durmiendo en su habitación. La ordenó levantarse y que despertara a las demás para que lo ayudaran a buscarlo antes de hablar con la policía, mientras él llamaba a su padre por teléfono por si sabía algo. Pero a la vez que esperaba a que Miguel atendiera la llamada y buscaba él mismo en las duchas de las empleadas, la cocinera lo llamó. Y cuando se acercó a la habitación donde estaba ella de pie observando la estampa que allí

ocurría, apagó el teléfono con la misma intensa sensación de confusión y alivio al mismo tiempo. Encontrándose con la imagen de su hijo metido en la cama de Alexia pegado a su cuerpo y durmiendo profundamente, mientras ella lo abrazaba protectoramente. Y obviamente también dormida.

Capítulo 32

El actor le dijo a la cocinera que podía irse para cama, que todo estaba bien y que él ya se ocupaba. Y ella tranquila al ver que Lucas estaba sano y salvo y que todo había quedado en un susto, se fue a dormir deseándole buenas noches.

Cuando se quedó solo observando a su hijo y a su empleada descansar a pierna suelta ajenos a la angustia que había sentido, Martín se pasó la mano por el pelo mientras una furia ciega subía por su pecho. Se acercó a ella y la despertó teniendo cuidado de no hacerlo con Lucas.

—¿Qué...?. ¿Qué pasa?— preguntó desorientada.

—¡Levántate!. ¡Te espero en mi despacho!. ¡Ahora!—le ladró en voz baja mientras agarraba al niño en brazos.

Y se marchó de allí dejándola totalmente confusa.

Cuando minutos después entró furioso en la estancia, descargó parte de su frustración pegando un portazo que sobresaltó a la mujer medio dormida todavía.

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?!—le gritó fuera sí.

—¿De qué hablas?—preguntó confundida y totalmente desconcertada por su actitud.

—¿Y me preguntas de qué hablo?—exclamó con sarcasmo pasándose las manos por la cara.—

¿Acaso tienes idea del infierno por el que he pasado Alexia?. ¿Te has parado a pensar en la angustia que he sentido?.

—Martín...

—¡Por supuesto que no!—bramó furioso empezando a pasearse de un lado a otro.—Mientras yo me volvía loco buscando a mi hijo por toda la casa... mientras la agonía y el tormento me consumían... muerto de miedo pensando que Lucas se había escapado, o que lo habían secuestrado y estaba en manos de unos criminales... tú estabas tan tranquila durmiendo con él. ¡En tú cama!.

—Martín lo siento...

—¿Qué lo sientes?!—volvió a gritar enajenado.

Nunca había sentido tanto pánico en toda su maldita vida. Había llegado a tal grado, que esa ansiedad y esa agonía la tenía que pagar con alguien o se volvería loco. Solo el imaginar que su hijo pudiera estar en esos momentos herido o asustado en manos de unos delincuentes, hacían que toda esa ira y esa impotencia le desbordase. Y en esos momentos el foco de toda su frustración era Alexia ya que lo había encontrado con ella.

—¿Me puedes explicar por qué diablos estaba mi hijo en TÚ cama Alexia?!.¿Cómo...?!.

—¡Basta!—lo interrumpió ella gritándole también.—¡No seas injusto Martín!. ¡Yo no tengo la culpa

de que Lucas venga todas las noches a mí!

Y después de comprobar que él le estaba prestando atención observándola totalmente pasmado, intentó explicarse.

—Lo siento. Siento no habértelo dicho antes, no le di mayor importancia. Tu hijo lleva semanas despertándose en mitad de la noche y viniendo a mi habitación para meterse en cama conmigo.

—¿Por qué?—susurró sin entenderlo todavía.

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Lo lleva haciendo desde que me quedé con él de niñera la primera vez. Normalmente lo que hago es esperar a que se vuelva a quedar dormido y cuando lo hace lo subo yo misma a su dormitorio.

El actor apoyó su espalda en la puerta cuando la verdad le dio de golpe.

—Pero hoy me quedé dormida.—siguió explicando.—Estaba cansada por el viaje y ayer... bueno, después de lo que pasó con Jorge no pude dormir mucho, y... y por eso lo encontraste así.

Él se fue escurriendo poco a poco hasta acabar sentado en el suelo arrepentido y avergonzado por haberla gritado. Pero sobre todo estaba afligido porque no entendía, no llegaba a comprender.

—Pero te juro que si llego a saber que iba a pasar todo esto te lo hubiera dicho hace tiempo.

—¿Por qué Alex?. No entiendo... no entiendo, ¿por qué no viene a mi cama?. Yo soy su padre.

La mujer se arrodilló a su lado observando su aflicción.

—¿Tan mal padre soy?. ¿Tan mal lo estoy haciendo que prefiere el consuelo de otra persona que el mío?.

A ella casi se le rompe el corazón al verlo sufrir así.

—¡Por supuesto que no!. ¡Tu hijo te adora Martín!.

Pero él la miraba atormentado por todas las dudas.

—¡Escúchame!.—le dijo agarrándole la cara con ambas manos para mirarlo directamente a los ojos.

—No te permito que pienses eso.

No iba a dejar que se sintiera culpable. No por esto.

—Lucas te ama con locura. Tu eres el mejor *papito* del mundo y eso me lo ha dicho infinidad de veces. Eres su superhéroe y está tan orgulloso de ti que nadie se te puede comparar. Pero no deja de ser un niño...y como tal puede que le dé vergüenza reconocer que tiene miedo. Y... y supongo que le es más fácil buscar el lado femenino, y no confesarle a su valiente y machote padre que tiene miedo de los monstruos que hay debajo de su cama.

De pronto Martín sonrió.

—¿Eso te ha dicho?.

Ella asintió.

Y entendió porque su hijo lo había hecho, había encontrado en Alexia a la madre que nunca había tenido. Ella le había dado su cariño, su protección y su amor sin condiciones, sin artificios, preocupándose de él, jugando con él. Ofreciéndole abrazos y besos, caricias y achuchones, algo que no había hecho Vanesa nunca, ni tan siquiera de recién nacido. Los dos, tanto Lucas como Alexia, se habían necesitado y se habían encontrado conectando de una manera muy especial, no en vano su hijo había expresado el deseo de que fueran novios. El niño tenía tanto miedo como él a perderla.

Y pensó asombrado en que Lucas era muy inteligente y que no dejaba de ser un Ledesma, ¿en qué mejor sitio que estar en la cama con ella?. Había sido una pena que no se le hubiese ocurrido a él la excusa de los monstruos en su habitación, aunque suponía muy a su pesar que no hubiese colado.

Pero todo cambió cuando se encontró con su cara firmemente agarrada entre las manos de ella, y el rostro de Alexia tan cerca del suyo propio. De repente todo el tumulto de emociones que había sentido hacía tan solo unos minutos se volvieron en ansias por besarla, por sentir su piel, su calor, su sabor...

Y bajó los ojos para clavarlos en su boca, siendo sus labios los que a continuación atraparon los de ella para darle un beso desesperado y abrasador.

¡Dios bendito qué bien besaba!

Martín la agarró entre sus brazos y acercó su cuerpo al de él, haciendo que ella se sentase encima de su regazo mientras devoraba su boca con fruición. Su corazón empezó a latir desbocado a la vez que sentía como le respondía con la misma pasión. La respiración de ella era entrecortada y pequeños jadeos surgían de su garganta, mientras él lamía y mordisqueaba esos apetitosos labios que tan obsesionado lo tenían. Y sus manos empezaron a recorrer su cuerpo, para encontrarse con la barrera de la fina bata de algodón que desabrochó con dedos temblorosos e impacientes, para introducirlos después debajo de la camiseta y acariciar su increíble trasero.

Alexia todavía con la cara de su jefe entre sus manos respondía a sus besos y a sus caricias con igual intensidad, mientras sentía esa devastadora necesidad de fundirse con él. Y que sus lenguas inquietas y ansiosas demostraban en un baile sensual, o en una lucha de poder, dando y recibiendo, lamiendo y saboreando, de forma suave y lenta, o brutal y rápida, el deseo tanto tiempo reprimido. Y debido a que todo esa pasión se desbocaba furiosa al ritmo de su corazón, la asistente solo podía pensar en acariciarlo, en sentirlo bajo su piel, en poder amarlo libremente sin cortapisas, sin recelos.

Pero ese miedo que tanto ansiaba dejar atrás entró sinuoso en su mente abotargada, cuando Martín dejó de masajear su trasero para subir por su costado y atrapar con su mano un pequeño seno, consiguiendo que ella se apartase un poco respirando con dificultad y apoyando su frente contra la de él.

—¡Martín!.—jadeó.

—¡Por Dios Alex!.—murmuró contra sus labios.—¡Te necesito!

Y mirándola directamente a los ojos le dijo con el corazón en la mano, ofreciéndole todo lo que tenía, todo lo que él era.

—¡No tienes ni idea de lo mucho que te necesito!

Y por fin rindiéndose al inmenso amor que sentía por él Alexia lo besó, consumiéndose, ardiendo por ser suya, por amarlo, por entregarle todo lo que era. Su alma, su corazón, su todo.

Cuando el actor por fin sintió que vencía sus barreras a punto estuvo de gritar, igual que un guerrero en el campo de lucha después de haber conseguido su batalla más épica. Porque eso era lo que sentía. Sentía que por fin había conseguido ganarse su corazón, su confianza, su amor, porque de lo que estaba completamente seguro es que Alexia no se entregaría a él si no estuviera enamorada. Y a punto de reír de puro gozo, se contuvo solo para levantarse del suelo y tomarla en sus brazos, y llevarla en volandas a su habitación para hacerle el amor de forma lenta y apasionada.

Sin dejar de besarla en ningún momento subió las escaleras, y cuando entró en el dormitorio cerró con el pie la puerta y la posó suavemente en el suelo. Dejándola delante de la cama y frente a él. Y se quedaron observándose con ternura y una dulce agonía que presagiaba lo que iba a ocurrir entre los dos, hablando con sus miradas y diciéndose todo lo que sus bocas no expresaban.

Martín levantó una mano para acariciar suavemente con el reverso de los dedos sus mejillas, y proseguir con sus labios. Adorándola. Venerándola. Era tan hermosa para él que su rostro era la pura

perfección. Mientras ella con los ojos cerrados absorbía cada sensación, estremeciéndose con cada delicado y tierno roce de sus dedos.

De pronto Alexia abrió los ojos y posó las manos en su pecho, y con dedos trémulos comenzó a desabrocharle los pequeños botones de la camisa para poder tocar ella también. Sentir su piel bajo las yemas de sus dedos, aspirar su dulce y embriagador aroma. Y se acercó para besar cada centímetro de torso que descubría, con delicados roces de sus labios, tan sutiles que parecieran ligeras plumas, haciendo que la carne de él temblara bajo sus caricias.

¡Dios, lo amaba tanto!

Cuando lo despojó de la prenda fue Martín el que tomó las riendas esta vez, desprendiendo de su cuerpo la fina bata para sujetar después, mientras clavaba sus ojos en los de ella, la parte inferior de su camiseta de dormir y levantarla muy despacio hasta sacársela por la cabeza. Dejándola casi desnuda y solo vestida con un exquisito culote.

Ella bajó los ojos avergonzada por su escrutinio, pero él agarró su mentón con dulzura levantándolo para que lo mirara.

—Eres preciosa Alex, eres más hermosa de lo que me imaginaba.

—No es cierto.

—Sí lo es, no lo dudes nunca.

Y ella se perdió en su mirada mientras bajaba su cabeza para besarla con exquisita reverencia. Y así se sintió. Alexia percibió la dulzura y la ternura de cómo la tocaba, casi adorándola como si fuera una Diosa, ahora entendía porque tenía tanto éxito con las mujeres.

Martín le acarició la espalda con su mano descubriendo la suavidad de su piel, hasta llegar a su trasero al que agarró firmemente mientras la pegaba a su cuerpo para que sintiera su erección. Y ella levantó los brazos para enterrar las manos en su pelo, a la vez que pequeños gemidos surgían de su garganta y miles de escalofríos la hacían temblar. El actor abandonó su boca para lamer y mordisquear su cuello, mientras bajaba despacio hasta atrapar con sus dientes un duro pezón, que hicieron que ella le clavara las uñas en la espalda y sus piernas se doblaran temblando como hojas de papel.

—¡Aaah... Martín!.—gimió.

El hombre siguió durante unos pocos minutos lamiendo y chupando con el pequeño seno de ella en su mano, en tanto la tenía fuertemente agarrada por el trasero con la otra. Hasta que le dio la vuelta para que ella apoyara su espalda contra su cuerpo, mientras con una mano sujetaba su mentón girándolo para poder besarla, y con la otra la introducía despacio dentro de su ropa interior. Acariciando el sexo de Alexia húmedo y caliente resbalando entre sus pliegues suaves y aterciopelados, hasta conseguir introducir un dedo en su interior a la vez que restregaba su pene contra su culo.

—¡Oh Dios mío!.—susurró ella contra sus labios.

El actor sonrió satisfecho cuando ella gimió de placer y abandonó su boca para mordisquear delicadamente el lóbulo de su oreja, advirtiendo como ella abría los labios jadeando entrecortadamente, mientras encontraba su clítoris y lo frotaba con su dedo húmedo, teniendo que sujetarla con su brazo libre por la cintura al notar que la piernas de Alexia se aflojaban sin poder soportar su peso. Consiguiendo con ello hacerla estremecer de pies a cabeza, y que a él le costara Dios y ayuda no poseerla en ese mismo instante.

Por lo que la levantó de nuevo en brazos y la depositó en su cama con delicadeza, pero devorando con unas ansias infinitas esa boca que le sabía a la mejor delicatesen que pudiese existir. Le sabía a

ella. A su Alexia. Se apartó un instante para desprenderse de la ropa que le quedaba, quedándose desnudo y descubriendo la impresionante erección que portaba en ese momento. Dura y palpitante solo por ella. Solo para ella.

Mientras, Alexia jadeó al ver su miembro excitado abriendo los ojos por su gran tamaño, pero ansiando poder tocarlo, besarlo, saborearlo... Al mismo tiempo que su sexo ya húmedo, se contrajo a la espera de recibirlo dentro de ella.

Martín se acostó a su lado haciendo verdaderos esfuerzos por no abalanzarse encima de... su mujer. Porque ya no era su asistente o su empleada, era su amor, su vida, su alma gemela. La persona que llevaba tanto tiempo esperando, la que lo complementaba como ninguna, a la única a la que deseaba a su lado para siempre y con la que esperaba morir junto a ella cuando fueran ancianos. Aunque antes de eso degustaría su cuerpo hasta hartarse, empezando por adorar esos pequeños pero apetitosos pechos.

—Son exquisitos.

Y empezó a acariciar un pezón, primero despacio, consiguiendo que ella arqueara la espalda para atrapar con su boca el otro. Dio buena cuenta de ellos durante unos minutos, besando, lamiendo, atrapando entre sus dientes el rosado botón duro e inhiesto, mientras ella se retorció y estremecía por lo que le estaba haciendo. Sus senos pequeños y blanditos, nada tenían que ver con los de las mujeres con las que se había acostado antes. Estos eran naturales, perfectos y sublimes como toda ella. Cuando levantó la cabeza Alexia lo estaba mirando con los ojos brillantes, la piel ruborizada y la boca entreabierta, sabiendo que él se estaba conteniendo, pero ella decidió que no lo iba hacer pues también quería probar. Quería volverlo loco con sus caricias, ansiaba que esa noche la recordase por siempre, entregándose por completo, ofreciendo todo lo que ella era.

Así que lo apartó para dejarlo boca arriba mientras ella se subía a horcajadas encima de él, y comenzó a depositar pequeños besos que iban recorriendo su duro pecho y su firme abdomen, mientras el pene de Martín pegaba pequeños latigazos al sentir el calor y la humedad del sexo de ella tan cerca. Y se restregó contra él, impedido por la barrera de la tela del culote a sentir la suavidad de su centro, pero consiguiendo de todas formas que Martín jadease entrecortadamente. La mujer fue bajando poco a poco, lamiendo y mordisqueando cada tableta de chocolate cuan golosa, hasta llegar al punto donde quería estar. Levantó la mirada y observó como él tenía clavado sus ojos en ella, expectante y atento a lo que iba a hacer, y siseó cuando lamió su miembro con la lengua, recorriendo despacio la longitud de su pene, notando las venas hinchadas hasta llegar al glande y jugar con él. Para después introducirlo dentro de su boca todo lo que pudo, mientras Martín gemía de placer levantando las caderas para que se introdujera más profundo en su garganta.

—¡Alex!—exclamó—¡Por Dios me estás matando!

Pero ella no tuvo compasión. Lamió y chupó su pene sintiendo la dureza y la suavidad en su boca, mientras que esta vez era él el que se mordía el labio, tenso como una cuerda intentando aguantar lo máximo posible y no correrse en su boca. No contenta con eso agarró su miembro con una mano bajando y subiendo a un ritmo lento y enloquecedor. A veces era suave, lamiendo y acariciando solo con sus labios arriba y abajo cuan largo era, pero otras veces lo introducía por completo, y le raspaba delicadamente con los dientes hasta llegar a la punta aterciopelada donde jugueteaba con la lengua húmeda. Y el calor de su respiración le mandaba descargas eléctricas de puro placer por los riñones hasta la espina dorsal, mientras con la otra mano acariciaba sus testículos.

Y Martín ya no pudo aguantar más.

La acostó de espaldas y le arrancó el culote rompiéndolo por las costuras en sus ansias de quitárselo lo antes posible, para poder ser él el que ahora la saboreara a ella. Le abrió las piernas admirando su pubis depilado, mojado y anhelante, para bajar a continuación la cabeza y depositar ligeros besos en su tripita, que no era lisa ni dura sino todo lo contrario, pero que a él le encantaba y fascinaba. Descendió sinuosamente dejando un reguero de escalofríos y sensaciones que la hicieron vibrar, lamiendo y mordisqueando hasta que llegó al centro de su ser. Le abrió suavemente los labios para pasar su lengua y saborear su dulce néctar e inhalar su esencia.

—Sabes deliciosa.—susurró conmovido.

Alexia agarró la cabeza del actor con ambas manos mientras su cuerpo excitado temblaba por sus caricias, y tuvo que ahogar un grito cuando él encontró su clítoris al que ahora le estaba prestando una especial atención, succionando y mordisqueando, volviéndola literalmente loca con sus caricias.

—¡Martín por favor!.—suplicó.

Y gimió más alto cuando el introdujo un dedo dentro de ella sin dejar de lamer en ningún momento.

—¡Oh, por favor!.—volvió a rogar mientras se mordía la mano.

—Por favor, ¿qué?.—le preguntó sonriendo por tenerla así, temblando, implorándole.

—¡Por favor...!, ¡por favor no pares!.

Y él no lo hizo. Chupó, lamió y succionó consiguiendo que ella tensara su cuerpo a punto de llegar... hasta que introdujo un segundo dedo que fue lo que la hizo estallar en un sublime orgasmo.

Y mientras Alexia se estremecía con dulces espasmos de placer, Martín se incorporó para colocarse entre sus piernas e introducirse lentamente en ella.

—¡Virgen Santa, qué estrechas eres!.—susurró extasiado.

Y se acercó para besarla, para que ella probara su propio sabor, devorándola mientras entraba despacio en su interior dándole tiempo a amoldarse a él. Pero el actor tuvo que parar apretando los dientes, la deseaba tanto que estaba a punto de correrse, y quería prolongar ese momento lo máximo posible. Quería disfrutarlo, atesorarlo, grabarlo a fuego en su mente, en su alma. El estar dentro de ella, llenándola, sintiéndola vibrar, temblar, estremecerse entre sus brazos, con sus caricias y sus besos, comprendiendo que eran uno solo, que ya no la podían separar de su lado, que si esa mujer le faltaba se moriría, que no podría imaginarse una vida sin ella. Sin su Alexia.

Pero ella rodeó con las piernas sus caderas y con sus manos empujó su trasero instándolo a que siguiera, y él ya no pudo resistir más. Se enterró en su cuerpo una y otra vez, sintiendo tocar el cielo cada vez que lo hacía, murmurando su nombre en cada embestida. Y Alexia lo esperaba en todas ellas respondiendo con movimientos de su pelvis en cada acometida, hasta que los dos marcaron un ritmo frenético que los hizo llegar juntos al clímax consiguiendo que Martín gritara el nombre de ella. Y fusionados y abrazados, subieron unidos al cielo para volver a bajar, exhaustos y satisfechos.

El actor se desplomó a su lado mientras intentaba normalizar su respiración y aquietar los frenéticos latidos de su corazón, nunca en su vida había sentido algo parecido. Había sido el orgasmo más devastador que había gozado jamás. Por fin comprendía la diferencia de tener sexo con hacer el amor. Siempre había creído que era una invención de las mujeres, una romántica idea para diferenciar cuando tenían sexo puro y duro, y cuando tenían sexo “con sentimientos”. Y ahora lo entendía, ¡vaya si lo entendía!. Había una diferencia enorme, tan enorme, que por primera vez deseaba abrazar a la mujer que tenía a su lado y pasarse la noche acariciándola, en vez de quedarse dormido como un tronco. Y eso fue lo que hizo.

—Ven aquí.—le pidió haciéndole un hueco a su lado.

Y Alexia se acostó junto a él, con la cabeza apoyada en su hombro totalmente satisfecha y arrobada por la ternura con la que habían hecho el amor. Entre tanto él le hizo pasar una pierna por encima de la suya para poder tenerla lo más cerca posible. Estuvieron callados durante unos minutos deleitándose todavía por lo que había sucedido entre ellos, mientras Martín le acariciaba suavemente el brazo y posaba breves besos en su frente, suspirando de deleite y felicidad por tenerla al fin a su lado como tanto había anhelado.

—Tenemos que hablar Alex.

La asistente no pudo evitar tensarse, sabía que ese momento iba a llegar pero esperaba poder demorarlo lo máximo posible.

—Lo sé.—suspiró, mientras dibujaba ochos en su pecho con la yema de su dedo.

Martín no sabía cómo empezar, tenía tantas cosas que decirle que por un momento se quedó sin palabras.

—Alex yo...

De pronto los nervios se apoderaron de él, era la primera vez que le iba a confesar a una mujer todo lo que sentía. Abriría su alma en canal para confesarle que la amaba. La amaba más que a su vida. Que sin ella nada tendría sentido y que quería pasar el resto de su existencia a su lado, que lo que había sucedido entre los dos era lo más maravillosos que había experimentado nunca, que jamás había soñado con encontrar a la mujer perfecta que era ella. Y que sin duda lo que los unía era algo único, algo especial.

Pero la mujer había advertido su inquietud que era la misma que ella estaba sufriendo en esos momentos, malinterpretando sus nervios por dudas y arrepentimiento.

—Alexia yo... no sé por dónde empezar... Lo que acaba de pasar... Quiero decir que lo que ha sucedido entre nosotros...ha sido...—balbuceó nervioso.

Pero la asistente levantó la cabeza en ese momento y le tapó la boca con los dedos, consiguiendo que sorprendido y extrañado se callase.

—¿Te puedo pedir un favor?—le preguntó mirándole directamente a los ojos.

Él solo asintió.

—¿Podemos hablarlo mañana?.

—¿Qué?. ¿Por qué?—le preguntó confuso.—No Alex, quiero hablarlo ahora. Me urge hablarlo ahor...

Pero ella lo acalló con un beso.

—¡Por favor!.—le rogó y volvió a besarlo.—¡Por favor!.

Alexia no quería estropear ese momento, sabía perfectamente lo que le iba a decir y no quería oírlo. Todavía no. Tenía que pensar, tenía que decidir lo que iba a hacer. Pero antes quería disfrutar ese maravilloso momento y atesorarlo como lo más increíble que le había pasado en su vida.

—Escúchame...

—Martín te lo ruego, es lo único que te voy a pedir, ¿sí?. Por favor, mañana hablamos.

Él la observó fijamente sin comprender porque quería dejarlo para el día siguiente, pero al final pensó, ¿que qué más daba?, solo serían unas horas. Solo unas pocas horas lo separaban de confesarle lo mucho que la amaba. Y la tenía allí en su cama, desnuda y abrazada a él, no se iba a ir a ningún lado.

—Está bien.—cedió—Pero mañana tú y yo tendremos esta conversación.

Ella asintió y él la volvió a besar, pero esta vez deleitándose con ello.

Eran altas horas de madrugada y Alexia estaba sentada en la cocina tomándose un café, mientras el actor dormía plácidamente. Seguía dándole vueltas a lo que había pasado esa noche entre Martín y ella, y a las consecuencias que ello conllevaba. No se arrepentía de lo que había hecho, había sido lo más maravilloso que le había sucedido nunca, pero sí sabía que las cosas ya no podrían seguir igual. Todo había cambiado. Había dejado de ser solamente su empleada para pasar a ser su amante, eso si él quería seguir con esa situación y no la despedía mañana mismo. Pero si no la despedía y tampoco quería mantener una relación con ella, ¿qué iba a hacer?. ¿Lo aceptaría?. ¿Accedería a seguir trabajando con él como si no hubiera pasado nada?.

¡Dios, ¿qué voy a hacer?.

De pronto advirtió la funda con el portátil y la agarró para sacarlo y abrirlo encima de la mesa, quizás si llamaba a su hermana y hablaba con ella por Skipe... Allí era de madrugada, pero en España eran siete horas más así que lo más seguro es que estuviera despierta, pero por costumbre abrió el correo, y le aparecieron unos nuevos mensajes a los que echó un breve vistazo solo por curiosidad. Y se quedó helada cuando abrió uno de ellos donde aparecía una foto de Martín y Vanesa besándose, otra instantánea sentados en una mesa en lo que parecía un restaurante, y otra más en la que la madre de Lucas alargaba un brazo como si quisiera acariciar el rostro de él. No hacía falta ser muy inteligente para saber cuál era la pregunta del periodista que le había enviado las fotos. Como muchas veces antes, preguntaba si podía confirmar la relación que había entre ellos dos.

Por supuesto Alexia no contestó, pero si se quedó durante unos minutos observando detenidamente la imagen donde su jefe se estaba besando con la madre de su hijo. Y al final tomó una decisión.

Lo que ella no sabía es que dependiendo de la perspectiva, lo que en apariencia era un simple beso en la mejilla podía parecer algo que no era.

Capítulo 33

Martín se desperezó mientras sonreía feliz al recordar la noche anterior, había sido la noche de amor más increíble que había tenido nunca. Si alguna duda quedaba, que no la tenía en absoluto, ayer se habían despejado todas. Amaba a Alexia Montero con todas las fibras de su ser.

Frunció un poco el ceño cuando la buscó a su lado y no la encontró, pues le hubiese gustado despertarla él mismo. Agudizó el oído por si la escuchaba en la ducha, pero tampoco oyó nada, así que pensó que habría bajado a su habitación. Y aunque no le gustó la idea de que no estuviera durmiendo en su cama, ya que quería amanecer el resto de su vida con ella a su lado, pensó que conociéndola era lo normal. Seguramente no habría querido que Lucas o cualquiera de sus compañeras la encontraran allí sin antes haber anunciado nada, por lo que se levantó y se duchó para bajar lo antes posible y mantener esa conversación que quedaba pendiente entre los dos, ya que no tendrían que ir a trabajar hasta esa tarde. Y con un poco de suerte volverían de nuevo a la cama, aunque no precisamente para dormir.

Pero se llevó una pequeña sorpresa cuando bajó a desayunar y no la encontró en el comedor.

—Soledad, ¿has visto a Alexia?—preguntó con una extraña sensación de desasosiego.

—No *patrón*. La última vez que la vi fue anoche en su habitación con el niño Lucas. Pero es raro que todavía no esté aquí, ¿quiere que la vaya a buscar?.

—No tranquila, seguramente se habrá quedado dormida.

Y siguieron desayunando él y su hijo ignorando la débil inquietud que empezó a sentir en la boca del estómago, hasta que Pedro vino a buscar al chiquillo para llevárselo al colegio. En tanto el actor aprovechó para ir a despertarla él mismo, aunque un pequeño escalofrió lo recorrió cuando se cruzó con Justina en la cocina y le confirmó que ella tampoco la había visto. Por lo que bajó corriendo las escaleras al piso de abajo, y se quedó helado cuando al entrar en su dormitorio tampoco la encontró allí. Y la sensación de desasosiego empezó a transformarse en alarma, cuando advirtió que la cama estaba hecha y que faltaban los objetos personales que solía tener encima de la cómoda y la mesilla de noche.

Confundido se acercó al armario donde ella tenía toda su ropa, y muy despacio con auténtico pánico lo abrió para encontrarse con que estaba casi vacío. Desesperado abrió los cajones de los demás muebles para encontrar lo mismo. Nada.

¡¿Pero qué demonios...?!.

Salió de prisa de la habitación y la buscó por toda la planta de abajo, y cuando siguió sin aparecer volvió a preguntarle a sus dos empleadas. Éstas igual de alarmadas ratificaron lo que habían dicho antes, y lo ayudaron a buscar por toda la casa sin éxito alguno.

Quince minutos después habían recorrido toda la mansión y Alexia seguía sin aparecer.

—No entiendo lo que ha podido ocurrir.—habló Tina totalmente desconcertada.

Estaban en esos momentos los tres sentados en la mesa de la cocina, sin haber salido del estado de shock en el que se encontraban por no haber hallado a la asistente por ningún lado.

—Si alguna vez se ha tenido que marchar, siempre, siempre ha avisado con antelación.

La cocinera observó a su jefe que estaba confundido y con la vista perdida.

—*Patrón*, ¿a usted no le dijo nada?.

Él tardó unos segundos en responder todavía aturdido por lo que estaba pasando.

—Ehh.. no Soledad, a mí no me ha dicho nada.

—¿Y no ha sucedido nada entre ustedes que la haya echo enfadar?.

Martín observó atentamente a la mujer y en sus ojos empezó a surgir la semilla de la duda. ¿Podiera ser qué después de lo que había ocurrido entre los dos ella hubiera decidido irse?.

¡No, imposible!. Alexia no pudo haberme abandonado. No después de lo que pasó anoche. ¡No, no puede ser!.

—¡Espera!.—exclamó Tina de repente cuando se acordó de algo.—Cuando entré en la cocina a primera hora el portátil estaba encima de la mesa, quizás ahí aparezca alguna información sobre por qué ha salido tan temprano de casa.

—¡Sí, claro!.¿Y también te va a decir el por qué se ha llevado las maletas y todas sus cosas?.—le preguntó su compañera con sarcasmo.

—No lo sé, ¿tienes tú una mejor idea?.—le contestó ofendida por su tono.

—Pues sí, deberíamos llamarla por teléfono.

—El *celular* se lo ha dejado aquí lista, que eres una lista.

—Pues hay que preguntarle a sus compañeros de trabajo, al señor Miguel, a...

—¡Dejad de discutir!.—ladró él sobresaltándolas.—¿Dónde está ese maldito ordenador?.

La asistenta se levantó y lo recogió de una esquina de la encimera donde lo había colocado antes para ofrecérselo a Martín, y éste lo agarró y abrió la tapa para descubrir que ya estaba encendido. Y se quedó pasmado cuando vio la foto donde aparecía él besando a Vanesa.

—¡NO!.¡ESTO NO!.¡JODER!:

Habían pasado cuatro días, cuatro horribles días en los cuales Alexia se los había pasado llorando. Estaba agotada emocionalmente, pero al fin había podido tomar una decisión, y esa decisión era que se marcharía del país. Volvería a su casa. A España. Lugar del cual nunca se tendría que haber ido y al cual estaba deseando volver, para lamerse las heridas e intentar curar su roto corazón y empezar de nuevo. Pero lo haría junto a su hermana, al lado de su familia de verdad. Lo único bueno que había tenido México es que ahora tenía las suficientes fuerzas para enfrentarse a Jorge llegado el caso, lo cual honestamente dudaba, sobre todo después de lo que había pasado en Nueva York.

Nueva York, ¡qué lejos queda ya!.— pensó.

Pareciera que hubiera pasado una vida entera y sus ojos volvieron a empañarse de nuevo, pero parpadeó varias veces para que esas lágrimas no se escaparan. Estaba en un lugar público y no quería que nadie la viera llorar, y menos sus amigas a las que observaba cruzar la calle en dirección a la cafetería donde habían quedado con ella.

—¿Se puede saber dónde diablos has estado metida?.—le preguntó Sole enfadada después de besarla y darle un inmenso achuchón.

—Yo también me alegro de verte.—le contestó esbozando una mueca, ya que no se le podía llamar sonrisa a ese burdo intento que había hecho.

—Alex, hemos estado todos muy preocupados por ti.—empezó a hablar Tina mientras se sentaban a la mesa, ya que de las dos amigas ésta era la más calmada.—Nos estábamos muriendo de la angustia porque no sabíamos que te había ocurrido.—continuó

—Lo siento. De verdad que siento el haberos preocupado...—se disculpó con un gran sentimiento de

culpabilidad por haberlas echo sufrir.—pero podéis ver que estoy bien.

—¿¿Bien?!.—exclamó la cocinera.—¿Acaso te has visto en un espejo?.

Y se llevó la mano a la cara para después atusarse el pelo un poco. La verdad es que no lo había hecho, simplemente se había vestido con lo primero que había pillado y se había recogido el pelo en una coleta, sin prestar mayor atención a su apariencia.

—¿Qué me pasa?.

Su amiga resopló entornando los ojos y negando con la cabeza.

—Estas pálida y ojerosa, con la cara y los ojos hinchados y una expresión de tristeza que... ¡Ay amiga!, ¿qué ha pasado?.—preguntó preocupada por ella dejando atrás su enfado.— ¿Por qué te fuiste así?.

Alexia desvió la mirada hacia Tina, pero ésta tenía la misma cara de inquietud y congoja que su compañera, por lo que bajó los ojos hacia su regazo intentando retener las lágrimas que pugnaban por salir.

—Era lo mejor.—susurró sin ser capaz de enfrentarse al escrutinio de sus compañeras.

—¿Lo mejor para quién?.—le preguntó Tina con ternura.

—Para mí... para todos.

—¿A qué te refieres?.

—Primero tenéis que jurarme que no lo vais a contar.—les pidió mirándolas directamente a los ojos.

—¡A nadie!. Nada de lo que os voy a decir podrá salir de aquí nunca, ¿de acuerdo?.

Sus compañeras la observaron muy serias y se lo juraron. Y les empezó a contar. Todo.

—Alex cariño, esa foto no era lo que parecía. El *patrón* dijo que el ángulo era incorrecto, que él nunca había besado a Vanesa.—le explicó Tina cuando ella acabó.

—¿Él os contó que habíamos pasado la noche juntos?.—preguntó sorprendida.

Ambas negaron con la cabeza y le explicaron lo que había sucedido hasta que abrieron el portátil.

—Por eso tienes que volver a casa, esa foto no significa nada y te juro que el *patrón* nunca... nunca volvería con esa mujer. Él te quiere cielo y de eso estamos seguras.

Soledad la agarró de la mano después de decirle eso, y esbozó una sonrisa para demostrarle que lo que estaba diciendo era cierto.

—¿Os lo ha dicho él?.—preguntó esperanzada.

Tina negó con la cabeza, pero ella también esbozó una alegre sonrisa.

—No hace falta, si tú lo hubieras visto estos días también lo sabrías. Está loco por ti Alex, te lo aseguro. Y lo mejor es que vuelvas con nosotras y lo habléis, tenéis que aclarar este malentendido de una vez.

Alexia se quedó pensativa durante unos segundos hasta que empezó a negar con la cabeza tercamente.

—No, lo mejor es que me vaya. Además ya tengo el billete comprado y mañana sale mi vuelo para Vigo.

—¿¿Cómo?!. ¿Te vas?!.—preguntaron las dos a la vez.

Ella asintió.

—Si, por eso os he hecho venir. Quería despedirme de vosotras antes de irme, sois mi familia aquí y...—se secó impacientemente una lagrima que corría por su mejilla.—no podía irme sin deciros antes adiós. Me.. me gustaría también poder despedirme de los demás pero... pero no puedo.—terminó con la voz estrangulada.

—¡No, de eso nada!.—exclamó la cocinera levantando la voz.

—¡Ni hablar!, ¡tú no te vas a ir a ningún lado!

—Chicas...

—¿Cómo puedes ser tan testaruda?—le preguntó Soledad indignada.—Y no me salgas con el cuento de la Cenicienta y demás historias porque te pego. Escúchame el *patrón*...

—¡No escúchame tú!. Esa noche pudo haberme dicho si sentía algo por mí y no lo hizo. Cuando... cuando acabamos...—se ruborizó por tener que contar algo tan íntimo.—noté su arrepentimiento Sole, sus celos con lo que había pasado entre los dos. Estaba nervioso y vacilante y eso solo significa una cosa, remordimientos.

Las dos amigas no sabían qué decir.

—Si estuviera tan enamorado como vosotras decís me lo habría dicho, pero no lo hizo.

—¿Estás segura de lo que dices?. ¿Quizás malinterpretaste esas dudas que tú dices qué sentía?—le preguntó Tina, que estaba igual de segura que su compañera de que Martín sentía algo muy fuerte por ella.

Ésta se quedó callada durante unos segundos, cuando por su mente cruzó como un rayo una minúscula duda al recordar la insistencia de él en tener esa maldita conversación. Y sobre todo con sus palabras del día anterior con que tenía algo importante que decirle, pero negó con la cabeza. No volvería de nuevo a pensar en lo mismo. Era lo único que había hecho durante esos últimos cuatro días, además de llorar como si le doliera la vida misma y quedarse dormida totalmente exhausta después. Se había pasado horas rememorando esa noche y los días en los que había trabajado para él, y siempre llegaba a la misma conclusión.

No podía negar que su jefe se sintiera algo atraído por ella, ya que tampoco podía obviar lo que había sucedido esa noche y la última noche en el hotel en Telchac, pero de ahí a que sintiera algo más que una simple atracción... No, por supuesto que no. De eso estaba segura. Lo que le había dicho a su amiga era cierto y lo seguía afirmando, si no, ¿por qué él no le había dicho que iba a encontrarse con Vanesa ?. ¿Por qué se lo había ocultado?. Si Martín no tenía nada que esconder, si esa foto no era lo que parecía, bien podía haberle dicho que salía a cenar con ella. ¿Por qué tampoco le había explicado que esa mujer era la madre de Lucas en la boda de Verónica?. No se hubiera enterado de nada si no llega a ser porque Sole le había dicho quién era la modelo que salía en el periódico. No, para Alexia estaba claro que su relación con la madre de Lucas todavía no había terminado. Y era normal, compartían algo muy fuerte que era un hijo y eso ella lo entendía.

Y sobre lo que había ocurrido entre los dos... bueno simplemente se habían dejado llevar. Había estado en el sitio adecuado y en el momento justo, y había desarmado todas sus barreras con facilidad. No es que le estuviera echando la culpa a él, Alexia reconocía su parte en ella que era mucha además, pero no por eso iba a echar por tierra todos sus valores. Porque si de algo estaba completamente segura era de que ella no deseaba ser algo pasajero en la vida de Martín. No quería ser una más del montón. Si algo había aprendido de su relación con Jorge era que tenía demasiado orgullo y que valía algo más que ser el segundo plato de nadie. Simplemente no podía, lo amaba demasiado como para tener una relación clandestina con él y después apartarse cuando ya no le interesara.

Lo quería todo o nada. Y si Martín hubiese sentido algo más por ella se lo habría dicho, y no simplemente un *te necesito*.

Por lo tanto prefería retirarse ahora, quedarse con el bonito recuerdo y vivir con él el resto de su vida. Siempre y cuando lo que decían sus amigas fuera cierto y no un simple calentón, que era lo que

pensaba Alexia que había pasado en realidad.

Las agarró a ambas por las manos y llorando las miró alternativamente.

—Os quiero mucho a las dos, sois mis mejores amigas aquí, mis hermanas mexicanas...pero la decisión ya está tomada. Solo quería pedir os un favor antes de irme y es que... le digáis a Mauro y las chicas lo mucho que los quiero y les voy a echar de menos. Y también a Esther y Roberto, y a Vero. Y a Miguel y a...—y se le escapó un pequeño sollozo que ahogó tapándose la boca con una mano.—a... Lucas. Y sobre todo a Martín.—finalizó emocionada y con dificultad.

Sus dos compañeras lloraban con ella, negando con la cabeza ambas a la vez por lo necia que estaba siendo.

—Alex por favor no lo hagas.—suplicó Sole.

Ésta esbozó una triste sonrisa.

—Seguiremos en contacto, ¿vale?. En cuanto llegue a España os escribiré y podremos hablar por Skipe, y me contareis todo lo que esté pasando por aquí y...y...—no pudo seguir porque estaba a punto de romper a llorar.

—Amiga...

Alexia sacó fuerzas de no se sabe dónde e intentó parecer alegre cuando volvió a hablar.

—Todo va a estar bien.—afirmó secándose las lágrimas con las manos.— Pero ahora tengo que irme.—y observó a su alrededor como la gente las miraba.—Menudo espectáculo que estamos dando. ¡Vaya tres!

Y llamó al camarero para pagar la cuenta. Y mientras esperaban por él y después de abonar el importe cuando ya estaban saliendo de la cafetería, sus amigas seguían intentando convencerla de que no se fuera.

—¿Dónde estás hospedada?—le preguntó Tina cuando al fin se dio por vencida de convencerla de que se quedara.

—En una pensión cerca de aquí.—le contestó sin darle mayores detalles.

Y después de abrazarse, besarse y despedirse de ellas con todo el dolor de su corazón, se marchó.

Cuando Sole entró en la casa se encontró con Miguel intentando jugar en el jardín con su nieto, pero a su jefe no lo veía por ningún lado. Desde que Alexia se había marchado aquella casa parecía un cementerio, y aunque el abuelo trataba de animar a Lucas, éste no estaba con ánimos para jugar a nada. El niño no entendía lo que había pasado, pero sí sabía que Alexia ya no estaba viviendo allí. Y la cocinera sabía que Martín tenía que estar en algún lugar de la mansión porque esa tarde le tocaba descansar, pero no estaba con su hijo ni con su padre, por lo que seguramente estaría en el mismo sitio donde había permanecido los últimos cuatro días.

Durante el camino de vuelta se lo había pasado discutiendo con Tina porque ella quería hablar con el actor, pero su compañera intentó en todo momento disuadirla de ello ya que se lo habían prometido a Alexia. Debido a ello en ese momento no tenía muy claro lo que iba a hacer, aunque sus piernas empujadas por una corazonada la acercaron al despacho.

Cuando abrió la puerta se encontró con el mismo panorama de los últimos días. A su *patrón* sentado en el sillón de cara a la ventana observando sin ver el jardín, sumido en sus pensamientos, como tantas veces había contemplado desde allí a Alexia sentada en la silla debajo del árbol. En la cual se

acomodaba después cuando anocheceía durante horas, a veces acompañado por su padre, pero la mayoría solo hasta las tantas de la madrugada. A la cocinera se le rompía el corazón al verlo así.

—*Patrón*, ya hemos llegado de hacer los recados.—le mintió, por expreso deseo de su amiga.

La cual no había querido que él se enterara. Y era la única condición que les había impuesto para quedar con ellas esa tarde cuando las había llamado por teléfono a casa.

Pero el actor no dijo nada, ni se inmutó.

—¿Quiere que le prepare algo de comer?—le preguntó mientras se acercaba al escritorio.

—No Sole, gracias.—le contestó sin girarse en ningún momento.

—*Patrón*, necesita comer algo, lleva días sin tomar nada decente.—le recordó preocupada.

—No tengo hambre.

—Pero a mí no me cuesta...

—¡Déjame solo!.—le ladró, pero al instante se arrepintió de su grito.—Si tengo ganas de comer ya te lo pediré, no te preocupes por mí.

—Está bien, como usted quiera.

Y la cocinera estuvo a punto de salir de la habitación pero al final se lo pensó mejor. Tenía que hacer algo, no podía quedarse con las manos cruzadas observando como dos personas a las que tenía gran aprecio sufrían sin más, solo por su estúpido orgullo y cabezonería.

—*Patrón*, ¿puedo hacerle una pregunta?—le dijo acercándose a él.

Se jugaba su puesto de trabajo, ya que lo que le iba a preguntar estaba fuera de sus competencias, pues nunca había hablado en esos términos con él, y no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar.

—¿Y ahora qué quieres?—le preguntó Martín empezando a molestarse.

Ella tragó saliva. Nunca había tenido problemas con él antes, siempre había sido respetuoso, quizás algo estricto a veces, pero les había hecho sentir tanto a ella como a Tina en todo momento apreciadas tanto personal como profesionalmente. Por eso cuando habían aparecido las discusiones con Alexia, la forma en la que le hablaba y sobre todo como la comía con la mirada, se habían dado cuenta de que algo estaba sucediendo entre ellos dos. Pero ahora tenía miedo de sus represalias, sobre todo por su mal humor de los últimos días. Todavía recordaba el cómo había reaccionado al ver las fotos en el portátil, se había vuelto literalmente loco.

Empezó a llamar a todo el mundo por teléfono preguntando por Alexia, gritando a veces, suplicando otras, incluso llegando a amenazar cuando sospechaba que le estaban mintiendo, pero sin obtener ningún resultado. Así que agarró la moto y se presentó en las casas de todas aquellas personas donde creía que podía estar ocultándose, pero sin hallarla en ninguna, hasta que se dio por vencido. Y pasó de la enajenación a la desolación más absoluta, agarrando una botella y emborrachándose como nunca lo había visto antes.

Y ahora se encontraba allí, hundido y deprimido, sin apenas comer y dormir, siendo la sombra que algún día fue. Y por eso mismo iba a echarle valor y hacerle la pregunta que quizás cambiaría todo. Así que se apoyó en los reposabrazos del sillón y se puso de cuclillas, para quedar casi a la altura de sus ojos y mirarlo directamente.

—*Patrón*, ¿usted quiere a Alexia?.

Él se quedó observándola sorprendido por la pregunta y levantó una ceja.

—Sé que no es asunto mío...—empezó a balbucear arrepintiéndose de pronto por haberlo hecho.—pero... todo depende de lo que...de lo que usted me diga.

De repente Martín se levantó como impulsado por un resorte y agarró por los hombros a su

empleada.

—¿De qué demonios estás hablando Soledad?.¿A qué te refieres con qué todo depende de lo que yo te diga?—le preguntó angustiado.—¿Sabes dónde está?. ¿Has hablado con ella?.

Como la mujer no respondía la zarandeo furioso.

—¡Respóndeme maldita sea!.

La cocinera se cuadró de hombros y empezó a negar con la cabeza, y él desesperado empezó a caminar de un lado a otro mientras se pasaba ambas manos por el pelo.

—¡Como no me digas lo que sabes puedes darte por despedida!, ¡¿me entiendes?!.—la amenazó iracundo lanzando puñales por sus ojos mientras la señalaba con un dedo.

Y como ella seguía sin decir nada bramó muy alterado.

—¡No te quedes callada!. ¡Habla de una vez!. Y no me pongas a prueba Soledad, porque te juro que no me va a temblar la mano cuando te eche a patadas yo mismo de aquí.—insistió.—Dime, ¿dónde está?. ¡Necesito hablar con ella por el amor de Dios!.

—Contésteme *patrón*.

Martín parpadeó varias veces incrédulo por la tranquilidad con la que le estaba hablando. ¿Cómo se atrevía?.¿Qué demonios pretendía enfrentándole así?.

Y de pronto se echó a reír histérico dejando a la mujer totalmente desconcertada.

—¿Qué si la quiero?—preguntó irónico.—No Soledad, no la quiero.

Y ella se quedó boquiabierta por sus palabras. Habría puesto sus dos manos en el fuego por él. Habría jurado que su jefe estaba enamorado de su amiga, y resulta que estaba totalmente equivocada. Al final ella tenía razón y era la única que había visto la realidad.

—No solamente la quiero, sino que estoy loco e irremediabilmente enamorado de ella.—confesó al fin sentándose abatido en el sillón.

Ya no podía más, su vida había sido un auténtico infierno esos últimos cuatro días. La había buscado como un loco, removiendo cielo y tierra sin resultado alguno. No tenía la más remota idea de donde podría estar escondida.

Pero lo que no se esperaba en ningún momento, era que su empleada empezara a gritar de alegría y se tirara encima de él mientras lo abrazaba y lo besaba. Hasta que ruborizada hasta las cejas se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se recompuso, pero sin dejar de esgrimir una enorme sonrisa de alegría en su cara llena de felicidad.

—Escúcheme *patrón* tengo una idea que seguro que va a funcionar, pero necesito tres cosas.

El hombre todavía aturdido por su reacción lo único que supo hacer fue asentir con la cabeza.

—Primero de todo necesito que confíe en mí.—le dijo ya totalmente serio.— Ya que no puedo contarle nada porque se lo prometí a la que espero que siga siendo mi amiga después de esta noche. Segundo, necesito la ayuda del señor Miguel, aunque no creo que vaya a poner ningún problema. Y tercero, que llame a todas las personas que usted piense que Alexia pueda contactar y que todas cuenten la misma historia.

—¿Qué historia?—preguntó confundido.

—La de que usted en estos momentos está grabando fuera de la ciudad.

—Pero...—Martín no sabía muy bien cómo reaccionar.

—Usted no se preocupe de nada. Simplemente llame a sus amigos, compañeros, jefes...cualquiera que Alex pudiera llamar para confirmar que usted no está en casa. Porque si ella sospecha que pudiera ser así nunca vendría, ¿entiende?.

—¿Quieres decir que hoy la voy a ver?—preguntó incrédulo.

—Le juro que voy a hacer todo lo posible para que eso ocurra.—le prometió Soledad de forma solemne.—Corriendo el riesgo de que Alexia no me perdona nunca.

—Entonces durante todo este tiempo, ¿sabías donde estaba?.

La cocinera negó rotundamente con la cabeza.

—No *patrón*. Tanto Tina como yo hablamos con ella hoy por primera vez desde que se marchó el lunes. Pero no puedo dejar que se vaya no sabiendo lo que usted me acaba de decir.

—¿Qué se vaya?.¿A dónde?—preguntó alarmado.

—¿Qué le dije antes?, que confiara en mí.—le recordó antes de que volviera a montar en cólera.—Vamos a hacer todo lo posible para que esa cabezota vuelva con nosotros a casa, y no me pregunte más porque le prometí que no le diría nada.

Y él no pudo menos que sonreír por primera vez desde hacía muchos días, aliviado y esperanzado al ver por fin una luz al final del túnel. Y se abrazó a ella enormemente agradecido.

—Gracias Soledad, muchas gracias.—le dijo emocionado.

—Nosotras también la queremos mucho *patrón*.—le contestó alucinando de poder estar abrazada a su jefe de esa manera.—Y a usted también.—le confesó, roja ya como un tomate.

Cuando se lo contara a su familia no la iban a creer, pensó feliz. Y después de un breve momento y a regañadientes, la cocinera se dirigió a la puerta para poner en marcha su plan separándose de los brazos de Martín. Pero antes de cruzar el quicio se volvió hacia él.

—Pero antes de nada me tiene que prometer dos cosas.

—Lo que quieras.

—La primera, que tiene que comer algo ya que le va a hacer falta. Usted ya me entiende.—le comentó guiñándole un ojo pícaramente.

—Umm, de repente tengo un hambre que me comería un buey.

—Bien, así me gusta.—sonrió complacida.

—¿Y la segunda?—le preguntó expectante.

De repente se puso mortalmente seria.

—La segunda, es que le pregunte por qué se fue. Es imperativo que le diga la verdad, porque Martín...—se dirigió por primera vez a él sin formalismos. En todos los años que llevaba trabajando en esa casa era la primera vez que lo tuteaba.—Alexia está tan enamorada de ti como tú de ella.—le confesó rompiendo el pacto que había hecho.

—Te lo prometo.—le dijo con solemnidad.

Y de pronto una enorme sonrisa surgió en su rostro y observó cómo su empleada cerraba la puerta con suavidad.

—¡¡Tinaaaaaaaaaa!, ¡ven rápido porque necesito que me ayudes!!.—gritó a voz en cuello mientras corría por el pasillo.—¿Dónde *carajo* estas?!

Y Martín no pudo más que echarse a reír.

De repente el teléfono de la habitación de la pensión donde estaba hospedada Alexia empezó a sonar, y ésta extrañada tardó unos segundos en descolgar.

—¿Diga?.

—¿Señorita Montero?

—Sí, soy yo.

—Soy Luís y la llamo desde recepción, tiene una llamada preguntando por usted.

—¿Por mí?

—Así es señorita, ¿le paso la llamada?

—¿Y quién llama?—preguntó desconfiada.

—Un caballero llamado Miguel. Dice que es extremadamente importante que hable con usted. Comentó algo sobre que está muy preocupado por un tal Lucas y que es muy urgente.

Se quedó callada durante un momento preguntándose cómo demonios ese hombre había sabido donde estaba, cuando no le había dicho a nadie en que pensión se hospedaba.

—Páseme la llamada por favor.—le pidió, cuando escuchó que era algo relacionado con el niño.

La mujer apretó con fuerza el aparato.

—¿Alexia?

—¿Cómo has sabido donde estaba Miguel? ¿Y quién te ha dado este número de teléfono?

—Eso no importa cielo.—le comentó el hombre con voz angustiada.—Escúchame, estoy muy preocupado por Lucas y no sé qué hacer.

—¿Qué le pasa?—preguntó alarmada.

—De repente se ha puesto muy enfermo, le ha subido la fiebre y solo pregunta por ti. Me encuentro solo y sin saber cómo proceder, estoy desesperado Alex.

—¿Y Martín?

—Mi hijo está grabando exteriores en Morelos y no quiero angustiarlo. Prefiero llevar al niño yo a urgencias antes de decirle nada a él, pero mi nieto es muy terco y dice que solo irá si tú lo llevas. Y... y yo ya no sé qué decirle para tranquilizarlo.

Alexia se quedó callada hasta que al fondo escuchó al niño llorar mientras pronunciaba su nombre, y todas sus dudas y recelos se esfumaron.

—Mi nieto te necesita Alexia.

—Ahora mismo voy.

Y colgó el teléfono.

Capítulo 34

Cuando Alexia llegó a la casa le abrió la puerta el propio Miguel. Su preocupación se reflejaba en su rostro cuando la hizo pasar, y en ningún momento se extrañó cuando no vio a sus amigas por ningún lado. En esos momentos lo único que le importaba era Lucas, por lo que tampoco se sorprendió cuando su abuelo le dijo que el niño estaba en la habitación de Martín. Subió corriendo las escaleras y entró como una tromba en la estancia buscando desesperada al niño, pero se quedó parada en medio del dormitorio cuando se percató de que el pequeño no estaba acostado en la cama de su padre.

—¿Pero qué...?—murmuró desconcertada.

Tampoco se dio cuenta como alguien detrás de ella cerraba la puerta con llave y la escondía para que no la encontrara. De pronto notó el familiar hormigueo que sentía siempre en la base de la nuca cada vez que Martín estaba cerca, y se giró despacio para encontrarse frente a frente con él quedándose boquiabierta por la sorpresa.

—¿Don... donde está Lucas?. ¿Se encuentra bien?—preguntó confusa cuando pudo recuperar el habla.

—Mi hijo se encuentra perfectamente.—le confirmó con una sonrisa de medio lado mientras se acercaba a ella con movimientos felinos.

—Pe... pero tu padre me... me dijo que...Oí como...como Lucas lloraba... Yo no sabía que...—tartamudeó aturdida mientras retrocedía hacia atrás.

De repente Alexia empezó a encajar todas las piezas.

—¡Los mato!—exclamó furiosa parándose de golpe cuando se percató del engaño.—¡Te juro que cuando los agarre los mato!

Y esquivó la presencia de Martín para dirigirse a la puerta.

—A los cuatro, empezando por esas dos traidoras, siguiendo con el mentiroso de tu padre y terminando con ese canijo travieso. ¡JA!, ¡menudos actores tienes en la familia!—se quejaba mientras intentaba abrir la puerta en vano.—Son todos una panda de conspiradores traicioneros, me engañaron como a una tonta.—siguió refunfuñando.

Él se quedó parado detrás de ella mientras intentaba salir de allí.

—¡Abre esta maldita puerta!—chilló frustrada.

—Va a ser que no.

—¡Eh!. ¡Vosotros!. ¡Los que estáis ahí detrás, abrirla inmediatamente!

Se quedó callada esperando que alguien le hiciera caso, pero como ignoraron su orden empezó a aporrearla con fuerza.

—¡Os estoy oyendo respirar!—bramó enfadada.

Y de pronto se escucharon pasos amortiguados corriendo por el pasillo y a Lucas sofocando una risa.

—¡No huyáis cobardes!. ¡Abrirme la puerta!

—No insistas Alexia, no lo van hacer.

Ella se dio la vuelta enfadada.

—¡Y tú eres el peor de todos!—le gritó con los brazos en jarras.—Por permitir que esos cuatro intrigantes me engatusaran de esta manera. Me habéis mentido y manipulado sin ningún remordimiento. ¿Cómo diablos se enteraron de donde estaba?, no se lo dije a nadie.

—Según Tina solo había una pensión cercana a la cafetería donde habíais quedado, así que buscamos en la guía telefónica.—le contestó tranquilamente mientras se cruzaba de brazos divertido.

—¡Será falsa!.—soltó molesta.—¿Y de quién fue la idea de mentirme para venir aquí?.

—Umm... déjame ver.—murmuró mientras fingía que pensaba.—A grosso modo la idea original fue de Soledad, pero después todos aportamos nuestro granito de arena.

—¡No me lo puedo creer!. ¿Has utilizado a tu propio hijo para engañarme?!

—Utilizaría al mismísimo demonio para hacerte volver. Pero sabía que Lucas sería más efectivo, sé lo mucho que lo quieres y eso jugó a mi favor.

—¡Me las vais a pagar!. ¡Te juro que...!

Pero Martín interrumpió su ofendida diatriba cuando le agarró la cara con ambas manos y la besó. Al principio ella se quedó tan sorprendida que lo único que pudo hacer fue corresponderle, pero después intentó zafarse inútilmente.

—¡Suéltame Martín!.—masculló contra sus labios.

Pero él la tenía bien sujeta entre sus brazos.

—De eso nada.

Y volvió a devorar esa boca.

¡Jesús que bien sabía!

Estaba muy molesto con ella pero primaba más el alivio de volver a tenerla junto a él. Entre tanto Alexia luchaba inútilmente contra el sentimiento de corresponderle.

—¡Por... favor... suéltame...!.—murmuró entre beso y beso.—¡Martín...!.

—¡Está bien!.—dijo al fin, pero sin soltarla en ningún momento.—Pero solo porque tú y yo vamos a hablar.

Durante un segundo ella se quedó callada con el corazón latiéndole a mil por hora y con la respiración irregular, para a continuación intentar liberarse con rabia.

—Yo no tengo nada que decirte.—le gruñó tercamente.

—Jo, jo, jo.—se rio irónicamente.—Tú señorita Montero tienes mucho que decirme y vas a empezar por explicarme, ¿por qué te fuiste?.

—¿Qué parte de no tengo nada que decir no has entendido?, quizás necesites que te lo diga en tu idioma.—tomó aire y le soltó con ira contenida.— ¡Sin comentarios!

Él sonrió.

¡Dios bendito como la había echado de menos!

—Y ahora, ¡suéltame!

—Como quieras.—le contestó mientras la dejaba ir.

Y ella se giró para intentar abrir la puerta nuevamente accionando el picaporte sin ningún resultado. Tenía que salir de allí como fuera.

—¡Ábreme la puerta!

—Ya te he dicho que no.

Se giró furiosa y el actor la acorraló entre la puerta y él, apoyando ambos brazos al lado de su cuerpo. Sus ojos ardían de deseo y ella tragó fuertemente saliva cuando lo advirtió.

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente y la vamos a mantener quieras o no.—le advirtió, para posar sus labios suavemente en los de ella a continuación.—Y te advierto...—continuó besando su cuello.—que tengo toda la noche...—le susurró al oído.—y todo el fin de semana.—terminó, atrapando con sus dientes el lóbulo de su oreja.

—Martín...—jadeó con el vello totalmente erizado.

Alexia tenía las manos apoyadas en su pecho en un inútil intento de separarlo de ella, y él volvió a apoderarse de su boca sintiéndose totalmente indefensa a su ataque.

—Además me encanta besarte...—masculló contra ella.—y me puedo pasar la vida haciéndolo...—le señaló, para agarrar suavemente entre sus dientes el labio inferior y succionarlo.—Así que tú decides Alex...—le dijo mientras metía la húmeda punta de su lengua en la boca de ella.—o me explicas, ¿por qué te fuiste...?—le informó, para lamer después el labio superior.— o te acabo haciendo el amor.

El hombre aprisionó su cuerpo contra el suyo mientras la devoraba nuevamente con ansias, y ella totalmente seducida no tuvo suficientes fuerzas para detener su ataque. Así que se agarró fuertemente a sus hombros mientras respondía con la misma pasión, y él ronroneó de satisfacción cuando en un primer momento sintió que sucumbía.

Pero después un gruñido de pura frustración salió de su pecho, cuando la mujer en un instante de cordura escapó de su encierro.

—¡Está bien!.—exclamó mientras caminaba hacia el centro de la habitación agarrándose la frente con una mano.

Tenía que separarse de él porque no podía pensar con claridad. El calor de su cuerpo, el ardor de sus besos y el aroma de su piel, embotaban su mente ya de por sí bastante aturdida. Y Martín apoyó su cabeza en la puerta, mientras reprimía un grito de rabia contenida por el deseo y la lujuria insatisfecha que estaba a punto de explotar. Así que se giró despacio hacia ella, la cual todavía le daba la espalda mientras se retorció las manos inquieta. Y Alexia se dio la vuelta justo un segundo después para enfrentarlo mordisqueándose el labio inferior nerviosamente.

—¿Qué quieres saber?.

Él contó hasta diez mientras se apoyaba indolentemente en la puerta y se cruzaba de brazos.

—Después de estar juntos esa noche, ¿por qué te fuiste?.

—¿Qué más da?.

—A mí no me da igual.

—Me fui... me fui porque... porque era lo mejor.

—Lo mejor para quien.

—Eso no importa.

El actor empezaba a estar harto de sus evasivas, así que se separó de la puerta y empezó a caminar hacia ella.

—A mí sí me importa.

—Vale... vale...—le dijo mientras levantaba las manos en un intento fútil por parar su avance.—Era lo mejor para mí... para ti.

—¿Para mí?—le preguntó mientras levantaba una ceja suspicazmente.—Porque iba a ser lo mejor para mí.

—Porque sí, créeme. Era lo mejor para los dos.

—Alexia vas a tener que ser más explícita.—le indicó muy serio mientras se seguía acercando a ella.

—¡Oh por el amor de Dios!, ¿por qué no lo dejas estar?—le preguntó exasperada, mientras seguía retrocediendo a la misma vez que él avanzaba.

—¿Por qué, Alex?, ¿por qué te fuiste?.

—Porque... porque...

Y empezó a morderse el labio ansiosamente. El actor estaba seguro que si seguía así se iba a hacer daño.

—¿Siii...?

—Porque...

Alexia no sabía qué hacer, él estaba casi encima suya y sus piernas habían topado con los pies de la cama por lo que se sentía atrapada, y lo conocía lo suficiente para saber que esa mirada obstinada no presagiaba nada bueno. No cejaría en su empeño de saber, y ya había comprobado que utilizaría cualquier cosa para conseguir lo que quería.

—Porque me enamoré de ti, ¿vale?—le confesó rindiéndose al fin.

Martín se paró en seco.

—Te juro que lo intenté. Intenté por todos los medios no hacerlo.—le empezó a explicar mientras sus ojos se abnegaban en lágrimas.—Pero fue inútil.

Y se sentó en la cama bajando la cabeza avergonzada pues no podía mirarlo a la cara.

—Para... para mi esa noche fue importante Martín. Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida y... y quería recordarla así tal cual fue... perfecta. Y no quería oír lo que tenías que decirme porque sabía perfectamente lo que ibas a declarar. Sé que para ti no significó lo mismo que para mí y no te lo echo en cara por supuesto, tú no tienes la culpa de no sentir lo mismo que yo pero...—y levantó la mirada para encontrarse con la suya.—Entiende que no quisiera escuchar cómo te disculpabas por lo que había pasado. Porque lo que hice, lo hice con todas las consecuencias, sin reproches, ni remordimientos...

Se arrodilló delante de ella y Alexia se secó las lágrimas con impaciencia mortificada porque la viera llorar, no quería que sintiera pena por ella.

—Porque para mí no fue un error sino todo lo contrario, pero...

Tragó saliva cuando advirtió la mirada de ternura de él, y se le formó un nudo en el pecho cuando Martín levantó las manos para secarle las lágrimas con delicadeza.

—Pero cuando vi las fotos con Vanesa supe que no podría compartirme con nadie. Yo...yo no quiero ser algo pasajero en tu vida. No... no puedo ser otra más en tu larga lista de conquistas, me niego a ser un simple... *sin comentarios*. Tengo demasiada dignidad y orgullo y... y no podría soportarlo. Porque tienes razón soy demasiado terca y cabezota, y tozuda y necia...

Él agarró de nuevo su cara entre sus manos y posó su boca en la de ella suavemente.

—Así que decidí irme...

Siguió hablando con los ojos cerrados a la vez que él seguía depositando besos tan ligeros como plumas en sus labios.

—Porque... porque era lo mejor... para los dos.

Y el actor dejó de besarla y esperó sonriente a que ella abriera los ojos para decirle;

—Te amo Alex.

—¿Qué?—preguntó pasmada.

—Te amo con toda el alma.—y volvió a besarla suavemente.—Y tienes razón, eres muy obstinada porque...—atrapó su labio inferior entre sus dientes y tiró de él suavemente.—si me hubieras escuchado esa noche...—lamió despacio el labio superior.—en vez de escuchar lo que tú pensabas que te iba a decir...—se inclinó sobre ella hasta tumbarla en la cama.—hubieses escuchado una declaración de amor.

Y procedió a atacar su boca con verdadera devoción arrancándole pequeños jadeos entrecortados.

—¡Espera!.—le cortó Alexia separando su cara unos minutos después.

—¡Arg!. ¿Y ahora qué?.—le preguntó exasperado.

He intentó atrapar de nuevo su boca con sus labios.

—¿Lo que acabas de decir es cierto?.—le preguntó incrédula.

El actor suspiró.

—Está bien, ven aquí.

Y se sentó en medio de la cama con las piernas cruzadas, y ella lo imitó mientras se miraban fijamente a los ojos.

—No sé exactamente cuando ocurrió, no te puedo decir la fecha exacta, pero lo que si te aseguro es que desde el mismo momento en el que pisaste esta casa mi vida la has puesto patas arriba. Estoy loca e irremediablemente enamorado de ti Alexia y no concibo mi vida sin que tú estés a mi lado.

La mujer empezó a sonreír tímidamente y él aprovechó para acercarla a su cuerpo.

—Nunca en mi vida he sentido celos antes con ninguna mujer.—le empezó a explicar mientras introducía sus manos debajo de la blusa de ella.—Pero desde que te conozco casi le he partido la cara a Mauro, he estado a punto de pelearme con Roberto y...¡ah!, me faltó muy poquito para partírla también las piernas a Toni.

—¿Qué?!.—preguntó sorprendida.

—Sin contar los celos que he tenido de mi propio hijo, y lo bien que me sentó romperle la nariz a tu exnovio.

Le confesó mientras acariciaba sus pechos con los dedos consiguiendo que la piel de Alexia se estremeciera justo donde él tocaba. Y ella buscó la posición hasta que Martín estiró las piernas y se sentó encima de su erección, mientras pasaba los brazos por detrás de su cabeza y las piernas detrás de sus caderas.

—¿De tu propio hijo?.—le preguntó sorprendida.

—Lo sé, soy un imbécil.

—¡Vaya!. Nunca me habían atraído los hombres celosos pero tú me estas poniendo como una moto.

—admitió con una sonrisa desvergonzada.

Y le regaló un húmedo beso.

—¿Y qué más?.—le preguntó curiosa.

—Umm...—ronroneó él.—Tengo que aclarar que aunque nunca lo confirmé, te dejé creer que había tenido algo con las mujeres con las que salí después de que me hubieras rechazado en Telchac.—y sacándole la blusa por encima de su cabeza le confirmó.—Nunca me acosté con ninguna. Lo intenté es cierto, porque me dolió mucho que no me aceptaras, pero no fui capaz.

—No quería hacerte daño Martín yo...

—¡Chss!, no te excuses... ahora lo entiendo.

Y se besaron mientras en sus corazones se perdonaban todos sus malentendidos.

Alexia agarró la parte de abajo de su camiseta y le ayudó a quitársela para acariciar con dulzura su pecho, mientras depositaba pequeños mordiscos en la mandíbula. De pronto Martín agarró su mentón para clavarle la mirada en ella.

—Alex... ¡te juro que nunca besé a Vanesa!. Sé que parece todo lo contrario, las fotos están tomadas de tal manera que parece que nos estemos besando, pero era solo el ángulo yo...

—Lo sé.—le dijo mientras lo volvía a besar.

—¡No, escúchame!.—le dijo solemne.—Es importante para mí que lo sepas.

Ella asintió.

—Si en algún momento de mi vida creí que había estado enamorado de ella...Hoy a ciencia cierta te puedo asegurar que no ha sido así, porque lo que siento por ti eclipsa todo lo anterior Alex. Te juro que en mi vida no he sentido nada parecido por nadie. ¡Nunca!. ¡Jamás!. No sabes cómo me arrepiento de no haberte dicho nada en aquel momento, pero lo único que quería era encontrarme con ella para que me dijera eso tan importante que tenía que decirme, y volver corriendo a tu lado para confesarte lo que sentía por ti.

—¿Y qué tenía que decirte?.

—Nada, una tontería sobre que quería volver conmigo. Por lo visto pensaba que yo todavía sentía algo por ella, pero le dejé muy claro que no la quería volver a ver nunca más, que había encontrado por fin a la mujer de mi vida y que en ese mismo instante volvería a casa para decírtelo. Y la dejé plantada en el restaurante. Ya había tomado la decisión en Nueva York de confesarte lo mucho que te amaba y estaba deseando hacerlo. Cuando acepté verla esa noche, fue única y exclusivamente porque creía que lo que iba a decirme tenía algo que ver con Lucas .

Ella sonrió abiertamente feliz por sus palabras, y a Martín casi se le paró el corazón cuando contempló esa hermosa sonrisa dirigida solo para él. Era tan bella y la amaba tanto que todavía no se creía que le hubiera dicho que estaba enamorada de él.

— Y quiero que sepas que la noche que pasamos juntos también fue perfecta para mí, mi amor, también ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Todavía recuerdo las palabras que me dijiste cuando me hablaste de tus padres, me dijiste que los extrañabas tanto que te dolía.

—Es verdad.

—En aquel momento no lo supe entender, pero cuando el lunes te fuiste sin decirme nada...

De pronto se le quebró la voz y sus ojos se empañaron de lágrimas cuando recordó la agonía que había sufrido.

—¡Dios Alex, pasé un verdadero infierno!. El dolor por haberte perdido era tan intenso que me dolía solo el respirar, por eso sé que esto que siento es tan fuerte e intenso que no podría sentirlo por nadie más.

Y la agarró firmemente la cara para suplicarle con la mirada llena de angustia.

—¡Júrame que nunca me vas a abandonar!. ¡Júramelo Alex!. ¡Nunca, jamás, volverás a dejarme!.

Y ella sabiendo que lo que le estaba pidiendo era tan importante para él se lo juró. Daría su propia vida sin con eso lo convencía de ello.

—Te lo juro mi amor, te prometo que nunca más volveré a irme. Te amo Martín Ledesma. Te amo con todo mi corazón.

—Y yo te amo a ti mi vida.

Y se besaron esta vez sin restricciones, sin dudas, sin remordimientos. Con la libertad que da el saber que por fin has encontrado a la persona que verdaderamente amas, la que te complementa, tu media mitad, tu alma gemela. Tu todo.

Se desvistieron con prisas para quedarse desnudos uno delante del otro, y la contempló admirándola mientras ella se ruborizaba.

—Eres preciosa.

—Y tú eres perfecto.

Acogió en su mano un exquisito pecho para atrapar con sus labios el duro pezón, consiguiendo que Alexia arqueara un poco la espalda para dejarle mayor acceso, y le arrancara gemidos de placer.

Aprovechó para tumbarla suavemente de espaldas, mientras con su mano libre le acariciaba la cadera, bajando por la pierna hacia la parte de atrás de la rodilla, para volver a subir por dentro del muslo hasta llegar a su sexo húmedo y tembloroso preparado ya para recibirlo.

—¡Oh Martín!.—gimió con sus caricias.

Ella le agarró la cabeza con las manos mientras miles de escalofríos la traspasaban, cuando él mordisqueaba y lamía con fruición el erguido botón rosado. Su respiración era agitada, y cuando sintió sus dedos en su centro aspiró con fuerza, al notar como resbalaban entre sus labios húmedos hasta introducirse en ella haciéndola vibrar.

Pero Alexia necesitaba más. Necesitaba tenerlo dentro, sentirlo y acogerlo por completo, así que se separó de él para empujarlo y quedarse a horcajadas encima de sus caderas. Martín sonrió cuando ella tomó la iniciativa, pero se le borró de un plumazo cuando Alexia agarró su miembro para introducirlo dentro de ella sintiéndose llena y completa, consiguiendo que siseara de placer y echara la cabeza hacia atrás mientras empujaba en un acto reflejo.

Pero ella no se movió, solo se incorporó un poco para atrapar entre sus dientes el pequeño botón marrón de su pecho, para después lamerlo en círculos y recorrer con su lengua un camino de fuego que llegó hasta su pelvis, mientras su piel se estremecía y temblaba a su paso. El actor levantó la cabeza levemente mientras observaba como ella degustaba su cuerpo, y después clavó su mirada en ella cuando al levantar la cabeza sonrió satisfecha y se lamió los labios, siendo la imagen más erótica que había visto en su vida.

—¡Umm que bien sabes!.

Y a continuación apoyó las manos en su tórax para empezar a marcar un ritmo con sus caderas. Arriba y abajo, primero lentamente, despacio, sin prisas, introduciéndose más con cada movimiento de sus caderas. Y después empezó a subir el ritmo, cada vez más rápido, y las embestidas eran más fuertes y profundas, cabalgando magistralmente mientras las respiraciones y los jadeos aumentaban con el ritmo.

—¡Por Dios Alexia no pares!.

Se incorporó atrayendo su trasero y empujando para introducirse más en ella, y la mujer se agarró a sus hombros para después besarlos desesperadamente mientras subía y bajaba, subía y bajaba a un ritmo enloquecedor. Y cuando él agarró uno de sus pezones entre sus labios atraído por el bamboleo de sus pechos, ella arqueó la cabeza mientras su cuerpo se tensaba y se dejó llevar por el orgasmo más intenso que había tenido nunca. Momento que aprovechó Martín para tumbarla de espaldas y hundirse más en ella, embistiendo fuertemente para dejarla marcada como suya y solamente suya, hasta que gruñó de éxtasis con el último espasmo de placer.

Minutos después seguían abrazados y desnudos, saboreando el momento de pasión que habían disfrutado.

—¿En qué piensas?.—le preguntó el actor.

—Umm...—ronroneó satisfecha.—Pienso en que esto me parece un sueño y tengo miedo a despertar.

No puedo creer lo feliz que soy.

Él la besó tiernamente.

—Yo también soy inmensamente feliz.

—Te amo Martín.—le dijo con todo ese sentimiento reflejado en su rostro.

—Yo también te amo Alexia. Te amo tanto que me duele.

Epílogo

Tres meses después.

—Bueno, pues esto ya está.—señaló María después de introducir la última pinza invisible en el recogido que le había hecho a su amiga.

—Pues ahora me tenéis que ayudar con el vestido.—solicitó Mauro.

—¡Yo quiero!, ¡yo quiero!.—exclamó Esther excitada.

Y ayudó al modisto a levantar la pesada prenda para introducirla por encima de la cabeza de Alexia.

—Por cierto, ¿a qué no sabéis con quién me encontré ayer en el supermercado?—preguntó con una expresión muy pícara.

—Ni idea.—le contestó la actriz mientras ayudaba a subir el corpiño.

—¡No os lo vais a creer!. Resulta que estaba en la zona de las carnes envasadas con mi Toni, y me encontré con una vieja amiga nuestra promocionando una conocida marca de hamburguesas de pollo. Pero lo mejor de todo es que iba disfrazada de pollo, o gallina no sé muy bien.

—¿Ah sí?, ¿quién?—preguntó Eva muerta de la curiosidad.

—Espera que agarro el *celular* y os enseño el video que le saqué. Aunque casi me cuesta la vida, porque empezó a perseguirme como una gallina loca por todo el recinto.—explicó divertido.

Y todas se quedaron muertas cuando vieron a la actriz Marta Salgado corriendo detrás de su amigo, con una bandeja de hamburguesas en la mano y tropezando con las patas de pollo de su disfraz, rompiendo a reír a continuación con gran satisfacción.

—¡Pásame ese video Mauro que lo quiero tener para mí!.—le pidió Esther.

—Yo también lo quiero.—exclamó la maquilladora.

—Y yo.—dijo María después de parar de reír.

—Tranquilas que os lo envío a todas.

—¡Qué malos sois!.—apuntó Alexia divertida.

—Se lo merece por mala gente, es el único trabajo que va a encontrar como actriz.—soltó Eva.

—¿Quién es?—preguntó Maite.

—Esa es Marta Salgado, la conocida *arpía rubia*.—explicó Tina apartando la cola del traje de su amiga para que no lo pisaran.

—¡Ah...entiendo!.

—Alex vas a tener que ponerte a dieta porque desde la semana pasada has engordado. ¡Casi no cierra el vestido!.—le reclamó enfadado el modisto mientras intentaba subir la cremallera.

—¡Espera que te ayudo!.—se ofreció Sole.

Y entre ella y Esther tiraban de la tela para que le resultara más fácil.

—No creo que sea un problema de comida.—murmuró Alexia, mientras metía la tripa hacia adentro y retenía el aire en los pulmones para facilitarles el trabajo.

—Pues el vestido por sí solo no encoge.—refunfuñó su amigo.

La habitación de invitados donde estaban en ese momento estaba llena de gente, se habían apropiado de ella y la habían acondicionado como peluquería y vestidor, todo en uno. Casi todas las personas a

las que Alexia quería y le eran importantes estaban allí con ella, en ese momento tan crucial. Cuando acabaron de ayudarla a vestirse, María y Tina quitaron la tela que cubría el espejo de cuerpo entero que había en la habitación para que su amiga se pudiese ver. Y por fin se pudo contemplar, quedando totalmente perpleja por la imagen que le estaba devolviendo el cristal. Sus amigos se habían lucido tanto que no se reconocía. El vestido que le había confeccionado Mauro era espectacular y tanto el maquillaje como el peinado le quedaban increíble. Buscó con la mirada a la mujer que la estaba observando con los ojos llorosos evidentemente emocionada, consiguiendo que se empañaran los suyos propios.

—¡Ay hermanita, papá y mamá estarían muy orgullosos de ti si te estuvieran viendo!—le dijo Maite conmovida acercándose a ella para abrazarla.

—¿Tú crees?—le preguntó llorando.

Ella asintió.

—¡Por supuesto!. ¡Yo lo estoy y mucho!.

—Gracias.

—¡Estás preciosa!.

Alexia se empezó a mordisquear el labio inferior al ver a su hermana sollozar. Llevaba una semana en México con su marido y sus hijos, y estaba tan contenta de tenerlos allí que no podía parar de llorar de lo feliz que se sentía.

—¡Oh no, Alex!—le regañó Eva conteniéndose, para no acabar lloriqueando ella también.—Es la tercera vez que te arreglo el maquillaje. ¡Así no se puede!.

—Lo siento cariño, pero las hormonas las tengo un poco alteradas.—le explicó.

—¡No puede ser!—gritó Esther que por fin se había percatado.—¡¿En serio?!—le preguntó exaltada.

Ésta asintió lentamente mientras se le formaba una enorme sonrisa de felicidad.

—¡Ah!—gritó corriendo hacia ella, dejando a todos menos a Maite totalmente perplejos.—¡Enhorabuena!—la felicitó mientras la abrazaba.

—¡Chss!, no digas nada que Lucas y Martín todavía no lo saben.—le pidió Alexia, mientras señalaba hacia la esquina donde estaba el niño jugando con sus sobrinos.

—¿Qué pasa?—preguntó Sole.

—Enhorabuena, ¿por qué?—inquirió María.

—¿Qué es lo que no sabe Martín?—interrogó Mauro.

Alexia los miró a todos con un nudo en la garganta, y como no habría la boca ya que si no se iba a poner a llorar de nuevo, habló Maite;

—Pues que el vestido le queda apretado porque voy a tener otro sobrinito o sobrinita.

Todos menos Esther se volvieron para observarla con cara de incertidumbre, siendo la actriz la única que había caído en la cuenta, y como seguían mirándola sin tener ni idea de lo que les estaba diciendo les aclaró susurrando.

—Mi hermana está embarazada.

—¡¿Qué?!.

—¡¿Cómo?!.

—¡¿En serio?!.

Preguntaron todos a la vez. Y se acercaron a ella para abrazarla también, evidentemente contentos y emocionados.

—¡Yo quiero ser la madrina!

—De eso nada Sole que tú ya eres su tía putativa.

—¡No perdona el padrino voy a ser yo!

—¡Ja!, eso no te lo crees ni tú.

Mientras discutían entre ellos en una enzarzada disputa olvidándose de la embarazada, Maite se acercó a su hermana.

—Me voy a ir más tranquila a casa sabiendo que estás muy bien rodeada por tu nueva familia. Te quieren mucho.

—Lo sé, y yo a ellos. Son increíbles, ¿verdad?.

Su hermana asintió feliz.

—¿Cuándo se lo vas a decir a Martín?.

—Seguramente esta noche.

Y como la disputa estaba empezando a tener tintes de tragedia Alexia intentó llamar su atención.

—¡Eh chicas...! ¡Escuchar un momento...! ¡Eh...!

Y como nadie le hacía caso no le quedó más remedio que gritar.

—¡EEEHHHHH!

Y cuando todos se callaron y tuvo por fin su entera atención, susurró.

—Si no os importa, me gustaría que mi hermana fuera la madrina de mi primer hijo.

Y volvieron a girar sus cabezas en dirección a Maite ruborizándose todos violentamente.

—¡Oh... claro, claro!

—¡Por supuesto!

—¡Uy qué tontas!

Y las dos hermanas se echaron a reír.

—Pues vas a tener que quedarte embarazada otra vez porque yo quiero ser la madrina del siguiente.

—le dijo Eva mientras la sentaba para retocarle el maquillaje.

—Y yo me pido del siguiente.—exigió Esther.

—Y yo el siguiente...

Alexia empezó a hacer cuentas.

—¡Si hombre!, tendría que tener seis hijos más para dejaros a todos contentos.

—No creo que Martín ponga problemas.—le susurró Mauro guiñándole el ojo.—En hacerlos me refiero.

—Ja, ja, ja, ¡qué gracioso el chico!.—se burló.— ¿Me tengo qué reír?.

Y el modisto le echó la lengua en respuesta.

—¡Mami, mami!.—gritó Lucas mientras corría hacia ella interrumpiéndolos.

Desde la famosa noche del complot el niño la llamaba mamá, algo que a Alexia no le importaba en absoluto, todo lo contrario le encantaba, ya que lo consideraba como su propio hijo. El único inconveniente que tenían con él, era que se presentaba en el dormitorio que ahora compartía con Martín a cualquier hora de la noche, para seguir con su rutina de meterse en la cama con ella casi habiéndoles pillado in fraganti en más de una ocasión. No es que a Alexia le importara, pero su padre no estaba nada contento con la manía de su hijo, ya que al final eran tres durmiendo en la misma cama y a veces se quedaba a medias. Y aunque intentó convencerla de que tenían que empezar a cerrar la puerta con llave, ella le decía que todavía era muy pronto para hacerle eso a un niño tan pequeño. Desesperando al actor, ya que la mujer seguía sin entender que Lucas nunca lo había hecho

antes de que ella viviera allí, por lo que la excusa no colaba. Aunque tendrían que pensar alguna solución ahora que venía un hermanito o hermanita en camino.

—Dime pitufo.

—*Mamita* mi prima está mintiendo, ¿a qué no es verdad que Barbie sea una superhéroe?.

—Se dice superheroína.

Los tres niños se quedaron mirándola confusos.

—Uxía dice que su Barbie es la mujer maravilla,—prosiguió contándole.—Y los únicos que tenemos superhéroes somos Anxo y yo.—le explicó enseñándole al muñeco Superman que tenía en la mano y al Spiderman de su sobrino.—Y la de ella no es ninguna superhina... superhorina, superniña... bueno lo que dijiste antes.—dijo frustrado cuando al final no le salió la palabra.

—Superheroína.

—Eso, super...roina.

—Mi Barbie es la mujer maravilla y Anxo dice que la mujer maravilla no existe.—lloriqueó la niña.

—Bueno Uxía tu primo...

—¡Ves lista!—la picó su hermano antes de que su tía acabara de hablar.—Las superhorillas esas no existen.

La niña se cruzó de brazos molesta por la actitud de su hermano y su primo. Porque Lucas además de haber ganado una madre, se había topado de repente con que tenía a sus tíos de España y sus primos Anxo y Uxía, que eran casi de su misma edad y a los que había aceptado inmediatamente, igual que éstos a él. Y aunque desde que habían llegado se la habían pasado jugando entre ellos, a veces tenían pequeñas riñas como en ese momento ya que no dejaban de ser unos niños.

—Mi primo y yo somos los únicos superhéroes.—se mofó su hermano pasando el brazo por la espalda de Lucas.

—Tu Barbie es como mi *mamita*, una princesa.—explicó Lucas señalando a Alexia.— Y las princesas solo pueden estar con los príncipes como mi *papito*.

Eran dos contra una y a la niña le empezó a temblar la barbilla pues estaba a punto de llorar.

—Bueno niños haya paz.—les empezó a regañar Tina.—Ahora Alexia está ocupada, pero estoy segura que...

Y se los llevó a la esquina de la habitación donde habían estado jugando hasta el momento, intentando llegar a un acuerdo entre ellos.

—Por cierto.—le empezó a decir Maite a su hermana, desviando la atención de sus hijos y su reciente sobrino.—¿Sabes quién ha montado un escándalo increíble en España?.

—¿Quién?—le preguntó, mientras Eva volvía a retomar la tarea interrumpida por los niños de retocarle el maquillaje.

—Tu exnovio. Por lo visto después de vuestro encuentro en Nueva York los recién casados se volvieron a España en el primer vuelo, y Carmen le pidió el divorcio en cuanto pisó el aeropuerto. Ha habido tal revuelo, que el padre de la novia le quitó el apoyo económico que le había prometido al padre de Jorge, y ahora la empresa está sufriendo una grave crisis. Tan grave que lo primero que ha hecho don Benjamín fue despedir a su propio hijo e intenta reflotarla nuevamente, aunque dicen las malas lenguas que eso ya no tiene solución.

—Espero de corazón que no sea así.—murmuró Alexia.

Y todos la miraron sorprendidos.

—No lo digo por ellos, sino por todos mis excompañeros que no tienen culpa de quedarse sin trabajo

por culpa de ese imbécil.—explicó.

Además de que gracias a ese imbécil ella había conocido a Martín, por lo que no tenía ningún rencor guardado hacia su exnovio. Ya no.

—¡Ah vale!.—contestaron.

Y se quedaron callados cuando sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Puedo pasar?.—preguntó Miguel asomando la cabeza.

—¡Si, claro pasa!.—le contestó Alexia.—¿Ocurre algo?.

—Ejem...—carraspeó el hombre algo incómodo.—Mi hijo está impaciente y me manda decirte que si no sales ya viene él mismo a buscarte.

—Está bien. ¡Todo el mundo en marcha!.—gritó Esther instándolos a salir de la habitación.

Y cuando estaban casi todos saliendo por la puerta incluidos los niños le comentó la actriz.

—No te preocupes cariño que ya le digo yo que estás a punto de salir.

Ella asintió, poniéndose más nerviosa de lo que había estado nunca.

—¿Me dejas hacerlo a mí?.—le pidió su hermana a Mauro cuando le iba a colocar el velo.

—¡Claro!.

Y éste le enseñó cómo hacerlo mientras emocionada le colocaba la tela en la cabeza. Y cuando terminó se encontraron sus miradas a través del espejo, diciéndose lo mucho que se querían con los ojos.

—¡Estás preciosa cielo!. —la piropeó Miguel

—Gracias.

—¿Lista?.

Alexia asintió y esbozó una nerviosa sonrisa mientras se levantaba para agarrarse al brazo del hombre, y éste orgulloso salió de la habitación camino al magnifico jardín al que habían decorado exquisitamente para ese momento, llevando del brazo a su futura nuera.

Martín estaba nervioso e impaciente vestido de chaqué, esperando delante del altar que habían dispuesto en medio del jardín de su casa. Justo donde unos días antes habían estado las sillas y la mesa en las que ahora solían sentarse juntos por la noche, se encontraban ahora unas filas de asientos engalanados para la ocasión, donde los invitados esperaban sentados la llegada de la novia.. Si por él fuera se habrían casado al día siguiente de su dulce encerrona como le había pedido, pero entendía que para ella era importante que su familia estuviera en su boda. Por lo que solo le había dado tres meses de plazo como máximo para que la organizara. Desde esa bendita noche había sido el hombre más feliz del mundo, pero había contado los días y las horas que faltaban para llamarla esposa y que todos supieran lo mucho que la amaba. Y aunque la boda iba a ser una ceremonia muy íntima, solo invitados las personas más allegados a ellos, Martín sabía que al día siguiente saldría en todas las televisiones y revistas del país, y se encargaría de enviar las fotos donde le demostraría al mundo entero lo enamorado que estaba de Alexia.

De repente la marcha nupcial empezó a sonar y contempló con orgullo a la novia más hermosa que pudiese existir, agarrada del brazo de su padre y caminando despacio a través de una alfombra roja hacia donde estaba él. Delante de ellos y tirando flores a su paso estaban sus dos sobrinos, mientras que siguiéndoles un poco más atrás estaba Lucas que portaba un pequeño cojín de encaje con los

anillos de casados, y una enorme y feliz sonrisa en su pequeño rostro.

Cuando su padre se la entregó observó emocionado esa cara que tanto amaba, y se expresaron entre ellos con las miradas lo mucho que se querían.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida.—le confesó emocionado.

Y Alexia solo fue capaz de sonreír.

—Te amo.—susurró Martín.

—Te amo.—le contestó ella.

Y sin que nadie lo esperara el actor la agarró y la besó con pasión no pudiéndose resistir al impulso de hacerlo.

—Hijo todavía no hemos llegado al momento del beso, eso es al final.—le explicó el cura.

—Lo siento padre, pero es que esa boca es mi perdición.

FIN.